

# ¿La revolución como pasado, la democracia como expectativa? Controversia y las transformaciones de la izquierda intelectual argentina en el exilio (1979-1981).

Autor:

Farias, Matías Carlos Omar

Tutor:

Prislei, Leticia

Martínez Mazzola, Ricardo

2021

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía.

Posgrado

## **Tesis de Doctorado**

**¿La revolución como pasado, la democracia como expectativa? Controversia y las transformaciones de la izquierda intelectual argentina en el exilio (1979-1981)**

Directora: Dra. Leticia Prislei

Co-Director: Dr. Ricardo Martínez Mazzola

Doctorando: Matías Carlos Omar Farías

## Índice

<b>Introducción:</b> Hacia una nueva izquierda intelectual en el exilio.....	2
--	---

### Parte 1: Discutir la derrota

<b>Capítulo 1:</b> De la revolución al exilio.....	29
<b>Capítulo 2:</b> De la «guerra de maniobras» a la «guerra de posiciones»: las críticas a las organizaciones revolucionarias.....	73
<b>Capítulo 3:</b> La actualidad de los derechos humanos en la agenda de la nueva izquierda intelectual .....	109
<b>Capítulo 4:</b> Debates en el exilio: del intelectual revolucionario al intelectual democrático..	143

### Parte 2: Las cuestiones

<b>Capítulo 5:</b> El fin del «empate»: La dictadura y la reorganización del capitalismo argentino .....	175
<b>Capítulo 6:</b> El liberalismo, una tradición incómoda en <i>Controversia</i> .....	213
<b>Capítulo 7:</b> El estatuto de la teoría (marxista) en cuestión.....	242
<b>Capítulo 8:</b> ¿Es democrático el peronismo? Las polémicas en torno a la democracia popular .....	281
<b>Epílogo:</b> Derivas de <i>Controversia</i> .....	330
<b>Bibliografía</b> .....	348
<b>Agradecimientos</b> .....	367

***Controversia*, una revista de «pasajes»**

Esta investigación asume como punto de partida el reconocimiento de un conjunto de problemas de importancia para la experiencia argentina reciente, que han tenido enorme impacto en la esfera pública y que han sido abordados en el campo de la filosofía, la historiografía y la historia de las ideas. Hay al menos cuatro preguntas que condensan estos problemas: ¿cómo fue posible el surgimiento, entre los años sesenta y setenta argentinos, de una izquierda revolucionaria que incluyó en su repertorio, y de manera central, la práctica de la lucha armada?; ¿por qué ese proyecto político y militar fue derrotado?; ¿qué características asumió el terrorismo de estado en Argentina y cómo pensar su herencia?; ¿cómo se reconstruyó la cultura argentina luego de la experiencia del terrorismo de estado? La vigencia de estas preguntas resulta difícil de desconocer: buena parte de las polémicas intelectuales y los debates políticos en nuestro país siguen remitiendo directa o indirectamente a estos problemas, a tal punto que no es exagerado sostener que pronunciarse sobre ellos constituye hoy un requisito para definirse como intelectual en la cultura argentina.

Si bien el reconocimiento de estos problemas constituye el punto de partida de esta investigación, sus propósitos son desde luego más acotados que pretender abordarlos en su totalidad o agotarlos. Antes que ello, su objetivo es mostrar cómo una revista como *Controversia* se convirtió en un espacio en que resultó posible plantear y elaborar estas preguntas, y desde la cual se produjeron nuevas perspectivas teóricas y políticas que dejaron una huella en la cultura de izquierdas argentinas.

En *Controversia* pueden leerse fragmentos bien representativos de una transformación en la cultura de las izquierdas argentinas. La revista se editó en México, entre octubre de 1979 y agosto de 1981. Fue dirigida por Jorge Tula<sup>1</sup> y su consejo de redacción estuvo integrado por Carlos Abaló,<sup>2</sup> José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Sergio Caletti, Sergio Bufano, Nicolás Casullo, Héctor Schmucler, Ricardo Nudelman y Oscar Terán, quienes formaron parte del importante grupo de intelectuales, militantes y trabajadores que entre 1974 y 1983 transitaron el camino del exilio ante la escalada represiva desatada en Argentina en aquellos años. A lo

---

<sup>1</sup> En el número 1, integra también el Consejo de redacción Jorge Tula, con el pseudónimo de Jorge Tulli. A partir del número 2/3, Jorge Tula es el director de la revista.

<sup>2</sup> Quien es incorporado al Consejo de Redacción en el número 7.

largo de sus trece números,<sup>3</sup> sus integrantes se interrogaron por las condiciones de un tiempo histórico sumamente complejo, signado en el Cono Sur por la derrota de proyectos revolucionarios y el ascenso y consolidación de nuevos autoritarismos.

*Controversia* puede ser pensada como una revista de «pasajes» en la historia intelectual de las izquierdas argentinas: un pliegue rugoso que a la vez une y disocia dos tiempos históricos distinguibles, aquel organizado por el problema de los caminos singulares que debían recorrer las clases populares argentinas para el triunfo de una revolución hecha en nombre del socialismo o de la «liberación nacional», y un período organizado en torno a una nueva agenda política e intelectual centrada en el problema de la democracia. Si bien es cierto que buena parte de las investigaciones, ensayos, artículos y capítulos de libros dedicados a ella (que se han incrementado notoriamente en los últimos quince años) han subrayado el carácter «bisagra» de esta publicación, más difícil, en cambio, resulta conceptualizar esta idea misma de «pasaje». ¿Cómo pensar la relación de la revista con un tiempo cuya historicidad parecía definirse a partir de la encrucijada entre un espacio de experiencia alcanzado por una derrota política y un horizonte de expectativas que en el contexto del exilio debía pensarse sin poder apelar a ninguna «filosofía de la historia»?<sup>4</sup> Analizar las aristas de este «pasaje» es el asunto de cada capítulo de esta investigación. En esta introducción, en cambio, ubicamos dentro de los estudios sobre el pasado reciente argentino los antecedentes de esta investigación, para indagar las posibilidades que ofrece este «corpus» para pensar a *Controversia*, justamente, como una revista de «pasajes».

Comencemos aquí por una breve reflexión sobre el vínculo complejo que mantuvo esta revista con esos pasados que pretendía discutir. ¿Cuál es, en este sentido, la relación de *Controversia*, en tanto revista que anunciaba, ya en su primer editorial, su voluntad de «discutir la derrota» del proyecto revolucionario, con la historia de la propia revolución? Más precisamente: ¿forma parte de la historia de la revolución el capítulo dedicado a la reflexión sobre su derrota? A diferencia de otras aproximaciones a la revista, que ubican sino exclusivamente, al menos centralmente a *Controversia* como el punto de partida de un nuevo

---

<sup>3</sup> Se editaron 13 números en total, tres de ellos dobles: 2/3, 9/10 y 11/12. Tuvo un número 14, pero nunca se publicó el número 13.

<sup>4</sup> Espacio de experiencia y horizonte de expectativas son alusiones antropológicas de pasado y futuro, entendidos en los términos de Koselleck: como «históricas» o dimensiones no asimilables pero articulables que funcionan como condición de posibilidad del tiempo histórico, al menos desde la modernidad (Koselleck, [1979] 1993).

período político e intelectual, en esta investigación también la pensamos, en tanto pliegue,<sup>5</sup> como epílogo de esa historia que la propia revista convocaba a revisar en términos críticos, aún cuando al considerarla así, esto es, como un intento de cierre conceptualmente elaborado de una etapa política, sea necesario tener en cuenta, y no como plano secundario de una escena que hace foco en otra historia, a ese nuevo horizonte histórico, este sí sostenido por la idea democrática, sin el cual ese movimiento de cierre hubiera sido imposible siquiera de avizorar.

Éste es el motivo por el cual esta investigación ubica como parte de sus antecedentes, en primer lugar, a un conjunto de investigaciones centradas en el surgimiento de una «nueva izquierda nacional» argentina entre los años cincuenta y sesenta argentinos, cuya novedad histórica fue incluso subrayada con un importante grado de autoconciencia por los propios protagonistas que así se nominaron en el momento mismo en que buscaban diferenciarse de opciones a partir de allí asociadas con la «izquierda tradicional» o la «vieja izquierda», tal como puede apreciarse tempranamente en el libro compilado por Carlos Strasser (1959). Como sostiene Petra (2014), el surgimiento de esa nueva izquierda en Argentina estuvo en sintonía con fenómenos análogos acontecidos durante los años sesenta en América Latina, Europa y también en Estados Unidos, no obstante lo cual cabe subrayar aquí no sólo la familiaridad entre estos fenómenos emergentes, sino también sus diferencias cruciales.<sup>6</sup> Asimismo, no ha sido poca la eficacia que ha tenido en la identificación de esta formación cultural las distintas intervenciones de referentes destacados de la «nueva izquierda», quienes

---

<sup>5</sup> Hacemos aquí un uso libre de la categoría con que Giles Deleuze (1989) caracteriza al barroco. Teniendo en cuenta la complejidad de concebir la temporalidad a partir de «metáforas espaciales», la figura del «pliegue» sin embargo proporciona una alternativa filosóficamente más adecuada para pensar los momentos de «inflexión» -y *Controversia* condensó uno de esos momentos- que la de un «tiempo lineal» cuya unidad mínima es el «punto». Para Deleuze, el pliegue es un tipo de operación crítica (no un dato de la realidad); por esta razón para el barroco pensar y representar no es «descomponer» en partes lo real sino «desplegar» sus torsiones. «Desplegar» no significa entonces «distender» o «aliviar la tensión» (el «despliegue» no es lo contrario del «pliegue») sino situarse en la dirección que liga al «pliegue» con otro «pliegue», pues «el pliegue está siempre entre dos pliegues» (Deleuze: 1989, 23). De aquí que podamos pensar a *Controversia* como un pliegue entre dos tiempos, dos formaciones políticas y culturales a las que reúne, tensiona y torsiona. La búsqueda de categorías que permitan pensar las transformaciones conceptuales eludiendo una temporalidad homogénea y lineal es fundamental para esta investigación; junto con la figura del «pliegue», acudiremos también en otros momentos a la del «relevo» y la «diferencia» («diferancia»), ambas ligadas a la «deconstrucción»; pero, sobre todo, a la categoría de «desplazamiento», de inspiración freudiana.

<sup>6</sup> La cultura globalizada ha producido en torno a esos años una mirada más que estilizada, sincretizada en el aura de los «sixties». A pesar de sus notables puntos de encuentro, existieron notorias diferencias entre el movimiento social en Europa y en América, a tal punto que la imagen de los «sixties» y sus derivas no permanecería intacta -e igualmente aurática- si se la interroga desde el Mayo Francés o desde la Masacre de Tlatelolco.

produjeron ellos mismos un conjunto de obras que no sólo tenían la pretensión de reconstruir en términos historiográficos este fenómeno, sino también sentar postura en la disputa por el sentido de esta experiencia (Aricó, 2005 [1988]).

Sin embargo, y aún teniendo en cuenta libros como el de Aricó, la conceptualización en clave historiográfica de la nueva izquierda como «movimiento social y a la vez actor político» emergente en un contexto de creciente malestar con el ordenamiento habitual de la sociedad (Tortti, 2009) es mucho más tardía, y aparece como producto de un intento de poner en perspectiva el periplo de una generación política e intelectual cuyo abordaje suponía enfrentarse a los no pocos y hondos obstáculos epistemológicos y políticos ligados con la elaboración del pasado reciente argentino. La amalgama establecida entre esa formación cultural y el surgimiento de organizaciones guerrilleras, junto con los efectos represivos y la tragedia social y política provocada por el terrorismo de estado en Argentina, tornan todavía hoy sumamente complejos los intentos por indagar en términos analíticos pero también políticos -más allá de las condenas morales trazadas de antemano o ciertas reivindicaciones esteticistas no dispuestas a asumir el riesgo de lo político- la renovación que produjo esta franja intelectual y política en la cultura argentina. Cabe recordar en este sentido el relieve que asumieron las voces que, desde los años ochenta, y con diversos modulaciones hasta nuestros días, condenaron la «violencia revolucionaria» e incluso los juicios que, en los años ochenta, se entablaron a dirigentes asociados con la guerrilla, todo lo cual impactó en la opinión pública y, por esa vía, condicionó las aproximaciones a este asunto. La importancia de una revista como *Controversia*, que como se pretende mostrar en esta investigación ofreció tempranamente un espacio de debate acerca de varios de estos problemas cobra aún más relevancia teniendo en cuenta esta situación.

A pesar de las dificultades para abordar esta formación cultural y política, a partir de los años noventa y sobre todo en la primera década del siglo XXI se publicaron un conjunto de obras críticas, que hoy en día pueden reclamar para sí el estatuto de «clásicos», que comenzaron a recortar analíticamente este fenómeno y esbozaron algunas hipótesis que en algún sentido todavía hoy organizan el debate sobre este asunto. Se trata de investigaciones bien diversas (Terán, 1991; Sigal, 1991; Tarcus, 1996; Sarlo, 2001; Altamirano, 2001; Gilman, 2003; y Tortti, 2009), cuyos conclusiones distan más entre sí que sus puntos de partida. En efecto, todas ellas coinciden en caracterizar a la «nueva izquierda» como un fenómeno (i)

protagonizado por una nueva generación intelectual crítica de las opciones tradicionales ofrecidas por los partidos de izquierda, (ii) que logró interpelar a una conjunto nada despreciable de intelectuales en general de sectores medios, (iii) cuyas operaciones de lectura más importantes fueron la recepción favorable de la revolución cubana y la relectura del peronismo, (iv) dentro de un proceso de radicalización que derivaría en una creciente politización cada vez más en tensión con la autonomía de las prácticas intelectuales. A partir de estas coincidencias, es posible detectar entre ellas diversas modulaciones que arrojan no sólo diferenciaciones de matices, sino también de sentido, llegando en algunos casos a corolarios incompatibles entre sí.

Uno de los primeros trabajos en este sentido fue el de Terán, quien interpreta (desde el punto de vista de su conformación intelectual) a la «nueva izquierda» como parte de un proceso de modernización cultural que construyó sus opciones ideológicas en base a un novedoso anti liberalismo, la relectura del peronismo y la celebración de la revolución cubana, pero cuya radicalización termina de operarse a partir del avance del «bloqueo tradicionalista» que ganó posiciones con el golpe de estado en Argentina en 1966, y que en la lectura de Terán impidió la constitución de un campo intelectual con capacidad para mediatizar el vínculo entre campo cultural y campo político. En este contexto tan filoso, entonces, se generaron las condiciones para que esta franja inicialmente «denuncialista» entendiera que estaban dadas las condiciones para el «pasaje a la acción» revolucionaria.

En cambio, en Sigal no es la heteronomía del campo intelectual lo que explica la radicalización de los intelectuales, sino que este fenómeno es atribuido a la sobredeterminación de las funciones políticas que estos actores se autoasignaron en el período, en base al diagnóstico -plagado de equívocos según la autora- según el cual tras la caída de Perón las masas volvían a estar disponibles para experiencias políticas de corte rupturista. De este modo, si en Terán lo que explica la radicalización de la «nueva izquierda» es la ausencia de un campo intelectual autónomo, en Sigal en cambio es la notoria autonomía de los intelectuales -o, al menos, la autonomía que imaginariamente se atribuyeron- lo que provocó el encuentro entre una nueva generación intelectual y el proyecto revolucionario.

A distancia de estos planteos, aunque en diálogo con ellos, Tortti analiza este proceso como un movimiento cuyo origen debe situarse en los partidos tradicionales de izquierda, cuya implosión produjo sucesivos desprendimientos de grupos que luego constituyeron las bases

sobre las cuales se crearon las organizaciones revolucionarias, en un proceso que dejó en evidencia la cada vez más notoria imposibilidad de estos partidos para contener e integrar a sus filas a nuevas generaciones intelectuales, cuya opción por otra parte por una estrategia revolucionaria encuentra Tortti, a diferencia de Terán, en los inicios mismos de este proceso.

Los trabajos de Sarlo y Altamirano también pueden ser ubicados en esta serie, con la particularidad de que inscriben la radicalización política de la nueva izquierda dentro de un proceso todavía más amplio que involucró a buena parte de la sociedad argentina, incluyendo a católicos, liberales, conservadores y nacionalistas, al punto tal que tanto Sarlo como Altamirano argumentan que hacia fines de la década del sesenta ya se había puesto en marcha el enfrentamiento entre «dos revoluciones». Gilman en cambio ofrece una escala latinoamericana a los problemas que en las investigaciones previamente mencionadas quedan predominantemente circunscritos al caso argentino, y complejiza la tensión entre prácticas intelectuales y proyecto político, puesto que si bien acepta que el fuerte «anti intelectualismo» (ya reconocible en los años sesenta) terminará inclinando la balanza por el «fusil» sobre la «pluma» (en un desplazamiento que es concomitante con el modo en que el guerrillero desplazó al intelectual comprometido como paradigma del sujeto revolucionario), también sugiere que la nueva izquierda debe pensarse como una formación cultural tensada entre «la crítica de las armas» y «las armas de la crítica», una tensión que la autora observa todavía vigente -esto es, sin que las armas se impongan definitivamente sobre la crítica- aún bien entrados los años setenta.<sup>7</sup>

El carácter «clásico» de estos estudios se observa de manera indirecta a través de sus críticos, quienes para elaborar líneas de investigación alternativas para las izquierdas de este período tomaron alguna/s de estas obras como referencias principales para iniciar una estrategia de diferenciación. Ello se reconoce ya en los años noventa con las contribuciones (para citar sólo algunos ejemplos) de Néstor Kohan (1999) y, en la década siguiente, de Omar Acha (2008), quienes asocian las hipótesis interpretativas de este canon con las opciones políticas asumidas por sus autores en los años ochenta, en lo que pretende constituirse como una crítica al giro «reformista» de las izquierdas argentinas desde aquellos años. Pero mientras en Kohan ello

---

<sup>7</sup> A partir de estos textos clásicos, se multiplicaron de manera considerable investigaciones específicas sobre las derivas guerrilleras de la nueva izquierda (entre otros: Carnovale: 2011; Campos: 2016; González Canosa: 2021), algunas de las cuales atiende también sus conexiones regionales (Marchesi: 2019). En mucho menor medida, surgieron investigaciones sobre las derivas no guerrilleras de la izquierda revolucionaria (Osuna: 2015).

apunta a una revalorización del acervo cultural y político de la «nueva izquierda» de los años sesenta, Acha en cambio pretende interpelar a una nueva generación intelectual superadora tanto del momento revolucionario como del reformista.

Por otra parte, nuevos estudios sobre los años sesenta también han polemizado con este canon clásico, al pretender iluminar aspectos no pensados en estas investigaciones en virtud de la centralidad que en ellos asumen los intelectuales y las organizaciones revolucionarias, junto con la necesidad de explicar bajo qué condiciones fue posible que la lucha armada se constituya en una opción privilegiada de transformación política. Así, los trabajos de Cosse, Felitti y Manzano (2010) delimitan «otros años sesenta», con la mira puesta en las transformaciones culturales y políticas que tuvieron lugar en la familia, los sectores juveniles, las sexualidades y géneros. Ello es acompañado por una mayor complejización de la categoría de «modernización», entendida como un proceso mucho más ambivalente, extendido y capilar que el que Terán le asigna en *Nuestros años sesenta*.<sup>8</sup>

Pero antes de la consolidación de estos estudios historiográficos sobre la nueva izquierda, más precisamente durante la última década del siglo XX, surgieron un conjunto de intervenciones que Sarlo (2006) interpreta como parte de un «giro subjetivo». Se tratan de libros, películas y otro tipo de producciones orientadas a la reconstrucción -con fuerte peso testimonial- de las experiencias políticas de los años sesenta y setenta, que de algún modo halló en los volúmenes de *La Voluntad* (Anguita, Caparrós, 1998) su punto más alto de condensación. Este dinamismo cultural se enhebró con nuevas formas de militancias juveniles, con el caso paradigmático del surgimiento de la agrupación HIJOS POR LA IDENTIDAD CONTRA EL OLVIDO Y EL SILENCIO (H.I.J.O.S), una organización representativa de un movimiento social que disputó intensamente en la esfera pública las memorias socialmente cristalizadas alrededor de la política argentina de los años sesenta y setenta, al rechazar rotundamente los indultos a los responsables de crímenes de lesa humanidad,<sup>9</sup> cuestionar la «teoría de los dos

---

<sup>8</sup> Por otra parte, aunque su foco no es la Argentina, sino Uruguay, Brasil y Chile, y su eje, a diferencia de los trabajos de Cosse, Felitti y Manzano, es la dinámica política, la investigación de Nercesian (2013) ofrece nuevas pistas para pensar la deriva de la izquierda en este período, al sostener que las intervenciones militares en el Cono Sur apuntaron a interrumpir procesos de democratización que se estaban forjando en los años sesenta pero también, y sobre todo, en la década en la que estos trabajos clásicos identifican como el momento de la clausura de lo político: los años setenta.

<sup>9</sup> Los indultos promovidos por el ex Presidente Carlos Saúl Menem incluyeron diez decretos sancionados en dos tandas en octubre de 1989 y en diciembre de 1990. Fueron otorgados a las máximas autoridades militares y cuadros intermedios cuyas responsabilidades en crímenes de lesa humanidad habían sido probadas en sede judicial. También fueron indultados dirigentes de las organizaciones revolucionarias.

demonios»<sup>10</sup> y reivindicar la identidad política de los desaparecidos.<sup>11</sup> Si bien es cierto que Sarlo se sumaba con este libro a los debates (de alcance internacional) que giraban alrededor de la proliferación de iniciativas culturales ligadas con la memoria (Huysse: 2002), los destinatarios polémicos de su libro (como lo evidenciaba el solo hecho de publicarlo en vísperas del trigésimo aniversario del golpe de estado de 1976) no eran otros que los intelectuales y grupos sociales que impulsaron este giro en el régimen de la memoria en los años noventa, y cuyas ideas y concepciones encontraron algún tipo de eco durante la primera década del siglo XXI en las políticas de derechos humanos impulsadas por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

Estas disputas en torno a las memorias de los años sesenta y setenta confirió a los problemas propios de la historia reciente argentina una fuerte visibilidad en el espacio público, lo que a su vez activó en el campo intelectual argentino algunos debates que si bien no eran novedosos en el mundo, asumieron aquí una relevancia específica, como por ejemplo la discusión sobre los alcances y límites de la historia y la memoria para reconstruir y comprender el pasado (Sarlo, 2006), el papel que debería asumir el estado en la conformación de una narrativa en torno al pasado nacional (Vezzetti, 2009) o las polémicas con amplias connotaciones éticas en torno a la violencia política en los años sesenta y setenta -iniciada con la carta que Oscar del Barco envió a fines de 2004 a la revista cordobesa *La intemperie*, y conocida como la polémica «No matarás» (Calveiro, 2005; AAVV, 2011). Estas discusiones sobre el pasado reciente argentino también se sostuvieron por medio de numerosas iniciativas culturales -que incluyeron libros, proyectos de investigación, películas, archivos, revistas especializadas, e incluso incorporación curricular en las escuelas de estos temas (Equipo Educación y Memoria: 2009)- que contribuyeron a renovar las condiciones de legibilidad de una revista como *Controversia*, entendida como una iniciativa editorial que retrospectivamente se revelaría precursora de estas discusiones.

Esta investigación reconoce entonces como punto de partida este renovado interés por estos problemas. Nos interesa indagar una revista que, según las hipótesis que desarrollamos, admite ser leída como punto de cierre de la experiencia histórica de la «nueva izquierda» revolucionaria. De este modo, lo que diferencia a este trabajo de los enfoques de los estudios

---

<sup>10</sup> Para una historia del debate en torno a la teoría de los dos demonios a través del *Nunca Más*, ver Crenzel (2008).

<sup>11</sup> Para una breve historia de H.I.J.O.S, ver Cueto Rúa (2016).

«clásicos» sobre la «nueva izquierda» es que considera a *Controversia* como parte de la historia de esta formación cultural surgida en los años cincuenta y sesenta, aunque desde luego como el momento destacado de la elaboración de su crisis. En este punto, nos interesa especialmente situar la revista en los años setenta, para de ese modo problematizar un lugar común asociado con estos años: el que asume explícita o implícitamente que se trató de un período de escasa producción intelectual -sea en virtud de la tesis que sostiene que la radicalización política eclipsó sus potencialidades intelectuales, sea en virtud del diagnóstico que (con buenas razones que sin embargo se deben precisar) hace suya la idea de que el terrorismo de estado impidió desarrollar en el campo cultural una reflexión profunda sobre los cambios que tuvieron lugar en el Cono Sur y especialmente en Argentina.

Si inscribimos a *Controversia* como el capítulo final de la «nueva izquierda», es porque consideramos que la elaboración y balance de una derrota política forma parte de la historia de ese proyecto: los acontecimientos históricos no pueden dissociarse de los sentidos que le son atribuidos, lo que implica que es necesario un trabajo con el sentido para constatar el agotamiento de una experiencia histórica. Además, y con ello introducimos aquí un matiz que sin embargo es sumamente relevante dentro del marco teórico al interior del cual pensamos a esta revista, constatar el agotamiento de una experiencia histórica es algo más complejo que señalar su muerte. Lacan sostenía que lo difícil de asir en el dictum «Dios ha muerto» no era solo la muerte de Dios, sino también el tener que convivir con un Dios que *está pero muerto*.<sup>12</sup> Podríamos decir entonces que uno de los problemas que debieron pensar los intelectuales de *Controversia* era qué hacer con una revolución que no fue pero que, al mismo tiempo, resultó lo suficientemente convocante como para tener que pensarla con algún estatuto -la Revolución como pasado, sostendrá, décadas después, Nicolás Casullo en *Las cuestiones* (2007).

Como sea, considerar a *Controversia* como el epílogo de la «nueva izquierda» (Torti, 2018) nos coloca en mejores condiciones incluso para evaluar su impacto en publicaciones surgidas en el ciclo democrático argentino y tomar los suficientes recaudos metodológicos para no amalgamar sin considerar las mediaciones conceptuales y políticas a *Controversia* con otras publicaciones surgidas en los años ochenta, como *La Ciudad Futura*. Pues si bien existen

---

<sup>12</sup> Sobre el modo en que reaparecen los sesentas en la obra de Oscar Terán, ver Farías (2008). Un ensayo que aborda la pervivencia de la idea de Revolución en la política argentina reciente es *Sublunar: Entre el kirchnerismo y la revolución*. (Trímboli, 2017).

distintos puntos de contacto entre ambas publicaciones, hay sin embargo buenas razones para diferenciarlas, entre ellas, la delimitación más nítida de las opciones intelectuales disponibles en una revista como *La ciudad futura* (frente a la apertura a la indagación que es un rasgo característico de *Controversia*), o la convivencia de voces diversas en el cuerpo de una misma publicación, algo que todavía era posible en los setenta pero no resultó tan sencillo en los años ochenta -aún cuando se mantuvieron canales de interlocución y puntos de cruce puntuales a partir de la recuperación de la democracia en Argentina entre los grupos intelectuales que formaron parte de *Controversia*, como puede verse en *Los días de la Comuna* (González: 1986). Dicho de otro modo, orienta metodológicamente a esta investigación el intento de evitar teleologismos que inviten a identificar sin más la ruptura teórica y política que se tramitó en *Controversia* con una realidad ineluctablemente por venir, sobre todo teniendo en cuenta que, al momento de cierre de esta revista, de ningún modo era claro que la Argentina transitaría hacia formas democráticas de gobierno.

De este modo ingresamos a otro aspecto definitorio de esta revista de «pasajes»: el horizonte de expectativas delineado en sus páginas a partir de esta revisión crítica del pasado. ¿Qué futuros posibles fueron imaginados *Controversia*? En tanto pliegue que une y a la vez desune una experiencia histórica con otra, resulta necesario inscribir esta publicación dentro del contexto cultural sudamericano de finales de los años setenta, años de consolidación de nuevas formas de autoritarismo en el Cono Sur. En efecto, como veremos sobre todo en los capítulos 3, 5, 6, 7 y 8 de esta investigación, esta revista también es indiciaria del modo en que los exilios constituyeron un espacio dinámico de elaboración teórica de estos nuevos escenarios políticos e históricos que tenían lugar en la región.

En este sentido, los trabajos de Silvina Jensen (2005, 2007, 2010) y Marina Franco (2008) proporcionan un conjunto de herramientas analíticas para comprender no sólo las redes de sociabilidad y en general la experiencia histórica de la diáspora argentina en España y Cataluña (Jensen) y en Francia (Franco), sino también para el análisis de las transformaciones en el orden de las ideas que tuvieron lugar dentro de estas experiencias, en virtud de un encuadre teórico que considera a los exilios como un capítulo del terrorismo de estado, algo que, aunque resulte sorprendente, no había sido suficientemente indagado como tal al interior

del campo historiográfico.<sup>13</sup> En línea con estos trabajos, Yankelevich (2009) reconstruye los rasgos del exilio argentino en México, señalando su temprana conformación, su dinamismo social y cultural y, fundamentalmente, el carácter fracturado del mismo, que quedó en evidencia con la conformación de dos sedes de exiliados. Esta reconstrucción, junto con otros aportes que combinan análisis histórico y evocación testimonial (Bernetti/Giardinelli, 2003) permiten ubicar y subrayar la relevancia de *Controversia* en la trama exiliar argentina en México. Al mismo tiempo, constituyen para esta investigación un punto de partida inestimable, en el sentido de que permiten concebir a *Controversia* como un «laboratorio de ideas» (Sarlo, 1992) y también como un «espacio de sociabilidad» (Pluet-Despatin, 1992) con características específicas, entre ellas, la de constituir una instancia de reagrupamiento y redefinición de identidades políticas. Los futuros imaginados en la revista estuvieron íntimamente ligados con las características de las asociaciones del exilio argentino en México y con las discusiones que se impulsaron en su seno.

Este nuevo proceso de reafiliaciones políticas e intelectuales resultó en este período convergente con importantes transformaciones en las agendas teórico-políticas de las ciencias sociales latinoamericanas. En este punto, Norberto Lechner (1988) y José Nun (1989) trazaron en términos globales los rasgos de estos cambios: si en el caso de Lechner estos cambios son definidos a partir del modo en que la democracia relevó a la revolución del centro de los debates políticos, en el libro de Nun la novedad de este período está asociada con la emergencia de actores subalternizados o marginados de la opinión y esfera pública que comenzaron a ganar mayor protagonismo para teoría política al constituirse en actores dinámicos que impulsaron distintos procesos de democratización, un fenómeno que su autor, inspirándose en el género de la tragedia clásica, caracteriza justamente como la «rebelión del coro». En la medida en que estos trabajos analizan transformaciones que alcanzaron singularmente a la cultura de izquierdas, delinear un conjunto de coordenadas que aunque insuficientes (por la aproximación global hacia su objeto) resultan imprescindibles para poner en diálogo a *Controversia* con tramas políticas y culturales novedosas, ya no exclusivamente ligadas a la nueva izquierda argentina de los años sesenta sino con escenarios históricos

---

<sup>13</sup> Igualmente relevante para la consolidación de este campo de estudios es la compilación de Jensen / Yankelévich (2007) que amplía el análisis a las historias de exiliados argentinos en Israel, Suecia, Brasil y España.

regionales y mundiales en los que ganaba terreno la pregunta por la democracia y su vínculo con la cultura de izquierdas.

Ello a su vez está en sintonía con una mutación teórica-política destacada en la agenda de las ciencias sociales de la región que tiene lugar desde la segunda mitad de los años setenta según Cecilia Lesgart (2003). Se trata de la mutación por la cual las diversas vertientes de la «teoría de la dependencia» que habían dominado el debate intelectual entre los años sesenta y principio de los setenta fueron relevadas por estudios centrados en primer término en los «nuevos autoritarismos» y, en un segundo término, en el problema de la transición a la democracia (objeto teórico y político distintivo de las ciencias sociales de la región en los años ochenta).<sup>14</sup> Con varios puntos en común con Lesgart, pero intentando ir más a fondo en el cruce entre la «historia interna» e «historia externa» (signada por persecuciones, exilios y resistencias) de las ciencias sociales latinoamericanas, Antonio Camou (2007) inscribe los debates sobre la democracia entre fines de los setenta y los años ochenta dentro de una «segunda ola» caracterizada por la importancia que en ella se concede a lo político, la particular preocupación por la construcción de nuevos sistemas institucionales y la revalorización de las «reglas del juego».<sup>15</sup> Igual que la investigación de Lesgart, el trabajo de Camou ubica en este nuevo contexto a *Controversia*, a la que considera índice de un renovado interés por asociar la cuestión de la democracia con el socialismo. En el capítulo quinto de esta investigación, y en base a estos antecedentes, exploramos los nexos temáticos existentes entre esta revista y la conformación de nuevos debates en las ciencias sociales latinoamericanas, lo que constituye otra vía para pensar a *Controversia* en diálogo con los futuros imaginados para la región desde las ciencias sociales.

Esos nexos no son los únicos que explican algunas transformaciones en el lenguaje político exhibidos en *Controversia*. En efecto, otro de los debates intelectuales y políticos que resultaron significativos para la revista, tal como sostienen Cortés (2015) y Giller (2017), es el

---

<sup>14</sup> Si bien en el trabajo de Lesgart es posible leer un incipiente análisis de *Controversia*, el capítulo dedicado a la revista no posee la misma densidad analítica que la que la autora dedica al estudio de los nuevos autoritarismos, quizás porque el foco de su investigación está colocado en la producción intelectual desde las «catacumbas» del CEDES (Centro de Estudios Sociales) y en especial en la obra de Guillermo O'Donnell.

<sup>15</sup> Esta «segunda ola» de estudios sobre la democracia emerge en contraste con una «primera ola» -dominante en los años cincuenta y sesenta- en que la democracia era tematizada como cuestión derivada de los procesos de «modernización» -sea en su versión «optimista», el desarrollismo, sea en su versión «pesimista», el dependientismo-, dentro de una concepción centrada en la relevancia de las estructuras sociales y económicas para la comprensión de la historia latinoamericana.

que se organizó alrededor de la «crisis del marxismo», acontecido contemporáneamente al giro «eurocomunista» de importantes Partidos Comunistas europeos, en especial el italiano (una referencia teórica y política de peso para la franja socialista que integró la revista). La emergencia de estos debates en *Controversia* no debería ser pensado solamente como un efecto de la centralidad de las agendas europeas sobre campos culturales periféricos, sino más bien, como planteamos en el capítulo octavo de esta investigación, como parte de un proceso de resignificación de problemas de índole pretendidamente universal -como el vínculo entre democracia y socialismo- que la revista buscó desplegar desde una perspectiva latinoamericana.<sup>16</sup>

De esta manera, podemos pensar a *Controversia* como un espacio que enlazó en el exilio argentino en México debates con diversas procedencias, dentro de un horizonte de expectativas reconfigurado por la revalorización de la democracia que se producía en contraste con los «nuevos autoritarismos» del Cono Sur pero también con las alternativas comunistas «realmente existentes». Si la revisión crítica del proyecto revolucionario medió la relación de *Controversia* con su pasado, la democracia constituyó el hilo conductor que comunicó esa revisión con los futuros posibles imaginados en la revista.

Ahora bien, analizar este espacio intelectual de «pasaje» exige abordar las mediaciones conceptuales e históricas que hicieron posible esta transformación. Pues nos interesa aquí no sólo tipificar estas mutaciones teórico-políticas, sino también seguir la pista sinuosa del trabajo con el sentido que devino cuerpo textual, recoger los indicios de elementos emergentes de una nueva formación intelectual e indagar las reglas por las cuales la revista se transformó en un «laboratorio de ideas» que arrojó nuevas preguntas a la cultura de izquierdas latinoamericanas. En este sentido, reconstruir los problemas históricos y políticos pensados en *Controversia* implica asimismo conceder una mayor atención a un período que por mucho tiempo no fue pensado en su densidad política y teórica: el pasaje de los años setenta a los

---

<sup>16</sup> También se ha indagado cómo la cuestión democrática es retomada en nuevas revistas centradas ya no en la teoría política, sino principalmente en la crítica cultural y literaria. Uno de los intentos más elaborados en este sentido es el trabajo de de Diego (2001), cuyo objetivo consiste en establecer un marcado contrapunto entre los años setenta y ochenta a partir de dos revistas, *Nuevos Aires* y *Punto de Vista*. Si bien este trabajo tiene el mérito de retomar los marcos referenciales políticos y culturales de los años setenta para trazar una fuerte distinción con la nueva formación cultural que se configuró a partir de los años ochenta, en su investigación no termina de analizarse con especificidad los trabajos conceptuales y las operaciones críticas que se pusieron en juego en el tránsito de un paradigma a otro, de modo tal que el lector sólo puede constatar la contundencia de estos cambios sin contar con hipótesis explicativas en torno al modo en que se produjeron estas transformaciones.

ochenta.<sup>17</sup> En efecto, con las excepciones reseñadas arriba de los trabajos de Lesgart y Camou, los años que comprenden el segundo lustro de la década del setenta y los inicios de los años ochenta suelen quedar en una situación de «suspense» respecto a las periodizaciones en las que se apoyan los distintos análisis de la historia reciente argentina y latinoamericana. Pues mientras los estudios sobre la nueva izquierda establecen su corte entre los años 1973 y 1976, en los estudios sobre las transiciones a la democracia son los años ochenta (y en el caso argentino, el año 1983) los que suelen ser destacados como mojones paradigmáticos para establecer los umbrales de una nueva conceptualización política. Los resultados en uno y otro caso son los mismos: las producciones intelectuales que se ubican entre los años 1976 y 1983 son en general desatendidas, y con ello el modo en que publicaciones como las que aquí analizamos contribuyeron a instalar discusiones relevantes tanto para las ciencias sociales como para la cultura de izquierdas. Asimismo, y en relación con los estudios en torno a la democracia, al colocarse el umbral de la nueva cultura política en los años ochenta (para así establecer tajantes diferencias con los años sesenta y setenta), lo que queda sin explicar es justamente el proceso por el cual, a partir de ciertas mediaciones históricas, políticas y conceptuales (algunas de las cuales pueden seguirse en *Controversia*) se operó precisamente este pasaje entre el «paradigma revolucionario» y el «paradigma democrático». En este punto, vale la pena atender el balance –autocrítico– que realiza Vezzetti en relación con la historiografía y sociología de los intelectuales de este período, cuando afirma que «mucho de lo que se ha escrito (incluyo mi propio libro, publicado en 2002), ha partido de dos cortes tomados como absolutos y contrapuestos: 1976 y 1983. Esos cortes, en lo atinente a las ideas y representaciones, hoy deben ser revisados para reconocer las transiciones, interacciones y resonancias en el terreno de las visiones y, sobre todo, de las intervenciones» (Vezzetti, 2009: 81-82).

### ***Controversia* en los estudios sobre la cultura de izquierdas y la historia reciente argentina**

Ciertamente, también forman parte de los antecedentes de esta investigación los diversos trabajos que sobre todo en la última década indagan este período reservando a *Controversia* un lugar destacado. En línea con el crecimiento del campo de estudios sobre exilios y el

---

<sup>17</sup> Como señala Escalante Gonzalbo (2016) en su notable libro sobre el neoliberalismo, en los años setenta se produjeron, también en Latinoamérica, grandes transformaciones políticas, ideológicas y culturales (quizás eclipsadas por el brillo que sigue teniendo en la memoria colectiva los años sesenta).

resurgido interés en torno a revistas culturales y políticas argentinas y latinoamericanas<sup>18</sup> distintos estudios lanzaron nuevas preguntas a esta publicación con el objetivo de captar en ella los elementos emergentes de una nueva conceptualización teórica y política dentro de la cultura de izquierdas hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta.<sup>19</sup> Estos trabajos ubican a *Controversia* en una trama más amplia de iniciativas editoriales surgidas en grupos de exiliados sudamericanos en América y Europa en los años setenta y ochenta; y lo hacen, en la mayoría de los casos, por medio de ejercicios de historia comparada donde varían los ejes de análisis y énfasis específicos colocados en cada una de estas iniciativas.

La problemática del exilio es, como dijimos, uno de los principales ejes de problematización de estos estudios. En el caso de Garategaray (2015), la mirada se cierce sobre el exilio de intelectuales latinoamericanos en México, para indagar cómo en revistas como *Controversia* y en la segunda etapa de *Cuadernos de Marcha* se construyó simbólicamente la unidad de una experiencia dispersa y fragmentada: la de la diáspora. Por su parte, en Jensen (2007, 2010) se entrecruzan las experiencias de exiliados argentinos en Latinoamérica y Europa para relevar, entre otros puntos, las discusiones que se produjeron en revistas como *Controversia* y *Testimonio Latinoamericano* alrededor de la emergencia de una nueva agenda de problemas centrada en los derechos humanos.

Estas revistas, junto con otras que surgieron en Latinoamérica y Europa a finales de los años setenta, también ocupan un lugar importante en trabajos que analizan los balances realizados

---

<sup>18</sup> El renovado interés por las revistas recobró impulso sobre todo a partir de un conjunto de políticas editoriales que observan en ellas a destacados espacios de producción intelectual en Argentina y América Latina durante los siglos XIX y XX. También las revistas fueron recuperadas a partir de la creación de plataformas digitales, como *América Lee* del Centro de Documentación e Investigación de la cultura de izquierdas (CEDINCI) y el *Archivo Histórico de Revistas Argentinas* (AHIRA). Muchas de estas políticas editoriales dedicaron especial atención a revistas surgidas entre los años sesenta y setenta del siglo XX argentino, no sólo por el enorme dinamismo editorial desarrollado en este período en nuestro país, sino también por el interés que concitó este momento histórico en la esfera pública a partir de la primera década del siglo XXI, tal como explicamos más arriba. Si bien es cierto que ya en los años ochenta existen trabajos que se interesaron por los órganos de prensa (como *El Descamisado*) de las organizaciones revolucionarias (Sigal y Verón: 1986), en estas dos últimas décadas este interés se generalizó. También se crearon plataformas digitales, como *Ruinas Digitales* y *El topo blindado*, destinadas específicamente a recuperar documentos históricos -entre ellos, revistas y órganos de prensa- de este período, sobre todo de las organizaciones revolucionarias. Último, pero no menos importante, ha sido la política editorial llevada adelante por la Biblioteca Nacional, que editó versiones facsimilares de revistas bien representativas del período, como *Pasado y Presente*, *Los Libros*, *Cristianismo y Revolución* y *Envido* (entre otras). En este contexto tuvo lugar además la propia edición facsimilar de *Controversia* por parte de un sello independiente, Ejercitar la Memoria Editores (2009).

<sup>19</sup> De hecho, esta investigación se inscribe dentro de los diversos proyectos de investigación sobre revistas, desplegados en el área curricular de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la carrera de Filosofía (Universidad de Buenos Aires), algunos de cuyos resultados fueron publicados en *Polémicas intelectuales y debates políticos. Las revistas culturales del siglo XX* (Prislei: 2015).

sobre las derrotas de distintos proyectos políticos revolucionarios o de proyectos que proponían transformaciones estructurales para los países de la región (Ponza, 2010; Giller, 2016). También en esta línea, las investigaciones de Rojkind (2004) y de Gauna (2016) reconstruyen los espacios de sociabilidad de exiliados y los debates en torno al sentido político de esta experiencia, que darían lugar, según el ensayo pionero de Gago (2012), a una «nueva lengua política e intelectual». En este sentido, esta investigación retoma algunas de estas líneas argumentativas pero para pensar de qué modo la experiencia del exilio contribuyó a operar el pasaje del «intelectual revolucionario» a un nuevo tipo de intelectual que reclamaba resignificar la categoría de la «crítica» (Farías 2013, 2018).

Otras investigaciones reconocen en *Controversia* (dentro de un repertorio algo más amplio de iniciativas editoriales) a un conjunto de transformaciones de relevancia en el campo de las ideas políticas de las izquierdas argentinas, especialmente en virtud de la revalorización de la democracia. Algunos de estos trabajos consideran que esta revista constituye un antecedente del giro democrático que se produjo en buena parte de la izquierda intelectual argentina y latinoamericana, una suerte de puente directo a revistas como *La Ciudad Futura* (Reano, 2012). Otros trabajos en cambio matizan estos nexos, inscribiendo en cambio a *Controversia* dentro de un conjunto de debates en torno a la relación entre Estado y clases sociales opacados por la centralidad que asumió luego la cuestión democrática en la década siguiente (Cortés, 2014; 2015). Para otras investigaciones, en cambio, lo novedoso de esta publicación es la clausura de la posibilidad de confluencia entre tradiciones políticas como las socialistas y peronistas, al menos en los términos imaginados en los años sesenta (Burgos, 2004; Tortti, 2018). Alrededor de este eje interpretativo, y como hemos anticipado en esta introducción, esta investigación subraya la unidad de ambos movimientos críticos: el corte con los años sesenta y la apertura a nuevas problemáticas que ocuparon luego el centro de los debates en los años ochenta (Farías, 2014a, 2015). Por otra parte, aunque en esta investigación hacemos nuestra la hipótesis que sostiene que en *Controversia* la cuestión democrática se convirtió en un nuevo centro de irradiación de la reflexión intelectual, lo hacemos bajo la condición de reconocer el carácter no unívoco (e incluso polémico) que el concepto de democracia asumió en la revista (Farías, 2011).

Finalmente, un cuarto eje de análisis, menos explorado, ubica a *Controversia* como parte de una red (que incluye a otras revistas latinoamericanas y europeas del período como *El viejo*

*topo, Cuadernos Políticos, Dialéctica*) en la que circulan y se reelaboran las discusiones planteadas alrededor de la «crisis del marxismo» y del giro eurocomunista de los principales partidos comunistas europeos (Casco, 2008; Cortés, 2015; Giller, 2017). En esta investigación recuperamos algunas de las premisas planteadas en los trabajos que se inscriben en esta perspectiva; sin embargo, y sin desestimar este nuevo escenario epocal, entendemos la inscripción de estos debates en la textura de *Controversia* como desplazamientos críticos dentro de trayectorias intelectuales heterodoxas respecto al canon marxista (Farías, 2014b), de modo tal que el impacto del «giro» político del comunismo europeo en la revista debe pensarse a la luz de un conjunto de operaciones críticas de resignificación de una biblioteca política ya disponible para una franja importante de la revista en los años sesenta y tempranos setenta, lo cual puede observarse con la resignificación de la obra de Gramsci en el contexto del exilio.

En síntesis, esta investigación intenta ofrecer una mirada articulada de los distintos problemas que convierten a esta revista en un artefacto cultural complejo, desde el cual se aspira a leer algunas transformaciones políticas e intelectuales en la cultura de izquierdas argentinas y latinoamericanas en el contexto de los profundos cambios que se estaban operando en América y el mundo en este período. Con ello, pretendemos devolver espesor a un período en general eclipsado por el «aura» que los años sesenta aún conservan en el imaginario social, o por el umbral que significó en la Argentina la recuperación de la democracia en 1983.

### **Hipótesis y organización expositiva de esta investigación**

Esta investigación se titula «¿La revolución como pasado, la democracia como expectativa? *Controversia* y las transformaciones de la izquierda intelectual argentina en el exilio». La tesis despliega esta idea al sostener que *Controversia*, además de ofrecer un índice del carácter dinámico -y fracturado- del exilio argentino en el contexto de la última dictadura militar, constituyó un espacio intelectual que delimitó una nueva agenda de problemas considerados legítimos al interior de la cultura de izquierdas argentinas. En este sentido, esta revista es un capítulo destacado en la historia del proceso de renovación cultural de esta franja intelectual, pues en sus páginas puede leerse un temprano balance crítico del periplo de la “nueva izquierda” (pero sobre todo de la singular condensación de sus ideas producidas por las organizaciones revolucionarias en Argentina); la reformulación de problemas clásicos para las izquierdas, entre ellos, el nexo entre intelectuales y política; y la emergencia de nuevos

debates alrededor de la idea democrática, que luego serían retomados en Argentina tras el fin de la última dictadura militar.

Esta hipótesis global se desglosa en un conjunto de hipótesis subsidiarias que organizan cada capítulo de esta investigación. Combinando procedimientos argumentativos y narrativos, hemos intentado que estas hipótesis subsidiarias estén interconectados de tal modo que sustenten la hipótesis global de la investigación y a la vez desplieguen las aristas más puntuales que cada una de ellas suponen.

Para ello organizamos esta investigación en 8 capítulos, una introducción y un epílogo. Los capítulos, a su vez, se agrupan en dos partes: «Discutir la derrota» y «Las cuestiones». La unidad de estas dos partes reside en el hecho de que pueden pensarse como dos momentos de un mismo movimiento crítico: si el primer momento, el de la «discusión de la derrota», está predominantemente orientado a la crítica de la nueva izquierda y (fundamentalmente) de sus derivas «revolucionarias», la segunda parte esboza una nueva agenda de debates para esta renovada izquierda intelectual.

La primera parte de esta investigación, «Discutir la derrota», se inicia con el capítulo 1, «De la revolución al exilio», donde reconstruimos el periplo intelectual de una franja importante de los integrantes de la revista, nos referimos al grupo ligado con *Pasado y Presente*, experiencia editorial, intelectual y política a la que reconocemos como antecedente destacado de *Controversia*. Por un lado, porque en ella se esboza, entre 1965 y 1973, una «teoría de la revolución argentina» que será objeto de una revisión crítica en el contexto del exilio; por otro lado, porque esta revista exhibe (y ésta es una de las razones por la cuales nos detenemos especialmente en la segunda etapa de *Pasado y Presente*) cómo este grupo editorial vislumbra ya en la coyuntura argentina de 1973 las encrucijadas que se le presentaban a las organizaciones revolucionarias para asumir la dirección política del movimiento social. El modo en que las organizaciones revolucionaria interpretaron estas encrucijadas es objeto de fuertes debates en revistas como *Controversia*.

En el capítulo 2, «De la guerra de maniobras a la guerra de posiciones: la crítica a las organizaciones revolucionarias», inscribimos a *Controversia* en los espacios de sociabilidad del fracturado exilio argentino en México como una voz que se define plural y a la vez se recorta ante un específico un interlocutor polémico, las organizaciones revolucionarias, cuyo

proyecto político y militar es fuertemente cuestionado. Argumentamos aquí que las críticas a las organizaciones revolucionarias no son homogéneas, aún cuando todas ellas convergen en un diagnóstico común: que su derrota militar había sido antecedida por una derrota política. La heterogeneidad de las críticas que se plantean al interior de la revista pueden sin embargo ser pensada entre dos grandes variantes: la que explica la derrota en base a la dinámica política argentina, en cuyo caso se asigna a las organizaciones revolucionarias la responsabilidad de no haber comprendido a fondo esta dinámica; y aquellas que apuntan directamente a su matriz conceptual, razón por la cual la derrota política y militar de las organizaciones revolucionarias es adjudicada a opciones ideológicas que desde el origen habrían viciado la capacidad de las mismas para encarar con éxito el proyecto revolucionario. Dentro de este último tipo de explicaciones, se destaca la presencia de una línea argumentativa que, desde un punto de vista categorial, opera el «pasaje» del «paradigma revolucionario» a la «izquierda democrática» a partir de una reinterpretación de la categoría gramsciana de «hegemonía». De un modo u otro, tanto las críticas basadas en la incomprensión de la dinámica política argentina como aquellas que cuestionaron las matrices conceptuales de las organizaciones revolucionarias convergen al sentenciar tempranamente en el exilio la derrota de las organizaciones revolucionarias. Al incorporar la dimensión de las ideas en la interpretación de esta derrota política, la revista instituyó un espacio de intervención específicamente intelectual sobre estos temas que se prolonga hasta nuestros días.

En el capítulo 3, «La actualidad de los derechos humanos en la agenda de la nueva izquierda intelectual», reconstruimos un conjunto de polémicas que tuvieron lugar en la revista sobre este punto, polémicas iniciadas ya en el primer número de *Controversia* con la nota de Héctor Schmucler, «Actualidad de los derechos humanos», aludida en el título del capítulo. Asumimos aquí que no es posible clasificar a *Controversia* como una publicación «denuncialista», esto es, como una publicación específicamente orientada a la denuncia de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por los militares argentinos, no obstante en la superficie de la revista aparecieron, en algunos números, pronunciamientos en este sentido de parte de organismos de derechos humanos en el exilio. De este modo, la incorporación de la pregunta por los derechos humanos profundizó la estrategia de diferenciación crítica con las organizaciones revolucionarias, especialmente con aquellas que, como Montoneros,

interpretaban que los reclamos por los crímenes de la dictadura constituían un momento específico de la resistencia anti dictatorial que no ponía en cuestión el proyecto revolucionario sostenido por estas mismas organizaciones. A distancia crítica de este discurso, en *Controversia* los derechos humanos fueron invocados, al menos en voces como las de Schmucler (que imprimió el tono y los términos del debate en la revista), como criterio de demarcación de fondo entre la izquierda revolucionaria, cuyo proyecto se consideraba «derrotado», y una nueva izquierda que, desde el exilio, buscaba en contraste indagar qué miradas sobre el pasado y qué tipo de sociedad prefiguraba la asunción de estos principios. La paradoja, sin embargo, que quedó planteada al interior de la revista respecto a los derechos humanos es que para señalar la novedad que suponía asumir esta agenda al interior de la cultura de izquierdas se apeló a ciertas caracterizaciones de las organizaciones revolucionarias que poco tenían de novedosas, como aquellas identificaron a la violencia revolucionaria con la militar (una equiparación no del todo ajena a la amalgama entre el «terrorismo de izquierda» y el «terrorismo de derecha» ya instalada a mediados de los años setenta, como demostró Marina Franco (2012)). De aquí que cerremos el capítulo planteando la pregunta sobre la relación entre estos discursos y las ideas que, en los años ochenta, quedarán agrupadas bajo la así denominada «teoría de los dos demonios».

En el capítulo 4, «Debates en el exilio: del intelectual revolucionario al intelectual democrático», analizamos en cambio otras polémicas acogidas en la revista, algunas de ellas ya presentadas abiertamente como parte de un debate público, que giraban en torno al problema de la politicidad de la palabra intelectual en el exilio. La hipótesis que planteamos aquí es que la resignificación de la política que tuvo lugar en el exilio impactó también en el modo mismo en que se definió la politicidad de la práctica intelectual, de modo tal que, si el proyecto revolucionario había sido derrotado, debía entonces repensarse también, en este nuevo contexto, el vínculo entre los intelectuales y la política. Para pensar este problema al interior de *Controversia*, realizamos tres cortes. El primero, agrupa a dos polémicas que tuvieron una importante circulación en el exilio, y que el comité editorial decidió incluir (y con ello, jerarquizarlas, esto es, concederles una relevancia como forma de intervenir hacia adentro y hacia afuera de la revista): nos referimos a las polémicas entre Osvaldo Bayer y Rodolfo Terragno y entre Julio Cortázar y Liliana Heker, que giraban ambas sobre el papel que debía asumir el intelectual ante la dictadura. En estas polémicas, nos interesa mostrar

cómo la categoría del “compromiso”, clave en la historia de las izquierdas intelectuales del siglo XX, aparece rodeada de aporías allí cuando se la quiere invocar en el contexto del exilio: ¿alcanza con que el escritor produzca una obra «comprometida» o ese compromiso es insuficiente si no se traduce en acción?; ¿cómo ejercer el compromiso en el exilio cuando el escritor está escindido de la masas con las que justamente pretender comprometerse? ¿Es posible el compromiso en el contexto del «genocidio cultural» argentino, según la definición de Cortázar?

El segundo corte resulta de una operación de lectura que realizamos sobre la revista y no, como en el caso anterior, de polémicas públicas entre intelectuales. Se trata del contrapunto Héctor Schmucler y David Viñas, cuyas intervenciones pueden leerse como dos modos enfrentados de comprender la figura de la «responsabilidad» del intelectual a partir de la necesidad de pensar, en términos políticos, la relación entre un padre exiliado y un hijo desaparecido. Este contrapunto es de sumo interés para nuestra argumentación, en tanto pueden pensarse ambas intervenciones cómo dos formas diferenciadas de comprender una categoría de importancia para la revista a la hora de pensar la politicidad de la palabra intelectual: la crítica.

Finalmente, el tercer corte gira alrededor de la lectura realizada en *Controversia* de los documentos que Rodolfo Walsh, junto con otros militantes que formaban parte de la Inteligencia Montonera, elaboraron entre agosto de 1976 y enero de 1977, en los que trazaban un diagnóstico sombrío sobre la situación de la organización y una serie de críticas punzantes respecto a su jefatura. La recepción e interpretación de estos documentos que tuvo lugar en la revista ofrece interesantes pistas acerca del modo en que se produjo en el exilio el pasaje del «intelectual orgánico» a un tipo de intelectual que en el contexto de la derrota está obligado a repensar su politicidad en términos del compromiso fundado en la categoría de la crítica.

En síntesis, estos tres cortes presentan algunos elementos comunes que resultan significativos para nuestra argumentación en este capítulo. En primer lugar, en cada uno de ellos aparece tematizado el problema de la «responsabilidad», esto es, ante quién, con quién, con qué discurso, por qué y para qué interviene un intelectual. En segundo lugar, en cada uno de estos cortes quedó planteado o sugerido el pasaje de una politicidad definida alrededor de la revolución a una politicidad ligada con un nuevo tipo de intelectual, en general asociado con el ejercicio de la «crítica», la cual, a su vez, es predominantemente identificada como una

práctica «democrática»; por último, estos cortes muestran que en torno al problema de la politicidad de la palabra intelectual el comité editorial de la revista no tendió a apelar a discursos concluyentes, cerrados y esclarecidos sobre este asunto, sino que más bien optó posicionarse de manera «oblicua», es decir, intervenir principalmente a través de la publicación y de la relectura de las voces de otros.<sup>20</sup> Como sea, a través de estos «cortes» es posible observar cómo la crisis de la categoría del «intelectual revolucionario» generó las condiciones para que quedaran nuevamente disponibles categorías alternativas ya sedimentadas en las culturas de izquierda para pensar el carácter político de la intervención intelectual: el compromiso, la responsabilidad y la crítica. Esta última es la que terminó sintonizando mejor con la propuesta global de la revista, en tanto reservaba no escasos márgenes de autonomía a la práctica intelectual sin por ello descentrar a la política como eje vertebrador de la reflexión teórica.

Una vez abordado el modo en que la revista definió como problema la derrota del proyecto revolucionario -a partir de una reconstrucción de su momento de emergencia y vislumbramiento de las encrucijadas a las que debía enfrentarse (capítulo 1), las críticas que señalaban los déficits conceptuales e interpretativos atribuidos a las organizaciones revolucionarias en su apogeo y crisis (capítulo 2), la delimitación de los derechos humanos como nuevo punto de partida para las izquierdas (capítulo 3) y la reconfiguración de la politicidad del intelectual (capítulo 4), ingresamos a la segunda parte de esta investigación, que denominamos «Las cuestiones». En esta parte analizamos cómo la nueva agenda de debates intelectuales y políticos que se produjo al interior de la revista terminó configurando una reapropiación crítica de problemáticas que si bien muchas de ellas no eran del todo novedosas para esta franja intelectual (el liberalismo, la crisis del marxismo, el peronismo), exigían de todas maneras nuevos modos de abordarla para la no menos novedosa hora argentina, latinoamericana y mundial.

Así, en el capítulo 5, «El fin del empate: la dictadura y la reorganización del capitalismo argentino», indagamos un asunto escasamente analizado en los estudios sobre *Controversia*: la discusión sobre el significado histórico de la dictadura argentina. Que este debate resultaba importante lo revelan las preguntas que implícita o explícitamente quedaron planteadas en

---

<sup>20</sup> Esos otros, en varios casos (Viñas, Rozitchner) no definían el «borde externo» de la revista, como Montoneros, sino su borde interno, el campo de los otros no identificable con el nosotros pero tampoco su exterioridad constitutiva, en síntesis, el arco de disensos legítimos que admite la revista.

distintos artículos de la revista: ¿qué tipo de sociedad comenzó a perfilarse tras el golpe de estado de 1976?; ¿cómo había que conceptualizar a la experiencia política argentina abierta en marzo de 1976?; ¿en qué términos se estaban reconfigurando las relaciones entre las fuerzas sociales?; ¿qué tipo de transformaciones estructurales estaban encarando los militares argentinos?; ¿qué estrategias políticas eran capaces de darse para sí las clases sociales subalternas en este contexto?; ¿hasta qué punto podrían resultar fundadas en el exilio las expectativas en torno a una posible salida democrática en la Argentina? Este conjunto de preguntas, que así resumidas lucen compactas, se desplegaron de manera no lineal aunque con cierta articulación a lo largo de los distintos números de *Controversia*, generando algunas importantes polémicas hacia adentro y hacia afuera de la revista.

En este sentido, argumentamos que estas intervenciones estaban en sintonía con estudios y enfoques que comenzaban a circular en el campo de la ciencias sociales, y que pretendían deslindar los rasgos de las dictaduras en aquellos años vigentes en América Latina (en especial, el caso argentino) en relación con dictaduras precedentes. En torno a este punto, al interior de *Controversia* se consideraba al golpe de 1976 como el inicio de un proceso de reformulación radical de las relaciones entre el estado y las clases sociales en la historia del capitalismo argentino, cuya novedad entonces resultaba imposible comprender siguiendo algunas claves de lectura contemporáneas con amplia circulación en el exilio, las mismas que caracterizaban al proyecto de la dictadura como una suerte de «restauración conservadora o pastoril» o como una versión del fascismo propia del «capitalismo dependiente». Dentro de este diagnóstico común, existieron sin embargo algunas discrepancias relevantes entre el staff de la revista, por ejemplo: ¿había que leer el proyecto político de la dictadura exclusivamente en su plan económico o había que atender también lo que aparecía como una política tendiente a institucionalizar lo que los militares habían impuesto mediante el terror?; ¿cómo debían posicionarse los partidos y los trabajadores ante el eventual «pacto estatal» que la dictadura amagaba a lanzar con el más anunciado que llevado a fondo «diálogo político»?

En el capítulo 6, «El liberalismo, una tradición incómoda en *Controversia*», analizamos uno de los nudos problemáticos que generó en el exilio el encuentro de estos intelectuales con la idea democracia: la revisión de la tradición liberal. Indagamos especialmente aquí los dos suplementos que tuvieron lugar en la revista: aquel que acompañó los número 2/3, «Los años de la crisis. Argentina 1930-1945», y el suplemento incluido en los números 9/10,

sintomáticamente llamado «La democracia como problema», justamente bajo la hipótesis de que es la cuestión liberal aquella que los une problemáticamente: en el primero de ellos, bajo la pregunta sobre los efectos que produjo el desmoronamiento de la «nación liberal» a lo largo del siglo XX argentino; en el segundo, y de manera más mediada, a través de un conjunto de reflexiones sobre el estatuto de la democracia formal en la historia argentina, las reapropiaciones de la tradición liberal que la dictadura llevaba adelante y el ascenso del neoliberalismo en el nuevo escenario mundial. En términos globales, la hipótesis que planteamos en este capítulo es que el liberalismo resultó una tradición «incómoda» para *Controversia*, porque si por un lado en la revista la tradición liberal argentina fue recurrentemente repudiada, por otro lado la recuperación de la «democracia formal» como condición de posibilidad de cualquier ordenamiento democrático acercaba a la revista con motivos liberales renovados y difíciles de encontrar en la trayectoria previa de sus integrantes. Por esta razón, a lo largo de este capítulo distinguiremos dos niveles de análisis: por un lado, el de los significados asociados con la «idea liberal», en general con connotaciones negativas, que manifestaban como dijimos antes un rechazo a la tradición liberal argentina, a los usos de la tradición liberal por parte de la dictadura y a las voces representativas del discurso «neoliberal» o «neoconservador» en el contexto internacional; pero, por otro lado, el de los supuestos teóricos y políticos que sostuvieron a estas intervenciones, instancia donde acontecen ciertos desplazamientos de relevancia en la configuración de las distinciones políticas decisivas. Este desplazamiento puede describirse sintéticamente como el pasaje por el cual la distinción entre «democracia formal» / «democracia sustantiva» es relevada por el binomio «democracia / autoritarismo», en el cual, a su vez, la democracia formal termina siendo parte constitutiva del polo positivamente valorado del binomio. Es sobre todo al interior de este segundo nivel de análisis donde resulta necesario comprender el impacto de la cuestión liberal en *Controversia*, ya que esta última distinción es la que abrió la posibilidad para que en esta revista, cuyos integrantes no demandaban para sí la identidad liberal, dos tradiciones con distintas e incluso conflictivas historias y conceptualizaciones políticas, como la liberal y la democrática, estén condiciones de cruzarse y encontrarse.

En el capítulo 7, «El estatuto de la teoría (marxista) en cuestión», analizamos en cambio cómo impactaron los debates en torno a la «crisis del marxismo» en *Controversia*. También aquí en la revista se certifica el carácter político de la crisis del marxismo para, a partir de allí, indagar

las matrices teóricas que incidieron en ese desenlace, lo que autorizaba entonces una intervención intelectual. La hipótesis que desarrollamos es que la crítica que se plantea al marxismo no sólo apuntaba a sus «definiciones doctrinarias» (algo que ya aparecía en estos grupos intelectuales mucho antes del exilio), sino más bien al estatuto mismo de la teoría en tanto instancia de totalización de la realidad histórica. Esta crítica es la que permitió cuestionar el nexo «productivista» entre socialismo y democracia (a saber, que la «democracia» consiste en la socialización de los medios de producción); imaginar nuevas «tradiciones selectivas» para pensar la relación entre democracia y socialismo; producir una recepción crítica de ciertos desarrollos teóricos vinculados con el «eurocomunismo»; y pensar a América Latina como un espacio político propicio para que tenga lugar un nuevo encuentro entre democracia y socialismo. En este sentido, la crítica al estatuto de la teoría marxista constituyó una impugnación especialmente dirigida a sus modalidades totalizantes, lo cual dio lugar a algunos experimentos teóricos cuyas huellas pueden rastrearse en *Controversia*, pero que se consumaron más allá de sus páginas: la relectura de Mariátegui (Terán y Aricó), la recuperación de la pregunta por el vínculo entre marxismo y América Latina (Aricó), y el cruce entre marxismo y deconstrucción (del Barco).

En el capítulo 8, «¿Es democrático el peronismo? Las polémicas en torno a la democracia popular», reconstruimos los debates en torno al peronismo, los cuales pusieron de manifiesto no sólo las dificultades para evaluar la experiencia del gobierno peronista entre 1973 y 1976, sino también, y quizás fundamentalmente, la discusión sobre qué papel debía asumir el peronismo en un eventual escenario democrático en Argentina. Alrededor de esta polémica, que fractura a la revista, es posible apreciar el carácter «bifronte» que asumió el concepto de democracia en *Controversia*, que como advertimos funcionó como un punto de agrupación frente al «autoritarismo» y el «dogmatismo» atribuidos a las organizaciones revolucionarias y a la dictadura militar, pero también como un «parteaguas» respecto al modo de concebir una «democracia popular» en un eventual escenario político posdictatorial en Argentina. Por esta razón, la hipótesis del capítulo es que también en este punto se operó en la revista un pasaje, en este caso, en el modo de indagar al peronismo: si en los sesenta el peronismo era convocado para indagar sus «potencialidades revolucionarias», en el exilio la pregunta se transfiere, en cambio, a sus «potencialidades democráticas». Resulta clave para entender el disenso que provoca esta discusión en la revista el modo en que la franja de los intelectuales

socialistas asociaban al peronismo con un modelo fuertemente estatista que lo tornaría contradictorio, incluso, con la idea democrática misma. Del conjunto de estos debates pueden entonces trazarse dos modos distintos de concebir la alternativa de la democracia popular: una democracia «movimientista», del lado de los intelectuales peronistas, y una democracia con una fuerte impronta «societalista», esbozada por los intelectuales socialistas tras un complejo proceso de retraducción de la categoría gramsciana de «hegemonía» que particularmente analizamos en este capítulo.

El modo en que estos debates sobre la «democracia popular», como así también la forma en que las líneas de sentido desarrolladas en los capítulos previos (la crítica a la violencia revolucionaria, la identificación del intelectual de izquierdas con la figura del intelectual crítico, la profundización del societalismo, entre otras) proveyeron nuevos contenidos y problemas a la agenda política de las izquierdas en los años ochenta, es el asunto del epílogo de esta investigación, que esboza brevemente qué aspectos surgidos de ese «laboratorio de ideas» que fue *Controversia* resultaron significativos y se prolongaron en el campo político y cultural argentinos tras la recuperación de la democracia en nuestro país.

## **Primera Parte: Discutir la derrota**

## CAPÍTULO 1. DE LA REVOLUCIÓN AL EXILIO

Los intelectuales argentinos que en el exilio en México crearon la revista *Controversia* contaban con una historia política e intelectual común, moldeada bajo el signo de la revolución. Este capítulo está dedicado a reconstruir algunos fragmentos de esa historia. Nos interesa seguir, en el terreno de las ideas, cómo se fue configurando entre estos intelectuales una apuesta por una alternativa revolucionaria para la Argentina de los años sesenta y el primer tercio de los setenta.

No pretendemos aquí meramente llenar los casilleros vacíos de la cronología, sino contar con referencias precisas y concretas sobre la idea de revolución que, años después, fue sometida a una profunda revisión crítica en *Controversia*. También se vuelve necesaria esta reconstrucción para comprender los trabajos de resignificación de una biblioteca política que tuvieron lugar en el exilio. Pues más allá de la autoimagen producida por los integrantes de *Controversia*, quienes a menudo identificaron la experiencia del exilio con una suerte de «nuevo comienzo», la ruptura en el orden de las ideas que tuvo lugar entre fines de los años setenta y principios de los ochenta puede pensarse como un conjunto de «desplazamientos» en la doble acepción de este verbo: «desplazar» entendido como movimiento crítico en torno a un pasado al que se lo busca «correr de lugar», pero «desplazar» también como el modo otro en que se mueve hacia el presente lo pasado. El ejemplo más paradigmático de este «desplazamiento» remite a un nombre bien preciso, el de Gramsci, invocado a inicios de los setenta para pensar una «teoría de la revolución argentina» y a finales de los setenta para imaginar una teoría política para el marxismo, en tiempos que demandaban hacerse cargo del problema de la democracia.<sup>21</sup>

No es el propósito de esta investigación hacer una reconstrucción exhaustiva del modo en que cada uno de los intelectuales que formaron parte de *Controversia* se inscribieron en la «nueva izquierda intelectual» o, lo que es lo mismo, ahondar en la historia del encuentro de cada uno de estos intelectuales con la idea de revolución: cada biografía intelectual, cada revista en la que participaron, demandaría una investigación aparte. Lo que en cambio haremos aquí es

---

<sup>21</sup> El hilo que comunica ambos momentos es la necesidad de apelar a Gramsci como crítica autorizada del «autoritarismo» y «burocratismo» de los socialismos «realmente existentes».

analizar cómo se planteó una suerte de «teoría de la revolución argentina» en *Pasado y Presente*, una revista que consideramos como un antecedente de *Controversia* (Fariás, 2014b).

Este capítulo se inicia señalando los elementos típicos pero también singulares de esta revista paradigmática de la «nueva izquierda intelectual» que fue *Pasado y Presente*.<sup>22</sup> Analizamos su época primera (1963-1965) y segunda (1973) bajo la hipótesis de que existe entre ellas, más allá del tiempo que media entre la aparición de una y otra, una unidad problemática centrada en el intento de esbozar una «teoría de la revolución argentina». En línea con esta hipótesis, indagamos especialmente un aspecto de la segunda etapa (que sugerentemente no es considerada por sus propios integrantes y, en su saga, por los historiadores de este grupo intelectual, como la más valiosa):<sup>23</sup> el momento crucial en que la realidad política argentina ofrecía indicios del surgimiento de un actor, Montoneros, en condiciones de recorrer el camino histórico hacia el socialismo en términos afines a los que este grupo venía planteando justamente alrededor de la «teoría de la revolución argentina». En esta segunda etapa cobraron forma entonces apuestas teóricas y políticas que suponían un conjunto de definiciones en torno a las vanguardias revolucionarias, la democracia obrera o el peronismo que serán profundamente revisadas en el exilio. Hacia el final del capítulo, nos detenemos en las marcas que la vertiginosa coyuntura argentina de 1973 (entre la «primavera camporista» y el recrudecimiento de la represión contra las organizaciones revolucionarias) dejó en la superficie textual de la segunda época de *Pasado y Presente*. En estas páginas, la expectativa por la revolución convivió dramáticamente con la posibilidad de que la conflictividad política y social de la Argentina de 1973 tuviera un desenlace trágico.

### ***Pasado y Presente*, una revista de la «nueva izquierda»**

A pesar de las divergencias ideológicas reconocibles en el comité de redacción de *Controversia*, sus integrantes compartían una procedencia común: habían sido interpelados por nuevas ideas, sensibilidades y espacios de sociabilización que dieron forma a una cultura

---

<sup>22</sup> Para la inscripción de *Pasado y Presente* en la historia de la «nueva izquierda intelectual» argentina, ver el clásico libro de Terán (1991). Para un matizado análisis que compara a *Pasado y Presente* con *New Left Review*, dando cuenta así del alcance global de los procesos políticos y culturales que dieron sentido a revistas como éstas, ver Petra (2014).

<sup>23</sup> «Algunos más, otros menos, todos fuimos Montoneros» afirmó tiempo después, entre resignado y retrospectivo, José Aricó (1988). En el prólogo a la edición facsimilar de *Pasado y Presente*, Horacio González (2014) sostiene que mientras la primera etapa de *Pasado y Presente* contó, por decirlo así, con el «beneplácito» de la historia, la segunda etapa en cambio fue devorada por ella. Como sea, en Aricó y en González la apuesta por Montoneros signa la valoración de la segunda época de la revista, como si la derrota política del proyecto revolucionario tornara enteramente fallida a esta experiencia.

política revolucionaria que alcanzó su apogeo entre mediados de los años sesenta y el primer lustro de los años setenta argentinos.

Esta «cultura política revolucionaria» fue forjada por nuevos actores sociales, entre los que cobraron protagonismo aquellos con funciones «intelectuales», que en este período repolitizaron espacios como sindicatos, universidades, instituciones públicas, órganos de prensa (entre otros) con la expectativa de manifestar ya no sólo una rebeldía, una resistencia o un «afán modernizador» respecto al orden efectivamente existente, sino su rechazo rotundo y con ello la pretensión de transformar el bloque histórico vigente en Argentina. Una de las notas distintivas de esta cultura, la legitimación de la «violencia revolucionaria», suscitó numerosas discusiones durante y todavía más después (*Controversia* fue precursora de estos debates) del apogeo de esta formación cultural (Oberti y Pittaluga, 2006; Vezzetti, 2009). Pero, para no tomar la parte por el todo, subrayamos aquí que esa legitimación de la «violencia revolucionaria» tuvo lugar al interior de una nueva cultura política que habilitó, para actores sociales heterogéneos (desde la guerrilla a importantes fracciones del sindicalismo, pasando por las organizaciones de base, los intelectuales, etc.) la posibilidad de reunir la voluntad de revolución con la voluntad de poder en la Argentina de aquellos años.

Esta «cultura política revolucionaria» no fue organizada por los partidos políticos de las izquierdas tradicionales en Argentina, sino por grupos que, aunque muchos de ellos provenían de estos partidos, rompieron con estas estructuras para reivindicar la necesidad de interpretaciones de la realidad nacional basadas en una nueva perspectiva política y generacional (Tortti, 2009). Aún teniendo en cuenta sus más variados matices, hay acuerdo en englobar a este nuevo movimiento intelectual y político como la «nueva izquierda» (Terán, 1991; Sigal, 1991; Gilman, 2003; Tortti, 2009).

Hacia los años sesenta, los intelectuales que luego integrarían el comité editorial de *Controversia* se sumaron a las filas de esta «nueva izquierda». Se convirtieron así en «organizadores» de esta cultura política revolucionaria, a través de distintas iniciativas editoriales como la creación de revistas, libros y cuadernos<sup>24</sup> que estuvieron al alcance de un

---

<sup>24</sup> José Aricó, Héctor Schmucler, Jorge Tula, Juan Carlos Portantiero y Oscar del Barco (colaborador asiduo de *Controversia*) tuvieron un papel protagónico en la revista *Pasado y Presente*. Aricó fue director de Siglo XXI argentina y Schmucler colaboró con él. Schmucler dirigió la primera etapa de *Los libros* (1969-1976), en la que también escribieron Aricó, Portantiero y Terán, y codirigió la revista *Comunicación y Cultura* (1973-1985). Terán publicó con pseudónimo en *La Rosa Blindada* (1964-1966) y Casullo escribió para *La Opinión* y colaboró con *Nuevos Aires*, revista cercana al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Aricó fue el mentor principal

público que en esos años se incorporó, de manera masiva, a diversas formas de militancias encuadradas en nuevas organizaciones estudiantiles, políticas, sindicales y en algunos casos guerrilleras.<sup>25</sup> No es redundante decir que la imbricación entre estas nuevas redes editoriales y las organizaciones políticas fue recurrente y profunda.<sup>26</sup>

La «nueva izquierda» conjugó algunas características singulares en la historia intelectual y política argentinas. En primer lugar, los grupos que formaron parte de ella entablaron en términos ideológicos y a menudo también generacionales una querrela con los tradicionales partidos de izquierda en Argentina. Contribuyeron también, con la renovación de lenguajes y esquemas interpretativos de la realidad nacional (dentro de las distintas iniciativas editoriales que impulsaron), a imprimirle un sello propio al proceso de modernización cultural puesto en marcha en Argentina en los años sesenta. En tercer lugar, y como parte de la ruptura con los partidos tradicionales, la «nueva izquierda» instituyó a la Revolución Cubana como una experiencia política de referencia para una búsqueda que sin embargo debía ser específicamente nacional de transición al socialismo, lo cual se entrecruzó con la impugnación cada vez más contundente de cualquier programa de transformaciones sociales «reformista», especialmente aquellos que aceptaban las reglas de un sistema constitucional considerado a la vez en crisis y deudor de un liberalismo elitista. No menos importante resultó

---

de los *Cuadernos de Pasado y Presente* (1968-1983), una experiencia editorial que renovó decisivamente las claves interpretativas de la tradición marxista para pensar la realidad política y social.

<sup>25</sup> Algunos de los miembros de la revista también formaron parte de estas organizaciones. Sergio Bufano fue parte del Movimiento de Liberación Nacional, conocido como «Malena», según afirma en la entrevista que le realizamos para esta investigación. Oscar Terán pasó por distintas organizaciones, para terminar en el grupo «Convergencia», según quedó registrado en su testimonio para *Memoria Abierta*. Los contactos entre quienes integraron *Controversia* con organizaciones revolucionarias durante los años sesenta y setenta fueron fluidos, como veremos en este capítulo. Se destacan entre ellos el acercamiento del grupo *Pasado y Presente* con el Ejército Guerrillero del Pueblo en la primera etapa de la revista y con Montoneros en su segunda etapa. Además, también fue fluido el diálogo de este grupo editorial con el sindicalismo de base cordobés, especialmente con el «sindicalismo clasista» de SiTraC-SiTraM, como quedó documentado en el libro de Schmucler, Malecki y Gordillo. (2014). Sergio Caletti tuvo un importante desempeño en sindicatos de prensa y fue parte de la Secretaría de Cultura del gobierno de Bidegain (gobernador de la Provincia de Buenos Aires). Nicolás Casullo, tras iniciarse en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, se acercó a la Juventud Peronista, tejiendo vínculos con el sector que editaba *El Descamisado*. También asesoró al Ministro de Educación Jorge Taiana durante el gobierno de Cámpora y Perón.

<sup>26</sup> Vale como ejemplo el caso de la revista *Pasado y Presente*, que inicialmente estuvo formada en su mayoría por militantes de la Federación Juvenil del Partido Comunista Argentino (de hecho José Aricó era Secretario de la Federación Juvenil de Córdoba), pero que consiguió gravitar en ámbitos universitarios aún después -o todavía más- de la expulsión de sus miembros del Partido Comunista Argentino.

el intento de anclar en las masas un proyecto revolucionario, lo que incidió en la reconsideración o relectura del «hecho peronista» (Altamirano 2001a).<sup>27</sup>

La revista *Pasado y Presente* en sus dos épocas (1963-1965 y 1973) combinó elementos «típicos» de la «nueva izquierda intelectual» con notas singulares que la diferenciaron de otras publicaciones de esta formación cultural. La primera época de *Pasado y Presente* (1963-1965) incluyó seis números, la mitad de ellos dobles.<sup>28</sup> Contó entre sus filas, en su mayoría, a jóvenes miembros del Partido Comunista Argentino (PCA), que fueron expulsados tras la publicación del primer número.<sup>29</sup> En efecto, si bien esta publicación fue inicialmente concebida como una «revista de cultura» del PCA<sup>30</sup>, su primer editorial, escrito por Aricó y titulado «Pasado y Presente», fue considerado inadmisibles por la cúpula del PCA, lo que desencadenó la ruptura de estos jóvenes con el Partido.<sup>31</sup>

En la nota de presentación de *Pasado y Presente*, Aricó (1963a) inscribía a la nueva revista dentro de una política cultural orientada a conquistar un público más amplio que el destinatario habitual del PCA, ya que aspiraba a «enclasar» a los intelectuales de clase media (especialmente a los jóvenes) y a conseguir el favor de las clases trabajadoras cuya composición en Córdoba era indiciaria de incipientes transformaciones en la estructura económica y social argentina.<sup>32</sup> Como puede apreciarse, se trataban de propósitos que el Partido difícilmente podía desestimar, aunque dejaban en evidencia con demasiada nitidez las enormes dificultades que justamente había tenido para constituirse en referencia política y

---

<sup>27</sup> Para una interpretación que ubica a la «nueva izquierda intelectual» dentro del conjunto de debates políticos y culturales que tuvieron lugar entre 1955 y 1973, ver Sarlo (2001) y Altamirano (2001b).

<sup>28</sup> En el primer número figuran como directores Oscar del Barco y Anibal Arcondo. En el número 2/3 Héctor Schmucler figura como secretario de redacción. En el número 5/6 aparece un consejo de redacción integrado por José Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torres, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich y Osvaldo Tamain. En el último número 7/8 se agregan al consejo Luis Prieto y Carlos Giordano.

<sup>29</sup> Como señala Petra (2014), la revista contaba con algunos aspectos novedosos, entre ellos, que sus integrantes eran graduados universitarios y algunos incluso habían alcanzado el doctorado en sus áreas de formación.

<sup>30</sup> Según cuenta Burgos (2004), el primer número fue financiado por el propio Partido.

<sup>31</sup> Había antecedentes de conflicto entre estos jóvenes y el PCA. Del Barco había enviado meses antes de la edición del primer número de *Pasado y Presente* un artículo a *Cuadernos de Cultura* del PCA titulado «Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad», donde discutía la «teoría del reflejo» del «marxismo leninismo» consagrada por éste como la adecuada vía para pensar la objetividad del objeto. Puede seguirse esta polémica en Kohan (1998) y en Burgos (2004).

<sup>32</sup> Reconectar a intelectuales de la pequeña burguesía con el proletariado industrial es uno de los objetivos centrales de la revista, ya que «tenemos que partir para elaborar una acción cultural que tienda a unir a la intelectualidad avanzada con el proletariado en cuanto agente histórico de una nueva civilización. Para contribuir a edificar esta política nuestra revista se esforzará por trabajar en dos planos contrapuestos: el de la intelectualidad que proviene fundamentalmente de las capas medias de la población y el de la propia clase obrera» (Aricó:1963a, 15).

cultural de estos mismos sectores sociales.<sup>33</sup> Junto con ello, esta nota de Aricó incluía una línea de trabajo perdurable en la revista: el interés por la fábrica como espacio de constitución de una identidad obrera y de organización del poder popular,<sup>34</sup> cuyo carácter novedoso venía acompañado sin embargo de ribetes controvertidos, pues el énfasis colocado ahora en la fábrica minaba las exclusivas potestades que el Partido se había atribuido históricamente como órgano fundante de la concepción y organización del poder obrero.

No era difícil tampoco reconocer en «Pasado y Presente» la impugnación del «marxismo-leninismo» con el que el PCA autorizaba sus interpretaciones de la realidad política y de la historia argentina, toda vez que Aricó identificaba al marxismo con el «historicismo absoluto» de Gramsci y, por lo tanto, con la necesidad de someter a prueba las premisas teóricas y políticas de esta tradición con el devenir histórico y las especificidades nacionales.<sup>35</sup> Consecuente con esta tesitura, el primer número de *Pasado y Presente* incluía un dossier con distintas intervenciones de intelectuales ligados con el Partido Comunista Italiano (PCI) que giraba en torno, justamente, del problema del historicismo (VV.AA, 1963).<sup>36</sup>

---

<sup>33</sup> Estos límites son señalados abiertamente por Aricó, especialmente respecto a la escasa capacidad de interpelación del PCA para la clase trabajadora argentina: «Debemos indagar, por ejemplo, las causas que obstaculizaron la plena expansión del marxismo en el seno del proletariado, las trabas que mediaron para que su inserción en la realidad nacional fuese débil y tardía, partiendo del criterio de que esas trabas no provenían exclusivamente de la clase o del país, sino también del propio instrumento cognoscitivo, o mejor dicho, de la concepción que de él se tenía y de cómo se entendía la tarea de cómo utilizarlo como esquema apto para una plena comprensión de la realidad nacional» (Aricó: 1963a, 5). No es difícil apreciar aquí la «sombra del peronismo» y el modo en que su supuesta incompreensión por parte de los partidos tradicionales de izquierda funciona como carta de legitimidad del gesto de diferenciación que la nueva generación intelectual quiere marcar respecto a la vieja guardia intelectual del Partido.

<sup>34</sup> «La función directiva que el marxismo atribuye al proletariado industrial en el proceso de conquista y creación de una nueva sociedad nos plantea la necesidad de revalorizar a la fábrica concebida como forma necesaria de la clase obrera, como un organismo político o al decir de Gramsci como el «territorio nacional del autogobierno obrero». Es a partir de la lucha al interior de la misma fábrica como la clase obrera adquiere plena conciencia de sus responsabilidades, de su función hegemónica en la sociedad, esa conciencia de productor necesaria para conquistar la dirección moral e intelectual de las clases subalternas» (Aricó: 1963a, 13).

<sup>35</sup> La caracterización del marxismo como historicismo absoluto iba de la mano de la legitimación de una perspectiva generacional: «Si el marxismo en cuanto historicismo absoluto puede ayudar a la izquierda a comprender la dinámica generacional, el permanente replanteo de la cuestión de los «viejos» y los «jóvenes», es siempre a condición del esfuerzo por renovarse, por modernizarse, por superar lo envejecido, que debe estar en la base de la dinámica de toda organización revolucionaria» (Aricó: 1963a: 3).

<sup>36</sup> En el mismo sentido, el «enclasmiento» de los intelectuales de la «pequeña burguesía» era tratado con un criterio aperturista que excedía largamente las fronteras demarcadas por el «marxismo leninismo», en tanto *Pasado y Presente* se propuso someter a prueba las premisas marxistas con las líneas más avanzadas de la cultura burguesa. La idea de una «revista de ideología y cultura», tal el subtítulo escogido para esta publicación, iba de la mano con esta apertura y habilitó el ingreso de artículos sobre el psicoanálisis, el estructuralismo y la literatura de vanguardia, como el de Masotta (1965) sobre psicoanálisis estructural de Lacan, el de Del Barco (1964/5) sobre *El pensamiento salvaje* de Levi-Strauss y el de Schmucler (1965) sobre *Rayuela* de Cortázar.

Sin embargo, el aspecto más controvertido de la presentación inicial de la revista escrita por Aricó resultó la validación de una estrategia de legitimación de la propia palabra de índole generacional, que asignaba a los jóvenes la misión de dirigir justamente este programa de renovación cultural de cuyo éxito dependía, en los términos en que lo planteaba Aricó, que el Partido no estuviera condenado a la insignificancia histórica. Se trataba de una generación que, en la saga de *Contorno*, no reconocía «maestros», dando así apertura a una estrategia de reconocimiento y consagración inter pares que signó enteramente a la revista y constituyó también un elemento emergente de la cultura política revolucionaria argentina.<sup>37</sup> En una de las réplicas que suscitó este tipo de planteos, una voz representativa del PCA como la de Rodolfo Ghioldi acusó a *Pasado y Presente* de inspirarse en un «espiritualismo orteguiano» que nada tenía que ver con el marxismo y la lucha de clases.

Aricó cerraba esta estrategia polémica de autolegitimación construyendo una tradición selectiva de las revistas culturales de una “izquierda independiente” cuya historia remontaba a las primeras décadas del siglo XX con publicaciones como *Nosotros*, pero que encontraba un punto de condensación destacado en *Contorno*, que a Aricó le resultaba reveladora tanto por sus límites (haber confiado en el frondicismo y con ello a una salida reformista para la crisis política argentina) como por sus virtudes (entre las que se contaban, además del vislumbramiento de una nueva perspectiva generacional, la predisposición crítica respecto a la historia y el presente argentino desde una colocación anclada en la «situación» o justamente el propio «contorno»). En este sentido, la alusión a una «izquierda independiente», en cuya saga debía inscribirse una revista con relativa autonomía pero a la vez inicialmente partidaria como *Pasado y Presente*, no era menos polémica que la ausencia en esta «tradición selectiva»<sup>38</sup> de

---

<sup>37</sup> Así presentaba Aricó a la generación que irrumpía en la cultura y política argentina a través de revistas como *Pasado y Presente* (los ecos del primer número de *Contorno* son notorios): «Una generación que no reconoce maestros no por impulsos de simplista negatividad, sino por el hecho real de que en nuestro país las clases dominantes han perdido desde hace tiempo la capacidad de atraer culturalmente a sus jóvenes, mientras el proletariado y su conciencia organizada no logran aun conquistar una hegemonía que se traduzca en una coherente dirección intelectual y moral» (Aricó: 1963, 2).

<sup>38</sup> En esta investigación recurrimos frecuentemente a la categoría de «tradición selectiva» acuñada por Raymond Williams en *Marxismo y literatura*, definida como «una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social» (Williams: 1988 [1977], 137). En Williams, esta definición está conectada con una concepción de la cultura entendida como mediación determinante en la constitución de hegemonía; de modo que podría decirse que cuanto más «dado» aparece el pasado en sus aspectos «configurantes», más potente resulta esa construcción hegemónica, en tanto se invisibiliza así el carácter «intencionalmente selectivo» de esa operación. Ante el desdén para nada inusual de ciertas corrientes materialistas ante el problema de la tradición, Williams viene a subrayar con esta categoría su rechazo a considerar a la tradición como una materia inerte. En esta investigación, esta categoría se predica de operaciones

cualquier revista perteneciente o lindera con el PCA. Pero el carácter polémico de esta tradición selectiva se revelaba mejor a través del hilo conductor al que Aricó apelaba para inscribir a *Pasado y Presente* en esta saga: el largo divorcio entre élites letradas y clases populares, fenómeno que lamentaba que se prolongara en el tiempo presente entre la dirigencia partidaria y clases trabajadoras argentinas.<sup>39</sup> De aquí que no resultara sorprendente que Aricó demandara para la nueva publicación la asunción de ciertas «funciones partidarias»,<sup>40</sup> dentro de una argumentación que otorgaba a las revistas un papel estratégico en tanto organizadoras de una cultura revolucionaria, pues

«[...] todo movimiento cultural, todo proceso de modificación de instituciones envejecidas, casi siempre estuvieron ligadas a órganos de expresión, a distintos tipos de revistas que por tal motivo se constituían en verdaderos centros de formación de las más diversas instituciones culturales. Por su acción integradora de las funciones intelectuales, las revistas cumplen en la sociedad un papel semejante al del Estado o de los partidos políticos» (Aricó. 1963a: 9).

En síntesis, Aricó caracterizaba a *Pasado y Presente* como un espacio de renovación cultural reclamado por una nueva generación intelectual. Sus objetivos eran contribuir a ampliar el radio de influencia del PCA incorporando a intelectuales de la pequeña burguesía e incidiendo en el nuevo proletariado surgido de las transformaciones productivas que tenían sede en Córdoba, para lo cual se proponía enriquecer el debate de ideas marxistas e integrar los componentes más avanzados del pensamiento burgués, tarea entonces que exigía combinar fuentes heterogéneas del pensamiento político sin renunciar a producir una «concepción

---

críticas realizadas por intelectuales identificados con el campo de las izquierdas, cuyas conceptualizaciones sobre el pasado resultaron parte de una intervención polémica en tiempo presente. En este capítulo, la construcción de una «tradición selectiva» suponía una estrategia de diferenciación respecto al PCA. Pero en capítulos siguientes, la categoría de «tradición selectiva» hace alusión a las operaciones críticas de «desafiliación» y «reafiliación» política que se pusieron en juego en el pasaje de la izquierda revolucionaria a la izquierda democrática (toda vez que desde el nuevo tiempo presente se tornaron citables fragmentos del pasado desatendidos o no debidamente jerarquizados, en el mismo momento en que comenzaban a presentarse como opacos otros fragmentos que antaño habían contribuido a definir el carácter «configurativo» de la tradición).

<sup>39</sup> La tradición selectiva en que inscribe Aricó a *Pasado y Presente* y el divorcio entre elites y pueblo como dilema a superar para una nueva revista se condensan en este pasaje: «Quién podría negar la importancia de revistas como **Nosotros**, **Revista de Filosofía**, **Martín Fierro**, **Claridad**, o aún más reciente, la misma **Sur**? O quién podría desconocer la influencia que en Latinoamérica, pero también en nuestro país tuvo **Amauta**, la por tantos motivos precursora revista de Mariátegui? Sin embargo, no podríamos afirmar que dichas revistas hayan logrado modificar sustancialmente el permanente divorcio entre los intelectuales y el pueblo-nación que caracterizan a nuestros procesos culturales» (Aricó: 1963a, 10. Subrayado en el original).

<sup>40</sup> Sobre este punto, ver González (2014) y Sztulwark (2014). En «Provincianos», Adriana Petra (2014) detalla que la primer tirada de *Pasado y Presente* contó con 3000 ejemplares que se agotaron en un breve plazo, subraya que la revista no pasó para nada desapercibida dentro de la cultura de izquierdas de los años sesenta y traza una comparación con otras publicaciones análogas en Europa y Estados Unidos que permite ponderar mejor su importante impacto en la cultura argentina.

unitaria» del mundo alrededor de la cual se conformaría, en clave gramsciana, una nueva voluntad nacional y popular. La revista se atribuía, así, funciones ideológicas análogas a las de un partido: desplegar la multiplicidad y reunirla en una síntesis más rica que los presupuestos que se contaban en el punto de partida de esta reflexión sobre la cultura y política argentinas.

Todos estos aspectos tenían lugar al interior de un proyecto político cultural donde no era difícil reconocer algunos elementos típicos de la «nueva izquierda»: la legitimación de una perspectiva generacional que los partidos tradicionales de izquierda no conseguían integrar, una apuesta de renovación cultural a tono con el proceso de modernización en marcha en los años sesenta argentinos, la asignación de un rol protagónico para los intelectuales de la pequeña burguesía sobre la base del «compromiso» con el «contorno» (siempre que estuvieran dispuestos a cortar amarras «ideológicas» con su clase de origen), y la incipiente percepción de que las clases populares, en especial la nueva clase obrera fabril, estaban «disponibles» para ser interpeladas por un nuevo discurso y proyecto político. Junto con estos elementos típicos podían reconocerse otros que más bien singularizaron a *Pasado y Presente*: el desplazamiento de Buenos Aires del centro de un programa de renovación cultural, a manos de una Córdoba ya no monacal como en *Facundo* de Sarmiento sino como punto dinámico del capitalismo argentino a partir del desarrollo de la industria automotriz; la veta generacional, que combinada con la recolocación de Córdoba como eje de un programa modernizador inscribía a los editorialistas de *Pasado y Presente* en la saga del reformismo universitario; y la predilección por claves interpretativas heterodoxas, a veces rejerarquizando fuentes de pensamiento marginales dentro de la tradición marxista, otras veces a partir de relecturas novedosas de referencias teóricas y políticas ya disponibles, como Gramsci.

La historia de la ruptura entre estos jóvenes y el Partido Comunista ha sido contada.<sup>41</sup> Ya en el segundo número doble de la revista, Aricó (1963b) firmaba un editorial cuyo título («El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda») evocaba con elocuencia los rasgos autoritarios y dogmáticos que se desprendían del modo en que Partidos Comunistas como el argentino interpretaban el «marxismo leninismo». Si bien ello no le impedía a Aricó inscribir el ambicioso programa de renovación cultural y político que venía a proponer *Pasado y*

---

<sup>41</sup> En general ha sido contada desde la perspectiva de este grupo, comenzando por Aricó (2005 [1988]). Ver también Kohan (1998) y Burgos (2004). Por eso es interesante y original el trabajo de Massholder (2014), una historia política e intelectual de Héctor Agosti que ofrece un cuadro hasta este libro no explorado del modo en que los grupos dirigentes del comunismo argentino experimentaron este conflicto.

*Presente* dentro de las avenidas críticas amparadas por la «apertura ideológica» del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) (el mismo que se había atrevido a cuestionar la etapa estalinista marcada a fuego por el «culto a la personalidad»), encontraba empero que eran justamente esas «avenidas críticas» las que aparecían bloqueadas al interior del comunismo argentino, razón por la cual había llegado la hora para esta nueva generación intelectual de lanzarse al reencuentro con la obra de Lenin -en especial, el Lenin de las *Tesis de abril*.<sup>42</sup> Con todo, este reencuentro con este Lenin no era motivo para impedir que se consolidara en el número 2/3 de la revista la autoridad de Palmiro Togliatti (1963), de quien se publicó un artículo en el que el líder del Partido Comunista italiano (PCI) reflexionaba sobre el problema de la democracia al interior de los Partidos Comunistas, quedando trazado así un cuadro en el que el brillo del PCI -que aparecía como un Partido con autonomía respecto al PCUS, con capacidad de incorporación a sus filas de los intelectuales y con anclaje en las masas- contrastaba con el opaco desempeño del PCA en la historia y en el presente argentino.<sup>43</sup>

Como sea, a los fines de esta investigación nos interesa subrayar al menos tres consecuencias relevantes de la ruptura de este grupo intelectual con el PCA. En primer lugar, esta ruptura profundizó las críticas al Partido y al «marxismo-leninismo» en que fundaba su concepción doctrinaria, lo cual incidió, desde luego en diálogo con la dinámica política y social argentina, en que el tránsito hacia la heterodoxia teórica y la radicalización política resultara más ágil para este grupo, pues consumada la ruptura ya no era necesario autorizarse a través de las instancias partidarias que custodiaban la concepción doctrinaria ni esperar a la «revolución democrática» para preparar la transición al socialismo.

En segundo lugar, otra consecuencia reconocible de la ruptura con el PCA consistió en la apertura hacia nuevos destinatarios. En efecto, ya al margen de los espacios sociales, culturales y políticos integrados al comunismo argentino, este grupo intelectual generó nuevos

---

<sup>42</sup> «Dentro del contexto histórico de esta multifacética perspectiva actual, debe ser analizado el proceso de deshielo comenzado por los dirigentes soviéticos cuando en el XX Congreso con ciertas limitaciones y mucho más profundamente en el XXII, iniciaron en los hechos la liquidación del llamado sistema del culto a la personalidad. La crisis actual del sistema, de las concepciones, del estilo de acción política caracterizada como «stalinista», y el proclamado «retorno a Lenin», significa sencillamente el retorno al marxismo...» (Aricó: 1963b, 196).

<sup>43</sup> Cabe agregar aquí que el PCI resultará una referencia duradera en este grupo intelectual, al punto de constituirse en una mediación fundamental de los distintos «usos de Gramsci» que esta franja intelectual efectuaría entre los años sesenta y ochenta. Si en los sesenta predomina la figura de Palmiro Togliatti, en los finales de los setenta, y por la vía del eurocomunismo, ganará algo de protagonismo Enrico Berlinguer.

canales de interlocución con organizaciones de distinta índole, desde el nuevo sindicalismo cordobés a organizaciones guerrilleras de cuño foquista u otras (como Montoneros en la segunda etapa de la revista) con fuerte anclaje en las zonas más urbanizadas del país, pasando por el movimiento estudiantil. Estos nuevos destinatarios incidieron en la producción teórica, como puede apreciarse en la búsqueda de un sujeto político dispuesto a asumir las tareas que demandaba la transición al socialismo en Argentina, búsqueda que signó no sólo a la primera, sino también a la segunda etapa de la revista.

Pero, y en tercer lugar, una consecuencia no menos importante de esta ruptura resultó la profundización de la premisa que concebía al marxismo como «historicismo absoluto». Esta radicalización de la matriz historicista quedaba en evidencia en la célebre nota publicada en el cuarto número de la primera época, titulada «Examen de conciencia», allí cuando Aricó afirmaba que la ruptura con el Partido allanó el camino para descifrar lo que para este grupo definía al gran enigma nacional: qué «teoría de la revolución argentina» estaría en condiciones de especificar, para el contorno local, la transición al socialismo:

«Pero comenzábamos a intuir que no se trataba simplemente de los errores metodológicos u organizativos de un partido, sino del fracaso de un grupo dirigente en elaborar una teoría coherente y correcta, una concepción estratégica y táctica acertada de la Revolución Argentina. Más allá del grado de burocratismo de los dirigentes comunistas, lo que exigía ser analizado en primer lugar era la sociedad argentina, las posibilidades de su transformación revolucionaria para poder medir luego, con científica precisión, las razones del distanciamiento masa-conciencia, de la anémica inserción del marxismo en la dinámica real del país. (Aricó, 1964: 243).

Aunque no conseguirían formular dicha teoría con esa «científica precisión» que demandaba Aricó en «Examen de conciencia», la revista en sus dos etapas giró en torno a esta cuestión. Inspirada en ese «retorno a Lenin» (mediado por Gramsci), el problema al que debía dar respuesta esa teoría se condensó en la constitución de un sujeto revolucionario en la Argentina, sus organizaciones políticas y militares, sus formas de interacción con las masas y el papel de los intelectuales.

Esa búsqueda se tornaba aún más significativa y acuciante a partir de un diagnóstico que ya en el primer número de la primera etapa de la revista anunciaba que Argentina atravesaba una «situación revolucionaria». Ese era el núcleo argumentativo del artículo de Portantiero (1963) titulado «Política y clases sociales en la Argentina actual», donde sostenía que la realidad política y social local cumplía con los dos requisitos establecidos por Lenin para definirla en

estos términos: crisis política en las «alturas» y agudización de la lucha de clases. Sin embargo, esta situación contrastaba, paradójicamente, con el errático despliegue de sus «condiciones subjetivas», toda vez que dicha movilización social, según Portantiero, no encontraba una dirección política dispuesta a encaminar la lucha de clases hacia el socialismo. De ese cuadro político, sobresalía la caracterización del peronismo como «bonapartismo», a la vez que dejaba entrever la idea del fin de ciclo de esta experiencia como expresión política de las clases populares,<sup>44</sup> un punto matizado por Aricó en los números siguientes y profundamente revisado en la segunda época de *Pasado y Presente*. En esta nueva hora histórica, entonces, se infería del artículo de Portantiero que resultaba imperioso el surgimiento de nuevas direcciones políticas de masas, para las cuales la revista se proponía como referencia teórica.

Buena parte de los estudios y referencias a esta revista [incluyendo las del propio Aricó (2005 [1988], 2014)], señalan que el «momento guevarista» de la primera etapa de *Pasado y Presente* dio cauce a una exacerbada fe voluntarista para dar una respuesta a este problema. Se sabe que este grupo entró en contacto, a través de Ciro Bustos, con una de las primeras guerrillas rurales en Argentina, el Ejército Guerrillero del Pueblo, que entre 1963 y 1964 intentó activar un «foco» rural en Salta que pronto sería reprimido por la Gendarmería.<sup>45</sup> La temprana irrupción de la «hora de los hornos» dejaría su registro en la superficie textual en el particular análisis de la «situación revolucionaria» ofrecida por Aricó (1964) en «Examen de conciencia», como con la aparición, ya en el número 7/8 de la revista, del ensayo de Régis Debray (1964-1965), «El Castrismo, la gran marcha de América Latina». Sin embargo, aún en este momento donde la guerrilla parecía tomar el lugar del Partido y la Revolución Cubana, el

---

<sup>44</sup> Portantiero explica al surgimiento del peronismo como «una inevitable solución de tipo «bonapartista», mediante la cual la burguesía local logró detentar el poder, en aparente alianza con la clase trabajadora y en real alianza con las viejas clases dominantes, bajo los términos de un falso equilibrio social que pudo sostenerse gracias a la favorable coyuntura económica que caracterizó esa parte del ciclo» (Portantiero: 1963, 20). Pero una vez agotadas las condiciones económicas que habían permitido su emergencia, el ciclo histórico del peronismo parecía clausurado. Aunque no es mencionado en el artículo, la idea de fin del ciclo del peronismo puede asociarse con un elemento de la coyuntura: la falta de reacción peronista ante la anulación del triunfo electoral de Frumini en la Provincia de Buenos Aires, un episodio que la izquierda marxista solía esbozar contra la estrategia «insurreccional» defendida por intelectuales y militantes ligados con la «Resistencia peronista». Cabe recordar que poco después de escribir este artículo Portantiero se sumó a las filas de Vanguardia Revolucionaria, uno de los primeros desprendimientos del PCA.

<sup>45</sup> Distintas investigaciones (Rot, 2000; Burgos, 2004) señalan que el grupo *Pasado y Presente*, no sólo el núcleo editorial sino también los espacios de militancia principalmente universitaria conformados en torno a la revista, contribuyeron al reclutamiento y apoyo logístico del EGP. Uno de los miembros de la revista, Samuel Kieczkovsky, fue detenido por casi un año acusado de participar en la guerrilla. En el número 4 de *Pasado y Presente* se denuncia su detención y las torturas que recibió por parte de Gendarmería.

que tenía el PCUS para el PCA, los problemas ya esbozados en torno a la constitución de un sujeto revolucionario en la Argentina se volvieron, como veremos, más complejos.

En primer lugar, porque las «enseñanzas» que Aricó (1964) extraía de la Revolución Cubana, aún todas aquellas que parecerían conducir directamente a lo que sería codificado como «foquismo», a saber, que es posible «acelerar la situación revolucionaria», que la lucha armada es una táctica válida para emplear en enclaves «semicoloniales», que no necesariamente la democracia ofrece la mejor «cobertura» para el accionar de los revolucionarios, que puede ser exitosa una estrategia revolucionaria a orillas del imperialismo norteamericano, que desde luego se pueden «saltar etapas» en la historia y en fin, que no hay revolución sin revolucionarios convencidos para arrojarse a la historia, todas estas enseñanzas, empero, quedaban supeditadas a la principal desde el punto de vista de un marxismo concebido como «historicismo absoluto»: que cada formación social debía transitar sus propios caminos hacia el socialismo.<sup>46</sup> De aquí se desprendía una conclusión decisiva: que la vía cubana no podía ser plagiada en Argentina, aún cuando se la reconocía como una referencia insoslayable y un parteaguas en la historia latinoamericana.<sup>47</sup>

Es bajo esta premisa que Aricó se proponía indagar en «Examen de conciencia» justamente la singularidad de la formación económica y social argentina, a la que describe en términos dualistas. En este análisis, la Argentina

«Más que una nación, el país sigue siendo hoy la unidad formal de realidades contradictorias, la yuxtaposición de zonas caracterizadas por distintas relaciones sociales, donde a la par de los grandes centros industriales y agrarios de elevado desarrollo capitalista, existe un vasto **«hinterland»** en el que predominan relaciones precapitalistas y que está, de hecho, reducido a mercado de venta semicolonial, fuente de mano de obra barata y de ahorro para las clases dominantes agrarias. La existencia de estas dos grandes realidades diferenciadas -que podemos simplificar bajo la denominación de litoral capitalista agrario e industrial e interior colonial capitalista- es la trágica demostración de las limitaciones históricas del capitalismo argentino» (Aricó: 1964, 255).

Esta dualidad de realidades sociales (cuya conceptualización misma era contradictoria: como se lee en el pasaje citado, Aricó caracterizaba al «hinterland» como un espacio de relaciones sociales «precapitalistas» para luego designarlo como interior colonial «capitalista») sería la forma singular en que aquí se expresaba lo universal o, en los términos de un marxismo atento a los aportes de Trotsky, el modo en que se manifestaba en la Argentina la ley de desarrollo

---

<sup>46</sup> Todos estos puntos son desarrollados en Aricó (1964: 252-253).

<sup>47</sup> Sobre la recepción de la revolución cubana en las guerrillas del Cono Sur, ver el análisis de Marchesi (2019).

«desigual y combinado» del capital. Se trataba de una caracterización de la «situación revolucionaria» que complejizaba el análisis de Portantiero en «Política y clases sociales en la Argentina actual» del primer número, al incorporar al «interior colonial capitalista» como el «eslabón más débil» del bloque histórico dominante.

Es justamente la inclusión de ese «hinterland» lo que permitía que en este diagnóstico el «momento guevarista-foquista» luciera como una estrategia viable para literalmente detonar ese eslabón: dado que en ese interior las formas de dominación eran prácticamente coloniales y la captura del excedente económico se efectuaba a través de una abierta explotación, quedaba autorizada la emancipación de esas masas rurales por vías similares a las que apelaron los partisanos cubanos y argelinos en sus luchas por la liberación, en la medida en que en todos estos casos la dominación no se ejercía de manera mediada por una compleja trama civil, sino de forma directa por medio de un aparato represivo que actuaba como un ejército de ocupación.<sup>48</sup> La liberación política y militar de este «hinterland», cuyo carácter programático se sintetizaba en la reforma agraria, constituía además una condición necesaria (pero, como veremos, no suficiente) para la emancipación de la totalidad social, pues habían sido estas relaciones sociales «precapitalistas» las que habían permitido la captura del excedente en base al cual había «prosperado» la Argentina del litoral capitalista. Estas consideraciones, empero, no avalaban confianza alguna en la espontánea reacción de las masas rurales oprimidas. Al contrario, largas años de explotación impedían a estas masas tomar las riendas de su propio destino, razón por la cual se tornaba necesario, en términos compatibles con la teoría del «foco», la decidida intervención de una vanguardia que no podía ser otra que la asumida por una «intelectualidad de avanzada», la cual, junto con esas masas campesinas y el proletariado, debían conformar la alianza de clases de un nuevo bloque histórico.<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> «Para ellas [en alusión a las masas rurales del interior] no existe posibilidad de compromiso alguno, sus derechos no pueden ser conquistados ejerciendo el arma de la crítica, porque sus palabras fueron hace muchos años silenciadas. Sólo les queda el recurso de la «crítica de las armas», el recurso de la violencia. [...] En nuestro país, el proletariado urbano y rural podrá triunfar si sabe acompañar su actividad con la acción de las masas explotadas del noroeste del país, que constituyen el eslabón más débil de la cadena de dominación burguesa». (Aricó: 1964, 262).

<sup>49</sup> «Pensar que las masas pauperizadas del noroeste argentino serán capaces por sí solas de dar una expresión centralizada a sus necesidades revolucionarias es engañarse y no entender un ápice de la vida colectiva, de la psicología social argentina» (Aricó: 1964, 262). En la página previa, había resaltado el papel de la «intelectualidad de avanzada» en estos términos: «Pero ese proceso [de sindicalización de las masas rurales del interior] necesita ser reforzado, acelerado por la acción inteligente y audaz que deben realizar el proletariado urbano y sus aliados, en especial la intelectualidad de avanzada».

Sin embargo, este saludo a la guerrilla rural se encontraba claramente limitado por otras ponderaciones de incluso mayor peso dentro del esbozo de una «teoría de la revolución argentina» trazado por Aricó en «Examen de conciencia». Se trataba, justamente, de las limitaciones dispuestas por las características de esa Argentina del «litoral capitalista agrario industrial», donde los eslabones de la dominación no eran tan débiles como en la «agraria colonial capitalista», y en la que el vínculo entre las relaciones de producción y la lucha de clases adquiría tal complejidad que resultaba imposible desanudarlo con las solas armas de la guerrilla rural. En efecto, el problema político que planteaba esa Argentina capitalista del litoral agrario industrial era que la clase que seguía siendo considerada «universal», esto es, el proletariado industrial, se hallaba integrada como fracción dominada dentro del bloque histórico dominante, de modo que sus demandas y reclamos no sobrepasaban su dimensión corporativa porque su «dirección» era ejercida por un grupo reformista y burocrático que bloqueaba la posibilidad de que esta clase asumiera, precisamente, su «misión histórica». La paradoja de este planteo quedaba a la vista: mientras la «clase universal», esto es, la clase obrera, se hallaba absorbida en su «particularidad» corporativa, la «universalidad» de las masas campesinas «guiadas» por la «intelectualidad de avanzada» (por estar dispuestas a una «lucha a muerte» por la emancipación) terminaba siendo abstracta, esto es, impotente, para conmover las mediaciones a través de las cuales se ejercía específicamente la dominación social en el contexto de la Argentina capitalista del litoral agrario industrial.<sup>50</sup>

En «Examen de conciencia», entonces, podía leerse un aval localizado de la guerrilla rural: sus formas de plantear la lucha de clases resultaban adecuadas en aquellas zonas donde la estructura social y política argentina no difería en sustancia de la cubana y la argelina en tiempos de colonialismo. Pero, justamente por su carácter local, no podía definir el rumbo global de la estrategia encargada de transformar la estructura social y política argentinas controladas por el imperialismo. En este sentido, este esbozo de «teoría de la revolución argentina» que planteaba Aricó en «Examen de conciencia» autorizaba un «salto de etapas»

---

<sup>50</sup> Este problema se agudiza dentro de un planteo que sigue concibiendo a la lucha de clases asignando prioridad política (sino ontológica) al proletariado sobre las otras clases subalternas, a partir de una premisa no dicha, con connotación «etapista»: que la universalidad de una clase guarda relación con el desarrollo de las fuerzas productivas. La subordinación de las masas rurales del interior al proletariado y campesinado rural se observa en pasajes como éste: «La función que deben cumplir estas últimas [las masas rurales del «hinterland»] en el desarrollo de la lucha por destruir el actual sistema capitalista exige un análisis pormenorizado, que llevará sin dudas a la conclusión de que *después* del proletariado urbano y rural de la zona capitalista, las masas rurales del «interior» del país -fundamentalmente del noroeste- constituyen el elemento social más revolucionario de la sociedad argentina». (Aricó, 1964: 261-262, subrayado nuestro).

(en la medida en que ya no confiaba a la burguesía la constitución de la nación sino a las propias clases subalternas), pero de ningún modo legitimaba un «salto al vacío»: es al proletariado industrial, en alianza con las masas campesinas de las Argentinas del litoral y del interior y la «intelectualidad de avanzada», que le correspondía dirigir un proceso político en el que la transición al socialismo era traducido como el relevo de esa «unidad formal» que era la Argentina, por la unidad concreta entretejida por sus diversas clases subalternas. De este modo, aún en su «momento guevarista», Aricó advertía que lo que en esos años empezaba a codificarse como el «foquismo» constituía una estrategia atendible pero insuficiente para conmover los complejos mecanismos de integración que desplegaba el capital para absorber el potencial crítico y disruptivo de la clase llamada a dirigir este proceso de transformación social, la clase trabajadora.

Estos mecanismos de integración conducían entonces a Aricó a formular la pregunta sobre los motivos por los cuales la clase trabajadora argentina se resistía a sumarse a las filas de un proyecto político que, como el socialista, había sido forjado con el exclusivo propósito de emanciparla de la opresión que sufría en la fábrica. Sobre este punto crucial, era sin embargo poco lo que tenía para decir Aricó en «Examen de conciencia», excepto señalar que la existencia de una «aristocracia obrera», como la que existía en la Córdoba industrializada, obligaba a matizar la idea de que, en la lucha por el socialismo, el proletariado sólo tenía para perder sus cadenas. Ante esta agria constatación, Aricó apenas atinaba a reclamarle a esta fracción un necesario «acto de despojo»<sup>51</sup> cuyas resonancias guevaristas dejaban entrever la alta consideración moral que tenía de los trabajadores, pero que al mismo tiempo exhibía los límites para esbozar una estrategia política que estuviera en condiciones de sumar a una alternativa revolucionaria a esa franja de trabajadores bien pagos y organizados de la moderna industria automotriz cordobesa.

Llegado a este punto, se comprende por qué en el cierre de «Examen de conciencia» Aricó pueble al lector de preguntas de índole leninistas y gramscianas antes que de un programa de acción guevarista: esas preguntas, que apuntaban a indagar cómo el sujeto y la organización revolucionaria sería capaz de subvertir la estructura social y política argentinas, son así

---

<sup>51</sup> Así reclamaba Aricó este «acto de despojo»: «Si es verdad que sólo el proletariado puede actuar como clase consecuentemente revolucionaria [...] por cuanto únicamente con el proletariado se destruyen las condiciones mismas de existencia de la vieja sociedad, esa posibilidad que la historia le concede puede convertirse en realidad si sabe *despojarse* de todos esos residuos corporativos, de todo espíritu de grupo o prejuicio sindicalista, si se concibe como «clase universal» (Aricó: 1964, 261, subrayado nuestro).

subrayadas como preguntas definatorias, pero sin embargo aún irresueltas, de la «teoría de la revolución argentina» que Aricó demandaba para ese país dual que era la Argentina:

«Pero si la rebeldía de las masas pauperizadas para convertirse en fuerza transformadora requiere ser «disciplinada» por el proletariado urbano y rural y éste, por lo menos, en su estructura dirigente, está incorporado al sistema burgués mediante un aparato sindical burocratizado y reformista ¿cómo puede ser roto este círculo vicioso que amenaza «corromper» al conjunto de la sociedad nacional? [...] El tema del partido, de la organización revolucionaria del proletariado, del «intelectual colectivo» a la vez que nos introduce en un territorio más concreto y meditado que el que hoy podemos hacer, se nos impone como el punto central de discusión» (Aricó: 1964, 263).

Por razones como éstas puede decirse entonces que, a la hora de pensar la «teoría de la revolución argentina», el interés por la condición obrera y sus organizaciones de clase tuvo un mayor peso en la revista que sus modulaciones guevaristas. Prueba de ello es que aún cuando en su número 7/8 *Pasado y Presente* decidió publicar el ensayo de Régis Debray, «El castrismo, la larga marcha de América Latina» (unos de los primeros intentos de codificación de la «teoría del foco»),<sup>52</sup> su publicación estuvo acompañada de una breve presentación donde se explicaban las cuidadas reservas que este grupo editorial manifestaba tener ante este escrito, en la que se afirmaba que a pesar de reconocer la importancia del aporte de Debray para la construcción de una teoría revolucionaria, sus conclusiones no podían ser aceptadas enteramente en cada uno de los asuntos decisivos que trataba, lo que constituía todo un gesto de distanciamiento en medio del aura que gozaba su autor, el propio Guevara y más aún de la Revolución Cubana en esos años.<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> Originalmente el escrito de Debray salió publicado en *Les temps modernes*. También sería total o parcialmente publicado en América Latina en las revistas *Punto Final* (Chile) y *Marcha* (Uruguay). Su publicación en *Pasado y Presente* debe ser entendido entonces dentro de una red editorial que sostenía materialmente los intercambios entre el marxismo europeo y latinoamericano. Esta red se afianzó con la intervención de la diplomacia cubana, que en la segunda mitad de los años sesenta desarrolló una política orientada a ganar ascendencia en los países sudamericanos, según muestra Marchesi (2019). Debray es una pieza importante en esa política, en la medida en que será consagrado por los propios cubanos como el «teórico» de la Revolución, tal como se observa con la publicación a cargo de *Casa de las Américas* del célebre «¿Revolución en la Revolución?» (Debray: 1967). Sobre la centralidad de Debray en el período y las redes editoriales que mediatizan el vínculo entre marxismo latinoamericano y europeo del período, ver el trabajo inédito de Zarowsky (2021).

<sup>53</sup> En esa nota se aclaraba que «Si bien es cierto que algunas de las afirmaciones vertidas nos parecen discutibles y que las soluciones postuladas pueden aparecer demasiado simplificadas, el valor general, casi paradigmático de una determinada perspectiva de resolución de la revolución latinoamericana, lo convierten en un interesante punto de partida para la discusión que deseamos iniciar en este número de *Pasado y Presente*». Ver Debray (1964/1965: 122). Existían varios puntos de divergencia entre el planteo de Debray y el modo en que *Pasado y Presente* pensaba la «teoría de la revolución argentina», entre ellos, el énfasis de Debray en el espacio rural como zona en que se concentra la eficacia de la acción guerrillera en desmedro de la ciudad, cierto esquematismo con que pasa revista a la configuración de la lucha de clases en cada país latinoamericano y el menor interés, en comparación con el más detenido análisis de la situación de las guerrillas en los países

En cambio, la cuestión obrera, en esta primera época (con prolongaciones en la segunda época), constituyó el eje que vertebró la reflexión sobre la teoría de la revolución argentina. Además de su mención en el primer número de la revista, esta cuestión se anunciaba también en el análisis que Aricó ofrecía del peronismo en «Examen de conciencia», donde sin dejar de señalar sus límites históricos (no haber llevado a cabo la reforma agraria y el compromiso «objetivo» de su grupo dirigente -Perón y la «burocracia sindical»- con las diversas burguesías actuantes en la estructura social argentina), destacaba sin embargo dos aspectos que inauguraron así una larga reflexión sobre las eventuales potencialidades revolucionarias del peronismo: por un lado, el modo en que a través de este movimiento las clases trabajadoras argentinas experimentaron masivamente su accionar en la historia en términos de «lucha de clases»; y, por otro lado, el hecho, menos atendido pero no por eso menos fundamental, de la «nacionalización» de la «condición obrera» que se produjo durante los gobiernos peronistas, lo cual hacía posible al menos concebir objetiva y subjetivamente la unificación de las clases subalternas en Argentina.

Pero es en el último número de *Pasado y Presente* (primera época) donde Aricó profundizó su análisis de la cuestión obrera, y con ello también el del peronismo, con la intervención titulada «Algunas consideraciones preliminares del informe de *Pasado y Presente* sobre el conflicto de Fiat» (1965). Núcleo productor de hegemonía de las clases dominantes, pero también eventual eje del reagrupamiento de las fuerzas sociales subalternas, la fábrica aparecía en este escrito como el espacio configurante de las contradicciones sociales. Anticipo de la línea gramsciana consejista de transición al socialismo según algunos intérpretes (Burgos, 2004) o momento novedoso de recepción del operaísmo italiano vía los *Quaderni Rossi* (Cortés, 2014a), en este breve escrito condensador de varias líneas problemáticas desplegadas en la primera época, Aricó volvía a situar a la Córdoba de los años sesenta como un experimento social desde el cual era posible comprender privilegiadamente los rasgos fundamentales de la formación económica y social argentina, puesto que allí se encontraba el eje dinámico del capitalismo local, a la vez que reafirmaba al momento de la producción como eje de la interpretación histórica, al reconocer a la fábrica como espacio de constitución de las

---

sudamericanos, en las tareas específicamente políticas tendiente a la organización de una voluntad nacional y popular.

identidades políticas, y de las condiciones de la «alienación» de los trabajadores pero también de las que harían posible su emancipación.

En efecto, lo que según Aricó revelaban las protestas en la Fiat era la coexistencia de una combatividad reivindicativa con cierto conservadurismo político. De este modo, el poder adquirido por el trabajador a partir de la ocupación de un lugar estratégico en la cadena de producción quedaba sin embargo reabsorbido dentro un sistema que lo despojaba de los medios de producción no sólo de la riqueza, sino también de la vida en común, y que le devolvía, como en un espejo deformante, la imagen de un consumidor de las mercancías por él mismo producidas. Esta verdadera escisión subjetiva por la cual el trabajador como productor deviene consumidor aparecía reforzada por un sindicalismo «corporativista» orientado a las demandas ligadas con mejoras salariales que no hacía más que profundizar la fragmentación y estratificación de la clase obrera, cada vez más escindida entre fracciones integradas a la sociedad salarial, y otras cada vez más marginadas de las misma. Ese círculo vicioso sólo podía interrumpirse a partir de un salto cualitativo en los términos de la subjetivación política, que requería operar el pasaje del trabajador como productor en la fábrica al trabajador como productor de la autonomía de la clase y con ello de la entera vida social. De esa producción de la vida colectiva por parte de los trabajadores se trataba, para este grupo, la «democracia obrera».

Pero en este intento por pensar las condiciones políticas que permitirían reunificar al proletariado escindido entre la producción y el consumo, Aricó volvía a atender el modo en que el peronismo había generado en Argentina las condiciones para una experiencia de homogeneización y subjetivación «clasista» de las clases trabajadoras, lo cual constituía a su entender en un ineludible punto de partida para construir formas alternativas de subjetivación que las que el mercado disponía para la clase obrera, como la del «consumidor». Así, en el «Algunas consideraciones preliminares», Aricó reconocía (con un énfasis que no aparecía en «Examen de conciencia») que la identidad peronista de las clases trabajadoras y su carácter combativo desplegado en el contexto políticamente adverso de la Resistencia suponía un tipo de subjetivación con potenciales críticos para ser desplegados por un programa revolucionario:

«¿Podríamos negar el papel esencial que juega dicho movimiento [el peronista] en la «homogeneización «clasista» del proletariado argentino, entendida como un proceso «objetivo» que se ha cumplido históricamente?

¿Podríamos cerrar los ojos a esta realidad que nos ofrece la dinámica política argentina de una identificación casi absoluta entre el proletariado industrial e ideología peronista? Cualquiera sean los adjetivos que pueda aplicarse al significado último del peronismo y a la característica de sus grupos dirigentes, esta identificación es una realidad indiscutible, que tiene una historia necesaria de reconstruir, que muestra una solidez incommovible y una resistencia considerable a los intentos políticos de integración encarados por las clases dominantes argentinas. Es preciso reconocer que es esta resistencia la que crea un amplio campo a una política de izquierda en el país» (Aricó: 1965, 54).

Ese «amplio campo» que ofrecía la identidad peronista para «una política de izquierda» será explorado a fondo en la segunda época de la revista, cuando Montoneros se arroje a la historia como un actor destacado dentro de la amplia movilización popular de la Argentina de 1973. Se producirá entonces un encuentro entre una vanguardia intelectual y una vanguardia política, un encuentro que no estaba de ningún modo predeterminado, pero tampoco resultaba extemporáneo: la teoría de la revolución argentina, zigzagueantemente esbozada en esta primera época, demandaba un sujeto en condiciones de reunir, alrededor de la dirección de la clase obrera, al conjunto de las clases subalternas. Por qué Montoneros podía colocarse en ese espacio vacante de construcción política revolucionaria (el lugar del Partido como dirección política en un sentido amplio que incluía connotaciones gramscianas y leninistas) es en gran medida el asunto de la segunda etapa de la revista.

### **La revolución entre «larga marcha» y el «salto cualitativo»**

La segunda etapa de *Pasado y Presente* fue breve e intensa: dos números, el segundo doble, publicados a mitad y a finales del año 1973.<sup>54</sup> El lector puede reconocer en estas páginas la aceleración de un tiempo político que así como despertó expectativas de grandes transformaciones políticas (con el fin del largo ciclo de proscripción electoral del peronismo en el sistema político), no escatimó señales sobre la posibilidad cierta de un futuro sombrío. Son reconocibles en este período las marcas de acontecimientos propios de un escenario político cada vez más dramático: el triunfo del FREJULI en marzo y la asunción de Cámpora como presidente en mayo, el regreso de Perón a la Argentina en medio de la matanza de Ezeiza, la alianza del líder peronista con el sindicalismo, el «Pacto Social» como esquema de gobernabilidad para la vuelta de Perón al poder, el progresivo distanciamiento de Perón con referentes y organizaciones políticas de la Tendencia Peronista. En síntesis, un tiempo en el

---

<sup>54</sup> A diferencia de la primera etapa, la segunda época de *Pasado y Presente* fue editada en Buenos Aires. El editor responsable es José Aricó y como colaboradores figuran Portantiero, Del Barco, Feldman, Torre y Tula.

que el ciclo de grandes movilizaciones populares iniciado en 1969 con los distintos «azos» convergía con la intensificación de la represión estatal, en un contexto regional donde era posible observar desenlaces reaccionarios a procesos de movilización popular ascendente.<sup>55</sup>

En la segunda etapa de la revista, la realidad política avanzó sobre su superficie textual de un modo considerable.<sup>56</sup> Pero ello no significó el desdibujamiento de la (así llamada en esos años) «praxis teórica»: para *Pasado y Presente* la premisa de que la interpretación del mundo social es condición de su transformación se mantuvo como rasgo distintivo de sus apuestas políticas. Lejos del «anti-intelectualismo» que tantos estudios sobre las ideas han subrayado como rasgo predominante de este período, en esta segunda época de la revista el entendimiento de que la Argentina atravesaba por una «situación revolucionaria» actuó en cambio como móvil de un conjunto de actos intelectuales que demandaban ser considerados como actos políticos. El hecho mismo de editar la revista en la singular coyuntura argentina de 1973 puede ser leído en este sentido. De este modo, lo que confirió unidad a *Pasado y Presente* (segunda época) resultó el intento de conceptualizar cuáles eran, para esa «formación económica y social» llamada Argentina, las determinaciones concretas que tornaban viable y necesaria la organización de una multifacética fuerza social (con eje en las clases trabajadoras fabriles) en condiciones de desplegar, en un largo proceso social, una estrategia política revolucionaria capaz de torcer a favor de las clases populares la a partir de 1955 espiralada «crisis hegemónica» argentina.

A pesar de que la conceptualización con la que el comité de redacción caracterizaba a la nueva coyuntura apelaba a la categoría de la «dependencia», ya que según se lee en «La ‘larga marcha’ al socialismo en Argentina», «la nota básica de la Argentina de hoy es el predominio de las relaciones capitalistas de producción integradas al mercado mundial como una formación social subordinada y dependiente», era la teoría del imperialismo<sup>57</sup> la que sostenía

---

<sup>55</sup> No sólo para la Argentina, sino para toda la región, 1973 fue un año crucial: mientras en Uruguay Bordaberry clausuraba al Poder Legislativo para inaugurar una dictadura cívico militar, en septiembre las Fuerzas Armadas chilenas a manos de Pinochet bombardearon el Palacio de la Moneda en Chile, forzando la muerte del Presidente Salvador Allende y cerrando así una experiencia política que había concitado el interés mundial por su voluntad declarada de explorar un camino hasta allí inédito: el de la «vía pacífica al socialismo».

<sup>56</sup> En tal sentido, ya no aparecen notas sobre estética o psicoanálisis, como en la primera etapa. Con todo, y siempre dentro del terreno político, es posible encontrar artículos de enorme riqueza histórica y conceptual, como el Antonio Carlo (1973) sobre Lenin e intervenciones que siguen ciertos protocolos científicos de la época, como «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual», de Portantiero (1973). Conviven con este tipo de escritos manifiestos, entrevistas a militancias de base e incluso citas de autoridad a Mario Firmenich que introdujeron un tono declamatorio no del todo usual para esta revista.

<sup>57</sup> Sobre los puntos de cruce y conflictos entre la teoría de la dependencia y el marxismo, ver Giller (2020).

en última instancia la caracterización de un nuevo cuadro de situación para la Argentina de 1973, pues:

«La dominación del capital imperialista como factor interno que controla los resortes más modernos de la economía nos indican que en la Argentina, país capitalista dependiente, la principal contradicción social, la matriz de la lucha de clases, no es la que opone a la burguesía con el proletariado, ni a la nación con sus colonizadores, sino aquella que concibe a la fuerza imperialista como un factor estructural enfrentada a los trabajadores fabriles. De esta definición de la contradicción social básica deducimos que la construcción de una fuerza obrera socialista, como eje unificador de todas las clases y capas explotadas, como vanguardia del antiimperialismo revolucionario, no es ya una receta ideológica o una plausible esperanza utópica. Objetivamente, la sociedad argentina está madura para iniciar un proceso socialista y la clase obrera aparece como la única en condiciones de liderarlo (*Pasado y Presente*: 1973a, 11-12).

Si la teoría del imperialismo como factor interno configurante de la formación económica y social argentina definía los límites de la acción política, de ello no se seguía que ésta resultara un mero reflejo. Más bien lo contrario: al modo gramsciano, las estructuras delimitaban el campo de lo imposible, pero no de lo posible, cuyo devenir debía ser considerado como producto de la lucha entre las fuerzas sociales históricamente determinadas. Para comprender la coyuntura argentina, entonces, debía tenerse en cuenta no sólo la fuerza configuradora de las estructuras, sino también el poder configurante de la política, a la que se le asigna una autonomía relativa que es una marca distintiva del tipo de marxismo al que adscribe *Pasado y Presente*.

Este reconocimiento de la «relativa autonomía» de la política encontraba su formulación más elaborada en dos momentos destacados del primer número: «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual» (Portantiero: 1973) y el editorial titulado : «La larga marcha al socialismo en Argentina» (*Pasado y Presente*: 1973a).<sup>58</sup> Ambas intervenciones ofrecen perspectivas teórico-políticas convergentes alrededor de este mismo problema: mientras en el artículo de Portantiero la autonomía relativa de la política es el supuesto que permite constatar una «crisis hegemónica» prolongada, indicaría según su autor de la imposibilidad de las clases dominantes argentinas para transformar su «predominio económico» en «hegemonía» (todo lo cual habría generado las condiciones de una situación «potencialmente revolucionaria» que no se terminaba de dirimir en virtud de la relevancia que habían

---

<sup>58</sup> Las resonancias «maoístas» del título notorias. Para un análisis del vínculo entre el grupo «pasadopresentista» y el maoísmo ver Celentano (2014).

adquirido las «contradicciones secundarias» respecto a la «contradicción principal» entre el «capital monopolista extranjero» y la «clase obrera fabril»), en el editorial del primer número, en cambio, la «autonomía relativa de la política» es lo que permite definir a la revolución como un largo proceso social (justamente, una «larga marcha»), entendida, según la fórmula acuñada por la revista que también será retomada en el exilio, como una simultánea «politización de lo social» y una «socialización de lo político» sin lo cual resultaría impensable una verdadera «democracia obrera». Veamos entonces cómo incidió este supuesto de la «autonomía relativa» de la política en el modo en que se planteó en esta segunda etapa el problema de «teoría de la revolución argentina».

En «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual», Portantiero caracterizaba a la coyuntura política argentina de 1973 como una situación de «crisis orgánica» (visto desde las perspectivas de las clases dominantes) o «potencialmente revolucionaria» (visto desde la perspectiva de las clases dominadas), a partir de una «larga conflictividad» dinamizada por el enfrentamiento entre el capital monopolista extranjero y la clase obrera fabril. Este enfrentamiento contaba con una historia, que Portantiero remontaba a los años cincuenta, cuando el capital extranjero comenzó a operar internamente en la estructura social argentina (fenómeno nítidamente consolidado con el «desarrollismo» pero que reconocía como antecedente el giro de la política económica del segundo gobierno de Perón). Si en los años cincuenta el capital monopolista extranjero ganó terreno en la estructura social argentina, en los años sesenta, en cambio, se lanzó directamente a la ofensiva, esto es, se dispuso abiertamente a transformar su «predominio económico» en «hegemonía política» con el golpe de Onganía en 1966 y, sobre todo, con el plan económico de Krieger Vasena. Por su parte, la clase obrera fabril, cuya historia se remontaba al período del (según Portantiero) ya agotado modelo de sustitución de importaciones, recuperó protagonismo hacia fines de los sesenta, a partir de la politización de las nuevas fracciones provenientes de la industrialización puesta en marcha en el momento desarrollista que desembocaron en las movilizaciones populares masivas, las mismas que encontraron en el «Cordobazo» un condensador de múltiples rebeldías, consiguiendo a partir de allí colocar un límite, justamente, a la ofensiva del capital monopolista extranjero. Sin embargo, y es aquí donde la premisa de la «autonomía relativa de la política» se vuelve operante en la tesis de Portantiero, este enfrentamiento entre los dos actores más dinámicos de la formación económica y social argentina (capital monopolista

extranjero y clase obrera fabril), cuyo conflicto definía la «contradicción principal» a lo largo de este período, no había tenido una traducción directa en la arena política, a tal punto que existía un desajuste, que Portantiero prefiere denominar «asincronía», entre el orden de las estructuras y la escena de la representación, entre las clases y las fuerzas sociales en pugna.

Esta dislocación entre estructura social y dominación política estaba en la base de la «crisis orgánica» o la situación «potencialmente revolucionaria»: entre 1958 y 1973, en Argentina no existía un bloque hegemónico estable. Pero no era ésta la única consecuencia del trabajo (relativamente) autónomo de la política. También lo era el notorio y recurrente protagonismo de lo que Portantiero, en lenguaje otra vez maoísta, denominaba «contradicciones secundarias». En efecto, dado que el capital monopolista extranjero no había conseguido transformar en este período su «predominio económico» en «hegemonía política», pero como tampoco las clases dominadas habían podido capitalizar a su favor esta situación para producir un nuevo «bloque histórico», el conflicto se espiralizó en el tiempo con una particularidad: que determinadas «fuerzas intermedias» (entre las dos clases «principalmente» antagónicas) como las Fuerzas Armadas, el sindicalismo burocrático, y la burguesía nacional alcanzaron, por la vía de distintas soluciones de compromiso o transacciones, ganar el centro de la política argentina en base a un poder obtenido en virtud de esta situación de indefinición (que por momentos adquiría los rasgos de una verdadera «vacancia hegemónica») antes que por «representar» cabalmente a las clases más dinámicas de la «contradicción principal». De este modo, lo que singularizaba a la coyuntura argentina era justamente la relevancia que habían asumido las «contradicciones secundarias», como si la política argentina consistiera en un teatro donde lo que en la estructura social estaba llamado a cumplir un papel «determinado» (el de ser una fracción dominada dentro de la clase dominante) se revelaba, en el terreno de la política superestructural, en un «actor determinante».<sup>59</sup>

---

<sup>59</sup> Discutiendo con las tesis dependencistas, Portantiero afirma que «La literatura económica, sociológica y política corriente sobre la dependencia en América Latina, tiende a enfatizar [...] dos aspectos complementarios: Por un lado, la virtual desaparición, como fuerza con capacidad de iniciativa política, de la burguesía no monopolista. Por el otro, la disolución de los movimientos populistas. Ninguna de las dos proposiciones que, vistas por el historiador futuro, pueden ser válidas, permiten explicar la coyuntura política argentina. Las dos fuerzas polares que se enfrentan en la contradicción social principal no tienen una expresión política eficaz, y ese escenario está primordialmente ocupado por representantes de proyectos que, residuales desde el punto de vista del desarrollo económico-social, acumulan un enorme poder de veto político aunque no tengan similar fuerza para poner en práctica sus decisiones»(Portantiero: 1973a, 57).

Esta dramática indefinición entre las fuerzas sociales antagónicas era lo que sostenía la idea (que convertiría en clásico a este artículo) de que en Argentina existía un «empate hegemónico», por el cual ninguno de los actores dinámicos de la «contradicción principal» había podido construir un nuevo «bloque histórico» que asegure y estabilice políticamente su poder social, dando lugar así, en una situación que ya resultaba desquiciante, a escenarios cambiantes de alianzas contingentes entre las fuerzas sociales dinámicas con algunas de las «fuerzas intermedias» para limitar, bloquear o vetar la iniciativa de su antagónica.<sup>60</sup> Ante este cuadro dramático, entonces, se tornaba relevante la pregunta por la estrategia revolucionaria en condiciones de poner término al «empate hegemónico» para torcer así, a favor de las clases trabajadoras, la «crisis orgánica» que atravesaba el bloque de poder en Argentina.

Esa estrategia no podía dissociarse del problema de la constitución de un grupo dirigente revolucionario, asunto que ocupa el centro de la reflexión del editorial «La larga marcha al socialismo en Argentina» (*Pasado y Presente*, 1973a). Pues lo que demandaba ser pensado en la particular coyuntura argentina de 1973 parecía más bien ser bajo qué condiciones y de qué modo, desde el seno de la extendida movilización popular, podía surgir un sujeto revolucionario expresivo del movimiento de masas y dispuesto a desplegar una estrategia política de transición al socialismo. En línea con ello, ya al inicio del editorial del primer número (segunda época) el comité de redacción invitaba a dejar de lado cualquier concepción «catastrofista», «reformista» e «insurreccionalista», para ocuparse de la adecuada relación entre el movimiento de masas y el grupo dirigente revolucionario. Lo hacía en estos términos:

«La revolución no puede ser ya el resultado de una inevitable tendencia del sistema hacia su derrumbe económico, ni la prolongación de tendencias maduras en la sociedad capitalista, ni la consecuencia inesperada de la desesperación o de la rebelión elemental ni el producto de una vanguardia organizada de la clase. Y esto no porque debamos excluir a priori la posibilidad de que en determinadas circunstancias de grave crisis política del sistema pueda tener éxito la acción de una minoría que se lance a la toma del poder» (*Pasado y Presente*: 1973a, 16).

---

<sup>60</sup> El carácter singular de la experiencia argentina podía apreciarse mejor en contraste con el caso brasilero (un eje comparativo que, en otro sentido, retomará Portantiero en el exilio, según veremos). Pues mientras en Brasil se había consolidado un «estado burocrático autoritario» que expresaba un nuevo bloque de poder en el que el capital monopolista extranjero había por un lado subordinado con éxito a la burguesía nacional y por otro afianzado su dominación social respecto a las clases trabajadoras (redefiniendo así la modalidad capitalista de esa formación social en un sentido autoritario-desarrollista), en la Argentina, en cambio, este proyecto se encontraba en suspenso por los límites que le había impuesto la movilización popular pero también por el poder político que aún conservaban las fuerzas intermedias a raíz de esta situación de prolongada indefinición hegemónica (ver Portantiero, 1973a: 57).

Este pasaje condensaba buena parte de los problemas que debió afrontar la revista en su segunda etapa: ¿cómo pensar una vanguardia revolucionaria que no se autonomice del movimiento social en el contexto específico del «empate hegemónico»? ¿Y cómo hacerlo sin poder descartar «a priori» la «acción de una minoría que se lanza a la toma del poder»? En efecto, en «La larga marcha al socialismo», pero en realidad en toda esta segunda etapa, las reflexiones organizadas alrededor de la revolución en la revista se movieron al interior de una tensión entre la reivindicación de una vanguardia en «sentido débil» y la imposibilidad de excluir una cierta intervención vanguardista en «sentido fuerte» en la historia; entre el intento de eludir un tipo de intervención vanguardista al modo «jacobino» o incluso «bolchevique» (dado que el sujeto revolucionario debía surgir de las propias fuerzas sociales y que la organización revolucionaria debía subordinar el aparato militar a la estrategia política, esto es, en términos gramscianos, ganar posiciones a través de la movilización popular antes que priorizar la toma del poder con maniobras militares), y la imposibilidad de seguir hasta las últimas consecuencias esta misma hipótesis, allí mismo donde la coyuntura histórica demandaba operar el pasaje de la «cantidad a la cualidad» en el momento mismo en que la «encrucijada histórica» de la Argentina de 1973 parecía exigir tomar una decisión resolutive tendiente a construir un nuevo bloque de poder. De este modo, entre el «momento predominantemente leninista» de la toma del control de los resortes políticos y económicos de una formación social, y el «momento predominantemente gramsciano» de la revolución entendida como un proceso social que reúne múltiples cuestionamientos al orden social y unifica al poder popular fragmentado en una voluntad nacional y popular, *Pasado y Presente* discutió, en los términos de la dramática y acuciante coyuntura argentina de 1973, cómo podía dirimirse a favor de las clases subalternas, una situación evaluada como (potencialmente) «revolucionaria».

Veamos con más detenimiento esta tensión. Por un lado, pensar la revolución como una «larga marcha» suponía en profundizar la línea de ruptura iniciada en la primera etapa de la revista con el «marxismo leninismo» de los Partidos Comunistas que orbitaban, como el argentino, alrededor del PCUS. No sólo porque la sola alusión a la «larga marcha» colocaba a la revolución argentina bajo el auspicio de otros marxismos que el soviético, como el maoísmo, sino también porque esa «larga marcha» hacía suyo el propósito de un socialismo preocupado en preservar e incrementar la autonomía obrera. En este punto, *Pasado y Presente* planteaba

ya a inicios de los años setenta un conjunto de críticas al «socialismo real» (que serán retomadas en *Controversia* bajo el tópico de la «crisis del marxismo»), por las cuales se acusaba a los partidos comunistas rusos y de Europa del este de haberse autonomizado de las masas y, junto con ello, de haber cooptado los resortes estatales para producir un tipo de dominación bien distinta a lo que este grupo intelectual imaginaba como una «democracia obrera». Se lee en este sentido que:

«Hoy sabemos -y la crisis actual del socialismo nos lo está confirmando- que una ‘toma del poder’ que no esté acompañada de una adecuada toma de conciencia de las masas está destinada a frustrar las intenciones más profundas y liberadoras de la política revolucionaria, estimulando la aparición de un nuevo poder colocado por encima de las masas y tanto o más autoritario que el capitalista. [...] Socialismo y autoritarismo son conceptos excluyentes, aunque todas las experiencias socialistas conocidas aparezcan de una u otra manera como ‘autoritarias’. Porque lo que está en cuestión en dichas sociedades es su socialismo, que significa más un rótulo que una realidad» (*Pasado y Presente*: 1973a, 16).

Bajo la premisa de que el rumbo asumido por los «socialismos realmente existentes» no era extemporáneo, sino el resultado relativamente esperable de cierta forma de concebir la «ruptura revolucionaria» y la relación entre clase y sujeto revolucionario, *Pasado y Presente* buscaba formular una imagen alternativa de la revolución, según la cual el «autogobierno de las masas» debía construirse en el proceso mismo de producción del poder popular. La «larga marcha», entonces, suponía la idea de que el socialismo es un proyecto político que no se define meramente por el control de los resortes estatales y de los medios de producción, sino por el modo en que prometía nuevas formas de relaciones sociales que el propio movimiento social anuncia, anticipa y despliega en la larga trayectoria en que la que se propone conquistar el poder: «No bastan aquí las invocaciones acerca de la ‘toma del poder’. Hoy sabemos que el poder no se ‘toma’ sino a través de un prolongado período histórico, de una ‘larga marcha’, porque no constituye una institución corpórea y singular de la cual basta apoderarse para modificar el rumbo de las cosas» (*Pasado y Presente*: 1973a, 20). Así, en lugar de un espacio único y privilegiado (el Estado), la revolución requería la transformación de multiplicados espacios sociales: las fábricas, las villas, las universidades, los manicomios, las escuelas; y en lugar de un «punto cero de la historia» que, al modo «jacobino», divide en dos a la historia, la revolución debía ser pensada como un largo periplo de múltiples cuestionamientos al orden social que a la par que provocan la crisis de las relaciones sociales capitalistas (y de las

instituciones que surgen de ellas), gestan la nueva sociedad *antes* (pero se puede inferir que esas rupturas también se prolongan en el *después*), de la «ruptura revolucionaria».

Así planteada, la idea de una «larga marcha al socialismo» parecía implicar una clara toma de distancia de los editores de la revista respecto a lo que aquí designamos como «vanguardia en sentido fuerte», ya que «en las condiciones del capitalismo moderno dejaron de tener validez las estrategias tradicionales de la izquierda que superponían la estrategia de poder de una vanguardia jacobina a la rebelión espontánea y elemental de las masas» (*Pasado y Presente*: 1973a, 18). En cambio, toda alternativa revolucionaria debía surgir de las masas, pues:

«Son ellas las que deben crear en el seno mismo de la sociedad capitalista un movimiento anti capitalista y unitario que agreda al sistema a nivel de sus estructuras sociales: la fábrica, la escuela, el barrio, la ciudad, las profesiones, etcétera. Sólo la participación plena de las masas, adoptada como método permanente del movimiento, puede permitir resolver el problema de la organización política y la elaboración de una estrategia capaz de determinar una crisis general del sistema y de dar a ésta una resolución positiva» (*Pasado y Presente*: 1973a, 18-19).

Ahora bien, si la revolución debía ser pensada en estos términos: ¿por qué seguir sosteniendo la necesidad de identificar al sujeto revolucionario con una vanguardia -incluso con una vanguardia (si ello no es un oxímoron) «en sentido débil»? ¿Por qué no pensar a la revolución, llevando a fondo un «gramscismo» leído en «clave societalista», como el momento en que la sociedad política, con sus jerarquizaciones de clase, resultaba dialécticamente superada y «políticamente absorbida» por un nuevo bloque histórico anunciado en la «larga marcha» de las luchas contrahegemónicas libradas previamente en el terreno social?

Aunque buena parte de sus argumentos se orientaban hacia esta conclusión, *Pasado y Presente* no se deshizo sin embargo en su segunda etapa de la idea de un sujeto auto fundado para intervenir en la historia. Si ello era así, lo era porque la índole política misma de este «largo proceso social» que es la revolución requería *una* vanguardia en condiciones de constituirse en algo más de lo que resultaba esperable para una vanguardia «en sentido débil», a saber, transformarse en un «punto de agregación» de este multifacético movimiento social cuestionador del orden sistémico.<sup>61</sup> Pues además de una vanguardia *determinada* por el

---

<sup>61</sup> En aras de que no se autonomicen de sus bases sociales, *Pasado y Presente* asignaba a la vanguardia la tarea de coordinación de las luchas de las clases subalternas (para articularlas, impedir su fragmentación y dispersión, y para inscribirlas en una estrategia global orientada a la construcción del poder popular que, como vimos, no se

movimiento social, también en «La larga marcha al socialismo» el lector podía descubrir cómo la revista le asignaba un papel *determinante* a las vanguardias en contextos de encrucijadas históricas como el que experimentaba la Argentina de 1973.

Ese papel determinante tenía que ver, por un lado, con la definición de la estrategia política, entendida como la instancia que eleva y transforma la protesta popular en un «antagonismo político» imposible de ser «absorbido» por el sistema. En este sentido, la vanguardia debía aportar un elemento novedoso a la situación política, en tanto momento de clarificación de la conciencia de masas. Se trataba de una función fundamental en la constitución de la «voluntad colectiva», cuyo ejercicio no podía darse por descontado en las masas, *aún de aquellas que, como en la Argentina de 1973 no se «comportan» según las previsiones de las clases dominantes*, como se lee en el primer editorial de la segunda época.<sup>62</sup>

Sin embargo, había una segunda razón por la que la revista asignaba a las vanguardias un papel determinante: la atribución del uso de la fuerza para definir la «ruptura» revolucionaria. Ciertamente, la «ruptura revolucionaria» no podía ser meramente considerada como la instancia de la toma de control del «poder estatal», sino, según vimos, como el corolario de un «largo proceso» de múltiples cuestionamientos en todos los órdenes sociales por parte de las clases subalternas. Sin embargo, es aquí donde se volvía crucial, para los editores de la revista, el problema que llevó a Lenin a leer con sumo interés la *Lógica* de Hegel, tal como queda planteado en *Las tesis de abril*: el pasaje de la cantidad a la cualidad. Retomemos aquí la pregunta planteada de manera global más arriba, pero ahora en relación con la coyuntura política argentina de 1973: ¿había que pensar este pasaje como el producto de una «decantación», esto es, como la «absorción del estado» dentro de las luchas impulsadas por las fuerzas sociales subalternas en ese «largo proceso» de cuestionamiento y de transformación de ese orden social cristalizado en la fábrica, la escuela, los barrios, etc.? O ese pasaje, en cambio, requería, junto e incluso en base al despliegue de estos multiplicados

---

reducía meramente al control del Estado) y de unificación de las visiones del mundo de las clases populares, en general fragmentadas por la dominación del capital.

<sup>62</sup> «Es cierto que los comportamientos de las masas populares [en Argentina] no corresponden a determinadas decisiones y planes de las clases dominantes, pero no podemos deducir de esta «no disponibilidad» de las masas la existencia en la clase obrera de una conciente voluntad política hacia la realización de objetivos de revolución socialista. Para que la «no disponibilidad» pueda convertirse en «antagonismo político» es preciso que exista una fuerza política (no importa la forma que adquiera su estructura organizativa) capaz de unificar todos los componentes de las luchas sociales en una estrategia común y capaz, por lo tanto, de definir claramente una alternativa socialista» (*Pasado y Presente*: 1973a, 20).

cuestionamientos, del ejercicio de la violencia revolucionaria orientada a la conquista de los resortes estatales para fundar un orden nuevo? La respuesta de *Pasado y Presente* se inclina ante esta última opción:

«Es evidente que un movimiento de este tipo no puede crecer como un sistema de contrapoderes, que paulatinamente se fuera apoderando de un espacio social hasta un momento dado en que un cambio en la dirección política del Estado sancionara una «revolución» ya realizada en los hechos. El esbozo de un poder antagónico que avance en la dirección opuesta a la del sistema está destinado inevitablemente a producir una crisis política y social mucho antes que una alternativa haya madurado plenamente, puesto que no es posible una coexistencia entre la producción dirigida por estructuras capitalistas y el consumo dirigido según criterios socialistas. [...] No se puede, por lo tanto, renunciar al carácter de salto cualitativo o «violento» del momento revolucionario, ni a la necesidad de una organización política de vanguardia, cuya estrategia, cuyas formas organizativas, cuyos objetivos inmediatos sean tales como para asumir los contenidos y las nuevas exigencias de la lucha a nivel de base y de masa» (*Pasado y Presente*: 1973a, 17-18).

De este modo, la «larga marcha al socialismo» suponía un momento eminentemente «democrático», el del surgimiento de multiplicadas protestas sociales que en su despliegue, a la vez que cuestionaban profundamente al orden social, provocaba en las masas la imagen de un «contrapoder popular»; pero también requería del «momento dictatorial» de una vanguardia que se hace responsable ante el llamado de la historia de definir a favor del pueblo la encrucijada histórica, allí cuando la intensificación cuantitativa de la lucha exigía «necesariamente» una «resolución cualitativa». La justificación de la «violencia revolucionaria» -entendida como momento dictatorial- a cargo de una vanguardia obedecía, por un lado, a razones «subjetivas»: era necesario confiarle al sujeto revolucionario el planteo de la estrategia que conduciría a una alternativa socialista frente a la crisis orgánica que la multiplicación de luchas populares desataba con su propio despliegue; y, por otro lado, por «razones objetivas»: la historia no soporta, según se advierte en el pasaje citado, la coexistencia de medios de producción en manos de la burguesía con formas de consumo organizadas en base a criterios socialistas, de modo tal que también por esta razón el grupo dirigente de la fuerza revolucionaria debe tomar el control de los bienes de producción antes de que el propio sistema absorba las protestas multiplicadas.

Pero tan pronto *Pasado y Presente* legitimaba en estos términos la intervención en la historia de una «vanguardia en sentido fuerte», retomaba la argumentación previa para caracterizar esta intervención como una consecuencia, más que como una causa, del propio proceso

político revolucionario; así, el momento de la coerción, de la fuerza, de la violencia revolucionaria, seguía siendo pensado, aún cuando se había llegado tan lejos en su autorización, como un momento inscripto y nunca dissociado de «la larga marcha» que transitan las masas en la construcción democrática de contrapoderes populares:

«Pero lo que hay que tener en claro en [sic: debería decir «es»] que esta crisis revolucionaria no puede determinarse si en el propio seno de la sociedad capitalista no surge un poder de masa, un cuestionamiento concreto y permanente de los distintos aspectos de la estructura social, que den lugar a nuevas tensiones, que definan propuestas alternativas, que formen nuevas capacidades de dirección, que produzcan un nuevo nivel de conciencia y organización» (*Pasado y Presente*: 1973a, 26).

Podríamos decir que en esta segunda etapa «la teoría de la revolución argentina» que estaba dispuesta a defender *Pasado y Presente* era una sinuosa y compleja teoría de la vanguardia que no sin tensiones reunía, al modo gramsciano, motivos «societalistas» y «leninistas», democracia y dictadura, crítica y coerción, dentro de un esquema que pretendía acotar la autonomía del «príncipe» respecto de sus bases sociales de sustentación (para conjurar el problema del devenir autoritario del socialismo) sin poder «excluir a priori», como leíamos más arriba, la posibilidad de su intervención fuerte en la historia en el momento específico, pero crucial, de la «crisis orgánica»: aquel por cuya intervención ésta se transforma en una «crisis revolucionaria».

Así, entre la necesidad de un sujeto fuerte que intervenga en la historia para dirimir a favor de las clases subalternas la situación del «empate hegemónico» y la necesidad de que ese sujeto, no se autonomice de la identidad política de las masas, *Pasado y Presente* esbozó una intervención político intelectual que en sus propias premisas construía como uno de sus destinatarios privilegiado al grupo dirigente de Montoneros. Veamos, a continuación, por qué.

### **Montoneros: el sujeto revolucionario de la «larga marcha» al socialismo**

Estas distinciones teórico-políticas tenían un anclaje histórico bien preciso: la coyuntura Argentina de 1973, que atravesaba, según los análisis que se leen en la revista, una «crisis orgánica» que este grupo intelectual que se reconocía socialista aspiraba a transformar en una «crisis revolucionaria». La teorización sobre la vanguardia no tenía otro objeto que pensar este asunto en la situación concreta, que presentaba, según leemos en «La larga marcha del socialismo en Argentina», una singularidad: desde el punto de vista de los grandes problemas

de teoría revolucionaria (la relación entre clase y sujeto revolucionario, entre masas y vanguardia o entre espontaneidad y dirección consciente) el caso argentino constituía un caso «impuro»:

«Todos estos temas, que exigen una redefinición de conceptos claves como ‘conciencia de clase’, ‘espontaneidad’, ‘vanguardia’, ‘movimientos nacionales’, ‘movimientos socialistas’ y de las relaciones que deben establecerse entre ellos de acuerdo al contexto específico plantean como objetivo básico de PASADO Y PRESENTE, la necesidad de analizar la originalidad del proceso de constitución de una fuerza socialista de masas en Argentina, como un caso en que la relación ‘conciencia-espontaneidad’ se muestra ‘impura’ *en el que, por lo tanto, es necesario impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional-popular*» (*Pasado y Presente*: 1973a, 28)

Desde luego, la novedad que arrojaba esta definición no consistía tanto en el carácter «impuro» de la coyuntura argentina (¿qué situación revolucionaria concreta podría ser pensada como un caso «puro»? ) sino más bien en la aceptación de que el peronismo, el nombre que definía el carácter «impuro» de la situación revolucionaria, debía ser, ahora sí, considerado a fondo desde la perspectiva de un proyecto revolucionario y socialista. A diferencia de la primera época de la revista, cuando el peronismo era definido en términos oscilantes entre un régimen «bonapartista» (Portantiero) y un movimiento popular que había producido una cierta universalización de la condición obrera en las clases subalternas, las cuales a su vez habían experimentado bajo esta identidad la lucha de clases en Argentina (Aricó), en la segunda etapa, en cambio, el peronismo constituía el punto de partida de cualquier apuesta revolucionaria en Argentina.

El punto de partida, ciertamente, pero no su punto de llegada. En efecto, en la versión 1973 de *Pasado y Presente* el peronismo es definido no como un movimiento efectivamente revolucionario, sino como (a) un movimiento nacional y popular que había accedido a la representación de las masas a partir de la bancarrota de los partidos tradicionales de izquierda; (b) un movimiento nacional y popular antimperialista exitoso en tanto limitante de la ofensiva del capital monopolista extranjero, a diferencia del MNR boliviano, el APRA peruano o el varguismo en Brasil, todos los cuales fueron reabsorbidos por el imperialismo; y (c) la experiencia interna, la trama subjetiva e identitaria de la clase social de cuya fuente debería surgir una dirección «revolucionaria». Ahora bien, estas características ubicaban al peronismo en la situación de un movimiento «potencial», pero no «actualmente» revolucionario. Su

«impureza», en efecto, residía en que el componente anti-imperialista (que tampoco constituía una condición suficiente para asegurar la autonomía plena de la clase obrera fabril, pues bien podían existir movimientos nacionales y populares antiimperialistas en los que la burguesía ejercía la hegemonía) aparecía en general neutralizado por una dirección -la burocracia sindical, el propio Perón- orientada a integrar a este movimiento a distintas fórmulas de compromiso que si bien no eran las propias del «capital monopolista extranjero», tampoco eran las propias de un programa político destinado a conseguir la plena autonomía de la clase obrera fabril. Podríamos decir entonces que lo que aquí sostenía *Pasado y Presente* con un sofisticado lenguaje marxista no era sino lo que años atrás Cooke, uno de los grandes inventores de la izquierda peronista, mentaba con la idea del peronismo como «hecho maldito del país burgués», para aludir a esa insidiosa ambigüedad del peronismo por la cual se mostraba como un movimiento no integrable al proyecto político de las clases dominantes, pero que sin embargo no terminaba de desplegar su potencial revolucionario.<sup>63</sup>

Pero lo que en contexto de 1973 cambiaba sustancialmente las cosas era el surgimiento, al interior del peronismo, de una fracción revolucionaria (con la cual *Pasado y Presente*, según cuenta Aricó, había tendido lazos):<sup>64</sup> Montoneros. Y ello es interpretado como indicio contundente de que estaban dadas ahora también buena parte de las «condiciones subjetivas» para que acontezca, en términos gramscianos, la «catarsis». Toda esta segunda etapa está en gran medida atravesada por la constatación de este destinatario novedoso, como paradójicamente también, aunque por otras razones, lo estará *Controversia*. El problema a pensar consistía, entonces, bajo qué condiciones, y de qué modo, Montoneros podía constituirse como grupo dirigente de la «larga marcha» al socialismo.

---

<sup>63</sup> Este debate no era para nada novedoso en la nueva izquierda: ¿eran revolucionarios los movimientos nacionales y populares? Por citar sólo un antecedente importante en la historia de este debate, *La Rosa Blindada* ya había albergado en sus páginas esta discusión. Así, en esa revista se publicó «Bases para una política cultural revolucionaria» de John William Cooke (1965), quien retomaría la hipótesis que sostenía que en Argentina «los comunistas somos los peronistas». En la misma revista, León Rozitchner (1966) rechazó esa tesis en un texto célebre, «La izquierda sin sujeto». En su segunda etapa, el acercamiento de *Pasado y Presente* a Cooke es notorio a partir de la asunción de la idea de que las bases sociales del peronismo, al menos potencialmente, eran revolucionarias; y se vuelve explícito con la publicación de un texto inédito, «Aportes a la crítica del reformismo en Argentina», prologado por un Portantiero (quien ya lo había entrevistado para la revista *Che* a inicios de los años sesenta), quien acepta globalmente esos «aportes» de Cooke excepto sus deudas con la estrategia «insurreccionalista». Ver Cooke (1961) y (1973).

<sup>64</sup> Al menos en parte, pues la vía de contacto de *Pasado y Presente* con Montoneros eran las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), de raíz marxista, que en 1973 se fusionó con la organización guerrillera peronista.

La idea de que la relación entre revolución y sujeto revolucionario en Argentina estaba planteada en un terreno «impuro» explicaba en buena medida las expectativas que *Pasado y Presente* depositaba en Montoneros: si la vanguardia no debía colocarse por fuera de la experiencia de la lucha de clases en Argentina, entonces Montoneros, que reivindicaba su identidad peronista, se tornaba una referencia insoslayable para este grupo editorial. Estas mismas razones explicaban también, a la inversa, las críticas destinadas, en esta segunda etapa, a los grupos marxistas que aspiraban a erigirse en el elenco dirigente de las masas, sobre todo aquellos que desconocían el carácter «potencialmente revolucionario» del peronismo: ese desconocimiento, según el argumento que se lee en las editoriales de *Pasado y Presente*, condenaba a las vanguardias marxistas a colocarse por «fuera de la historia».

Una de estas críticas se dirigían al «sindicalismo combativo», lo cual resultaba paradójico en una publicación que confería a la fábrica un estatuto privilegiado para la construcción de una nueva sociedad. A pesar de ello, *Pasado y Presente* acusaba al «sindicalismo clasista» de trazar una estrategia política basada en la radicalización de un programa que descansaba en un erróneo balance de las relaciones de fuerza, pues subestimaba el poder del enemigo y sobrestimaba el propio. Esa radicalización, lejos de asignar al «clasismo» un lugar preponderante para la definición de universalidad de las relaciones sociales, lo confinaba en cambio a los márgenes pantanosos del «corporativismo sindical», impidiéndole entablar alianzas con otros sectores dirigentes de las clases trabajadoras, a los que confundía, en un severo error táctico, con sus adversarios -llegando así al punto de identificar a dirigentes como Atilio López y Agustín Tosco con el campo enemigo.<sup>65</sup>

Estas mismas críticas se extendían, en el segundo número doble de la segunda época de la revista, a otro tipo de organizaciones marxistas, como el Ejército Revolucionario del Pueblo. Así, en «La crisis de julio y sus consecuencias políticas», se lee que:

«Esta visión del socialismo y del proceso revolucionario nos diferencia del «vanguardismo» típico de las organizaciones de izquierda que los lleva a considerar a los movimientos y a los organismos de lucha de los explotados como «correas de transmisión» de objetivos políticos elaborados por un «Estado Mayor» de la

---

<sup>65</sup> «Partiendo del criterio correcto de la que la única garantía válida contra la integración de los trabajadores está en la propia clase, en su movilización y en su lucha constante contra los patrones, el Estado y los burócratas, identificó erróneamente al conjunto de fuerzas sindicales y políticas que habían gestado y dirigido las luchas del proletariado cordobés desde 1966 en adelante con la burocracia sindical que había defendido y conciliado con la «Revolución Argentina». Atilio López y Agustín Tosco eran asimilados a Rucci, Kloosterman y otros capitostes del sindicalismo gansteril» (*Pasado y Presente*: 1973a, 25-26).

revolución que es el único capaz de analizar la situación en su conjunto y de prever los acontecimientos. Si el rechazo de estas concepciones nos separa de la izquierda tradicional -sea en su versión «reformista», o en su versión «revolucionaria»-, la certeza de que la revolución sólo puede ser pensada y ejecutada desde la experiencia interior de la propia clase y no desde una filosofía de la historia, explica nuestra actitud frente al peronismo de la clase obrera. Si es en el peronismo donde la mayoría de los explotados reconocen su único término de unidad política, la conciencia socialista debe ser principalmente impulsada a partir del reconocimiento de ese dato y no de la discusión doctrinaria desde el exterior de esa experiencia, a partir de la multiplicación y articulación de las iniciativas anticapitalistas que la clase trabajadora y el pueblo elaboran sin abandonar su identidad de peronistas y no a través de la búsqueda de moldes organizativos en donde vaciar purificada la conciencia espúrea de las masas» (*Pasado y Presente*: 1973b, 209).

De este modo, para *Pasado y Presente* la «pureza» de las organizaciones marxistas las colocaba, en el caso «impuro» argentino, en una situación de «exterioridad» respecto a su base social. Ello les impedía, entonces, constituirse en legítimas direcciones políticas de las masas en los términos en que la revista pensaba la «larga marcha» al socialismo en Argentina. A ello se le agregaba que esa «exterioridad» respecto a la clase obrera era producto de una concepción doctrinaria a cuya coherencia estas organizaciones rendían mejor tributo que a cualquier intento de composición política en la arena «impura» de la historia argentina. Este formalismo revolucionario -así se cerraba el argumento- precipitaba la autonomización de las vanguardias, lesionaba la unidad del campo de lucha popular y conducía a errados diagnósticos de las relaciones de fuerza en la coyuntura política. Subrayamos estas críticas porque luego las encontraremos también en *Controversia*, pero extendidas a Montoneros.

En 1973, en cambio, Montoneros aparecía para *Pasado y Presente* como el «punto de agregación» de una alternativa revolucionaria. Principalmente, por tres motivos: (a) porque Montoneros hacía suya la identidad política de las clases trabajadoras, pero al mismo tiempo disputaba al interior del movimiento nacional y popular la dirección política de las masas; (b) porque su frente de masas era amplio, incluyendo universidades, villas, escuelas, fábricas (aunque ello en menor medida, lo cual es observado como un problema), todo lo cual se ajustaba a la veta «societalista» con que *Pasado y Presente* concebía a la revolución como largo «proceso social» y (c) porque disponía de un aparato político militar en condiciones de provocar la «ruptura revolucionaria» allí cuando la intensificación cuantitativa de las luchas requiriera dar el «salto cualitativo» de la toma del poder. No sorprende, entonces, leer en «La crisis de julio y sus consecuencias políticas» que:

«Sobre los grupos revolucionarios del peronismo recae hoy una gran responsabilidad política por cuanto constituyen el núcleo originario de constitución de una dirección del proceso revolucionario en Argentina. En la perspectiva de la construcción de una organización de masas con objetivos socialistas, la discusión de la que son protagonistas fundamentales representa el hecho político más importante de la actualidad. Sin utilizar a ella como referente principal, organizativo e ideológico, no hay ninguna posibilidad de construir algo que vaya más allá del monólogo de las sectas de izquierda» (*Pasado y Presente*: 1973b, 200)

A pesar de que incluso en esos años, con el mote de «entrismo», se acusó a *Pasado y Presente* de defender una mirada «instrumentalista» (y oportunista) del movimiento de masas, desde la argumentación que venimos sosteniendo en este capítulo podríamos decir que en 1973 el peronismo ingresaba (y no repentinamente, pues como vimos ya en la primera etapa aparecían un conjunto de desplazamientos conceptuales que tornaban posible este encuentro), a través de Montoneros, en la historia de la lucha de clases según las singularidades específicas que demandaba un marxismo entendido como «historicismo absoluto». En cualquier caso, para los editorialistas de la segunda época de *Pasado y Presente*, Montoneros parecía reunir las dos dimensiones en tensión de las vanguardias: una amplia presencia en el frente de masas y un aparato militar dispuesto al combate en el momento del «salto cualitativo». Una vanguardia en «sentido débil» y, al mismo tiempo, en «sentido fuerte», un punto de condensación de nuevos puntos de equilibrio al interior de las clases populares y de desequilibrios en relación al orden capitalista en Argentina.

Sin embargo: ¿Era posible que Montoneros estuviera en condiciones de aunar esas dos dimensiones? Esta organización de un nuevo tipo, que debía llegar a ser Montoneros privilegiando su frente de masas antes que la estricta organización jerárquica de su aparato político y militar, había sin embargo irrumpido en la historia argentina no como producto de una «larga marcha» al socialismo», sino a través de un acto eminentemente «jacobino»: el «juicio histórico» y ulterior fusilamiento de Aramburu (1970). De modo que la vanguardia «en sentido fuerte» estaba ya disponible en la historia antes de que la conflictividad social se intensificara en los niveles de la Argentina de 1973. Este aspecto, elidido en los editoriales de *Pasado y Presente*, sobredeterminaba, a nuestro entender, las reiteradas advertencias que este grupo intelectual planteaba acerca de la necesidad de que el núcleo dirigente del proceso revolucionario no incurriera en el error estratégico de relegar las funciones asignadas a la vanguardia «en sentido débil», esto es, las funciones de articulación política de los múltiples

cuestionamientos al orden social surgidos en el frente de masas. Lo cual significaba también no abandonar al peronismo.<sup>66</sup>

Para entender esta compleja colocación del grupo *Pasado y Presente* en esta coyuntura crítica, quizás valga tener en cuenta la hipótesis que Pilar Calveiro plantea en *Política y/o violencia*. Calveiro argumenta allí que en el primer tercio de los años setenta, y en el marco de una profunda movilización social, las multitudes movilizadas fueron tomadas por la creencia, o la expectativa, de que era posible construir una alternativa revolucionaria que, sin desechar la constitución de un aparato militar, se apoyara sin embargo de manera eminente en las múltiples formas de militancia política que tuvieron lugar en este período -lo que en esta etapa de *Pasado y Presente* se nombra como la «politización de lo social» y la «socialización de la política». Resulta plausible creer que la apuesta de este grupo editorial por Montoneros debía mucho a esta expectativa epocal, que según Calveiro entró en crisis con el pasaje a la clandestinidad decidido por su conducción hacia 1974 tras la intensificación de las medidas represivas contra las organizaciones revolucionarias.

Como sea, un año antes del «pasaje a la clandestinidad», *Pasado y Presente* se acercó a Montoneros probablemente con estas expectativas, pero sin dejar de avistar, como veremos abajo, algunos de los indicios que advertían que la «situación revolucionaria» podía devenir en «guerra» (en el contexto de la intensificación de la violencia política que se estaba interiorizando cada vez más en el peronismo). Aún desde los márgenes de una argumentación que todavía confiaba en la revolución, en la segunda etapa de *Pasado y Presente* el lector podía encontrar los signos sombríos que hacían tambalear las expectativas de una resolución favorable para las clases populares de la «crisis orgánica» argentina. Estos márgenes que intuían un desenlace «catastrófico» para el «empate hegemónico» argentino ocuparán el centro de la reflexión años más tarde, en revistas como *Controversia*.

### **¿Revolución o guerra?**

---

<sup>66</sup> Esta advertencia vuelve a formularse en el cierre de la larga editorial del segundo número doble: «Homogeneizar, generalizar y unificar los contenidos de esas luchas parciales, integrarlas en un programa de transición para que ellas no se disuelvan en estancos corporativos, es el objetivo central del momento. Un objetivo que, dada la dureza de la lucha de clases, requiere enormes cuotas de audacia y de imaginación, junto con la serenidad y firmeza suficientes como para poder construir una alternativa socialista para la clase obrera *sin automarginarse de un movimiento nacional que sigue siendo el espacio donde se refleja la unidad política de las grandes masas*» (*Pasado y Presente*: 1973b, 203. Subrayado nuestro).

Ya en la nota de presentación del segundo número doble de la revista (probablemente escrito al final de la edición) se puede apreciar cómo la figura de la revolución como «larga marcha» comenzaba a desplazarse hacia otra figura más acorde con la forma que parecía asumir un tiempo histórico acelerado: la figura de la encrucijada. Y una de las maneras en que se manifestaba esta encrucijada era ni más ni menos que a través de una «guerra civil» en ciernes, interiorizada en el peronismo:

«La crisis política que estalla el 13 de julio con la obligada renuncia del presidente Cámpora marca el punto central de un complicado proceso [...] ‘La crisis de julio y su significado político’, artículo editorial de esta edición de PASADO Y PRESENTE trata de razonar acerca del sentido de esta crisis que, al colocar en un verdadero estado de guerra civil al movimiento peronista, proyecta sus consecuencias sobre el conjunto del cuerpo socio-político del país» (*Pasado y Presente*: 1973c, 177).

Con todo, la interiorización de la conflictividad hacia los amplios y contradictorios confines del peronismo a partir de la asunción de Perón no era leída todavía, aún bajo el horizonte amenazante de la guerra, como un fenómeno que venía a poner en crisis, y de manera conclusiva, los encuadres más generales de la revista, sino más bien como un nuevo avatar de la historia por la cual las «contradicciones secundarias» tomaban el lugar de la «contradicción principal». En efecto, según esta racionalización de la realidad política argentina, el gobierno de Perón tomaba distancia de la izquierda peronista y se apoyaba en la «derecha peronista» (la burocracia sindical) y en la burguesía nacional con el propósito de ganar mayores márgenes de autonomía frente a la clase que dinamizaba al bloque del poder económico, el capital monopolista extranjero. Con el afán de reconstruir el esquema de gobernabilidad de 1945, incurría así en un grueso anacronismo, pues la Argentina de 1973 ya no era la que había originalmente encumbrado a Perón, de modo tal que el Pacto Social impulsado por Gelbard sólo podía aspirar a forzar, en el mejor de los casos, un «dependentismo negociado». De esta forma, la encrucijada histórica se volvía particularmente decisiva para el peronismo, que debía elegir entonces entre definirse como un movimiento nacional y popular dispuesto a explorar a fondo sus potencias revolucionarias, o un nacionalismo económico que no tardaría en ser subsumido a la lógica del capital monopolista extranjero, como había ocurrido con el APRA, con el varguismo y con el MNR boliviano.

Ahora bien, la encrucijada histórica argentina no se definía únicamente a partir de los límites que debía sortear la maniobra política ante las disyuntivas que le ofrecía su situación

estructural. También los caminos de la política se angostaban toda vez que encontraban anclaje histórico los intentos, que provenían no sólo del «marxismo clasista», sino fundamentalmente del propio peronismo (desde la burocracia sindical a Perón), tendientes a «escindir» a la vanguardia revolucionaria (Montoneros) de sus bases sociales, lo cual implicaba colocarla, en los términos analizados en este capítulo, por fuera de la historia. La matanza de Ezeiza, así nombrada en «La crisis de julio y sus consecuencias políticas», ofrecía una prueba contundente de ello.

Esta situación políticamente apremiante, a su vez, cobraba forma no sólo en virtud de la propia dinámica política argentina, sino también dentro un contexto regional ahora signado por el golpe de estado en Chile, que en la revista es interpretado no como un acontecimiento que venía a cuestionar algunas de las premisas fundamentales de la «teoría de la revolución argentina» (de hecho, el comité de redacción no se pregunta por qué si la vía «pacífica» al socialismo se había desplomado en Chile debía tener éxito en Argentina la «larga marcha» al socialismo) sino como la corroboración de las tesis más radicalizadas de la izquierda chilena, esto es, como la consecuencia ineluctable del avance del capital monopolista extranjero, que no podía sino conducir a la formación de un nuevo tipo de estado de corte fascista, con las particularidades propias de un país dependiente. Por esta razón, no llama la atención que el cierre de «La crisis de julio y sus consecuencias políticas» consistiera en señalar que, tras la caída violenta de la «vía pacífica al socialismo» impulsada por Salvador Allende, la dicotomía ordenadora de la política sudamericana (también para la Argentina en caso de que no se estableciera un impasse en el trayecto hacia la «guerra civil») pasaba a ser «socialismo o barbarie».

Es por ello que *Pasado y Presente* cuestiona abiertamente los discursos de Perón brindados a lo largo de la segunda mitad de 1973, en los que el líder peronista había invocado el caso chileno para reafirmar su línea acuerdista y reformista como la mejor forma de resolver la crisis política argentina, a distancia tanto de «retardatarios» como de «apresurados», esto es, de los revolucionarios.<sup>67</sup> Para *Pasado y Presente*, en cambio, esa decisión no tenía otro fin que la desmovilización popular y, con ello, el bloqueo de la salida revolucionaria:

«[...] es innegable que la derrota del gobierno popular en Chile ha aumentado considerablemente las dificultades que deberá sortear todo proceso de liberación social y nacional en la Argentina. Estamos obligados a actuar en

---

<sup>67</sup> Ver Perón (1973).

un contexto latinoamericano desfavorable, y dentro de un cerco de países con gobiernos reaccionarios y proimperialistas que tratan de asfixiarnos. [...] Pero de este reconocimiento profundamente válido no pueden extraerse conclusiones que apunten a inmovilizar a las masas y a destruir a sus direcciones revolucionarias [...]. En síntesis, si se evoca la coyuntura internacional como un factor restrictivo para un *avance revolucionario rápido* es preciso conocer antes cuál es el proyecto que se quiere realizar, pues es en el interior de ese proyecto donde tiene sentido hablar del «tiempo» y de la «sangre», donde deberá decidirse en última instancia si corresponde ser «apresurado» o «retardatario». Sólo una estrategia perfectamente clara puede permitirse el máximo de desprejuicio en las medidas tácticas» (*Pasado y Presente*: 1973b,186, subrayado nuestro).

Los tiempos históricos, entonces, se habían acelerado: si en el primer número de la segunda etapa la revolución se concebía como una «larga marcha», ahora el comité de redacción de la revista solicitaba, ante las maniobras «transformistas» de Perón, y un contexto regional que se conducía -según esta lente- a nuevas formas de fascismos, especificaciones que expliquen por qué se descartaba un «avance rápido» en la ya no tan «larga» marcha al socialismo. ¿Quería decir ello, entonces, que las cartas estaban enteramente echadas y que sólo restaba jugar las propias a favor de las clases subalternas aún en esta situación que ahora lucía, según se lee en el pasaje citado, marcadamente «desfavorable»? ¿No restaba aún un tiempo para la política de la «larga marcha» en un devenir histórico que avanzaba sin embargo hacia la absorción y aún más hacia la represión de la movilización social? En este punto, y aún dentro de una situación cuyo carácter de encrucijada se volvía indisimulable, *Pasado y Presente* entreveía que la línea «transformista» de Perón dejaba todavía un delgadísimo margen para la política revolucionaria. En un razonamiento en el que la conclusión se liga con sus premisas no tanto según las reglas de la lógica sino más bien en virtud de las ansias despertadas por la intensidad política, *Pasado y Presente* sugería que si Perón se alineaba enteramente con los intentos de «aniquilar» a la izquierda peronista revolucionaria, entonces quedaría capturado por esa dinámica política abismal, dando lugar a un escenario donde el caso argentino quedaría asimilado al chileno: «[...] si se destruye a la izquierda [Perón] se queda prisionero de la derecha y la derecha es el golpe. O se avanza hacia el socialismo o se retrocede a la fascistización de la vida nacional. La experiencia de nuestros vecinos nos lo está demostrando» (*Pasado y Presente*: 1973b, 187).

La sola mención de que la «guerra civil» podía tomar el lugar de la revolución terminaba de cerrar dramáticamente un cuadro de situación en el que la compleja y vertiginosa dinámica política argentina del año 1973 irrumpía en las páginas de una revista que no renunciaba a las

más sofisticadas herramientas conceptuales del marxismo para pensarla. Entre la idea de la revolución como «larga marcha» a la encrucijada final entre «socialismo o fascismo» (enunciada con las bombas arrojadas a la Casa de la Moneda en Chile como telón de fondo, pero también a partir de una realidad política nacional en la que crecía la represión a las organizaciones revolucionarias marxistas y peronistas), *Pasado y Presente* se inscribía en ese escenario político con las «armas de la crítica», las mismas que legitimaban la apuesta por Montoneros como corolario de una «teoría de la revolución argentina» cuyo esbozo había demandado, desde la primera etapa de la revista, abordar un conjunto de desafíos políticos e intelectuales: la «dialéctica» entre sujeto revolucionario y clase social, los posibles puntos de encuentro entre vanguardias intelectuales y políticas, la búsqueda de una transición al socialismo que pudiera sortear el devenir autoritario de experiencias precedentes.

La «misión histórica» que la revista asignaba a Montoneros era bien compleja: constituirse en aquel actor capaz de ubicar a su autor -el pueblo- en una historia otra de la que hasta aquí había conocido: el socialismo. Se trataba de «purificar» al movimiento nacional y popular sin colocarse por fuera de su carácter «impuro», como un Cristo que debe conducir a los hombres hacia lo infinito por los arduos caminos de lo finito. Se afirmaba también que ello debía ser el producto de una «larga marcha», pero en el contexto crítico de 1973 la realidad asumía un carácter tan dilemático que parecía requerir una resolución inminente.

### ***Pasado y Presente* leída desde *Controversia***

La tragedia, ciertamente, alcanzó a la historia argentina y en *Controversia* se intentará reflexionar sobre la índole y el alcance de la misma. En cierto sentido, esta revista de exiliados puede pensarse como un nuevo «examen de conciencia»; pero esta vez el destinatario no era el PCA, sino la propia trayectoria generacional, que incluía a los presupuestos teóricos y políticos de la «nueva izquierda intelectual». Esta sola razón ubica a *Pasado y Presente* como una referencia ineludible para pensar la ruptura política que este grupo intelectual produjo en el exilio, en un giro que resultó anticipatorio de las transformaciones en la cultura de izquierdas argentinas en los años ochenta.

Las líneas de revisión en *Controversia* fueron múltiples: en el lugar de una «teoría de la revolución argentina», la búsqueda de una teoría política que pudiera facilitar el encuentro entre democracia y socialismo; en el lugar del debate acerca del carácter potencialmente

«revolucionario» del peronismo, la discusión en torno a sus eventuales «potencialidades democráticas»; en el lugar del intelectual que apostaba por la vanguardia revolucionaria, su reubicación en base a la resignificación de la figura de la «crítica».

Junto con estas retraducciones, surgieron además nuevos objetos teóricos, como la inclusión de los derechos humanos en la agenda de debates considerados legítimos para una cultura de izquierda; y también nuevos desafíos, como pensar la política en el contexto de una sociedad «desempañada» a partir de la reorganización del capitalismo llevada adelante por la dictadura militar. En el exilio tuvo lugar también la inesperada cita con una tradición que entre los sesenta y primeros setenta lucía exclusivamente como la ideología de las elites, el liberalismo. Y también puede pensarse a *Controversia* como la revista que con nuevos nombres («eurocomunismo») abordó viejos problemas, como la «crisis del marxismo».

Sea para dar cuenta de la novedad, de los ejercicios de retraducción o de los desplazamientos<sup>68</sup> teóricos y políticos que pueden leerse en *Controversia*, es necesario pasar por ese momento a la vez singular y paradigmático de la cultura de izquierdas argentinas que fue *Pasado y Presente*. También porque, y ello es parte de lo que queremos demostrar aquí, ese pasaje no puede ser pensado meramente como un nuevo comienzo, esto es, como una «tabula rasa», sino como la negación determinada de una experiencia cultural y política determinada. El «ajuste de cuentas» con los años sesenta y setenta que se produjo en el exilio, además, no

---

<sup>68</sup> La idea de «desplazamiento» forma parte de la constelación con la que pensamos el tiempo histórico -y especialmente, cómo leer sus transformaciones en la propia materialidad de las categorías que son objeto de análisis en esta investigación. La potencia de la figura de «desplazamiento» guarda relación con los sentidos abigarrados que es capaz de liberar. «Desplazar» significa «correr de lugar», «realizar un recorrido en el espacio y el tiempo» y, en los términos del Freud (1903 [1902]) de *La interpretación de los sueños*, alude al trabajo, a la vez creativo y sobredeterminado, de ubicar en los márgenes lo que estaba en el centro y colocar en el centro lo que estaba en los márgenes, pues en el sueño «hállase éste [se refiere a sus «contenidos latentes»] como *diferentemente centrado*, ordenándose su contenido en derredor de elementos distintos de los que en las ideas latentes aparecen como el centro». Más allá de los supuestos metafísicos que sostienen la concepción freudiana de los sueños (en base a la distinción entre lo latente y lo manifiesto), el núcleo de su tesis consiste a nuestro entender en la idea de que los sueños pueden ser pensados como un texto, algo que, como es sabido, será retomado por Lacan bajo la hipótesis del inconsciente como un lenguaje. Ese texto encuentra en la condensación y justamente en el «desplazamiento» a sus dos principios constructivos más importantes (junto con la sobredeterminación de los materiales del sueño). «Correr de lugar», «moverse en el tiempo y el espacio», descentrar y recentrar», e incluso el proceso por el cual lo reprimido accede al texto manifiesto bajo formas admisibles y tolerables forman parte de los significados implicados en la categoría de «desplazamiento» a los que aquí acudiremos para pensar el «pasaje» de la izquierda intelectual revolucionaria a la izquierda intelectual democrática. El «desplazamiento» ofrece así sentidos para pensar de un modo específicamente singular el «despliegue» del pliegue, esto es, para pensar una dimensión singular del carácter no homogéneo ni lineal del tiempo histórico en un contexto de transformaciones: la yuxtaposición de sentidos, los trabajos de recentramientos, la constitución de nuevos textos en base a los ya conocidos, la elaboración de lo reprimido, entre otras operaciones críticas.

supuso enteramente el abandono de una biblioteca teórica política, sino en buena medida un conjunto de operaciones críticas de relectura que liberaron -pero también clausuraron- sentidos antes insospechados para textos muchas veces ya bien leídos. La «veta societalista» de esta franja intelectual, pero también de la franja de intelectuales peronistas que formaron parte de *Controversia*, encontró en el exilio una oportunidad histórica para desplegarse sin las tensiones que suponían, en el caso de los socialistas, la necesidad de legitimar una vanguardia «en sentido fuerte» y, en el caso de los peronistas, un liderazgo tan contundente como el de Perón. El «societalismo», argumentaremos al final de esta investigación, constituyó el revés de la trama de la crítica a los autoritarismos, dentro de una argumentación que conferirá márgenes todavía más amplios de autonomía a lo que en *Pasado y Presente* se calibraba de manera relativa: la política.

Por este conjunto de razones podríamos decir que *Controversia* es el relevo<sup>69</sup> de *Pasado y Presente*, pero en un mundo histórico sin dialéctica y con la revolución como pasado -que aún como tal debía ser indagado.

---

<sup>69</sup> Desde Hegel, la categoría de «relevo» («Aufheben») es de crucial importancia filosófica. Para esta investigación, nos interesa particularmente el trabajo que Derrida (1994) realiza sobre esta categoría en «Los fines del hombre», al señalar la ambigüedad de este concepto: «relevar» como reencuentro de la esencia y la existencia, esto es, como «relevancia» en tanto manifestación de la «verdad de la verdad»; y «relevar» como desplazamiento, como el final de lo relevado y su absorción en una nueva figura de lo real. Sostener que *Controversia* es el «relevo» de *Pasado y Presente* en un mundo histórico «sin dialéctica» significa, entre otras cosas, que el problema a pensar en el exilio es la relevancia de lo desplazado y el desplazamiento de lo relevante, es decir, la Revolución como pasado.

## CAPÍTULO 2. DE LA “GUERRA DE MANIOBRAS” A LA “GUERRA DE POSICIONES”: LA CRÍTICA A LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

*Controversia* representó un punto de condensación destacado en la historia de la revisión crítica de la cultura política revolucionaria que hemos analizado en el capítulo anterior. Sus páginas pueden ser pensadas como un espacio de pasaje y redefinición de las filiaciones intelectuales y políticas dentro del heterogéneo exilio argentino en México. También como el terreno en el que tuvieron lugar un conjunto de polémicas que comenzaban a definir una nueva agenda política y cultural para las izquierdas argentinas. Analizar ambos aspectos es el objetivo principal de esta investigación.

Un aspecto destacado de esta revisión y gestación de una nueva agenda se organizó alrededor de la crítica de la teoría y praxis de las organizaciones revolucionarias, esas mismas a las que, según veíamos en el capítulo anterior, se les había confiado -no de modo ciego- un papel protagónico en la dirección política de «la larga marcha al socialismo». En este capítulo indagamos justamente esta revisión crítica del periplo de las organizaciones revolucionarias, que en *Controversia* se armó en base a la idea de que en Argentina la derrota militar del proyecto por ellas encarnadas estuvo conceptual y temporalmente antecedida por una derrota en el plano de lo político. En líneas generales, la crítica se centró no sólo en los usos de la «violencia popular» (la cual también fue objeto de críticas, varias de ellas severas), sino sobre todo en la incapacidad de las organizaciones revolucionarias de construir un proyecto político que se hiciera cargo del problema de la hegemonía. Este diagnóstico, que implicaba toda una reinterpretación de esta categoría, le permitió a la revista, aun con las diversas y en más de una ocasión contrastantes voces que participaron de este debate, plantear desde el exilio, una vez más en términos gramscianos, el comienzo de una nueva etapa para las izquierdas, signado por el pasaje de la «guerra de maniobras» a la «guerra de posiciones».

Argumentamos que estas críticas retoman algunas de las advertencias que ya asomaban como válidas para la coyuntura argentina de 1973, especialmente aquella que sostenía que la autonomización de las vanguardias respecto a sus bases populares conduciría a una derrota política irreversible. Estas críticas ocuparon en el exilio el eje de esta revisión crítica, pero con importantes transformaciones respecto a sus formulaciones previas. Por un lado, porque se generalizaron, de modo tal que si en 1973 tenían como principal destinatario a las

organizaciones revolucionarias marxistas, en el exilio, en cambio, la organización Montoneros resultó la principal destinataria de las mismas. Por otro lado, y más importante, porque estas críticas tuvieron lugar a partir de una reformulación de la idea misma de lo político, que al despojar de la idea de hegemonía sus «residuos» leninistas -o cierto modo de retraducción del leninismo- habilitó lo que en 1973 todavía resultaba imposible, esto es, descartar «a priori» la intervención de una vanguardia «en sentido fuerte» -en los términos en que analizamos esta situación en el capítulo anterior.

Para abordar estos problemas, reconstruimos brevemente al inicio del capítulo cómo llegaron los grupos intelectuales reunidos en *Controversia* a esta revisión crítica de la teoría y práctica de las organizaciones revolucionarias. Para ello, es necesario reconstruir cómo se vinculan estas críticas con las esbozadas por algunos de los integrantes de la revista antes de su creación, como así también ubicarlas sumariamente dentro de las objeciones que habían recibido las organizaciones revolucionarias incluso en el momento mismo de su apogeo. Luego, explicamos de qué modo se inscribió la revista en los espacios de sociabilidad de los exiliados argentinos en México, para mostrar cómo Montoneros, organización todavía activa en el exilio, se transformó allí en uno de los interlocutores polémicos privilegiados. Luego, en el núcleo de este capítulo, centramos nuestro análisis principalmente en las intervenciones de Sergio Caletti y Sergio Bufano que aparecen en los primeros números de *Controversia*. Lo hacemos por dos razones: por un lado, porque son lo suficientemente contundentes, especialmente la de Caletti, como para ordenar los términos en que se debatió el problema de la derrota de las organizaciones revolucionarias en la revista; por otro lado, porque ofrecen dos tipos de explicaciones diversas, incluso en contrapunto, para dar cuenta de la derrota del proyecto revolucionario: mientras en Caletti lo que explica esa derrota es una matriz conceptual que (por lo equivocada) anticipaba ineluctablemente ese trágico devenir, en Bufano el acento está colocado en una dinámica histórica que si al comienzo de la etapa de grandes movilizaciones colocaría a las organizaciones revolucionarias en el centro de la historia, hacia el final del proceso, en cambio, las ubicaría, sobre todo a partir del retorno de Perón, en una coyuntura que les resultaría imposible decodificar para retener al menos parte de la ascendencia que habían logrado inicialmente entre las masas. Presentadas estas dos perspectivas en contrapunto, haremos un recorrido por otras intervenciones que a su modo orbitaron entre esas posiciones, para finalmente extraer algunas conclusiones sobre este

recorrido, las cuales, en línea con el título del capítulo, dan cuenta de una transformación en la concepción de lo político, en el sentido de que, ya sin indicios de una situación «potencialmente revolucionaria», aún más, habiendo sido derrotado el proyecto revolucionario, la política comenzó a ser identificada con una interminable «guerra de posiciones» que ya no parecía reclamar maniobras militares de su brazo «vanguardista».

### **La derrota antes de la derrota**

En 2008 Nicolás Casullo incluyó en *Peronismo, militancia y crítica* una carta que nunca llegó a destino y que, según sus cálculos, habría sido escrita entre marzo y abril de 1974, poco tiempo antes de la muerte de Perón y a meses de iniciar el camino del exilio tras las amenazas recibidas por la triple AAA.<sup>70</sup> Su destinatario era Jarito Walker, jefe de redacción en aquel tiempo de *El Descamisado*, órgano de prensa de la Juventud Peronista que solía expresar los lineamientos más duros de la «Tendencia Revolucionaria» del peronismo.<sup>71</sup>

La carta, inconclusa, puede leerse como una réplica al documento montonero conocido en los ámbitos militantes como el «mamotreto» o la «biblia».<sup>72</sup> Allí, Firmenich responsabilizaba abiertamente a Perón de las políticas represivas de la que era objeto Montoneros -y otras organizaciones revolucionarias-, dando así por tierra a la «teoría del cerco»; comparaba la situación de la organización, cuyos objetivos revolucionarios, en opinión de Firmenich, se habían mantenido intactos a lo largo del tiempo, con el comportamiento de Perón, cuyo viraje hacia posiciones reaccionarias se había vuelto cada vez más evidente; y señalaba los límites de la política económica peronista, en tanto representante de una burguesía nacional cuyo poder económico era lo suficientemente endeble como para no ser subsumida por el imperialismo representado por el capital extranjero. Firmenich aceptaba que el Perón imaginado tiempo atrás por Montoneros no coincidía con el «Perón real» y éste sin dudas era

---

<sup>70</sup> Así describe Casullo cómo se encontró con esta carta: «Sumada a esta serie periodística se encuentra un hallazgo acontecido hace algunos años cuando revisaba libros viejos escondidos antes de exiliarme. En uno de ellos me topo con un fajo de hojas amarillentas dobladas en los [sic: ¿dos?], una carta inconclusa escrita a máquina con el estilo típico de una noche de insomnio y preocupación. Carta que nunca llegó a su receptor, Jarito Walker, compañero y en ese tiempo jefe de redacción de la revista *El descamisado*. La fecha la calculo entre marzo y abril de 1974. La causa de la carta fueron las divergencias con Jarito en cuanto a la política de Montoneros a partir de un documento interno que me llevó a un intento reflexivo» Casullo (2008: 46).

<sup>71</sup> Para un análisis de *El descamisado*, ver Sigal, S. y Verón, E. (1986) y Nadra, G. y Nadra, Y. (2011).

<sup>72</sup> La organización Montoneros hizo circular este documento en diciembre de 1973 para sus cuadros intermedios y de base. El documento recogía la versión transcrita de una charla que Mario Firmenich, referente central de la Conducción Nacional de Montoneros, había brindado en septiembre de aquel año para militantes de esta organización revolucionaria. El «mamotreto» puede leerse en Baschetti, Roberto (comp.) (1996: 260-311).

un obstáculo para encarar un proceso de «liberación nacional». Con todo, aunque las cartas parecían echadas y el enfrentamiento entre Montoneros y Perón quedaba así planteado en el plano ideológico, Firmenich reintroducía una dualidad al interior del movimiento peronista, al contrastar al «Perón real» con los significados revolucionarios que todavía le asignaba al peronismo entendido como la identidad política del movimiento de masas (y especialmente de la clase trabajadora). Por otra parte, Montoneros decidió no hacer público este documento (lo que no impidió que sea conocido por Perón), como si con ello hiciera uso de una reserva táctica orientada a diferir su cuestionamiento abierto a Perón, que finalmente ocurrió el primero de mayo de 1974.<sup>73</sup>

Este documento generó importantes controversias dentro de la militancia y los cuadros intermedios de Montoneros, y su circulación autorizada por su elenco dirigente fue señalada como uno de los principales motivos de ruptura con la organización por parte de algunos grupos, entre ellos los que crearían a la JP Lealtad.<sup>74</sup> Pero aún entre quienes permanecieron en Montoneros, y éste era el caso de Nicolás Casullo, el documento ofrecía indicios contundentes de una lectura equivocada, por parte de la Conducción Nacional de Montoneros, del tiempo histórico que estaba atravesando la Argentina y del papel que debía sumir en él una vanguardia revolucionaria. Ambos errores (en la conceptualización de la coyuntura y en la concepción del sujeto revolucionario), razonaba Casullo, no podían sino conducir a desvaríos estratégicos. De aquí que en la carta inédita e inconclusa a Jarito Walker Casullo reclamaba necesario

«Entender que esta es una etapa peronista y no esencialmente montonera. Lo que no significa desguarnecer posiciones sino fortificarlas con otros sentidos. Lo que no significa disolver estructuras sino desplegarlas con otra política revolucionaria. Lo que no significa entregar espacios de poder acumulados sino hacer otra política en el marco de una política nacional. Pensar de otra manera poder y espacio. Lo que no significa dejar de pensar como vanguardia revolucionaria, sino comenzar a pensar como vanguardia revolucionaria. Pensar una historia concreta. Complicada. Endureciéndose. Lo que significa pensar la perspectiva de nuestra identidad. Qué lugar en el concierto. Lo que significa algo que se está haciendo cada vez más arduo entre nosotros. Regresar a una herencia política popular. Guardar por un lapso importante el fusil. Oír a los frentes y sus argumentos. Dejar de creer que con ejercicios de tiro y con arme y desarme heredaremos al movimiento. Escuchar al que hace política. No al que piensa en pólvora. Responder con gente en las calles. No con operaciones comandos. Volver a ser los

---

<sup>73</sup> Para un análisis más detallado de este documento, ver Salcedo (2012).

<sup>74</sup> Para un análisis de la ruptura de la JP Lealtad con Montoneros, ver Garategaray (2012).

muchachos peronistas. Y menos soldaditos a la intemperie. En fin, regresar a las fuentes del movimiento» (Casullo: 2008, 94).

La carta de Casullo reunía varios de los motivos que luego organizaron la revisión crítica de las organizaciones revolucionarias que tuvo lugar en *Controversia*. De hecho, podemos leer a través suyo el nexo, pero también el hiato, que liga a las críticas a las organizaciones revolucionarias realizadas en el contexto mismo de su apogeo con aquellas que surgieron después de la derrota. En efecto, por un lado la carta retomaba una sustanciosa historia de objeciones, que reprochaban el «vanguardismo elitista e idealista» de las organizaciones revolucionarias, de manera tal que cuando Casullo reclamaba a Montoneros que «retorne a las fuentes del movimiento», su discurso no tenía nada extemporáneo.<sup>75</sup> Como hemos visto en el capítulo anterior, hacia esta dirección se orientaban también las reservas de *Pasado y Presente* respecto al «foquismo» o sus continuas advertencias, ya en su segunda etapa, sobre la necesidad de que la dirección política evite autonomizarse del movimiento de masas.

Pero, por otro lado, algunos fragmentos de la carta parecían requerir otro tiempo para volverse legibles. No solamente el pedido de desmontar la lógica militarista que había asumido la organización («escuchar al que hace política. No al que piensa en la pólvora») aparecía como un deseo desacoplado de la dinámica política en curso; también la mención misma a la necesidad de darse «otra política» dejaba entrever que la legibilidad de esta carta demandaba otro paradigma interpretativo que el hasta allí construido por las organizaciones revolucionarias. En este sentido, resulta significativo que, aún sin aceptarlo del todo, líneas más abajo Casullo presente en forma de duda lo que en el exilio se convertirá en una certeza: que al interior del «montoneroismo» resultaba imposible que pudiera surgir esa nueva política revolucionaria que demandaba el tiempo presente: «Oír al pueblo. Intervenir en lo posible en el gobierno. Resituarse nuestra relación con respecto al teorema líder-masas. ¿Es posible

---

<sup>75</sup> En el caso concreto de Montoneros, su historia también puede ser contada a partir de sus recurrentes escisiones, las cuales eran racionalizadas por los disidentes con motivos no tan distintos a los que plantea Casullo en esta carta. Una pieza sumamente elaborada en este sentido resultó el así conocido como «Documento Verde» (así llamado por el color de la primera copia), publicado en julio de 1972, que recoge discusiones en la cárcel de Resistencia (Chaco) que mantuvieron un grupo de montoneros radicados en Córdoba. Se trata de documento crítico del proceso de fusión entre las organizaciones que terminarían confluyendo en Montoneros y que dio lugar al surgimiento de la Columna Sabino Navarro. A diferencia de Casullo, que reclama «retornar a las fuentes del movimiento», este documento advierte sobre las idealizaciones de la clase trabajadora peronista proyectadas por las organizaciones revolucionarias, en un tono acorde con las premisas del «basismo». Pero en concordancia con la carta de Casullo, dedica largas páginas a los componentes que define como «foquistas», que habrían provocado ya tempranamente un predominio de la lógica militarista sobre la política de masas. Ver AAVV (2015: 541 y ss).

montonera esto? Sigo creyendo que sí. *Pero bastante menos que hace seis meses*» (Casullo, 2008: 95. Subrayado nuestro).

¿De dónde vendría entonces esa «otra política» en el caso de que no surgiera de las propias entrañas montoneras? Esta pregunta ni siquiera será del todo elucidada en el exilio, pero su punto de partida, que no era otro que el reconocimiento de la derrota del proyecto revolucionario, también estaba planteado en esta carta. En uno de los hilos conductores más nítidos que comunican a esta carta escrita en 1974 con las páginas de *Controversia*, Casullo esboza el núcleo de problemas que reunirá a «los reflexivos», el grupo de intelectuales peronistas en el exilio que formaron parte de *Controversia*:

«El fin de una historia política. La nuestra. Pero el fin de una historia entendida en su significado de derrota política inapelable. Y esto es lo que debe hacerse conciencia mínima. Lo que defecionó, leyendo realmente el documento [se refiere al «mamotreto»], es el sentido político de nuestra inscripción en el movimiento nacional. El porqué de montoneros. Y de toda la interpretación que se hizo en estos años sobre nuestra concepción revolucionaria. En el marco de una concepción estratégica. Por lo tanto se trata de entender lo que sucedió. Más allá de concordar o no con la caracterización del caudillo. El tema es que murió la nervadura política de la revolución pensada» (Casullo, 2008: 97).

Inédita e inconclusa en 1974, las razones que sostienen a esta carta encontraron en México mejores condiciones para resultar legible. En este sentido, *Controversia* puede ser pensada como el espacio insospechado -para el Casullo de 1974- donde resultó posible encontrar un destinatario para esa carta recién publicada en el año 2008.

Si estos escritos de Casullo anticipaban las preguntas que el grupo de intelectuales peronistas abordará en *Controversia*, los que Portantiero publicó en el exilio, pero antes de la creación de la revista, ofrecen en cambio un balance todavía más conclusivo del periplo de las organizaciones revolucionarias. Es por ello que también resultan significativos para calibrar cuál era el «suelo común» desde el cual se pensó en *Controversia* la crisis del proyecto revolucionario.

En efecto, en uno de sus primeros escritos editados en el exilio, Portantiero volvía sobre su análisis de la estructura de clases y dinámica política argentina entre 1955 y 1973, al publicar nuevamente, ahora en la *Revista Mexicana de Sociología*, uno de los artículos incluido en el primer número de la segunda etapa de *Pasado y Presente* que hemos analizado: «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual». La reedición de este artículo venía

acompañada de puntuales pero decisivas modificaciones, entre ellas el título mismo de la nota, renombrado como «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973» (Portantiero, 1977a: 531). Se trataba de un título más neutro y global que el de la versión original, y en el que ya no aparecía alusión a los sujetos fundamentales de la versión del artículo de *Pasado y Presente*, las clases sociales.

Sin embargo, la modificación más importante aparecía en el primer párrafo de la reedición de este artículo, donde Portantiero ya no se mostraba interesado en subrayar, como lo hacía en la versión publicada en 1973, la necesidad de desplegar un análisis materialista para comprender las relaciones de fuerzas activas en la coyuntura.<sup>76</sup> En cambio, la nueva introducción invitaba a una reflexión que pretendía ser la propia de un investigador que al conocer el desenlace de la crisis política argentina, estaba entonces en condiciones de extraer nuevas conclusiones en torno a la larga historia de la «crisis hegemónica» argentina. Decía Portantiero al inicio de su artículo rebautizado como «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973»:

«Una imagen de sentido común preside este trabajo: la convicción generalizada acerca de la carencia, desde hace tiempo, de un verdadero Orden Político en Argentina; la obvia certeza de la incapacidad que ostensiblemente muestran sus clases dominantes para construir alguna forma de dominación legítima sobre una sociedad progresiva y dramáticamente desarticulada en círculos de fuego. [...] Esta situación de "empate hegemónico", que ha dado lugar a la presencia de un Estado progresivamente aislado de la Sociedad (y en el período de Isabel Perón, virtualmente disuelto en la Sociedad) debe ser atribuida a razones que vayan más allá de lo cultural o de lo psicosocial. La inestabilidad crónica de la Argentina, su condición de sociedad "ingobernable", sólo podrá ser entendida a condición de penetrar más hondamente en el complejo de relaciones económicas, sociales y políticas que se va estructurando desde finales de la década de los cincuenta» (Portantiero: 1977a, 531).

Las transformaciones de sentido que provocaba este párrafo respecto a la versión de 1973 eran notorias. Si bien en ambas versiones Portantiero reproducía el mismo diagnóstico en torno a los dilemas políticos y sociales argentinos entre la caída de Perón y su retorno, el modo en que este pasaje se hacía eco de los profundos cambios en Argentina resignificaba la tesis del «empate hegemónico», puesto que si en la versión de 1973 su uso hacía referencia a una situación de abierta «crisis orgánica», en esta versión de 1977, en cambio, el «empate hegemónico» quedaba asociado con la idea de que el desenlace «catastrófico» había sido la

---

<sup>76</sup> Así lo admitía Portantiero en la versión de publicada en *Pasado y Presente*: «Estas notas forman parte de un intento de fundar, a partir del materialismo histórico, la relación específica que se plantea, en la Argentina actual, entre el desarrollo de las contradicciones en el nivel económico-social y en el nivel político-social» (Portantiero: 1973, 31):

deriva sino ineluctable, al menos previsible de la larga crisis argentina. Así, en la versión publicada en 1977 el «empate hegemónico» se transformaba en una situación de permanente «vacancia hegemónica», dentro de una dinámica histórica que a medida que se acercaba a su momento resolutorio resultaba compatible con una situación de descomposición social generalizada en la que el accionar del estado, lejos de ejercerse a distancia de la intensa conflictividad social desatada, quedaba diluido en ella (es justamente esto lo que advierte Portantiero cuando afirmaba que el propio estado, bajo el gobierno de Isabel Perón, había quedado «virtualmente disuelto en la sociedad»). De modo tal que, a la luz del desenlace de este proceso, el concepto de «empate hegemónico» resultaba intercambiable en la versión de 1977 con la idea de un «equilibrio catastrófico» y no, como en 1973, con la idea de una «situación revolucionaria».<sup>77</sup>

Ahora bien, si ya no existía una situación «potencialmente revolucionaria», cabía preguntarse qué papel habían jugado en la producción de este «equilibrio catastrófico» las vanguardias revolucionarias. La respuesta a esta pregunta no se la encuentra en «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973», sino en otro escrito publicado pocos meses antes de la edición del primer número de *Controversia*, titulado «De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués», en el que Portantiero dirime esta cuestión en líneas que no por escuetas dejan de ser contundentes, al afirmar que en el contexto de la larga crisis política y social argentina de la segunda mitad del siglo XX argentino, «ni el clasismo ni la guerrilla podían ser núcleos de agregación social, portadores de hegemonía, receptores políticos de las nuevas demandas sociales. Fueron otra cosa, reafirmando la citada frase de Gramsci: un aspecto de la disolución general de la sociedad». En sintonía con ello, en el capítulo<sup>78</sup> que le da nombre a *Los usos de Gramsci*, publicado en México en 1977, Portantiero retomaba algunos de los

---

<sup>77</sup> La imagen de una sociedad que marcha hacia su descomposición es retomada en el final del artículo, donde aparece (junto con el título y el inicio) otro de los cambios más importantes de esta reedición. Así concluye Portantiero su reflexión sobre el «empate catastrófico»: «Limitado por la permanencia de los parámetros del "poder compartido" en la economía y maniatado políticamente por la vastedad de compromisos dispares asumidos, Perón no podrá —pese a haberlo intentado al otorgarle el ministerio de Economía al representante más conspicuo de la burguesía urbana nacional— crear siquiera las condiciones mínimas para romper las bases sociales y políticas del "empate". Cuando muere, en julio de 1974, el proceso de deterioro general, sólo frenado por lo que quedaba de su inmensa autoridad, era algo más que una conjetura. Sometidas a partir de entonces a un acelerado proceso de polarización centrífuga, las fuerzas sociales lograrán vaciar finalmente al Estado de todo contenido. Como una pura sombra espectral, disuelto en las determinaciones fragmentadas de la Sociedad, se derrumbará lastimeramente en marzo de 1976» (Portantiero: 1977, 565).

<sup>78</sup> Inicialmente este capítulo fue publicado como prólogo a una antología de Gramsci editada por Siglo XXI. Y lo que es más importante para nuestro argumento, es que este capítulo fue escrito antes del exilio, en 1975, cuando todavía Portantiero estaba en Argentina. Ver Tortti y Chama (2006: 253).

tópicos de planteados por el grupo *Pasado y Presente* en «La larga marcha al socialismo en Argentina», sobre todo aquellos que postulaban una íntima unidad entre la construcción del socialismo y la producción de hegemonía, y que por ende relativizaban la idea de que la revolución consistía en tomar el «cielo» estatal «por asalto». <sup>79</sup> Pero lo hacía a través de reflexiones que pretendían reclamar para sí el estatuto de la teoría política, antes que el de orientar el sentido estratégico de una apuesta política específica, como era el caso en 1973. Sin alusión a las vanguardias, ni referencias a coyunturas históricas concretas -más allá de que se puede leer aquí la intención, sobre la cual volveremos al final de esta investigación, de elaborar a partir de Gramsci una reflexión política sobre las relaciones entre estado y sociedad en América Latina-, en los *Los usos de Gramsci* el trabajo con los conceptos se transformaba en el modo eminente de elaboración una derrota política. Por un lado, porque la producción de nuevas teorías sobre lo político suponía que las hasta allí transitadas estaban agotadas; por otro lado, porque justamente se invocaba a Gramsci para esta tarea, en su doble condición de teórico innovador de la tradición marxista y de combatiente derrotado. <sup>80</sup>

De este modo, sea con cartas desgarradas que por largo tiempo formaron parte de la historia íntima de una revolución cuyo destino, ya en 1974, se consideraba sombrío, como en el caso de Casullo; o sea con sentencias enunciadas en un tono inapelable desde la ciencia política o sociológica, como en el caso de Portantiero, los intelectuales que crearon a *Controversia* llegaban a la revista con un problema a pensar bastante delimitado: por qué el proyecto revolucionario, especialmente el de sus organizaciones guerrilleras, había sido derrotado. Para

---

<sup>79</sup> En efecto, Portantiero apelaba a Gramsci para pensar el poder a través de líneas de sentido que dialogaban con «La larga marcha al socialismo en Argentina». En efecto, Portantiero atribuía al marxista italiano buena parte de las ideas que el grupo Pasado y Presente auspiciaba para la dirección política del proceso revolucionario en 1973, como por ejemplo, la idea del «poder como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada y no como una institución que deber ser «tomada»; la organización partidaria como fracción interna de la clase y no como vanguardia externa a ella; la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas; el papel protagónico de las masas, de su cultura y de sus instituciones propias en el proceso de conquista del poder; el socialismo no como empresa de iluminados jacobinos sino como autogobierno del pueblo y, en fin, la revolución como un acontecimiento inscripto en el desarrollo de cada pueblo-nación [„,]» (Portantiero: 1977, 90). La diferencia sustancial, sin embargo, entre *Los usos de Gramsci* y «La larga marcha al socialismo», es que en el libro publicado en 1977 se descarta la intervención de una vanguardia «en sentido fuerte» en la historia.

<sup>80</sup> El acápite con que inicia el capítulo, una cita de Gramsci, es elocuente en este sentido: «Yo no hablo nunca del aspecto negativo de mi vida, en primer lugar porque no quiero ser compadecido: fui un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no por obligación sino porque lo han querido conscientemente» (Portantiero: 1977, 77). *Los usos de Gramsci* pueden ser leídos así como el tránsito hacia otras formas de combate, ligadas justamente con la «guerra de posiciones»: los debates sobre las ideas políticas, la lucha cultural.

analizar cómo se debatió este problema en la revista, es necesario reconstruir su inscripción en los espacios de sociabilidad del exilio argentino en México.

### **Controversia en la trama social, política y cultural del exilio argentino en México**

Para los intelectuales de *Controversia*, el mundo social, político y cultural de México en 1979 era bien distinto al de la Argentina de 1973-1976. Ciertamente, como en Argentina, el estado mexicano poseía marcados rasgos autoritarios: al momento en que la mayoría de los miembros del comité de redacción emigraron a México, esto es, en 1976,<sup>81</sup> ejercía su último año de gobierno como Presidente Luis Echeverría Álvarez, quien había sido identificado como uno de los máximos responsables políticos de la masacre de Tlatelolco; además, en aquellos años se desplegó en México una fuerte política represiva frente a las organizaciones estudiantiles<sup>82</sup> y revolucionarias (aún activas y de base rural), como la Liga 23 de septiembre.

<sup>83</sup> Sin embargo, si aceptamos la imagen de Portantiero para el caso argentino, según la cual el Estado (en vísperas del golpe militar) «se había disuelto en la sociedad», el tipo de autoritarismo del caso mexicano era de otra índole: se trataba de un poder represivo largamente institucionalizado en sede estatal, controlado férreamente por el partido de gobierno (el Partido Revolucionario Institucional) y que contaba con una extensa red orientada a neutralizar cualquier tipo de disidencia que pretendiera expresarse al interior del sistema político. Este autoritarismo podía convivir, sin embargo, con discursos que reivindicaban a América Latina como una referencia política de peso entre los «países no

---

<sup>81</sup> Desde luego, la diáspora de argentinos no comenzó en 1976, sino en 1974: de hecho Casullo, uno de los miembros de la revista, dejó el país en 1974 tras ser amenazado por la Triple A. Sin embargo, a partir de 1976 se produjo un cambio significativo en este proceso (correlativo a las transformaciones profundas en el aparato represor) por al menos tres razones: el volumen de la emigración, la continuidad en el tiempo (con una importante condensación entre 1976 y 1979, y una reactivación a partir de 1981 a causa de los efectos de la crisis económica en Argentina) y el hecho de que no se produjo de modo abrupto sino de manera constante pero a «cuentagotas», producto de su carácter no organizado, forzado y muchas veces no premeditado que asumieron las partidas de argentinos del país en este período. Estos tres elementos, junto con el hecho de que cubrió buena parte de la geografía mundial (aunque España y México fueron los principales receptores de los emigrados) distinguieron a estos exilios de otros precedentes en la historia argentina. Ver sobre este punto Yankelevich (2009) y Jensen (2010).

<sup>82</sup> En este sentido, cabe recordar a la «Matanza del Jueves de Corpus» (10 de junio de 1971), donde fueron asesinados por grupos paramilitares en la Ciudad de México centenares de estudiantes que en Ciudad de México apoyaban el movimiento de reformas impulsadas por el estudiantado en la Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey.

<sup>83</sup> La liga 23 de septiembre era una organización revolucionaria que se definía como «marxista leninista» y que logró reunir a varios grupos armados revolucionarios entre 1973 y 1980. Reivindicaba la lucha armada, se mostraba crítica con la actuación de los partidos tradicionales de la izquierda (a quienes acusaba de haber abandonado la lucha estudiantil que desembocó en la masacre de Tlatelolco) y postulaba al proletariado como el sujeto eminente de la revolución.

alineados» (dentro de la cual México reclamaba ejercer un liderazgo político) en el contexto del mundo polarizado de la Guerra Fría, o con la prolongación de una política hospitalaria con antecedentes de larga data para emigrados por razones políticas. De este modo, y siempre a condición de que se respetara el artículo 33 de la Constitución mexicana, que prohibía a exiliados o visitantes pronunciarse o intervenir en actividades políticas internas, los miembros de *Controversia* gozaron en este esquema político dual de ciertas libertades y garantías que ya no disponían en Argentina, de la cual habían partido luego de experimentar la prisión, sufrir amenazas o presentir que tarde o temprano serían víctimas del «poder desaparecedor».<sup>84</sup>

Como todos los exiliados argentinos, estos intelectuales tuvieron que rehacer enteramente sus vidas e iniciar un duelo que incluía la pérdida de esas sentidas referencias cotidianas que también suelen llamarse «patria» y la de compañeros e incluso familiares asesinados en Argentina por el aparato represivo. En este sentido, y aunque no fue presentada en esos términos, *Controversia* también fue parte de los «trabajos del duelo».<sup>85</sup> Entre las dimensiones biográficas a reconstruir estuvo lógicamente la laboral, y en este punto hay que decir que en México estos intelectuales consiguieron ingresos y sobre todo empleos estables que les permitieron desarrollar una actividad intensa en el campo universitario, editorial y periodístico.<sup>86</sup> A pesar de que ya comenzaban a vislumbrarse los primeros signos de la crisis del estado de bienestar (Aguilar: 2016), los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional

---

<sup>84</sup> Jorge Tula, director de *Controversia*, fue secuestrado en 1976 y permaneció desaparecido hasta que fue «legalizado» como preso político en la Unidad 7 de La Plata. Un año después, pudo exiliarse en México. Sergio Bufano logró escapar luego de su secuestro en julio de 1976, y en diciembre del mismo año emigró del país. Emilio de Ípola, colaborador asiduo de la revista, fue secuestrado en abril de 1976, y luego legalizado como preso político en las cárceles de Devoto y La Plata. Nicolás Casullo emigró del país en 1974, tras recibir amenazas de la Triple A. José Aricó se encontraba en México trabajando para la editorial Siglo XXI en el momento del golpe militar y decidió no volver a la Argentina. Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, Sergio Caletti y Héctor Schmucler y Carlos Ábalo emigraron de Argentina en 1976.

<sup>85</sup> En el primer editorial de la revista se insistía en pensar al exilio desde su «positividad», como un espacio de reflexión, balance y reconstitución de las identidades políticas que para ello debía impedir la asunción de una colocación melancólica de identificación con el objeto perdido. Si bien en algunas notas como la de Carlos Ulanovsky (1980) se presentaba la experiencia del exilio de un modo más bien idílico, las alusiones a las pérdidas, el sentido del destierro y la nostalgia asoman en distintas notas, pero sobre todo en el arte gráfico incluido en tapas e interiores de los distintos números, con muchas evocaciones tangueras.

<sup>86</sup> Juan Carlos Portantiero y José Aricó dictaron clases en FLACSO, que abrió una sede en México en 1975. Aricó fue también gerente de producción de Siglo XXI editores (México) y director de la colección Folios, fundada por Ricardo Nudelman, quien también fue gerente de Librerías Gandhi. Oscar Terán y Oscar del Barco (asiduo colaborador de *Controversia*) fueron docentes en la Universidad Autónoma de Puebla. Héctor Schmucler dictó clases en la Universidad Autónoma Metropolitana y en la Universidad Autónoma de México como Casullo, Caletti y Ábalo. Casullo fue jefe de redacción de la sección de internacionales del diario *El Universal* y escribió para *Unomásuno* y la revista *Proceso*. Sergio Bufano fue responsable de la sección latinoamericana de *Le Monde Diplomatique*, además de asesor de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de México.

destinaron cuantiosos recursos provenientes de la suba del precio del petróleo para la producción cultural pero especialmente para ampliar el sistema educativo universitario, dentro del cual varios de los miembros de la revista trabajaron como docentes e investigadores. De este modo, uno de los principales espacios de sociabilidad de los intelectuales reunidos en *Controversia* constituyó la vida cultural universitaria de México de fines de los años setenta, un espacio dinámico en el que podían surgir o consolidarse revistas académicas y de teoría política (muchas de ellas marxistas)<sup>87</sup> acompañadas por varios seminarios y congresos sobre estos temas;<sup>88</sup> que contó con visitas de distintos intelectuales de izquierda europeos (Perry Anderson, Étienne Balibar, Christine Buci Glucksmann); y que resultó un terreno adecuado para que prosperaran distintas iniciativas editoriales y periodísticas, para varias de las cuales fueron convocados estos intelectuales argentinos.<sup>89</sup> Se trataba, entonces, de un universo social marcadamente diferente al de la Argentina de 1976, e incluso al de la coyuntura nacional de 1973, esa misma que una revista como *Pasado y Presente* pretendió pensar. Pues si bien, como veremos a continuación, el campo exiliar argentino en México estuvo fuertemente politizado, el vínculo con esta politización estuvo mediado por debates que contaban con legitimidad y circulación en estos espacios intelectuales ligados con el campo académico.

Sin embargo, y con igual o mayor peso que estos circuitos, el «mundo de la vida» al interior del cual cobró significación una revista como *Controversia* fue el complejo, dinámico y polarizado exilio argentino en México. Como en otras partes del mundo, en México una importante proporción de emigrados argentinos se reagrupó en distintas asociaciones que terminaron confiriendo un principio de organización a un movimiento que en sus inicios lucía

---

<sup>87</sup> En estos años la *Revista Mexicana de Sociología* de la UNAM (fundada en 1939) se convirtió en una referencia de peso para los intelectuales latinoamericanos. En ella se publicaron diversos artículos sobre política y sociedad en el Cono Sur de Guillermo O'Donnell, Liliana de Riz, Atilio Borón, Juan Carlos Portantiero, entre otros. En el campo de las revistas de izquierda, se destacaron también *Cuadernos Políticos* (creada en 1974) de la editorial Era, en cuyo comité editorial estaba Carlos Pereyra, y en la que escribieron Ruy Marini, Bolívar Echeverría, Michal Löwy, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly; y la revista *Dialéctica* de la Universidad Autónoma Puebla (creada en 1976), dirigida por Gabriel Vagas Lozano, que contó con colaboraciones de Oscar del Barco, y resultó pionera en los debates en torno a la «crisis del marxismo».

<sup>88</sup> Por citar sólo algunos ejemplos, el Seminario de Sinaloa (1980) «Mariátegui y la revolución latinoamericana», el Seminario de Morelia (1980) «Hegemonía y alternativas políticas en América Latina» y el Seminario de Oaxaca (1981) «Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea».

<sup>89</sup> A través de sus auspicios, la propia superficie textual de la revista exhibió parte de esa red editorial. En efecto, en *Controversia* encontramos avisos publicitarios de Siglo XXI editores, Librería Gandhi, Folios, Ediciones de la Universidad de Puebla, Editorial Imagen y la editorial de la revista *Proceso*. En la mayoría de estos casos estos auspicios se ligaban con los lugares de trabajo de varios de sus miembros.

preponderantemente inorgánico.<sup>90</sup> La dinámica de estas asociaciones y la intensidad que adquirió la actividad política e intelectual desarrolladas en ellas constituyeron uno de los rasgos destacados del exilio argentino en México.

En efecto, además de distintos grupos de organismos de derechos humanos, también se forjaron otras asociaciones que oficiaron como espacios de debates que permitieron a los exiliados reconstruirse como sujetos políticos tras ser expulsados de su propia patria. El surgimiento de *Controversia* coincide con (y es imposible disociar de) estas asociaciones, cuyos objetivos, entre otros, eran discutir la política argentina, analizar la historia reciente del país e intervenir en la vida interna de las distintas instituciones que los exiliados estaban edificando en tierras mexicanas.

De hecho, la revista nació tras una iniciativa de Miguel Ángel Piccato, un reconocido radical que paradójicamente no terminó formando parte de *Controversia*, quien convocó a distintos sectores (que ya contaban, según veremos, con algún tipo de articulación interna forjada en el exilio) para discutir sobre la política argentina. Luego de algunas reuniones, se decidió editar la revista, en la que confluyeron dos grupos: parte de los «reflexivos», conformado por intelectuales peronistas como Casullo, Caletti, Schmucler, quienes meses antes del lanzamiento de *Controversia* habían creado con otros militantes de dicha extracción política la «Mesa peronista»;<sup>91</sup> y un colectivo de intelectuales socialistas (algunos con trayectoria en la producción de revistas, editoriales y libros) entre los que se contaban Aricó, Bufano, Portantiero, Nudelman, Tula y Terán. Este grupo, junto con otros intelectuales y militantes

---

<sup>90</sup> Según Silvina Jensen «un hecho que caracterizó al exilio argentino y marcó su particularidad respecto al exilio republicano español o incluso a exilios latinoamericanos como el chileno, fue su carácter desordenado, en el que ninguna fuerza política dio la orden de emprenderlo y, por tanto, respondió a la suma de decisiones individuales que se materializaron, especialmente, en los primeros años de la dictadura» (Jensen: 2007: 34). Esta afirmación es válida excepto para la cúpula de Montoneros, cuya salida del país fue producto de una decisión de la organización. Pero además hay que decir que dentro de un exilio compuesto predominantemente por profesionales, artistas perseguidos e intelectuales, buena parte de ellos integrados o con cercano vínculo con la prolifera militancia social, barrial, cultural o sindical desarrollada en Argentina entre fines de los sesenta y principios de los setenta, también se exiliaron un buen número de cuadros intermedios de las organizaciones revolucionarias. Puede conjeturarse que las experiencias de militancias previas contribuyeron a otorgarle dinamismo a los espacios asociativos del exilio, pero también hay evidencias de que en no pocos casos las identificaciones partidarias obstaculizaron acuerdos y provocaron rupturas en los exilios.

<sup>91</sup> Los “reflexivos” se constituyen como grupo en 1978: eran Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Jorge Bernetti, Miguel Talento, Adriana Puiggrós, Héctor Schmucler, Guillermo Greco, Jorge Todesca, etc. Este nombre tenía una connotación irónica: se los llamaba así porque se habían propuesto justamente «reflexionar» sobre la derrota del campo popular y particularmente del proyecto revolucionario, temas recurrentes de *Controversia*. Junto con grupos ligados al camporismo formaron la «Mesa Peronista», algunas de cuyas actividades se publicaron en *Controversia* (ver Bernetti y Giardinelli: 2003, 66).

socialistas, formaron casi simultáneamente al primer número de *Controversia* la «Mesa de Discusión Socialista».<sup>92</sup>

Pero hace falta precisar todavía más la colocación de *Controversia* en este complejo entramado. En efecto, la aparición de esta revista se inscribió activamente en las disputas políticas que tuvieron lugar en la emigración argentina en México, especialmente la que se organizó en torno a los distintos posicionamientos suscitados alrededor de las organizaciones revolucionarias. Estas disputas fueron de tal envergadura que se tradujeron en la creación de dos sedes de exiliados: la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentina (COSPA), conocida como la «Casa Argentina».<sup>93</sup> Si bien ambas sedes se proponían denunciar los crímenes de la última dictadura militar argentina (en sintonía y en colaboración con las asociaciones de derechos humanos) y realizar acciones de solidaridad dentro de la comunidad de exiliados, se distinguieron notoriamente entre sí respecto al modo en que concebían el vínculo entre el exilio y la política.

Una breve reseña histórica de cada sede puede facilitar la comprensión de estas diferencias. La Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) había sido fundada en 1975 y nucleaba a un grupo heterogéneo, desde el punto de vista de sus identidades políticas, de intelectuales, políticos y militantes (aunque este grupo era más homogéneo que COSPA respecto a su perfil social, ya que estaba mayoritariamente compuesto por «profesionales»). Esteban Righi y Noé Jitrik, quienes presidieron la institución, fueron los miembros fundadores que quedaron mejor identificados con esta sede, tras la pronta ruptura interna que dio lugar a la creación de COSPA.<sup>94</sup> A diferencia de esta última, la postura que primó en la CAS –no sin tensiones ni querellas internas– fue la de generar un espacio común que fuera capaz de reconocer las

---

<sup>92</sup> Este grupo de intelectuales socialistas estaba integrado por José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, Sergio Bufano, Ricardo Nudelman, Jorge Tula, Carlos Ábalo, Emilio de Ípola, Oscar Pedroso, Liliana de Riz, etc. Excepto de Riz, todos ellos fueron parte del comité de redacción o colaboraron con *Controversia*. La «Mesa de Discusión Socialista» la integraban también intelectuales y miembros del Partido Socialista Popular argentino y de la Confederación Socialista Argentina. Algunas de las actividades de estos grupos se publicitaron en *Controversia*. Ver S/A (1980f, 31) y Bernetti y Giardinelli (2003: 68-69).

<sup>93</sup> COSPA desarrolló una enorme actividad social: brindaba alojamiento, coordinaba la asignación de hospedaje, ayudaba a obtener la legalidad migratoria, organizaba peñas, brindaba contención psicológica a los emigrados y a sus hijos, creó una guardería que luego se transformaría en la «Casa del Niño». Denunció sistemáticamente a la dictadura nutriéndose, entre otras fuentes, de la información provista por ANCLA, la agencia de noticias ideada por Rodolfo Walsh. La CAS desarrolló en menor escala algunas de estas actividades sociales y elaboró un acabado Informe sobre la situación argentina donde denunciaba los crímenes de la dictadura.

<sup>94</sup> Rodolfo Puiggrós y César Calcagno, figuras fuertemente vinculadas con Montoneros, participaron en la creación del CAS, para luego fundar el COSPA. La ruptura interna se debió al intento de Montoneros de conducir el CAS, lo que fue rechazado por Righi y Jitrik (Yankelevich: 2009, 118).

identidades políticas de sus integrantes sin que ello implicara supeditar las acciones institucionales a las tradiciones ideológicas de sus miembros.<sup>95</sup> Esta política intentaba así congrega a distintos sectores del exilio, tanto a grupos considerados «independientes» como a sectores provenientes de socialismo o del peronismo, como también a aquellos que no habían tenido una vinculación orgánica con las organizaciones armadas revolucionarias o que se habían distanciado de las mismas. En realidad, a partir de este punto la CAS trazaba una línea divisoria, ya que esta sede buscaba diferenciarse de toda definición partidaria, pero especialmente de los grupos que en el exilio reivindicaban la lucha armada como una dimensión insoslayable de una lucha política contra la dictadura.

Éste era más bien el caso de COSPA, fundada un año después, en 1976. Se ha afirmado que la CAS era «el exilio argentino menos Montoneros», lo cual no es enteramente cierto, ya sea porque también la CAS contaba con miembros que, al menos formalmente, no habían hecho pública su ruptura con Montoneros (o porque a partir de la descomposición final de Montoneros entre 1980 y 1981 recibiría a muchos ex integrantes de esa organización), ya sea porque COSPA también nucleó a exiliados identificados con otras organizaciones revolucionarias, como sectores que habían estado ligados al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), al maoísmo o al trotskismo o, simplemente a independientes que participaban de las actividades sociales. Por otra parte, las fronteras entre una y otra institución resultaron dinámicas –aunque no borrosas–, a tal punto que mientras en los primeros años del exilio COSPA aglutinó largamente a la mayor cantidad de adherentes, el proceso terminaría revirtiéndose en pocos años, sobre todo a partir de 1980, cuando la mayoría de los exiliados se acercó a las posiciones que defendía la CAS. Con todo, si bien es cierto que COSPA no coincidía enteramente con Montoneros, su conducción respondía a esta organización: cabe recordar aquí que esta institución fue presidida sucesivas veces por Obregón Cano y dirigida por Rodolfo Puiggrós, destacado intelectual que en el exilio completó y radicalizó su

---

<sup>95</sup> La «Declaración de Principios de la CAS» intentaba expresar este difícil equilibrio entre el aseguramiento de la autonomía institucional y el reconocimiento de las identidades políticas de sus miembros: «La CAS es [...], un modesto aporte de argentinos que con independencia de sus filiaciones políticas partidarias o decisiones ideológicas están dispuestos a aunar esfuerzos hasta que el país supere la dramática situación que padece, ayudando además [...] a todos los que por cualquier circunstancia son víctimas de una represión que ha provocado en forma deliberada y sistemática la violación de los derechos humanos más elementales. La tarea común [...] no implica [...] abandonar [...] la adhesión que sus miembros mantienen a las distintas expresiones o partidos políticos argentinos: al contrario, supone como principio fundamental el respeto a la identidad política de todos los integrantes de la Comisión, al pluralismo irrestricto y a la democracia interna...». Ver la «Declaración de Principio de la CAS» aprobada por unanimidad el 13 de noviembre de 1976 (Bernetti y Giadinelli: 2003, 163).

compromiso político con la organización revolucionaria de raigambre peronista. Además, tanto Obregón Cano como Puiggrós formarían parte del Comité del Movimiento Peronista Montonero, creado en 1977. Asimismo, la gravitación de Montoneros sobre COSPA se vio estimulada por la presencia de la cúpula de la organización en tierras mexicanas, al menos hasta el año 1978, cuando se trasladaron a Cuba tras la denominada «Operación México».<sup>96</sup>

En este contexto polarizado, los integrantes del consejo de redacción de *Controversia* se referenciaron y participaron activamente en la CAS,<sup>97</sup> de modo tal que buena parte de las críticas a las organizaciones armadas revolucionarias planteadas en la revista estaban en sintonía con los principios ideológicos que orientaban a esta institución.<sup>98</sup> La proximidad entre *Controversia* y la CAS también puede apreciarse en la superficie textual de la revista, en la que pueden rastrearse noticias ligadas a la vida institucional de la CAS, sin que ocurriera lo mismo respecto a las actividades promovidas por COSPA. En definitiva, la afinidad entre *Controversia* y la CAS resulta indisimulable en el respetuoso, pero también inequívoco recordatorio ofrecido a la memoria de Rodolfo Puiggrós, figura representativa del COSPA, días después de su muerte:

«Un infarto al miocardio detuvo la vida de Rodolfo Puiggrós, el miércoles 12 de noviembre pasado [de 1980]. Los múltiples homenajes que sucedieron a su muerte subrayaron de modo preponderante su actuación en México –donde residía desde 1974– y su papel político en el marco del exilio argentino. *No es aventurado afirmar, sin embargo, que serán otros los tramos de la vida de Puiggrós, más largos y productivos, transcurridos en la patria, los que harán memorable su figura a nuevas generaciones de argentinos*» (S/A: 1980h, 3. Subrayado nuestro).

A pesar de estos puntos en común, sería inexacto afirmar que entre *Controversia* y CAS existía un vínculo «orgánico». En efecto, la revista no era una publicación de la Comisión

---

<sup>96</sup> La «Operación México» fue una misión fallida de grupos de inteligencia de la dictadura argentina que tenía el propósito de capturar en tierras aztecas a la cúpula de Montoneros. La operación fue desbaratada por la inteligencia mexicana y generó fuertes tensiones entre ambos gobiernos. Hay documentación desclasificada, películas y libros al respecto, quizás el más célebre sea el capítulo que Bonasso (1984) le dedica este episodio en *Recuerdos de la muerte*.

<sup>97</sup> De hecho, tanto el sector peronista como el socialista de *Controversia* armaron distintas listas (no llegaron en ninguna ocasión a acordar una lista común, aunque lo intentaron) para disputar a partir de 1980 los cargos directivos de la CAS en elecciones abiertas, aunque caerían sucesivamente derrotados por el sector denominado «independiente», liderado por Righi y Jitrik.

<sup>98</sup> Un testimonio interesante al respecto es el de Casullo, cuando sostiene que «en 1976 me desvinculo del comité de solidaridad montonero [en alusión a COSPA] y con unos cien compañeros fundamos CAS, la Comisión de Solidaridad, mucho más abierta, democrática y crítica a los vanguardismos armados de la historia reciente». En rigor, CAS ya existía desde 1975, aunque recién inauguró su sede física en 1977 (Casullo: 2004, 115).

Argentina de Solidaridad sino el resultado de la confluencia entre dos grupos intelectuales referenciados en esta institución, pero que habían decidido encarar un proyecto editorial con el objetivo específico de ejercer una reflexión crítica que apuntaba a revisar las propias trayectorias políticas e ideológicas, las mismas que años atrás había provocado la simpatía, la adhesión o incluso la participación activa de algunos de los integrantes de la revista en las organizaciones políticas revolucionarias. En síntesis, *Controversia* no fue la revista orgánica de CAS pero, en sintonía con esta institución, delimitó como interlocutor polémico a las organizaciones revolucionarias, y al hacerlo, resultó una expresión acabada de la fractura del exilio argentino en México. Veamos a continuación, entonces, cómo quedó delimitado ese interlocutor polémico en el título mismo del primer editorial: «discutir la derrota».

### **Discutir la derrota**

A diferencia de otras publicaciones u órganos de prensa argentinos en el exilio, que predominantemente concebían a las revistas como expresiones partidarias, o como canales de denuncia de los crímenes de la dictadura, *Controversia* prometía en cambio en su primer editorial ejercer una «severa pero lúcida» reflexión sobre la experiencia argentina reciente. Se trataba, entonces, de un revista destinada al debate y la polémica, y para ello contorneaba un «nosotros» que incluía a quienes, a tres años del golpe de estado en Argentina, creían que ya había llegado la hora de revisar críticamente las tradiciones políticas a las que pertenecían, para iniciar una renovación en el terreno de las ideas que incidiera en la «modelación» de una nueva sociedad:

«Educados muchos de nosotros en una izquierda dogmática y de discutible suerte y eficacia en la historia de nuestro país, provenientes otros de un movimiento popular en cuyas estructuras reinaba el autoritarismo, instalados todos lejos de la patria, nos (sic) resultará difícil comprender la necesidad de prácticas distintas, en las que, de una vez por todas, empecemos a prefigurar, con nuestros actos, la sociedad que, afirmamos, queremos construir» (S/A: 1979a, 2).

La izquierda, por dogmática, y el peronismo, por autoritario, resultaban así aludidos como las dos tradiciones ideológicas que aunque permanecían como referencias identitarias de los miembros de la revista, debían ser sometidas a crítica. De este modo, ese «nosotros» se recortaba a partir de la disposición al gesto autocrítico, pero también por medio de la delimitación de un interlocutor polémico que al entender del comité de redacción justamente no estaba dispuesto a revisar su propia historia: las organizaciones revolucionarias.

Esta definición de un interlocutor polémico tenía lugar en un contexto específico, en el que ya había hecho su ingreso a la historia la decisión de Montoneros de lanzar el controvertido plan bautizado con el nombre de «contraofensiva estratégica»<sup>99</sup> y desarrollado en dos etapas entre 1979 y 1980.<sup>100</sup> Este plan incluyó acciones militares (a cargo de las «Tropas Especiales de Infantería» lideradas por Mendizábal), como los atentados al equipo económico de Martínez de Hoz (Walter Klein en septiembre de 1979 y Juan Alemann en noviembre de 1979)<sup>101</sup> pero sobre todo se proponía actuar (a través de las «Tropas Especiales de Agitación» a cargo de Yaguer) como detonante y acelerador de lo que la conducción montonera entrevía como un momento de ascenso de la resistencia popular, tanto en el país a raíz de la primera huelga general contra la dictadura lanzada por la «Comisión de los 25», como también en el continente americano, a partir de triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua, e incluso en el mundo, con la Revolución Iraní.<sup>102</sup>

Además de arrojar trágicas consecuencias para Montoneros, con el asesinato de casi la totalidad de los militantes y oficiales comprometidos en la operación, estas acciones generaron fracturas internas en la organización<sup>103</sup> y provocaron diversos rechazos, lo que instaló un debate (que sin embargo la mayoría de la veces no cobró dimensión pública) que ya no dejaría de adquirir un lugar de peso en las discusiones políticas de los exiliados.

---

<sup>99</sup> Sobre la «Contraofensiva Estratégica» ver, entre otros, Larraquy (2006), Zucker (2010) y Otero (2020).

<sup>100</sup> Así explicaba sus objetivos globales Horacio Mendizábal, quien ocupaba un lugar en la conducción nacional de Montoneros y sería asesinado en el marco de la «contraofensiva»: «Nuestras fuerzas comienzan a desarrollar una Campaña de Preparación de Contraofensiva Estratégica [...]. El objetivo no consistirá en continuar hostigando febrilmente al enemigo sino poner todo el esfuerzo en alistarnos para estar en condiciones para sostener con nuestras armas la contraofensiva popular, cuya meta ya no es frenar la Dictadura sino desalojarla de sus posiciones avanzando sobre ella» (Mendizábal: 1978, 5). Mendizábal fue desaparecido por los militares argentinos en noviembre de 1979.

<sup>101</sup> También Montoneros atentó contra Francisco Soldati, Presidente de la Compañía Italo-Argentina en noviembre de 1979.

<sup>102</sup> Se leía en el editorial de agosto de 1979 de *Evita Montonera*, una de las publicaciones en el exilio de esta organización: «En el mismo año en que nosotros iniciamos la contraofensiva popular nuestros hermanos nicaragüenses, bajo la conducción estratégica del Frente Sandinista de Liberación Nacional, finalizaban su ofensiva insurreccional contra la dictadura ya legendaria y aparentemente inamovible de la familia Somoza. En este mismo año se produjo la insurrección iraní que acabó completamente con la dinastía imperial de los Palevi. (...) Hay una razón de fondo que explica las actuales revoluciones populares en diversas partes del mundo: la crisis mundial del imperialismo lo pone en una situación de debilidad relativa en la que ya no puede, como lo hacía hace algunas décadas, intervenir militarmente como gran gendarme» (S/A: 1979d, 3-4).

<sup>103</sup> Como veremos más adelante en esta investigación, la primera gran fractura interna que sufrió la organización Montoneros en el marco de la «contraofensiva» es la que involucró a aproximadamente 50 militantes y oficiales de la organización, quienes en febrero de 1979, bajo el liderazgo de Juan Gelman y Rodolfo Galimberti, publicaron un documento crítico para justificar su ruptura y fundar el movimiento del «montonismo auténtico».

*Controversia* se hizo eco de estas polémicas, para sentenciar, en el primer editorial de la revista, que el proyecto revolucionario en Argentina estaba derrotado:

«[...] muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no sólo es consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas por ahora derrotadas será imposible [...] si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad» (S/A: 1979a, 2).

Varios aspectos tornaban polémico a este editorial. Por empezar, *Controversia* asumía, a modo de premisa programática, el reconocimiento de la derrota del proyecto revolucionario, algo que no sólo carecía de una aceptación unánime sino también apenas comenzaba a ser planteado en los exilios argentinos en el mundo.<sup>104</sup> Si bien sobaban indicios del cierre del ciclo de rebeliones y protestas populares en Sudamérica, este editorial parecía esquivar o relativizar fenómenos como la revolución sandinista, que tornaban por lo menos discutible la conclusión de que en el continente americano estaba extinguida la búsqueda de un movimiento socialista capaz de interpretar en términos revolucionarios a una «voluntad nacional y popular». Por otra parte, aun cuando este diagnóstico estaba en sintonía con otros escenarios políticos mundiales (donde la democracia representativa liberal comenzaba a estimarse como un bien político al ritmo de la crisis del marxismo, el ascenso del neoliberalismo, y un incipiente pero generalizado cuestionamiento a los estados de bienestar),

---

<sup>104</sup> Una prueba de la novedad que venía a ofrecer *Controversia* es la carta recibida por Carlos Aznárez, quien había formado parte de la experiencia de ANCLA con Rodolfo Walsh y que hacia 1980 era editor de *Resumen de Actualidad Argentina*, el órgano de prensa del «Club para la Recuperación Democrática» de Madrid. En la carta (publicada en el quinto número de *Controversia*) Aznárez decía que: «[...] en general, comparto plenamente el editorial [en referencia al editorial del nro. 1] y que la revista tiene fuerza. Con respecto a los materiales, es evidente que son para polemizar y eso ya es positivo dentro de tanta mediocridad y puterío existentes en este exilio. Yo estoy trabajando con otros compañeros en esto que denominamos Club para la Recuperación Democrática Argentina y que no es otra cosa que un club político de discusión y elaboración. Lo conforman gente de casi todas las tendencias (ex montos, ex perros, radicales, peronistas, ex PC críticos, socialcristianos, socialistas, etc.) pero a nivel personal y no partidario. Pensamos que el exilio hay que aprovecharlo para trabajar sobre los errores y tratar de enterrar para siempre el sectarismo, el corto plazo y las posiciones elitistas que nos aíslan del pueblo» (Aznárez: 1980, 31). Sin embargo, la revista que más avanzó en España en la revisión de la experiencia argentina reciente fue *Testimonio Latinoamericano*, editada por un grupo de exiliados argentinos en Barcelona entre 1980 y 1983, codirigida por Álvaro Abós (hasta el nro. 15), Hugo Chumbita y Jorge Bragulat. La derrota, el exilio, la democracia y un especial interés por las luchas internas al interior del peronismo fueron algunos de sus temas más recurrentes. Ver Jensen (2007, 182 y ss.).

en el exilio argentino en México esta toma de posición generó rechazos, al punto que un importante sector del mismo tildó a *Controversia* como una revista «derrotista».<sup>105</sup>

Sin embargo, todavía más polémica resultaba la explicación de la derrota que subyacía en estas breves pero contundentes líneas. Pues se afirmaba -y ello era válido no sólo para una organización en particular sino para todo el campo revolucionario- que la derrota de las fuerzas revolucionarias había obedecido en Argentina no sólo a la brutal represión organizada estatalmente por los militares sino -y sobre todo- a la índole misma del proyecto político-militar que esas organizaciones habían encarado. Pero como esta derrota guardaba relación con un paradigma o un modo de concebir lo político, se volvía entonces necesario revisar las matrices teóricas subyacentes a este proyecto político, las cuales también, según este razonamiento, habían causado su derrota política y militar.

Así planteado, este argumento confería una importante autorización a la intervención intelectual, cuya tarea quedaba ahora asociada con la de discernir las razones de esta derrota teórico-política, para poder avizorar nuevos rumbos para la izquierda. Lo cual suponía redefinir el papel de los intelectuales en el exilio, que ya no podía ser el de producir la teoría de la revolución, como en *Pasado y Presente*, sino más bien la crítica de dicha teoría. De esta manera, la revista se convirtió en una de las primeras expresiones articuladas que puso de manifiesto que el horizonte ideológico de la «nueva izquierda nacional» surgida a fines de los años cincuenta argentinos estaba en crisis; al hacerlo, reclamaba ser reconocida como el espacio crítico adecuado de tramitación de la misma.

### **¿Gramsci sin Lenin? La crítica al “foquismo” en *Controversia***

Ahora bien: ¿quiénes específicamente y por qué razones habían sido «derrotados»? Si bien en el primer editorial se anunciaba que el alcance de la derrota era global (incluyendo al «nosotros» que conformaba a la revista), lo cierto es que los artículos de *Controversia* colocaron el eje de su análisis en las organizaciones armadas revolucionarias. Ahora bien: ¿por qué de la derrota de las organizaciones armadas revolucionarias se podía inferir la del entero campo revolucionario? Esta conclusión, que no era obvia, se desprendía de una

---

<sup>105</sup> En este sentido, los comentarios que le merecían a Rodolfo Puiggrós el primer editorial de *Controversia* son elocuentes: «en *Controversia* se habla de la derrota. El revolucionario sabe de la derrota pero confía en la victoria. Esta gente habla de la derrota definitiva. Nosotros no podemos conciliar con esa gente. [...] Un verdadero revolucionario espera aunque sea necesario cincuenta años». Ver «Plenario de activista del COSPA» en Acha: 2006, 282).

premisa (que puede detectarse en diversos artículos) que ubicaba a las organizaciones político-militares como el punto de condensación de todos actores que buscaron plantear una alternativa revolucionaria para el orden político y social vigente en Argentina en los años setenta. Sin embargo, sería Sergio Caletti quien en «Los marxismos que supimos conseguir» y en «La revolución del voluntarismo» resumiría mejor esta idea, al afirmar que «la guerrilla comprometió en y con su desarrollo a toda la izquierda del país, a la que compartía sus métodos y a la que los criticaba, y signó, con sus éxitos y sus fracasos, a una entera generación militante» (Caletti: 1979a, 18). Ahora bien, lo que permitía establecer esta amalgama era otra premisa no menos polémica, que sostenía que las guerrillas expresaron radicalmente una matriz de pensamiento –en realidad, una teoría de la revolución- común a todo el campo revolucionario, el «foquismo»:

«El parentesco del foquismo con el resto de la izquierda radical, como ya se insinuó, tiene un solo y gigantesco punto de ruptura: el controvertido método de la lucha armada. Por lo demás, este parentesco es tan amplio que permite, en más de un caso, conceptualizar a organizaciones radicales no guerrilleras como *focos desarmados*» (Caletti: 1979a, 18).

La homologación entre las guerrillas con el entero campo revolucionario, que entre otras cosas conducía a una conceptualización que no podía escapar al oxímoron (al afirmar, por ejemplo, que existieron «focos desarmados»), dejaba ver sin embargo que el uso de la «violencia revolucionaria» no era el punto central o al menos el único componente de las críticas a las organizaciones armadas revolucionarias, sino que el núcleo de la misma apuntaba a las matrices teórico-políticas –vgr., el «foquismo»- que habían legitimado esta específica «violencia revolucionaria». A la vez, la identificación de las organizaciones con todo el campo revolucionario configuraría una representación de largo alcance: la que establecía que la década del setenta no produjo otras politicidades contrahegemónicas históricamente relevantes que las que encarnaron dichas organizaciones. Así, la guerrilla quedaba ubicada en el centro del análisis histórico y político de los años setenta.

Ahora bien: ¿por qué el «foquismo» explicaba la derrota política de las organizaciones revolucionarias? Básicamente porque dicha teoría, según Caletti, consistía en una poco feliz extrapolación del «vanguardismo leninista» a ciertas condiciones históricas y políticas latinoamericanas sobre la base de un doble equívoco: por un lado, y con respecto al enemigo a combatir, el equívoco de una lectura «instrumentalista» del Estado; por otro lado, y respecto a

la política que finalmente se dieron las organizaciones revolucionarias con las masas, el equívoco de una construcción elitista, vanguardista, militarista e incluso terrorista. Este «doble equívoco» poseía a su vez una raíz común: el olvido de que la revolución demandaba tareas esencialmente políticas, entendida esta última como la producción de la hegemonía. Analicemos entonces de manera más detenida este argumento.

Según Caletti, las organizaciones político-militares se habrían alejado de la concepción esbozada por Marx que caracterizaba al «estado burgués» como el sostén jurídico que administra, legitima y preserva sobre el resto de las clases la dominación que la burguesía detenta en la economía. Esta concepción marxiana, que le reconoce al estado un papel activo en la mediatización y resolución en términos clasistas de la conflictividad social, fue abandonada por aquellas teorías «instrumentalistas» del estado que, siguiendo al Lenin de *El estado y la revolución*, inspiraron al «foquismo». De aquí que, para el «foquismo», todo estado es un «estado colonial», tomando como base para definir las características de este estado al que Lenin conceptualizó como «estado zarista» en aquel texto clásico: un poderoso instrumento de dominación caracterizado por la *represión*, la *administración* y el *control* de la población. Esta identificación entre el «estado zarista» y el «estado colonial», a su vez, habría resultado persuasiva para toda una generación política militante por la mediación de las teorías tercermundistas de gran circulación en los años sesenta y setenta, esas mismas que advertían sobre el carácter en algunos casos colonial, en otros semi colonial, de las naciones suramericanas. En síntesis, la enemistad con el Estado desde la perspectiva «foquista» quedaba definida según Caletti en estos términos:

«El Estado aparece como una instancia *sobrepuesta* al conjunto de la sociedad y a sus sectores mayoritarios, *esencialmente ajenos a ellos* y a las expresiones de la vida social y política propias de la nación como cultura. Por su propio carácter clasista, el estado no mediatiza las relaciones sociales y políticas *con y de* los oprimidos, a los que excluye de toda participación sustantiva, convirtiéndolos en ciudadanos de segunda. Contrariamente a una mediatización, el estado parecería establecer un antagonismo con el cuerpo social de las clases explotadas, con su historia, su cultura y sus formas orgánicas primarias. Casi, un antagonismo con la nación» (Caletti: 1979a, 18-19).

Ahora bien, con la misma lógica por la cual se identificaba al estado burgués con un aparato militar, desconociendo su capacidad de producir políticamente un esquema de dominación social, las organizaciones «foquistas» habrían priorizado la acumulación de poder militar

sobre la necesidad de mediatizar y organizar políticamente a un conjunto de fuerzas sociales subalternas, ya que si la naturaleza del poder enemigo residía en su carácter esencialmente militar, entonces la forma más eficaz de combatirlo debía producirse principalmente en este terreno. De este modo, el «militarismo» aparecía para Caletti como un rasgo central y conceptualmente necesario del proyecto guerrillero, ya que las organizaciones «foquistas» no habrían alcanzado a cuestionar (sino simplemente a invertir su carga valorativa) los términos en que el «enemigo» delimitaba los antagonismos políticos y sociales decisivos. Así,

«Frente a un Ejército de ocupación, un ejército popular. Frente a la ocupación política del país por parte del enemigo, zonas liberadas. Frente a la autoridad de los gobiernos irrepresentativos, la autoridad de los dirigentes revolucionarios. Frente a las normas y sanciones inventadas, las normas y sanciones revolucionarias. Frente a la liturgia del sistema, la liturgia de la conciencia revolucionaria. Si el estado es un aparato, el problema de lo político se reduce a un problema de ‘aparatos’» (Caletti: 1979a, 19).

Sin advertir que el argumento por el cual explicaba que el «militarismo» era consustancial al foquismo colisionaba con la idea misma de «focos desarmados», Caletti daba un paso más para sostener que dicho «militarismo» se nutría también de una concepción «vanguardista» del poder popular. Y así como la relación entre Estado y sociedad era concebida por las organizaciones «foquistas» en términos «mecanicistas» –por lo cual estas organizaciones razonaban que el poder «estatal-colonial» podía y debía ser demolido por un ejército popular-, del mismo modo era pensado el vínculo entre el «sujeto revolucionario» (la vanguardia) y la «clase revolucionaria» (las masas): como una relación de exterioridad. Por esta vía, Caletti sostenía que las guerrillas operaron una traducción literal de la teoría de la organización revolucionaria leninista, asignando al «foco» el atributo que Lenin confería en el *¿Qué hacer?* al Partido Revolucionario: el de constituirse en el momento de la expresión de la conciencia, la verdad y la teoría revolucionaria.

«Este conjunto de alertas impuso una particular reformulación del concepto leninista de partido. El foco es, en su esencia, aquel destacamento avanzado: una organización de revolucionarios profesionales, portadora de la teoría correcta, y que, gracias a ello, puede erigirse en dirección política de los explotados, introduciendo en ellos la conciencia de sus necesidades, sus intereses, su papel histórico, y encabezando su enfrentamiento con el estado burgués hasta su destrucción» (Caletti: 1979b, 8).

De esta manera, en el planteo «foquista» las masas eran un momento determinado y las vanguardias, en cambio, un momento determinante del proceso revolucionario. Según Caletti, ello no podía sino conducir a la escisión entre vanguardias y pueblo y a la consolidación de la

disociación burguesa entre trabajo intelectual y trabajo manual. Asimismo, de esta «escisión» se desprendían tres rasgos con graves efectos: la práctica se convertía en un momento subsidiario de la teoría, la producción de la ideología quedaba reservada a las vanguardias y la autoridad de los dirigentes se constituía en el único criterio de verdad.

De manera que, con el pasaje de Lenin a Guevara, el «foquismo» reabsorbía y potenciaba los rasgos «elitistas» del «vanguardismo leninista», quedando de este modo configuradas las condiciones de lo que Caletti denomina la «revolución del voluntarismo», caracterizada por el «reemplazo de la realidad por la idea», que más temprano que tarde se convertiría en el reemplazo de la «idea por el acto» en el momento mismo en que estas ideas fueran atravesadas por la alta valoración que las organizaciones «foquistas» conferían a la eficacia de la «acción directa revolucionaria». Así, en el cruce entre militarismo y vanguardismo elitista, Caletti acusaba a las organizaciones revolucionarias de haber transformado la «violencia revolucionaria» en «violencia terrorista»:

«El partido armado cultiva los signos del poder interno y se fascina ambivalentemente ante el poder consagrado en y por el sistema: es en lo establecido donde va a buscar las legitimaciones finales de su propia condición protagónica: los grandes titulares de prensa, el prestigio de las figuras que colaboran. Es en lo establecido donde se encuentran los modelos para sí mismo: insignias de mando, rituales de obediencia, grados militares y protocolos. Aquel viejo voluntarismo de las izquierdas utopistas se travistió en terrorismo. El elitismo intelectual, en heroísmo por la fuerza. La impotencia, en un problema técnico. Aquel romanticismo, en eficiencia tecnocrática» (Caletti: 1979b, 9).

De este modo, para Caletti el «foquismo» era una versión «mecanicista» (ya que concebía el vínculo entre estado y sociedad y entre vanguardia y masas según una relación de exterioridad) e idealista (porque reemplazaba a la realidad por la idea) del marxismo, cuya traducción del leninismo a las condiciones históricas del continente implicó una concepción de la revolución que dio lugar a un tipo de «partido armado» de corte elitista y vanguardista, para finalmente desembocar en proceder de una organización terrorista, producto en definitiva de un militarismo que suponía la anulación de la política entendida como «construcción de hegemonía» en al menos tres dimensiones: (a) la hegemonía entendida como el modo en que el Estado burgués produce políticamente la dominación social, combinando coerción y consenso; (b) la hegemonía como articulación de las fuerzas subalternas por parte del «sujeto revolucionario» y (c) la hegemonía entendida como proceso político de

constitución de las clases subalternas en clases dirigentes, es decir, la hegemonía como construcción política desde las clases populares hacia el resto de la sociedad.<sup>106</sup>

En síntesis, para Caletti el «foquismo» era un leninismo mal traducido a la realidad suramericana, cuyo error fundamental consistió en desconocer las eminentes tareas políticas que Gramsci asignaba al príncipe. Tan distante en otros aspectos de las ideas defendidas por Portantiero -de hecho, «Los marxismos que supimos conseguir», el primero de los artículos de Caletti sobre las organizaciones revolucionarias, evocaba ya desde su título las críticas de las «cátedras nacionales» a las «cátedras marxistas» a inicios de los años setenta-<sup>107</sup> su lectura del periplo de la guerrilla en Argentina resultaba compatible con el núcleo de la tesis de *Los usos de Gramsci* (Portantiero: 1977b), a saber: que en la lucha por la transformación social, la izquierda debía privilegiar la «guerra de posiciones» por sobre la «guerra de maniobras».<sup>108</sup> De aquí que a partir de esta relectura de la teoría gramsciana de la hegemonía Caletti pudiera trazar una serie de distinciones que ofrecía una idea cabal de la nueva política imaginada por esta izquierda en el exilio: frente al «militarismo» foquista, la reivindicación de la política; frente al «vanguardismo» de las organizaciones revolucionarias, la necesidad de producir poder popular; frente a la concepción instrumentalista del estado, una mirada atenta a su papel

---

<sup>106</sup> Caletti resume estas tres dimensiones de este modo: «Sus dirigentes [de las vanguardias] despreciaron muchas veces la construcción de la hegemonía social construida en y desde el estado por las clases dominantes. Era lógico que, del mismo modo, no se preocupasen por la construcción de la propia hegemonía entre los sectores populares (hegemonía, no conquista de simpatías ni control de otros aparatos) y, menos aún, por la construcción de la hegemonía de las clases populares por sobre la sociedad política como totalidad» (Caletti: 1979a, 19).

<sup>107</sup> Las «cátedras nacionales» se desarrollaron entre 1967 y 1972, contó con un conjunto de intelectuales que terminaron confluyendo en el peronismo revolucionario (y algunos de ellos, como Carri, en las organizaciones guerrilleras), como Alcira Argumedo (colaboradora de *Controversia*), Roberto Carri, Horacio González, entre otras/os. Además de la renovación bibliográfica, donde recuperaron las voces de ensayo nacional y popular, renovaron las prácticas universitarias en múltiples sentidos. Sus posiciones pueden seguirse a través de dos revistas, *Antropología 3er Mundo* y *Envido*, aunque especialmente a través de la primera. Hacia 1971, Portantiero quedó asociado con las «cátedras marxistas», al ganar los concursos de Sociología Sistemática e Introducción a la Sociología, relegando a Carri. Para el origen de las «cátedras nacionales» y las polémicas con las «cátedras marxistas», ver Burgos (2004).

<sup>108</sup> Lo veremos mejor hacia el final de esta investigación, pero en este punto reside la coincidencia política fundamental de este grupo de exiliados: interpretar a Gramsci como el teórico de la «guerra de posiciones» que entendía que las condiciones políticas de Occidente suponían una complejización de la premisa marxista (propia de *El manifiesto comunista*) que equiparaba desarrollo de fuerzas productivas con aceleración de contradicciones sociales. A la inversa, Gramsci razona con un concepto de sociedad civil más rico, que excede al aparato productivo, y cuyo despliegue histórico dificulta la estrategia revolucionaria de la toma del poder, al modo de la «guerra de maniobras». Empero, esta lectura no es autoevidente, pues en Gramsci las distintas formas de la lucha política resultan dinámicas, no necesariamente contrapuestas, aunque en líneas globales retiene la premisa de la preponderancia de la política, pues si bien toda política tiene «sustrato militar», es siempre la política la que genera las condiciones para la «maniobra». Ver los clásicos «Lucha política y guerra militar» y «guerra de posición y guerra de maniobra o frontal» en Gramsci (1977: 333-340).

en tanto mediador de la dominación social; ante el verticalismo del «partido de cuadros», las relaciones horizontales del sujeto revolucionario con sus bases sociales; y frente al tándem Lenin-Guevara, la figura de Gramsci leído como teórico del consenso y no sólo de la dominación. Y frente al terrorismo –de estado y de la guerrilla, aunque esta última atribución para cualificar a las organizaciones revolucionarias era amplia pero no unánimemente compartida dentro de la revista-, la democracia.

Si bien estas distinciones de fondo planteadas por Caletti gozaron de un estimable consenso en *Controversia*, merecieron sin embargo algunas réplicas entre quienes no aceptaban su carácter hiperbólico y, sobre todo, un cierto maniqueísmo desde el cual resultaba posible impugnar desde su origen histórico a las organizaciones revolucionarias. Así, Rodolfo Santalamachia (un colaborador recurrente de la revista), acusó a Caletti de incurrir en los mismos errores que le atribuía al «foquismo», al reemplazar el análisis concreto de la realidad histórica por la idea. Ello podía advertirse, según Saltalamacchia, en el modo en que Caletti transfería directamente al «foquismo» las críticas que por esos días en Europa circulaban contra el «leninismo» (en el marco de los debates en torno a la «crisis del marxismo»);<sup>109</sup> al privilegiar el análisis de los discursos de la guerrilla por sobre su accionar concreto; y en definitiva por amalgamar la totalidad de experiencia histórica concreta a los atributos de una de sus partes, el «foquismo».<sup>110</sup> De este modo, concluía Saltalamacchia, sin un análisis concreto de la historia social, al interior de la cual debían inscribirse los estudios sobre las organizaciones revolucionarias, cualquier intento de exploración de la experiencia argentina reciente corría el riesgo de volver a incurrir en el «idealismo» y, lo que era peor, en el «sectarismo». Ahora bien, a pesar de estas críticas a Caletti, Santalamachia también de algún modo privilegiaba las ideas por sobre la historia social cuando, en ulteriores números, subrayaría la centralidad de las clases medias en el proceso de radicalización política en los años sesenta (Saltalamacchia: 1980b). Así, en el lugar que en Caletti ocupaba el «foquismo», Salamachia ubicaba a la ideología de la pequeña burguesía, cuya afinidad estructural con el trabajo intelectual la convertía en una clase proclive a valorar la eficacia de la ciencia y la

---

<sup>109</sup> «Sus críticas al leninismo, por citar un ejemplo, reproducen punto por punto las líneas de un debate que nació en Europa y que se extiende hoy por todo el marxismo» (Saltalamacchia: 1980a, 3).

<sup>110</sup> «No creo que nuestras preocupaciones deban centrarse exclusivamente sobre el discurso de las ‘vanguardias’. Por una parte, porque creo que ese discurso no siempre fue seguido en forma consecuente en la práctica de esas organizaciones. [...] el foquismo no es lo único que caracterizó nuestra historia, ni el golpe militar podría ser explicado principalmente por su presencia» (Saltalamacchia: 1980a, 3).

técnica por sobre las reglas democráticas en la gestión de lo político. Esa «matriz tecnocrática», puesta en acción con los debidos «estímulos históricos internos y externos»,<sup>111</sup> desembocaría en el acercamiento de estas clases, por derecha o por izquierda, hacia posiciones extremas y a una lucha entre aparatos técnicos-militares,<sup>112</sup> no obstante lo cual valoraba, en el período previo al momento resolutivo (que el autor estimaba entre 1969 y 1973), un conjunto de prácticas políticas de base realizadas por el ala izquierda de estos sectores cuya memoria había que recuperar para una regeneración democrática de la sociedad argentina. De aquí que, a diferencia de Caletti, pudiera concluir que «la autocrítica debe superar el balance negativo del último período para recuperar la experiencia positiva de aquellos momentos en que más cerca se estuvo de realizar una verdadera práctica democrática», en alusión a «la época del trabajo en los clubes, en los barrios, en las asociaciones vecinales, en las villas, en los sindicatos (aunque en este caso en forma más débil, difícil y esporádica)» (Santalamachia: 1980b, 12). En suma, a pesar de sus críticas, Santalamachia compartía con Caletti su impugnación de las organizaciones revolucionarias, a las que acusaba de «vanguardistas» y «tecnocráticas», no obstante entendía, a diferencia de Caletti, que era necesario descentrarlas para tener una mejor comprensión de un período cuyas prácticas políticas de base podían ser recuperadas para un futuro democrático.

Con todo, sería Sergio Bufano, en la misma sección de la revista en que se publicaron los artículos de Caletti («Focos y vanguardias»), quien ofrecería una perspectiva alternativa respecto a las organizaciones revolucionarias. En efecto, en un artículo editado en dos partes y titulado «La violencia revolucionaria 1969-1976», Bufano se diferenciaba de Caletti para sostener que las organizaciones revolucionarias habían superado, ya en 1969 y con el escenario político abierto por el Cordobazo, la etapa específicamente «foquista».<sup>113</sup> El

---

<sup>111</sup> Entre los externos ubicaba a la revolución cubana y la radicalización de la iglesia católica y los sindicatos. En los internos, los recurrentes fracasos de los gobiernos radicales del período y la impotencia de los partidos tradicionales de izquierda.

<sup>112</sup> «Neutralidad del estado, neutralidad del conocimiento y eficacia de la ciencia en la dirección de la sociedad, eran tres fundamentos de la utopía pequeñoburguesa. [...] Los sucesivos golpes militares fueron demostrando, en efecto, la debilidad de los límites entre el «subsistema político» y la «estructura burocrática». Se politizó así la imagen del estado. Pero en la mayor parte de los casos esa politización no llegó a subvertir la valoración de la técnica en los procesos de transformación social. La tendencia al pensamiento tecnocrático tomó la forma de jacobinismo político». (Santalamachia: 1980b, 11).

<sup>113</sup> Según Bufano, hasta el Cordobazo había primado en las incipientes organizaciones revolucionarias o bien una violencia defensiva que se legitimaba con la expectativa de una futura insurrección de masas, o bien la propia estrategia foquista, que tempranamente fracasaría con el trágico desenlace del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta.

argumento de Bufano se sostenía exclusivamente en una homologación entre las condiciones «objetivas» y las «subjetivas» que se desencadenaron en este período:

«La magnitud que alcanzan [en 1969] las organizaciones que ejercitan la violencia y el grado de adhesión implícita que logran en diversos sectores sociales señalan que se habían producido una agudización de las contradicciones sociales en donde la lucha armada no actúa como factor discordante de la realidad. Por el contrario, son las condiciones objetivas las que propician el surgimiento de la violencia, ya sea ésta espontánea u organizada» (Bufano: 1979b, 10).

Bufano argumentaba de esta manera que entre 1969 y 1973 las organizaciones armadas revolucionarias se convirtieron en actores preponderantes de la política argentina en virtud de una importante inserción y capacidad de interpelación de las clases populares, lo cual se tradujo en una amplia movilización y organización de la protesta popular que colisionaba con el énfasis con que Caletti las caracterizaba como «foquistas». Sin embargo, Bufano retenía la tesis del primer editorial de *Controversia*, según la cual la derrota militar de las organizaciones revolucionarias había sido antecedida por una derrota política, pero encontraba otras razones para explicar esta derrota. Por un lado, explicaba la derrota aludiendo a un problema que caracterizaba como inherente a cualquier «partido armado» (y no exclusivamente al «foquismo»), a saber, la autonomización de la dinámica militar respecto a la dinámica política al interior de un proceso revolucionario, lo que da lugar al «hombre aparato»:

«[...] el proceso de desarrollo de la lucha armada tiende a generar al *hombre aparato*. Es aquel militante que se ve arrastrado por la propia dinámica militar –y sin la cual no existirían las organizaciones armadas- a un aislamiento del contexto político general. Se supone que el partido, como entidad política, actuará como garantía orgánica de las posibles *transformaciones profesionales* de ese militante, pero no siempre es así. El peligro del militarismo nace en el preciso momento en que un partido político se lanza a la acción armada» (Bufano: 1979b, 10)

¿Por qué el partido –o, en el caso argentino, las propias organizaciones revolucionarias- no habrían podido contener este proceso de creciente autonomización de la dinámica militar, al punto de que el «hombre aparato», según reconocía el propio Bufano, «fue desarrollando una concepción que ganó espacio interno y confundió la disciplina con la democracia, la seguridad con el aislamiento, la base social con el refugio guerrillero, y, lo que sin dudas es más grave, la ofensiva militar con la ofensiva de masas» (Bufano: 1979b, 10)? Bufano no se plantea esta pregunta, que lo hubiera obligado a explorar si las matrices ideológicas propias de

las organizaciones revolucionarias favorecieron este creciente «aparatismo» o «militarización de sus cuadros»; antes que esto, su argumentación se desplaza hacia la segunda razón que habría determinado la derrota política de las organizaciones revolucionarias: el no haber advertido que con el regreso de Perón se detenía la «ofensiva de masas» abierta con el Cordobazo y por ende se producía una sustancial transformación del escenario histórico:

«La iniciativa militar, que hasta mayo de 1973 había estado en poder de las organizaciones armadas revolucionarias, pasa ahora a manos del estado. Durante este período, se produce, además, una transformación radical: el bloque dominante ha aprendido de sus antecesores que los presos políticos deterioran la imagen del estado y no eliminan verdaderamente los conflictos. Se reemplaza la detención por el asesinato» (Bufano: 1979b, 11).

Dejando de lado el hecho de que constituye una singular interpretación de este proceso histórico sostener que hasta mayo de 1973 «la iniciativa militar estaba en manos de las organizaciones armadas revolucionarias», Bufano interpreta entonces que las «vanguardias» decidieron profundizar la «ofensiva militar», bajo la premisa de que el regreso de Perón agudizaría las contradicciones sociales y por ende provocaría una intensificación de la situación revolucionaria. Pero éste resultó no ser el caso, ya que con el retorno del viejo líder se inició, según Bufano, un proceso de desmovilización de los sectores populares, que implicaba asimismo la recuperación, por parte de los sectores dominantes, de la iniciativa política y militar.

Existían, como puede apreciarse, distintos contrapuntos entre esta argumentación y la de Caletti. Por un lado, porque Bufano sostenía que el «foquismo» era una etapa que había sido superada por las organizaciones revolucionarias, que se habían convertido, pues, en organizaciones de masas y no en meros «destacamentos de avanzada»; por otro lado, porque si bien estas ideas resultaban compatibles con la tesis del primer editorial de la revista –la que afirmaba que la derrota del campo revolucionario había sido fundamentalmente una derrota política de la cual la militar no era sino su más trágico corolario-, Bufano entendía que dicha derrota debía explicarse al interior de una dinámica histórica y política abierta (con un momento de «ofensiva popular» -1969- y un «momento de reflujo» que las organizaciones revolucionarias no supieron interpretar como tal), más allá de que su argumentación no podía dar cuenta de los límites ideológicos de las organizaciones revolucionarias para sustraerse de

la autonomización de la dinámica militar respecto a la dinámica política.<sup>114</sup> Finalmente, Bufano rechazaba la amalgama trazada por Caletti entre «foquismo», «vanguardismo», «militarismo» y «terrorismo», puesto que en esta serie de equivalencias entreveía una mirada descontextualizada de la política de los años setenta, algunos de cuyos componentes serán recogidos en la década siguiente en la «teoría de los dos demonios».<sup>115</sup> En fin, más allá de los errores cometidos por las organizaciones revolucionarias, para Bufano resultaba evidente que «es cierto que hace falta una autocrítica [...] pero también es cierto que ese vacío no podrá ser llenado con rótulos que oculten que las vanguardias, en la búsqueda de una síntesis, alcanzaron durante el período descrito el punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina» (Bufano: 1979b, 11, subrayado nuestro).

Sin embargo, una lectura incluso superficial de *Controversia* alcanza para constatar que los otros miembros del comité de redacción y los colaboradores de la revista estaban muy lejos de llegar a esta última conclusión; de hecho, la idea de que las vanguardias revolucionarias habrían representado el «punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina» no tuvo eco en la revista.

En efecto, las intervenciones en *Controversia* en torno al periplo de las organizaciones revolucionarias se movieron más bien dentro de la órbita delimitada por Caletti, quien en sus artículos había logrado condensar una serie de motivos críticos que estaban circulando en el exilio argentino en México dentro del sector que buscaba diferenciarse, sobre todo, de la organización Montoneros. En este sentido, sólo basta consultar el documento, hecho público a comienzos de 1979, donde Galimberti y Gelman, entre otros, anunciaban su alejamiento de la organización Montoneros en disidencia por la decisión de lanzar la «contraofensiva», ya que este plan representaba para los ahora disidentes el «resurgimiento» del «foquismo», el

---

<sup>114</sup> En los últimos números de la revista Bufano vuelve sobre este punto, en un artículo en que intenta demostrar cómo el «centralismo democrático» devino una práctica que combinaba la «entrega total» y a la vez un «profesionalismo» de «cuadros», mellando así la posibilidad de construir una vida democrática al interior de las organizaciones revolucionarias y profundizando la escisión de éstas con sus bases sociales. Ver Bufano (1980b: 35-36).

<sup>115</sup> Así lo dice Bufano: «Lamentablemente, el costo de este error [se refiere, justamente, al error de las organizaciones revolucionarias de lanzar una ofensiva militar en momentos en que los sectores dominantes habían recobrado la iniciativa] ha sido muy grande; y no nos referimos precisamente a la pérdida de vidas o a la derrota sufrida. El error ha dado impulso a una antigua concepción política que reúne en un mismo saco al terrorismo, al foquismo, a la lucha armada, en fin, a la violencia en general. Fueron dos bandos –es el discurso–, el de los foquistas y el de la derecha. Y la sociedad civil, las clases populares, permanecieron ajenos» (Bufano: 1979b, 11).

«elitismo de partido de cuadros» y el «militarismo» (Gelman, Galimberti: 1979).<sup>116</sup> Y aún más, el periodista Jorge Bernetti, que estuvo a cargo de algunas entrevistas publicadas en *Controversia* (y cuyas posturas eran muy cercanas a las de Caletti, ya que formaba parte del grupo peronista «los reflexivos»), criticaría a su vez a Galimberti y Gelman en una serie de notas publicadas en el periódico mexicano *El Universal*, con el argumento de que «la contraofensiva» no había implicado el «resurgimiento del foquismo», puesto que el «foquismo» habría sido desde sus inicios (como sostenía Caletti) la matriz conceptual y política dominante de las organizaciones revolucionarias:

«Lo del resurgimiento del foquismo parece indicar que en algún momento tal foquismo fue postergado, cuestionado o abandonado. Precisamente, es la concepción foquista (entendida como una concepción militarista de la política conductora del proceso de acción) la que preside todo el accionar de los Montoneros, aun cuando realizaran en otras épocas, grandes manifestaciones de masas o estructuraran organismos reivindicativos» (Bernetti, Giardinelli: 2003, 169).

A su vez, la idea de que el fracaso de las organizaciones había tenido lugar en el terreno de la política y, en particular, en la imposibilidad de producir hegemonía entre los distintos sectores subalternos, la encontramos también en otros artículos sumamente disímiles y firmados por colaboradores de *Controversia*. Así, mientras que en los dos primeros números de la revista Adriana Puiggrós (1979a y 1979b), otra integrante del grupo peronista «los reflexivos», acometía una crítica que también era autocrítica respecto de la imposibilidad de la izquierda peronista, durante su gobierno de la «universidad argentina» entre 1973-1974, de constituir en el específico terreno universitario un sujeto político capaz de «dirigir la espontaneidad» y «lograr la consciente adhesión de los intelectuales a un proyecto de transformación nacional» (de modo tal que este fracaso político en términos de incorporación de intelectuales y dirección de las masas terminó por «secundar» y por ende facilitar la reacción represiva de la derecha peronista y de los militares), Julio Godio (1980a) podía interpretar que el éxito de la revolución sandinista constituía una sanción no sólo al «reformismo burgués» sino fundamentalmente al «foquismo», puesto que la llave del triunfo de los sandinistas

---

<sup>116</sup> Los disidentes formaron el «montonero auténtico». Analizaremos en próximos capítulos este documento, titulado «Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica» y firmado por Rodolfo Galimberti, Juan Gelman, Pablo Fernández Long, Héctor Mauriño, Julieta Bullrich, Miguel Fernández Long, Victoria Vaccaro, Claudia Genoud y Silvia Di Fiori.

descansaba a su juicio no en las armas, sino en la producción de hegemonía que pacientemente habían conseguido construir los rebeldes:

«A quien ha sancionado con mayor fuerza [el triunfo sandinista] es al infantilismo de izquierda, a aquellos que pensaron que todo se resolvía creando “comandos operativos”, “columnas guerrilleras”, “ejércitos del pueblo”; y que creyendo que iban a la “guerra popular”, sólo iban a choques de aparatos de guerrilleros contra ejércitos latinoamericanos sin participación de las masas. Así, las armas de la crítica, esto es la *concepción de la política*, tal como la ejecutaron los sandinistas, ha demostrado una vez más la validez de aquella sentencia gramsciana según la cual una clase para ser dominante debe ser antes dirigente a través de una organización política de masas»<sup>117</sup> (Godio: 1980a, 25).

En esta línea, sería también otro intelectual de los «reflexivos», Nicolás Casullo, quien intentó llevar a fondo, en los dos primeros números de la revista, una reflexión sobre un aspecto considerado central para explicar la derrota política de las organizaciones revolucionarias: su deficitaria comprensión del movimiento obrero y de sus estructuras organizativas. Se trataba de una reflexión que si bien se inscribía en la saga de las intervenciones de Caletti (en tanto retenía la idea de que la derrota de las organizaciones revolucionarias obedecía en última instancia a los déficits de una matriz conceptual y política que las condujo finalmente a autonomizarse del movimiento nacional), matizaba sin embargo la condensación de todos los males en el «foquismo», pues Casullo ubicaba estas falencias en una historia de más larga duración que obligaba a considerar que las contradicciones políticas con las que debió lidiar Montoneros tenían su origen en los tiempos de la Resistencia Peronista.

En efecto, para Casullo la raíz de estas contradicciones residían en la permanente confusión de dos planos de análisis que el «peronismo revolucionario» nunca consiguió articular: la organización gremial como instancia de presión para consecución de conquistas laborales contra un sistema político organizado sobre la base de la proscripción del peronismo y el sindicalismo como proyecto de acumulación política en condiciones de disputar el poder para transformar radicalmente el bloque histórico existente. Bajo este tipo de análisis, Montoneros era deudor y a la vez consumación trágica y final de la historia de la «izquierda peronista», la cual había oscilado entre 1956 y 1973 entre la ratificación del sindicalismo como modelo político de cuya radicalización debía surgir una alternativa obrera que pondría en jaque al

---

<sup>117</sup> Con todo, la perspectiva que desarrolla aquí Godio no era del todo coincidente con el primer editorial de la revista, puesto que su crítica al «foquismo» no implicaba el reconocimiento de la derrota de *toda* apuesta revolucionaria, como lo mostraba su entusiasmo con el caso sandinista.

sistema de poder en Argentina, y el abandono por completo del sindicalismo como forma de acumulación política popular, para así mejor encontrar por fuera de sus estructuras las opciones revolucionarias que reclamaba la hora, y que el propio modelo sindical ya no estaba en condiciones de desplegar, según el caso y la coyuntura, por la dirigencia «burocrática», la concepción «reformista y laborista», o los propios mecanismos integradores del sistema de poder en Argentina.

Así, mientras el Cooke ideólogo de la Resistencia (e interlocutor de Perón en el efímero interregno 1956-1959) aceptaba al modelo sindical como territorio legítimo de lucha política pero sin por eso dejar de reclamar la necesidad de construir una organización que estuviera en condiciones de privilegiar la «hegemonía obrera» al interior del movimiento nacional, generando de esta manera una distinción entre movimiento obrero y movimiento nacional que a partir de aquí no cesaría de agudizarse al compás de la imposibilidad de la izquierda peronista de hallar un modelo político adecuado para tal fin, entre 1959 y 1965, en cambio, se perfilaron dos opciones en el terreno mismo del sindicalismo que interiorizarían esa conflictividad, por un lado un sindicalismo con capacidad de presión y negociación frente al poder pero «reformista» y «corporativista», expresado en el «vandomismo» (reivindicado incluso por una fracción del «peronismo revolucionario» con el ejemplo destacado de Roberto Carri), y un sindicalismo, representado en cambio por el «framinismo», que tempranamente denunciaría el carácter retardatario de las capas dirigentes «burocráticas» como la razón principal que impedía que el peronismo despliegue sus potencialidades revolucionarias, razón por la cual se volvía necesario instalar, todavía en el propio terreno gremial, la construcción de «sindicatos de liberación». Lo que tenían en común según Casullo estas colocaciones antagónicas era la misma dificultad para esbozar un proyecto político que pudiera articular sindicalismo y liberación nacional: si para el vandomismo la liberación nacional no era más importante que su interés por conservar cuotas de poder dentro de un sistema de poder centrado en la exclusión del peronismo, en el framinismo ello ocurría porque su apuesta al «insurreccionalismo» no contemplaba la dimensión representativa que conservaban los sindicatos como factor de presión e instancia de reagrupamiento político de las masas en tiempos de una feroz ofensiva de las clases dominantes contra las trabajadoras.

Ese hiato entre «sindicalismo peronista» y «peronismo revolucionario» (tal como aparece condensado en el título de la primera nota que publica Casullo sobre estos temas) no cesaría

de agravarse en los años sesenta. En este sentido, Casullo argumentaba que el Cooke creador del Movimiento Peronista Revolucionario avanzó mucho más allá de sus posiciones obreristas de los años cincuenta, para desplegar en potencia las premisas de lo que en los años setenta se conocerá como «alternativismo», entendido como la concepción que pretendía «resolver» el problema de la revolución en la construcción de una organización acorde con masas que, por su inscripción conflictiva en la historia argentina y su vocación de lucha, eran ya consideradas como esencialmente revolucionarias.

Esta concepción «alternativista» resultaría entonces una de las vertientes que terminaría desembocando en Montoneros, en coincidencia con el momento en que el «peronismo revolucionario» hizo suya la idea de que la «liberación nacional» debía realizarse por fuera de las estructuras sindicales. Antes que se plantee este divorcio tajante entre sindicalismo y revolución, la experiencia histórica de la izquierda peronista debió constatar el fracaso de la CGT de los Argentinos como instancia de radicalización del modelo organizativo gremial entendido como espacio de disputa con el bloque de poder, para que de ese modo quedara allanado el camino para la conformación de un «partido de cuadros» -así entiende Casullo a Montoneros- sobre cuyas espaldas debía recaer la misión histórica de la liberación nacional que los actores sindicales no estaban desde la perspectiva de la izquierda peronista revolucionaria en condiciones de asumir. En este periplo no ineluctable pero tampoco azaroso, se operaría el pasaje que va de la idea de un «sindicalismo de la liberación» a una «liberación sin sindicatos», tal como mentaba el título de la segunda nota que publicó sobre estos temas Casullo, consolidándose así la autonomización de las organizaciones revolucionarias respecto al movimiento social, fenómeno decisivo para comprender su derrota política y militar.

En suma, si la intervención de Casullo resultaba relevante dentro de los análisis críticos en torno a las organizaciones revolucionarias que se desplegaron en *Controversia*, es porque no sólo incluía en su reflexión las tensiones entre el peronismo revolucionario y el sindicalismo (dos actores centrales del conflicto político desencadenado en la coyuntura histórica argentina de 1973), sino también porque inscribía los desaciertos de Montoneros dentro de una historia que alcanzaba a grupos que excedían a esta organización, y a los que genéricamente nombraba como «peronismo revolucionario». De aquí que pudiera plantear en el contexto del exilio que toda crítica -necesaria- a Montoneros debía también extenderse a los protagonistas de una historia previa de desencuentros que habían hecho posible su irrupción, de modo tal

que era la entera «izquierda peronista» -y no sólo la organización guerrillera- la que debía atravesar un proceso de auténtica autocrítica sin la cual le resultaría imposible comprender que era el sindicalismo y no precisamente el peronismo revolucionario (identificado o no con Montoneros) el actor que estaba legítimamente llamado a liderar la resistencia contra la dictadura militar argentina inaugurada en 1976. Si bien para Casullo la «guerra de posiciones» que demandaba la nueva hora no dependía exclusivamente del sindicalismo, éste ofrecía mejores perspectivas para recuperar la dimensión «movimientista» del peronismo que las vertientes «basistas» y «alternativistas» que estuvieron en la base de la apuesta revolucionaria de la izquierda peronista.

Pero aún con esta reflexión más atenta a los matices, que consideraba, como Bufano, la necesidad tener en cuenta a la dinámica histórica, Casullo seguía reteniendo para sí dos de las premisas centrales de los argumentos de Caletti: que la derrota se explicaba por una matriz teórico y política; y que aunque ella alcanzaba a la entera izquierda peronista, Montoneros la expresaba de modo eminente. De esta manera, podríamos concluir que antes que por su originalidad, los argumentos de Caletti se destacaron por organizar el debate y articular una serie de motivos que circulaban en el exilio argentino en México dentro de los sectores críticos de las organizaciones revolucionarias y, muy especialmente, del «montonerismo». En efecto, estas críticas a las organizaciones revolucionarias ofrecían, a pesar de o justamente por sus rasgos hiperbólicos, un persuasivo guión para abordar la pregunta planteada en el primer editorial de *Controversia*: por qué la derrota. En este guión, se sostenía que la derrota de la guerrilla implicaba la de todo el campo revolucionario y que su causa residía en haber renunciado a construir, en términos gramscianos, una «voluntad nacional y popular» capaz de ocupar el papel del «sujeto revolucionario» luego de haberse planteado –y resuelto- la larga tarea de la producción de hegemonía; lejos de ello, las guerrillas urbanas se habrían convertido en organizaciones con marcados rasgos elitistas, vanguardistas, militaristas e incluso terroristas; y si ello resultó posible, fue porque estas mismas organizaciones se habrían inspirado en una específica teoría de la revolución (que Caletti denominaba «foquismo»), cuyos supuestos teóricos-políticos acabaron por demostrarse erróneos, en la medida en que terminaron resultando más fieles a la idea que a la propia realidad histórica que se buscaba transformar. En fin, estas ideas sintetizadas en los artículos de Caletti, que se emitieron en el mismo momento en que comenzaban a verificarse los catastróficos resultados

de la «contraofensiva» montonera, ganaron en capacidad de persuasión y quedaron identificadas con la revista, más allá de las perspectivas en cierto sentido disonantes de Santalamachia y Bufano, o en la versión matizada de Casullo.<sup>118</sup>

Pero más importante aún que la identificación de los puntos de condensación conceptual y el modo en que se colocaron ante este nudo las voces «en controversia», resulta apreciar el movimiento general que se cierra en la revista en torno a las organizaciones revolucionarias: si en 1973 eran consideradas como «punto de agregación» de la «larga marcha al socialismo», en 1979, en cambio, ya estaban elaborados los argumentos para considerarlas como un sujeto que por déficits en su matriz teórica, o por errores de interpretación de una dinámica histórica, habían perdido la batalla en el terreno de lo político incluso antes de ser masacradas. Se trataba de un giro notable, pero con algunos ideologemas persistentes, centrados en la identificación entre lo político y la «guerra de posiciones» (en 1973, con la «larga marcha»), aunque en el exilio bajo el auspicio de un Gramsci desinscripto de su «leninismo» (como seguiremos analizando hacia el final de esta investigación).

La querella contra las organizaciones revolucionarias no concluyó aquí. En el capítulo siguiente, analizaremos un ángulo todavía más novedoso de impugnación que tuvo lugar en *Controversia*: aquel hecho en base a la incorporación de la agenda de los derechos humanos a la cultura de izquierdas. Sin embargo, también aquí podremos apreciar cómo en estas críticas reaparecieron, aunque reelaboradas, algunas imágenes sobre el accionar de las guerrillas que ya habían hecho su ingreso al curso de la historia antes del exilio, y que en los ochenta serán retomadas en la así conocida como «teoría de los dos demonios»

---

<sup>118</sup> Tal es así que cuando Vezetti presenta a *Controversia* como un capítulo inicial en la historia de la crítica a la “violencia revolucionaria”, el único corpus probatorio que exhibe para fundar esta afirmación son justamente los artículos de Caletti. Ver Vezetti (2009).

### CAPÍTULO 3. LA ACTUALIDAD DE LOS DERECHOS HUMANOS EN LA AGENDA DE LA NUEVA IZQUIERDA INTELECTUAL

En el capítulo anterior aludimos a un acontecimiento que coincidió con el surgimiento de *Controversia* e impactó en sus páginas: el lanzamiento de la «Contraofensiva» por parte de la organización de Montoneros. Pero junto con ello, existió otro episodio que tuvo gran repercusión en las comunidades exiliarias argentinas (producto no sólo de la política exterior del presidente estadounidense Jimmy Carter, sino principalmente de la amplia campaña de denuncias contra la dictadura realizadas por organizaciones de derechos humanos y otras asociaciones en Argentina y en el mundo): la llegada al país, en septiembre de 1979, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Entre ambos acontecimientos (la «Contraofensiva» montonera y el Informe de la CIDH), la cuestión de los derechos humanos irrumpió en superficie textual de *Controversia*; el asunto de este capítulo es indagar bajo qué líneas polémicas ello tuvo lugar.

Grosso modo, la hipótesis es que en esta revista el discurso de los derechos humanos se introdujo en la agenda de debates de la revista no sólo como parte de las acciones de denuncia de los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura argentina que encararon los organismos de derechos humanos y otras asociaciones de exiliados argentinos en el mundo, sino también -y principalmente- como prolongación del litigio contra las organizaciones revolucionarias. Si en el capítulo anterior mostramos cómo la relectura de Gramsci habilitaba, en intervenciones como las de Sergio Caletti, poner en cuestión la lógica militarista y su matriz teórica (el foquismo), en este capítulo mostramos cómo los derechos humanos fueron invocados para cuestionar al proyecto político de las organizaciones revolucionarias y también, en voces bien representativas de este debate como la de Héctor Schmucler, para trazar una demarcación entre una izquierda que aún no había extraído a fondo las lecciones de la «derrota» y una izquierda «nueva» que debía reinventarse apelando a un humanitarismo que, dicho en términos kantianos, venía poner en cuestión concepciones de la política que por sustentarse en una racionalidad técnica e instrumental estaba imposibilitada de reconocer a la vida como un «fin en sí mismo».

Luego de una introducción general en que ubicamos los antecedentes de los debates en torno a los derechos humanos en *Controversia*, analizamos tres momentos de una misma polémica. En primer lugar, el debate entre Schmucler y Bruschtein (con sus derivaciones), organizado

alrededor de la siguiente pregunta: ¿pueden las organizaciones revolucionarias enarbolar (legítimamente) la bandera de los derechos humanos? En segundo lugar, analizamos el contrapunto entre Schmucler, Giardinelli y sobrevivientes de centros clandestinos de represión sobre el significado político de los testimonios de sobrevivientes de los centros clandestinos de detención que comenzaban a circular en el contexto del exilio. Finalmente, reconstruimos un intercambio polémico entre Eliashev y Bufano para analizar si la saga crítica (y autocrítica) desarrollada en *Controversia* en torno a las organizaciones revolucionarias puede ser pensada o no como un antecedente de la «teoría de los dos demonios»

### **La lucha antidictatorial entre la «Contraofensiva» montonera y el Informe de la CIDH**

Las formas de la lucha anti dictatorial fueron múltiples, tanto las que se desplegaron en Argentina como en el exterior. Durante el año en que se publicó el primer número de *Controversia* (1979), esas formas de lucha se condensaron en tres importantes acontecimientos: la primera huelga general declarada por la «Comisión de los 25», la «Contraofensiva» lanzada por la organización Montoneros (que hemos evocado en el capítulo anterior)<sup>119</sup> y la llegada de la CIDH a la Argentina para investigar las denuncias por los crímenes de lesa humanidad perpetrados por la dictadura. La lucha sindical suscitó interés en *Controversia*, porque varios de sus miembros entendían que desde la unidad sindical podía constituirse un punto de agregación en condiciones de reunir los descontentos contra la dictadura. Ahora bien, el lanzamiento de la «Contraofensiva Estratégica» y la llegada de la CIDH a la Argentina tuvieron un mayor impacto (aunque mediado) en las páginas de la revista, en la medida en que estuvieron en la base de un conjunto de polémicas en las que se discutió, en última instancia, en qué términos, y con qué alcance, la nueva izquierda democrática debía diferenciarse del paradigma revolucionario.

---

<sup>119</sup> La «contraofensiva estratégica» ha sido vapuleada desde adentro y desde afuera de Montoneros. En ámbitos militantes e historiográficos se acusó a Montoneros de llevar adelante una acción «suicida» y deudora de matrices sacrificiales. Incluso se acusó en base a razones conspirativas a la conducción de Montoneros por llevarla adelante. La propia revista *Controversia* es pionera en la historia de estas críticas. Considero atendibles en términos políticos a buena parte de estas críticas, pero ninguna de ellas me convence como para no consignar que se trató de una «forma de lucha» contra la dictadura. Dado que en otras partes de este capítulo se remite a una bibliografía muy crítica de la «Contraofensiva», consigno aquí el blog a través del cual se siguió el juicio a los responsables de las desapariciones y asesinatos de buena parte de quienes protagonizaron este acontecimiento: <https://juiciocontraofensiva.blogspot.com/>. Este blog incluye perspectivas que tratan de ofrecer otra lectura de esta operación político-militar lanzada por Montoneros.

Es necesario, aunque aquí no podemos hacerlo de modo exhaustivo, ubicar brevemente en su contexto a estas discusiones. En este sentido, hay que decir que en torno a las denuncias de los crímenes perpetrados por los militares argentinos se organizó la lucha antidictatorial más importante llevada adelante por los argentinos en el exilio. Desde las primeras etapas de la diáspora argentina, estas denuncias fueron creciendo y ganando apoyos en las sociedades de recepción de exiliados argentinos, sobreponiéndose a la permanente descalificación y persecución de los organismos de derechos humanos llevada adelante por la dictadura militar.

120

Encarar esta lucha no resultó una tarea sencilla, pues se requerían abordar problemas sumamente complejos. En primer lugar, clarificar a la opinión pública internacional cuál era la situación argentina y por qué el régimen militar merecía una condena contundente. Por las razones que describe Carlos Gabetta,<sup>121</sup> se trataba de un asunto complejo, ya que:

«¿Cómo explicar, antes del golpe militar, que el gobierno que había decretado el estado de sitio, restaurado y aplicado la legislación represiva y creado las «Tres A» era el mismo que había sido votado por una abrumadora mayoría de argentinos? ¿Cómo precisar, después del golpe, que esos militares, en lugar de «poner orden», sólo habían oficializado y multiplicado la represión, que en realidad eran una continuación del último gobierno peronista, del cual se habían servido? ¿Cómo denunciar el terror, si en la Argentina se ha inaugurado la siniestra técnica de la desaparición de personas, si los presos no eran exhibidos en los estudios de fútbol, y si -a diferencia de lo que ocurrió en Chile- en nuestro país «la clase política» sólo había sido desalojada del poder, pero dormía en casa?» (Gabetta: 1983, p. 12).

No menores eran los problemas a dilucidar respecto a cómo organizarse para denunciar los crímenes de la dictadura. En este sentido, los organismos de derechos humanos, junto con casas y comités de exiliados, funcionaron como los espacios asociativos que principalmente

---

<sup>120</sup> El hostigamiento y la persecución fueron permanentes y contaron con la decisiva colaboración de la prensa argentina. Pero tuvieron dos momentos de importante condensación, el Mundial de Fútbol (1978) y la llegada de la CIDH a la Argentina. En el contexto del Mundial de Fútbol, la dictadura acusó a los organismos de derechos humanos de digitar una «campaña antiargentina» hecha por quienes «habían sembrado el odio y la discordia en el país», para salir al cruce de las estrategias de los organismos de derechos humanos que para esa ocasión planteaban o bien producir un boicot o bien aprovechar la dimensión mundial que iba a adquirir este evento para concientizar a la opinión pública internacional sobre la situación argentina en materia de violaciones a los derechos humanos. Ver Franco (2008) sobre este punto. Ya para el Mundial de 1978 la dictadura contrató a la agencia norteamericana Burson-Marsteller, que terminó delineando el trágico lema «los argentinos somos derechos y humanos», multiplicado en adhesivos ante la llegada de la CIDH a la Argentina en 1979, mientras los secuestros y desapariciones de militantes de estos organismos se incrementaban, a la vez que eran allanados locales de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH), el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Ver Jensen (2010) sobre este punto.

<sup>121</sup> Carlos Gabetta había formado parte de la Inteligencia del ERP. Periodista de profesión, se exilió en París en el contexto de la última dictadura militar.

canalizaron las denuncias de los crímenes de lesa humanidad de la dictadura.<sup>122</sup> La cuestión asociativa no resultó un asunto menor en la articulación de los exilios argentinos, puesto que involucraba definir si estas asociaciones debían tener algún tipo de identificación partidaria -lo cual habilitaba la participación e incluso la dirección de las mismas por parte de las organizaciones revolucionarias, cuya presencia en el exilio (sobre todo en el caso de Montoneros) era mucho mayor que la de los partidos políticos (que aunque suspendidos por la dictadura mantuvieron a sus grupos dirigentes en el país, quienes por otra parte sostuvieron en muchos casos un diálogo fluido con los militares). Esta cuestión generó debates álgidos y en buena medida las polémicas que tuvieron lugar en *Controversia* guardaron alguna relación con este punto.<sup>123</sup>

Asimismo, otro problema a afrontar era el tipo de discurso desde el cual se denunciarían los crímenes de la dictadura. Dado que para las organizaciones revolucionarias, al menos inicialmente, la «guerra popular» no había terminado (y en base a ello caracterizaban a la situación argentina como un escenario de «guerra civil»), las desapariciones y asesinatos provocados por la dictadura quedaban encuadrados como «crímenes de guerra» que no respetaban las reglas mínimas establecidas en los Convenios de Ginebra (1949).<sup>124</sup> Frente a este tipo de encuadre, el discurso «humanitarista» de los derechos humanos ofrecía una alternativa con mayores posibilidades de recepción en las audiencias internacionales pero que abría la posibilidad de un corte con respecto a la lengua revolucionaria al interior de la cual muchos de los militantes de derechos humanos en el exilio se habían socializado antes de

---

<sup>122</sup> Hemos visto en el capítulo anterior el papel que asumieron CAS y COSPA en México. Además, en este país se abrieron filiales de dos organismos de derechos humanos: la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) y la Comisión de Solidaridad de Familiares de Desaparecidos en Argentina (COSOFAM). Hacia el final del tiempo del exilio, en 1983, se creó una Coordinadora con el fin de articular las acciones antidictatoriales con sede en México, pero su actividad se vio afectada por el cierre abrupto de COSPA, una entidad bien representativa del exilio argentino en México. Ver Yankelevich (2009: 181-186).

<sup>123</sup> Como señala Marina Franco, hacia 1978 el PRT «confirmó su [...] línea del Cuarto Pilar, basada en la 'solidaridad internacional' y en la formación de un frente centrado en la denuncia, la información y la acción unitaria de la 'colonia argentina, las organizaciones del exilio y los exiliados en todos sus frentes externos pasaron a ser considerados bases fundamentales de la acción partidaria» (Franco: 2008, 149). Montoneros también incidió e intentó conducir a organizaciones de derechos humanos, como la CADHU. Hacia el año 1979 Franco ubica el declive de la estrategia de incidencia de las organizaciones revolucionarias sobre los organismos de derechos humanos, al menos para el caso francés. Ver Franco (2008:151 y ss.).

<sup>124</sup> A cuatro meses del golpe de Estado el PRT exigía a la dictadura que respete la Convención de Ginebra e interpretaba al golpe como una declaración de guerra al pueblo (Franco: 2008, 149). Publicaciones montoneras en el exilio, como *Evita Montonera*, *Resistir es Vencer* o *Estrella Federal* también consideraban que el exilio era una retaguardia dentro de una prolongada lucha política y militar, con un momento inicial de «repliegue» y «resistencia» que sería sucedido por el pasaje a la «Contraofensiva», que estas publicaciones ya anuncian a fines de 1978.

partir de la Argentina. Este giro, que constituyó uno de los núcleos de las discusiones que tuvieron lugar en torno a los derechos humanos en *Controversia*, terminó configurando según Marina Franco una nueva politización en la trama exiliar, en la medida en que terminó ocupando el centro de nuevas identificaciones políticas:

«Así, probablemente, en la primera etapa del exilio, el énfasis en los derechos humanos funcionó como una *estrategia* de acción política, como el único recurso posible para enfrentar la urgencia de la situación. En todo caso, permitió generar políticas efectivas contra la dictadura militar, a pesar de las diferencias internas. Pero luego, en los años que siguieron, aun con esas diferencias -o sus restos- y otros nuevos disensos generados por la coyuntura, esa estrategia en torno a los derechos humanos se fue transformando en una auténtica *identificación* compartida, que definía a los emigrados como *exiliados* y les permitía reconocerse como tales en una identidad común» (Franco: 2008, 160. Subrayado en original).

El discurso de los derechos humanos resultó crucial para persuadir a distintos actores de la comunidad internacional -gobiernos, opinión pública, organismos multilaterales- de que en la Argentina se estaban cometiendo de modo sistemático crímenes de lesa humanidad. Por un lado, como sostiene Franco (2008) este discurso medió y generó zonas de acuerdo entre las sociedades de recepción y las asociaciones y organizaciones del exilio argentino, a través de un discurso humanitario que presentaba la situación argentina como un caso paradigmático de violaciones de derechos humanos, análogo a otros casos que ya eran reconocidos en esos términos sobre todo en Europa, como el nazismo o incluso la dictadura pinochetista. Por otro lado, el discurso de los derechos humanos también permitió salir al cruce de las respuestas hasta fines de los setenta básicamente denegatorias de la dictadura argentina sobre el destino de desaparecidos, en un contexto de permanente estigmatización de los denunciantes que se incrementó en meses previos, durante e inmediatamente después de la realización del Mundial de Fútbol 1978 en la Argentina. A pesar de estas acusaciones, las organizaciones de derechos humanos y las asociaciones de exiliados fueron ganando mayor credibilidad, a fuerza de denuncias que además de estar respaldadas por los hechos, demostraban a través de un lenguaje humanitarista que el actor que creía estar en una situación de guerra era la propia dictadura.

La llegada de la CIDH a la Argentina en septiembre de 1979, las Recomendaciones que emitió a la Junta Militar en diciembre de ese año y la elaboración de un Informe fuertemente

condenatorio de la política represiva de la dictadura en febrero de 1980<sup>125</sup> representaron un triunfo para el movimiento de derechos humanos, a pesar de que en su tratamiento en la Asamblea de Naciones Unidas en noviembre de 1980 se tomó conocimiento del Informe pero no se aprobó una condena contra la dictadura.

Con todo, se sigue discutiendo cuál fue el impacto de la visita de la CIDH a la Argentina tanto en la dinámica política argentina como en el plano internacional. En este sentido, Franco (2018) acepta que permitió visibilizar las denuncias por las violaciones de derechos humanos e incluso nominar en la esfera pública a la figura del desaparecido,<sup>126</sup> a la vez que obligó a los militares argentinos a redefinir su estrategia discursiva meramente denegatoria respecto a los desaparecidos.<sup>127</sup> También, que instó a los militares a intentar pergeñar un «cierre político» a la represión ilegal, lo que implicó, por un lado, la sanción de dos leyes (22068 y 22062) que estipulaban que serían considerados muertos los desaparecidos al cumplirse un año de haber sido denunciados como tales, lo que habilitaba a sus familiares a cobrar pensiones y jubilaciones,<sup>128</sup> por otro lado, a idear los mecanismos que le permitieran a los propios militares retener el control político de cualquier esquema de sucesión al régimen

---

<sup>125</sup> La delegación de la CIDH estuvo presidida por Andrés Aguilar e integrada por Francisco Galindo, Marcos Monroy Cara, Carlos Dunshee de Abranches, Luis Tinoco Castro, Thomas Farer, Edmundo Vargas y Hugo Paz Garnica. Entre el 6 y 20 de septiembre se entrevistaron con Videla, Viola, Harguindeguy, representantes del Poder Judicial, partidos políticos, cámaras empresariales y sectores religiosos. De distintos organismos de derechos humanos (Madres, APDH, Liga de Familiares, Familiares) recibieron 5580 denuncias. También inspeccionaron parte del sistema penitenciario. En diciembre de 1979 consideró concluido el informe preliminar de la situación argentina, que establecía violaciones graves, generalizadas y sistemáticas a derechos y libertades fundamentales.

<sup>126</sup> Junto con un amplio conjunto de solicitadas de distintos sectores sociales que literalmente cerraron filas con la dictadura en rechazo de la visita de la CIDH, por eso días comenzaron a ingresar en la categoría de «noticiables» denuncias relativas a la desaparición de personas en diarios como *Clarín* e incluso *La Prensa*. *Buenos Aires Herald* respaldó además públicamente a la CIDH ante los ataques recibidos en los diarios previamente a su llegada a la Argentina. Ver Franco (2018, 54 y ss.).

<sup>127</sup> Antes de la llegada de la CIDH, el discurso de la dictadura, hacia adentro y hacia afuera de la Argentina, era principalmente denegatorio: no existían los desaparecidos, o eran una «incógnita», o se trataban de «subversivos» muertos en combate, legalmente detenidos, o que se habían fugado al exterior para orquestar desde allí una campaña anti argentina. Tras la llegada de la CIDH, en cambio, el énfasis denegatorio se desplazó a la auto exculpación. Así, si existían los desaparecidos ello era producto de «excesos» dentro de una «guerra sucia» provocada por un enemigo no convencional que había causado un tendal de víctimas e iniciado las hostilidades. Bajo esta lógica se publicó a principios de 1980 una suerte de «contrainforme» («Observaciones y comentarios críticos al Informe de la CIDH sobre la situación de los derechos humanos en Argentina») que incluía un listado de personas asesinadas por las organizaciones revolucionarias, encabezada por el responsable de los fusilamientos de José León Suarez, Pedro Eugenio Aramburu. Ver Jensen (2010, 163 y ss.).

<sup>128</sup> Estas leyes fueron ampliamente repudiadas por organismos de derechos humanos, que entendían como veremos que constituía un «blanqueo» de la política represiva de la dictadura, y que en el fondo intentaba sustituir a la figura del «desaparecido» por la de personas cuya muerte no había sido aún constatada. También la CIDH y algunos políticos locales, como Alfonsín, rechazaron estas leyes. Ver Jensen (2010: 135-151).

inaugurado en marzo de 1976, incluyendo en esos mecanismos cláusulas no negociables con actores civiles en torno a la no revisión de lo actuado en materia represiva.<sup>129</sup>

Sin embargo, para Franco (2018) estos movimientos no pueden ser leídos como desencadenantes de una crisis política, pues la pérdida de apoyos sociales al régimen militar recién se comenzó a manifestar, y de modo muy lento, entre fines de 1980 y principios de 1981 a raíz no de estas denuncias, sino de la crisis social y económica que atravesaba al país. Si la llegada de la CIDH no terminó de desestabilizar a la dictadura, es porque aún se mantenía intacto un fuerte «consenso antisubversivo» largamente construido cuanto menos desde los inicios de los años setenta (Franco: 2012), y que durante los días en que la CIDH estuvo en Argentina se expresó abrumadoramente a través de la prensa, de algunas voces representativas del arco político como Balbín (quien sostuvo en España, en línea con las nuevas leyes de la dictadura, que «los desaparecidos estaban muertos») y de sectores empresariales.<sup>130</sup>

Por el contrario, en el plano internacional la llegada de la CIDH a la Argentina consolidó «la acción de denuncia antidictatorial que venían realizando las organizaciones de derechos humanos y los exiliados» (Jensen: 2010: 13-14), pues reforzó significativamente la credibilidad que estas denuncias ya estaban ganando en la opinión pública mundial. Pero al mismo tiempo, y justamente en virtud de la repercusión internacional que tuvo este acontecimiento, la llegada de la CIDH también desencadenó distintas discusiones y cruces dentro del exilio argentino, que giraron en torno a la relación entre el paradigma revolucionario y el discurso de los derechos humanos. Hay que tener en cuenta, como

---

<sup>129</sup> Franco se basa en las recientemente editadas *Actas de la dictadura. Documentos de la Junta Militar encontrados en el edificio Cóndor* para apoyar su lectura. Se puede conjeturar que la inclusión de estas cláusulas no negociables fueron incluidas ante la presión internacional y en base a las presiones surgidas desde el sector de los así llamados «duros». Franco descarta cualquier tipo de presiones internas surgidas del arco civil que, recién hacia el tramo final de la dictadura, y tampoco en todos los casos, objetaron estas cláusulas. Hasta 1981, un sector del peronismo, liderado por Deolindo Bittel, había cuestionado con mayor énfasis la política represiva de la dictadura. Con el crecimiento de la figura de Luder, esas críticas se amortiguaron. Lo inverso ocurrió en el radicalismo con la muerte de Balbín y su relevo por Alfonsín.

<sup>130</sup> En el argumento de Franco, en línea con Canelo (2016), el orden causal histórico es inverso al de la memoria social actualmente predominante sobre aquellos días: no fueron, al menos inicialmente, las denuncias por las violaciones de derechos humanos las que erosionaron el poder de la dictadura -lo que no significa que no tuvieron ningún impacto inicial- sino que la desacreditación de la dictadura, a partir de la crisis social derivada de su plan económico, resultó la condición de posibilidad para que estas denuncias ganaran el centro de la escena -hasta convertirse, ya en tiempos de recuperación de la democracia, en la referencia principal de los cuestionamientos a la dictadura. Dicho de otro modo, según la hipótesis de Franco (2018) el consenso antidictatorial se quebró en la Argentina antes que el «consenso antisubversivo».

mencionamos al inicio de este capítulo, que durante los días en que la CIDH recogía denuncias y se entrevistaba con distintos actores sociales en un clima de alta tensión y hostilidad, se llevaba adelante la dimensión política pero también la militar de la «Contraofensiva Estratégica» montonera. La prensa argentina colocó el atentado a Klein en primera plana y la dictadura utilizó este hecho para ratificar sus posturas sobre la «subversión», a la que decía haber derrotado con contundencia pero que, en tanto «mal absoluto», exigía una actitud de permanente alerta para que no retorne.

Los debates dentro del exilio argentino tuvieron que ver con estas dos escenas superpuestas. ¿Cómo reunir estas intervenciones en un mismo campo de lucha antidictatorial?<sup>131</sup> ¿Cómo impactaba una estrategia como la «Contraofensiva» montonera (una iniciativa política que incluía entre sus fines, y de modo eminente, objetivos militares) en la posible articulación de los distintos frentes de resistencia a la dictadura? La discusión de fondo que subyacía a todas estas preguntas implicaba una definición política del exilio: ¿debía ser considerado como la retaguardia de la lucha revolucionaria o como el espacio en que debía pensarse una nueva política para las izquierdas? En palabras de Silvina Jensen:

«Pero además [del apoyo que representó para las denuncias por las violaciones de los derechos humanos en Argentina], la visita [de la CIDH a la Argentina] y los eventos que la rodearon fueron un revulsivo para la oposición en el destierro. En este contexto, salieron a la luz tensiones, disputas, debates irresueltos o tentativas de unidad no bien saldadas. Diferentes comunidades del exilio (México, Francia, España) o exiliados a título individual participaron en polémicas sobre el contenido y alcance de la defensa de los DDHH, sobre la violencia como método de acción política, su uso pasado y sus implicancias en el presente de la lucha antidictatorial, sobre los ‘desaparecidos’, la forma más eficaz de denuncia y el papel del testimonio de los ‘sobrevivientes’, etc. (Jensen: 2010, 76-77).

En este sentido, las páginas de *Controversia* fueron uno de los pocos espacios donde se publicitaron estos debates y disidencias que existieron dentro del frente antidictatorial en el exilio. Allí se discutió qué relación había, si había, entre los derechos humanos y la Revolución; por qué debía ser parte de una política de izquierdas el discurso de los derechos humanos (que solía asociarse con el «humanitarismo burgués» en la cultura política revolucionaria); por qué la lucha por los derechos humanos, antes que una pelea «táctica» que

---

<sup>131</sup> En un documento sin fecha ni lugar el Consejo Superior de Montoneros convocaba a militantes sumarse a las filas de la Contraofensiva para apoyar a la clase trabajadora «que apremia a la dictadura desde su inicio» y a «las Madres de Plaza de Mayo que han quitado la máscara a los verdugos». Ver Franco (2008, 151). Sin embargo, en las publicaciones de Montoneros en el exilio el énfasis estaba colocado en las luchas de los trabajadores antes que en las Madres, que sin embargo eran mencionadas.

debía estar subordinada a los fines estratégicos de la «contraofensiva popular», debía ser considerada como un corte abismal con el paradigma revolucionario; y si era legítima -la respuesta fue más bien lo contrario- el uso de la violencia ante el terrorismo de estado. Como veremos a continuación, la revista abordó estos problemas desde la premisa que organizaba su primer editorial: «discutir la derrota». Lo que significaba principal -aunque no exclusivamente- desarrollar una perspectiva crítica del periplo de las organizaciones revolucionarias. Si bien las intervenciones contundentemente críticas de Schmucler respecto a las organizaciones revolucionarias marcaron el pulso del debate, la revista también dio lugar a réplicas, exhibiendo así un cuadro complejo en el que aún la toma de distancia con respecto a las organizaciones revolucionarias no significaba necesariamente una lectura unívoca sobre el sentido político de los derechos humanos y sobre su rol en la lucha antidictatorial.

### **Sobre la actualidad de los derechos humanos: ¿corte o prolongación del paradigma revolucionario?**

Como colectivo editorial, *Controversia* apoyó las modalidades que asumió en esos años la lucha antidictatorial centrada en el discurso de los derechos humanos y siguió de modo expectante los movimientos políticos que se daban dentro del campo civil. Así, reseñó la vida interna de los partidos políticos colocando su atención en episodios que pudieran tener algún tipo de motivación opositor (por ejemplo, publicó fragmentos de la solicitada del justicialismo en ocasión de la visita de la CIDH a la Argentina),<sup>132</sup> ofreció espacio a expresiones de intelectuales en contra de la dictadura (como las de Borges: «el fin no justifica los medios» en el sexto número de la revista), se hizo eco de la llegada de Cámpora en su primer número, y publicó solicitadas y declaraciones de uno de los dos organismos de derechos humanos que tuvieron presencia en México, la Comisión de Solidaridad con Familiares de Desaparecidos en Argentina (COSOFAM)<sup>133</sup>. También celebró el Premio Nobel

---

<sup>132</sup> La solicitada, una excepción en su contexto, y precursora en el modo de caracterizar a la dictadura como «terrorismo de estado», no era representativa de todo el Justicialismo sino sólo del sector liderado por su vicepresidente Bittel. En ella se denunciaba que «no podemos aceptar que la lucha contra una minoría terrorista -de la que también hemos sido víctimas- se la quiera transformar en excusa para implantar el terrorismo de estado», se pedía la libertad de María Martínez de Perón y se rechazaba el «blanqueo» que proponía la dictadura respecto a los desaparecidos: «la muerte y/o desaparición de miles de ciudadanos, lo que insólitamente se pretende justificar con la presunción de fallecimiento, que no significa otra cosa que el reconocimiento de las arbitrariedades comentadas» (S/A: 1979c, 4).

<sup>133</sup> El otro organismo de derechos humanos con representación en México, fue la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU).

de la Paz consagrado a Adolfo Pérez Esquivel (número 9-10) y acusó recibo de la llegada de la CIDH a la Argentina, publicando en su primer número un editorial del *New York Times* (traducido por Ricardo Nudelman) o incluso repudió abiertamente a la dictadura a través de notas que abrieron la polémica que se desarrolló en la revista sobre el significado político de los derechos humanos y su papel en la lucha antidictatorial. Tal era el caso de «Actualidad de los derechos humanos», de Héctor Schmucler, que comenzaba justamente señalando cómo la llegada de la CIDH a la Argentina había obligado a los militares argentinos a tramitar velozmente, «con cínico desprecio por la vida», la situación de los desaparecidos:

«Los antes presuntos desaparecidos, ahora son sospechosos de estar muertos. Los fantasmas se legitiman. Las madres, padres, hermanos, que buscan desesperadamente un cuerpo, con o sin vida, ahora tendrán un espectro en sus manos. El duelo, sólo posible ante la materialidad del cuerpo (aunque sean despojos destrozados) es reemplazado por una figura jurídica: el muerto presunto. Como todo estado represivo, el argentino cree en el poder mágico de las palabras» (Schmucler: 1979, 3).

A pesar de que repudiaba abiertamente a la dictadura y apoyaba la lucha antidictatorial organizada alrededor del movimiento de los derechos humanos, *Controversia* no se presentaba como una revista de denuncia, sino como una publicación que se había propuesto elaborar críticamente la derrota política de las izquierdas revolucionarias. Por ende, fue principalmente bajo esta clave que ingresó la discusión sobre el significado político de los derechos humanos. Particularmente, el problema que se discutió en la revista podía resumirse así: ¿constituía la reivindicación de los derechos humanos una prolongación de las luchas políticas planteadas por la izquierda revolucionaria o, por el contrario, suponía un corte profundo respecto a tales luchas?

Para Schmucler se trataba, evidentemente, de esto último. En la recién mencionada nota «Actualidad de los derechos humanos», que abrió el primer número de *Controversia*, buscaba diferenciarse claramente de aquellos grupos de exiliados que reivindicaban los derechos humanos en el marco de la denuncia contra los crímenes de la dictadura pero sin abandonar —o sin condenar— las estrategias políticas y militares de las organizaciones revolucionarias. Consideraba que se trataban de concepciones «instrumentalistas» de los derechos humanos que mantenían intactas convicciones que según el comité de redacción de *Controversia* habían sido derrotadas. En contrapartida, Schmucler sostenía que la «actualidad» de los derechos humanos consistía en asumirlos como un objetivo final de toda construcción política

y no meramente como un instrumento táctico, ya que «los derechos humanos, considerados como síntesis del papel protagónico de los hombres en una sociedad que tiende a eliminar la opresión y el autoritarismo, se vuelven un objetivo estratégico y no una mera táctica para alcanzar el poder a fin de instalar una sociedad donde esos mismos derechos ya no interesen» (Schmucler: 1979, 3.).

Ahora bien, si los derechos humanos constituían un «fin en sí mismo», también conservaba esta cualidad el sistema político que se encargaría de custodiarlos, la democracia, que entonces ya no podía ser pensada como una «fachada» política (que sólo «formalmente» declaraba la libertad y la igualdad, para perpetuar «sustancialmente» la dominación burguesa), o, en el mejor de los casos, como un momento político que solamente podía ser aceptado por razones tácticas y transitorias a los fines de conseguir el objetivo de fondo: la revolución. Lejos de ello, la democracia se identificaba con la vigencia de los derechos humanos y su consecución constituía según Schmucler el objetivo final que debía proponerse la izquierda, pues su valor trascendía largamente la coyuntura signada por las denuncias contra la dictadura por los crímenes de lesa humanidad en Argentina.<sup>134</sup> En síntesis, para Schmucler la democracia y los derechos humanos constituían valores permanentes y «absolutos» –es decir, que valían por sí mismos y no como medio para acceder a otro bien– que la izquierda debía asumir como propios.

Por estas razones reconocer la «actualidad de los derechos humanos» suponía también realizar una profunda crítica a la izquierda revolucionaria. Con un argumento que generó fuertes polémicas –que alcanzan a nuestros días–, Schmucler sostenía que las organizaciones revolucionarias no podían apropiarse del reclamo –ni del movimiento– de los derechos humanos, porque su lógica política las había conducido a llevar adelante prácticas terroristas análogas a las cometidas por los militares:

«Lamentablemente la guerrilla ha pasado a confundir su imagen con la del propio gobierno en la medida que ha cultivado la muerte con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza. En nombre de una lucha contra la opresión, ha edificado estructuras de terror y de culto a la violencia ciega. Ha reemplazado la voluntad

---

<sup>134</sup> «La lucha por su vigencia [la de los derechos humanos] supera la etapa actual y tiene que ver con la naturaleza misma de la sociedad democrática a construir. [...] La democracia no debería ser vista como una debilidad de la sociedad dividida en clases que debe ser aprovechada para eliminarla cuando las clases oprimidas sean las dominantes. Por el contrario, la democracia es un modelo a desarrollar y que exige la eliminación de la tara fundamental de la sociedad burguesa: la explotación del hombre por el hombre» (Schmucler: 1979, 3).

de las masas por la verdad de un grupo iluminado. Nada de esto la coloca en posición favorable para reivindicar los derechos humanos» (Schmucler: 1979, 3).

La acusación era rotunda y de ella se seguían dos corolarios: por un lado, que el reclamo de derechos humanos y democracia debía hacerse en nombre de otro tipo de proyecto político que el que encararon las organizaciones revolucionarias; por otro lado, que era necesario impugnar cualquier intento de relegitimación del proyecto revolucionario a través de la lucha por los derechos humanos. Ambos corolarios se desprendían así de la índole vanguardista, elitista, militarista y finalmente «terrorista» que Schmucler atribuía a estas organizaciones (vemos por otro parte cómo la adjetivación, por otra vía argumentativa, coincidía con la de Caletti según vimos en el capítulo anterior), lo que explicaba a su entender por qué éstas habrían terminado «confundidas» con la «misma mentalidad fascista que privilegia la violencia» de la Junta Militar. De este modo, Schmucler dejaba abierta la posibilidad de una equivalente condena política y moral a revolucionarios y militares, a la vez que cuestionaba que las organizaciones revolucionarias enarbolan los principios de los derechos humanos en su lucha antidictatorial: una sociedad democrática, argumentaba Schmucler, debía ser prefigurada en las prácticas políticas que la anticipan y las organizaciones revolucionarias, por estas razones, no estaban en condiciones de asumir con justicia esa misión.

La polémica no se detenía aquí. En un contexto en que se estaban reuniendo las denuncias de personas detenidas-desaparecidas y la cabal dimensión del dispositivo represivo desplegado por la dictadura a lo largo del país apenas comenzaba a entreverse, Schmucler reclamaba hacia el final del artículo que no se «inflaran las cifras» de desaparecidos para no inscribir la demanda por el respeto por los derechos humanos dentro de la lógica de la guerra que a su entender persistía en el modo en que desde el paradigma revolucionario -pero también de organismos de derechos humanos- se ejercía el recuento de los muertos: «seguramente no es verdad que existan 30000 desaparecidos en Argentina, pero seis o siete mil es una cifra pavorosa. Uno solo estaría mostrando una realidad insoportable» (Schmucler: 1979, 3).

Finalmente, dado que en el razonamiento de Schmucler los derechos humanos se convertían en el parámetro desde el cual era posible evaluar la situación política concreta de cada sociedad, reprochaba a las izquierdas que no habían atravesado un proceso de «autocrítica» que no observaban de modo consecuente los principios humanitarios para evaluar los crímenes perpetrados por estados «amigos» (que sorprendentemente apoyaban a la Junta

Militar en organismos internacionales) como China y Rusia, y que omitían reconocer los derechos humanos de quienes habían sido asesinados por las guerrillas en su devenir militarista. Si el criterio de justicia de los derechos humanos residía en apreciar la dignidad de las personas, había según Schmucler que admitir que:

«[...] en la Argentina –además de los caídos en acciones, muertos de guerra reconocidos como legítimos por uno u otro bando- hubo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados sólo por ser militares, dirigentes políticos y obreros exterminados por grupos armados “revolucionarios” que reivindicaban su derechos a privar de la vida a otros seres en función de la “justeza” de la lucha que desarrollaban. [...] Aunque suene a herejía, surgen algunas preguntas que pueden servir metodológicamente para pensar el problema: ¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas discriminatorias de medir que otorgan valor a una vida y no a otra? ¿Los llamados derechos humanos evocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la relación de fuerzas de los sectores sociales en conflicto?» (Schmucler: 1979, 3).

De este modo, Schmucler acercaba así su argumentación a lo que luego se conocería como la «teoría de los dos demonios», al menos en uno de sus sentidos específicos: el de la equiparación de la violencia revolucionaria y la violencia estatal. En «Actualidad de los derechos humanos», ello se trazaba a través de diversas vías convergentes: (a) el reconocimiento de que la conflictividad política argentina había asumido la forma de una guerra (civil); (b) que esa guerra había sido encarada con usos de la violencia no convencional (lo que le permitía afirmar a Schmucler que existieron muertos no reconocidos como legítimos por «ambos bandos»); (c) que el traspasamiento de las reglas de la guerra aconteció a causa de las mentalidades simétricamente «fascistas» de los contendientes y (d) que ese accionar terrorista había dejado un tendal de muertes de personas también simétricamente inocentes, en la medida en que no se identificaban como combatientes de esta lucha, por ejemplo, los «militares asesinados por el solo hecho de ser militares».

Volveremos sobre este punto más adelante. Lo que cabe decir aquí es que este primer artículo fue duramente replicado por Luis Bruschtein Bonaparte (1979), quien ya desde el título de la nota que abría el número 2/3 polemizaba con Schmucler: «Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias». Así, si Schmucler se inclinaba ante la primera opción que planteaba la pregunta que él mismo había lanzado en torno a la «naturaleza» de los derechos humanos («¿Los llamados derechos humanos evocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la

relación de fuerzas de los sectores sociales en conflicto?»), Bruschtein, en cambio, se inclinaba claramente por una reformulación de la segunda alternativa, para afirmar que:

«Los derechos humanos no son una abstracción filosófica ni una entelequia por encima de la lucha de clases o de los campos sociales enfrentados en la República Argentina. Por el contrario, forman parte de una problemática que se desarrolla de acuerdo con una realidad establecida de la que nosotros, los exiliados, los familiares de víctimas de la represión formamos parte de manera clara. Somos los acusadores, testigos de la barbarie; somos los fiscales»(Bruschtein: 1979, 2).

Para Bruschtein, el movimiento de derechos humanos se inscribía en la larga historia de lucha de clases en Argentina, una historia signada por la violencia sistemática ejercida por las clases dominantes, a las que identificaba con la «oligarquía» y cuyo semblante trazaba en términos afines al «Retrato de la oligarquía dominante» que Walsh (2003 [1957]) había incluido en la tercera edición (publicada en 1969) de *Operación masacre*.<sup>135</sup> Así, el reclamo por los derechos humanos se convertía en una nueva forma de resistencia asumida por las clases populares en su extendido enfrentamiento contra la violencia oligárquica, por lo que el reclamo a favor de la vigencia de los derechos humanos se tornaba legítimo no a contrapelo, sino fundamentalmente en la saga de las distintas modalidades de lucha surgida de las filas populares a lo largo de la historia, incluidas, por cierto, las protagonizadas en los años setenta. Para Bruschtein no había duda en el presente sobre el «veredicto de las masas» y su apoyo a Madres de Plaza de Mayo y por eso acusaba a los «familiares moderados» de no implicarse en estos términos en el movimiento de derechos humanos, ya que «asumen como irreversible su situación particular y prefieren mitigar su dolor en el olvido» (Bruschtein: 1979, 3). Pero todavía mayor encono le provocaba a Bruschtein la puesta en duda de la cifra estimada de desaparecidos, que entendía como un cuestionamiento a la confiabilidad de las denuncias de los organismos de derechos humanos:

«[...] es doloroso este tono y más aún cuando siguiendo esa línea de pensamiento se hacen afirmaciones despectivas hacia el movimiento de derechos humanos en nuestro país, poniendo en duda las denuncias efectuadas. Nadie, solamente el gobierno, puede decir sin ruborizarse que estas denuncias son «infladas» o que existe la Liga de Familiares Víctimas de la Subversión. [...] Cuando el movimiento de familiares denuncia la

---

<sup>135</sup> De aquí que de lo que se trataba era de «Terminar con la violación de los derechos humanos en Argentina no es cuestión de buenas intenciones; hay que destruir a la burguesía oligárquica, porque el problema de la violación de estos derechos en Argentina no comienza el 24 de marzo de 1976; ni siquiera comienza durante el gobierno de Isabel con la Triple A. Su origen se remonta a los orígenes mismos de nuestra patria, cuando se fue conformando de acuerdo con un modelo de desarrollo capitalista dependiente» (Bruschtein: 1979, 3).

existencia de entre 25 y 30 mil desaparecidos es porque realizó un estudio tan serio y puntilloso como su situación se lo permite» (Bruschtein: 1979, 3).

En parte, podría pensarse que este debate exhibía los efectos multiplicados del «poder desaparecedor» (Calveiro: 1998): Schmucler y Bruschtein, ambos exiliados y familiares de desaparecidos,<sup>136</sup> asumían como propia la responsabilidad de establecer cuántos eran los desaparecidos, algo que en realidad sólo le correspondía -y aún hoy le corresponde- al Estado que había organizado sistemática y generalizadamente el crimen de la desaparición. Sobre ese subsuelo del horror, la discusión se sostenía no obstante sobre la necesidad de definir si la lucha de clases y los derechos humanos resultaban o no convergentes para condenar políticamente a la dictadura, y desde qué tipo de izquierdas se iba a encarar la lucha por los derechos humanos. Como para Bruschtein era imposible desinscribir al movimiento de derechos humanos de la historia de las luchas de las clases populares argentinas, entendía que Schmucler adoptaba una «abstracta equidistancia» al equiparar los reclamos por la situación de las víctimas de la represión dictatorial con la emergencia de la Liga de Víctimas de la Subversión.<sup>137</sup>

Con todo, aunque Bruschtein trazaba un nexo entre el movimiento de derechos humanos y la lucha de clases en Argentina, aceptaba de todos modos que la resistencia popular en este nuevo tiempo presente ya no podía ser dirigida por las organizaciones revolucionarias, ya que «en Argentina se agotó definitivamente el modelo revolucionario expresado a partir del Cordobazo por las organizaciones armadas u organizaciones político-militares» (Bruschtein: 1979, 3). ¿Por qué? Básicamente, por las mismas razones que, como hemos visto, recogía una publicación como *Controversia*: porque dicho modelo revolucionario colocaba a la política, y sobre todo a la política de masas, como una variable dependiente de la lucha militar, lo cual

---

<sup>136</sup> Pablo Schmucler, hijo de Héctor Schmucler, era militante Montonero y fue desaparecido en enero de 1977. Con testigos y notas de diarios pudo reconstruirse que fue acorralado y tiroteado por la policía bonaerense. Sus restos fueron enterrados como NN en el cementerio de La Plata y luego trasladados al osario, por lo que aún no fueron identificados. Luis Bruschtein es hijo de Laura Bonaparte, una de las históricas fundadoras de Madres de Plaza de Mayo. Su padre, Santiago Bruschtein, y sus hermanos, Aída, Irene y Víctor, fueron secuestrados y desaparecidos entre diciembre de 1975 y fines de 1976.

<sup>137</sup> «No es casual que nadie conozca a los integrantes de la Liga de Familiares de Víctimas de la Subversión. Tampoco es una casualidad que se haga conocer colocando bombas panfleteras para provocar el pánico y la desconcertación de varios cientos de familiares de víctimas de la represión que se encontraban frente a Casa de Gobierno. Si este organismo existiera realmente, su dinámica lo llevaría necesariamente a cuestionar aspectos esenciales del gobierno militar, en particular el argumento de la guerra sucia donde todo es válido» (Bruschtein: 1979, 3).

había generado «desviaciones» que no se debían repetir.<sup>138</sup> Pero a pesar de que la guerrilla no debía por estas razones dirigir al movimiento de derechos humanos en Argentina, tampoco era legítimo impugnar su participación en esta lucha, ya que «ninguna de las fuerzas políticas que hoy enfrentan, cada una a su modo, a la dictadura, tiene derecho a abrogarse una autoridad moral que impida a otra de ellas, incluyendo las organizaciones guerrilleras a participar activamente en la denuncia de la violación de derechos humanos en Argentina» (Bruschtein: 1979, 3).

En síntesis, mientras Schmucler trazaba un corte entre la vieja izquierda revolucionaria y la nueva izquierda receptiva de la agenda de los derechos humanos, Bruschtein en cambio no exigía un corte abrupto con el horizonte ideológico de la cultura revolucionaria, más allá de que reconocía que el modelo del «partido armado» –pero no necesariamente la «violencia popular»- estaba agotado. Desde esta perspectiva, la derrota quedaba circunscripta a una forma de organizar la lucha popular, pero no a los principios y valores que habían dado lugar al surgimiento de las organizaciones revolucionarias, ya que éstos permanecían intactos en el nuevo movimiento de los derechos humanos. Con lo cual quedaba abierta la posibilidad de pensar que al menos parte de la «herencia» de la cultura política revolucionaria podía y debía constituirse en «legado» para el nuevo movimiento de derechos humanos.

La respuesta de Schmucler a Bruschtein no se demoraría: aparecería en el cuarto número de la revista con el artículo «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera», incluido en una sección específicamente dedicada a «los argentinos y el exilio». Si bien el título del artículo unía con una conjunción a la «Argentina de adentro» y la «de afuera», todo el argumento giraba en torno a la completa disociación entre ambas. En efecto, Schmucler presentaba una trama civil por la cual los «argentinos de adentro» intentaban rehacer sus vidas en las duras condiciones que le imponía la dictadura, lo cual significaba un empeño que para valorarlo en su cabal significación política requería usar lentes bien distintas a las que utilizaban ciertos sectores del exilio argentino, que caracterizaban a la «Argentina de adentro» como la sede de una heroica resistencia popular que retomaba en el presente la serie de luchas inconclusas de

---

<sup>138</sup> En estos términos rechazaba entonces Bruschtein la dirección de las organizaciones revolucionarias del movimiento de derechos humanos: «La subordinación de la política de masas y sus estructuras, determinó la absoluta imposibilidad para convertirse desde esa posición [a las organizaciones revolucionarias] en la conducción de las masas populares. Este dilema todavía no pudo ser resuelto» (Bruschtein: 1979, 3). Como ejemplo de «desviacionismo» en la historia citaba el caso de Severino di Giovanni.

la historia reciente.<sup>139</sup> Para Schmucler, entonces, no se podía tomar la parte por el todo: allí estaban las Madres de Plaza de Mayo, luchando con suma dignidad pero dentro de una escena patética por el modo solitario en que llevaban adelante sus reclamos.<sup>140</sup> Esa imagen patética debía servir para advertir que el significado de los derechos humanos para los «argentinos de adentro» eran notablemente distinto que para los familiares y víctimas de la Argentina «de afuera»; por esta razón se tornaba necesario cortar todo lazo entre el nuevo movimiento de derechos humanos y el paradigma revolucionario, ya que:

«Ya hemos dicho que nosotros, dolorosamente, estamos en el bando de los derrotados. El conjunto del pueblo, enemigos de la junta militar, tampoco reconoce como amigos a los integrantes del otro grupo beligerante. Ni unos ni otros deben seguir en escena. Los guerrilleros, equivocados, han muerto; los enemigos están allí y a ellos hay que enfrentarse. No con los cadáveres, a los que el pueblo no sustituye, sino con las formas viables que le permiten vivir y avanzar» (Schmucler: 1980a, 4).

De este modo, Schmucler ratificaba sus posiciones previas: el movimiento de derechos humanos no era legatario del proyecto revolucionario, por la agria y contundente razón de que el pueblo argentino no había hecho suyo ese proyecto: esta era la verdad de la derrota (y la «Argentina de adentro», su confirmación más rotunda). Sin embargo, lo que retrospectivamente puede ser leído como un lúcido análisis de la situación argentina entre fines de 1979 y principios de 1980 (en el sentido de que las denuncias por las violaciones de los derechos humanos no terminaban de mellar aún el poder de los militares argentinos en esos días), se desdibujaba en una línea argumentativa que dejaba entender que la lucha antidictatorial debía plegarse enteramente a estas condiciones políticas tan desfavorables, especialmente la lucha antidictatorial que se llevaba adelante en la «Argentina de afuera». Ya sea porque los derechos humanos evocaban a la muerte, y de lo que se trataba en la Argentina era de apostar a la vida en las formas en que se estaba recomponiendo la sociedad civil; o ya

---

<sup>139</sup> «En Argentina quedaron -es bueno recordarlo- las conducciones de todas las organizaciones políticas (salvo la dirección montonera que se fue desgranando en el exterior), los dirigentes obreros (algunos en la cárcel), los delegados de fábrica, todos los obreros. Ellos, los que están allí, son también las víctimas del terror desatado por el estado militar y desde allí han comenzado a edificar nuevas opciones que demandarán largo y paciente tiempo. La sociedad civil argentina se rehace a través de caminos plurales, aprovecha los resquicios, estimula las contradicciones, vive la *realidad* y desde ella se eleva. Realidad que dista de la imagen inmóvil que guarda la retina de muchos exiliados [...]» (Schmucler: 1980a, 4).

<sup>140</sup> «Las Madres de Plaza de Mayo constituyen uno de los hechos más patéticos que muestran el dolor, el horror y el crimen. [...] Cada jueves, el espectáculo es observado por una sociedad que no participa de la manifestación. Es parte de un capítulo que para la mayoría se ha cerrado para que comience otro, con nuevos y viejos protagonistas, si los viejos saben entender a los nuevos» (Schmucler: 1980a, 5).

sea porque en nuestro país no tendría lugar un «Nuremberg argentino»<sup>141</sup> (de modo que nada conveniente resultaría de una política que se propusiera tal fin), en cualquier caso el corolario era el mismo: para no generar parálisis en la Argentina de adentro, las luchas por los derechos humanos en el exilio debían reformularse de raíz, en un sentido que Schmucler no terminaba de aclarar. Nuevamente aquí la matriz concentracionaria parecía reactivarse: una vez producida la escisión entre la Argentina de adentro y la Argentina de afuera (uno de los efectos principales del ya así nombrado en este artículo de Schmucler como «terrorismo de estado») se volvía imposible reunirlos. Schmucler reconocía que la fragmentación y privatización eran efectos distintivos del «campo concentracionario»; pero en aras de subrayar que la dirigencia de las organizaciones revolucionarias reproducía esta lógica cuando postulaban una «Argentina de adentro» a imagen y semejanza de las posiciones -en rigor, de las fantasías «revolucionarias» todavía intactas- de la «Argentina de afuera», no alcanzaba empero a apreciar cómo este efecto del campo de concentración se reintroducía en su propio discurso.

Nuevamente la argumentación de Schmucler sería sucesivamente replicada en *Controversia* por colaboradores externos. En este sentido, Susana Agud<sup>142</sup> le reprochó a Schmucler dejar de lado las no pocas evidencias que mostraban un crecimiento de la visibilización de las denuncias por violaciones de derechos humanos en Argentina, como podía apreciarse con la emergencia de estos temas en las páginas de la prensa (Agud aludía a ello con un acápite del *Buenos Aires Herald*), la presentación de habeas corpus colectivos, las largas filas denunciadoras ante las oficinas de la CIDH y el ya mencionado pronunciamiento reciente del Partido Justicialista (impulsado por Bittel) que condenaba la política represiva de la Junta. En los términos del título de su nota («Ni olvido ni venganza: justicia») de lo que se trataba era

---

<sup>141</sup> La idea de un «Núremberg argentino» surgió de las filas de la CADHU, especialmente de su sede francesa y a partir de una intervención de Rodolfo Mattarollo presumiblemente en mayo de 1978. Inicialmente, la apelación a «Núremberg» funcionó como estrategia de sensibilización ante la opinión pública europea de que la situación argentina era igualmente grave que casos como el genocidio nazi. Con la dinámica de la lucha antidictatorial, y así llega al texto de Schmucler, fue adquiriendo otro sentido: el de un horizonte posible de juzgamiento a los militares argentinos por los crímenes cometidos. Hacia el final de este proceso de lucha se consolidaría la idea de establecer juzgados propiamente argentinos para enjuiciar a los responsables de la dictadura militar. Ver la interesante reconstrucción histórica de Jensen (2019) sobre este punto. Tanto Schmucler (1980a) como Eliashev (1980) descartan por improbable, ambos en 1980, la constitución de juzgados en condiciones de enjuiciar a los militares argentinos -al estilo Núremberg o con tribunales argentinos.

<sup>142</sup> Susana Agud fue una abogada y escritora. Su militancia arrancó con el Cordobazo, fue presa política por más de un año durante el gobierno de Isabel Perón y se exilió en París un mes antes del golpe militar, donde como abogada militó las causas de los derechos humanos.

de acompañar y multiplicar estos reclamos para construir un horizonte de justicia -que Agud confiaba venidero, algo que no era evidente en ese contexto- imposible de alcanzar si se consideraba la situación de los desaparecidos como un «asunto cerrado» -a ese corolario, según Agud, había que arribar según el modo en que Schmucler presentaba la situación de la «Argentina de adentro».

Por su parte, Osvaldo Pedrozo sumó nuevos cuestionamientos a las posiciones de Schmucler, señalando que el reconocimiento de una correlación de fuerzas desfavorables para el movimiento de los derechos humanos en Argentina no podía derivar en un «blanqueo» de las políticas represivas de la Junta, como así tampoco la necesidad de reconstrucción de la vida social debía asimilarse con una aceptación resignada de los efectos del terror. Al mismo tiempo, Pedrozo apuntaba a una cuestión que generó discusiones muy complejas en el exilio: cómo hablar de los desaparecidos en un contexto en que se reclamaba por su «aparición con vida». Como Schmucler, en «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera», sostenía que la mayoría de ellos habían sido asesinados, Pedrozo objetaba que:

«Muchos compañeros desaparecidos, miles, no son cadáveres, están vivos, permanecen secuestrados; es probable que sigan torturados, pero están vivos, y su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad se basa en que los que estamos fuera de las cárceles y campos de concentración, nosotros y nuestros compatriotas en el exilio y en la Argentina, no los consideremos cadáveres. Más aún: su rescate deber ser uno de los objetivos centrales de nuestra lucha, así como también lo hace, marchando cada jueves, gente que ha quedado en nuestro país» (Pedrozo: 1980, 15).

También a través de esta discusión podían apreciarse los efectos prolongados del centro clandestino de represión: la figura del desaparecido había sido enteramente producida por este dispositivo, pero quedaba a cargo de exiliados, militantes y familiares descifrar cómo aludir a ellos en el contexto de la lucha antidictatorial. Las paradojas y conflictos que implicaban conceptualizar a la figura del desaparecido ya se observaban en este momento del debate que *Controversia* había decidido publicar. En este sentido, Schmucler reconocía que los desaparecidos habían sido en su gran mayoría asesinados, bajo un análisis de la situación política en Argentina donde los escenarios de verdad y justicia lucían improbables, y la desconexión entre la «Argentina de adentro» y la «Argentina de afuera» parecía rotunda; Pedrozo, en cambio, acentuaba la necesidad de construir un horizonte de reparación para los desaparecidos (aún cuando aceptaba la desfavorable correlación de fuerzas entre el poder

militar y el movimiento de derechos humanos), pero su argumentación parecía requerir para ello que los desaparecidos estuvieran vivos, aun dejando de lado las cada vez más notorias evidencias que sugerían lo contrario. Entre esas evidencias, se encontraban los testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de represión, cuyos relatos comenzaron a circular en el exilio en el contexto de la llegada de la CIDH a la Argentina. El modo en que había que interpretar esos relatos también formó parte de las polémicas desarrolladas en *Controversia* sobre el significado político de los derechos humanos.

### **El significado político de los testimonios de los sobrevivientes**

El 12 octubre de 1979, tres militantes montoneras, Ana María Martí, Sara Solarz y Alicia Milia, relataron ante la Asamblea Nacional Francesa su experiencia de cautiverio en la ESMA. La declaración estuvo patrocinada por CADHU<sup>143</sup> y desencadenó una saga de testimonios de sobrevivientes cuya circulación en el exilio no se detuvo, hasta prolongarse en décadas siguientes en libros, películas, documentos y, a partir del Juicio a las Juntas, en uno de los principales elementos probatorios en sede judicial del carácter sistemático del plan represivo de la dictadura.<sup>144</sup> Los testimonios de Martí, Solarz y Milia tuvieron un enorme impacto en la opinión internacional (no resultó menor para ello que haya tenido lugar en Francia -que por razones como las que supo explicar Bourdieu se atribuyó con éxito a lo largo de su historia el paradigma de los «derechos del hombre»- y que hubiera sido jerarquizado por Mitterand, quien puso a disposición su custodia para garantizar la seguridad de las testimoniadas) y contribuyeron a incrementar la visibilidad de las denuncias que la visita de la CIDH había comenzado a recoger en su visita a la Argentina. Al mismo tiempo, añadieron una nueva forma de nominación de los desaparecidos con la figura del «sobreviviente», asumida como tal por las testimoniadas, y diferenciada de la categoría de «preso político», para dar cuenta de las condiciones específicas de cautiverio en los centros clandestinos de represión.

Ahora bien, más allá del impacto y de los apoyos que ciertamente concitaron los relatos de Martí, Solarz y Millia, sus testimonios también generaron debates en las comunidades de exiliados argentinos en torno a las formas de encarar la lucha antidictatorial. En efecto, sus reconstrucciones daban cuenta de las condiciones de cautiverio, los vejámenes sufridos, y los

---

<sup>143</sup> Franco (2008) y Jensen (2010) sugieren que Montoneros ideó este acontecimiento.

<sup>144</sup> Para un análisis detallado de la «era del testimonio» en el exilio, ver González Tizón (2021).

dispositivos de producción masiva de la desaparición de personas. Al explicar el mecanismo del «traslado», las sobrevivientes no dejaban lugar a dudas: la enorme mayoría de los desaparecidos habían sido asesinados.

Una de las reacciones que se generaron ante estos testimonios se expresó como malestar ante lo que un sector del exilio argentino entendía que podía ser utilizado por la dictadura como un aval a su discurso: el que sostenía que los desaparecidos estaban vivos en el exterior. Otra de las reacciones, en línea con la réplica de Pedrozo a Schmucler, consistió en solicitar que no se publicite «apreciaciones personales» de los sobrevivientes que dieran a entender que el «mecanismo del traslado» implicaba «automáticamente la muerte del desaparecido», como se lee en una carta de COSOFAM enviada el 21 de febrero de 1980 a CADHU, que había patrocinado estos testimonios.<sup>145</sup> Como muestra una solicitada de COSOFAM (1981) en *Controversia*, la línea que siguió esta organización respecto a estos testimonios consistió en reconocerlos como prueba irrefutable de la «implementación de la práctica del terrorismo de estado» pero también, sin pretender por ello, según se admite, entablar una polémica con los sobrevivientes, como apreciaciones personales «de algunos testimonios acerca de la suerte corrida por la mayoría de los detenidos desaparecidos (COSOFAM: 1981, 47).<sup>146</sup> Además de la expectativa, como vimos en el artículo de Pedrozo, de «rescatar con vida» a los desaparecidos -cabe recordar que la demanda de «aparición con vida» que sostuvieron una parte importante de los organismos de derechos humanos se mantendría hasta incluso los inicios de la recuperación de la democracia en Argentina-<sup>147</sup> lo que subyacía en este tipo de respuestas era la idea de que el reconocimiento de los asesinatos suponía acompañar lo que era considerado como una política de «blanqueo» -según los términos de Pedrozo- por parte de la dictadura, que ya no denegaba a los desaparecidos en cuanto desaparecidos, sino que directamente los declaraba muertos, sea a través de declaraciones a la prensa o por medio de las leyes -mencionadas al inicio de este capítulo- que así lo «sancionaban» transcurrido el año de la denuncia de la desaparición. De aquí que, en una solicitada publicada en *Controversia*, COSOFAM ubicara en un mismo campo discursivo -aunque no político- a la dictadura, Balbín y Schmucler, ya que

---

<sup>145</sup> Ver COSOFAM (1980b).

<sup>146</sup> Algunos intelectuales exiliados en México, como Mempo Giardinelli, hicieron suyo este encuadre. Ver Bernetti y Giardinelli (2003).

<sup>147</sup> Sobre este punto, ver Longoni (2010).

«los que reclamamos aparición con vida de los desaparecidos (Familiares de Argentina, Co.So.Fam de todo el exilio, Madres de Plaza de Mayo, etc.), somos apoyados por organismos de derechos humanos distintos, sectores religiosos, sindicatos, personalidades políticas, etc. Este apoyo varía desde asumir idéntica posición hasta exigir a las autoridades militares una total aclaración del problema por razones de éticas y/o justicia [...].

En el otro grupo se encuentran quienes opinan que ‘todos los desaparecidos están muertos’. Toman partido por esta casi consigna personal de la más diversa procedencia política y con objetivos que suponemos absolutamente antagónicos, ya que además de algunos testimoniantes, sostienen lo mismo Saint-Jean, el doctor Balbín, el señor Schmucler, entre otros» (COSOFAM: 1981, 47).

Finalmente también circularon sospechas sobre los sobrevivientes. A partir de lógicas de evaluación moral difícilmente pertinentes para ponderar comportamientos en una situación límite como la que produjeron los centros clandestinos de detención en Argentina, esas sospechas tendían a asociar la sobrevivencia con alguna forma de «traición»<sup>148</sup> a la organización o de colaboración de los testimoniantes con la dictadura.<sup>149</sup> El hecho mismo de que Martí, Solarz y Millia tuvieran que aclarar, en su propio relato, cómo sobrevivieron al dispositivo concentracionario y de qué modo habían llegado a la Asamblea Nacional Francesa era indicativo de ello: en un nuevo efecto del campo, las víctimas debían dar cuenta de las razones de su «sobrevivencia».<sup>150</sup>

Fue una vez más Schmucler quien volvería a sentar postura en este contexto tan complejo; lo haría en «Testimonios de los sobrevivientes» (Schmucler: 1980b), su última intervención en esta serie de debates desarrollados en *Controversia*. En este artículo, luego de aclarar, en base a un conjunto ampliado de testimonios (no sólo los de Martí, Solarz y Milia)<sup>151</sup>, que «nada puede condenar a la junta militar responsable del golpe de 1976 como estas narraciones del

---

<sup>148</sup> A partir de aquí escribimos las palabras «traición» y «delación» con «comillas», para mostrar la distancia entre el término empleado para enjuiciar comportamientos supuestamente «colaboracionistas» de militantes bajo tortura en los centros clandestinos de represión y la valoración que hacemos de ese uso, que rechazamos por no considerar las condiciones específicamente excepcionales en que habrían tenido lugar esos comportamientos.

<sup>149</sup> Sobre lo problemático que resulta la utilización de la idea de «traición» para definir comportamientos en contextos como los que debieron atravesar los militantes secuestrados en la última dictadura militar, ver Longoni (2007).

<sup>150</sup> En los casos puntuales de estas sobrevivientes, ellas explicaron que habían sido «liberadas» en el marco de los planes presidenciales de Massera, quien pretendía demostrarle a la opinión pública internacional que era respetuoso de los principios humanitarios y que además pretendía ganarse cierto apoyo popular con esa decisión. Torciendo esa «misión» que se les había encomendado, las sobrevivientes denunciaron ante el mundo cuál era la índole y dimensión del aparato represivo en la Argentina, aportando elementos probatorios de un tipo específico de crimen, la desaparición de personas, que contiene en su propia ejecución la pretensión de borrar sus huellas.

<sup>151</sup> También consultó los testimonios de Graciela Geuna, los recogidos por *Amnistía Internacional*, las declaraciones de Oscar González y Horacio Cid de la Paz, y el testimonio de Juan Carlos Scarpati.

horror» (Schmucler: 1980b, 4), calificaba como «escatológico» el argumento utilizado por Pedrozo para rebatir sus posiciones en «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera», pues entendía que lo que estaba en debate no era precisamente un inventario de muertos y vivos, aunque también señalaba que si ese era el punto, la abrumadora evidencia disponible indicaba que los desaparecidos, en su gran mayoría, habían sido asesinados.<sup>152</sup> Con todo, en «Testimonios de los sobrevivientes» matizaba el sombrío pronóstico que le había hecho afirmar en «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera» que no habría un «Núremberg argentino», entreviendo ahora sí con la emergencia de los relatos de los sobrevivientes algún tipo de horizonte político para las denuncias del movimiento de derechos humanos; sin embargo, en el mismo artículo remarcaba la idea de que estos testimonios también eran reveladores de un tipo de construcción política, el de las organizaciones revolucionarias, que de ningún modo sería reivindicada en ese eventual escenario futuro sino de justicia, al menos de «rendición de cuentas»:

«Alguna vez la sociedad argentina pedirá una rendición de cuentas por la forma en que fueron aniquilados miles de sus miembros. Lo pedirá, aunque no sea hoy ni mañana, porque ahora lo que necesita es reparar sus heridas y seguir viviendo. Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual ‘indignación moral’ de los argentinos se transforme en condena por la forma de una represión sin barreras, la política que encarnaban muchos de los desaparecidos de ninguna manera será reivindicada» (Schmucler: 1980b, 5).

Así, el núcleo argumentativo de «Testimonios de los sobrevivientes» consistía en mostrar que además de ofrecer una prueba contundente del horror, estos testimonios acercaban un nuevo prisma para pensar la derrota del proyecto revolucionario. Para ello Schmucler retomaría la equiparación entre las matrices políticas operantes en las prácticas represivas de la dictadura y la lógica militarista de las organizaciones revolucionarias; pero lo haría desde un nuevo ángulo argumentativo: a diferencia de «Actualidad de los derechos humanos», esta equiparación ya no se fundaba en un mismo «culto a la muerte» de índole «fascista» o en la compartida humanidad de las víctimas de «uno y otro bando», sino en una concepción «tecnicista» de la política por la cual la vida humana no aparecía como un «fin en sí mismo» sino como un instrumento para consecución de fines postulados como «trascendentes». Si este argumento resultaba por sí mismo controvertido, el elemento probatorio que encontraba

---

<sup>152</sup> «[...] lo cierto es que los únicos datos directos y verosímiles que poseemos, son los que nos llegan a través de los testimonios de éstos que aún viven y que, a su vez, son los únicos desaparecidos que retornaron al mundo de los vivos» (Schmucler: 1980b, 4).

Schmucler para justificarlo era aún más polémico: la cuestión de la «delación» en los centros clandestinos de represión. Sostenía Schmucler:

«El torturado que delata, que colabora, frecuentemente no es derrotado sólo por el sufrimiento. Su derrota es previa; cae derrotado porque ha vivido en diálogo continuo con la muerte, donde el fin de su cuerpo aparece como una instancia táctica al servicio de una *técnica* política. La derrota, paradójicamente, se produce cuando toma consciencia de que la muerte no es inevitable. De que la vida es posible y que lo único que se le había ofrecido es la muerte. A la máquina terrorista implementada por las fuerzas armadas, se opone otra máquina que sólo confía en su confianza técnica a cuyos servicios están los militantes. [...]. Si no hubiera una matriz sustancialmente similar, sería difícil comprender por qué se puede pasar tan fácilmente y en cantidad tan significativa a la máquina hasta ese momento enemiga» (Schmucler: 1980b, 5).

De manera condensada, este pasaje abrió varias líneas polémicas bien ásperas, aunque todas ellas convergentes hacia una misma dirección: la responsabilidad de las organizaciones revolucionarias en el desencadenamiento de la tragedia argentina. En primer lugar, Schmucler desarticulaba las sospechas que recaían sobre los sobrevivientes, pues la idea misma de la «delación» o de cualquier tipo de «colaboración» era tomada en su argumentación no como efecto de la tortura, menos aún como producto de un «quebrantamiento moral individual», sino como un problema colectivo y en tanto tal atribuible al tipo de construcción política que se dieron las organizaciones revolucionarias. En segundo lugar, la «delación» proporcionaba indicios, y de manera extrema, de la tesis que el comité de redacción de *Controversia* había defendido en el primer editorial: que la derrota política había antecedido a la derrota militar de las organizaciones revolucionarias, pues antes incluso de la tortura los militantes ya se encontraban derrotados. En tercer lugar, atribuía a las guerrillas argentinas sostener prácticas y discursos que idealizaban la muerte, cuya contrapartida era la estigmatización del sobreviviente en términos de «traidor», ofreciendo así una muestra cabal de una profunda incomprensión de las condiciones del dispositivo concentracionario.<sup>153</sup>

Todo ello se dejaba descubrir en el dilema sin salida que la «organización revolucionaria» reservaba a sus militantes: o traidor o suicida. En efecto, según Schmucler bajo el dispositivo dispuesto por el «partido armado», la vida del militante debía ofrecerse como prenda sacrificial del triunfo de la organización; de lo contrario, esto es, si sobrevivía, quedaba sometido a una estructura de culpabilización. En cualquiera de los dos casos, el cuerpo

---

<sup>153</sup> Para el concepto de «dispositivo concentracionario», ver Calveiro (1998).

militante era objeto de una gestión que para Schmucler no difería en lo sustancial de la gestión militar de los cuerpos torturados en los centros clandestinos de detención, una gestión que conducía de este modo a derivas sin salidas, ya que la promesa de la emancipación colectiva que portaba la organización suponía sin embargo la propia muerte de los militantes. Ello se tornaba por último patente en la decisión -la crítica aquí apuntaba directamente a Montoneros- asumida por los dirigentes de la guerrilla peronista de distribuir la píldora de cianuro para que los militantes la consuman cuando estuvieran a punto de ser capturados:<sup>154</sup>

«La pastilla de cianuro que acompañaba permanentemente a gran número de militantes guerrilleros ¿tendía a evitar la traición? ¿Se ha pensado lo que significa como proceso de desgaste y subestimación el sentirse “traidor en potencia”? Para negarse a la posible traición, el militante se transforma en suicida constante. Ante cada riesgo, la pastilla entre los dientes. Una, dos, tres muertes diarias. Entre traidor y suicida, ningún lugar para la vida» (Schmucler: 1980b, 5).

Schmucler cerraba en estos términos su radical impugnación al proyecto revolucionario. En su discurso, la técnica política de la gestión del cuerpo militante era signo de que las organizaciones revolucionarias habían reproducido hacia sus propias filas la misma modalidad de dominación del enemigo que proclamaban combatir. Con todo, las preguntas persistían: ¿era realmente equiparable, en términos políticos y éticos, es decir, en la relación misma del sujeto con su libertad, la píldora de cianuro y la tortura en los centros?<sup>155</sup> Y aún si se aceptara –lo que ya resulta del todo problemático- que revolucionarios y militares hubieran expresado a su modo una misma lealtad para lo que en términos frankfurtianos se ha denominado como el reinado de la razón instrumental: ¿se seguía de ello que a revolucionarios y a militares le cabían las mismas responsabilidades políticas? Más allá de estas preguntas, Schmucler dejaba planteado que la crisis del proyecto revolucionario no era solamente atributo de una específica organización revolucionaria, sino del socialismo mismo:

---

<sup>154</sup> Sobre la disposición de la conducción de Montoneros de habilitar el consumo de pastillas de cianuro a sus militantes para evitar su secuestro por parte de los grupos de tareas militares, ver Pastoriza (2006).

<sup>155</sup> En *Glosa*, la novela de Saer (1985), la pastilla de cianuro es para Leto (cuyo periplo parece evocar el de Paco Urondo), el resto de soberanía (o lo que resta de la soberanía) cuando se constata la derrota de la revolución. Las escenas finales de esta novela están sólo en parte en sintonía con el argumento de Schmucler: pues si bien es cierto que si hay píldora, entonces la revolución está derrotada, también es cierto que el combatiente experimenta la píldora como su último sostén subjetivo, en tanto permite todavía plantear como pregunta -en forma de soliloquio- si no hay algo de sí que aún resiste a su cosificación: «‘a nadie le gusta pasar de sujeto a objeto, pero con la pastilla, ¿eh?, con la pastilla qué es lo que se anula de entre los dos está todavía por discutirse’. No estará lejos de pensar que, así como el big bang inaugura la creación, el clac inaudible de sus mandíbulas al cerrarse y de sus dientes superiores al chocar contra los inferiores para morder la pastilla la clausurará de manera definitiva» (Saer: [1985] (2003), 227).

«La lección de nuestros muertos, cuyos ojos aparecen a través de los testimonios de los sobrevivientes, es la misma que nos ofrecen las experiencias de muchos pueblos del mundo. Las razones que debemos oponer al poder dominante no son aquellas por las que murieron [los militantes de las organizaciones revolucionarias], aunque tal vez tengamos que rescatar su esperanza, traicionada por la técnica política» (Schmucler: 1980b, 5).

Si de este modo Schmucler completaba la «inversión» de los significados asociados con la «traición» (como puede apreciarse, para Schmucler los verdaderos «traidores» eran los jefes políticos de las organizaciones revolucionarias, no los militantes que «delataban» en los centros clandestinos de detención), a ello se le agregaba la no menos importante conclusión que advertía que la derrota de las guerrillas argentinas resultaba una arista de una crisis más amplia y profunda: la crisis de la idea misma de revolución tras la experiencia de los denominados «socialismos reales».<sup>156</sup> En este contexto sumamente crítico, Schmucler convocaba entonces a recuperar la «esperanza» de los militantes muertos, aunque no sus «razones», dejando sin responder la siguiente pregunta: ¿cómo recuperar políticamente esa esperanza sin el nombre —el socialismo, la revolución— que la había encendido?

También fueron varias las réplicas que recibió esta intervención, entre ellas la de Mempo Giardinelli en *Cuadernos de Marcha* (Giardinelli y Bernetti: 2003, 194-200), en la que su autor pretendía revertir el eje de la discusión que había propuesto Schmucler.<sup>157</sup> Pues si a éste le interesaba el significado político de los «testimonios de los sobrevivientes», a Giardinelli en cambio le parecía más adecuado orientar la discusión hacia los «Sobrevivientes de los testimonios» (tal el título de su nota), dentro de una argumentación que soslayaba pronunciarse (quizás porque en este punto Giardinelli coincidía en términos políticos con Schmucler) sobre las responsabilidades políticas de las organizaciones revolucionarias, para hacer hincapié en el tipo de discurso en que debía inscribirse las demandas de los organismos de derechos humanos, que al entender de Giardinelli Schmucler vaciaba de sentido entre otras razones al dar por sentado que los desaparecidos estaban muertos.

La respuesta sustancialmente política al último artículo de Schmucler provino en cambio de tres sobrevivientes del centro clandestino de detención La Perla (Córdoba), Liliana Callizo, Teresa Celia Meschiati y Piero Di Monte, quienes obtuvieron el derecho a réplica en el último

---

<sup>156</sup> Analizaremos este punto en los capítulos 7 y 8 de esta investigación.

<sup>157</sup> Giardinelli acusó al comité de redacción de *Controversia* de rechazar la publicación de su réplica a Schmucler. Por esta razón, aduce, su nota salió publicada en *Cuadernos de Marcha*. Ver Bernetti/ Giardinelli (2003). Giardinelli colaboró en *Controversia* realizando varias entrevistas a referentes políticos en el exilio.

número de *Controversia*. Luego de objetar que Schmucler construyera su argumentación a partir de generalizaciones hechas en base a ciertos fragmentos selectivamente escogidos de los testimonios que circulaban en distintas publicaciones del exilio, procedimiento que, para los sobrevivientes, resultaba a todas luces insuficiente para evaluar a una entera experiencia política, las objeciones se concatenaron alrededor de cuatro motivos. En primer lugar, que Schmucler había vaciado de sentido político la decisión de miles de militantes que habían optado por la lucha revolucionaria, al centrar su análisis en las organizaciones y no en la voluntaria inscripción de los militantes en ellas.<sup>158</sup> En segundo lugar, que era el centro clandestino, y no el ideario político abrazado por estos militantes, el que había producido (o intentado producir) su deshumanización, dentro de un proyecto que, como el militar, no sólo apuntó a aniquilar a la guerrilla, sino también a las diversas formas de construcción política con que el «campo popular» desafió el poder de las clases dominantes, dejando entender también que la envergadura de la represión guardaba relación con la envergadura de este desafío, y con una pretensión refundacional que significaba un cambio cualitativo en la historia represiva del país.<sup>159</sup> En tercer lugar, que del hecho de que «hubo derrota» (algo que los sobrevivientes reconocían) no se podía inferir, como hacía Schmucler, que no había habido resistencias al dispositivo concentracionario: allí estaban los enfrentamientos con las fuerzas represivas antes del momento de la captura y secuestro, los intentos de sobreponerse a las torturas, la búsqueda de resquicios en el espacio concentracionario para tramar alianzas entre los secuestrados, las denuncias ante la opinión pública de los sobrevivientes. Por estas razones, en cuarto lugar, era esperable que estas resistencias se multiplicarían en el futuro, pero no a contrapelo de la experiencia política derrotada, sino en nombre justamente de todos los militantes asesinados.<sup>160</sup>

---

<sup>158</sup> «Pero lo que más nos preocupa y golpea [de Schmucler] es el hecho de haber seleccionado párrafos [...] con el claro propósito de mostrar a las víctimas de los campos de concentración como seres alienados, carentes de voluntad, en un estado de astenia psíquica total, derrotados absolutamente en lo político, en lo ideológico, en lo humano; dispuestos al total servicio con los militares y sus intereses» (Callizo, Meschiati y di Monte: 1981, 29).

<sup>159</sup> «Así fueron combatidas las organizaciones guerrilleras en particular, por ser consideradas enemigos fundamentales que luchaban, estratégicamente, por la toma del poder y la desintegración del Estado. Se extendía el mismo criterio a su periferia y dimensión donde trabajaba. En consecuencia, toda aquella instancia organizativa, reivindicativa, sean sindicatos, centros de estudiantes, centros vecinales, etc., etc., fue clasificada como centros subversivos copados por los guerrilleros» (Callizo, Meschiati, Di Monte: 1981, 31).

<sup>160</sup> «Sea cuales sean las nuevas motivaciones, las nuevas formas de resistencia contra este régimen de terror, Ellos, nuestros queridos hermanos, no serán olvidados porque sus raíces parten de los más profundo de nuestro pueblo» (Callizo, Meschiati y Di Monte: 1981, 31). Hacia el final del artículo, los sobrevivientes admiten, a título de «apreciación personal», que la gran mayoría de los desaparecidos habían sido asesinados.

El contraste con Schmucler era ahora sí notable: en cada punto a partir del cual el autor de «Actualidad de los derechos humanos» buscaba establecer un corte entre la izquierda revolucionaria y una nueva izquierda democrática y respetuosa de los derechos humanos, Callizo, Meschiati y Di Monte replicaban con una argumentación que pretendía subrayar la unidad política de una experiencia de lucha que aunque conmovida rotundamente por la derrota y el dispositivo represivo implementado por los militares, confiaban sin embargo que constituiría la fuente de nuevas batallas contra las clases dominantes en un futuro próximo. Entre tantos contrapuntos, había sin embargo una coincidencia no explicitada: en las nuevas formas que debía asumir la lucha popular (que debían ser nuevas en virtud de la derrota -definitiva para Schmucler y transitoria para los sobrevivientes-) no parecía haber lugar para las conducciones de las organizaciones revolucionarias. En efecto, la respuesta a Schmucler de Callizo, Meschiati y Di Monte constituía una abierta reivindicación de la militancia, que por ello mismo contrastaba con la ausencia de algún reconocimiento para el grupo dirigente de las organizaciones revolucionarias, al que solamente aludían como los responsables -esto es, como los únicos que podían responder- sobre la introducción de la píldora de cianuro en la militancia revolucionaria.

En síntesis, el núcleo de este debate se advertía en los contrapuntos alrededor del modo de pensar políticamente las resistencias en el campo concentracionario. Para Schmucler, como vimos, la «delación» era un efecto del tipo de subjetivación política producida por las organizaciones revolucionarias; la resistencia comenzaba allí cuando los militantes accedían a la conciencia de que la vida, y no la muerte, constituía una opción disponible que les permitía eludir el destino trágico del suicidio o la «traición» al que conducía la apuesta revolucionaria; para Callizo, Meschiati y Di Monte, en cambio, las resistencias en el centro clandestino de represión (no sólo la resistencia de la tortura, sino también la construcción colectiva con el compañero cautivo en las condiciones de cosificación más profundas que puedan imaginarse) resultaban impensables sin las razones y la disposición a la lucha que habían apendido los militantes en la experiencia política organizada en torno al proyecto revolucionario.

Aún en una situación tan densa y compleja como la que atravesaban quienes participaron de estas polémicas, las preguntas quedaban planteadas: ¿qué relación existía, si existía, entre esa politicidad que surgía con la resistencia al dispositivo concentracionario y la cultura política revolucionaria? ¿Ofrecían por el contrario esas resistencias la imagen de una política nueva, a

contrapelo del «modelo revolucionario» -una política nueva que los detenidos estaban inventando en los mismos días en que habían sido desaparecidos?

Y la pregunta más importante: ¿Qué izquierda para qué nación sería capaz de instituir como legado estas prácticas de resistencia que comenzaban a avistarse en la sede misma del horror?

### **¿Dos demonios?**

Finalmente, cabe indagar qué tipo de relación guardaban estos debates, y en especial, el distanciamiento con las concepciones y prácticas políticas de las organizaciones revolucionarias que se efectuaba en algunos de los discursos que circularon en *Controversia* a partir de la introducción del lenguaje de los derechos humanos con lo que se conocería, en los años ochenta, como la «teoría de los dos demonios», esto es, con esa interpretación de la conflictividad política argentina de los años setenta que puede leerse en el prólogo del *Nunca Más* (CONADEP: 1984) y que se encontró respaldada por el prestigio de una firma, la del escritor Ernesto Sábato, y por un fuerte respaldo institucional, el de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) -creada por el ex Presidente Alfonsín para investigar los crímenes de lesa humanidad de la dictadura en Argentina.

Según esta «teoría», el terrorismo de estado había sido la respuesta a una violencia política antecedente, proveniente de extremismos de izquierda y derecha. Se trató, sin embargo, de una «respuesta» singularmente grave, puesto que contando con la posibilidad de recurrir a «tribunales», los militares apelaron a un uso de un «terrorismo infinitamente peor». Bajo esta perspectiva, entonces, el estatus del «terrorismo de estado» era pensado en términos meramente reactivos: lejos de proponerse la reconfiguración de las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales de nuestro país, la dictadura militar aparecía como responsable de una respuesta ilegítima -por lo ilegal- a un problema político y social preexistente. Por otra parte, en el marco de esa respuesta «infinitamente peor», la sociedad argentina resultaba ser la uniforme víctima del accionar de estos grupos violentos de distinto signo político, dejando así sin sentido no sólo la pregunta por las responsabilidades sociales que hicieron posible la emergencia del terror, sino también, y sobre todo, cómo fueron redistribuidos los poderes sociales, y con ello, la relación entre clases dominantes y clases subalternas en el contexto de la dictadura. Por último, bajo esta «teoría», los desaparecidos eran considerados como las víctimas emblemáticas del «terrorismo de estado» en su

condición de seres humanos antes que en virtud de sus inscripciones políticas, las cuales tanto en el libro *Nunca Más* como en el Juicio a las Juntas quedaron invisibilizadas.<sup>161</sup>

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, en *Controversia* el discurso de los derechos humanos no sólo (e incluso no principalmente) estuvo orientado a condenar los crímenes de la dictadura sino también a evaluar críticamente el tipo de construcción política que se habían dado para sí las organizaciones revolucionarias. Algunas de estas críticas ya estaban disponibles hacia el final del primer lustro de los años setenta, cuando todavía el lenguaje de los derechos humanos no ordenaba el campo discursivo de las izquierdas. Sobre todo, aquellas que alertaban sobre el devenir militarista e incluso «terrorista» al que según esta lente se habían encaminado las guerrillas marxistas y peronistas.

Tomemos, sólo a manera de ejemplo, el modo en que la revista «Movimiento»,<sup>162</sup> ligada con sectores de lo que se conoció como «JP Lealtad» (un sector importante de la Juventud Peronista que había roto con el liderazgo de Montoneros y la «Tendencia Revolucionaria» para alinearse con la conducción de Perón) evaluaba en su octavo número de agosto de 1974 el fallido intento de copamiento del Regimiento de Infantería Aerotransportado 17 de San Fernando del Valle de Catamarca, en el cual fueron fusilados 14 militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (también murieron un miembro del Ejército y un policía). La tapa de la revista estaba armada en base a un contrapunto que exhibía, justamente, un «movimiento», un desplazamiento en la valorización de las organizaciones revolucionarias, a las que se les reconocía su papel en la resistencia contra la dictadura de Lanusse («Agosto de 1972, Trelew, «la guerrilla contra la dictadura») pero a las que ahora se deploraba por su accionar durante el gobierno de Perón («Agosto 1974, Catamarca, «la guerrilla contra el

---

<sup>161</sup> El núcleo de esta teoría aparece planteado ya en los primeros dos párrafos del Prólogo del *Nunca Más* escrito por Sábato: «Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países. Así aconteció en Italia, que durante largos años debió sufrir la despiadada acción de las formaciones fascistas, de las Brigadas Rojas y de grupos similares. Pero esa nación no abandonó en ningún momento los principios del derecho para combatirlo, y lo hizo con absoluta eficacia, mediante los tribunales ordinarios, ofreciendo a los acusados todas las garantías de la defensa en juicio; y en ocasión del secuestro de Aldo Moro, cuando un miembro de los servicios de seguridad le propuso al General Della Chiesa torturar a un detenido que parecía saber mucho, le respondió con palabras memorables: “Italia puede permitirse perder a Aldo Moro. No, en cambio, implantar la tortura”. [...] “No fue de esta manera en nuestro país: a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos» (CONADEP: 1984, 9).

<sup>162</sup> La revista *Movimiento* fue una publicación de la JP Lealtad que se editó en 1974 y contó con la dirección de Miguel Saiegh y la participación en los créditos de Hernán Patiño, Ricardo Roa y Horacio Eichelbaum.

pueblo»). También Montoneros recibiría acusaciones de esta índole antes del golpe militar de 1976 (de hecho, la existencia misma de la JP Lealtad era prueba de ello): los rechazos que recibiría (sobre todo a partir del «pasaje a la clandestinidad» decidida en 1974<sup>163</sup> y aún más a partir de la realización de operaciones militares con resultados catastróficos, como el intento de copamiento del Regimiento de Infantería de Monte 29 en Formosa) serían tan intensos y severos como los que ya recibía el ERP hacia 1973.<sup>164</sup> Cabe destacar que estas condenas provenían de un sector que se proclamaba «revolucionario» como JP Lealtad, que si bien no puede ser identificado sin más con el elenco de actores políticos y sociales -la prensa masiva, en especial, *La Nación*, *La Prensa* y *La Opinión*; las direcciones de los partidos políticos; ciertos ámbitos sindicales; y entidades representativas de las clases dominantes) que terminaría conformando el «consenso anti subversivo» (Franco: 2012) que legitimaría el exterminio de las organizaciones revolucionarias y sus militancias de base, ya mostraba hacia 1974 un claro distanciamiento con la deriva militarista de organizaciones revolucionarias como ERP y Montoneros.

Estas condenas al accionar de la guerrilla se profundizaron y crecieron tras el golpe de estado de 1976 y encontraron en el exilio algunas voces dispuestas a ponerlas de manifiesto, como la Néstor Scipioni en *Las dos caras del terrorismo*, quien condenaba con iguales énfasis y motivos a los dos actores sobre los cuales luego la teoría de los demonios, en la versión de Ernesto Sábato, cargaría todas las responsabilidades: la junta militar y las guerrillas. En el centro de estas condenas aparecía la primacía que había adquirido el uso de la violencia política asociada con el terror por parte de estos actores en los años setenta argentinos.<sup>165</sup> Otras voces, como las de Envar El Kadri y Jorge Rulli (1984) también eran fuertemente condenatorias del proyecto revolucionario, aunque se esforzaban por distinguir la «violencia popular» del terrorismo de estado.

Las intervenciones de Schmucler -y con ellas la propia colocación de *Controversia*, en tanto los artículos de Schmucler, como hemos dicho, imprimieron el tono y buena parte de la sustancia del debate que circuló en sus páginas, aunque no agotaron al conjunto de posiciones

---

<sup>163</sup> Para un análisis de las controversias surgidas alrededor del pasaje a la clandestinidad decidido por Montoneros, ver Calveiro (2005).

<sup>164</sup> El operativo tuvo lugar el 5 de octubre de 1975. Murieron 12 integrantes del Ejército (varios soldados conscriptos entre ellos), un policía y nueve integrantes de Montoneros.

<sup>165</sup> Otros libros fuertemente críticos de las organizaciones revolucionarias se publicaron en los años ochenta, pero fueron concebidos y madurados en el exilio, entre ellos, Giussani (1984) y Gasparini (1988).

que tuvieron publicidad en la revista- se inscribieron dentro de este escenario crítico. Sin embargo, esos artículos ofrecían una importante novedad respecto a las intervenciones previas al golpe: la incorporación del discurso de los derechos humanos en la condena a la violencia política de los años sesenta. La equiparación que por diversas vías trazaba Schmucler -como las planteadas por Caletti pero desde un lenguaje gramsciano- entre la violencia política y las matrices ideológicas de los militares argentinos y de las organizaciones revolucionarias guardaba relación con la necesidad de subrayar justamente la novedad del paradigma de los derechos humanos. Dicho de otro modo, el argumento de Schmucler requería esa equiparación, para justificar lo profundo que debía ser el corte entre la izquierda revolucionaria y la izquierda nueva y democrática.

Pero aún cuando las críticas de Schmucler a las organizaciones revolucionarias alcanzaron niveles hiperbólicos, al equiparar por diversas vías las matrices ideológicas y políticas de militares y revolucionarios -era éste el punto que conectaba a estas ideas con el prólogo del Nunca Más, junto con cierta inocentización de la sociedad civil argentina en los términos planteados en «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera»-, existían sin embargo -y al menos- dos diferencias no menores entre los argumentos de Schmucler y la alegoría de Sábato: por un lado, de ninguno de los textos de Schmucler se desprendía que militares y revolucionarios eran «demonios», fuerzas exteriores a la dinámica histórica que de algún modo habían irrumpido y asaltado la armoniosa vida en común de los argentinos -lejos de ello, eran actores concretos con ideas concretas que resultaron interpelados por ideologías con matrices sacrificiales; por otro lado, en ningún momento Schmucler racionalizaba el «terror militar» como una «respuesta» a «terrorismos» previamente existentes. Y tampoco sustraía a los desaparecidos su identidad política, que era justamente lo que le interesaba discutir.

Quien sin embargo se encargó de acercar al máximo las páginas de la revista con las ideas recogidas ulteriormente en la «teoría de los dos demonios» fue José Eliashev (con el pseudónimo de Javier Roberto Eliercer) en «Juicios y responsabilidades: ¿Pero quién nos quitó la democracia», artículo donde acusaba a las organizaciones revolucionarias de ser las mayores responsables -incluso por encima de los militares argentinos- de la inexistencia de la democracia en el país:

«Secretamente, los argentinos envidian la democracia que no tienen. Sin embargo, la responsabilidad mayor por su ausencia no reside en fuerzas reaccionarias de actitud previsible, sino de aquellas pretendidamente progresistas, que deberían haber sido las primeras en evaluar adecuadamente quienes son los primeros beneficiarios de una paz democrática y quiénes los primeros perjudicados por su violación» (Eliashev: 1980, 22).

No es casual entonces que este máximo acercamiento con ideas afines a «teoría de los dos demonios» haya suscitado la respuesta que más a distancia (en las páginas de *Controversia*) se colocó con las representaciones adoptadas luego en dicha teoría. Así, uno de los miembros del comité de redacción de la revista, Sergio Bufano, salió al cruce, desde el título mismo de su réplica («Izquierdistas, esos brujos») de la notoria «demonización» de las organizaciones revolucionarias que se desprendía del balance de Eliashev, para distinguir así con claridad entre la legítima «autocrítica» que debía atravesar la izquierda en la nueva hora (esto es, lo que en la revista se denominaba como la «derrota»), de la lisa y llana «capitulación»:

[...] las organizaciones revolucionarias no se salvan de su responsabilidad. Ninguna se salva. Ni los Montoneros ni el PRT en su ciega ofensiva militarista, ni el PB en su basismo de hombre a hombre, ni la ultraizquierda con sus dogmáticos principios. Haber confundido un proceso de apertura democrática con una guerra popular -grosera confusión por cierto- nos ha costado bastante caro,

Pero el balance que nos corresponde a los intelectuales, izquierdistas, peronistas, y argentinos dista mucho de un público «mea culpa» propio de una confesión litúrgica. Tampoco vamos a asumir la responsabilidad por el terror que desataron las fuerzas armadas. Porque una cosa es la derrota y otra es la capitulación; aceptamos la primera con todo lo que ella implica: nuestros propios errores, nuestra confusión, el cuestionamiento de todas las *verdades-guías* que nos impusimos y nos condujeron a ella. De allí tenemos que extraer una conclusión crítica que nos llevará a la elaboración de nuevas propuestas. Pero no le aceptamos *ninguna* razón al enemigo ni esperamos la sensibilización de su conducta. Sencillamente porque toda estrategia dirigida a las clases populares estará basada en la derrota de la junta militar y en su exclusión del proceso de democracia popular» (Bufano: 1980a, 4. Subrayado en el original).

Entre la «demonización» de las organizaciones revolucionarias que se desprendían en planteos como los de Eliashev y la distinción, con resonancias aún combatientes, trazada por Bufano entre la «derrota» y la «capitulación», se colocaron las diversas «voces» en *Controversia* alrededor de la polémica sobre el nexo entre derechos humanos y cultura de izquierdas. La discusión concreta, y a la vez sobredeterminada por el tipo específico de crimen que produjo la dictadura -la desaparición-, sobre si debía reconocerse como muertos a los desaparecidos (sobre todo a partir de la proliferación de testimonios de sobrevivientes)

para entonces demandar a los militares sus responsabilidades precisas en la producción masiva del horror, o si en cambio, se debía litigar a la dictadura desde el reclamo -y la expectativa- por la «aparición con vida» de los desaparecidos, se inscribía dentro de una discusión política más global (y de fondo), a saber: si las razones por las que habían militado los desaparecidos en las organizaciones revolucionarias o en los distintos espacios de construcción política del campo popular debían ser recogidas íntegramente o al menos en parte en una nueva política de izquierdas centrada en los derechos humanos (esta era la postura de fondo, con distintas argumentaciones, de Bruschtein y de Callizo, Meschiati y Di Monte) o si en cambio de los desaparecidos había que recobrar sus «esperanzas», pero en absoluto su proyecto político (en virtud de una matriz ideológica con la que era necesario establecer un corte, pues reunía la primacía de la técnica con una lógica sacrificial), como argumentaba Schmucler en esas intervenciones que dejaron una huella en la revista, por el carácter hiperbólico de sus posicionamientos y por las encendidas réplicas que suscitó.

Como sea, con la introducción del discurso de los derechos humanos para pensar en términos críticos al proyecto revolucionario, *Controversia* comenzaba a exhibir un movimiento teórico y político que terminaría produciendo un acontecimiento en las culturas de izquierda: la adopción de un nuevo lenguaje desde el cual era posible condenar a la dictadura y, al mismo tiempo, habilitaba la posibilidad de trazar un corte entre la izquierda revolucionaria y la izquierda democrática.

Muchas de estas discusiones planteadas en la revista se desplazaron a lo largo de años e incluso décadas. «Desplazaron» en un doble sentido: estuvieron silenciadas, corridas del centro de la escena; pero a la vez, hallaron ciertos contextos propicios para que se tornasen decibles. Con la recuperación de la democracia en 1983, fue mayormente aceptada en el sistema político la idea de que existía un nexo entre derechos humanos y democracia. Pero: ¿qué relación había entre los derechos humanos y la cultura política revolucionaria de los años sesenta y setenta? Esta pregunta vertebró el debate sobre los derechos humanos en *Controversia*, y las respuestas que se pusieron en juego en esta serie polémica dejaron marcas reconocibles en los tiempos venideros. Especialmente, durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, cuando en sede estatal se auspiciaron miradas que aunque estuvieron lejos de ser reivindicatorias de esa cultura política revolucionaria, dejaron sin embargo de lado la actitud que había caracterizado a los gobiernos precedentes en torno a ese

pasado: la de amalgamar al terrorismo de estado y el proyecto político revolucionario para diferenciar de ese modo a la nueva «cultura democrática» de un pasado en bloque considerado como «ominoso». De este modo, en la primera década del siglo XXI algunas de las preguntas planteadas en *Controversia* volvieron a ser formuladas: ¿son los derechos humanos, como sostenía Bruschtein, la última forma de resistencia popular al poder, en una lucha que, como buscaba mostrar el acto central de los festejos del Bicentenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires, contiene, pero no de manera acumulativa y sin tragedias a la vista, las peleas que habían protagonizado las clases populares por la conquista de derechos civiles, sociales y políticos? ¿O son el punto de partida de una nueva izquierda construida como tal a partir de un enfático rechazo al proyecto revolucionario, como con similares énfasis a los de Schmucler en *Controversia* alegaría Oscar del Barco (un asiduo colaborador de la revista) en su *No matarás* (2006)?

#### 4. DEBATES EN EL EXILIO: DEL INTELLECTUAL REVOLUCIONARIO AL INTELLECTUAL DEMOCRÁTICO

Así como la crisis del proyecto revolucionario generó las condiciones para redefinir qué significaba la política para la cultura de izquierdas, también habilitó un debate sobre el modo en que debía entenderse la politicidad de la intervención intelectual. En efecto, si el proyecto revolucionario había sido derrotado: ¿cómo debía pensarse en este nuevo contexto el vínculo entre los intelectuales y la política? ¿Qué formas de politicidad debían ser asociadas con la palabra y acción de los intelectuales? Esta pregunta es la que nos interesa indagar en este capítulo.

La revista no eludió esta discusión, pero acudió no pocas veces a formas «oblicuas» de abordarla: se posicionó, así, organizando el debate, llevándolo a sus páginas, mostrando las aporías que surgieron en el exilio sobre estos puntos y subrayando, a través de estas operaciones críticas, la importancia de este asunto. De aquí que la primera parte de este capítulo esté dedicada a dos debates que tuvieron una importante circulación en el exilio: las polémicas entre Osvaldo Bayer y Rodolfo Terragno y entre Julio Cortázar y Liliana Heker, que giraron sobre el papel que debían asumir los intelectuales ante la dictadura. Lo que nos interesa de estas polémicas es mostrar cómo el comité editorial de la revista, al incluir estos debates en sus páginas (y con ello, jerarquizarlos) pudo exhibir, por un lado, cómo la categoría del «compromiso» quedó disponible para pensar la politicidad del intelectual en el contexto de la «derrota» y, por otro, cómo esta categoría con trayectoria en la cultura de izquierdas venía acompañada de aporías y dilemas que se reactivaron y cobraron una nueva significación en el exilio. En efecto: ¿alcanzaba con que el escritor produzca una obra «comprometida» o ese compromiso era insuficiente si no se traducía en acción?; ¿cómo ejercer el compromiso en un contexto donde el exiliado había sido escindido de las masas con las que justamente pretendía comprometerse?; ¿era posible identificar al compromiso como forma de politización del intelectual en el contexto del «genocidio cultural» argentino, según la definición de Cortázar?

Otra categoría que apareció disponible en estos debates sobre la politicidad del intelectual en el exilio es la categoría de la «responsabilidad». De aquí que, en el segundo corte que realizamos en este capítulo (se trata de un contrapunto que reconstruimos aquí en base a una operación de lectura) confrontamos dos modos bien diversos de comprender la «responsabilidad» allí cuando

Héctor Schmucler y David Viñas tuvieron que pensar qué significa la intervención política para un intelectual que era a la vez un exiliado y un padre de un hijo desaparecido.

Finalmente, en la tercera parte de este capítulo abordamos, a través de una pieza bien puntual, lo que a nuestro entender condensa y explicita, también de modo oblicuo, el movimiento global de la revista respecto al vínculo entre intelectuales y política en el exilio: la disociación de la «crítica» -entendida como forma de politización eminente del intelectual popular o de izquierdas- de la categoría del «intelectual orgánico» (al partido). Para ello, analizamos en qué términos, y bajo qué encuadres, se publicaron en *Controversia* los documentos que Walsh, junto con otros militantes que formaban parte de la Inteligencia de Montoneros, elaboraron entre agosto de 1976 y enero de 1977, en los que planteaban un diagnóstico sombrío sobre la situación de la organización y una serie de críticas punzantes respecto a su jefatura. La reinterpretación de estos documentos ofrecen interesantes pistas acerca del modo en que el comité de redacción de la revista sustrajo la categoría de la «crítica» del paradigma revolucionario para resituarla en un nuevo terreno político, asociado al tipo de intelectual que demandaba una «izquierda democrática».

### **¿El exilio como “privilegio”? El compromiso intelectual en cuestión en la polémica Terragno/Bayer**

Los debates sobre la politicidad del intelectual estuvieron atravesados por las disputas por el significado político de la experiencia del exilio. En este sentido, cabe recordar que muchos de los exiliados se reconocieron como tales tras un largo proceso de elaboración de esta experiencia. Por citar un ejemplo, en un escrito en que despedía a su amigo, Oscar Terán rememoraba que había conocido a José Aricó, «en México, en 1977, esto es, en lo que todavía no me atrevía a llamar (por miedo pero también por pudor) ‘el exilio’» (Terán: 2006, 53). La frase es interesante en tanto evocaba algunas tensiones que surgieron entre los emigrados argentinos ante una categoría con enorme peso en la cultura intelectual argentina como la de «exilio»,<sup>166</sup> y a la vez porque dejaba en evidencia ese instante de apertura histórica por el cual un nombre y una experiencia se convocan entre sí sin todavía terminar de anudarse.

---

<sup>166</sup> Con connotaciones deudoras con la generación romántica de 1837, el «exilio» ha sido construido como un espacio de politización e incluso de legitimación de la palabra intelectual. Para una historia en este sentido, véase la primera parte de la tesis doctoral de Silvina Jensen (2007).

El hecho de que no resultara evidente autocomprenderse en aquel contexto como «exiliado» puede constatarse de diversas maneras. Por un lado, quienes llegaron a asumirse como tales no lo hicieron necesariamente apenas partieron de la Argentina, puesto que en los inicios de esta experiencia no podía saberse si la dictadura militar se extendería en el tiempo. Asimismo, existió un grupo importante de emigrados, muchos de ellos militantes e intelectuales ligados con las organizaciones revolucionarias, especialmente con Montoneros, que rehusaban reconocerse principalmente como «exiliados». En efecto, este sector interpretaba esta experiencia en términos de una reterritorialización de una lucha que en esencia era la misma que la que la organización protagonizaba antes de salir del país. Ello puede apreciarse en la red de significantes que circulaba en distintas publicaciones y proclamas de esta organización, compuesta por conceptos como «repliegue», «resistencia», «contraofensiva», todos ellos vinculados a la idea de que la emigración era una fase más –producto de una decisión estratégica– de una lucha revolucionaria de larga duración, y no el indicio de que, en la historia de esa lucha, se había producido algún tipo de quiebre.<sup>167</sup>

En consecuencia, la asunción de esta experiencia en los términos del exilio supuso para los emigrados un importante trabajo que implicaba advertir con algún grado de autoconciencia que estaban atravesando un proceso de fracturas de índole biográfico e histórico. Así, resulta sugerente la observación de Marina Franco, según la cual quienes se definieron como «exiliados» resultaron intelectuales y militantes que «iban tomando conciencia de la dimensión de la represión, de la ‘derrota’ de su proyecto político, de la muerte de sus compañeros y de la imposibilidad de mantener ese proyecto desde afuera» (Franco: 2008, 82). Pero aún entre ellos, y especialmente los intelectuales, la experiencia del exilio no asumió significaciones unívocas.

Esta situación puede apreciarse a partir de uno de los debates intelectuales con más mayor resonancia en los circuitos de exiliados, que tuvo lugar en las propias páginas de *Controversia* e involucró a Rodolfo Terragno y Osvaldo Bayer. La discusión comenzó con la publicación de la ponencia de Terragno en la «Primera Conferencia Internacional sobre Exilio y Solidaridad», un congreso que había tenido lugar en Caracas en 1979 entre exiliados para reflexionar sobre esta

---

<sup>167</sup> En este sentido, puede verse el documental *Resistir* (Cedrón, 1978) o consultar simplemente las tapas de *Evita Montonera*, la revista oficial de Montoneros, durante la dictadura militar. En ellas puede leerse «Resistencia obrera, resistencia Montonera» (n° 13, abril-mayo 1976); «Venceremos» (n°14, octubre 1976); «El pueblo no da tregua» (n°17, abril 1977); «Resistir es vencer» (n°18, junio 1977), «Liberación es resistencia» (n°20, Enero-Febrero 1979), en síntesis, categorías no organizadas alrededor de la experiencia del exilio.

condición. Con un título ya de por sí polémico («El privilegio del exilio»), Terragno desplegaba allí un argumento que partía de una rígida distinción entre dos grupos: por un lado los exiliados; por otro, quienes permanecían en Argentina, para señalar luego que éstos y no aquellos debían ser considerados como los verdaderos protagonistas de la resistencia contra la dictadura:

«¿Quiénes son las verdaderas víctimas de las dictaduras, que florecieron como hongos perversos en América Latina? ¿Nosotros, que padecemos la presión de la nostalgia, o aquellos que, dentro, respiran el monóxido de la represión? ¿Los que nos desahogamos en las páginas de *Le Monde Diplomatique* o los que deben rumiar a la boca de una metralleta?» (Terragno: 1980a, 9).

En estos términos, Terragno descentraba el papel de los exiliados en las luchas contra la dictadura, al quitar cualquier ribete épico a la acción de referentes de la cultura que denunciaban a los militares argentinos en el exterior. Por el contrario, la experiencia del exilio quedaba circunscripta a una esfera cuasi privada, la del «privilegio» –dentro del infortunio– que gozaba una singular clase social: las clases medias, aludidas en el artículo por su afición a *Le Monde Diplomatique*.

Tres números después, *Controversia* publicó una réplica de Bayer, titulada «Una propuesta para el regreso». Luego de recordarle a Terragno la serie de penurias que debieron atravesar muchos exiliados, situación que invalidaba entonces caracterizar esta experiencia como un «privilegio», y tras enumerar los diversos éxitos puntuales que habían conseguido distintos grupos organizados de exiliados ante la opinión pública mundial en la labor de denuncia de los crímenes de la dictadura, Bayer redoblaba la apuesta convocando a todos los intelectuales argentinos a regresar al país para encabezar la resistencia contra la dictadura:

«Creo que ha llegado el momento en que los intelectuales argentinos deben mostrar a su pueblo que también ellos saben estar en el frente, allí expuestos, como las Madres, como los delegados obreros, como los huelguistas de los últimos cuatro años, como los curas de las parroquias pobres. [...]

Sé que para muchos será peligroso, para otros menos. [...] Y allá, llegados, no desparramarnos, seguir juntos, establecer una organización de intelectuales antifascistas, en la que se centraría la difusión de nuestra lucha. Donde la juventud sepa que allí, esos intelectuales argentinos están dando la cara todos los días. Es decir, fundar una casa de los exiliados argentinos en nuestro propio territorio para llevar al frente el esclarecimiento, nuestro aporte a la libertad de la Patria, a la conquista de los derechos de cada argentino a vivir sin humillaciones, a defender la palabra» (Bayer: 1980, 7).

La propuesta de Bayer recuperaba, en el contexto del exilio, la categoría del «compromiso» como forma de intervención política legítima para el intelectual de izquierdas.<sup>168</sup> Sin embargo, si en esta propuesta el compromiso intelectual seguía ligado con la búsqueda de alguna forma de liberación popular y de resistencia al poder, la retórica que lo legitimaba ya no era, como años atrás, de índole revolucionaria, sino más bien «antidictatorial». De hecho, Bayer interpelaba a los intelectuales invocando una causa cuya «vanguardia» ya no eran los partisanos de la revolución sino un definido actor civil no armado: las Madres de Plaza de Mayo. Al mismo tiempo, en esta propuesta se recuperaba a las víctimas del terror desde un discurso ético-humanitario, a la vez que se reivindicaba a la democracia (no solamente entendida como régimen electoral) como la causa en condiciones de reunir a los intelectuales que quisieran engrosar las filas de la resistencia contra la dictadura. En suma, el plan de retorno imaginado por Bayer consistía a su modo en una suerte de «contraofensiva», pero pacifista y llevada adelante por los intelectuales, en nombre de la democracia y la libertad, y no ya de la revolución como planteaba la «contraofensiva» montonera.

Con todo, el planteo de Bayer era a su modo dramático: la idea de un regreso colectivo de los intelectuales a Argentina para denunciar a la dictadura quedaba enteramente supeditado a un acto de voluntad que tenía serias dificultades para «situarse» como tal en la historia, ya que las condiciones políticas por las cuales esos mismos intelectuales habían tenido que dejar el país permanecían intactas. Pero además de dramático, este plan resultaba paradójico, en la medida en que la politicidad del exilio quedaba encerrada en una propuesta que justamente instaba a concluirlo. La paradoja asumía niveles hiperbólicos cuando sus destinatarios podían leer que eran invitados a iniciar una lucha «junto con» los argentinos que se «resistían» a la dictadura pero, al mismo tiempo, se definía este regreso en términos de una fundación de «una casa de exiliados en nuestro propio territorio». En su réplica a la respuesta de Bayer, titulada «Privilegio que duele aprovechar», Terragno señalaba esta aporía:

---

<sup>168</sup> La figura del compromiso tiene una larga historia, y se remonta al antecedente de Zola en el «caso Dreyfuss». Sin embargo, como «teoría» aparece canonizada por Sartre en *¿Qué es la literatura?* (2008 [1948]). Allí Sartre distingue dos dimensiones del «compromiso»: la «obra comprometida», que alude a la inscripción de la obra en una «situación» -o, como se dirá en Argentina, en un «contorno» -de modo tal que en ella se expresan los dilemas de su época y su sola existencia supone un posicionamiento ante los mismos; y el «escritor comprometido», a través de la cual Sartre convocaba abiertamente a los escritores a posicionarse en su contexto. La propuesta de Bayer hacía énfasis en esta segunda dimensión. Para una reconstrucción del modo en que la categoría de «compromiso», con sus ambigüedades, constituyó una referencia para pensar la politicidad de los intelectuales entre los años sesenta y setenta latinoamericanos, ver Gilman (2003).

«Si aún quedasen dudas, las disipan los aspectos procesales de tu propuesta. Deberíamos «anunciar públicamente nuestro regreso», asegurarnos «la solidaridad internacional», llegar acompañados por «los titulares de las asociaciones de escritores europeos y latinoamericanos, y periodistas extranjeros». Nuestro regreso «sería publicitado en el mundo entero» y la “solidaridad internacional” sería nuestra custodia.

¿Se puede pedir una descripción más explícita de un privilegio? Después de cuatro años, cuando han amainado los tiros, iríamos a demostrarles a los héroes anónimos que nosotros –protegidos por el *New York Times* y el Vaticano– somos capaces de volver. Volver, además, no para integrarnos a las penurias cotidianas sino para trasladar el exilio; para vivir aislados dentro del propio país, gozando de un estatus protector y viajando al extranjero para seguir gritando la verdad a lo lejos» (Terragno: 1980b, 6).

La postura de Terragno advertía bien los límites de la colocación de Bayer al señalar que, ya sea porque resultaba imposible, ya sea porque resultaba tardía, su propuesta de retorno agravaba algunas de las aporías que se le presentaban a la categoría del «intelectual comprometido» para definir en el contexto del exilio el nexo entre intelectuales y política. Sin embargo, y más allá de –o justamente por– sus componentes hiperbólicos, la respuesta inicial de Bayer había colocado a Terragno en la necesidad de ofrecer algún argumento que fuera algo más interesante que la sola admisión del carácter «privilegiado» de la experiencia del exilio, y que por ende estuviera en condiciones de plantear algún tipo de politicidad para la práctica del intelectual en diáspora. Por eso no era casual que en este mismo artículo («Privilegio que duele aprovechar»), Terragno ubique dicha politicidad en el propio terreno de la producción intelectual, modificando en parte la argumentación privatista que había esgrimido en el artículo que había iniciado la polémica:

«De Osvaldo Bayer –a quien los argentinos le debemos el rescate, la reinterpretación y la didáctica recreación de algunos tramos oscurecidos de nuestra propia historia– no se espera que, como Batman libertario, caiga sobre la Casa Rosada a vencer a los perversos. Osvaldo Bayer está, en cambio, obligado a contribuir a la comprensión. A explorar los orígenes de nuestros padecimientos. [...] A encontrar las claves capaces de hacernos entender nuestra tragedia» (Terragno: 1980b, 6).

Quedaba así planteado un terreno común para discutir: el exilio; aun cuando fuera considerado, como era el caso de Terragno, un «privilegio», generaba algún tipo de obligación ético-política hacia los intelectuales: lo que se discutía entre Terragno y Bayer, entonces, era la índole y el alcance de la obligación. Para Terragno, el compromiso del intelectual debía leerse específicamente a través de su obra; para Bayer, en cambio, éste debía trascender las fronteras de la misma. Así lo manifestaba el autor de *La patagonia rebelde* en la respuesta que cierra, por su parte, la polémica con Terragno, titulada elocuentemente «El papel del intelectual»:

«La única posible y fructífera misión del intelectual es estar con el pueblo, en el pueblo, principalmente en los momentos decisivos. (*No me refiero a la obra sino a la actitud personal*). Y esto sin demagogias, idealismos o fraseologías. Los intelectuales del mundo nos dieron un magnífico ejemplo en la guerra civil española: formaron filas en la columna de Durrutti, en las brigadas internacionales, en los regimientos regulares de Miaja, al lado de albañil, del labriego, del empleado de banco. El privilegio de ser intelectual les servía para una doble responsabilidad: estar con la lucha del pueblo, vivirla, hablar su lenguaje. Y relatarla, documentarla, interpretarla. Pero no desde París, sino allí, en el Ebro, en Madrid, en Huesca» (Bayer: 1981, 23).

Con esta polémica, entonces, quedaba planteado uno de los ejes del debate en torno al nexo entre intelectuales y política en el contexto del exilio: ¿qué tipo de obligaciones generaba esta experiencia para el intelectual? Y si esa obligación estaba dirigida hacia un «compromiso político»: ¿alcanzaba con manifestarlo mediadamente, esto es, en la obra crítica?, ¿o debía ejercerse cuerpo a cuerpo en el terreno y «junto con» los protagonistas de las luchas contra el poder? Cualquiera fuera la respuesta a estas preguntas, lo que aquí comenzaba a entrecruzarse era cómo, ante la crisis de las organizaciones revolucionarias –y el declive del «intelectual orgánico» entendido como «organizador» de la cultura revolucionaria– quedaba rehabilitada una vieja categoría con peso en las culturas de izquierda del siglo XX: la categoría del «intelectual comprometido». Esta «rehabilitación», sin embargo, venía acompañada de un conjunto de dilemas; si en el caso de la polémica que mantuvieron Bayer y Terragno el dilema oscilaba entre la «obra» y el «escritor comprometido», la que veremos a continuación entre Julio Cortázar y Liliana Hecker (una polémica que no surgió en *Controversia* pero que la revista, en línea con otras revistas culturales en Argentina y en el exilio, reprodujo), la aporía se recostó sobre la tajante división entre, para decirlo con los términos de Schmucler, la «Argentina de adentro» y la «Argentina de afuera».

### **Entre el «afuera» y «adentro»: la polémica Cortázar/Hecker**

El carácter problemático de la categoría del «compromiso» se exacerbó todavía más con las reacciones que originó una ponencia de Julio Cortázar titulada «América Latina; exilio y literatura», que el autor de *Rayuela* había presentado en el marco del Coloquio sobre Literatura Latinoamericana Actual (julio de 1978) y luego fue reproducida en distintos medios y revistas mexicanas. Las ideas de Cortázar serían duramente cuestionadas por Liliana Hecker en la revista

literaria el *Ornitorrinco*<sup>169</sup> y por Luis Gegerich en el suplemento cultural del diario *Clarín*, todo lo cual terminaría favoreciendo la difusión de este debate.

A pesar de que el objetivo de publicar este debate, según se lee en la introducción de los textos a cargo del comité de redacción de *Controversia*, era contribuir a la «necesidad de superar la brecha entre el allá y el aquí desde las distintas conciencias del drama ocurrido» (S/A: 1981c, 33), lo cierto es que en esta polémica esta brecha alcanzó niveles hiperbólicos, pues en el centro de la misma aparecía una pregunta que puede leerse como efecto -exitoso- de la operación de escisión sobre los diversos puntos de resistencia trazada por la dictadura: ¿es el exilio un momento determinante o bien un momento determinado de la «resistencia» a la dictadura? O trasladada a la relación entre escritor y política: ¿la obra literaria comprometida se escribe desde el exilio o bien solo puede escribirse en Argentina?

Como señala Jensen (2005), el núcleo polémico de la intervención de Cortázar se concentraba alrededor de su definición de la situación argentina en términos de un «genocidio cultural» («mi intención no es -afirmaba Cortázar- hacer una autopsia sino una biopsia; mi finalidad no es la deploración, sino la respuesta más activa y eficaz posible al genocidio cultural que crece día a día en tantos países latinoamericanos» (Cortázar: 1981a, 33); de modo tal que, bajo ese diagnóstico, sólo los escritores exiliados se encontraban en condiciones de denunciar e intentar revertir esta situación límite. De este modo, aunque con la idea de que en nuestro país se estaba produciendo un «genocidio cultural» Cortázar buscaba señalar que la dictadura también se había propuesto como objetivo la destrucción de toda una trama cultural, sus ideas sin embargo no fueron bien recibidas en Argentina: algunos escritores consagrados (Sábato, Mujica Lainez) y otros en vías de consagración (Jorge Asís) entendieron esta intervención como una impugnación hacia quienes habían permanecido en el país.<sup>170</sup>

---

<sup>169</sup> Se trata de una revista literaria creada en octubre/noviembre de 1977 en Argentina, en el contexto de la última dictadura militar. Abelardo Castillo, Liliana Heker, Daniel Freidemberg, Silvia Iparraguirre fueron algunos de los redactores de esta publicación. Como subraya el sitio Ahira, la revista se ubicaba como continuadora de dos publicaciones culturales surgidas entre fines de los años cincuenta y los años sesenta, en la que habían participado alguno de sus redactores: *El grillo de papel* y *El escarabajo de oro*. El intento de recuperar estas experiencias se legitimaba como una práctica de resistencia cultural a la dictadura. Asimismo, la revista rechazó cualquier escenario bélico de resolución del conflicto limítrofe con Chile y publicó dos solicitadas de Madres de Plaza de Mayo. Ver <http://www.ahira.com.ar/revistas/el-ornitorrinco/> [consulta: 6/11/2019].

<sup>170</sup> En este punto cabe señalar que Cortázar fue uno de los escritores argentinos más comprometidos con las denuncias de los crímenes de las dictaduras del Cono Sur. De hecho, formó parte del Tribunal Russell II, que sesionó entre 1974 y 1976 por iniciativa de Lelio Basso, y reunió a figuras como García Márquez y Juan Boch para evaluar las violaciones a los derechos humanos en Chile, Brasil y Uruguay. Por otra parte, en cuentos como «Graffiti» (Cortázar:2003 [1980]) tematizó la violencia de la dictadura argentina. Este compromiso de Cortázar

Esta lectura en clave impugnatoria de los escritores que habían permanecido en el país se apoyaba ciertamente en ciertas dicotomías que sostenían el razonamiento de Cortázar, quien contraponía al paisaje culturalmente desolador de la Argentina la imagen de un exilio dinámico que había sido capaz de superar la parálisis inicial provocada por la expulsión masiva de artistas y escritores del país ante la generalización de la represión. Índice además de que Cortázar se asignaba un papel protagónico en este exilio que imaginaba «dinámico» era el modo en que se auto inscribía, «desde 1974», como parte de la diáspora suramericana, según un argumento que distinguía su partida «voluntaria» de Argentina en 1951, y la situación vigente, caracterizada no sólo por la censura de alguno de sus cuentos, sino también por la imposibilidad de salir libremente del país en caso de que decidiera regresar. Así, su inscripción en la diáspora suramericana le permitía entonces a Cortázar hablar en nombre de un colectivo del cual se sentía parte.

Ahora bien: ¿qué tenía Cortázar para decir sobre el papel del escritor en un contexto así definido? De manera solidaria con sus posiciones previas, esas mismas que durante los años sesenta, en pleno apogeo de la radicalización de los escritores en América Latina, lo habían llevado a defender la idea de que el compromiso del escritor con la revolución no suponía relegar el específico trabajo literario,<sup>171</sup> ya que resultaba impensable un «escritor revolucionario» que no se propusiera «revolucionar la literatura», en el contexto de la diáspora sudamericana retomó estas ideas para concluir que la creación literaria debía apuntar a inventar nuevos mundos y a ofrecer obras de probada calidad que permitieran ejercer un trabajo de distanciamiento crítico y de reformulación de la «negatividad», el aplanamiento y la melancolía a la que en su opinión conducía el exilio, ya que solo de este modo el arte se convertiría en un espacio apropiado para vencer al terror:

«Exiliados, sí. Punto. Ahora hay otras cosas que escribir y que hacer; como escritores exilados, desde luego, pero con el acento en escritores. Porque nuestra verdadera eficacia está en sacar el máximo partido del exilio, aprovechar a fondo esas siniestras becas, abrir y enriquecer el horizonte mental para que cuando converja otra vez sobre lo nuestro lo haga con mayor lucidez y mayor alcance. [...] Las dictaduras latinoamericanas no tienen escritores sino escribas: no nos convirtamos nosotros en escribas de la amargura, del resentimiento o de la

---

con las denuncias contra las violaciones de derechos humanos perpetrados por las dictaduras sudamericanas no aparece reconocido o mencionado por sus interlocutores en las polémicas que aquí reseñamos. Tampoco lo será por el ex Presidente Alfonsín, quien se negó a recibir a Cortázar en diciembre de 1983.

<sup>171</sup> Ver en este sentido la polémica entre Cortázar y Collazos, especialmente Julio Cortázar, «Revolución en la literatura y literatura en la revolución» (Cortázar: 1970).

melancolía. Seamos realmente libres, y para empezar librémonos del rótulo conmisericordioso y lacrimógeno que tiende a mostrarse con demasiada frecuencia. Contra la autocompasión es preferible sostener, por demencial que parezca, que los verdaderos exiliados son los regímenes fascistas de nuestro continente, exiliados de la auténtica realidad nacional, exiliados de la justicia social, exiliados de la alegría, exiliados de la paz. Nosotros somos más libres y estamos más en nuestra tierra que ellos» (Cortázar: 1981a, 34).

De este modo, Cortázar argumentaba que el exilio generaba ciertas condiciones de libertad creativa que permitían al escritor repensarse a partir de su propia obra, y con ello generar nuevas zonas de experimentación cuyo solo ejercicio suponía un triunfo ante el terror, ya que de este modo el exilio dejaría de ser una experiencia «paralizante» para convertirse en un espacio crítico irreductible a los regímenes «fascistas». Sin descartar otro tipo de intervención política, según Cortázar era claro que el exilio proporcionaba una oportunidad para –utilizando sus propias palabras– volver a poner el «acento en el escritor», cuyo compromiso quedaría ligado al potencial crítico que fuera capaz de liberar la obra de arte en tanto experimento estético.

Sin embargo, la contracara de este énfasis en la obra literaria producida en el exilio era prácticamente la negación de la posibilidad misma de que en Argentina, a causa de la censura y el terror, fuera posible producir literatura de carácter crítico. En efecto, hacia adentro del país el terror había provocado según Cortázar

«lo que podríamos llamar el exilio interior, puesto que la opresión, la censura, y el miedo en nuestros países han aplastado *in situ* a muchos jóvenes talentosos cuyas primeras obras tanto prometían. Entre 1955 y 1970 yo recibía cantidad de libros y manuscritos de escritores argentinos noveles que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en Argentina. Y no se trata de un proceso de selección y decantación generacional, sino de una renuncia total y parcial que abarca un número mayor de escritores que el previsible dentro de condiciones normales» (Cortázar: 1981a, 33).

Quienes rechazaron las ideas de Cortázar coincidían en denunciar la situación crítica de la cultura argentina en el contexto de la dictadura y no estaban lejos de su llamado a volver a poner «el acento en el escritor», pero se rehusaban a aceptar el modo en que caracterizaba a la situación de los escritores que habían permanecido en el país.<sup>172</sup> Una de ellas fue Liliana Heker,

---

<sup>172</sup> Como señala Silvina Jensen, «Paradójicamente, muchos de los detractores de Cortázar coincidieron en su argumentación con los militares. En 1980, Sábato declaró que aunque la pretensión de los militares fue perpetrar un genocidio cultural, la cultura argentina con sus limitaciones continuaba existiendo. Manuel Mujica Láinez replicó las afirmaciones de García Márquez sobre los escritores argentinos «desaparecidos» y manifestó que los grandes nombres de la Literatura argentina (Borges, Sábato, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Mallea, etc.) no se habían ido del país. En Barcelona, los editores de *Testimonio Latinoamericano* dieron cuenta del sinnúmero de respuestas del mundo intelectual argentino frente al «genocidio cultural». Primero, las según la revista «inapropiadas», construidas desde el exabrupto y la descalificación como la de Jorge Asís (La Nación,

una de las fundadoras de la revista *El ornitorrinco*. En un artículo titulado «Exilio y literatura», y tras relativizar el carácter de «exiliado» de Cortázar, argumentar contra la centralidad de su figura en el campo literario argentino y, en líneas generales, minimizar la producción literaria argentina en el exilio, concluía que:

«No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. Los “esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina”, de que habla Marta Lynch en *El duro oficio de ser argentinos* (*Clarín, Cultura y Nación*, 2 de agosto de 1979) también son una bonita generalización, una manera retórica de justificarnos en montón. [...]. Ya sabemos que no estamos en el mejor de los mundos. Que muere o se silencie un solo hombre, aquí o en cualquier lugar del mundo, sin que nadie responda por su libertad y por su vida, ya es un hecho de tanto peso como para que signe cada una de nuestras palabras y de nuestros actos. Pero no aceptamos que se lo transforme en nuestro símbolo. Porque eso sería aceptar como símbolo de muerte. Y a nosotros, acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergirnos en nuestra propia situación y volverla un hecho positivo. [...]. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos» (Heker: 1981, 37).

Cortázar y Heker coincidían en un punto: el acto de escribir situaba al escritor en su contexto y por ello mismo la obra debía considerarse como un acto comprometido, aunque de manera mediada, con la libertad. Pero el desacuerdo surgía a la hora de pensar bajo qué condiciones de producción ese acto comprometido podía asumir una politicidad más plena, lo que implicaba discutir quiénes, desde dónde y a partir de qué colocación al interior de la literatura argentina y latinoamericana estarían en condiciones de producir dicha obra. En este sentido, la impugnación de Heker a Cortázar descentraba su figura en el campo literario argentino, y para ello se apoyaba implícitamente en una oposición más global que apuntaba a cuestionar -o a relativizar la valía de- aquel linaje prestigioso del exilio como el espacio fundante de la literatura argentina. Sin embargo, esta impugnación conducía a Heker elidir a la persecución política como una de las causales del exilio de los escritores en Argentina:

«Un enfoque menos desgarrador pero más realista nos permite ver que el éxodo de escritores argentinos obedece a razones diversas. Entre otras: 1) dificultades económicas y laborales (que, naturalmente, no afectan solo a los escritores), 2) un problema editorial grave, que obstaculiza las tareas específicas del escritor, 3) una cuestión de aguda sensibilidad poética: sentir que él no puede soportar *lo que sí soporta el pueblo argentino*, 4) la búsqueda de

---

29/9/1981) o como la de Carlos Brocato, quien denunció el tono crispado, trágico y no pertinente de la metáfora del «genocidio cultural». A su juicio, los exiliados utilizaban esa expresión para potenciar una imagen mítica de sí mismos, igualar en la estigmatización a todos los que se quedaron, tanto represores como reprimidos y desconocer que existió una resistencia molecular y subterránea frente a la dictadura» (Jensen: 2005, 190).

una mayor repercusión o de una vida más agradable que ésta, 5) la búsqueda de un *ámbito de mayor libertad*» (Heker: 1981, 36).

De este modo, la respuesta de Heker a Cortázar seguía moviéndose al interior de la tajante distinción entre los escritores de «adentro» y los escritores de «afuera», aunque invirtiendo la valoración establecida por Cortázar: si en definitiva los escritores de «adentro» formaban parte del «pueblo» que había demostrado ser «capaz de soportar» la vida en dictadura, se desprendía por ello que estaban en mejores condiciones para ejercer la crítica que el escritor exiliado, cuya «sensibilidad poética», el «ansia de mayor libertad», y la salida del país ante las dificultades económicas o editoriales lo ubicaban, según esta representación, más cerca del esteticismo que de una perspectiva capaz de ofrecer una resistencia crítica.

Cortázar le respondió muy duramente a Heker, en clave ratificatoria de su posición inicial. Así, tras marcar la omisión en la que había incurrido al no mencionar a la persecución política como causal del exilio, el autor de *Rayuela* retomó sus propias tesis respecto a la imposibilidad de ejercer la libertad dentro de las fronteras de la Argentina dictatorial en estos términos:

«En vez de denunciar la causa central de ese exilio (ya sé que no podés hacerlo, pero entonces no habría que tocar el tema públicamente y con fines polémicos), acumulás otras razones que yo parezco ignorar: dificultades económicas, problemas editoriales, cuestiones de “aguda sensibilidad poética” que vuelven insoportable las condiciones internas, y “búsqueda de un mayor ámbito de libertad”. [...] [Sin embargo] la gran mayoría de esa gente [los escritores exiliados] no se ha ido por las razones que enumerás: si no siempre han sido obligados por la amenaza, lo han sido por la imposibilidad de seguir diciendo lo que creían su deber decir: cuando un Rodolfo Walsh lo dijo, lo eliminaron cínicamente al otro día. Esto, Liliana, no nos da a los de afuera ninguna jerarquía con respecto a los que siguen en el país; simplemente, aquellos que un día decidan decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria» (Cortázar: 1981b, 38).

Ahora bien, más allá de estas acusaciones cruzadas, es posible apreciar cómo esta discusión en torno al *locus* y al sujeto de la obra literaria comprometida implicaba también un debate acerca de la reconfiguración del campo literario argentino, una discusión que tuvo lugar antes -y se profundizó después- de la recuperación de la democracia en 1983. En efecto, visto retrospectivamente la réplica de Heker a Cortázar resultaba sintomática de un interés que se tornaría dominante en los años ochenta argentinos: el que estuvo centrado en desplazar del centro del «sistema literario» a los escritores del «boom», y en el caso argentino, especialmente

a Cortázar.<sup>173</sup> Ello podía apreciarse también en el hecho de que la posición de Heker de ningún modo era solitaria: al llevar esta polémica al suplemento cultural del diario *Clarín*, Luis Gregorich lamentaba que la cuestión haya suscitado colocaciones tan «extremas», pero a la vez sostenía que entre todas las posturas, la defendida por Heker estaba «más cerca de la verdad», dado que la mayoría de los escritores argentinos habían permanecido en el país.<sup>174</sup>

Pero al mismo tiempo que esta polémica evidenciaba cómo la reconfiguración del campo literario quedaba paradójicamente capturada por el dispositivo del terror (en tanto el modo de trazar el vínculo entre literatura y política suponía el tabicamiento de lo real en un «adentro» y un «afuera» que no tenía otro objetivo que el de obstruir solidaridades entre los intelectuales), también exhibía el carácter problemático de la categoría de «compromiso» como figura de relevo para definir la politicidad de los escritores en el contexto de la última dictadura militar. Puesto que si tanto Cortázar como Heker estaban dispuestos a aceptar que la nueva hora recomendaba volver a «poner el acento» en el escritor y especialmente en su obra, no menos cierto era que no resultaba obvio, según se desprendía de esta polémica, bajo qué condiciones los escritores podrían ejercer de modo ejemplar su compromiso con el contorno.

### **La responsabilidad intelectual en el contexto de la derrota: el contrapunto Schmucler y Viñas**

Otro ángulo para analizar los dilemas que se ceñían sobre la politicidad del intelectual al interior de la cultura de izquierdas en el momento mismo de la derrota del proyecto revolucionario lo ofrecía el contrapunto entre dos formas -quizás antitéticas- de entender la cuestión de la «responsabilidad» del intelectual, tal como podía seguirse en las intervenciones de Héctor Schmucler y David Viñas en *Controversia*. No se trataba, en este caso, de una polémica abierta, sino de posiciones en contraste a partir de un mismo y trágico punto de partida: qué significa responder por el hijo desaparecido.

La pregunta por la responsabilidad aparecía claramente planteada en «La Argentina de adentro y la Argentina de afuera», un artículo en el que Schmucler, si bien retenía la distinción entre un «allá» y un «acá» en la que se movían las posiciones de Cortázar y Heker, complejizaba estas

---

<sup>173</sup> Para un análisis de la reconfiguración del campo literario argentino en el período democrático, y de la importancia que asumió la operación crítica de desplazar a Cortázar del centro de la serie literaria, ver Saítta, Sylvia (2004).

<sup>174</sup> Gregorich (1981, 39).

posturas al incluir la figura de la «autocrítica» al debate sobre el nexo entre intelectuales y política en el exilio. Como hemos mencionado en el capítulo anterior, Schmucler comenzaba cuestionando a un sector de los emigrados argentinos que conservaban la ilusión de que la «Argentina de adentro» permaneciera idéntica al país que tuvieron que dejar, o al país al que ansiaban volver. Por esta razón, Schmucler asociaba al exilio -experimentado en estos términos- como un espacio imaginario que imposibilitaba cualquier elaboración personal y política de la experiencia del terror y de la derrota del campo revolucionario. Romper con los efectos paralizantes de esta tesitura para comenzar a repensar el vínculo entre intelectuales y política exigía, en primer lugar, reconocer la profundidad y el alcance de la derrota política:

«El punto de partida aquí debería ser más simple: estamos aquí porque fuimos derrotados. Todos: el peronismo, expresión de la inmensa mayoría de los sectores populares, la izquierda marxista, impregnada de esquemas teóricos que raramente se compadecían con la realidad; la guerrilla, que se eligió mártir y terminó en la aventura terrorista que sirve de provocación-estímulo para que la junta militar recomponga sus fuerzas y su teoría represiva. Todos derrotados pero no todos con la misma responsabilidad. Todos derrotados pero no todos con el mismo porvenir ni con la misma lucidez para recomenzar el camino que –y esto es fundamental retenerlo– no arranca del mismo lugar, ni de los mismos tiempos, ni con los mismos personajes» (Schmucler: 1980a, 4-5).

En contraste, pues, con el vínculo «imaginario» que creía detectar entre el «exilio militante» y Argentina, Schmucler definía una tarea para el intelectual: desrealizar lo que aparecía como una ilusión –pensar como si la derrota de los revolucionarios no hubiera acaecido– para reinscribirse en la historia por la vía del ejercicio de la crítica, pues lo que unía al «afuera» y el «adentro» era aquello que tenían en común, es decir, la derrota. Dicho de otro modo, reconocer la derrota era el punto de partida del intelectual crítico, quien desde ese lugar ya no podía pensarse como parte del «pelotón» de la «resistencia», y menos aún como un «privilegiado», sino como un actor –otra vez los ecos de Sartre son ineludibles– que debía asumir su «responsabilidad» en la historia:

«Yo hablo sobre una realidad que me hizo y a la que contribuí a hacer. El esfuerzo por reconocernos actores, por lo tanto responsables, es el máximo compromiso que algunos de los argentinos debemos realizar después de las opciones que asumimos. Los que de una u otra manera compartimos un proyecto cuya destrucción determinó nuestro exilio, no tenemos derecho a evitar la responsabilidad del yo. Pero si hoy el esfuerzo de comprensión lleva una firma al pie, en el caso de los exiliados ese nombre no puede marginarse del ayer y vivir su propia vida como la historia de otros. [...] Héctor Schmucler también fue derrotado aunque esté aquí, igual que su hijo desaparecido, que tal vez ya no existe» (Schmucler: 1980a, 4).

De este modo, la autocrítica definía el «máximo compromiso» del intelectual en el exilio, al tiempo que comunicaba al revolucionario con el derrotado y al padre exiliado con el hijo desaparecido. Se trataba de un punto de sostén -trágico y dramático a la vez- que implicaba notables desplazamientos históricos, porque el mismo acto por el cual ese nombre propio se singularizaba, en el contexto de la derrota, como el ineludible lugar de la «respuesta», suponía a la vez el relevo de aquellas formas de «responsabilización» y de autorías colectivas (el pueblo, la patria) que pocos años atrás habían sostenido a ese nombre propio como parte de un proyecto político colectivo.

De este modo, la experiencia del exilio coincidía con la instancia de reconstrucción de un nombre propio y también con la reconstrucción de una autoría, pero en el mismo momento en que debía reconocerse que ese nombre propio y que esa autoría se encontraban «desinscritos», pero no «desimplicados», de los proyectos políticos (y sus nombres colectivos: la Argentina, la Revolución) que los habían sostenido. La «responsabilidad» como «autocrítica» aparecía así como la forma –última y dramática– de reubicar a un sujeto en la historia, allí donde paradójicamente la historia ya no ofrecía ninguno de los sostenes que ese sujeto había conocido para situarse en ella años antes. Pero al mismo tiempo, la responsabilidad ejercida como «autocrítica» habilitaba una transformación por la cual el revolucionario derrotado ubicaba a su conciencia en una nueva escena histórica que traspasaba a aquella por la cual debía responder, pues ya se encontraba en condiciones de advertir los «puntos ciegos» de lo que había sido:

«Si verdaderamente queremos llegar a tener cierta claridad tendremos no sólo que afirmar que *hubo* errores sino que tuvimos, nosotros, esos errores. [...] Necesitamos conocer las causas y la historia que los hicieron posible; indagar por qué cada uno de nosotros vio como verdad lo que hoy aparece falso; cuáles fueron las condiciones de nuestra propia ceguera» (Schmucler: 1980a, 4).

Al colocar en el centro la cuestión de la responsabilidad como «autocrítica», Schmucler provocaba un desplazamiento en estos debates. Pues si tanto Terragno/Bayer como Cortázar/Heker se movían al interior de una rehabilitación –a veces más nítida, a veces más difusa– de la categoría del «compromiso» –sea colocando el énfasis en el compromiso del intelectual, sea en la obra comprometida–, el argumento de Schmucler, en cambio, asociaba la «responsabilidad» con el reconocimiento de la crisis política e ideológica del proyecto revolucionario, lo cual suponía cuestionar implícitamente a la propia categoría del «compromiso» tal como aparecía en aquellas intervenciones, en tanto los «universales»

invocados por el intelectual para legitimar su discurso sobre la base de esta categoría —el compromiso con el pueblo, el compromiso con la resistencia, etc.— debían ser precisamente los objetos de la revisión crítica que dotaría de significación política a la experiencia del exilio. Dicho de otro modo, de la argumentación de Schmucler se desprendía que la «responsabilidad» no conducía necesariamente a la rehabilitación de la categoría de «compromiso» como figura capaz de legitimar la intervención del intelectual en el exilio (al menos hasta que no fueran sometidas a revisión las «causas» en que se fundaban dicho «compromiso»), sino que era la «crítica», y especialmente la «autocrítica», la forma de politización que permitía al intelectual exiliado abandonar su vínculo alucinado con la «Argentina de adentro» para así poder reinscribirse en la historia.

Partiendo de premisas similares, David Viñas extraía conclusiones bien distintas a las de Schmucler en una conferencia convocada por organismos de derechos humanos en Madrid que *Controversia* publicó con el título de «Unidos y preparándonos». En efecto, y al igual que Schmucler, para Viñas tomar la palabra en el exilio constituía un acto distintivo de responsabilidad intelectual que, como tal, correspondía ejercer en primera persona. Y, al mismo tiempo, también esa primera persona se legitimaba en tanto era capaz de responder ante otros por una derrota política. Sin embargo, los modos de asunción de esa derrota eran notoriamente distintos que los de Schmucler:

«El discurso de la dictadura argentina, en tanto silencia al pueblo, no es legítimo. [...] Nuestro discurso, en cambio, se legitima porque apunta la voz de los silenciados. La voz de los (episódica, brutalmente) «vencidos». No una palabra protagónica y solitaria la nuestra (estas palabras), sino la de un episódico e improvisado portavoz de una comunidad. Yo soy hablado por ustedes (eso pretendo...), por un grupo de personas, por algo unido» (Viñas: 1980, 29).

Porque era la voz de los que no tenían voz, la palabra del intelectual resultaba así una palabra autorizada en tanto «otorgada por otros». Estos «otros» no eran sino los desplazados del presente, los exiliados dentro o fuera de Argentina, en fin, los actores sociales y políticos que la dictadura excluyó a través de la represión o asignándoles el lugar de la locura, como a las Madres de Plaza de Mayo, que según Viñas han sido «puestas fuera: para que no perturben con sus voces. ‘Afuera’. Como los exiliados que estamos aquí. Excluidos. O como los exiliados de allá: encerrados, enterrados, acallados» (Viñas: 1980, 30).

Esta «comunidad de los vencidos» no se recortaba a partir de la distinción espacial definida por el «adentro» y el «afuera» –en realidad, Viñas caracterizaba a unos y a otros como «exiliados», es decir, «excluidos»– sino en virtud de su inscripción en la historia más amplia de la lucha entre opresores y oprimidos en Argentina. En este punto, Viñas explicitaba lo que sería su argumento principal en *Indios, ejército y frontera*: los desaparecidos habían sido las víctimas más recientes o el corolario de una violencia política sistemáticamente desplegada en sede estatal por el poder oligárquico argentino desde el siglo XIX:

«No molde: no argentinos, por lo tanto: muertos civiles o muertos a secas... Y con eso los Videla repiten (y a cada rato tratan de poner al día) el modelo del general Roca y los hombres de 1880. Cien años. «Y que no son de soledad»... Fijarse por favor: ¡al genocidio con ellos!... Que en la Patagonia, o en el Chaco, los indios también eran «locos», «subversivos», o «cimarrones»: a mandarles camisetas con viruela, a liquidarlos en el Chubut (curioso: también muy cerca de Trelew, entonces) o a enjaularlos en la isla Martín García... Los paraguayos, el Chacho, Varela, los ranqueles también eran «locos cimarrones» que no entraban en el molde de la oligarquía» (Viñas: 1980, 31).

De este modo, la asunción de la derrota implicaba para Viñas recuperar la identidad de los oprimidos en tanto actores políticos dentro de una perspectiva histórica de larga duración que iba de las montoneras a los desaparecidos, pasando por los indios exterminados en las distintas campañas militares al sur y noreste de nuestro país a fines del siglo XIX. Así, Viñas contradecía el planteo de Schmucler para sostener que «solo volveremos como nos fuimos», lo que implicaba sostener que el exilio debía necesariamente definirse como una instancia de reafirmación –y no de revisión– del vínculo con la «causa» de los derrotados de la historia argentina.

Ahora bien: ¿qué podía significar «volver como nos fuimos» allí cuando mediaba, como en Schmucler, la figura del hijo desaparecido? ¿No implicaba la figura del “desaparecido” un tipo de producción social inédita que impedía «volver» de igual modo al lugar desde el cual se había partido? Dicho de otro modo: ¿no suponía la figura del desaparecido un quiebre en esta larga historia de lucha entre opresores y oprimidos? Así afrontaba Viñas este asunto:

«Y aquí necesito volver –y ustedes me disculparán– a la primera persona del singular. A mí. A mi «subjetividad»: necesito hablar, precisamente ahora, en nombre de mis hijos: de María Adelaida Viñas y de Lorenzo Ismael Viñas. Porque son ellos quienes, en primer lugar, legitiman mi palabra. Yo me limito a tomar mi palabra en nombre de ellos. Me permito ese atrevimiento. Al fin de cuentas, lo que yo soy ahora se lo debo a ellos. Yo soy hijo de mis hijos. María Adelaida y Lorenzo Ismael... Pero podría decir Horacio, Amalia, Matías, Evita, Esteban, Baltasar o

Soledad. Mis hijos, y esto lo sabemos todos, son los hijos de cualquiera de ustedes... De aquí o de allá... [...] Sus nombres no son más que la voz de los que no pudieron tomar la palabra... Dije y repito: sin paternalismo ni tutelajes. Porque si yo tengo alguna voz, señor Videla, a mí no me viene del cielo. De la tierra me viene. De allí abajo. Del humus. O de esa gleba que también –casualmente– hace cien años salió de Galicia, del País Vasco, de Génova, de Barcelona, o de Odessa, para mezclarse con antiguos cimarrones de arrabal o toldería» (Viñas: 1980, 31).

Si según Schmucler el intelectual en el exilio recuperaba la memoria del desaparecido –del hijo desaparecido– no sólo como víctima del terror sino también como sujeto político, pero a partir de razones y objetivos –la revolución– que habían sido derrotados y que merecían una profunda revisión, en Viñas, en cambio, resultaba imposible disociar al «actor» de sus razones, por lo cual evocar a sus hijos desaparecidos implicaba retomar el punto de partida a partir de una transfiguración de los legados, en el sentido de que la muerte del hijo constituía al padre en el legatario –en el hijo– de sus luchas.

¿Implicaba ello que el padre, ahora devenido «hijo de sus hijos», debía no solo abrazar las razones, sino también las específicas formas de lucha de sus hijos, por ejemplo, la lucha armada? Viñas no responde a lo largo de la conferencia a esta pregunta sino a través de una elipsis que sin embargo dejaba en evidencia el carácter problemático de la idea de que «solo volveremos como nos fuimos». En efecto, en este discurso de Viñas la violencia revolucionaria se transfiguraba en la «violencia» de la denuncia, esto es, como violencia de la verdad enunciada por el intelectual cuyo compromiso se define aquí en el acto de tomar la palabra en nombre de los revolucionarios desaparecidos y de la memoria de los excluidos de la entera historia argentina:

«Y contra ese terror, contra ese presentismo absoluto (sin pasado ni futuro: otra típica «balcanización del tiempo») yo propongo aquí la apelación a la violencia. Sí, sí: a la violencia... Perdón, coronel, no ando armado... le aseguro que no, no llevo nada encima... Cachee, nomás, mi sargento. Mi apelación a la violencia para conjurar la caída en el terror del presente (sin pasado ni futuro), *ahora*, es la violencia de la verdad. La verdad es violencia» (Viñas: 1980, 31).

Así, y aún en un discurso que como el de Viñas radicalizaba de este modo el gesto del intelectual comprometido en el exilio, se advierte un notable pasaje en la colocación del intelectual. Si en pleno auge de la expectativa por la revolución el combatiente se erigía como una referencia central para el intelectual de izquierda, en el contexto del exilio Viñas podía evocar las memorias de los combatientes pero para transferirlas a una figura intelectual

encargada de enunciar la verdad de la «comunidad de los vencidos». De modo que en el desplazamiento que se abre entre la «violencia revolucionaria» y la «verdad como violencia», también se puede leer el pasaje de los años setenta a los años ochenta en la cultura de izquierdas argentinas.

### **Walsh en *Controversia*: del intelectual orgánico al intelectual crítico**

También la consagración de la categoría de la crítica como forma eminente de la politización del intelectual exiliado puede reconocerse en una operación de relectura de los últimos escritos de Rodolfo Walsh, un nombre determinante para pensar el vínculo entre intelectuales y política al interior de la cultura de izquierdas. En efecto, bajo el título «Textos políticos de Rodolfo Walsh», *Controversia* publicó unos documentos que Walsh (y sus compañeros en la Inteligencia Montonera) redactaron entre agosto de 1976 y enero de 1977 para generar un debate interno en la organización. A modo de presentación, aparecía un breve texto del director de la revista, Jorge Tula, y otros dos algo más extensos e interpretativos, firmados por Lilia Walsh (Lilia Ferreyra) y Nicolás Casullo. La presencia del director de la revista, ligada al grupo de «socialistas», y la de Casullo, perteneciente al sector peronista de los «reflexivos», permiten conjeturar que la difusión de estos documentos recibió apoyo de los distintos grupos que conformaron la revista. La inclusión del escrito de Lilia Walsh, por otra parte, sellaba una alianza con una voz externa a *Controversia*, a la vez que contribuía a reforzar los «efectos de verdad» de la operación crítica emprendida con la publicación de los documentos: se trataba del «testimonio crítico» de quien había compartido los últimos días de Walsh.

Los cinco documentos escritos por Walsh y sus compañeros estaban hechos de un lenguaje que no resultaba disonante respecto del vocabulario propio de los análisis políticos que circulaban en las distintas organizaciones revolucionarias, aunque incluían una dimensión reflexiva que los singularizaba, como puede verse en los títulos de cada documento: «Aporte a la discusión del informe del consejo», «Aporte a una hipótesis de resistencia», «Curso de la guerra en enero-junio de 1977 según la hipótesis enemiga», «Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977» y «Reflexiones sobre la situación partidaria». Ahora bien, al publicarlos como los «textos políticos de Walsh», la revista buscaba que esa dimensión «reflexiva» asumiera un particular giro crítico para el lector de *Controversia*, quien de esta manera debía interpretar estos documentos como escritos que recuperaban la «política» en un contexto donde

se acusaba a Montoneros de haber jugado todas sus chances de éxito en el terreno propiamente militar. La recuperación de la «política» sobre el «militarismo» montonero se convertía así en la llave que permitía a *Controversia* inscribir estos escritos de Walsh en la saga del problema fundamental que había planteado su primer editorial: discutir la derrota. Así lo entendía Tula, cuando en su presentación sostenía que «las reflexiones de Walsh ayudan, sin lugar a dudas, en la discusión que estamos iniciando, para entender las causas de una derrota» (Tula, 1980, 4).

Ahora bien: ¿de qué modo, específicamente, estos documentos contribuían a tal fin? A través de un modo singular, que consistía en intervenir críticamente estos «textos políticos» de Walsh con el objetivo de establecer una mediación entre su contexto de producción –la organización Montoneros- y su futura recepción para un lector que, según la apuesta de la revista, ya no podía provenir de las entrañas mismas del «montoneroismo». Esta operación de relectura implicaba, pues, producir una verdad acerca del «montoneroismo» a través de un texto surgido de sus propias filas, con la expectativa de que la situación crítica que atravesaba la organización Montoneros (según describía Walsh en estos documentos) pudiera ser descifrada no sólo como el índice anticipado de una derrota política sino también como la condición de posibilidad para construir una reflexión que fuera capaz de superar el horizonte ideológico y político al interior del cual el proyecto revolucionario de los años sesenta y setenta había cobrado significación histórica y sin el cual el texto crítico walshiano no hubiera podido cobrar sentido alguno. Este interés tanto en la mediación como en la superación del contexto de producción de los documentos escritos por Walsh se dejaba entrever en la presentación de Tula, cuando sostenía que la difusión de estos documentos se tornaba necesaria porque «al margen de que hayan sido producidos para la discusión interna de una organización determinada, los temas que aborda y las observaciones que hace trascienden los límites de cualquier organización, para inscribirse en un ámbito más amplio» (Tula, 1980, 4).

Ahora bien: ¿cuáles eran las críticas que Walsh lanzaba para su discusión interna en la organización Montoneros entre agosto de 1976 y enero de 1977? ¿Y cuál era el alcance de estas críticas, a tal punto que habilitaba además de su publicación, que *Controversia* las rotule como los «textos políticos de Walsh»? Si bien Walsh señalaba que se trataban de «documentos internos» que hacían las veces de «análisis de la situación» cuyo sentido no era «una forma de cuestionamiento sino de diálogo interno» (S/A: 1980a, 18), de su lectura se desprendía una abierta crítica a la conducción montonera que incluía no sólo a las tácticas y estrategias

militares decididas por la cúpula de la organización sino también al diagnóstico de fondo sobre cuya base se habían tomado dichas decisiones tácticas y estratégicas. El punto más álgido de la crítica, sin embargo, era aquel por el cual Walsh invitaba a reconocer que la organización ya había sido contundentemente derrotada en el plano militar, por lo que convocaba a revisar las premisas que habían hecho posible esa derrota y que aún guiaban la comprensión de la realidad política por parte de la conducción montonera. Asimismo, exigía un «repliegue» hacia las masas con el objetivo de que la organización revitalizara un conjunto de tareas políticas de base que habían perdido su centralidad con la apuesta a fondo de la estrategia militar. En palabras de Walsh, a pocos meses de lanzado el golpe militar, se tornaba necesario:

«(a) Reconocer que las OPM han sufrido en 1976 una derrota militar que amenaza convertirse en exterminio, lo que privaría al pueblo no sólo de toda perspectiva de poder socialista sino de toda posibilidad de defensa inmediata ante la agresión de las clases dominantes; (b) Definir la etapa como retirada en el aspecto táctico, sin fijarles límites temporales. Definir el conjunto del pueblo y en particular el pueblo peronista como terreno donde debe verificarse la retirada; (c) Definir el peronismo y la clase trabajadora como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia Montonera como parte de la resistencia popular; (d) Retirar del territorio nacional a la Conducción estratégica y a las figuras «históricas» que, independientemente de sus actuales niveles o funciones, son para el enemigo, como para el pueblo, la encarnación de Montoneros, de la Juventud Peronista o del peronismo auténtico, para quitar al enemigo la posibilidad de infringirnos derrotas decisivas al capturarlos o matarlos y [...] (g) Ligar la resistencia en forma absoluta a la política de masas, privilegiando en primer término las estructuras militares defensivas (documentación, información, comunicaciones) y las estructuras políticas ofensivas (propaganda, agitación, prensa clandestina y descentralización de lo interno, prensa internacional)» (S/A: 1980j, 16).

Las críticas que se desprendían de este diagnóstico no terminaban aquí: según Walsh, la raíz de los problemas de la organización residía en que su conducción adolecía de un «déficit de historicidad», lo cual, en el contexto ideológico de la cultura revolucionaria significaba una grave acusación, ya que en términos «materialistas», quien incurre en un «déficit de historicidad» es justamente aquel actor que interpreta la historia y la política a partir de un conjunto de ideas «trascendentes» al mundo social, lo cual es sinónimo de «idealismo». Este juicio se desprendía a partir de una lectura del itinerario de Montoneros en el que según Walsh se consumaba la siguiente paradoja: que la organización que había adoptado un nombre con la voluntad expresa de inscribirse en la saga histórica de las luchas de clase en Argentina había devenido sin embargo en un organismo de cuadros cuyas tácticas y estrategias se inspiraban en manuales de acción desligados del terreno en que las clases populares libraban sus batallas, a tal punto que «un oficial montonero conoce, en general, cómo Lenin y Trotsky se adueñan de San

Petesburgo en 1917, pero ignora cómo Rosas y Martín Rodríguez se apoderan de Buenos Aires en 1821» (S/A: 1980i, 18). Sin embargo, lo que resultaba todavía más grave según Walsh era que ese «déficit de historicidad», además de afectar la interpretación de los procesos históricos, repercutía fundamentalmente en el modo de interpretar la política en el tiempo presente; prueba de ello resultaba la singular lectura del «Rodrigazo» ofrecida por la organización, por la cual se afirmaba que la huelga lanzada por las clases trabajadoras contra este plan de ajuste efectuado por el gobierno de Isabel Perón simbolizaba el divorcio definitivo entre la clase obrera y el peronismo, lo que arrojaría como consecuencia la disponibilidad de las masas obreras para ser conducidas ahora sí por su verdadera vanguardia de clase, la vanguardia montonera. Esta confianza se basaba en otro diagnóstico problemático según Walsh: que el capitalismo había alcanzado su «crisis final» en Argentina.

En síntesis, si en definitiva para el autor de *Operación masacre* se tornaba urgente rectificar estos diagnósticos, era porque esta lectura terminaba asignando a la «vanguardia montonera» el papel de –la frase de Walsh es célebre– «una patrulla perdida en medio de la guerra», además de colocar a la organización ante el peligro inminente de sufrir ya no sólo una derrota política, sino su propio exterminio. En efecto, para Walsh este tipo de diagnósticos conducía inexorablemente a subestimar las fuerzas enemigas y sobrestimar las propias, y a la vez invitaba a caer en la ilusión de que en el mismo momento en que eran perseguidas y comenzaban un repliegue histórico, las masas sin embargo acompañarían esta embestida final contra los «representantes del poder burgués» en Argentina reconociendo a la vanguardia montonera como su legítimo y exclusivo brazo político y militar. En claro rechazo a estos planteos, Walsh proponía revertir este «déficit de historicidad» del que acusaba a Montoneros, es decir, a su propia organización, delineando una serie de estrategias tendientes, justamente, a reinscribir a Montoneros en la «historicidad» política argentina. Para ello se tornaba indispensable asumir la derrota militar, plantear una tregua que termine por colocar a la dictadura en la posición del único actor beligerante y reorientar la lucha a un terreno político que debía comenzar con un «repliegue hacia las masas» ya que, en contraste con lo que anunciaba la conducción montonera tras el «Rodrigazo», las clases populares seguían identificándose con el peronismo (S/A: 1980j, 16).

La profunda crítica a la conducción montonera que se desprendía de estos documentos internos promovidos por Walsh tornaba, pues, comprensible, su publicación en *Controversia* y su inscripción en la saga del debate abierto por el primer editorial: «discutir la derrota». Sin

embargo, la incorporación de estos escritos a la superficie textual de la revista no tenía como único interlocutor polémico a los dirigentes y militantes montoneros en el exilio. En efecto, en la presentación a cargo de Tula se dejaba entrever a través de una notable elipsis un nuevo interlocutor polémico cuando, al referirse a la circulación de los documentos de Walsh en el exilio, el director de *Controversia* aclaraba que «si bien una versión de ellos comenzó a circular en nuestros días, la publicación por parte de *Controversia* ayudará a una mayor difusión de los mismos» (Tula: 1980, 4). Aquello que soslayaba especificar el director de *Controversia* era algo bien conocido para los grupos politizados del exilio: que los documentos publicados por la revista bajo el rótulo de «los textos políticos de Walsh» habían adquirido repercusión pública por intermedio de una fracción importante de Montoneros que, en el mismo momento que anunciaba su alejamiento definitivo de la organización, difundía estos escritos de Walsh para presentarlos, entre otras razones, como un precedente prestigioso para legitimar el gesto rupturista que acababan de decidir. Esta división interna había acontecido en febrero de 1979, cuando un grupo importante de militantes y oficiales montoneros liderados por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman firmaron una declaración por la cual renunciaban a seguir perteneciendo a las estructuras partidarias y militares de la organización, en abierto desacuerdo, justamente, con la «contraofensiva estratégica» que, según la ahora fracción disidente, reactivaba los elementos más negativos del «militarismo de cuño foquista», el «elitismo del partido de cuadros», el sectarismo de «cuño maniático» y la «burocratización» final del partido montonero (Galimberti, Gelman et al: 1979, s/n). Todo ello acarrearía la profundización del divorcio entre la organización Montoneros y la resistencia popular contra la dictadura militar que según el diagnóstico de esta fracción –diagnóstico compartido en este punto con la conducción montonera- el campo popular estaba librando activamente en la Argentina. Sin embargo, lo interesante de la declaración consistía en que, a pesar de las fuertes críticas a la cúpula de Montoneros, sus firmantes –Galimberti y Gelman- sostenían que su partida no significaba el abandono de las banderas y los objetivos revolucionarios perseguidos históricamente por la organización, sino que simplemente se trataba de una decisión tendiente a revisar las tácticas y las estrategias que permitieran un mejor reencauzamiento de las luchas políticas por las cuales se había creado el «movimiento montonero»:

«Nosotros, militantes del Movimiento, Partido y Ejército Montonero, decididos a rescatar el contenido revolucionario que alimentó la lucha del Peronismo Montonero hasta hoy, hemos resuelto renunciar a nuestra condición de miembros del Partido, a nuestro grado en el ejército y a nuestros cargos en el Movimiento Peronista

Montonero, convencidos de que la pertenencia a estas estructuras se ha convertido en un obstáculo para continuar, eficazmente, en nuestra lucha contra la dictadura y por la liberación del Pueblo Argentino» (Galimberti, Gelman et al.: 1979, s/n).

Dado que las críticas dirigidas a Montoneros desde esta fracción disidente (foquismo, burocratismo, elitismo, militarismo y sectarismo) eran las mismas que planteaban varios de los artículos publicados en *Controversia* y teniendo en cuenta, además, que este grupo editorial apelaba también al nombre de Walsh para avalar estas críticas: ¿cuál era, de hecho, la diferencia entre esta fracción disidente y *Controversia*? En realidad, quienes renunciaban a Montoneros no sólo invocaban a Walsh en calidad de precedente prestigioso para avalar el gesto rupturista que estaban asumiendo, sino que al hacerlo retenían su figura en el panteón de los revolucionarios. En efecto, si tal como quería probar este grupo disidente sólo era posible seguir siendo revolucionario por fuera de las estructuras partidarias (para recobrar así el impulso del «montonerismo auténtico», como se denominaría esta fracción), entonces el Walsh que criticaba sin concesiones a la conducción burocratizada condensaba como pocos ejemplos el mejor modo de ofrecer un compromiso revolucionario en tiempo de crisis de las organizaciones. Por lo tanto, la operación crítica de *Controversia*, o al menos aquella dimensión elidida en la presentación de Tula, consistía, ciertamente, en inscribir el nombre de Walsh en la saga de la discusión abierta por la revista («discutir la derrota»). Pero ello implicaba, a su vez, descentrar el nombre de Walsh de las memorias montoneras, sean las oficiales o las disidentes, que lo invocaban en el contexto de la contraofensiva para instituirse en intérpretes privilegiadas de ese nombre y de su obra. La tarea no era sencilla, puesto que exigía de algún modo escindir el nombre de Walsh de la historia de Montoneros, para habilitar una lectura de sus documentos que impugnara de manera global el proyecto político y militar de las organizaciones revolucionarias.

A esa tarea se abocaron los comentarios de Lidia Ferreyra Walsh y Nicolás Casullo, los cuales partían, justamente, de este problema: ¿cómo leer en los escritos de ese oficial montonero que fue Walsh el texto anticipatorio de la derrota del proyecto revolucionario? ¿Cómo leer en ellos la crisis final de la guerrilla y, por ende, del ciclo histórico al interior del cual estos mismos escritos habían surgido y cobraban inteligibilidad? En suma: ¿cómo leer en un texto «montonero» el fin del «montonerismo», sea el «oficial», sea el disidente «montonerismo auténtico»?

En «Rigor e inteligencia en la vida de Rodolfo Walsh», Lilia Ferreyra ensayaba una estrategia argumentativa tendiente a dar una respuesta a estos interrogantes: presentar a los documentos de Walsh como un punto de quiebre de su vínculo con la organización Montoneros. De hecho, según Ferreyra la verdad de los «textos políticos» de Walsh que *Controversia* ofrecía a sus lectores debían interpretarse a la luz de los días finales del autor de *Operación masacre*:

«Sus propuestas de repliegue caen en el vacío. A comienzos de 1977, Rodolfo empieza a preparar su propio repliegue. Se trata para él de alejarse del «territorio cercado», Buenos Aires, de recuperar su identidad y, con ello, toda su trayectoria personal, de hacerla valer como un arma. Durante años, como miembro de la organización Montoneros, había sido un «militante» más. «Vuelvo a ser Rodolfo Walsh», decía ahora. Su propio nombre, conocido en los medios intelectuales, habría de servirle en esta nueva etapa de denuncia del gobierno militar. La carta a las FF.AA del 24 de marzo de 1977 es el primer documento en el que reaparece su firma. Un hilo que había quedado suspendido en 1968, luego de *¿Quién mató a Rosendo?* A tres años de la Carta, y de su secuestro, se puede sentir que ese hilo retomado era y es una línea tendida hacia el futuro» (Walsh, Lilia: 1980, 15).

De este modo, lo que Ferreyra proponía era interpretar los «textos políticos» de Walsh desde la perspectiva de la «Carta Abierta a la Junta Militar» y no exclusivamente desde de la historia misma del movimiento montonero. Ello implicaba, a su vez, ubicarlos como escritos de pasaje, es decir, como los últimos documentos en condición de oficial montonero y al mismo tiempo, como los primeros escritos que darían lugar a una nueva etapa ya no como «intelectual orgánico», sino como «intelectual crítico». Desde el punto de vista de la colocación intelectual de Walsh, sus «textos políticos» –según el rótulo de *Controversia*- constituían así, en la lectura de Lilia Ferreyra, una mediación entre el intelectual que se había entregado con «rigor e inteligencia» a la militancia –en una forma de compromiso cuyo carácter «orgánico» le impedía firmar escritos- y el intelectual que, al volver a estampar su firma en la obra, retomaba una forma de intervención asociada con la vieja categoría del «intelectual comprometido», esa misma que Lilia Ferreyra veía que en el itinerario de Walsh se había diluido tras la publicación, en 1968, de *¿Quién mató a Rosendo?* Esta identificación de Walsh con la figura de un intelectual cuyo compromiso con la política se producía a través del ejercicio de la crítica, al tiempo que ofrecía una imagen estilizada de Rodolfo Walsh, en la medida en que elidía los compromisos que el autor de *Esa mujer* mantuvo hasta el último de sus días con Montoneros, resultaba sin embargo –y por eso mismo- sumamente persuasiva para los intelectuales que integraban *Controversia*. En este sentido, si la crisis de las organizaciones revolucionarias acarrea la crisis del intelectual ligado a este tipo de construcción política –el «intelectual

orgánico»-, entonces la categoría del intelectual «críticamente» comprometido -en su acción pero también a través de sus «textos políticos»- volvía a encontrarse disponible para repensar la politicidad de la praxis intelectual. De este modo, el giro que Lidia Ferreyra creía detectar en los últimos días de Walsh no hacía más que validar la nueva colocación intelectual que estaban asumiendo los integrantes de *Controversia*, quienes atravesaban un proceso colectivo signado, justamente, por el pasaje del intelectual revolucionario al intelectual cuyo compromiso con la política se pensaba fundamentalmente con la categoría de la «crítica». La consigna «discutir la derrota», desde el punto de vista de la construcción de una voz intelectual, suponía ni más ni menos que la elaboración de este pasaje. Por esta razón, la interpretación en estos términos del periplo final de Walsh buscaba descentrar a su figura de las memorias montoneras para autorizar así a los «intelectuales críticos» que oficiaban la recepción de sus documentos de militancia bajo nuevas claves ideológicas.

Asimismo, este «descentramiento» se veía reforzado por la conclusión a la cual llegaba Nicolás Casullo en tanto lector de los «textos políticos» de Walsh, de los cuales infería que anticipaban que la derrota militar de la organización revolucionaria montonera había sido subsidiaria de una debacle política que la había antecedido tanto histórica como conceptualmente:

«Lo que critica Walsh [en los documentos publicados por *Controversia*] no son equivocaciones de «ejecución», sino de concepción para la etapa. Lo que denuncia del proyecto es «omitir» la singularidad nacional en sus decisiones. Lo que define es «la derrota» en pleno apogeo de documentos que hablan de próximas victorias. Lo que reclama es la «preservación de cuadros» para cuando el pueblo produzca sus alzas en la lucha. Lo que propone es «la paz» frente a los insensatos declamadores de la guerra. Lo que exige es «hacer política» desde las masas y el «abandono del terror individual». Lo que postula es alentar «las vías democráticas». Lo que plantea, para retener los sueños estratégicos, es reencontrarse con el pueblo peronista: con un nuevo tiempo, de esa extensa resistencia en la cual el propio Walsh aprendió casi todo» (Casullo: 1980a, 19).

Desde esta perspectiva, la prueba más contundente, sin embargo, de que la derrota política de las organizaciones revolucionarias había antecedido a la derrota militar no consistía meramente en la enumeración de estos problemas por parte de Walsh, sino fundamentalmente en el hecho de que, a pesar de haber sido anticipada por uno de sus más destacados intelectuales orgánicos, el horizonte político e ideológico que había dado lugar a la creación del proyecto revolucionario ya no podía producir un lector, es decir, un sujeto, que fuera capaz de advertir el alcance de estas críticas, a pesar de que las mismas podían circular bajo el modo de «documentos internos» de la organización: «lamentablemente sus críticas no fueron oídas. Nada tenían en común con

una interpretación maniquea de la realidad en la que ésta aparecía negada o distorsionada en beneficio de esquemas previos» (Casullo: 1980, 19). De aquí que, finalmente, esa «línea tendida hacia el futuro», que según Lilia Ferreyra arrojaba el giro político e intelectual del «último Walsh», no podría ser ya recogida por las memorias e identidades montoneras, sino por un nuevo lector que fuera capaz, justamente, de deconstruir esos esquemas previos y reinventar otros, para que de ese modo los «textos políticos» de Walsh cobrasen una nueva significación histórica y política. Que *Controversia* reclamara, con la recepción, publicación y los comentarios críticos de los «textos políticos» de Walsh el carácter de lector privilegiado de esos documentos es algo que se desprende de lo argumentado hasta aquí: la revista que alentaba «discutir la derrota» en el mismo momento en que reivindicaba la democracia y los derechos humanos podía bajo estas nuevas claves recoger esa «línea tendida hacia el futuro» —es decir, ese legado— de un Walsh ahora releído como un «intelectual crítico», entre otras cosas, de las organizaciones armadas revolucionarias. Y en tanto intérprete legítimo de estos escritos, *Controversia* asumía a su vez la misión de producir nuevos lectores capaces de seguir este nuevo rumbo, que representaba, cabalmente, una notable transformación en la cultura política de la izquierda argentina.

### **El «intelectual democrático» como «intelectual crítico»**

En este capítulo analizamos cómo la crisis del proyecto revolucionario generó las condiciones para repensar el vínculo entre intelectuales y política. ¿Qué politicidad debía asignarse el intelectual en un contexto signado por la «derrota» pero en el que también la política seguía proporcionando el hilo conductor de los problemas a pensar?

Ese hilo conductor no contaba ya con las referencias conocidas en los años sesenta y setenta argentinos: a diferencia de *Pasado y Presente*, el mundo social en que estaba inscripta *Controversia* no estaba conformado por las organizaciones guerrilleras, los sindicatos de base o las agrupaciones universitarias revolucionarias, sino por las redes de sociabilidad y solidaridad del exilio argentino y el dinámico campo académico mexicano. A ello debía sumarse que la experiencia del exilio establecía una ineludible escisión entre estos intelectuales y los actores sociales en Argentina, algo que apareció, como vimos, recurrentemente tematizado en la revista (y no siempre de un modo capaz de sustraerse de la manera en que el terror compartimentaba en Argentina el campo de las resistencias). Todo ello actuó a favor de la delimitación de un espacio

de legitimación centrado en la autonomización del intelectual, lo que abrió un problema bien específico: cómo desinscribirse de ciertos colectivos políticos sin desimplicarse con la historia, aún más, intentando reimplicarse bajo nuevas formas de politización.

Bajo estas nuevas coordenadas, *Controversia* fue una revista política -ni «académica» ni de «expertos»; lo que en cierta forma explica que esa autonomización haya buscado amparo en una categoría conocida antes del exilio por estas franjas intelectuales: la crítica. Si el «compromiso» volvía a aparecer como una seña por la cual se podía definir la politicidad del intelectual, en *Controversia* sin embargo el «compromiso» pactado con el lector era con la crítica misma, con su ejercicio para la comprensión de la derrota del proyecto revolucionario.<sup>175</sup> El intelectual «crítico», así, vino a relevar al «intelectual revolucionario».

En la tramitación de este pasaje reside la singularidad de *Controversia*. Mientras en *Pasado y Presente* la crítica sólo cobraba sentido al interior del proyecto revolucionario -aún cuando tal revista no puede ser pensada estrictamente como una revista «orgánica» de alguna organización revolucionaria-, en *Controversia*, en cambio, el único horizonte posible para la crítica era la democracia, entendida como la vía alternativa al «dogmatismo» y «autoritarismo» de las izquierdas y el campo nacional y popular. El modo en que en la revista se interpretaron los documentos de Walsh sumamente críticos respecto a Montoneros, y la manera en que estos documentos fueron filiados con la Carta Abierta a la Junta Militar, son indicativos de un movimiento más global de este grupo intelectual respecto al modo de comprender el carácter político de la intervención intelectual.

De este modo, la desinscripción de la «crítica» del paradigma «revolucionario» y su reinscripción en un paradigma «democrático» suponía comenzar a pensar desde nuevas premisas, entre ellas, la asunción de la vida como «fin en sí mismo» y la «responsabilidad» entendida como la consagración de la conciencia crítica del intelectual (desimplicada de ese «intelectual colectivo» que era la «organización revolucionaria»). Este «desplazamiento» también implicaba una «repolitización» de la crítica, racionalizada en términos de la «primacía de la política» por sobre las lógicas de la guerra, aún cuando las resonancias de la «guerra» se prolongaron insidiosamente a través de diversas figuras, como la «violencia de la palabra»

---

<sup>175</sup> La categoría de «compromiso» puede ser pensada en *Controversia* como un «elemento residual» en el sentido con el que Raymond Williams (1977) define este concepto en *Marxismo y literatura*, esto es, como un elemento que ha sido formado en el pasado pero que a diferencia de lo «arcaico» «se halla en actividad dentro del proceso cultural» (Williams: 1988 [1977], 144).

(según vimos en Viñas) o, como hemos visto en el capítulo 2 (y seguiremos analizando en el capítulo 8), a través de la categoría de «guerra de posiciones» (toda una retraducción gramsciana del famoso dictum clausewitziano). En síntesis, todos estos desplazamientos podían apreciarse en la reinterpretación de los últimos días de Rodolfo Walsh.

Este movimiento no estaba exento de dilemas. En un artículo que formó parte de la reflexión entre exilio y política en *Controversia* («Psicoanálisis y política: la lección del exilio»), León Rozitchner (1980) argumentaba, a partir de una singular interpretación que cruzaba a Clausewitz con Freud, que la verdad de la política era la guerra, y que buena parte de la derrota del proyecto revolucionario había sido provocada por el modo en que el campo popular se había dejado ganar por una ilusión que al vedar esa verdad permitió que aflorara lo «siniestro». Esa ilusión tenía un nombre, el de la Revolución (el lector de Rozitchner sabía que lo ilusorio había sido pensar que el peronismo podía ser revolucionario).<sup>176</sup> Haber creído en ello, en las condiciones singulares de la Argentina de los años setenta, no habría hecho más que desconectar al movimiento social de su propia fuerza, además de subestimar la fuerza del enemigo.

Cuando poco tiempo después, en el contexto de la guerra de Malvinas, un grupo nutrido de intelectuales argentinos (algunos de los cuales formaron parte de *Controversia*) firmaron un puñado de solicitadas en las que, sin dejar de repudiar a la dictadura, apoyaban la recuperación de las islas como parte de una causa antiimperialista, Rozitchner (2005 [1985]) creyó ver ratificadas sus sospechas -y así lo denunció en *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia*. La lección del exilio no había sido aprendida: la ilusión había una vez más elidido a la verdad, que ahora se mostraba como «guerra limpia», para legitimar retrospectivamente a la otra «guerra sucia». No alcanzaba, pues, con sustituir a la revolución por la democracia para evitar ser ganado por la ilusión. Y para conocer a fondo lo siniestro.

Con este gesto de denuncia, Rozitchner venía a plantear que la politicidad del intelectual no podía ser pensada cabalmente con las categorías discutidas en *Controversia*, sino que había que acudir a otra figura que también tenía una larga historia en la cultura de izquierdas: la del «francotirador», un tipo de colocación explorada también, con diversos registros, tonos y bibliotecas, por Viñas y Fogwill durante los años ochenta. El «francotirador», y no el

---

<sup>176</sup> Ver Rozitchner (1981)

«intelectual democrático» pensado en *Controversia*, reunía mejor, para estas voces, los atributos del «intelectual crítico».

## **Segunda Parte: Las cuestiones**

## CAPÍTULO 5. EL FIN DEL «EMPATE»: LA DICTADURA Y LA REORGANIZACIÓN DEL CAPITALISMO ARGENTINO

Pocos estudios sobre *Controversia* tomaron en cuenta las numerosas páginas que la revista dedicó a la coyuntura nacional durante el período de su publicación. Identificada en general como una revista «autocrítica» de la cultura de izquierdas, esta representación probablemente contribuyó a que se prestara menor atención a la reconstrucción de un debate de suma importancia para este grupo intelectual: cuál era la significación histórica y política del régimen militar que había tomado el poder en Argentina en marzo de 1976. Que este debate resultaba importante para este grupo lo revelan las preguntas que implícita o explícitamente se plantearon en distintas notas editoriales o artículos de la revista: ¿qué tipo de sociedad comenzó a perfilarse tras el golpe de estado de 1976?; ¿cómo había que conceptualizar a la experiencia política argentina abierta en marzo de 1976?; ¿en qué términos se estaban reconfigurando las relaciones entre las fuerzas sociales?; ¿qué tipo de transformaciones estructurales estaban encarando los militares argentinos?; ¿qué estrategias políticas eran capaces de darse para sí las clases subalternas en este contexto?; ¿hasta qué punto podían resultar fundadas en el exilio las expectativas en torno a una posible salida democrática en la Argentina?

Este conjunto de preguntas, que así resumidas lucen compactas, no fueron formuladas de manera simultánea, pero fueron pensadas con cierta articulación a lo largo de los distintos números de *Controversia*. En este capítulo nos proponemos analizar justamente cómo estas preguntas articuladas entre sí terminaron organizando un debate sobre el significado histórico de la dictadura militar argentina. Argumentamos que buena parte de estas intervenciones estaban en sintonía con una incipiente agenda de problemas que comenzaba a plantearse en el campo de la ciencias sociales, cuyo interés orbitaba alrededor de la conceptualización de los rasgos distintivos de las dictaduras en aquellos años vigentes en América Latina - en especial, el caso argentino- para deslindar estos regímenes militares de otros casos precedentes. En este sentido, mostramos que al interior del comité editorial de *Controversia* las posiciones convergen a la hora de considerar al golpe de estado producido en Argentina en 1976 como el inicio de un proceso de reformulación radical de las relaciones entre el estado y las clases sociales, cuya consecuencia más notoria era la

reconfiguración del capitalismo argentino, razón por la cual se volvía necesario también renovar las claves interpretativas destinadas a comprender el carácter novedoso del proceso histórico en curso. Esta conclusión provocó el trazado de un nuevo campo polémico, pues esta renovada conceptualización venía a poner en cuestión aquellas que aunque contaban con circulación y recepción en el exilio, eran consideradas anacrónicas por el comité de redacción de la revista: las que caracterizaban al régimen militar como una suerte de «restauración conservadora o pastoril» o aquellas que, con resonancias «dependentistas», consideraban a las dictaduras del cono sur como formas del fascismo acordes con un «capitalismo dependiente».

Si bien existieron coincidencias en *Controversia* en torno al carácter (pretendidamente) refundacional de la dictadura argentina, otros problemas ligados con el análisis de la dictadura generaron discusiones. ¿Había que leer ese carácter «refundacional» del régimen militar exclusivamente en su plan económico o había que atender también lo que aparecía como una política tendiente a institucionalizar el nuevo esquema de dominación que los militares habían impuesto mediante el terror?; ¿cómo debían posicionarse los partidos y los trabajadores ante el eventual «pacto estatal» que la dictadura amagaba a lanzar con el más anunciado que llevado a fondo «diálogo político»? ¿Qué políticas debían darse para sí, en estas circunstancias tan difíciles de la historia argentina, los sectores subalternos?

Al inicio de este capítulo, explicamos los puntos de contacto entre la incipiente agenda de problemas de las ciencias sociales sobre los autoritarismos del cono sur y el modo en que *Controversia* tematizó a la dictadura. En este punto, Portantiero ofrece un hilo conductor en tanto un artículo suyo en *Cuadernos de Marcha*, publicado meses antes del primer número de *Controversia*, permite a nuestro entender captar estas mediaciones. En el núcleo de este capítulo, reconstruimos luego lo que aquí denominamos «perspectiva economicista», condensada principalmente en los escritos de Carlos Ábalo, en los que predomina la idea de que los objetivos políticos de la dictadura debían leerse a través del programa económico de Martínez de Hoz, dando lugar así una clave de lectura recurrente en análisis posteriores del período. Contrastamos después esta perspectiva con lo que aquí identificamos como el momento «politicista» de los análisis en torno a la dictadura, esto es, la línea interpretativa que intentó explorar qué tipo de dinámica política se abría alrededor de dos problemas conectados entre sí: el intento de «institucionalizar» las

transformaciones que los propios militares habían encarado a base de terror y el «problema de la sucesión» del propio régimen militar. En este punto seguimos nuevamente a Portantiero, quien tempranamente planteó este problema en *Controversia* a través de una hipótesis que anunciaba el comienzo de un nuevo «tiempo político», que el autor de *Los usos de Gramsci* creía observar surgir a partir de la promulgación de la «Ley Sindical» y la presentación pública del documento conocido como «Bases políticas». Cerramos el capítulo mostrando cómo esta misma hipótesis queda de algún modo «en suspenso» con el correr de los números de la revista, allí cuando el comité de redacción comenzó a advertir en sucesivos editoriales la escasa voluntad e imaginación política de los militares argentinos para llevar adelante siquiera una apertura condicionada, lo cual convivió a su vez con la debilidad y/o incapacidad de las «fuerzas opositoras» para forzar una salida al régimen. En las conclusiones del capítulo, evaluamos cuáles fueron a nuestro entender los aportes de *Controversia* en torno a la conceptualización de la dictadura argentina, como así también sus límites y contradicciones.

### **De la «teoría de la dependencia» a los «nuevos autoritarismos»**

Como vimos en el segundo capítulo, Portantiero volvió a publicar, ya en el exilio, el artículo incluido en el primer número de la segunda etapa de *Pasado y Presente*, «Clases dominantes en la Argentina actual y crisis política en la Argentina actual» (Portantiero: 1973a). Además de un nuevo título, «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973» (Portantiero: 1977a), este ensayo incluía una reescritura de las conclusiones, en las que se anunciaba el desenlace «catastrófico» que había tenido la conflictividad política de la Argentina «empataada» entre 1958 y 1973. Por esta razón Portantiero podía evocar la idea de un estado «disuelto» en la conflictividad de la sociedad civil, ofreciendo así una imagen conclusiva y contundente del contexto histórico en que tuvo lugar el golpe de estado militar de 1976. Portantiero no mencionaba a la dictadura argentina, pero el cierre de este artículo proporcionaba a su modo un punto de partida para comenzar a pensarla: ¿cuál era el proyecto político de los militares argentinos? ¿qué transformaciones intentarían producir en esa sociedad que hasta allí Portantiero caracterizaba como «empataada»?

No menos significativas que estas preguntas era la revista donde se publicó este artículo. En efecto, entre mediados y fines de los setenta, la *Revista Mexicana de Sociología* constituyó uno de los espacios más destacados del debate sobre las características de los regímenes militares del Cono Sur,<sup>177</sup> un debate que reunió a intelectuales exiliados o que en el caso argentino continuaban produciendo (al decir del título del libro de Guillermo O' Donnell), desde «catacumbas».<sup>178</sup>

Si bien entre las distintas voces que participaron de estas discusiones había coincidencias en el modo de caracterizar las distintas dictaduras del Cono Sur como una respuesta reaccionaria a la intensificación de la lucha de clases y la movilización popular, y en señalar que estos regímenes se proponían objetivos a largo plazo en aras de transformar las bases estructurales de las sociedades latinoamericanas, las discrepancias surgieron sobre un punto no menor: ¿eran índice estas dictaduras de un fenómeno novedoso o en cambio evocaban esquemas de poder conocidos por la teoría política aunque singularizadas por su contexto de emergencia -los países suramericanos? En este sentido, las posiciones se agruparon, al menos al inicio del debate, entre quienes caracterizaban a estos regímenes mostrando sus «parecidos de familia» con tipos de estado y/o movimientos reaccionarios ya conocidos en el pasado, y las que en cambio subrayaban su originalidad o instaban a reflexionar sobre sus especificidades. Entre aquellas posturas, era posible ubicar los análisis que catalogaban a las dictaduras militares como una forma de «restauración conservadora», o aquellas que retomaban una categoría clásica para dar cuenta al mismo tiempo del carácter extremadamente represivo y regresivo de estas experiencias: la categoría de «fascismo».<sup>179</sup>

Una de las versiones teóricamente más elaboradas entre las que observaban a las nuevas dictaduras en clave «fascista» estuvo a cargo de Theotonio Dos Santos, quien entre mediados y fines de los años sesenta, en el marco de sus contribuciones a las teorías de la

---

<sup>177</sup> Además de *Revista Mexicana de Sociología*, otras publicaciones del período abordaron la pregunta por los rasgos específicos de estas dictaduras, entre ellas, la revista *Crítica y utopía*, impulsada por intelectuales ligados con CLACSO, la revista mexicana *Cuadernos Políticos* y la revista *Nueva Sociedad*, editada en Venezuela. A estos espacios hay que sumarles los trabajos producidos en Argentina en el marco del Centro de Estudios Sociales (CEDES) y distintos congresos realizados sobre estos temas.

<sup>178</sup> Para una reconstrucción fundamentalmente conceptual de estas intervenciones entre fines de los años setenta y principios de los ochenta, ver Lesgart (2003).

<sup>179</sup> Para el caso argentino, en círculos del exilio que no tenían pretensiones teóricas sino militantes, algunas representaciones de la dictadura reunían ambos atributos: en lo económico, la dictadura expresaba un retorno al poder oligárquico; en lo político, en cambio, reactualizaba al fascismo.

dependencia, pronosticaba un desenlace político polarizado entre el socialismo y una nueva forma de fascismo vinculado al carácter dependiente de las sociedades latinoamericanas.<sup>180</sup> Dos Santos volvió a plantear estas ideas casi diez años después en la *Revista Mexicana de Sociología*, en un artículo con título elocuente («Socialismo y fascismo en América Latina hoy»), en el que sostenía que el Chile de fines de los setenta había convalidado retrospectivamente sus análisis de fines de los años sesenta, ya que a su entender ningún otro país suramericano expresaba de modo tan nítido cómo la conflictividad política y social se organizaba bajo el clivaje socialismo o fascismo. En este sentido, Dos Santos argumentaba que si bien la base social de los actuales regímenes militares suponía, desde el punto de vista ideológico, la reunión de diferentes expresiones de derecha, el programa regresivo que estas dictaduras encarnaban, lo que incluía tanto sus rasgos altamente represivos como los procesos de centralización y concentración del capital (que requerían una decisiva intervención estatal), favorecería en la larga duración el triunfo de los grupos fascistas sobre aquellos sectores más reacios a aceptar la imposición de un estado corporativo, ya que «para que esta tendencia a la *duración* se convierta en una ideología anti-liberal, que pretenda instaurar *definitivamente* un régimen totalitario de carácter fascista, sólo hay una tenue barrera. Los regímenes dictatoriales actuales son pues una primera fase de un proceso de *fascitización* de más largo plazo» (Dos Santos: 1977, 179-180).

Sin embargo, en el mismo número de la *Revista Mexicana de Sociología*, Liliana de Riz, quien compartía redes sociales y afinidades intelectuales y políticas con los integrantes socialistas de *Controversia*, cuestionaba rotundamente este tipo de interpretaciones, pues argumentaba que si bien el rótulo de «fascismo» podía llegar a tener, en el mejor de los casos, un valor testimonial en la lucha contra estos regímenes en la esfera pública internacional,<sup>181</sup> el precio que se pagaba por ello era el de ofrecer una mirada escasamente rigurosa en términos teóricos y explicativos de las dictaduras latinoamericanas (De Riz:

---

<sup>180</sup> Esta tesis ya aparece en *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* que Dos Santos (1973) termina de escribir en 1966, y cuya primera edición sin embargo recién se publicó en Santiago de Chile en 1969. Luego, con algunas correcciones, el libro se vuelve a imprimir en Buenos Aires en 1973.

<sup>181</sup> Era también éste el caso de los organismos de derechos humanos, quienes en ocasiones denunciaban como fascista a la dictadura militar argentina en el contexto de las batallas que estaban dando para sumar apoyos en el exterior. De este modo, buscaban interpelar a las memorias activas en Estados Unidos y en Europa del antifascismo surgidas en el contexto de la segunda guerra mundial.

1977).<sup>182</sup> Todo lo cual conspiraba tanto para predecir correctamente las características que serían capaces de asumir estas dictaduras en su despliegue en el tiempo como para imaginar proyectos alternativos de relevo, razón por la cual se tornaba urgente según De Riz reparar este vacío conceptual con teorías que estuvieran en condiciones de dar cuenta de las nuevas formas de autoritarismo en la región.

Desde un enfoque bien distinto al de De Riz, pero que coincidía en relativizar la validez de los corolarios alcanzados por Dos Santos, también Atilio Borón (1977) intervino en este debate que tuvo lugar en la *Revista Mexicana de Sociología*. En base a una comparación -hecha predominantemente en términos contrastantes- entre el análisis de las alianzas de clase del fascismo histórico según las célebres «Tesis de Lyon» de Gramsci (y de los aportes de Poulantzas en *Fascismo y dictadura*) y la coyuntura de los distintos países latinoamericanos, Borón concluía que los regímenes militares vigentes en América Latina no podían ser caracterizado según las formas de dominación que el marxismo había considerado hasta aquí como excepcionales: bonapartismo, dictadura militar y, justamente, fascismo. Se trataba, pues, de una nueva modalidad que Borón caracterizaba como «estado militar», en donde las formas de excepción se habían convertido en mecanismos de dominación permanente.

Y también en la *Revista Mexicana de Sociología* se publicó uno de los artículos más importantes dentro de aquellas teorizaciones que concebían a las dictaduras del Cono Sur como fenómenos novedosos: «Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario», de Guillermo O'Donnell (1977). Escrito originalmente en 1975 para el Centro de Estudio Sociales (CEDES), O'Donnell esbozaba aquí la tipología del «Estado burocrático-autoritario», un estado que consagraba en las «alturas» una respuesta reaccionaria a la ascendente movilización popular, pero que pasaba a ser conducido por cuadros dirigenciales surgidos de organizaciones complejas, entre ellas, pero no únicamente, de la militar. Con ello se imponía un sistema social excluyente, que coartaba (y no sólo de manera represiva) los canales de acceso popular al Estado pero que autorizaba su intervención en términos «despolitizados» y en nombre de la «racionalidad

---

<sup>182</sup> El argumento de fondo que sostiene De Riz es que el uso del concepto de «fascismo» en la caracterización de los regímenes militares o bien desconocía las singularidades del desarrollo de las sociedades civiles latinoamericanas o bien poco agregaba a lo ya conocido, obligando a sobre adjetivar a estos regímenes militares (por ejemplo, bajo categorías como la de «fascismo dependiente»).

técnica». Se trataba de un estado que resultaba expresivo de fuertes procesos de reorganización del capitalismo en sociedades «periféricas» pero con algún tipo de desarrollo industrial, cuyas notas características aparecían reunidas en dictaduras como la brasileña (instaurada en 1964 y aún vigente durante esos años) o la argentina de 1966, pero que se prolongaban en las dictaduras vigentes en el cono sur a fines de los años setenta.

Los términos en que se plantearon estos debates en la *Revista Mexicana de Sociología* constituían un índice notable de los cambios que incipientemente se estaban produciendo en las ciencias sociales latinoamericanas. Por un lado, porque recogía las intervenciones de intelectuales en su mayoría exiliados, cuyo objeto ya no era pensar la revolución, sino esta ofensiva que tenía a militares de distintos países suramericanos como protagonistas de proyectos políticos con propósitos reestructuración social a largo plazo (como si los militares tuvieran en sus manos la chance de imponer transformaciones que tenían como beneficiarios a las clases dominantes de la región, las cuales, sin embargo, no habían encontrado las vías políticas de llevarlas a cabo en la previa etapa de amplia movilización popular). Por otro lado, porque en virtud de este cambio de contexto, pero también de las disidencias teóricas y políticas que se manifestaron de modo rotundo en estos debates, las categorías de la «teoría de la dependencia» comenzaron a perder su capacidad persuasiva para explicar las relaciones entre estado y sociedad, tomando su lugar nuevos enfoques que colocaron el acento en las características novedosas de los «nuevos autoritarismos».<sup>183</sup> Desde luego, no se trataba solamente de una discusión teórica, sino también política: si las dictaduras, como creía Dos Santos, eran formas remozadas del fascismo, sólo cabía combatirlas a fondo (incluyendo en el repertorio de estas luchas a la violencia popular) en nombre del socialismo; si se trataba, en cambio, de un fenómeno novedoso, también así debían ser las estrategias políticas orientadas a enfrentarlas.

Visto en retrospectiva, la tematización de las dictaduras en el Cono Sur en términos de «nuevos autoritarismos» constituyó el punto de partida de una agenda organizada alrededor ya no de la «transición al socialismo», sino de la «transición a la democracia». *Controversia* se alineó con estas nuevas formas de pensar la coyuntura, acompañando el declive de las distintas versiones de la teoría de la dependencia (que por otra parte tampoco

---

<sup>183</sup> Para un análisis en profundidad tanto del enorme impacto que tuvo el golpe de estado en Chile para desencadenar la crisis de la teoría de la dependencia, como de las críticas a esta teoría de Cueva, Zavaleta Mercado y otros intelectuales en el exilio, ver Giller (2020).

en el momento de su apogeo habían logrado a interpelar al menos a la franja de intelectuales de *Pasado y Presente*). El modo en que en *Controversia* aparecía la crisis de las teorías dependentistas podía observarse en Ernesto López (un colaborador de la revista) para quien «discutir la derrota» significaba pensar la política más allá del encuentro que a su entender había signado los años sesenta entre el «foquismo» y la «teoría de la dependencia».<sup>184</sup> O con la publicación de un artículo de Fernando Henrique Cardoso, «Las sorpresas del desarrollo en América Latina», donde quien había contribuido a ofrecer una de las versiones más reconocidas de la teoría de la dependencia<sup>185</sup> retomaba un viejo problema abordado desde estas matrices -el modo en que los procesos de industrialización en los países suramericanos había reforzado la relación asimétrica entre economías centrales y periféricas-, pero para subrayar ahora que esta problemática no hallaría resolución alguna en el marco de las concepciones «catastrofistas» del dependentismo, como tampoco podía abordarse desde el ingenuo optimismo del desarrollismo, sino más bien a través de la constitución de mecanismos regulatorios estatales que favorezcan la acumulación y la inversión en los países sudamericanos sin que ello suponga un avance del estado sobre la trama civil de sociedades asfixiadas por distintos regímenes autoritarios (Cardoso: 1980, 19). Finalmente, estas transformaciones en las agendas de las ciencias sociales también encontraba eco en Portantiero, quien caracterizaría a la dictadura con un viejo concepto de raigambre gramsciana, el de «revolución pasiva», pero para designar con él, según veremos, a un fenómeno novedoso: el de las transformaciones en la estructura social que estaba imponiendo el régimen militar iniciado en marzo de 1976 en Argentina.

### **La dictadura como «revolución pasiva»**

Pocos meses antes de que se saliera el primer número de *Controversia*, Portantiero publicó en *Cuadernos de Marcha* (segunda época)<sup>186</sup> un artículo que ya desde el título explicaba

---

<sup>184</sup> «Una indagación -sostiene López- sobre las razones de lo que en clave del exilio argentino se ha dado en llamar «la derrota», no puede soslayar el análisis del guevarismo y de su prolongación en las teorizaciones de la dependencia. Más específicamente aún: el trágico naufragio del proyecto de Montoneros está ligado a la supervivencia de las ideas del Che, y a la de ciertas concepciones que se pusieron en boga a partir de las teorizaciones dependentistas.» (López: 1980, 13).

<sup>185</sup> Nos referimos lógicamente a *Desarrollo y dependencia en América Latina* (Cardoso y Faletto: 1969).

<sup>186</sup> La revista *Marcha* se editó por primera vez en Montevideo, hacia el año 1939, bajo la dirección de Carlos Quijano. En ella escribieron destacados intelectuales uruguayos, desde Onetti a Real de Azúa, pasando por Rodríguez Monegal y Ángel Rama. Hacia los años sesenta se editaron los *Cuadernos de Marcha*, para profundizar temáticas propias de la revista ligadas al latinoamericanismo, el tercerismo y el anti imperialismo. En noviembre de 1974 la revista fue cerrada tras el golpe cívico-militar de Bordaberry. Ya en el exilio mexicano,

cuál era la orientación de los cambios en la estructura social y política causados por la dictadura en Argentina: «De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués» (Portantiero: 1981).<sup>187</sup> En el inicio de este artículo, Portantiero cuestionaba por anacrónicas las lecturas que, como la de Dos Santos, retomaban la categoría de «fascismo» para caracterizar la respuesta brindada desde las alturas a la agudización de las luchas de clases en los distintos países del cono sur en la etapa previa a la implantación de las dictaduras: «cierto que nadie resucita hoy los himnos -que después fueron lúgubres- con los que el dependentismo extremo convocaba a la alternancia entre «socialismo y fascismo» (Portantiero: 1981, 67). En un argumento que anticipaba cierta modulación politicista que, según veremos, caracterizó a sus intervenciones sobre la dictadura en *Controversia*, Portantiero impugnaba al «dependentismo» por su exclusiva atención a las estructuras sociales, lo que conducía a desconocer las mediaciones existentes entre economía y política y a producir un análisis «abstracto» de la «sociedad» que no permitía comprender lo que ella verdaderamente era: un «sistema de hegemonías».<sup>188</sup> Pero si también era necesario tomar distancia del dependentismo, era porque al interior de esta matriz teórica y política resultaba imposible según Portantiero realizar una autocrítica que consideraba urgente entre quienes, bajo el signo de la revolución, habían creído en el «desplome» del capitalismo en América Latina, lo que suponía un «catastrofismo» que constituía un verdadero «obstáculo» (no sólo epistemológico) para imaginar una transición a la democracia en el continente.<sup>189</sup> De este modo, Portantiero adelantaba al interior de qué agendas problemáticas se iba a discutir en *Controversia* el problema de la dictadura: si en el plano político el eje ordenador de esa agenda era la democracia y no la revolución, en el

---

Quijano decidió iniciar una segunda etapa para los *Cuadernos de Marcha* (su primer número es de junio de 1979). Para una investigación exhaustiva de la historia y las ideas de esta revista, ver Espeche (2016).

<sup>187</sup> Utilizamos aquí la versión ligeramente corregida de este artículo que salió publicada en el número especial que la célebre revista francesa *Tiempos modernos* le dedicó a Argentina en 1981, y que tuvo como compiladores a David Viñas y César Fernández Moreno.

<sup>188</sup> Si la sociedad no es una «estructura reificada» sino «un proceso de producción de relaciones sociales», ello permitía según Portantiero distinguir “sociedades, particularizadas, cada una de ellas más allá de la igualación que pudiera establecerse en otras dimensiones, como *sistemas hegemónicos* irrepetibles, articulaciones específicas de significados económicos, políticos, éticos, culturales”(Portantiero: 1981, 69).

<sup>189</sup> «Frente a una realidad trágica que dejó atrás el optimismo de 1970, que no coloca en la agenda de las próximas horas la «actualidad de la revolución», el pensamiento tiende a hacerse más prudente: temas que para las izquierdas fueron casi siempre motivo de manipulación, aparecen ahora cargados de sentido sustancial. Por ejemplo, el de la democracia». (Portantiero: 1981, 68).

plano teórico los «nuevos autoritarismos», y no la dependencia, constituirían el vértice de los nuevos debates.

Con la intención de comprender las articulaciones entre economía y política como «sistema de hegemonías», en «De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués» Portantiero retomaba la idea de una «vacancia hegemónica» como resultado final de un largo proceso que en su tramo final había asistido al ascenso del «país popular» (1969-1973) y a su fracaso vertiginoso (1973-1976). Era entonces en este punto crucial de la historia en que la dictadura militar argentina hacía su aparición, presentándose como un «principio de reorganización» en una situación de vacancia que le permitía trazar una serie de objetivos con indisimulables pretensiones «refundacionales», orientados a revertir la larga crisis del capitalismo argentino. Sobre «la crisis del país popular», el régimen militar aspiraba entonces a convertirse en el principio de la «reorganización» no de cualquier país, sino del «país burgués».

Además de liquidar los últimos vestigios del «país popular» e instaurar un nuevo centro de autoridad, esta «reorganización» buscaba consolidar la reunificación de las clases propietarias que el ascenso de la movilización popular había estimulado de manera defensiva entre 1969 y 1973. Ofreciendo una nueva prueba de que el exilio no implicó el abandono sin más de una biblioteca política, sino más bien su relectura y por ende la resignificación de la misma, Portantiero apelaba a la vieja categoría gramsciana de «revolución pasiva» para caracterizar lo que entendía era la faceta inicial de la dictadura:

«La *Revolución pasiva* cambia desde el poder, a través de un semi estado que privilegia el terror sobre el consenso, las bases sociales de la hegemonía; intenta reorganizar totalmente las relaciones entre Estado y economía, y Estado y masas, en un programa de larga duración hasta la construcción de un nuevo sistema hegemónico» (Portantiero: 1981, 80).

A diferencia de Dos Santos, quien como vimos sostenía que el fascismo constituía el destino final de las nuevas dictaduras del continente, Portantiero señalaba que sólo inicialmente esta reconstitución autoritaria de la autoridad podía articularse con una ideología «totalitaria». Así, si bien era la extendida percepción social de la situación de «vacancia hegemónica» la que permitió a los militares tramitar, bajo el discurso del orden, una alianza entre las burguesía locales y las clases medias, constituyendo así un punto de

partida indiciario del «momento en que en el discurso militar se articula con la ideología totalitaria de la burguesía, auxiliada por las capas medias, quienes depositan en las Fuerzas Armadas la unificación de sus mandatos políticos frente a la crisis del pluralismo civil [...]» (Portantiero: 1981, 78), lo distintivo de la dictadura argentina había que comprenderlo en lo que venía después de este movimiento de imposición autoritaria: la rearticulación de los intereses de clase -sobre todo al interior de las clases dominantes- en vistas a la configuración de «un nuevo sistema hegemónico». De este modo, Portantiero trazaba un doble movimiento para conceptualizar a la dictadura: un movimiento de cierre autoritario (cuasi totalitario) del período previo y un movimiento de apertura hacia un nuevo orden:

«El primer paso, que la burguesía y las capas medias aceptaron sin disgusto, fue el de la recuperación del Orden a través de la destrucción de los últimos emergentes de la crisis del 69. En este caso, el modelo de desarrollo se subordina a un régimen político estamental capaz de aniquilar o controlar todas las «zonas de peligro» social y político. La segunda etapa, implica la puesta en práctica del dinamismo del modelo a través de la recomposición de la sociedad civil, de la articulación de sus nuevos intereses en el sistema político y de la modificación de los roles del Estado, como asignador de recursos. Ésta es la etapa de su *experimentum crucis* para el modelo de desarrollo, porque es en ella donde comienzan a concentrarse todas las resistencias sociales contra la transformación proyectada». (Portantiero:1981, 79-80).

Este segundo momento constituía entonces el elemento distintivo de la dictadura militar en Argentina, puesto que dejaba entrever sus pretensiones refundacionales a través de la definición de un nuevo modelo de desarrollo y un nuevo «sistema de hegemonía». En este nuevo bloque, sobresalía la importante recuperación de posiciones -no sólo económicas, sino también políticas- de la burguesía agraria, aunque ahora se trataba de una burguesía con capital diversificado, lo que impedía trazar analogías con el siglo XIX. Por el contrario, la reorganización del capitalismo auspiciada bajo la égida militar distaba también aquí de constituir una suerte de «restauración pastoril», ya que:

«La idea vulgar es que estos intentos hegemónicos por parte de la fracción moderna de la burguesía agraria (diversificada en la finanza y en la industria) implica una restauración pastoril. La realidad es otra. Esta fracción -que en primer lugar, no es exclusivamente agraria y en cuyo plan de reestructuración sacrificará sin duda, como sucedió en la década del treinta, a otra parte de los propietarios rurales- se estructura alrededor de una característica decisiva para explicar su predominio: es la única capaz de producir mercancías competitivas en escala mundial y, en ese sentido, es la que mejor puede articularse en la nueva división internacional del trabajo. A este status puede llegar sin grandes inversiones ni cambios tecnológicos

profundos: le basta con que el Estado no actué como mecanismo redistribuidor en su contra» (Portantiero: 1981, 78-79).

Este nuevo protagonismo de la burguesía agraria diversificada tampoco podía entenderse en el marco de un retorno al modelo de acumulación del capital de los años treinta argentinos, en la medida en que justamente lo que la dictadura militar argentina estaba desarticulando era el tipo de relación entre estado y sociedad que en aquellos años comenzaba a cobrar forma. Este punto, recurrente como veremos en los análisis de la dictadura en *Controversia*, le permitía a Portantiero también diferenciar a la dictadura militar argentina del régimen brasilero, pues si éste se había propuesto potenciar al capitalismo a través de un «desarrollismo autoritario» orientado a «modernizar» sus estructuras productivas, los objetivos últimos que Portantiero atribuía a la dictadura argentina vigente eran exactamente los contrarios: restringir las potencialidades productivas nacionales, para de ese modo terminar de constituir al «país burgués». En lo que constituyen probablemente las líneas más destacadas del texto, Portantiero defiende estas ideas en estos términos:

«Ya no se trata de hacer de Argentina una potencia capitalista sino de terminar de constituir la en una sociedad burguesa [...]. Se trata de redimensionar al país; de achicarlo económica, social y culturalmente, reconvirtiendo, en primer lugar, el aparato productivo, no para liquidar a toda la industria sino a cierta industria, sin importar acá los cortes habituales (nacional / extranjera; pequeña/grande) sino otros criterios no puntualmente equivalentes a esas grandes divisiones [...]. Lo que la clase dirigente está planteando al conjunto de la burguesía hoy, es el problema de las condiciones de viabilidad del capitalismo argentino dentro de la reconstrucción del orden mundial, invirtiendo totalmente la propuesta nacional-desarrollista vigente desde los años 40» (Portantiero: 1981, 79).

De este modo, y más allá de los diversos puntos en común con otras dictaduras del cono sur, lo propio de la dictadura argentina según Portantiero era su proyecto de «achicar la nación» para reorganizar al «país burgués», lo que implicaba destruir las bases sociales del «país popular». Aunque sugerente, esta tesis causó polémica en el exilio, pues además de plantear una controversia con quienes caracterizaban al régimen militar como una forma de “fascismo”, también cuestionaba la idea de que la dictadura constituía una mera «restauración pastoril» o restauración conservadora. Por este motivo, y desde *Cuadernos*

*de Marcha*, Rodolfo Puiggrós acusó a Portantiero de mirar el presente argentino con los ojos de la oligarquía.<sup>190</sup>

En síntesis, la discusión de la dictadura en *Controversia* estuvo mediada por este incipiente debate entre intelectuales exiliados sobre los rasgos distintivos de las dictaduras latinoamericanas en el cono sur. Como vimos, las posiciones oscilaban entre perspectivas que identificaban estos regímenes con formas de autoritarismo o totalitarismo ya conocidas por la teoría política, como el «fascismo»; y lecturas que subrayaban la necesidad de desarrollar categorías acordes con lo que entendían que era un fenómeno novedoso: las nuevas formas de autoritarismo. Aunque con una vieja categoría, la de «revolución pasiva», Portantiero se inscribía dentro de estos nuevos enfoques, dado que interpretaba a la dictadura como elemento condensador de un proceso de reorganización del capitalismo argentino, cuya singularidad sólo podía captarse teniendo en cuenta los dilemas del sistema hegemónico previo. En esta lectura, lo novedoso del golpe de estado de 1976 en Argentina debía verificarse en una segunda etapa (tras el momento inicial predominantemente represivo tendiente a instaurar un centro de autoridad): la del «experimento crucial», destinado a reconstruir un sistema hegemónico. La pregunta decisiva que arrojaba este planteo era la siguiente: ¿en qué términos la dictadura llevaría adelante esta segunda etapa que, según la lectura de Portantiero de la política y sociedad argentina entre 1958 y 1973, constituía el problema político de fondo de la historia argentina de aquellos años –esto es, el problema de la constitución de un nuevo bloque hegemónico?

Alrededor de este problema se organizó el debate sobre la dictadura en *Controversia*. Ello implicaba debatir, por un lado, cuál era el modelo de acumulación que la dictadura buscaba definir para la Argentina una vez aniquilado el «país popular» y, por otro lado, qué estrategia de poder se darían los militares argentinos para «institucionar» el «estado de excepción» del momento inicial.

### **El momento «economicista»: la dictadura leída desde el plan Martínez de Hoz**

El comité editorial de *Controversia* compartía la idea de que los militares argentinos se habían propuesto objetivos políticos «refundacionales», de modo que el intento de restaurar un orden estaba orientado a redefinir de manera tajante las relaciones entre estado

---

<sup>190</sup> Sobre este punto, ver Omar Acha (2006, 283-284).

y sociedad en Argentina. Ya en esta revista, Portantiero plantearía esta hipótesis al sostener que «la tarea que han asumido los militares es ya expresión de una redistribución del poder social, en una escala de cambios que no la asemeja a ninguno de los procesos dinamizados recurrentemente desde 1955» (Portantiero: 1980a, 2).

Ahora bien, una línea interpretativa importante en *Controversia*, defendida principalmente por el economista Carlos Ábalo, sostenía que estos objetivos refundacionales se verificaban eminentemente en el programa económico de Martínez de Hoz, quien ya en 1976 había decidido un plan de ajuste basado en el congelamiento de salarios, la liberación de los precios, la supeditación del tipo de cambio al ritmo de la inflación y la toma de deuda para paliar el déficit fiscal, todo lo cual derivó en una abrupta caída del salario real y una reducción del déficit comercial y fiscal, sin conseguir que la inflación se reduzca de manera prolongada. Este plan de ajuste, bastante ortodoxo, asumió un rumbo más agresivo a mediados de 1977, cuando el staff económico de la dictadura encaró una de sus políticas más drásticas, la reforma financiera, que implicaba la liberación de las tasas de interés, una gradual eliminación de restricciones para capitales especulativos provenientes del exterior y la garantía estatal de la totalidad de los depósitos sin mecanismos de control acordes con tamaña decisión. Estas medidas, congruentes con un modelo de acumulación basado en la renta financiera, provocaron en el corto y mediano plazo una presión alcista sobre las tasas de interés activa y pasiva, que a su vez motivaron comportamientos especulativos generalizados, alimentaron expectativas devaluatorias con impacto inflacionario y causaron virtualmente el quiebre del aparato productivo nacional, dado que fueron acompañadas por una ya no gradual apertura de importaciones. La aceleración del plan se alcanzó con la célebre política de «estabilización monetaria» (conocida como «la tablita») lanzada en diciembre de 1978, que preveía devaluaciones periódicas por debajo de las expectativas inflacionarias, provocando una sobrevaluación del peso que potenció los efectos negativos de la reforma financiera sobre el aparato productivo, y resultó ineficaz para controlar la inflación en el mediano plazo.

*Controversia* fue contemporánea de la radicalización de este «programa económico», y testigo, en sus números finales, de la crisis social y económica que causó de manera generalizada. En la revista, Carlos Ábalo fue quien se encargó de seguir de cerca este programa, adelantando, en «La discusión sobre la política económica del gobierno militar»

(Abalo: 1979) la hipótesis que presidió de manera recurrente sus análisis: que «el programa económico y el proyecto político [de la dictadura] son una sola y misma cosa», ya que «los militares han dado a entender que los partidos políticos tendrán que aceptar la nueva realidad económica y adaptarse a ella, porque el traspaso del poder se hará cuando la actual orientación económica sea poco menos que irreversible» (Ábalo:1979, 26). Bajo esta perspectiva, entonces, en la economía estaba cifrada la verdad de la política militar.

Ahora bien: ¿cuál era esa verdad? Según Ábalo, el modelo económico de la dictadura apuntaba a «homogeneizar el patrón de acumulación» a partir de una reorientación de la intervención estatal destinada a asegurar una fuerte transferencia de ingresos de los asalariados y la burguesía industrial hacia la burguesía agraria, bajo el presupuesto de que dicha burguesía constituía el único actor dinámico de la economía argentina en condiciones de inscribirse con éxito en la economía mundial tras la crisis del petróleo. Sin embargo, más novedosa que esta apuesta era según Ábalo la concurrencia, como nunca antes en la historia argentina, de condiciones internas y externas que habían permitido a los militares, con el apoyo de sectores del poder económico, implementar a fondo este programa. De aquí que Ábalo concluya que «el proyecto actual trata de homogeneizar el modo de acumulación, procura no quedarse a mitad de camino y cuenta con la decisión política, la situación interna (derivada de la profundidad de la derrota popular) y las condiciones favorables de la economía internacional (reorganización y altos precios agrarios) para intentarlo» (Ábalo: 1979, 25).

Es sin embargo en «La nueva onda larga depresiva del capitalismo» (Ábalo: 1980a) donde se explican con mayor precisión cuáles eran esas condiciones externas que habían favorecido la implementación a fondo del programa económico de la dictadura. En efecto, Ábalo entendía que las transformaciones encaradas por la dictadura constituían una suerte de ajuste o «puesta al día» de la dinámica del capitalismo argentino respecto a los cambios que se estaban produciendo en la economía mundial desde fines de los años sesenta. Tal como lo explicita el título de la nota, estas mutaciones globales expresaban en realidad una crisis en torno al modelo de acumulación con que se había expandido el capitalismo en el contexto de posguerra, cuyos síntomas eran reconocibles en las prolongadas etapas de recesión con inflación elevada que evidenciaban las economías centrales. La explicación que Ábalo encontraba a este fenómeno consistía en la progresiva caída de la tasa de

ganancia que se verificaban en los centros dinámicos del capitalismo mundial y en la imposibilidad de recuperar esos niveles con el aumento de la productividad, la inversión estatal o la cooptación de nuevos mercados.<sup>191</sup> Este cuadro se agravaría en los años setenta con la agudización de comportamientos especulativos que reemplazaron los estímulos a la inversión y potenciaron el escenario recesivo, generando así una novedosa situación que combinaba inflación creciente con períodos recesivos cada vez más prolongados. De este modo, el esquema bienestarista de posguerra basado en la inversión pública, bajas tasas de desempleo, y en definitiva mayor participación de los asalariados en la renta comenzaba a resquebrajarse en los países centrales y por esta razón Ábalo –pero también Portantiero, según veremos– argumentaba que el programa económico de la dictadura, que apuntaba a remover el modelo de desarrollo «nacional-popular» o «desarrollista» para instituir un estado orientado a la toma de crédito y al impulso de sectores exportadores como a la «burguesía agraria» se proponía entre sus objetivos principales ajustar la economía argentina con este nuevo escenario mundial.

Pero más interesantes y al mismo tiempo polémicas eran las razones que Ábalo encontraba para afirmar que también el contexto interno había favorecido la implantación a fondo del programa económico de la dictadura. Esas razones tenían que ver, en línea con el primer editorial de *Controversia*, con la envergadura de la derrota política del campo popular, cuya profundidad guardaba relación con el fracaso, por razones políticas, de un intento por corregir los problemas de aquel modelo sobre la base de transformaciones que resultaban a todas luces progresivas respecto al plan de Martínez de Hoz. Ese intento de resolver con criterios progresivos los dilemas estructurales de la economía argentina no había sido otro que el «Plan Gelbard»,<sup>192</sup> a cuyo análisis estuvo destinada una mesa de discusión que ocupó buena parte del quinto número de *Controversia* y que contó con la destacada participación, justamente, de Ábalo.<sup>193</sup>

---

<sup>191</sup>«En los países capitalistas industrializados, ya no queda nada a qué apelar para reconstruir las ganancias y la inversión, salvo el ataque directo contra el nivel de vida y las condiciones de trabajo de los asalariados» (Ábalo: 1980a, 25).

<sup>192</sup> En este punto, Ábalo se diferenciaba de lo que sostenía el comité editorial de la revista *Pasado y Presente*, que hacia 1973 anunciaba que el modelo «nacional-desarrollista», en los términos en que éste había sido históricamente planteado en Argentina, estaba agotado en el contexto del retorno de Perón.

<sup>193</sup> Ver AAVV (1980). Esta mesa contó con la participación del propio Carlos Ábalo, Gustavo Lugones, Pedro Paz, Alberto Spagnolo y Jorge Todesca, e incluyó, además de las disertaciones de los participantes, dos textos inéditos de Gelbard. Sin dejar de presentar sus aportes como interpretaciones basadas en el rigor profesional, los distintos participantes pretendían también rescatar la figura de Gelbard al subrayar, como por ejemplo hace

En su recuperación del Plan Gelbard, Ábalo destacaba el impuesto a la renta agraria ociosa y la ley de reforma agraria como pivotes de lo que se le aparecía como un indiscutido «centro de la reforma progresiva del capitalismo argentino» (Ábalo: 1980b, 10), junto con otra batería de medidas que pretendían ofrecer estímulos a la industria, desde la ley de promoción destinada a incentivar la producción de pequeñas empresas hasta la nacionalización de los depósitos (para favorecer una agresiva política crediticia destinada a mejorar los niveles de productividad de la industrial local), pasando por el esquema de concertación entre empresarios y trabajadores para garantizar la rentabilidad de los industriales o las políticas de diversificación de las exportaciones con el objeto de asegurar también a la industria nacional una cierta participación en la captura de la renta global. En suma, a diferencia del plan de Martínez de Hoz, el de Gelbard aceptaba los límites del mercado interno como elemento dinamizador de la economía pero apostaba a sortear esos límites activando un proceso de modernización de la estructura industrial cuyos costos no debían recaer únicamente en los asalariados, sino principalmente en la propia burguesía agraria.

Con todo, esta detenida reflexión sobre el Plan Gelbard se tornaba sumamente controvertida cuando tenía que explicar las razones de su fracaso, que Ábalo no dudaba en atribuir a la derecha y a la izquierda peronista, omitiendo así sorprendentemente cualquier mención al poder (como mínimo de veto) de los actores sociales que de haber tenido éxito este plan hubieran sido severamente afectados por él.<sup>194</sup> A tono con el carácter «autocrítico» de *Controversia*, Ábalo sostiene que:

«El fracaso del programa reformista de 1973 no residió en su contenido económico, sino en gran parte en la crisis política del peronismo y en la miopía de la izquierda (en primer lugar, la izquierda peronista) y de la burocracia sindical para evaluar el carácter del proceso. No había ninguna fuerza que en 1973 pudiera conducir a la Argentina hacia una etapa poscapitalista. En consecuencia, fracasado el proyecto de la burguesía reformista, sólo quedó en pie el populismo, impulsado por la burocracia sindical y efectivamente

---

Ábalo en la introducción de la mesa, los embates que Gelbard debió sobrellevar durante su gestión en el Ministerio de Economía provenientes tanto de la derecha como de la izquierda peronista, como así también el hecho de su muerte en soledad en el exilio. En este sentido, puede leerse esta mesa como precursora de otros rescates mucho más tardíos de la gestión -y la figura- de Gelbard, como los de Ricardo Sidicaro (2002), María Seoane (2003) o, en la prensa (Agencia Paco Urondo), del historiador Horacio Bustingorry.

<sup>194</sup> Otro interesante eje de análisis a tener en cuenta para comprender el fracaso del “plan Gelbard” es el progresivo deterioro de las capacidades estatales. Ver Sidicaro (2002, 103-142).

conducido por la derecha peronista. La restauración sin horizontes del populismo allanó el camino del golpe de estado» (Ábalo: 1980b, 10)

Extraviada entonces la «chance histórica» en 1973 de una reforma económica del capitalismo argentino desde la perspectiva de la «burguesía reformista», y en el contexto de la notable derrota del campo popular, las condiciones históricas aparecían de este modo inmejorables para la implementación del programa económico de Martínez de Hoz. En el análisis de Ábalo, en la Argentina de 1976 no quedaba en pie ninguna resistencia política y social relevante para obstaculizar su despliegue, ni la del movimiento obrero, desarticulado por la dictadura, ni tampoco la del actor que hubiera resultado un beneficiario directo del Plan Gelbard y que sería fuertemente afectado por el plan económico de Martínez de Hoz: la burguesía industrial argentina. En efecto, si en sus primeras intervenciones en la revista y no sin cierta perplejidad Ábalo admitía que este grupo social se había acoplado al nuevo bloque de poder inaugurado por la política económica de la dictadura,<sup>195</sup> recién en sus últimos artículos, cuando la crisis económica y social desencadenada por el plan Martínez de Hoz comenzaba a avizorarse, encontraría en los descontentos de segmentos «marginales» de esta burguesía indicios de una posible ruptura dentro nuevo bloque de poder económico.

Esos signos de la crisis social y económica desencadenada por el programa de Martínez de Hoz no constituían empero para Ábalo una refutación de su hipótesis inicial, aquella que entendía que en la economía residía la cifra del proyecto político de la dictadura. Tampoco debían ser leídos como inequívoca señal del fracaso estrepitoso de la dictadura; por el

---

<sup>195</sup> En los primeros números de la revista, Ábalo dedica importantes esfuerzos interpretativos para explicar por qué la burguesía industrial argentina se había plegado al nuevo contexto económico sin oponer mayores resistencias. Así, en «La discusión sobre la política económica del gobierno militar» (Ábalo: 1979, 25-27) argumentaba que ello se debía a los contados pero sin embargo efectivos incentivos que había recibido para sumarse al nuevo bloque histórico liderado empero por la burguesía agraria, que había iniciado un proceso de diversificación de su capital que la posicionaba también como un actor de peso dentro del capital industrial argentino, lo cual había facilitado las cosas al viejo sector industrial como para demandar con algún éxito el sostenimiento del regímenes de promoción que en los hechos implicaba mantener niveles de protección que si bien se reducían a la mitad de su valor en tiempos de auge del modelo «populista», resultaban todavía compatibles «con la protección media del conjunto de la industria». Asimismo, la alianza auspiciada por el programa económico de Martínez de Hoz entre la burguesía agraria y el capital financiero internacional había generado condiciones iniciales novedosas de acceso al crédito que el sector industrial, dadas las nuevas condiciones históricas, no estaba en condiciones de desdeñar. En suma, aun cuando ya no constituía un actor con el protagonismo de etapas precedentes, sino una facción bien subordinada dentro del nuevo bloque dominante, Ábalo encontraba comprensible la integración –con mayor o menor resignación– del sector industrial al orden económico auspiciado por la dictadura.

contrario, en «Cinco años y una nueva etapa», publicado en el anteúltimo número de *Controversia*, Ábalo insistía en el carácter exitoso que había tenido dicho programa, en tanto había generado un modelo de acumulación cuya implantación parecía «irreversible» al menos en el corto y mediano plazo aunque, a diferencia de sus intervenciones previas, ello habría sido posible porque dicho plan había generado una crisis económica de envergadura que ahora en su análisis aparecía como la condición de posibilidad de su triunfo, lo que resultaba incompatible con la idea -que Ábalo formuló en sus primeras intervenciones de la revista- que sostenía que había sido la crisis del «modelo populista» y las características del nuevo escenario internacional lo que habían permitido la exitosa implementación del plan económico de la dictadura. En este sentido, tras cinco años de puesta en práctica del esquema económico de Martínez de Hoz, la dictadura había logrado «[1] centralizar el capital; 2] aumentar las ganancias y la capacidad de acumulación de la gran burguesía; 3] promover la competitividad externa nacional en los sectores con ventajas comparativas y 4] integrar más profundamente al capitalismo argentino con el capitalismo internacional» (Ábalo: 1981, 6). Con todo, la consecución de estos objetivos había generado efectos negativos para distintos sectores sociales entre los que se contaban en primer lugar los trabajadores pero también sectores de la «burguesía marginal» (industrial, comercial, agraria, financiera), lo cual explicaba primero las críticas y luego también la remoción de Martínez de Hoz de su cargo. Sin concluir por ello que el bloque burgués estaba en crisis, Ábalo sin embargo anunciaba la cierta posibilidad de su escisión, motivo que obligaba a la dictadura después de mucho tiempo a ingresar en un espacio de negociación para asegurarse que el orden general instaurado en 1976 en materia económica y social no sufriera en lo fundamental alteración alguna:

«Los militares deberán *negociar ahora los límites y las modalidades de la reconversión*, pero no el reordenamiento en sí, que es en gran medida *irreversible* y en ello está la parte de éxito de esta etapa. Afectar los límites y las modalidades de reconversión significa, en primer lugar, *poner en tela de juicio la composición del frente interburgués* y su conducción, *sobre todo el papel de la gran burguesía terrateniente* y su alianza con el capital financiero. No es extraño, por ello, que la primera víctima de este cuestionamiento sea el principal artífice de la política económica: Joe Martínez de Hoz» (Ábalo: 1981, 7, subrayado en el original).

A pesar de que la posibilidad entrevista de quiebre de este «frente interburgués» suponía el inicio de una «nueva etapa», ello no alcanzaba para revertir, en el análisis de Ábalos, un

aspecto fundamental del orden económico y social iniciado en 1976: la liquidación de lo que Portantiero denominaba como las bases del país «popular-desarrollista» y, dentro de este modelo, la clausura del protagonismo gozado en él por los asalariados y la burguesía nacional.

Aunque con estos matices, entonces, Ábalo ratificaba así en sus últimos escritos sus ideas iniciales en torno a la dictadura, subrayando en clave economicista que el régimen militar representaba una reorganización del bloque de poder económico liderado por la burguesía agraria (en alianza con el capital financiero internacional), y destinado a reinscribir el capitalismo argentino en un contexto económico mundial que asistía a un notable proceso de transformación. Y a pesar de que en sus últimos escritos hallaba signos sino de una crisis, al menos sí de ciertas grietas en el frente interburgués en sectores «marginales» de la burguesía a causa de las consecuencias sociales y económicas del «plan Martínez de Hoz», los efectos de este plan seguían siendo evaluados como «irreversibles» al menos en el corto y mediano plazo.<sup>196</sup>

Con todo, esta interpretación economicista conducía a una paradoja: que lo que Ábalo consideraba un éxito del plan económico, esto es, llevar a fondo la transformación del modelo de acumulación, no dejaría de dificultar la puesta en marcha de un objetivo político también perseguido por los militares argentinos: el de definir los términos de su sucesión. Analizamos, a continuación, cómo se pensó este problema en *Controversia*.

### **El «momento político» de la dictadura: ¿un nuevo pacto estatal?**

Si bien Portantiero coincidía con Ábalo en que el programa económico de Martínez de Hoz constituía un momento eminente del proyecto político de la dictadura,<sup>197</sup> su lectura del régimen militar trascendía el enfoque economicista. En efecto, para Portantiero este programa cobraba sentidos específicos dentro del período que justamente había sido objeto

---

<sup>196</sup> El hecho de que Ábalo haya encontrado en estos sectores -y no en el movimiento obrero- aquellas disidencias que valían la pena considerar demostraba, por el «revés de la trama», cuán honda consideraba a la derrota del «campo popular», al punto de que no le resultaba teóricamente viable siquiera buscar en el campo de la organización sindical y de los asalariados a los actores en condiciones de limitar o resistir al programa económico de la dictadura militar.

<sup>197</sup> «Las reglamentaciones que han comenzado a dictarse [se refiere a la Ley Sindical y Bases Políticas] son el resultado de un proyecto de articulación entre economía y política correspondiente a un nuevo cuadro de relaciones sociales. Acerca de sus características no insistiré aquí: para describir sus bases afortunadamente puedo remitirme al artículo de Carlos Ábalo «La discusión sobre la política económica de la dictadura», publicado en el número 1 de *Controversia*» (Portantiero: 1980a, 2).

de sus análisis previos: la sociedad y política argentinas entre 1955 y 1973-76. Reubicada en esta serie, la dictadura debía leerse como un proyecto que pretendía poner «fin» a la «sociedad empataada» para dar inicio así a una nueva etapa signada por la reconfiguración de las relaciones entre el estado y la sociedad, pues de tener éxito este proyecto «las bases sociales del estado argentino tal como las hemos conocido desde hace unas décadas cambiarían absolutamente: sería el golpe final para el estado intervencionista y benefactor consolidado a mediados de los cuarenta y que jamás había podido ser del todo desmantelado» (Portantiero: 1980a, 4).

Por otra parte, la reflexión de Portantiero también trascendía la perspectiva economicista en la medida en que estaba atenta a la pregunta sobre los términos en que la dictadura se proponía llevar adelante este programa refundacional. Así, en «Bases políticas, ley sindical y plan del capital» (Portantiero: 1980a), formulaba una hipótesis que colocaba en el centro al «momento de la política» como dimensión a examinar para determinar el modo específico en que la dictadura buscaba transitar el «experimentum crucis» (experimento crucial) de la recomposición del (o de la creación de un nuevo) sistema hegemónico. En este sentido, para Portantiero la constitución de un nuevo sistema hegemónico requería no sólo de un programa económico capaz de provocar transformaciones sociales «irreversibles», sino también de tareas específicamente políticas. Así, y retomando lo que había anticipado en su artículo «De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués», Portantiero distinguía dos etapas políticas de la dictadura: si la primera se había caracterizado por avanzar en reformas estructurales en la sociedad y economía argentinas en base al terror y al shock económico, en la segunda etapa Portantiero creía descubrir un intento, por parte de los militares, en dirección a producir una nueva superestructura que estuviera en sintonía con las transformaciones estructurales implementadas en la primera etapa.<sup>198</sup> Sostenía Portantiero:

«La dictadura militar se ha propuesto ‘hacer política’, esto es consolidar ideológica y jurídicamente los cambios que intenta promover en la sociedad. El «Proceso de Reorganización Nacional», que primero mostró

---

<sup>198</sup> Este «etapismo» aparecía en el propio mensaje con el que la Junta presentó las «Bases Políticas»: «Resulta bien claro que hay que comenzar a preparar, con la prudencia que lo complejo y delicado de los problemas requiere, la transición entre lo que cabe considerar como el primer ciclo del Proceso de Reorganización Nacional, en el cual el peso de la Responsabilidad mayor ha gravitado y gravita sobre las Fuerzas Armadas y lo que, luego, vendrá a ser un segundo ciclo en el que este peso de la responsabilidad mayor deberá desplazarse progresivamente hacia las reservas cívicas de la Nación, dispuestas a poner en juego su más alto patriotismo, lealtad, abnegación y desinterés». Ver S/A (2014).

exclusivamente su cara terrorista –a través de la violencia represiva directa pero también de la violencia social y cultural- se dispone ahora a recomponer políticamente lo que va transformando de la sociedad civil argentina en función de obtener alguna base de consenso para que el reordenamiento pueda encontrar su sucesión” [...]. El «Proceso de Reorganización Nacional» no es sino un proceso de reorganización del capitalismo que primero necesito derrumbar a los actores crecidos alrededor de la crisis de 1969 y ahora busca penetrar en otra etapa, aquella en la cual las instituciones deben ser ajustadas para servir a la nueva constelación de poder real» (Portantiero: 1980, 4).

La hipótesis de que la dictadura estaba dispuesta a abrir un nuevo tiempo político estaba anclada en una imagen de la coyuntura política argentina algo desfasada respecto al poder militar. Ciertamente, hacia mediados de 1978 los militares argentinos lucían fortalecidos: a lo largo de este año habían declarado su triunfo en lo que denominaron la «guerra contra la subversión», también habían capitalizado el «éxito» deportivo del Mundial de Fútbol sin poder impedir, pero manteniendo bajo cierto control, las denuncias de los organismos de derechos humanos contra este evento en el exterior; asimismo, los efectos negativos del programa económico de Martínez de Hoz no se habían manifestado aún con la profundidad que lo harían en 1980 y sobre todo en 1981. En síntesis, como sostienen Novaro y Palermo, «durante la segunda mitad de 1978, el Proceso gozaría de un consenso sensiblemente más activo y, por lo menos, tan extendido como el que había merecido el golpe dos años antes», de manera que los militares parecían encontrarse en condiciones para poner en marcha sus objetivos de largo aliento. De hecho, muchas de las declaraciones, incluyendo la de miembros de la Junta, eran indiciarias de esta situación, que sin embargo derivó, también según Novaro y Palermo, en el «extravío de la oportunidad refundacional» (Novaro, Palermo: 2003, 170).<sup>199</sup>

Portantiero interpretaba como una prolongación de esta situación de fortaleza política de la dictadura (que sin embargo hacia inicios de 1980 no tenía igual asidero que en la segunda mitad de 1978), a la aprobación de la «Ley Sindical»<sup>200</sup> y la presentación pública, hecha hacia fines de diciembre de 1979 en el Salón del Congreso, del documento denominado

---

<sup>199</sup> Ver en este sentido las palabras de Agosti al Diario *La Nación* en julio de 1978: “Así como marzo de 1976 constituyó un punto de inflexión histórica que termina con una etapa política, en la cual se asume con plenitud el combate contra el terrorismo subversivo, julio de 1978 constituye un nuevo punto de inflexión en el que, terminado el combate armado, debemos enfatizar la construcción de los fundamentos de la nueva sociedad argentina”. (Novaro y Palermo: 2003, 169).

<sup>200</sup> Sobre la Ley Sindical y la lucha de los sindicatos en el contexto de la dictadura, Victoria Basualdo (sin datos de año de edición). Disponible en línea en: <http://www.relats.org/documentos/HIST.Basualdo.Clasetrabajadora.pdf> [consulta 9/9/2019].

«Bases políticas de las Fuerzas Armadas para la Reorganización Nacional», más conocido como «Bases políticas».<sup>201</sup> Se trataban de «normas» que no sin altas dosis de coerción le permitían a la Junta recuperar la iniciativa política:<sup>202</sup> mientras que la nueva «Ley Sindical» eliminaba las organizaciones de tercer grado existentes, anulaba la conformación de federaciones, ampliaba las facultades del estado para intervenir en los sindicatos e impedía la transferencia de los recursos provenientes de las obras sociales al quitarle a los gremios la administración de esos fondos, «Bases políticas» retomaba ideas que desde (al menos) 1977 circulaban en los espacios de poder sobre la «cuestión política», esto es, la cuestión que giraba en torno a las diversas alternativas esbozadas al interior de las Fuerzas Armadas para institucionalizar el «poder excepcional» que los militares se habían otorgado a sí mismos en marzo de 1976, lo cual incluía desde luego el problema de la sucesión.<sup>203</sup>

Sin embargo, este «ajuste» entre estructuras y superestructuras no era el único objeto del «tiempo político»: lo que estaba en juego según Portantiero era la búsqueda de consensos sociales para ampliar la legitimación social y política de la dictadura. ¿Con qué finalidad? La de celebrar un «nuevo pacto estatal» orientado a la resolución de un problema político decisivo para los militares argentinos: el problema de la propia herencia del así llamado «Proceso de Reorganización Nacional»:

«Al servicio de un plan de reorganización del capitalismo, los militares buscan estructurar paralelamente una nueva hegemonía, construir un pacto estatal y ordenar un sistema político con nuevos sujetos reconocidos. Este es el lazo que ata a la «Ley Sindical» con las «Bases Políticas» y con los otros ordenamientos

---

<sup>201</sup> Este documento fue firmado por Viola (en representación del Ejército), Lambruschini (Marina) y Rubens Graffigna (Fuerza Aérea) y anunciado por Videla en el Congreso Nacional el 19 de diciembre de 1979. El mismo se dividía en tres partes: «Bases Doctrinarias», donde se ofrecen definiciones sumamente vagas sobre la concepción “filosófica política” de la dictadura; las «Bases Programáticas», donde se enuncian distintos objetivos de gestión en diversas áreas y «Bases Instrumentales», donde también de manera bastante vaga se enuncian los medios para conseguir los objetivos programáticos. Ver *Actas de la dictadura. Documentos de la Junta Militar encontrados en el edificio Cóndor* (S/A: 2014: 13-40).

<sup>202</sup> También puede decirse, más allá de lo coyuntural, que las distintas dictaduras que se sucedieron luego del golpe de Estado de 1955 intervinieron a fondo -y de modo articulado- en la cuestión sindical y en el sistema político. La formulación discursiva más precisa de este tipo de intervenciones tuvo lugar durante la dictadura de Onganía (1966-1970), a través de una fórmula etapista que apuntaba a «normalizar» el «tiempo económico», el «tiempo sindical» y el «tiempo político». En este sentido, pueden pensarse la Ley Sindical y las «Bases políticas» como intervenciones que se inscribían dentro de esta problemática común a distintas dictaduras en Argentina tras el derrocamiento de Perón.

<sup>203</sup> Para un análisis de los planes que antecedieron a «Bases políticas» ver Canelo (2016). El análisis de Canelo también permite apreciar el carácter «desacoplado» de la hipótesis de Portantiero: al momento de lanzar las «Bases Políticas», el sector «politicista» de la Secretaría General de la Presidencia (dependiente del Ministerio del Interior), en el que confluían sectores militares con cuadros políticos del radicalismo, y en cuyo accionar se verificaron los intentos más dinámicos para trazar estrategias de salida política a la dictadura, ya estaba políticamente neutralizado.

anunciados. Por supuesto que la implementación de una tendencia, por más coherente y racional que sea para determinado proyecto, no garantiza su éxito. Las fuerzas que desate entrarán en confrontación con otras fuerzas y es ésta correlación y no el destino quien producirá los resultados. En 1980 los militares quieren «hacer política»: ¿podrán también hacerla los sectores populares?» (Portantiero: 1980a, 4).

En consecuencia, la hipótesis de Portantiero dotaba de una específica «dramaticidad histórica» al tiempo presente, que quedaba así caracterizado como el momento en que la dictadura pretendía operar el pasaje de la «dominación» a la «hegemonía», colocando en el centro de su agenda la «institucionalización» tanto de las transformaciones estructurales ya operadas como las condiciones para definir su sucesión.

*Controversia* acompañó estos movimientos que se suscitaron en un escenario en el que parecía abrirse un nuevo tiempo político. Por esta razón, entre 1980 y 1981, la sección «Coyuntura» ganó más importancia, hasta convertirse en la única sección estable de la revista. Dentro de ella podía leerse notas editoriales enfocadas en el progresivo deterioro de la economía entre 1979 y 1981 y, sobre todo, análisis del curso que iba adquiriendo el más enunciado que practicado «diálogo político»<sup>204</sup> (una iniciativa lanzada por los militares para implementar los objetivos de las «Bases Políticas» y que tuvo como destinatarios a dirigentes de partidos, sectores eclesiaísticos y de asociaciones corporativas).<sup>205</sup> Que la instrumentalización de las «Bases Políticas» consistiera en una propuesta de «diálogo» en lugar de una reforma de la Constitución<sup>206</sup> (como efectivamente aconteció en los casos de otras dictaduras del Cono Sur como la chilena y brasilera -e incluso, como lo intentó aunque fallidamente la uruguaya) ofrecía un indicio de que este «gesto aperturista» tuvo lugar en un contexto político de repliegue de las Fuerzas Armadas sobre sí, pues si el «diálogo» posibilitaba a los militares retener un mayor control sobre la agenda a discutir con los actores civiles, al mismo tiempo los limitaba considerablemente para proyectar su sucesión en base a los más amplios acuerdos que hubiera requerido una reforma de la Constitución.

---

<sup>204</sup> Para una reconstrucción histórica del «diálogo político», ver Canelo (2016) y Franco (2018).

<sup>205</sup> El «diálogo político» se llevó a cabo en dos etapas, la primera durante el último año de Videla y la segunda durante la efimera presidencia de Viola.

<sup>206</sup> Tal posibilidad se barajó entre 1977 y 1978 en los círculos de poder donde convergieron actores civiles y militares, como por ejemplo, en la Secretaría General de la Presidencia dependiente del Ministerio del Interior. Ver Canelo (2016).

Como sea, la expectativa generada en la revista alrededor del «diálogo político» se expresó de múltiples modos. Por ejemplo, por medio de la atención concedida a las reuniones que ciertos referentes políticos argentinos mantuvieron en México con los exiliados, entre ellos, Vicente Leónidas Saadi (S/A: 1981b, 8). También, en los distintos artículos que indagaban la situación del sindicalismo argentino, por cuya unificación abogaban sobre todo los intelectuales peronistas en tanto entendían que de ese modo podía conformarse el principal núcleo de oposición a la dictadura.<sup>207</sup> Asimismo, en la revista se incluyeron declaraciones de intelectuales argentinos de diverso signo ideológico –de Borges a Jorge Abelardo Ramos- que con más o menos énfasis comenzaban a cuestionar algunos rasgos del régimen militar.<sup>208</sup> Todas estas entradas de algún modo estaban destinadas a registrar que había incipientes movimientos en la política argentina, aunque sea como respuesta a una iniciativa política que seguían conservando los militares.

En suma, la hipótesis lanzada por Portantiero sobre la emergencia de «nuevo tiempo político» planteaba que la realidad política argentina en 1979 no era la misma que la de 1976: la dictadura se encaminaba a institucionar lo que había impuesto a partir del terror y a consagrar las reglas de su sucesión, todo lo cual debía producir un generalizado reacomodamiento de distintos actores sociales. Las preguntas que se desprendían de esta hipótesis eran varias: ¿hasta qué punto los militares argentinos estaban en condiciones de llevar adelante -y con éxito- este pasaje de la «dominación» a la «hegemonía»? ¿Qué opciones políticas podían desarrollar los sectores subalternos en este contexto tan adverso? ¿Cómo posicionarse desde el exilio frente a este eventual y nuevo «pacto estatal»?

### **¿Diálogo para qué? Qué hacer con el «pacto estatal» de los militares**

Además de Portantiero, otros integrantes y colaboradores de la revista sentaron posición sobre el nuevo «tiempo político». Así, en «Aportes para una discusión sobre la situación actual», Horacio Crespo y Ricardo Nudelman (1980) señalaban que la convocatoria al

---

<sup>207</sup> Ya en el primer número, Olmos (1979) analizaba los reacomodamientos en el sector gremial en Argentina ante la inminente promulgación de la nueva Ley Sindical, con la expectativa de que esta norma podía llegar producir -en su rechazo- una confluencia entre las distintas representaciones sindicales. Al número siguiente, y bajo esta misma expectativa de unidad sindical, se publicó un documento de la CUTA (1979) y una reseña de luchas gremiales en la coyuntura argentina. Pero ya en el octavo número de la revista las expectativas de unidad sindical son matizadas en una breve pero bien informada nota sobre los distintos sectores sindicales firmada con las iniciales de Nicolás Casullo (1980d).

<sup>208</sup> Para este punto, ver la sección «Desde allá» incluida en el octavo número con declaraciones de José María Rosa, Jorge Abelardo Ramos, Luis Gregorich e incluso Jorge Luis Borges. Ver S/A (1980g). Esta sección, mucho más recortada, aparece en otros números.

«diálogo político» de la dictadura se inscribía dentro de un plan tendiente a reorganizar de manera perdurable el sistema hegemónico argentino, con una profundidad y alcance que impedían parangonar esta iniciativa con el Gran Acuerdo Nacional implementado por Lanusse, pues mientras éste era «un plan coyuntural de respuesta a la crisis y al conflicto político y social», lo que buscaba la Junta Militar, en cambio, era más bien

«[...] lograr una estabilidad política prolongada que permita la implementación profunda del proyecto de reestructuración económica. Para ello es necesario garantizar la participación institucionalizada de las fuerzas armadas en el esquema de poder como caución definitiva definitiva de no desviación en lo esencial de los objetivos, y una renovación de las fuerzas políticas mediante la creación de una fuerza afín a la dictadura y el desmembramiento de las organizaciones tradicionales que por su arraigo popular y su línea política podrían hacer peligrar la estabilidad del proyecto. El otro aspecto sustantivo es la liquidación del movimiento obrero organizado como base para la oposición política, y éste es el sentido profundo de la reciente Ley de Asociaciones Profesionales» (Crespo y Nudelman: 1980, 6).

Sin embargo, la hipótesis de Portantiero también provocó desacuerdos dentro de la revista. Así, si bien Nicolás Casullo aceptaba que la dictadura estaba operando un giro estratégico centrado en la idea del diálogo, ya que «lo que ambiciona hoy el estado, es legitimar su modelo en el entramado de la esfera política explícita» (Casullo: 1980b, 6), lo que objetaba Casullo a los intelectuales de «cierta izquierda» (el lector podía incluir en ella a Portantiero) era el carácter «politicista» de esta hipótesis, en la medida en que esta «esfera política explícita» quedaba identificada con la política a secas, lo cual impedía apreciar el carácter también político del terror, que se había manifestado principalmente en la fábrica: «resulta necesario comprender -argumentaba Casullo- que la presencia del estado militarizado se desplegó también como *política*, en las relaciones de producción y división social del trabajo, en tanto condensación de un *poder excepcional* que en lo social, en lo ideológico, en lo político, tradujo siempre su intención trastocadora como implícito camino de legitimación» (Casullo: 1980b, 6). En síntesis, para Casullo no había un tiempo «político» que venía a suceder a un tiempo «no político», sino distintas modulaciones de una política que articulaba terror y «diálogo» -a ello se refiere Casullo con «esfera política explícita»- para desplegar una estrategia de poder orientada a modificar las relaciones sociales y el tipo de estado en Argentina.

Con todo, la discusión más importante que generaba hacia adentro de la revista esta nueva coyuntura era justamente cómo posicionarse respecto al convite que de manera selectiva y

con notables ambigüedades los militares planteaban a través del «diálogo político». ¿Conducía efectivamente ese «diálogo político» a un nuevo pacto estatal? ¿Cómo posicionarse frente a este propósito que se advertía en los militares de «institucionalizar» el poder excepcional del que se habían investido para avanzar en la resolución del problema de la sucesión? Antes de la creación de la «Multipartidaria», y sin advertir del todo los signos manifiestos de crisis social y económica que empezaba a cobrar forma en Argentina entre 1980 y 1981, Portantiero se inclinaba a sostener que la dirigencia (especialmente, el sector balbinista del radicalismo y algunos partidos provinciales, pero también el peronismo y el sindicalismo) convocada al «diálogo político» debía aceptar el nuevo «pacto estatal». Con toda crudeza, sostenía en «Los dilemas del socialismo»:

«Frente a este retroceso brutal cualquier retorno a cánones más civilizados de convivencia humana resulta deseable, pese a su precariedad. Estos módicos límites aparecen, además, como los más probables en términos de las actuales relaciones de fuerza. Frente a una propuesta de «democracia restringida» planteada desde el poder, la totalidad virtual de las fuerzas políticas organizadas (incluyendo el sindicalismo) no encuentra otra opción manifiesta que acomodarse, aún para el regateo, en ese espacio predeterminado desde lo alto.

Esta es una realidad, con todo su grado intrínseco de dureza. De alguna manera, si se quiere mantener un principio de realidad, clave para toda acción colectiva, hay que someterse a ella. Una derrota histórica, la pérdida de una batalla que se definió como una guerra (y que se obligó al otro a percibir como tal) no se salda con la pura voluntad. Digamos, sin ambages, que ha habido vencidos» (Portantiero: 1980c, 24).

De este modo, y desde el punto de vista de las relaciones de fuerza, para Portantiero la aceptación de un eventual «pacto estatal» era el crudo, pero ineluctable corolario de la derrota del campo popular en los años setenta, de modo tal que así evaluada la situación política, debía concluirse que la peor democracia restringida era mejor que el modo en que estaban las cosas en la Argentina desde 1976. Probablemente, este razonamiento también suponía de manera implícita que el solo hecho de que se habilitase un espacio de negociación política (aunque sea para el «regateo») podría generar ciertas cuotas de libertad sobre cuya base los partidos políticos podrían reconstruirse para edificar más adelante otro tipo de democracia. Y también podía incidir en esta apreciación la idea de que el curso de la dictadura argentina resultaba asimilable en este punto, como dijimos más arriba, al rumbo que estaban tomando otras dictaduras del Cono Sur, como la salida organizada «desde arriba» de la dictadura brasileña, y el todavía más contundente caso de

la -no con pocas irregularidades- plebiscitada Constitución chilena de 1980, que consagró a Pinochet como Presidente y estableció las «reglas» de su sucesión una vez cumplidos los ocho años de mandato que le aseguraba.

Crespo y Nudelman también creían necesaria la participación de representantes de distintos sectores sociales en el «diálogo político», pero no como el costo a asumir en virtud de las nuevas relaciones de fuerza, sino como parte de una recomposición civil que creían factible en esta nueva etapa. En efecto, sin objetar que el «campo popular» había sufrido una derrota «atroz», se mostraban confiados en la posibilidad de un reagrupamiento de las fuerzas populares, que imaginaban que podía desafiar el tablero previsto para ellas por los militares. De lo que se trataba, entonces, era de buscar «las formas de participación activa de lucha política que desatará la presumible apertura futura, teniendo como interlocutores a las fuerzas populares, y no a la dictadura». En base a ello, una actitud política adecuada por parte de las fuerzas populares «reconocerá las transformaciones operadas en el país a partir del proceso inaugurado en 1976, pero se apoyará en la vigencia y continuidad de lo que ha constituido las herramientas de lucha del pueblo argentino» (Crespo y Nudelman: 1980, 6).

Fue Casullo, en cambio, quien planteó la disidencia más importante respecto al eventual «pacto estatal» ofrecido por la dictadura. En este sentido, en «El peronismo y las democracias» (Casullo: 1980b) sostenía que el propósito «diálogo político» era excluir o domesticar a las fuerzas populares representadas por el peronismo, tal como quedaba evidenciado en una larga lista de declaraciones de militares y editoriales de la prensa afín a la dictadura que con cierto detalle analizaba en este artículo. Casullo justificaba su rechazo al esquema de «sucesión» propuesto por la dictadura para «heredarse» recordando que aún en la derrota y en un contexto de necesaria «autocrítica», el peronismo sin embargo no debía renunciar a lo que constituía su rasgo definitorio: el de formular, en el propio terreno de la democracia burguesa, los límites de este modelo político de dominación. De aquí que le reclamara a su dirigencia distanciarse del convite militar para de este modo «*no coincidir, entonces, desde nuestra preocupación sobre la reorganización del peronismo, con el discurso del poder en Argentina*» (Casullo: 1980b, 6, subrayado en el original).

En suma, a pesar de que en *Controversia* había consenso en torno a la idea de que se había iniciado en Argentina una nueva etapa, de índole predominantemente «política», existían

distintas e incluso enfrentadas posiciones respecto al «diálogo político» convocado por los militares en la saga de las «Bases Políticas» (pero instrumentado luego muy zigzagueantemente tanto por Videla como por Viola): las posiciones, así, se dividían entre quienes aceptaban esas condiciones bajo el argumento de que la peor democracia restringida era mejor que un régimen de dominación centrado en el terror (Portantiero); quienes lo aceptaban como punto de partida de una estrategia de reagrupamiento de las fuerzas populares (Crespo-Nudelman); o quienes rechazaban un convite cuyo fin último era excluir o domesticar al peronismo (Casullo). Cada una de estas posturas suponía una específica lectura del alcance de la derrota del campo popular y de sus posibilidades de recomposición (que exploramos en el último capítulo de esta investigación) en un eventual contexto democrático que, hacia 1979 y 1980, parecía todavía lejano desde el exilio.

### **Los vericuetos de un diálogo imposible**

Sin embargo, a medida que se sucedieron los distintos números de *Controversia*, el comité de redacción, a través de editoriales en su mayoría sin firma ubicados en la sección «Coyuntura», fue constatando cómo se desarmaba la hipótesis que consideraba que dictadura se encaminaba hacia una apertura política orientada a la institucionalización de las transformaciones estructurales y a dirimir el problema de su «sucesión». La percepción que fue ganando posiciones en los integrantes de la revista era que la política argentina había ingresado en una zona de «empantanamiento» que era producto de un régimen militar que no avanzaba hacia una nueva etapa y un sector civil que no encontraba los modos de generar las condiciones políticas para que tenga lugar ese nuevo escenario.

El primer signo recogido en la revista respecto a esta situación de «empantanamiento» se produjo con la constatación de que el tan mentado «diálogo político» era más bien un camino que los militares estaban dispuestos a explorar sólo de forma cautelosa y zigzagueante, según puede leerse en el editorial del número sexto, «Los vericuetos del diálogo» (S/A: 1980c). Allí se advierte que en la convocatoria al «diálogo» (cuya instrumentación en su primera etapa había quedado a cargo del Ministro del Interior Albano Harguindeguy, asociado con el sector «duro» del Ejército), los militares aparecían más preocupados en la exclusión de aquellos actores que en su óptica de ningún modo podían formar parte del nuevo «pacto estatal», que en impulsar el diálogo designando para ello a quienes serían considerados como «interlocutores válidos». Este recelo de los

militares es reconocido en el editorial a partir del hecho de que quienes eran convocados a formar parte del «diálogo político» lo hacían no como «representantes» de un partido sino simplemente a «título personal», como así también, y fundamentalmente, a partir del uso de un criterio altamente selectivo para dar comienzo a la convocatoria, en virtud del cual el peronismo (sobre todo su vicepresidente Deolindo Bittel, quien había condenado duramente, según vimos en capítulos anteriores, la política represiva de la dictadura), aparecían como el principal sector -pero no el único- excluido del «diálogo político». Este criterio altamente selectivo también contribuía a acentuar las querellas internas dentro de los partidos que sí habían sido convocados, especialmente las del partido radical, donde parecía abrirse una disyuntiva entre quienes, como el sector balbinista, sostenían que era necesario formar parte de la convocatoria bajo la expectativa de iniciar de ese modo una tramitación conjunta de la «salida institucional» a la dictadura (al precio de moderar el carácter de «oposición civil» al régimen), y la de quienes se inclinaban, junto con la figura de Alfonsín, a rechazar ese convite aún sin contar con estrategias alternativas de relevo del régimen militar.

Si bien el inicio del «diálogo político» causaba cierta incertidumbre en la revista, un moderado entusiasmo se traslucía todavía en este editorial a causa de una iniciativa lanzada durante los primeros meses de 1980 por algunos sectores de la oposición quienes, sin rechazar el convite de los militares, habían sin embargo dado comienzo a una suerte de «diálogo paralelo» entre distintos actores «civiles», en lo que puede ser leído retrospectivamente como un antecedente de la «Multipartidaria». Lo que entusiasmaba de esta iniciativa era la agenda política sobre la cual se organizaba este «diálogo paralelo», que incluía cuestiones consideradas centrales para los miembros de *Controversia* como el análisis de los efectos de política económica desarrollada por la dictadura, las condiciones de relevo de la dictadura y la discusión sobre los márgenes de maniobra de los partidos dentro de ese eventual nuevo régimen. Pero a pesar de que en «Los vericuetos del diálogo» la revista celebraba esta convocatoria, las proyecciones sobre un eventual escenario posdictatorial se veían fuertemente limitadas ante la agria constatación de que «contra viento y marea, el gobierno de la junta ha logrado perdurar más que cualquier otro gobierno argentino en los últimos 25 años» (S/A: 1980c, 3). Quedaba claro, entonces, que

el camino hacia un nuevo «tiempo político» resultaría mucho más sinuoso que lo previsto por Portantiero en el cuarto número de *Controversia*.

El estancamiento del «diálogo político» sería nuevamente subrayado en «Crisis del diálogo y disputa por la herencia», el editorial con el que se abría el séptimo número de *Controversia*. Si bien no se terminaban de desechar las expectativas de que cobrara forma un nuevo «tiempo político», los obstáculos interpuestos por los propios militares para avanzar en este sentido eran cada vez más notorios. De este modo, se daba la paradójica situación de que los mismos actores militares que aparentemente impulsaban una nueva etapa eran los que menos decididos se mostraban para iniciarla, ya que «[...] si bien en términos legales hay una ley sindical, el regresismo universitario y el futuro estatuto de los partidos políticos (a tratar en el segundo semestre de este año) parecen indicar coherencia entre los pasos proyectados y pasos cumplidos para el reordenamiento, es evidente a esta altura que lo sustancial – la salida política- juega a manera de inocultable grieta en el seno de cada una de las armas, y en el conjunto del poder castrense» (S/A: 1980d, 3). En este sentido, la posibilidad cierta a mediados de 1980 de que Viola (históricamente identificado con las posturas que estaban dispuestas a un diálogo -por supuesto restringido- con algunos sectores civiles) releve en la Presidencia a Videla contribuía paradójicamente a la profundización del estancamiento del «diálogo», ya que su «aperturismo», según el análisis de la revista, generaba fuerte rechazos entre los «duros» del Ejército, quienes entonces estarían dispuestos a bloquear su candidatura o bien a aceptarla sólo a cambio de que resignara el cumplimiento a fondo de sus objetivos supuestamente «aperturistas»:

«El espectro de la crisis militar, que verifica hacia dónde se encamina el ambicioso proyecto 1976 de la nueva Argentina, hace temer a los políticos que, frente a la propia indefinición militar, recobren aliento los duros y la sucesión de Viola no se cumpla... o deba conceder mucho para llegar a la Casa Rosada. La primera alternativa es improbable. La segunda posible. En este caso la escisión entre soledad militar y polo civil se acentuaría, sin que ni uno ni otro campo puedan imponer, decisivamente, sus proyectos de hacer hegemónica alguna concepción para la salida democratizante» (S/A: 1980d, 3).

De este modo, reconocer que la situación política argentina se encontraba empantanada implicaba admitir que la hipótesis sostenida inicialmente en torno a la emergencia de un nuevo tiempo político había de algún modo sobrestimado tanto la voluntad política como la cohesión interna de los militares para dar curso a esta etapa. No resulta extraño, entonces, que los siguientes editoriales de *Controversia* se organicen a partir de esta

inesperada corroboración, dentro de una dinámica política signada por la incertidumbre en torno a la designación del reemplazante de Videla en la Presidencia. Así, en «El príncipe heredero» (S/A: 1980e), el editorial del octavo número, el comité de redacción parecía dispuesto a aceptar sin ambigüedades que el «tiempo político» anunciado en diciembre de 1979 con las «Bases Políticas» había concluido en un rotundo fracaso; ello no significaba empero descartar la idea de que la dictadura debía afrontarlo, pero transfería nuevamente hacia el futuro la pregunta sobre la suerte que asumiría una etapa que números atrás se creía que había sido decididamente puesta en marcha. La preocupación que ganó el centro de la reflexión en estos números giró entonces en torno a dilucidar hasta qué punto el relevo de Videla generaría un mejor escenario para que recuperara algún impulso el objetivo político que la revista atribuía al «tiempo político» –i.e, la institucionalización de las transformaciones estructurales y, sobre todo, la definición de las reglas de sucesión-, teniendo en cuenta que muchas de las condiciones que hasta allí habían impedido cualquier avance en este sentido se habían agravado: la profundización de las presiones cruzadas entre las distintas filas militares como producto de los conflictos entre «duros» y «dialoguistas»; la reorganización del peronismo bajo la conducción de Bittel, quien comenzaba a ganar apoyos en el sindicalismo al tiempo que comenzaba a tejer alianzas con sectores del viejo Partido Socialista; la indefinición del Partido Radical, cuya conducción balbinista daba signos de enfriamiento del diálogo ante los cuestionamientos internos que había recibido su principal referente en el contexto del «diálogo» promovido por Harguindeguy; y los cada vez más notorios signos de crisis financiera y económica en el país que exhibían una economía endeudada en todos los sectores, menor actividad industrial, más desempleo, caída sostenida del salario real, inflación elevada y en crecimiento, multiplicación de prácticas especulativas como efecto directo de la implementación de la «tablita» y la percepción generalizada entre los agentes económicos de peso de que el colapso del sistema bancario era inminente. En este contexto crítico, y sin «príncipe heredero» a la vista, el balance de los resultados arrojados por el «tiempo político» terminaba siendo contundentemente sombrío, tal como puede leerse en «Viola y las expectativas», el editorial del número 9/10 de la revista:

«Mediocre en sus logros, el diálogo político ni siquiera alcanzó para perfilar una fuerza de centro derecha que le sirviera de apoyatura al videlismo. Autoritario en su armado, el diálogo concluyó descalificado con mayor o menor vehemencia por el conjunto de los partidos populares. Contradictorio en lo que realmente se

proponía, su fracaso dio por terminada «la etapa Videla» mucho antes de que este último abandonase la presidencia. A partir de esta paupérrima herencia de habilidad política demostrada por la dictadura, Viola es hasta el presente una simple continuidad del autoritarismo militar, y al mismo tiempo expone los límites del proceso castrense para superarse a sí mismo» (S/A:1981a, 2).

Encerrada en los efectos paradójales que provocaba el hecho de convocar a un «diálogo» y a la vez obstruir cualquier negociación con sus ya restringidos interlocutores, el comité de redacción de *Controversia* interpretaba el relevo de Videla como parte de una etapa en la que se profundizaría el achicamiento del margen de acción de los militares, quienes para sortear este problema debían entonces revisar el plan económico de Martínez de Hoz y generar instancias genuinas de diálogo, dos «condiciones básicas» para «participar de un diálogo sin condicionamientos y con preponderancia popular, donde se regrese a la democracia exterminada por las fuerzas armadas» (S/A: 1981a, 3). Pues si bien la dictadura seguía reteniendo un «poder no jaqueado de manera terminante nunca», estaba lejos de detentar el vigor de antaño, ya que se trataba de un poder que «tampoco vive hoy la plenitud despótica de hace unos años, sino que expresa, cada vez más, dificultades para moverse en un juego político y sindical ya despertado» (S/A: 1981a, 3).

Sin embargo, la novedad que aportaba este ángulo de análisis era otra paradoja, esta más bien ligada con las propias categorías de análisis de *Controversia*, que consistía en mantener la hipótesis de que se había abierto en Argentina una nueva etapa política, pero ahora a causa ya no de la voluntad de la dictadura para llevar a cabo el pasaje de la «dominación» a la «hegemonía» (como había planteado Portantiero en febrero de 1980) sino en virtud de las limitaciones políticas del régimen militar para llevar adelante ese plan. Si ello resultaba así, era porque la convocatoria a un «diálogo político» comenzaba a exhibir una dinámica contradictoria dentro de las filas militares, ya que si por un lado la apertura del juego político implicaba ampliar las bases sociales de la dominación militar integrando a los actores convocados a este juego, ese mismo movimiento exigía a los militares realizar una maniobra de la que no estaba evidentemente convencidos: habilitar la posibilidad de que al menos algunos de los contenidos de ese «diálogo político» corrieran por cuenta de los interlocutores meticulosamente elegidos para ser parte del nuevo «pacto estatal». En rigor, lo que demostraba el fracaso del «diálogo político» era que la dictadura argentina no estaba dispuesta a abandonar la modalidad con que había ejercido durante

años el poder, de modo que lo que cabía preguntarse no era tanto por qué obstaculizaba cualquier tipo de consensos, sino si realmente estaba buscando alguno, incluso aquellos «consensos» hechos a partir de las selectivas condiciones impuestas por los propios militares, y que buena parte de los actores civiles, en especial los partidos, no habían desafiado por largos años.

Era esta grieta o dinámica contradictoria la que de algún modo Nicolás Casullo percibía en «Democracia autoritaria y restringida», en la que argumentaba que la sola existencia de una instancia de «diálogo», aún infructuosa o dilatada en el tiempo, resultaba corrosiva para los militares, en la medida en que permitía contrastar las promesas asociadas a una democracia por venir con las formas justamente restringidas y autoritarias con que habían ejercido hasta aquí el poder los militares:

«Esa promesa sin plazos de retorno a la democracia comienza hoy a corporizarse levemente, y por su propia naturaleza de democracia institucional a instaurar, es decir, desde sus primeras distenciones, aparece como una práctica de la política que confrontará con el vasto autoritarismo ejercido durante estos años. Este desencuentro repercute cada vez más contradictoriamente en el ámbito militar, y puede sintetizarse en las diferencias que existen entre un «calmo arreglo» superestructural para la democracia, y la imprevisible agregación popular, por más restringida que se la prevea, en los futuros espacios institucionales rehabilitados» (Casullo: 1981, 3).

Ahora bien, si la sola posibilidad de comenzar a discutir un eventual escenario democrático generaba para los militares condiciones novedosas y «contrastantes» respecto a los modos de ejercicio del poder inaugurados en 1976, resultaba menos claro por qué por sí solo este nuevo escenario podía deparar un «desenlace imprevisto» para el régimen militar, sobre todo teniendo en cuenta que aún dentro de esta lectura que trasuntaba cierto optimismo el propio Casullo reconocía la débil situación política en que se hallaban las clases trabajadoras argentinas e incluso los partidos políticos tradicionales para capitalizar la progresiva crisis que atravesaba la Junta Militar, ya que «si bien las fuerzas políticas principales que hoy cuestionan a la dictadura han retenido su capacidad de interlocutores ineludibles para el estado militar, su derecho a réplica, su carga denunciante, reflejan la debilidad en la que se sustentan: a nivel político, la presencia y las exigencias de las masas no están a la orden del día [...] El reclamo o la protesta hoy es fragmentario, básicamente gremial, defensivo y no articulado.» (Casullo: 1981, 3).

De esta manera, aparecía con fuerza en la revista la otra faceta de la situación de «empantanamiento» político: el escaso poder de disputa, y en algunos sectores, la escasa voluntad de iniciativa, para construir escenarios políticos de transición a la democracia pactados o no con la dictadura. Ello se debía según Casullo a la situación debilitada que atravesaban los partidos, comenzando por el peronismo, que sin embargo no obedecía únicamente a «la represión, la censura y el amedrentamiento vivido» sino también a la «desorientación y el desengaño de la última experiencia democrática», a lo cual había que sumarle que los principales partidos no habían aún elaborado «un cuerpo de respuestas dinamizadoras del mundo popular antidictatorial», lo que significaba que se habían preparado mejor para constituirse en interlocutores de los militares que para aglutinar los descontentos populares contra el régimen.

La conformación ulterior de la «Multipartidaria», que *Controversia* saludó con algún entusiasmo en su último número, no terminó de disipar del todo este diagnóstico de fondo. Ciertamente, en su último editorial sobre la coyuntura argentina, «Los 120 días de Viola y el desastre» (S/A: 1981d), la revista celebraba este agrupamiento opositor en tanto «instancia de agregación» que podía permitir la recuperación de la iniciativa política tras cinco largos años de letargo, y que ubicaba a los partidos políticos en el «irreversible» plano de la disputa política. Si ello era motivo entusiasmo, ocurría porque con la Multipartidaria los partidos podrían ofrecerse como alternativa a las opciones que barajaban los militares para dirimir la crisis política, económica y social que día a día erosionaba el poder de Viola, opciones que oscilaban entre la «salida institucionalista» con el Movimiento de Opinión Nacional (MON) como polo encargado de preservar la herencia de la dictadura en un régimen civil, o la opción más drástica de clausura de todo diálogo con los civiles hasta tanto no estuvieran dadas para los militares las garantías políticas para imponer en todos sus términos las condiciones de la sucesión. Frente a estas opciones que barajaba el régimen militar, la emergencia de la «Multipartidaria» permitía recuperar las expectativas de un nuevo tiempo político, aunque por las razones inversas a las que se pronosticaban en la revista algo más de un año antes, ya que:

«La eclosión del fracaso económico se sumó al ya viejo y primordial fracaso político de las FF. AA. La crisis estructural estallada definitivamente, pero además y sobre todo *reconocida*, impide entonces el sueño alucinante, hasta marzo de 1981, de crear «el consenso» que el autoritarismo de Videla y el proyecto de Martínez de Hoz no precisaron. [...] Por lo tanto, desastre económico, protesta social y vacío político desde el

poder son los signos que acaparan lo ocurrido entre abril y julio. Es decir: la paulatina desvertebración de un estado militarizado (nunca muy jaqueado ni virulentamente agredido por la sociedad) que muestra en estos meses su fragmentación interna. De este modo, el enunciado [sic] «tiempo político» hacia afuera se convierte en el inevitable engangrenamiento político hacia adentro, como el primer paso de un poder que *pensó salir* a fijar las reglas de continuidad y *debe ahora salir*, pronuncie lo que pronuncie, a negociar la mejor de sus retiradas [...]» (S/A: 1981d, 2).

Con el surgimiento, entonces, de la Multipartidaria, los términos en que la revista había analizado las relaciones de fuerza en la coyuntura política argentina se invertían: si a fines de 1979 estos análisis ponían de relieve la voluntad política de los militares de operar el pasaje de la «dominación» a la «hegemonía» (y se entendía que ello era posible en virtud de la fragmentación de los partidos opositores y de la envergadura de la derrota del «campo popular»), en 1981, en cambio, era el frente militar el que aparecía cada vez más fragmentado, mientras que los partidos se reunificaban para asumirse como punto de agregación de los descontentos sociales, una colocación, según los distintos editoriales de la revista, inédita hasta aquí.

Sin embargo, a pesar de que en su último editorial la revista subrayaba la envergadura de la crisis política, social y económica argentina y celebraba con cierto entusiasmo las nuevas formas de reagrupamiento de los partidos, se mostraba a la vez sumamente cautelosa para extraer de este cuadro cualquier tipo de conclusión que augurara que ya estaban dadas las condiciones para un «desenlace catastrófico» de la dictadura. Lejos de ello, lo que seguía percibiendo el comité editorial era una situación de «empantanamiento» que impedía construir una salida democrática por fuera de los canales que eventualmente dispusieran para ello los militares, razón por la cual no se entrevía otro camino que el de la negociación:

«La multipartidaria, en su sentido más inteligente frente a la coyuntura, significa *recuperar una salida antes de un probable resquebrajamiento de un modelo de estado democrático de partidos a reinstaurar*. Modelo que depende del derrumbe de la estrategia militar, pero modelo que depende también *de la intención y la capacidad para efectivizar esa intención* democratizante, tanto del poder como de la oposición. Negociación que, en las actuales circunstancias, parte hoy del reconocimiento de las carencia de cada una de las partes, en cuanto a sus formas diferentes de constituirse como poder en la coyuntura.» (S/A: 1981d, 4, subrayado en el original).

Si el surgimiento de la Multipartidaria ofrecía la posibilidad cierta de sostener una salida democrática a la dictadura desde el polo de partidos políticos, el entusiasmo que ello generaba no debía servir sin embargo para soslayar las «carencias» que este polo evidenciaba, al menos en su momento inicial. De este modo, se cerraba una reflexión al interior de la revista, activada a fines de 1979, bajo la expectativa del comienzo de una nueva etapa política que, finalmente, no aconteció exactamente en los términos previstos en *Controversia*. Con todo, en la revista se percibió el desgaste de la dictadura, que pudo capitalizarse después de la crisis política generada por la derrota en la guerra de Malvinas por sectores civiles que en este interregno se habían mostrado igualmente zigzagueantes que los militares respecto a cómo pensar la sucesión de un poder político que había sin embargo había reorganizado a favor de las clases dominantes el funcionamiento del capitalismo en Argentina. La guerra de Malvinas, así, terminó funcionando como el plebiscito que no fue en Argentina (el plebiscito que sí había acontecido en el caso chileno). Pero cuando los repudios a la dictadura por el resultado de la guerra se generalizaron, *Controversia* ya era parte del pasado.

### **Pensar la dictadura desde *Controversia***

Como hemos visto en este capítulo, las preguntas que *Controversia* lanzó a la coyuntura argentina fueron múltiples. Por un lado, cabe decir que estas preguntas y las reflexiones sobre la dictadura dialogaron fluidamente con los debates producidos en el exilio sobre las experiencias autoritarias del Cono Sur. En ese sentido, acompañaron la redefinición de la agenda de discusión de las ciencias sociales, en la que las concepciones «dependentistas» quedaron relegadas respecto al interés que provocaba la reflexión sobre la democracia.

Por otro lado, la idea de que la dictadura militar argentina iniciada en 1976 suponía no sólo un cambio de gobierno, sino una reorganización profunda del capitalismo argentino que venía a «desempatar» a favor de las clases dominantes las relaciones de fuerza sociales ha resistido el paso del tiempo. Asociada con esta idea, de los distintos artículos sobre la dictadura se puede inferir que parte fundamental de esa reorganización del capitalismo argentino consistió en reagrupar a las clases propietarias y fragmentar a las clases populares, una idea que sería retomada en textos clásicos sobre la dictadura.<sup>209</sup>

---

<sup>209</sup> Ver en este sentido el notable trabajo de Juan Villarreal, «Los hilos sociales del poder» (Villarreal: 1985).

Las dos líneas interpretativas más importantes sobre la dictadura desarrolladas en la revista reaparecerán en estudios posteriores: la clave interpretativa economicista, defendida por Ábalo, que entendía que la cifra de la política de la dictadura residía en su plan económico; y una clave más atenta a la retraducción política de las pretensiones refundacionales de los militares, esbozada por Portantiero, que generó un debate al interior de la revista sobre el tipo de respuesta que las clases subalternas debían plantearse ante el pacto estatal al que se creía que los militares estaban convocando para institucionalizar y dirimir su propia sucesión. Los límites de ambas claves interpretativas se advierten en retrospectiva: mientras el momento economicista no podía dar cuenta de cómo la crisis económica que se desencadenó en 1981 limitó para los militares sus propios márgenes de maniobra política para dirimir sobre todo el problema de la sucesión, la clave politicista en cambio quedó atrapada en uno de sus presupuestos: que la dictadura constituía un actor político cohesionado y con suma conciencia de sus intereses como para operar el pasaje de la dominación a la hegemonía.

Entre tantas líneas de debate, hay una que la revista no exploró: el problema de la subjetividad que instituyó el terror. En este punto, *Controversia* estuvo más interesada en pensar la subjetividad del revolucionario en el contexto de la derrota que en la interiorización del terror diseminada por el dispositivo concentracionario. Impacta en este sentido al lector de la revista a más de cuarenta años de su publicación el modo en que pretendió con un lenguaje propio de las ciencias sociales de su tiempo objetivar los rasgos de la dictadura militar. Puede pensarse ese gesto objetivante como parte del trabajo del conjuro del terror, un modo de mantenerlo a distancia bajo formas trabajosamente buscadas de lucidez.

Finalmente, en términos globales la imagen que *Controversia* construyó sobre la dictadura, más allá de sus fallidos pronósticos sobre el nuevo tiempo político que auguraba hacia 1979, sigue siendo verosímil. Es la imagen de un régimen que representó un punto bisagra en la historia argentina, al transformar de modo notablemente regresivo la estructura social del país y desarmar a sus clases populares; pero que tuvo serios inconvenientes para capitalizar políticamente, al menos del mismo modo que otras dictaduras del continente (como la chilena), los resultados de la tragedia nacional que provocó.

## CAPÍTULO 6. EL LIBERALISMO, UNA TRADICIÓN INCÓMODA EN *CONTROVERSIA*

Otra de las novedades teórico-políticas que arrojó el encuentro de estos intelectuales con la idea democrática fue la revisión de la tradición liberal.<sup>210</sup> Si, como vimos en el capítulo anterior, la dictadura argentina fue pensada en la revista en la saga de los «nuevos autoritarismos», se volvía relevante en el exilio la pregunta sobre los paradigmas políticos desde los cuales se iba a defender un bien preciado: el de la libertad y las garantías constitucionales para ejercerla. Como veremos en este capítulo, el liberalismo había recuperado posiciones en América y en el mundo, a tal punto que es justamente en estos años cuando comienza a sellarse una operación crítica con notoria vocación hegemónica: aquella por la cual democracia y liberalismo comenzaron a aparecer como términos intercambiables, como si fueran sinónimos. ¿Cómo impactó este fenómeno en la revista? ¿Qué tenían para decir al respecto intelectuales que, proviniendo del marxismo y el peronismo, habían formado parte de una generación intelectual y política, la nueva izquierda, cuyos motivos «antiliberales» eran notorios?

Se ha prestado atención al modo en que el encuentro con la democracia abrió un nuevo campo de problemas y discusiones al interior de la revista, como las que giraron alrededor de la crítica a las organizaciones revolucionarias, la «crisis del marxismo» o la cuestión del «populismo», es decir, las «controversias» por las que en general es estudiada y recordada *Controversia*.<sup>211</sup> Sin embargo, la discusión en torno al liberalismo, que también estaba conectada con el problema de la democracia, resultó un punto de análisis menos transitado por los intérpretes de esta revista, no obstante tuvo, a nuestro entender, efectos tan duraderos como los debates anteriormente mencionados.

Es probable que esta menor atención a la cuestión liberal haya sido consecuencia de motivos contrapuestos pero que resultaron convergentes a la hora de desatender este problema. Por un lado, quienes contemporáneamente rechazaron los balances críticos que desde esta publicación se lanzaron contra las organizaciones armadas revolucionarias, presuponían que el abandono del paradigma revolucionario por parte de estos intelectuales ubicaba *per se* a

---

<sup>210</sup> En este capítulo no ofrecemos una definición normativa del «liberalismo» (sería todo un debate elucidar si la hay), sino que trabajamos, como veremos, con los usos de la idea liberal en *Controversia*. La pregunta que nos interesa es por qué un grupo intelectual heterogéneo como el de *Controversia*, que sin embargo no se definía, justamente, como liberal, discutió al liberalismo en el contexto de su interés por recuperar, para las tradiciones socialistas y peronistas, la idea democrática.

<sup>211</sup> Para el análisis de algunos de estos debates en *Controversia*, ver, entre otros, Reano (2012) y Cortés (2015).

*Controversia* en el campo de la «socialdemocracia», y por ende, dentro de una izquierda que hacía suyo sin ningún tipo de matiz o modulación teórica-política los fundamentos del «liberalismo político»;<sup>212</sup> por otro lado, algunos análisis dedicados a reconstruir el entero periplo político-intelectual de los integrantes de esta revista, o al menos del «grupo socialista», han argumentado que el «giro liberal» de buena parte de sus miembros se produjo principalmente durante la década del ochenta, y por eso consideran que la «etapa del exilio» debía interpretarse como un tiempo de reflexión política más o menos productiva situada en el campo de los debates del marxismo latinoamericano y en tanto tal, como una etapa no alcanzada por la discusión de la idea liberal.<sup>213</sup> En ambos casos, se deja de lado el análisis de las mediaciones conceptuales y políticas elaboradas al interior de la revista para colocar a la cuestión liberal como uno de los problemas a pensar, ya sea porque o bien se presupone que el «giro liberal» ya estaba acabadamente dado en el exilio, o bien porque formó parte de una etapa ulterior de este grupo intelectual.

Dado que en la revista el liberalismo fue en no pocas ocasiones aludido y mentado, en este capítulo analizamos qué tipo de debate se organizó alrededor de estas intervenciones. Expresado en términos globales, decimos aquí que el liberalismo resultó una tradición «incómoda» para *Controversia* porque si por un lado las referencias históricas con las que era asociada esta tradición en la revista (la tradición liberal argentina, el uso de motivos, lenguaje e ideas liberales por parte de la dictadura, y el contemporáneo surgimiento del «neoconservadurismo») fueron rechazadas e incluso identificadas como contradictorias con la idea democrática, por otro lado la recuperación de la «democracia formal» como condición de posibilidad de cualquier ordenamiento democrático acercaba a la revista con motivos liberales renovados, difíciles de encontrar en la trayectoria previa de sus integrantes.

Por esta razón, a lo largo de este capítulo distinguiremos dos niveles de análisis: por un lado, el de los significados asociados con «idea liberal», en general con connotación negativa, que se manifestaron a través de un rechazo rotundo de la tradición liberal argentina (un rechazo, por otra parte, que recogía muchos de los motivos de un «anti liberalismo» cultural y políticamente construido en etapas previas); a través del señalamiento crítico de los usos de la tradición liberal por parte de la dictadura; o por medio de la toma de distancia con el discurso

---

<sup>212</sup> Nos referimos aquí fundamentalmente a los intelectuales vinculados con el «montonerismo» en el contexto del exilio (y especialmente a Rodolfo Puiggrós). Ver Omar Acha (2006).

<sup>213</sup> Ver por ejemplo Burgos (2004).

emergente «neoliberal» o «neoconservador». Pero, junto con ello, nos interesa indagar, por otro lado, los supuestos teóricos y políticos que sostuvieron algunas de las intervenciones en torno a la democracia, pues a nuestro entender es en este orden donde acontecieron ciertos desplazamientos de relevancia en la configuración de las distinciones políticas decisivas. Este desplazamiento puede describirse sintéticamente como el pasaje por el cual la distinción entre «democracia formal» / «democracia sustantiva» resultó relevada por otra que adquirió mayor estatuto político, el binomio «democracia / autoritarismo», cuyo polo positivo, el de la democracia, quedó constitutivamente connotado por la democracia formal. Es sobre todo al interior de este segundo nivel de análisis donde resulta necesario comprender, argumentamos, el impacto de la idea liberal en *Controversia*, ya que esta última distinción habilitó en la revista (cuyos integrantes no demandaban para sí la identidad liberal) un cierto tipo de encuentro, no obstante «incómodo», entre dos tradiciones con distintas e incluso conflictivas historias y conceptualizaciones políticas, como la liberal y la democrática.<sup>214</sup>

Para desarrollar este argumento (que admite diversos recorridos exegéticos),<sup>215</sup> comenzamos con una breve reconstrucción histórica que nos permitirá analizar cómo era pensado el liberalismo antes del exilio por esta franja intelectual. Luego, indagamos especialmente los dos suplementos publicados en la revista: aquel que acompañó los número 2/3, «Los años de

---

<sup>214</sup> La distinción de estos dos niveles de análisis conduce a problemas largamente transitados. Por un lado, a un problema clásico de la filosofía política moderna –el vínculo sumamente problemático entre liberalismo y democracia; por otro, a una cuestión con larga historia en la cultura y política argentinas –el vínculo entre liberalismo y tradición liberal argentina. Para el vínculo entre liberalismo y democracia, un texto canónico afín a la perspectiva liberal es *Liberalismo y democracia* (Bobbio, [1985] 1993); en las antípodas, podemos situar a la tradición crítica schmittiana, con el paradigmático ejemplo de *El concepto de lo político* (Schmitt: 1991 [1932]). Para reconstruir la historia del debate en torno a las tensiones entre liberalismo y experiencia política argentina desde la cultura de izquierdas, ver *El mito liberal* (Agosti, 1959). No deja de resultar paradójico que la discusión que intentamos abordar en este artículo, en la que participaron algunos intelectuales que como Aricó y Portantiero rechazaron en los sesentas la dirección cultural y política de Agosti –y del PC argentino–, tuvieran que retomar un problema de algún modo legado por Agosti. Por último, buena parte de los debates que analizamos en este artículo se prolongaron en los años ochenta y noventa argentinos, ciertamente reconfigurados a la luz de los cambios en la política argentina, por ejemplo en la revista *La Ciudad Futura* y en la revista *Unidos*. Y de modo puntual, en la revista *Punto de Vista* entre los números 50 y 63. Ver Terán (1994), Privitellio (1995), Hora y Trímboli (1996), J. Dotti (1997) y J. Myers (1999).

<sup>215</sup> Por ejemplo, otra vía posible para abordar el impacto de la idea liberal en *Controversia* hubiera podido ser la discusión en torno a los derechos humanos. Sin embargo, si bien hay notorios puntos de contacto, como vimos en el capítulo 3, la discusión planteada en la revista en torno a los derechos humanos se entiende mejor como parte de la crítica a las organizaciones revolucionarias, ya que lo que se discute es si el discurso de los derechos humanos suponía para la izquierda un punto de quiebre o de continuidad respecto al proyecto de las organizaciones revolucionarias. Hemos abordado también este problema en Farías (2015). Para las transformaciones en la lengua política de los exiliados mediante la apropiación del discurso de los derechos humanos, ver Franco, Marina (2008). Por otro lado, tampoco puede establecerse una plena identificación entre el discurso de los derechos humanos y el liberalismo político.

la crisis. Argentina 1930-1945»,<sup>216</sup> y el suplemento incluido en los números 9/10, sintomáticamente llamado «La democracia como problema»,<sup>217</sup> bajo la hipótesis de que la cuestión liberal conecta a ambos suplementos: en el primero de ellos, bajo la pregunta acerca de los efectos que produjo el desmoronamiento de la «nación liberal» en Argentina; en el segundo, y de manera más mediada, a través de un conjunto de reflexiones sobre el estatuto de la democracia formal en la historia argentina, los «usos» de la idea liberal por parte de la dictadura y la emergencia de nuevos «neoliberales» en el nuevo contexto político mundial.

### **El antiliberalismo: entre lo residual y lo emergente<sup>218</sup>**

Como sostuvimos en el primer capítulo de esta investigación, los integrantes de la revista se formaron y socializaron política e intelectualmente dentro de una trama cultural que había hecho suyos los motivos de un «anti liberalismo» ampliado, que incluía el rechazo a los mecanismos de la economía de mercado, la sospecha ante el discurso constitucionalista e incluso el repudio a instituciones o espacios culturales -como la Universidad o la revista *Sur*- legitimados o filiados con la tradición liberal argentina. Podríamos decir que el antiliberalismo, que se generalizó en los años cincuenta y sesenta en el campo cultural, pero cuyos orígenes se remontaban, por lo menos, a la crisis de los años treinta en Argentina, funcionaba en esta franja intelectual como un hilo conductor que permitía reunir una crítica generalizada a la ideología de las clases dirigentes argentinas con la necesidad de diferenciarse de las «izquierdas tradicionales», a las que justamente se acusaba de no haber podido, sabido o deseado poner en entredicho los fundamentos del bloque histórico «liberal» constituido en Argentina entre fines del siglo XIX y principios de XX. A su vez, según este diagnóstico, la imposibilidad de las izquierdas tradicionales de romper con este bloque hegemónico liberal tuvo efectos de larga duración, entre ellos el de enfrentarse a las masas tras alinearse con la oposición en el contexto de emergencia del «peronismo histórico». En definitiva, el «momento anti-liberal» de esta generación intelectual expresaba una impugnación global tanto a las clases dirigentes históricas de la Argentina moderna cuanto a las direcciones de los tradicionales partidos de izquierda; y en el revés de la trama, esta impugnación acompañó la radicalización política de estos grupos intelectuales, que derivó en

---

<sup>216</sup> Ver AA.VV (1979: I-XX).

<sup>217</sup> AA.VV (1980b: 7-43).

<sup>218</sup> Para un análisis de lo residual, lo emergente y lo dominante en las formaciones culturales, ver Williams, Raymond (1977).

una activa adhesión a la causa revolucionaria y en apoyos, en varios de los integrantes de la revista, a las organizaciones guerrilleras, toda vez que, ya desde la «traición Frondizi», fue creciendo el escepticismo en torno a la vía reformista –el camino elegido justamente por los partidos de izquierda tradicionales en Argentina- para transformar la política y sociedad argentina.

Sin embargo, hacia fines de la década del setenta, es decir, pocos años después del apogeo de estos diagnósticos, buena parte de las coordenadas históricas y políticas que sustentaban este tipo de ideas habían cambiado drásticamente. En este sentido, no es exagerado sostener que *Controversia* terminó constituyéndose en un espacio creado en el exilio por una fracción relevante de aquella «nueva izquierda intelectual» surgida entre los cincuenta y sesentas para elaborar y tramitar política e intelectualmente estos cambios. Ahora bien: ¿cómo definir estas nuevas coordenadas históricas y de qué modo este nuevo escenario histórico permitió al interior de la revista una reflexión en torno al liberalismo? Si bien no podemos desarrollar a fondo aquí todas las aristas de este nuevo escenario político, mencionaremos algunos de los cambios históricos que hicieron posible que la cuestión liberal se rediscutiera en una revista como *Controversia*.

En primer lugar, un aspecto históricamente novedoso que condicionó la interpretación del liberalismo en el exilio resultó el carácter extremadamente represivo de los «nuevos autoritarismos» vigentes en el continente, con el caso argentino como principal referencia de *Controversia*. Desde luego, podría pensarse que un régimen de estas características invitaba a atenuar cualquier condena a una ideología que, como la liberal, se legitimó, al menos en las obras de sus teóricos clásicos, como una reflexión acerca de las garantías y derechos constitucionales frente a los poderes estatales; sin embargo, desde un punto de vista histórico esta cuestión era más compleja, porque la dictadura militar argentina solía apelar, de modo recurrente, a la tradición liberal argentina para legitimar tanto su accionar represivo como para convocar –con pronunciados zigzagueos y criterios selectivos- a sectores políticos para participar de un «diálogo» que se proponía, como vimos en el capítulo anterior, hallar una fórmula para «institucionalizar» y prolongar en el tiempo en el tiempo al denominado «Proceso de Reorganización Nacional». Como sea, la cuestión de la dictadura contribuía a activar en la revista una reflexión sobre el liberalismo, no sólo a partir de la importancia que asumía en este nuevo contexto las garantías civiles y políticas, sino también porque la propia

dictadura evocaba en sus discursos el lenguaje –sobre todo, los lenguajes de la guerra- de la tradición liberal argentina.<sup>219</sup>

En segundo lugar, también por la vía de la reflexión sobre la derrota política de las organizaciones revolucionarias se originaron condiciones para rediscutir la cuestión liberal, ya que una de las críticas a estas organizaciones consistió en atribuirles una concepción «instrumental» de la política y, especialmente, de la democracia. Así, a través del balance crítico del proyecto revolucionario se puso también en marcha una cierta reconsideración de la democracia burguesa o liberal, lo cual constituía toda una novedad respecto a décadas previas.<sup>220</sup>

A esto debía sumarse el fracaso estrepitoso de la experiencia peronista en los años setenta en tanto proyecto de transformación social que se había legitimado en base a las movilizaciones populares pero también al interior del «sistema de partidos». El aspecto más visible de este fracaso, pero no necesariamente el más sencillo de tematizar en el exilio, resultaba el ejercicio *in crescendo* de la violencia estatal, la persecución política y el quiebre de garantías constitucionales que habían tenido lugar durante la experiencia de los gobiernos peronistas entre 1973 y 1976,<sup>221</sup> de modo que la pregunta sobre el lugar que ocupaban estas garantías y derechos constitucionales (asociados con la «democracia liberal») en el movimiento peronista se tornó ineludible y constituyó a la vez el eje de importantes polémicas en la revista.<sup>222</sup> De este modo, la pregunta en torno al vínculo entre peronismo y democracia suponía entonces también un rodeo por liberalismo, aun cuando éste no fuera el punto central de esta discusión.

---

<sup>219</sup> Ya en el modo de autodenominarse la dictadura buscaba espejarse con la tradición liberal argentina por medio del concepto de «Proceso de Reorganización Nacional», que a su vez interrumpía el intento de apropiación por la vía autoritaria del concepto de «Revolución», al cual había apelado Onganía en 1966 al nombrar al golpe de estado como la «Revolución Argentina». La referencia a la tradición liberal por parte de la dictadura no se agotaba allí, como puede apreciarse en los festejos que organizó en 1979 (mientras crecían las denuncias a violaciones a los derechos humanos y llegaba a la Argentina la CIDH) en torno al centenario de la así llamada «Conquista del Desierto», en un acto que pretendía parangonar el aniquilamiento de «subversivos» en el tiempo presente con el aniquilamiento de los pueblos indígenas hacia 1880. También la apelación al discurso liberal aparecía en los condicionamientos interpuestos frente a ciertos dirigentes peronistas para sumarse al mentado «diálogo político». Una novela que capta cómo el discurso de la dictadura militar retomó el lenguaje de la guerra del liberalismo argentino del siglo XIX es *Ciencias Morales* (Martín Kohan, 2007).

<sup>220</sup> Ver Editorial «Discutir la derrota» (S/A: 1979a, 2).

<sup>221</sup> Hay que tener en cuenta aquí que algunos miembros y colaboradores de la revista se exiliaron antes de 1976, entre ellos, varios peronistas, como Nicolás Casullo. Para un análisis sugerente y polémico sobre la violencia política en el período 1973-1976, ver *Un enemigo para la nación* (Franco, 2012).

<sup>222</sup> Si bien hay varios artículos donde se discute el vínculo entre peronismo y democracia, la polémica alcanza su punto cúlmine en Sergio Caletti y Nicolás Casullo (1981), «El socialismo que cayó del cielo» y Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero (1981), «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes», ambos artículos publicados en el último número de *Controversia*. Analizaremos este punto hacia el final de esta investigación.

Pero en cuarto lugar, e incluso más allá de las condiciones históricas particularmente ligadas con la situación argentina y latinoamericana, la reflexión en torno a la democracia que tuvo lugar en la revista se produjo en un contexto más amplio de revitalización de la teoría política liberal. Por un lado, y como veremos en el capítulo siguiente, la crisis del modelo soviético promovió una renovada reflexión sobre los puntos de encuentro y desencuentro entre socialismo y liberalismo.<sup>223</sup> Por otro lado, la crisis del estado de bienestar generó nuevas condiciones para pensar la relación entre liberalismo y democracia de masas, lo que se tradujo en mejores condiciones de recepción de ideas de ideólogos como von Hayek, quien en 1974 recibió el Nobel en economía por ideas que había desarrollado en el período de entreguerras. Dentro de este nuevo contexto puede también mencionarse a nuevas teorizaciones sobre el vínculo entre liberalismo y democracia, con la *Teoría de la Justicia* de Rawls (1971),<sup>224</sup> un libro emblemático de este cambio de época en el que su autor se mostraba confiado en que desde la propia tradición liberal resultaba posible abordar ni más ni menos que el problema de la justicia distributiva. En otra línea, pero sintomático de una nueva época, surgía un renovado individualismo ético-social a través de la teoría del estado mínimo que Nozick (1988 [1974]) defendía en su *Anarquía, Estado y Utopía*, en lo que pretendía ser un cuestionamiento a la eticidad del estado social basada en la famosa máxima «la mayor felicidad para el mayor número». Todas estas intervenciones eran indiciarias de la consolidación de nuevas maneras de pensar la articulación entre estado y sociedad, a partir de ideas que combinaban análisis funcionalistas tendientes a explicar los problemas de la gobernabilidad democrática en el marco del estado social por la vía del «exceso de demandas» con teorías económicas de corte monetaristas que dejaron su impronta en el contexto de emergencia de lo que Mouffe (2018) denomina como la «hegemonía neoliberal». En síntesis, a pesar del carácter heterogéneo de posturas como las de Hayek, Rawls y Nozick, lo que queremos subrayar aquí es que la crisis del estado social habilitó un campo de recepción (definitorio de un cambio de época) de ideas que retomaban selectivamente motivos clásicos de la tradición liberal. De modo que este nuevo cuadro histórico complejizaba notoriamente las condiciones de interpretación del liberalismo para una revista

---

<sup>223</sup> En la cultura de izquierda italiana, experiencia de referencia para varios miembros de *Controversia*, el cruce entre socialismo y liberalismo poseía una larga historia. De hecho, Jorge Tula, director de *Controversia*, editó un libro, *Liberalismo, socialismo, democracia*, que abordaba los puntos de cruce y tensiones entre liberalismo, socialismo y democracia. Ver Perry Anderson, Norberto Bobbio y Umberto Cerroni (1983).

<sup>224</sup> De todos modos es en *Liberalismo político* donde Rawls desarrolla de manera acabada su teoría respecto al vínculo entre liberalismo y democracia. Ver Rawls ([1993] 1995).

de intelectuales argentinos exiliados en México que estaban en condiciones de comenzar a avistar buena parte de estas nuevas coordenadas.<sup>225</sup>

A continuación, analizaremos qué tipo de conflictos y desplazamientos conceptuales se produjeron en la revista teniendo en cuenta las tensiones entre el discurso anti liberal que heredaban los miembros de *Controversia* de su formación política y cultural previa al exilio y este nuevo contexto político e histórico en el que, según acabamos de ver, las condiciones de interpretación del liberalismo habían mutado vertiginosamente.

### **Entre la oligarquía y el discurso militar: el rechazo al liberalismo argentino**

Con algunas modulaciones que luego señalaremos, el anti liberalismo heredado de la etapa previa al exilio se prolongó en varios artículos de la revista, especialmente en aquellos que tenían por objeto debatir la tradición liberal argentina y en otros donde se trazaba una relación de continuidad histórica entre la tradición liberal argentina y la dictadura militar. Tal era el caso del artículo que Luis Bruschtein Bonaparte (1980b), colaborador de *Controversia*, titulaba sugerentemente «Liberalismo y perspectiva nacional», donde establecía un claro linaje entre la dictadura militar argentina iniciada en 1976 y el histórico ideario «democrático-liberal» en nuestro país, ya que «no hubo en Argentina un solo golpe que no se efectuara en nombre de la democracia y en defensa de la Constitución y la propiedad, y en contra del desorden y la demagogia» (1980b:19). De aquí que, para Bruschtein, liberalismo y perspectiva nacional, los dos términos que evocaba el título de su nota, no conformaban una síntesis sino un verdadero dilema.

Sin embargo, y a pesar de su condena rotunda al liberalismo argentino, no dejaba de ser indicativo al menos de un leve desplazamiento el hecho de que en esta misma nota Bruschtein admitiera que en otros países y contextos históricos el liberalismo se había propuesto objetivos políticos distintos -y hasta antitéticos- respecto al caso argentino, incluso algunos de ellos «progresistas», como el de derribar las barreras del «feudalismo». De aquí que pudiera sentenciar que «la oligarquía [argentina] se apropió en los orígenes del país actual, de las banderas liberales y democráticas que en Europa combatían al feudalismo. Pero aquí se trataba de organizar un estado fuertemente centralizado, capaz de absorber las inquietudes populares y garantizar la estabilidad institucional que exigía la incorporación de

---

<sup>225</sup> Para una precisa reconstrucción del avance de las ideas neoliberales en los años setenta, ver Escalante Gonzalbo (2016).

Argentina al mercado mundial» (Bruschtein: 1980b, 19). De este modo, era el nexo histórico que se verificaba en la historia argentina entre liberalismo y autoritarismo lo que permitía someter a crítica la idea liberal, y no la relación conceptual entre liberalismo y democracia que, según dejaba entrever el propio Bruschtein, podía asumir otras formas de articulación en otros contextos históricos.

En esta misma línea podemos ubicar un artículo firmado por Portantiero y publicado en el primer número de la revista que llevaba como título «Proyecto democrático y movimiento popular» (Portantiero, 1979a). Aquí su autor se proponía entre otras cosas poner en cuestión la identificación directa entre liberalismo y democracia, al argumentar que buena parte de las garantías y derechos reconocidos en un sistema político democrático debían ser consideradas como «conquistas populares» y no meramente como la realización de los postulados del liberalismo político. Sin embargo, para llegar a esa conclusión, Portantiero admitía que el liberalismo había sido una de las formas históricas, la más reciente en la historia del capitalismo, en que la burguesía había intentado traducir en el terreno político la hegemonía que detentaba en la organización de las relaciones de producción. Si bien con ello dejaba en evidencia que el nexo entre liberalismo y capitalismo era de índole histórica o contingente (y no necesario), al mismo tiempo debía admitir que algún tipo de relación era posible trazar entre liberalismo y democracia, en contraste con el vínculo entre capitalismo y democracia, que Portantiero concebía mucho más problemático de aceptar.

En síntesis, en ambos artículos se manifestaba si no un contraste, al menos una diferencia que difícilmente podía pasar desapercibida por el lector de *Controversia*: la que existía entre la condena en bloque a la tradición liberal argentina, que prolongaba aspectos centrales del «antiliberalismo» de etapas previas, con un cuestionamiento que no alcanzaba el mismo énfasis en torno al liberalismo como teoría política.

Ahora bien, ¿en qué términos se condenaba en *Controversia* al liberalismo argentino? Un tópico recurrente en toda la publicación señalaba que el liberalismo argentino era una tradición política signada por una hiperbólica y manifiesta *duplicidad* entre un ideario que estaba dispuesto a ofrecer un culto al orden constitucional y un accionar histórico fundamentalmente atentatorio contra este orden.<sup>226</sup> El problema a explicar entonces era por

---

<sup>226</sup> En «La nación autoritaria», Terán plantea esta misma duplicidad al afirmar que «pocos casos muestra la historia de una mayor distancia entre el discurso manifiesto y las prácticas realmente consagradas» (Terán:

qué se producía esta tensión entre el culto a la forma democrática y un accionar esencialmente contrario a ese culto, que en algunos casos asumía expresiones extremadamente autoritarias.

Algunos artículos se esforzaban por remarcar que lo que subyacía a esta duplicidad era paradójicamente una coherencia de fondo entre la estructura social y la práctica política de las clases dirigentes argentinas en el contexto de la formación de la «Argentina moderna». Según este diagnóstico, «liberal» era el adjetivo que mejor calificaba en Argentina a un bloque hegemónico signado por un campo político restrictivo y una economía abierta al mercado mundial. El argumento era de vieja data: a una economía con escasos beneficiarios, le correspondía un modelo político restrictivo y autoritario. El mismo diagnóstico permitía que Terán se preguntara si el desfase entre el credo democrático proclamado y el efectivamente profesado «¿no remitiría a la dificultad para conciliar en países de capitalismo tardío y dependiente una relación homogénea entre economía y política, así como la incapacidad de las fuerzas dominantes para solventar las demandas participativas generadas en dicha instancia histórica?» (Terán: 1980b, 8).

A Terán le interesaba sin embargo mostrar que esa «nación autoritaria» se sostenía en un activo y amplio consenso (que incluía a intelectuales tan diversos como Alberdi y Hernández) dentro de las clases dirigentes, cuyo punto en común residía en la creencia de que la asimétrica inserción de la economía argentina en la economía mundial constituía toda una «necesidad histórica». Ese amplio consenso daba así cuenta tanto de que ese autoritarismo se apoyaba en los intereses de los grupos sociales dominantes pero también en la inexistencia de proyectos políticos alternativos, lo que suponía una crítica abierta a las historiografías revisionistas que creían encontrar (según Terán, alucinadamente) una «democracia de lanzas» que entreveían precursora en el siglo XIX de la democracia de masas del siglo XX argentino.

227

---

1980b, 8). En algunos casos, este rasgo se proyectaba incluso a todo el continente, ya que, según argumentaba Portantiero también en «Proyecto democrático y movimiento popular», resultaba un hecho «que la mayoría de los latinoamericanos ignoran la vigencia de la democracia llamada formal, vinculada con el liberalismo político, pese que hayan aprendido desde la escuela primaria que ése es el ideal de gobierno» (Portantiero: 1979a, 6).

<sup>227</sup> La crítica al revisionismo no era novedosa en este grupo intelectual, especialmente entre los socialistas que integraban *Controversia*. En el caso particular de Terán, basta para comprobarlo con leer «El robinsonismo de lo nacional» publicado en *Los libros* (Terán: 1969).

A pesar de que esta mirada en torno al siglo XIX argentino estaba a tono con los imaginarios políticos previos al exilio, este artículo de Terán también dejaba traslucir algunas marcas textuales que daban cuenta de la incorporación de lecturas que ofrecían ideas no del todo armónicas con el argumento desarrollado por su autor; en efecto, en «La nación autoritaria» se reconocían las huellas de los trabajos de Oslak que posteriormente dieron lugar a *La formación del Estado argentino*<sup>228</sup> como del largo prólogo introductorio de Halperín Donghi (1980) –citado explícitamente– para *Una nación para el desierto argentino*, que la Biblioteca Ayacucho publicó en 1977 (de hecho, la identificación que Terán establecía entre liberalismo, librecambismo y autoritarismo estaba plausiblemente construida alrededor de la caracterización del pensamiento de Alberdi definida, en aquel prólogo de Halperín Donghi, en términos de un «autoritarismo progresista»).

En este sentido, estos intertextos resultaban reveladoramente sintomáticos de la situación de estos intelectuales en el exilio respecto a la tradición liberal, ya que los trabajos de Oslak y de Halperín Donghi disponían un cuadro histórico donde la categoría misma de «liberalismo» se tornaba insuficiente para nombrar la lengua política de las clases dirigentes del siglo XIX argentino, al tiempo que ponían en cuestión cualquier lógica explicativa que postule una relación causal directa entre estructuras sociales e ideología, puesto que conferían a la política un papel activo en la configuración de lo social –o al menos atribuían al campo político una dinámica no deducible de modo directo de otras esferas sociales. Si el Terán de «La nación autoritaria» aún no estaba dispuesto asimilar los corolarios que arrojaban estas nuevas perspectivas, en la medida en que paradójicamente utilizaba a estos textos como citas de autoridad que venían a confirmar y no a problematizar los puntos de partida de una reflexión que, como la suya, se preocupaba por mostrar cierta continuidad entre la dinámica política argentina y la incorporación de la economía local al ciclo de expansión internacional del capitalismo, estas referencias intertextuales resultaban empero reveladoras tanto de la fuerte persistencia del rechazo a la tradición liberal argentina, que se mantenía incluso en textos cuyas referencias historiográficas obligaban a matizar las razones a través de las cuales se fundaba este rechazo, como así también de una zona de apertura que será explorada en la revista, asociada con la búsqueda de claves explicativas en torno al pasado y presente

---

<sup>228</sup> La primera edición de *La formación del Estado argentino* es de 1982; sin embargo, hay intervenciones previas de Oslak que dan cuenta de buena parte del acervo teórico y de sus hipótesis sobre la historia del Estado argentino, entre ellas, «Formación del estado argentino: la conquista de un orden» en *I Seminario Latino-Americano de Políticas Públicas*, FUNDAP/CLACSO, Sao Paulo, noviembre de 1979.

argentino centradas en la dinámica al menos relativamente autónoma de la política, como las que ofrecían estos estudios que formaban parte de la red textual del análisis de Terán aún cuando en su artículo, como dijimos, no se extrajeran de ellos todos sus corolarios.

Ahora bien, los argumentos de Bruschtein y Terán mostraban ciertas dificultades a la hora de explicar la «duplicidad» del liberalismo argentino: dado que ambos postulaban una coherencia de fondo entre política y economía liberal (es decir, entre el modelo político restrictivo y el librecambismo), no quedaba claro por qué se tornaba necesario para la clase dirigente rendir (aunque sea formalmente) un culto al orden constitucional e incluso a la democracia, cuando en los hechos los actores políticamente dominantes ejercían una práctica política contraria a ese culto. En efecto: ¿por qué estas clases debían valerse en esos términos de una ideología que al legitimar –cierto tipo de- democracia y de orden constitucional como valores políticos colocaba a sus propias prácticas en el orden de lo ilegítimo?

Moviéndose aún dentro de las premisas fundamentales en que se apoyaban estos análisis de Bruschtein y Terán, es decir, dentro de un esquema que hallaba la «verdad histórica» de un discurso político en el ordenamiento de la estructura social que en última instancia lo sostenía, el artículo de Portantiero (1979c) titulado «Transformación social y crisis de la política» (e incluido en el suplemento dedicado a la crisis de los años treinta «Argentina: los años de la crisis 1930-1945») ofrecía una mirada sin embargo más compleja en torno a la «duplicidad» del liberalismo argentino recurrentemente mentada en la revista. Si bien esta intervención se proponía reflexionar sobre el impacto de la crisis de 1930, sus consideraciones respecto al ciclo político inaugurado en 1862 -que justamente se cerraba con esta crisis- resultan relevantes para atender los distintos significados anudados al liberalismo argentino en la revista.

En efecto, en este artículo «liberal» significaba (a) un tipo de articulación entre estado y sociedad entre 1862-1930, caracterizado por la consolidación del estado nacional y la inscripción de la economía argentina al ciclo de expansión mundial del capitalismo y (b) dos formas de articulación políticas al interior de este proceso: (i) el «liberalismo conservador», es decir, aquel que tenía como protagonista al elenco dirigente propio del «orden conservador» en los términos que Natalio Botana (1977) definió este período<sup>229</sup> y (ii) el

---

<sup>229</sup> Nos referimos aquí a *El orden conservador*. Este libro es explícitamente elogiado por Portantiero en esta nota: «Entre 1862 y 1930 la burguesía argentina intenta la aventura -exitosa- de fundar un estado liberal: son 62

«liberalismo transformista», es decir, aquel que liderado por Sáenz Peña se proponía «superar, de manera transformista, la crisis política del sistema, notablemente aguda entre 1905 y 1910 mediante la introducción en el interior del liberalismo de algunos reclamos democráticos, en primer lugar el sufragio libre» (Portantiero: 1979c, II). El radicalismo, como opción de relevo del «liberalismo conservador» y del «liberalismo transformista», quedaba también incluido dentro de la Argentina liberal, y sólo así dentro de los liberalismos argentinos, en virtud de que su plan de gobierno no desafiaba los límites estructurales de la Argentina «liberal» definida en (a).

Como puede apreciarse, el de Portantiero era un análisis de inspiración gramsciana, por el cual la arena política, lejos de ser considerada como la mecánica y unívoca traducción de una estructura social, constituía un campo de tensiones que obligaban a reformular permanentemente los términos de la hegemonía (aunque las variantes disponibles para esa reformulación estuvieran limitadas por la organización de las relaciones de producción). Bajo este esquema teórico, el liberalismo argentino del período 1862-1930 proporcionaba una forma de articulación política variable, con dos momentos bien delimitados, dentro de una misma estructura social. Uno de esos momentos, el del «liberalismo conservador», expresaba el rostro autoritario-oligárquico del liberalismo argentino; el momento del «liberalismo transformista» exhibía, en cambio, una experiencia -históricamente acotada- de liberalismo ampliado, esto es, un liberalismo dispuesto a absorber algunos motivos democráticos.<sup>230</sup> De este modo, el liberalismo argentino era caracterizado como una ideología burguesa con menor (era el caso del liberalismo conservador) o mayor (era el caso del liberalismo transformista) voluntad de integración de distintos actores al pacto estatal y al sistema político, no obstante lo cual, de la argumentación global de Portantiero el lector podía inferir que la vertiente conservadora-autoritaria del liberalismo argentino había asumido un peso histórico más

---

años [sic] de estabilidad institucional que construyen un «orden conservador» (como ha sido calificado por Natalio Botana en el excelente libro con ese título)” (Portantiero: 1979c, II) . El libro también es bien recibido por otra fracción de lo que terminaría perfilándose como parte constitutiva de una nueva izquierda intelectual «democrática», nos referimos al grupo que fundó la revista *Punto de Vista*. Ya en su primer número se publicó una reseña elogiosa del libro de Botana a cargo de Beatriz Sarlo [bajo el seudónimo de Silvia Niccolini] que podía leerse como una crítica velada a la dictadura, en tanto rescataba que el libro, desde la «sociología política», colocaba en el centro el problema de la «legitimidad», contraponiendo así implícitamente a la «generación del ochenta» y el régimen militar que la evocaba para legitimarse -por ejemplo, en la celebración del centenario de la así llamada «Conquista del desierto». Ver Sarlo, Beatriz (con el pseudónimo de Silvia Niccolini) (1978).

<sup>230</sup> «Sáenz Peña buscaba crear las condiciones para la hegemonía burguesa de la manera en que ella se consolidara en Europa: permitiendo la absorción por el liberalismo de ciertos temas de la democracia» (Portantiero: 1979c, II).

preponderante que su versión «democrática», en la medida en que, tras la crisis orgánica de 1930, las salidas políticas imaginadas por el liberalismo argentino se orientaron a restituir el orden conservador previo a la experiencia del liberalismo político «transformista» expresado por Sáenz Peña.<sup>231</sup>

Si bien la reconstrucción histórica ofrecida por Portantiero mantenía algunos importantes puntos de contacto con la desplegada por Botana en *El orden conservador*, sobre todo la explicación que asociaba la reforma electoral con un intento de relegitimación decididamente encarado por una fracción de la élite dirigente para tramitar una crisis política acumulada, la idea de «transformismo», de evidente raigambre gramsciana, resultaba suficiente para resituar a Portantiero en el terreno de las explicaciones «materialistas». De esta manera, el concepto de «transformismo», si bien concedía un relativo margen de maniobra a un sujeto histórico, en este caso, las clases dominantes en la Argentina de principios de siglo XX, lo hacía al interior de un cuadro que seguía identificando el sentido histórico de la acción política en función de la estructuración social de fondo en que había tenido lugar esa acción. Por este motivo, y desde el punto de vista ya no de las variantes políticas que ofreció el liberalismo dentro de una misma estructuración social, sino del «bloque histórico liberal», el análisis de Portantiero seguía sosteniéndose –como los análisis de Bruschtein y Terán– en una particular distinción y jerarquización política de fondo: la distinción entre democracia formal y democracia sustancial, donde esta última resultaba políticamente prioritaria respecto de aquella. Pues si bien desde la perspectiva de la «forma democrática» podía distinguirse, entre un «liberalismo autoritario» y un «liberalismo democrático», desde el punto de vista sustancial, en cambio, uno y otro liberalismo expresaban un orden social fundamentalmente restrictivo. Sólo bajo este diagnóstico cobraba sentido caracterizar la experiencia política liderada por Sáenz Peña, justamente, como «transformista», lo cual quería decir: formalmente democrática, sustancialmente burguesa. Así ordenadas las cosas, la «duplicidad liberal» quedaba definida según distintos alcances: uno, propia del liberalismo argentino conservador, respecto a la forma democrática; otra, más fundamental aún, inherente en última instancia al liberalismo sin más, respecto a la «sustancia democrática».

---

<sup>231</sup> Ello quedaba claro en la «Introducción» del suplemento, firmada con las iniciales de Portantiero, donde se afirma que las transformaciones iniciadas en la década del treinta en Argentina fueron llevadas adelante por «la misma élite que había conducido la integración del país al modo de crecimiento del capitalismo mundial característico de la etapa anterior». Ver Portantiero (1979b: 1).

## Las aporías entre la democracia formal y democracia sustancial

Ahora bien, esta distinción entre «democracia formal» y «democracia sustantiva», con la concomitante e implícita jerarquización de esta última sobre aquella, se revelaba sumamente problemática en el contexto del exilio, al filo de una «aporía». En efecto, por un lado retener la distinción entre «democracia formal / democracia sustantiva» implicaba aceptar una jerarquización ontológico-política insuficiente para fundamentar un rechazo rotundo a los regímenes autoritarios, puesto que suponía subordinar, como veremos, la «democracia formal» en favor de la «democracia sustancial». Pero, por otro lado, abandonar como eje ordenador la distinción entre «democracia formal» y «democracia sustantiva» implicaba vaciar los supuestos que sostenían buena parte de los análisis –y del rechazo– de la tradición liberal argentina, sobre todo aquellos que explicaban el carácter «autoritario» del liberalismo argentino en virtud de una estructura social restrictiva, es decir, un orden social escasamente democrático en los términos de la «democracia sustantiva».<sup>232</sup>

El punto máximo de explicitación de esta aporía entre democracia formal y sustancial puede leerse en la intervención de Aricó (1980) en «Ni cinismo ni utopía» (incluida en el suplemento «La democracia como problema»). En un argumento que cuestionaba la relativización de la democracia formal en la cultura socialista -sin por ello identificar a la «forma» democrática con la democracia a secas-, Aricó concluía que una democracia obrera ideada en términos «productivistas» desembocaría necesariamente en una experiencia autoritaria, pues requeriría para consumarse de la estatización de los bienes de producción y, con ello, de la entera vida social. La conclusión era contundente: «Para decirlo de modo lapidario: pan y democracia parecen ser términos excluyentes; lo único que resta es optar por uno o por otro» (Aricó, 1980: 15). La hipérbole tenía un sentido bien definido: por la vía de la «democracia sustancial» no se podía legitimar a la «democracia formal»; la inversa no era conceptualmente imposible, pero a la vez resultaba históricamente problemática. Como sea, el argumento de fondo que impugnaba cualquier concepción de la democracia socialista que relativizara a la democracia formal generaba nuevas condiciones interpretativas para que se

---

<sup>232</sup> No entendemos aquí a la figura de la «aporía» como una mera inconsistencia lógica, sino de una manera más amplia y (creemos) más rica, es decir, como el momento en que el concepto revela su historicidad y se interrumpe la inercia del sentido (entendido como repetición).

tornaba atendible la «idea liberal», entendida justamente como la teoría política destinada a legitimar garantías, derechos y reglas de juego constitucionales.

La tramitación de esta «aporía» se terminaría dirimiendo entonces hacia una revaloración de la «democracia formal»: a medida que se sucedieron los números de *Controversia*, se multiplicaron las intervenciones que instaban a no relativizarla. Si bien ello aconteció a través de distintas vías argumentativas, una de las principales consistió en señalar que existía una diferencia cualitativa entre un sistema político formalmente democrático –una democracia liberal- y un régimen autoritario. Entre estos últimos, no sólo se contabilizaban las dictaduras del cono sur, sino también los «socialismos realmente existentes», tal como veremos en los capítulos siguientes.

En rigor, quien trabajó a fondo estas aporías que aparecían en la revista en torno a la democracia formal y la democracia sustancial fue Emilio de Ípola. En una original nota titulada «El pensamiento de la derecha y la junta militar» (De Ípola, 1980b) e incluida en el segundo suplemento editado por *Controversia* («La democracia como problema»), su autor planteaba la necesidad de establecer un corte con la valoración de la democracia que se había históricamente sedimentado a su entender en la cultura de izquierdas, bajo el argumento de que la supeditación de la forma democrática a su sustancia resultaba sumamente problemático:

«Se dirá que las izquierdas no hemos subestimado ni dejado de lado el tema de la democracia. Lo cual es cierto; sólo que lo hemos abordado según principios y convicciones que daba *a priori* como resultado lo que debió ser asumido como problema. La clásica distinción entre democracia «formal» (=burguesa) y democracia «sustantiva» (=obrero) y el inevitable rechazo de la primera en nombre de la segunda bastaban para clausurar la cuestión. Argumentación ésta que, aunque adornada con lenguaje marxista, no dejaba de ser perfectamente tradicional: la forma como apariencia vacua, la sustancia (por supuesto oculta) como única y verdadera realidad» (De Ípola, 1980b: 31).

Desde luego, en este rechazo de esquemas de pensamiento político que subordinaban la «forma» al «contenido» democrático estaba latente la idea de que en el contexto ferozmente represivo de las dictaduras vigentes en el continente, la «forma democrática» se convertía en una verdadera cuestión de «fondo». Sin embargo, esta crítica también apuntaba a una entera revisión de la cultura política argentina, ya que según de Ípola la «duplicidad» del liberalismo argentino, tan mentada como vimos en el primer suplemento de *Controversia* (y en sus

números iniciales), constituía a su juicio un rasgo característico de las principales fuerzas y tradiciones políticas del país:

«[...] no sería abusivo concluir que, si bien la mayoría de los grupos políticos de derecha e izquierda hicieron suyas en sus programas y plataformas las demandas democráticas formales, ninguno dejó de fomentar la idea de que esas reivindicaciones tenían ante todo un papel instrumental –y a menudo sólo retórico. Entre el fraude patriótico y la afirmación de la convivencia [sic; debería leerse: «conveniencia»] de «utilizar» las formas de la democracia «burguesa» existen –nadie lo duda- diferencias sustantivas. Pero también existen similitudes» (De Ípola, 1980b: 31).

Como puede apreciarse, el carácter novedoso de la intervención de de Ípola no consistía solamente en poner en cuestión las concepciones instrumentales de la democracia formal, sino también en plantear la necesidad de autocrítica entre quienes paradójicamente acusaban a la tradición liberal argentina de «autoritaria»: en mayor o menor medida, del argumento de de Ípola se desprendía que, en virtud de la relativización de la democracia formal, todas las tradiciones políticas argentinas lo habían sido. Dicho de otro modo, la «duplicidad» no era atributo exclusivo del liberalismo argentino, sino más bien revelaba cómo las distintas tradiciones políticas argentinas coincidieron en la creencia de que la forma era vacua y debía estar siempre subordinada al contenido.

La audacia de esta intervención no se agotaba aquí. Paso siguiente, De Ípola establecía un nexo entre la dictadura militar con la tradición liberal argentina, según el cual era posible inscribirla como un caso extremo de un discurso largamente sedimentado en la cultura política argentina, el que exhibía de manera hiperbólica esta duplicidad entre el culto a las formas democráticas y unas prácticas totalmente disociadas de este discurso. Allí estaban las palabras recogidas por el propio de Ípola del general Viola, quien en tanto miembro destacado de una dictadura cuyos rasgos autoritarios eran indisimulables, no dudaba sin embargo en afirmar que su máximo deseo consistía en trabajar en pos de «un país guiado por dos aspectos fundamentales: la libertad y la justicia, dentro de una auténtica democracia, tal como la entendemos, bien democrática. Que sea permanentemente bienestar» (De Ípola, 1980b: 31). Ahora bien, el modo en que De Ípola consideraba este nexo también se diferenciaba de otras interpretaciones que circulaban en la revista, al colocar el acento en el peso de una tradición ideológica que, como la liberal, se había constituido en la lengua política de las «clases dirigentes» argentinas. De lo que se trataba entonces según de Ípola era de preguntar no tanto «por qué la actual dictadura argentina sigue inscribiendo su discurso en

el molde del demoliberalismo» cuando sus prácticas estaban reñidas con ese discurso, sino más bien de indagar «las mediaciones ideológicas en base a las cuales el régimen militar procura compatibilizar –sea o no consciente de ello- la práctica autoritaria, carente de toda contaminación democrática, y un discurso que a pesar de todo sigue predicando como suyos los principios de la democracia» (De Ípola, 1980b: 31).

Este enfoque invertía la estrategia de intervención polémica, puesto que en lugar de cuestionar la duplicidad del discurso liberal en base a la tensión entre lo proclamado y lo actuado, buscaba explicar esta duplicidad al interior mismo del discurso del liberalismo argentino. En efecto, el sólo hecho de que la dictadura debiera acudir, a través de sus voceros o de sus «intelectuales orgánicos» –que De Ípola ubicaba en la prensa política afín al régimen militar- a «mediaciones ideológicas» para conciliar su práctica autoritaria con la tradición «demo-liberal» argentina, resultaba un índice evidente de que la relación entre liberalismo y democracia en Argentina era conflictiva no sólo para los críticos de la tradición liberal, sino también para los propios militares, aunque esto último en otro sentido. ¿Por qué? En lo que quizás sea el mayor reconocimiento a la tradición liberal argentina que aparece en la revista, de Ípola sostenía que:

«Un examen no prejuicioso de nuestra historia, y en particular de la tradición ideológico-política en que se fue plasmando el discurso de nuestra clase conservadora, permitiría evaluar con mayor objetividad la decisiva gravitación del liberalismo en la constitución de la identidad ideológica de dicha clase. Se nos objetará con toda razón que el liberalismo no tiene por qué asumir necesariamente, ni aún en palabras, los valores democráticos y que, todo lo limitadas que sean, las instituciones democráticas son esencialmente una conquista popular. Sin embargo, ello no desmiente el hecho de que estas conquistas se han procesado e implementado en el humus ideológico del liberalismo, el cual, en sus mayores y más consecuentes representantes, comprendió, que la idea de libertad, promovida por su propia doctrina, coherentemente asumida lleva a la idea democrática.» (De Ípola, 1979b: 31).

Bajo este argumento, era el peso mismo de la tradición liberal argentina, en cuyo lenguaje, según De Ípola, se «procesó e implementó» la legitimidad de las «instituciones democráticas», el que obligaba a la Junta Militar a construir «mediaciones ideológicas» para articular sus prácticas autoritarias con un discurso que venía a circunscribirlas al interior de una tradición «democrática». De este modo, lo que se planteaba aquí era que la propia Junta Militar estaba a su modo atrapada en el dispositivo ideológico del liberalismo argentino, en el sentido de que su voluntad de inscribirse en la historia de las clases dominantes argentinas la

obligaba a hablar una lengua política, la lengua del liberalismo argentino, que sin embargo no podía asumir de manera «coherente», en virtud de su abierto autoritarismo. Ello explicaba que recurrentemente tuviera que apelar a transacciones simbólicas para ajustar sus prácticas autoritarias con un discurso que no renunciaba a ser parte de la tradición liberal.

Este modo de invertir la objeción por la «duplicidad» del liberalismo argentino que planteaba De Ípola (en virtud de la cual era el propio liberalismo -«consecuentemente asumido»- el que por conducir a la idea democrática tornaba contradictorio a todo aquel que en su nombre justificara prácticas autoritarias) no carecía de problemas. En efecto, en De Ípola la tensión entre el culto a la forma democrática y una práctica contraria a este culto se retraducía aquí como la tensión entre «liberales consecuentes» y liberales que no podían serlo, sin explicar por qué estos últimos eran capaces de reclamarse herederos de esta tradición sin llevar a fondo sus principios distintivos.

En realidad, lo que no se terminaba de elucidar en ésta y otras intervenciones en *Controversia* era por qué los liberales argentinos solieron autoasignarse (en más de una ocasión histórica) la potestad de decidir la excepción a la regla por la cual –además de liberales- podían definirse como «democráticos». El curso de la argumentación de De Ípola parecía entrever este problema, cuando asociaba la necesidad de la dictadura de acudir a las «mediaciones ideológicas» para compatibilizar el discurso liberal con el más acérrimo autoritarismo con una categoría frecuentemente transitada por los liberales argentinos: la «democracia tutelada», entendida como condición de posibilidad de una democracia plena. Sin embargo, la figura de la tutela, que ubica a quien se asigna esa misión en un espacio exceptuado de aquello que «pretende» custodiar y representar (ni más ni menos que la voluntad popular), no terminó siendo explorado por De Ípola, quizás porque ello hubiera desbaratado su idea de que el liberalismo, «consecuentemente asumido», conduce a la democracia. Dicho de otro modo, De Ípola no se pregunta en este audaz y provocativo artículo por qué razones los liberales también podían ser «consecuentes» con sus principios cuando admitían a la democracia sólo bajo formas «tuteladas».

Pero aún así, y por eso mismo, la sola argumentación de De Ípola resultaba ya indiciaria del modo en que comenzaba a operar en esta franja intelectual una nueva forma de ordenar y comprender el campo político, que a la vez habilitaba formular nuevas preguntas a la historia argentina. En efecto, esta fuerte crítica a la entera cultura política argentina, a la que se

acusaba de mantener una relación instrumental con la democracia ya no «sustantiva», sino con la «democracia formal», es decir, con el tipo de democracia que los distintos integrantes de la revista identificaban como propia del liberalismo político, suponía admitir que lejos de valer como «medio» de consecución de otro bien político, la democracia formal era, en cambio, un valor o fin «en sí mismo».

Esta premisa, a su vez, habilitaba, aunque circularmente, una definición de autoritarismo que no debía recurrir a la explicación (en primera o en última instancia) por la economía: «autoritario», entonces, resultaba toda práctica y discurso político que no considerara a la «democracia formal» como un valor con estas características. Tan encomiable resultaba este valor, que en la argumentación de De Ípola la «asunción» de los principios liberales -esto es, no sólo su ejercicio sino también su correcta interpretación- conducían «coherentemente» -el lector bien podría sustituir este adverbio por otro: «necesariamente»- a la democracia. Dicho de otra manera, la democracia según esta perspectiva era una deriva «consecuente» de las libertades defendidas por el liberalismo y no sólo una «conquista popular», como según hemos visto argumentaba Portantiero en sus notas iniciales en *Controversia*.

De este modo, la pregunta y en realidad el desafío político que quedaba planteado para los integrantes de este grupo intelectual en virtud de este notable desplazamiento era el siguiente: si la nueva izquierda intelectual agrupada en el exilio en torno a *Controversia* estaba dispuesta a reconocer que la «democracia formal» no era un instrumento sino más bien un «fin en sí mismo»: ¿qué diferenciaría a esta izquierda intelectual de las posturas clásicas del liberalismo político?

### **Hacia una nueva distinción política decisiva: democracia / autoritarismo**

El artículo de de Ípola explicitaba en definitiva el pasaje de un modo de ordenar lo político a partir del clivaje democracia formal / democracia sustantiva, a una organización de las distinciones políticas decisivas basada en el binomio democracia (formal) / autoritarismo. Ello no significaba que en la revista se abandonara toda consideración respecto a la sustancia democrática, pero sí suponía la inscripción de estas consideraciones al interior de este nuevo clivaje político que trazaba una frontera respecto al autoritarismo a partir de la defensa de la «forma democrática».

Este pasaje era representativo de un movimiento más global que ganaría cada vez más espacio con el correr de los números. Un ejemplo paradigmático lo constituía el propio Portantiero, quien un año después de haber publicado su artículo en el primer suplemento de la revista, en el que, según vimos, el clivaje democracia formal/democracia sustantiva resultaba crucial para su comprensión de la crisis social y política abierta en Argentina entre 1930 y 1945, podía sostener en cambio, en su contribución al segundo suplemento de la revista («La democracia como problema»), que la recuperación de la «democracia formal» constituía un aspecto central para pensar el vínculo -no sólo en el pasado, sino también en el presente- entre las clases populares, sus organizaciones políticas y la democracia. Así, en «Los dilemas del socialismo», Portantiero ponía en cuestión la sedimentada primacía de la democracia sustantiva sobre la formal por una vía «negativa», al sostener, en polémica con la tradición marxista de la III Internacional, que «la relación entre igualdad y libertad no es mecánica y es sabido que la falta de libertad es, circularmente, un factor de desigualdad» (Portantiero, 1980c: 23).

No sin tensiones, la recuperación de la forma democrática también alcanzaba a los intelectuales peronistas de *Controversia*, como Nicolás Casullo y Sergio Caletti. Ciertamente, estos intelectuales asumían como punto de partida de su reflexión la identificación nada formal entre «pueblo peronista» y «sujeto democrático», lo cual suponía una concepción dramática de la historia nacional según la cual la libre manifestación de este pueblo había sido coartada por un grupo dirigente que en nombre del liberalismo político se había asignado la nada democrática misión de excluir al pueblo peronista -sea a través de la represión o bien a partir de la neutralización de su potencia política por la vía de la cooptación de sus dirigentes. Así, bajo esta mirada, la «democracia burguesa» era o bien una excusa para proscribir al peronismo, o bien una estratagema de la burguesía para integrarlo al sistema.

Sin embargo, ni Casullo ni Caletti rechazaban tender puentes entre la democracia formal y el peronismo. De hecho, consideraban que esto era necesario no sólo para aspirar a una verdadera reconfiguración de la «democracia burguesa» en Argentina, sino también para iniciar un proceso de renovación política dentro del peronismo que debía incluir la revisión de tácticas, estrategias, concepciones y cuadros dirigentes, con el fin de democratizar internamente al movimiento de un modo tan profundo como lo requería la hora tras el

estrepitoso fracaso con que se había cerrado su última experiencia de gobierno en la Argentina. A esto último se refería específicamente Casullo al afirmar que:

«El peronismo debe desprenderse de concepciones verticalistas y de realidades burocráticas. Debe saber convivir con sus propias fuerzas internas. Debe desprenderse de tendencias corporativistas y antidemocráticas. Debe permitir el desarrollo de corrientes críticas, que habiliten a los representantes de las bases trabajadoras. Debe superar los «liderazgos» vicarios y las internegociaciones de la dirigencia, enajenada de las masas. Debe posibilitar el avance de la conciencia obrera en sus estructuras organizativas. Concebir alternativas de base, *en el contexto de la democracia institucional*» (Casullo, 1980a: 8. subrayado nuestro).

En síntesis, la democracia liberal, o en palabras de Casullo, la «democracia burguesa», resultaba así un territorio político a ocupar en términos que difícilmente podían caracterizarse como meramente «instrumentales». Pues si bien la democracia formal podía convertirse en la mejor forma de domesticación del peronismo, Casullo entrevía sin embargo que era al interior de este marco institucional donde debía acontecer la renovación del peronismo y con él, el de toda la sociedad. De modo que si el punto de partida de este razonamiento consistía en la premisa que identificaba sustantivamente a la democracia con un sujeto específico, el «pueblo peronista», el punto de llegada de esta reflexión política terminaba reconociendo que la democracia formal resultaba un horizonte ineludible para el día después de un peronismo que debía él mismo renovarse tras la muerte de Perón, la derrota de la izquierda peronista, la burocratización de sus dirigencias sindicales y, sobre todo, luego de su propio devenir autoritario. Pues aun cuando no tuviera otra misión que la de tensar los límites históricos e ideológicos de la «democracia burguesa», el peronismo después del peronismo histórico ya no sería revolucionario, sino el sujeto de un proceso de «democratización» social en tensión con, pero al interior de, la democracia formal.

### **El neoliberalismo: un nuevo punto de diferenciación**

Hasta aquí hemos visto cómo la condena al liberalismo argentino, sea el decimonónico o aquel evocado por la dictadura para auto legitimarse, dejaba sin embargo entrever un desplazamiento en los supuestos argumentativos que mostraban por un lado la insuficiencia del clivaje «democracia formal» / «democracia sustantiva» y, por otro, su reemplazo por el clivaje democracia / autoritarismo, considerado más pertinente en términos de organización de las distinciones políticas últimas, en tanto este clivaje permitía rechazar a fondo todo discurso o práctica política que no considere a las garantías formales de la democracia como

un «fin en sí mismo». Este desplazamiento acercaba a los integrantes de la revista con la tradición liberal, o al menos a lo que históricamente había sido considerado como «liberalismo político», esto es, a aquellos discursos preocupados en defender las garantías y derechos constitucionales, entre ellas el voto, como punto crucial para un sistema democrático. Sin mencionar a Norberto Bobbio, quien por aquellos aquellos años defendía un posible punto de encuentro entre la tradición liberal y la democrática llamando la atención sobre la importancia de tener en cuenta no sólo *quién* gobierna, sino también *cómo* lo hace, Portantiero apelaba a esta misma argumentación en «Los dilemas del socialismo» para diferenciar al «socialismo democrático» del «marxismo leninismo». De aquí la recuperación con énfasis que se lee en este artículo de las memorias de Rosa Luxemburgo, quien es reivindicada como aquella militante que había advertido a Lenin de las derivas autoritarias que se desprendían de su concepción de la Revolución.

Ahora bien, este acercamiento con algunos tópicos del liberalismo político también se hallaba tensionado en virtud de la reconfiguración política del tiempo presente a partir del ascenso del discurso neoliberal. En efecto, en el mismo suplemento dedicado a «La democracia como problema» se incluían dos artículos, «El paradigma de la ingobernabilidad» (Marramao, 1980) y «Las restricciones del gran gulag» (Ábalo, 1980c) que advertían cómo determinadas vertientes en ascenso del pensamiento económico y de la sociología política que proclamaban su filiación con el pensamiento liberal constituían un problema para la democracia: el «neoconservadurismo» y el «monetarismo». Ambas vertientes, que reunían aspectos centrales de lo que luego se llamaría «hegemonía neoliberal», se presentaban como portadoras de una verdad sobre la crisis del estado social cuya aceptación exigía justamente sacrificar algunos presupuestos claves en torno a la democracia.

Así, en «El paradigma de la ingobernabilidad», Marramao<sup>233</sup> subrayaba la vitalidad del pensamiento neoconservador para plantear un diagnóstico novedoso para la crisis del estado

---

<sup>233</sup> *Controversia* presentaba a Giacomo Marramao como un renombrado catedrático italiano experto en filosofía, sociología y política. Además de ello, Marramao había sido un activo partícipe en Italia de los debates en torno a la «crisis del marxismo» y se había posicionado a favor de la revisión crítica del legado leninista y de la necesidad de que la izquierda se nutriera de nuevas fuentes de pensamiento político que debían exceder las «fronteras del marxismo». Su presencia en *Controversia* formó parte de un vínculo fluido con el grupo socialista: también se publicaron en la serie de los *Cuadernos de Pasado y Presente* varias contribuciones suyas (el *Cuaderno* 89, «Teoría marxista de la política», incluye un artículo suyo; el *Cuaderno* 95, «Lo político y sus transformaciones: crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta» es de su autoría). Marramao colaboró asiduamente en la revista *La Ciudad Futura*.

social, en las antípodas de aquellos discursos marxistas aún deudores de cierto «catastrofismo» para los cuales la explicación última de la crisis residía en la caída de la tasa tendencial de ganancia. Marramao resumía el diagnóstico «neoconservador» con la tesis del «exceso de demandas»: el estado de bienestar habría dado lugar a una complejidad social que enfrentaba a las democracias ante el problema de la «ingobernabilidad», en la medida en que en un mismo movimiento se multiplicaban reclamos de diversos y novedosos sectores sociales mientras se debilitaba la capacidad de respuesta de los mismos por parte del estado.<sup>234</sup> Desde luego, Marramao no aceptaba la «resolución» que el «neoconservadurismo» ofrecía ante esta coyuntura (reducir las demandas transfiriendo buena parte de su resolución al mercado y centralizar el aparato administrativo del estado en aras de tornar más eficiente su accionar), puesto que lo que en su opinión subyacía a este planteo era una concepción funcionalista que identificaba la política con un mero ejercicio de ajuste sistémico tendiente a compatibilizar la oferta y la demanda. Sin embargo, en su artículo recordaba lo rezagado que se encontraba el pensamiento marxista clásico frente a diagnósticos de este tipo, para dejar planteado como problema que debía ocupar las agendas de la sociología y de la teoría política el modo en que la nueva dinámica social abría un nuevo campo de tensiones para la democracia.

Desde otra perspectiva y enfoque, Carlos Ábalo también llamaba la atención sobre cómo otra vertiente que pretendía filiarse con la tradición en este caso «económica» del liberalismo, esto es, el «monetarismo», proporcionaba un diagnóstico y una respuesta a la crisis del estado social:

«La época actual está marcada por la vigencia del monetarismo, esto es, por una política económica que se dice encaminada a terminar con la inflación, pero que en realidad se orienta a incrementar las ganancias de los capitales más concentrados, a costa de una reducción del empleo y los salarios y de la desaparición de los capitales marginales. La persistencia de estos capitales gracias al amparo de la democracia burguesa, contribuyó a reducir la tasa de ganancia y a exacerbar la lucha económica, dando lugar a una verdadera anarquía de precios, que explica en parte la actual ola inflacionaria mundial. [...] La actual fase del capitalismo está, por ese motivo, enfrentada directamente a la posibilidad de la democracia, aun la democracia burguesa en la forma en que la ejercieron los países avanzados en el reciente período de alza del capitalismo» (Ábalo, 1980c: 21).

---

<sup>234</sup> Marramao sintetiza esta idea en estos términos: «El paradigma diagnóstico neoconservador [sic] sobre la ingobernabilidad y la crisis de la democracia puede ser reducido a la tesis del exceso de demandas [...]; la mencionada tesis comprueba la debilidad orgánica del estado en las democracias de masas, incapaz de hacer frente a las presiones determinadas por el exceso de expectativas» (Marramao, 1980: 33).

Si bien este análisis reclamaba validez para el nuevo orden capitalista mundial que comenzaba a avizorarse en el contexto de la crisis del «estado social», tenía una particular relevancia para comprender la situación argentina. Según vimos en el capítulo anterior, buena parte del ideal «monetarista» estaba en la base de la reorganización del capitalismo argentino llevado adelante con el programa económico de Martínez de Hoz, de modo que las conclusiones que este artículo extraía para las democracias de los «países avanzados» conservaban de modo eminente su pertinencia para la Argentina en un eventual escenario democrático. De hecho, Ábalo se mostraba bastante sombrío en este punto respecto de lo que se podía esperar en una «transición democrática» en nuestro país. Más allá de que invitaba al lector a imaginar un horizonte futuro en que pudieran confluír socialismo y democracia, hacia el final de la nota Ábalo se encarga de cortar con cualquier expectativa de este tipo para el corto y mediano plazo:

«La democracia, en su sentido más amplio, está unida al fin de la dictadura del capital sobre el mercado mundial y, por consiguiente, a la iniciación del camino hacia el socialismo. Pero esa tarea será mucho más larga de lo que imaginamos. No se puede mirar hacia el horizonte sin ver dónde se pisa. La minúscula brecha democrática que puede depararnos el futuro más o menos inmediato argentino requiere que se tome en cuenta esta posibilidad y que se exploren sus perspectivas. El futuro también es la larga vida cotidiana que marca el camino hacia ese futuro» (Ábalo, 1980c: 21).

Con todo, lo que resultaba revelador en los artículos de Marramao y Ábalo -tan distintos entre sí- era el modo en que ponían de manifiesto al interior de la revista la percepción de que las nuevas formas del pensamiento liberal en el mundo se mostraban a la vez vivaces y en tensión con la idea democrática. Si por un lado ello podía implícitamente alentar a los integrantes de la revista a desarrollar una estrategia de diferenciación y a la vez de reabsorción ya transitada por el socialismo en Argentina (a falta de una tradición liberal consecuente en Argentina, postular al socialismo como la mejor garantía para llevar adelante una democracia entendida como sistema político basado en garantías constitucionales), ello no dejaba empero de ser problemático dado este nuevo panorama mundial, pues la crisis del estado social restringía notoriamente la impronta distributiva que podía llegar a asumir una eventual experiencia democrática para el día después de la dictadura, lo que generaba condiciones políticas para nada favorables para la consolidación de democracia formal, esa misma cuya importancia comenzaba a subrayarse en *Controversia*. Pues si bien la «democracia sustantiva» no constituía per se un fundamento indiscutido para legitimar un

sistema de garantías constitucionales, en tanto no ofrecía «reaseguros» ni conceptuales ni históricos que impidieran su reapropiación «autoritaria», no menos cierto era que sin sustancia democrática, el futuro de la misma, para usar una expresión de Bobbio, no podía lucir del todo esperanzador, como reflexionaba Ábalo en «Las restricciones del gran gulag».

### **El liberalismo como «tradición incómoda» para la «izquierda democrática»**

La recuperación de la idea democrática en *Controversia* generó las condiciones para que tuvieran lugar nuevos debates, entre ellos, y tal como hemos visto, volver a discutir la tradición liberal. En el contexto del exilio, los intelectuales que formaron parte de la revista se encontraron de algún modo ante un nuevo escenario histórico sobredeterminado por diversos factores: el apogeo de los autoritarismos militares en la región, la derrota de los proyectos revolucionarios, la crisis del marxismo y del peronismo, la revitalización de la teoría liberal en el marco de la crisis del estado de bienestar.

En este nuevo escenario, el anti liberalismo característico de la cultura política revolucionaria de las izquierdas argentinas, ese mismo que había sido parte de la formación cultural e ideológica de los grupos que fundaron *Controversia* en el exilio, pervivió en esta publicación bajo la forma de un entero rechazo al liberalismo argentino, cuya raigambre autoritaria distintos artículos de la revista insistían en señalar. En rigor, este repudio a la tradición liberal argentina debía entenderse como un rechazo a considerarla como una tradición histórica disponible para legitimar un orden democrático en la Argentina que fuera capaz de relevar al autoritarismo militar, como así también una impugnación a la lengua política que los propios militares argentinos invocaban para legitimar al régimen, sobre todo en un contexto donde la Junta Militar comenzaba a dar, como hemos analizado en el capítulo anterior, señales intermitentes de una búsqueda de un acuerdo con civiles con el objetivo de institucionalizar y consolidar en el tiempo al autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional». Asimismo, otra fuente de distanciamiento con el pensamiento liberal surgía ante el carácter restrictivo que podía asumir la democracia en el contexto del ascenso del monetarismo y el neoconservadurismo, lo que activaba miradas sombrías para el presente y hacia el futuro tal como podía leerse en la cautela que mostraba Ábalo respecto al ciclo económico argentino en un eventual escenario democrático.

El rechazo del liberalismo argentino, como vimos, no se tradujo empero en un rechazo del mismo tenor al liberalismo político, identificado en la revista con la teoría política de la democracia formal. De hecho, y ésta es una de las transformaciones más notorias que se produjeron en el exilio, en la revista se multiplicaron las intervenciones tendientes a mostrar que la dicotomía entre «democracia formal» y «democracia sustantiva» resultaba insuficiente para condenar los autoritarismos de diversos signos políticos e incluso para la propia realización de una democracia sustantiva, ya que suponían una mirada instrumental de las garantías y derechos que proveían las instituciones de la –así considerada antes del exilio– «democracia burguesa».

Si lo otro de la democracia (formal) no era ya la socialización de los medios de producción sino el autoritarismo entendido como práctica atentatoria de las garantías y reglas democráticas, entonces la democracia formal se convertía en un fin «en sí mismo», y no en un instrumento cuyo valor estuviera en relación con otro bien político que a través suyo pudiera asegurarse. En el hecho mismo de que la distinción entre la democracia formal y democracia sustantiva se convirtiera en una distinción interna y subordinada al binomio «democracia / autoritarismo» residió entonces uno de los desplazamientos político-conceptuales más relevantes operados de la revista y es en este nivel argumentativo donde debe leerse el impacto del liberalismo en este grupo intelectual en el contexto del exilio.

Este desplazamiento no se produjo sin tensiones. De hecho, la aceptación de la democracia formal, como argumentamos, guardaba una crucial relación con el contexto específico del exilio. Ello se traslucía bien en una nota incluida en el último número de la revista: «La política intemporal», de Sergio Bufano (1981). En ella, su autor invitaba al lector a situarse a fines de los años ochenta para imaginar una Argentina democrática, «con partidos representativos», sin militares ocupando otra función que la que les asigne la Constitución, con «libertad de pensar y expresar lo que se piensa», con respeto a la regla del voto como único criterio legítimo para dirimir la sucesión en los cargos públicos. Luego de aclarar que estas imágenes no evocaban a una «democracia socialista», sino más bien a una «Argentina ubicada en los marcos del sistema capitalista, con la consiguiente propiedad privada de los medios de producción, la inevitable cuota de plusvalía», Bufano admitía que incluso esta democracia liberal así imaginada debía considerarse una utopía, teniendo en cuenta la historia

del país pero también los cambios políticos en el mundo. De allí que hacia el final de su artículo admitiera, con un tono esperanzador tan módico que parecía a la vez resignado, que aún una democracia restringida de este tipo suponía para la Argentina un escenario mucho más deseable que el tiempo presente:

«Si fuera posible alcanzar una democracia como la descrita en las primeras líneas de este artículo, entonces serían otras las preocupaciones; pero esa Argentina tan alejada de modelos desarrollados requiere propuestas más modestas. Y aunque no podamos decirlo en voz muy alta, me conformaría con una democracia muy restringida, suficiente como para que nos permita el regreso silencioso y podamos recuperar, como dice Schmucler, el *ubi*. No es fundamental que esté condicionada; mucho más condicionados estamos en el exterior, imposibilitados de participar en algo que al fin y al cabo nos importa. Si podemos pensar el país desde dentro, eso ya será un primer paso; y además, habremos culminado con este exilio melancólico y tedioso» (Bufano, 1981: 16).

Si bien en textos como éste quedaba claro que la aceptación de una democracia representativa obedecía a una cuestión de principios (en este fragmento se asocia a una democracia de esta índole como un rasgo singular de un «país desarrollado»), todavía mucho más claro aún resultaba el hecho de que eran fundamentalmente las condiciones históricas propias del exilio las que habían estado en la base de la reconsideración de esos principios. Visto retrospectivamente, textos como el de Bufano ofrecen un buen indicio para comprender por qué para amplios sectores sociales, incluyendo a algunos intelectuales que formaron parte de la revista, el triunfo de Alfonsín activó una serie de ilusiones nada desdeñables, como así también por qué las decepciones del nuevo período pudieron amortiguarse recordando tan sólo las más bien modestas expectativas que estos grupos intelectuales detentaban en torno a la democratización de nuestro país en el contexto de la «derrota». También fragmentos como el que acabamos de leer permiten comprender la preocupación de algunos de estos intelectuales por el problema de la gobernabilidad en contextos transicionales, cuyo énfasis en los riesgos de una multiplicación de las demandas en un nuevo escenario democrático colisionaba con uno de los principios en base a los cuales se legitimaba la experiencia democrática: la «autonomía de lo político».<sup>235</sup> Dicho de otro modo, la amenaza de ingobernabilidad -tema instalado por las teorías neoconservadoras- proveía un serio límite a la idea de la democracia entendida lefortianamente como «invención social».

---

<sup>235</sup> Un libro que combina ambos elementos, a nuestro entender, es *La producción de un orden*, de Juan Carlos Portantiero (1988).

Asimismo, la revaloración de la democracia formal habilitaba una pregunta al interior de estos grupos intelectuales: ¿en qué se diferenciaría la «democracia popular» que tanto socialistas como peronistas de la revista estaban dispuestos a defender, de la democracia mentada por un revitalizado liberalismo? Aceptar como binomio político decisivo al clivaje democracia (formal) / autoritarismo suponía o bien situarse como el ala izquierda de un sistema político que no desafiara a fondo los principios del liberalismo político, o bien reconstruir una teoría democrática superadora del liberalismo político pero en condiciones de eludir las aporías a la que conducía el clivaje democracia formal / democracia sustantiva. ¿Cómo ubicarse, entonces, entre estas opciones? Este problema trascendía largamente a una revista como *Controversia*, pero a través de sus páginas se pueden reconstruir por qué razones estas preguntas se volvieron históricamente relevantes. También los debates analizados en este capítulo permiten comprender, entre otros motivos, la relevancia que adquirió años después *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Laclau y Mouffe, 1985), pues este libro ofrecía una alternativa a la teoría liberal de la democracia en base a premisas no compartidas por algunos de los intelectuales que formaron parte de *Controversia*. De hecho, las primeras huellas de este debate, como veremos al final de esta investigación, pueden encontrarse en esta misma revista.

Como sea, la reconsideración de la «democracia formal» y los desplazamientos que ello provocó en torno al modo de pensar la tradición liberal, no resultó el corolario de una razonamiento que conectaba premisas y conclusiones de manera lineal y autoevidente. En *Controversia*, aún más, en el exilio, el liberalismo resultó una «tradición incómoda» para estos intelectuales. Así lo indican los recurrentes rechazos al liberalismo argentino, al «pensamiento político» de la Junta Militar o al ascenso del neoconservadurismo y el monetarismo.

Así lo muestra también, más allá de *Controversia*, pero aún en el contexto del exilio, la sumamente audaz decisión de José Aricó (tal vez el intelectual que en su política editorial y en sus búsquedas intelectuales llevó más a fondo los interrogantes que surgían en la revista) de editar *El concepto de lo político* de Carl Schmitt. Se trataba de una intervención que planteaba una doble polémica: por un lado, con la tradición marxista, que había olvidado la determinación esencialmente política de la lucha de clases; pero, por otro lado, con la tradición liberal, considerada por Schmitt como una tradición que aspiraba a la neutralización

del conflicto, lo que había permitido la trágica absorción del *estado de derecho* en el *estado total*. Aricó lo explicaba de esta forma:

«En el sueño burgués de un Estado sin política y sin decisión, que Schmitt define como la característica distintiva de la república de Weimar, se expresa la impotencia del sujeto aislado para abordar productivamente el análisis de una crisis política real signada por la obsolescencia del Estado de Derecho y la apertura hacia el Estado *total*.

El Estado de Derecho, en cuanto mero custodio y garante del ordenamiento institucional dado, acaba finalmente por quedar prisionero de este. El equilibrio sobre el que se sustenta el automatismo normativo ya no está en condiciones de admitir innovaciones y transformaciones: cuanto más, podrá apenas ser reajustado. Pero una vez que se alcanza este último extremo de la neutralización que Schmitt identifica con la era de la técnica, el equilibrio se resquebraja comprometiendo al Estado en su conjunto. Al extenderse a la política la forma de contrato, la dinámica pluralista del conflicto y del cambio entre los diversos grupos de presión y cuerpos institucionales conduce inexorablemente a la disolución de la unidad soberana del Estado» (Aricó, (2020) [1984]: 696).

Si el liberalismo resultó una tradición «incómoda» para *Controversia*, en Aricó esa incomodidad se transformó en el exilio en un programa crítico. Ello podía apreciarse con la edición de un libro clave de un intelectual con claras filiaciones con el nazismo, realizada en el mismo momento en que su grupo intelectual -y él en primer lugar- operaban todo un desplazamiento en su trayectoria para admitir que la democracia formal debía ser tenida como un fin en sí mismo. La recuperación del Schmitt crítico de la República de Weimar constituía así, en el contexto del exilio, un acto osado para plantear en un plano superador muchos de los dilemas de *Controversia*, entre ellos, uno fundamental: cómo coincidir con algunos principios del liberalismo sin identificarse, empero, con la tradición liberal. En los próximos capítulos, destinados a la renovación de la teoría marxista y al debate en torno a lo que podía significar una «democracia popular» en un eventual escenario posdictatorial en la Argentina, seguiremos rondando, desde otros ángulos, este mismo problema.

## CAPÍTULO 7. EL ESTATUTO DE LA TEORÍA (MARXISTA) EN CUESTIÓN

La politicidad de la palabra intelectual, según vimos en el cuarto capítulo de esta investigación, había quedado identificada en *Controversia* con una particular concepción de la «crítica», relegando otras formas de intervención intelectual como aquellas asociadas con el «intelectual orgánico». La metáfora del «exilio como pasaje» organizaba así la autocomprensión de la práctica intelectual, dentro de una experiencia imaginada como un desplazamiento existencial que necesariamente debía provocar una transformación en el orden de las ideas.

En este capítulo abordamos una dimensión decisiva de ese desplazamiento más global: el tipo de politicidad pensada dentro la revista en el trabajo de la crítica con la propia teoría. Argumentamos, en primer lugar, que los cambios en el modo de pensar la politicidad del intelectual estuvo acompañada por una transformación en el modo de concebir la politicidad de la teoría. Y no de cualquier teoría, sino específicamente de la teoría marxista.

Esta transformación, a su vez, encontró en el capítulo latinoamericano de la «crisis del marxismo» condiciones singulares para desplegarse. En este sentido, las intervenciones publicadas en *Controversia*, en línea aquí con el trabajo editorial de otras revistas mexicanas ligadas con la cultura de izquierdas en México (*Dialéctica* o *Cuadernos Políticos*), pueden ser pensadas, en términos de Giller (2016), como un intento de «latinoamericanizar» esta discusión aceptando dos premisas ligadas entre sí: la necesidad de renovación de la teoría marxista y la revalorización de la democracia. Ahora bien, en *Controversia* esta latinoamericanización de los debates sobre la crisis del marxismo se produjo a partir de las operaciones críticas puestas en juego para retraducir esas discusiones a las circunstancias políticas de la región. No se trató, entonces, del producto de una reflexión provocada únicamente por la localización de estos intelectuales en el exilio.

En virtud de esta «latinoamericanización» del debate, argumentamos en segundo lugar que en *Controversia* la «crisis del marxismo» se desplazó desde un punto de partida que parecía circunscribir esta crisis al señalamiento de la caducidad de un conjunto de «series teóricas» que debían ser reemplazadas por otras series, hacia un cuestionamiento mucho más global y de fondo al estatuto mismo de la teoría en la tradición marxista. De este modo, los escritos de Oscar del Barco, Oscar Terán y José Aricó en *Controversia* plantearon un discusión con la

teoría marxista que trascendía la impugnación de aspectos meramente doctrinarios, o el mero señalamiento de insuficiencias explicativas, para problematizar las consecuencias políticas derivadas de ciertas y particulares formas de concebir la relación entre teoría y praxis dentro del marxismo.

Este cuestionamiento del estatuto de la teoría en la tradición marxista reunió dos razones entrelazadas: el rechazo de la jerarquización implícita que había ganado la teoría respecto de la praxis -condensado en las críticas, según veremos, de Oscar del Barco al «teoricismo»- y la recusación de las modalidades (pretendidamente) sistemáticas asumidas por la teoría, ya sea por la globalidad de su objeto, su pretensión «totalizadora», su afinidad con la orientación sistémica capitalista o su imposibilidad de superar el horizonte categorial de la modernidad política. De este modo, quienes intervinieron en este debate, si bien con matices, se movieron dentro de un razonamiento que admitía que la crisis del «socialismo real» y la derrota de las organizaciones revolucionarias eran índices de una crisis política del marxismo que alcanzaba a la teoría, razón por la cual su tramitación parecía exigir algo más que la sustitución de viejas por nuevas series teóricas. Exigía, también, poner en cuestión el estatuto mismo de la teoría dentro de la tradición marxista.

Finalmente, la «latinoamericanización» del debate en torno a la «crisis del marxismo» se sostuvo en una caracterización singular de la región: América Latina como «punto de fuga», justamente, de ese «marxismo en crisis». En otras palabras, argumentamos aquí que existió una íntima conexión conceptual entre la crítica al estatuto de la teoría marxista y el modo de ubicar a América como una «unidad problemática» (al decir de Aricó) que, si por un lado ratificaba esa crisis, por otro aparecía como el espacio político donde era posible reinventar la teoría. América, de este modo, representaba lo históricamente impensado por el ahora «marxismo en crisis» y, al mismo tiempo, el locus histórico donde imaginar nuevas preguntas para renovar la tradición marxista.

La revisión del estatuto de la teoría marxista no condujo entonces a la abjuración de la teoría, pero tampoco a una mera tarea de sustitución de series teóricas: los intelectuales socialistas de *Controversia* trabajaron alrededor de un encuadre donde América Latina adquirió una nueva dimensión problemática. La exploración a fondo de esta nueva perspectiva se llevó a cabo en intervenciones ulteriormente publicadas en forma de libro: *El otro Marx*, de Oscar del Barco, *Discutir Mariátegui*, de Oscar Terán, y *Marx y América Latina*, de José Aricó.

Pero en la revista es posible detectar los indicios, los rastros de estas exploraciones teórico-políticas. Puede decirse entonces que, alrededor de los distintos escritos anudados a la «crisis del marxismo», *Controversia* funcionó verdaderamente como un «laboratorio de ideas».

### **Una crisis de larga duración**

Ubiquemos las discusiones sobre la «crisis del marxismo» que tuvieron lugar en Europa y América Latina entre mediados de los años setenta y principios de los ochenta. Estos debates contaban con una historia: no era la primera vez que, dentro de esta tradición se abría una polémica en torno a la pertinencia de las categorías marxistas para pensar el mundo social, ni tampoco era novedoso en la historia del marxismo que un conjunto de debates se interpretaran como indiciarios de una «crisis». Como señala Giller (2017), ya a finales del siglo XIX el «revisionismo» bersteniano aludía a una «crisis» para señalar los límites de la obra de Marx para comprender al capitalismo en su fase imperialista, del mismo modo que, hacia los años treinta del siglo XX, teóricos como Ernest Bloch cuestionaron los límites del «marxismo leninismo» para explicar la capacidad del capitalismo para sobrevivir a una crisis de envergadura como la desatada en aquella década en las economías más poderosas del mundo. En una clave que iba más allá de las insuficiencias «sistémicas» del marxismo para predecir y explicar fenómenos históricos, el propio Gramsci, desde la cárcel fascista, alertaba sobre la necesidad de reflexionar sobre una vía específicamente occidental de transición al socialismo, lo que suponía una crítica a la pretendida universalidad de los esquemas políticos imaginados dentro de esta tradición para pensar este pasaje.

Sin embargo, y con mayor cercanía causal y temporal a la «crisis del marxismo» que nos interesa indagar en este capítulo, es necesario aludir a una historia (que se había iniciado veinte años atrás de este debate) de cuestionamientos dirigidos a los distintos socialismos «realmente existentes», especialmente a la política interior y exterior de la URSS, como así también a la línea doctrinaria del «marxismo leninismo» impuesta por el Partido Comunista Soviético sobre todo a partir del V Congreso de la III Internacional. En este sentido, ya en los años cincuenta, y desde las propias filas del comunismo soviético, el discurso de Nikita Jrushchov (1956) pronunciado durante el XX Congreso Internacional del Partido pretendió erigirse como un punto de partida para una revisión autocrítica del poder represivo desplegado durante el período estalinista. Pero si bien este discurso alcanzó una importante

repercusión interna e internacional, no propició una revisión endógena a fondo del régimen: el propio discurso de Jrushchov cargaba las tintas contra la figura de Stalin y poco decía de las características sistémicas en las que se apoyaba este régimen, lo cual daba cuenta de los límites políticos de esta autocrítica. Al mismo tiempo, la política exterior de la URSS parecía confirmar las peores sospechas sobre el carácter autoritario del régimen al interior de sus fronteras. De este modo, la invasión a Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968), las tensiones con la República Popular China (especialmente álgidas entre 1963 y 1964) y, contemporáneamente a la edición de *Controversia*, la invasión a Afganistán (1979), provocaron amplios repudios por parte de actores que no sólo provenían del campo de los adversarios de la URSS en el contexto de la lógica bipolar de la así llamada «Guerra Fría».<sup>236</sup>

Por otra parte, los cuestionamientos a la URSS y al Partido Comunista Soviético repercutieron en los partidos comunistas europeos y sudamericanos que seguían su línea doctrinaria, especialmente en el contexto de las rebeliones obreras y estudiantiles de finales de los sesenta, mientras surgían tanto en Europa como en América Latina alternativas políticas e intelectuales que se diferenciaban de estos partidos para intentar construir una «nueva izquierda». Al ritmo de las revueltas obreras y juveniles, estas alternativas asumieron como punto de partida la crítica de lo que bajo el prisma del «espíritu 1968» lucía como asfixiante: el autoritarismo de los regímenes socialistas, especialmente el soviético. En cambio, tanto la experiencia de la República Popular China como la Revolución cubana se mantuvieron a salvo, sólo en estos años, de estas impugnaciones.<sup>237</sup>

Sólo para citar dos ejemplos representativos de este nuevo contexto, vale decir que el Partido Comunista Francés recibió fuertes impugnaciones desde el movimiento social en virtud de lo que fue percibido como un actuar sumamente pasivo y errático ante los hechos concatenados alrededor del «Mayo Francés», del mismo modo que en Argentina el Partido Comunista llegaría al final de la década del sesenta acusando recibo de una serie de fracturas protagonizada por sus franjas juveniles, las que habían renunciado en considerable

---

<sup>236</sup> Para un análisis de las transformaciones del comunismo en el mundo y su impacto en la Argentina entre las décadas del cincuenta y sesenta, ver Petra (2018).

<sup>237</sup> China porque representaba la vía socialista «exitosa» en territorio no occidental; Cuba, por su notable ascendencia sobre todo en sectores juveniles y por el impacto que tuvo la Revolución en la «latinoamericanización» de la región, como sostiene Halperín Donghi (2010). En cambio, en los años setenta, aunque con menor intensidad, también se incluyó a Cuba y a la República Popular China dentro de las críticas a los socialismos «realmente existentes», tal como puede apreciarse en algunos escritos publicados en *Controversia*.

proporción a sus filas en rechazo del etapismo y reformismo que se desprendían de sus líneas doctrinarias y análisis de coyuntura, sumado a la así percibida como escasa determinación del Partido para apoyar a la Revolución Cubana. (Torti, 2009).<sup>238</sup>

Las críticas al «socialismo real» se prolongaron incluso después del apaciguamiento de la intensidad política que había alcanzado este heterogéneo movimiento social a finales de los sesenta. En este sentido, la publicación en París de *Archipiélago Gulag* (Solzhenitsyn: [1973] 1988) terminó por conferir a estas críticas el carácter de «inapelables»: su repercusión dentro y sobre todo fuera de la URSS fue rotunda (todavía mayor al discurso de Jrushchov), lo que demostró la existencia de muy amplias audiencias dispuestas a creer en lo que sin embargo ya se sabía: que el estalinismo había sido un régimen extremadamente represivo aún tomando como parámetro la historia del siglo XX. En suma, *Archipiélago Gulag* se transformó en un testimonio de época e incidió notoriamente en el tono del debate en torno a la «crisis del marxismo», a tal punto que no faltaron en esa coyuntura voces que, de manera hiperbólica, sostenían que el *Gulag* era un corolario posible de las ideas de Marx.

De este modo, como señala Cortés (2014b), en torno a la «crisis del marxismo» se estabilizaron diversos debates políticos y teóricos que en estos años resultaban de algún modo convergentes. Además de las críticas al socialismo soviético, en Europa occidental (especialmente, en la Europa latina)<sup>239</sup> se discutieron las razones por las cuales había fracasado la transición al socialismo en este continente. En Italia, suele tomarse como punto de partida de estos debates los intercambios polémicos que entre 1975 y 1977 (año que por otra parte adquirió una connotación especial dentro de estos debates, a sesenta años de la Revolución bolchevique y a cuarenta de la muerte de Gramsci)<sup>240</sup> tuvieron como

---

<sup>238</sup> Con todo, existieron excepciones a este cuestionamiento global al comunismo partidario: tales fueron los casos del Partido Comunista italiano (que sin embargo sufriría no pocos desprendimientos internos sobre todo de grupos intelectuales en el contexto de las revueltas de fines de los sesenta) y del Partido Comunista chileno. En efecto, mientras éste último se constituyó en el eje de un amplio frente de partidos que alcanzaría a ganar las elecciones presidenciales de 1970 con Salvador Allende para encarar la hasta allí inédita «vía pacífica al socialismo», el Partido Comunista italiano, ya desde los años cincuenta con la dirección de Togliatti, se las arreglaría para marcar una distancia crítica respecto del comunismo soviético, lo que le permitió ganar posiciones al interior del campo comunista europeo pero también volumen propio en la política italiana. El desemboque de esta colocación estratégica quedó condensado en el último escrito de Togliatti (1964), conocido como «Memorial de Yalta», que se constituirá, una década después, en una referencia teórica y política de peso para el «eurocomunismo».

<sup>239</sup> En una conferencia dictada en México y publicada en la revista *Dialéctica*, Perry Anderson (1980), una de las voces críticas respecto a la idea misma de «crisis del marxismo», circunscribía el impacto de estos debates a la zona latina europea.

<sup>240</sup> Esa connotación especial no se le escapaba al Enrico Berlinguer, máxima referencia del PCI, quien eligió el acto de conmemoración de los sesenta años de la Revolución Rusa celebrado en Moscú para sostener la tesis de

protagonistas a Norberto Bobbio, Lucio Coletti y Maximo Salvatori (quienes publicaron notas y entrevistas en la revista ligada al socialismo italiano *Mundo Operario*) y la saga de réplicas publicadas en la revista *Rinascita* (ligada al comunismo italiano) donde intervinieron Petro Ingrao, Cerroni, Gerratana y Vacca entre otros políticos e intelectuales ligados con el PCI. Como veremos con mayor profundidad en el siguiente capítulo, buena parte de estas discusiones giraron en torno a la pregunta por la teoría política marxista, especialmente por dos aspectos en torno a los cuales se advertía como los déficits de esa teoría: la cuestión de la democracia y la cuestión del Estado. Al mismo tiempo, resulta imposible disociar estos debates de la reinterpretación de la obra de Gramsci que durante aquellos días tenía lugar en Italia en el contexto del giro político que estaba operando el Partido Comunista Italiano bajo la conducción de Emilio Berlinguer, un giro orientado a ampliar las alianzas políticas y las bases sociales de un Partido que buscaba ser competitivo en las elecciones.<sup>241</sup>

En Francia, el debate en torno a la «crisis del marxismo» se produjo en un contexto de profundización de las críticas en torno al papel retardatario cumplido por el Partido Comunista Francés en las rebeliones de los años sesenta. Ese clima permitió que ganaran cierta relevancia voces intelectuales como las de Althusser, Balibar, Poulantzas y Buci Glucksmann, quienes de algún modo se propusieron discutir cuestiones de fondo para la cultura política de izquierdas, desde la pregunta por la índole teórica y/o política de la crisis a la cuestión de la estrategia y el tipo de organización política que demandaba el socialismo en la nueva hora, incluyendo también la pregunta sobre cómo combinar formas representativas y directas de la democracia.<sup>242</sup>

En España, finalmente, los debates en torno a la crisis del marxismo se inscribieron en el particular contexto del incipiente posfranquismo. De este modo, Ludolfo Paramio, José

---

la democracia como un «valor universal», en clara polémica con el PCUS y ratificando la «vía italiana» al socialismo. Ver al respecto Cortés (2021).

<sup>241</sup> Las respuestas a Bobbio y la interpretación sobre los «usos de Gramsci» realizados por el PCI en los años sesenta fueron editadas en distintas publicaciones. Un buen panorama del debate lo ofrecen AA.VV (1977). *El marxismo y el estado*. Barcelona: Avance y AA. VV (1978). *Gramsci y el eurocomunismo*. Barcelona: Materiales.

<sup>242</sup> Como señala Cortés (2014b), un punto de reunión entre los debates en sede italiana y francesa en torno a la «crisis del marxismo» resultó el coloquio llevado a cabo en Venecia (1977) y convocado por el grupo *Il Manifesto* en torno al autoritarismo en Europa del Este. La intervención de Althusser terminará consagrando entidad intelectual a este debate, aunque dentro de una perspectiva que identificaba a la crisis como una modalidad propia de una teoría que, como el marxismo, se proponía transformar radicalmente a la sociedad. En este sentido, Althusser subrayaba el carácter productivo de la crisis y las posibilidades que abría para imaginar nuevos marxismos. Ver Althusser, Louis (1977/2008). ¡Por fin la crisis del marxismo! En: Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo* (pp. 283-298). Barcelona: Akal.

Reverte y Fernando Claudin, entre otros intelectuales españoles cuyos artículos circularon por *Controversia*, formaron parte de un segmento intelectual interesado en un programa de renovación de ideas que permitiera reunir a las distintas izquierdas en una coyuntura que se imaginaba de transición hacia la democratización del sistema político español.<sup>243</sup>

En síntesis, desde el punto de vista político, estos debates formaron parte de un intento orientado a repensar a las izquierdas europeas y, en algunos casos (como el italiano y el español), para reagruparlas y volverlas así más competitivas en las lides electorales, todo lo cual parecía exigir a estas izquierdas mostrar un perfil distinto al anquilosado universo del comunismo soviético. Desde el punto de vista intelectual, estas discusiones oficiaron como el último capítulo de una larga historia de ajustes de cuentas con el «marxismo leninismo», identificado a esta altura con el autoritarismo soviético y/o con algunos de los «puntos ciegos» de la teoría marxista, como la escasa capacidad del paradigma ortodoxo para explicar la reestructuración capitalista tras la «crisis del petróleo» y/o las dificultades para dar cuenta y reconocer políticamente la emergencia de nuevos actores sociales en el contexto de las revueltas de finales de los años sesenta.

### **Entre los debates europeos y la experiencia suramericana**

Los intelectuales latinoamericanos participaron en estos debates inscriptos en una experiencia histórica singular<sup>244</sup> signada por la derrota de los proyectos revolucionarios (legalistas, como el caso chileno, o armados, como en distintos países del cono sur) y el avance de las dictaduras altamente represivas del Cono Sur. Si bien, como en el caso europeo, la recepción de este debate estuvo marcada por el problema de la democracia, y más específicamente, por el tipo de revisión teórica y política por la que debía pasar la tradición marxista para que

---

<sup>243</sup> Asimismo, en *Controversia* hay publicidades de revistas españolas ligadas con estos intelectuales, como *Zona Abierta* (1974-2006), donde solían escribir Paramio y Reverte. O *El viejo topo*, cuya primera etapa se editó entre 1976 y 1982.

<sup>244</sup> El punto «neurálgico» de este debate, como remarcan Giller (2017) y Cortés (2014b) se concentró en México, país al que habían llegado un importante número de destacados intelectuales sudamericanos exiliados. Como hemos ya mencionado en esta investigación, en aquel momento tenía lugar en México una política expansiva de financiamiento para el sector universitario. Las revistas y editoriales ligadas con universidades u otros centros de estudios se convirtieron en lugares privilegiados de intercambio y divulgación de este debate. Entre ellas, *Dialéctica* (de la Universidad Nacional de Puebla) adquirió un lugar destacado: la revista contaba con fuerte presencia del Partido Comunista Mexicano, que en ese momento había hecho suya la línea de revisión crítica propuesta por el eurocomunismo. En su número 8, dedicó toda una sección en su número al debate en torno a la «crisis del marxismo», y contó en su staff con voces críticas como las de Adolfo Sánchez Vázquez y Oscar del Barco, quienes no sólo cuestionaron en su páginas al «marxismo ortodoxo» sino también a marxistas como Althusser. Sobre *Dialéctica* y la inscripción de del Barco en esta revista ver el trabajo (inédito) de Mariana Bayle (2021).

resultara pensable el encuentro entre socialismo y democracia, en el caso de estos intelectuales latinoamericanos la cuestión de la democracia también aparecía asociada a otro interrogante: ¿cómo podría el socialismo así revisado dialogar con sectores sociales más amplios de las sociedades latinoamericanas reconfiguradas por las distintas experiencias autoritarias?

Alrededor de esta intención de reunir socialismo y democracia, es posible reconocer tres puntos de contacto globales entre el modo en que se tematizó en *Controversia* la «crisis del marxismo» y los términos en que en Europa planteaban este debate: el llamado a renovar el lenguaje y las matrices teóricas de la cultura de izquierdas, un cierto interés por las ideas del «eurocomunismo»<sup>245</sup> y las críticas al «socialismo real». Veamos algunas intervenciones sobre estos puntos, para mostrar la recepción activa en la revista de estos debates.

El afán por renovar el lenguaje y las matrices teóricas de la izquierda latinoamericana no sólo puede observarse en *Controversia* a través de la crítica a las organizaciones revolucionarias (tal como vimos en el capítulo 2) sino también en intervenciones que, en sintonía con el primer editorial de la revista, aludían de manera crítica a otras experiencias de la izquierda latinoamericana. Tal es el caso de la publicación de un artículo firmado por José Joaquín Brunner (1980),<sup>246</sup> quien llamaba a revisar las categorías interpretativas de la izquierda chilena al considerarlas caducas para comprender tanto los «profundos cambios introducidos por el autoritarismo» pinochetista, como para dar cuenta de los errores cometidos por la izquierda durante el gobierno de la Unidad Popular. Con un lenguaje afín al que circulaba en

---

<sup>245</sup> El eurocomunismo fue un acuerdo entre los Partidos Comunistas italiano, francés y español impulsado por sus direcciones políticas (Berlinguer, Marchais y Carrillo, respectivamente) hacia 1977 con el objetivo de construir una opción competitiva en las lides electorales para el comunismo europeo. Ello suponía, en el plano doctrinario, asumir a la democracia representativa como requisito indispensable (aunque no excluyente) de cualquier proyecto de transformación social; y en el plano partidario, propiciaba una política de alianzas con otros partidos o sectores políticos de izquierda y centroizquierda para ampliar las bases sociales de esta estrategia. El surgimiento del eurocomunismo, al decir de Cortés (2014b), se solapó con los debates en torno a la «crisis del marxismo» alrededor de un problema: indagar bajo qué formas políticas era posible articular al socialismo con la democracia.

<sup>246</sup> Brunner provenía de los sectores de la izquierda que rompen con la Democracia Cristiana chilena. Se referenció primero con el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y luego con una disidencia, el MAPU Obrero Campesino. Fue expulsado de la Universidad Católica después del golpe del 11 de septiembre de 1973 y formó parte con Tomás Moulián de los grupos intelectuales del MAPU Obrero Campesino que desde la trama clandestina de resistencia a la dictadura de Pinochet plantearon tempranamente una renovación en las izquierdas. Entre los años ochenta y noventa se convirtió en una figura de la Concertación y fue Ministro de Estado del gobierno de Eduardo Frei.

los debates sobre la «crisis del marxismo», para Brunner la izquierda chilena atravesaba una «crisis de identidad» producto de una «crisis teórica»:

«Los síntomas de esta crisis son, otra vez, manifiestos. Dispersión de las fuerzas de izquierda, fragmentación organizativa, paralogización de la Unidad Popular como expresión unitaria efectiva de la izquierda, persistencia de un lenguaje político estereotipado, confusión estratégica, una inserción ambigua en el campo socialista (que se manifiesta con fuerza en ocasiones como la invasión soviética a Afganistán, etc.). Por debajo de esta sintomatología anida, sin embargo, la primera dimensión de un problema, o de varios, que en su conjunto remiten a una crisis de identidad». [...] «Lo que falla en estos casos son los mapas cognitivos, esto es la riqueza y organización del lenguaje con que nos relacionamos con los otros y con la realidad. Se trata, pues, típicamente, de problemas que hacen a la relación entre la teoría con la práctica. La crisis de la izquierda chilena es, pues, también, y muy centralmente, una crisis teórica». (Brunner, 1980: 45)

Si bien el artículo se limitaba a ofrecer un cuadro de situación crítico, su sola publicación en *Controversia* daba cuenta del modo en que la revista se hallaba conectada con grupos intelectuales de otros países latinoamericanos interesados en construir una «nueva izquierda democrática», del mismo modo que ofrecía una prueba de que su radio de interés excedía (tal como anunciaba el subtítulo de *Controversia*) el «examen de la realidad argentina». Por otra parte, el artículo de Brunner resultaba coincidente con la revista al caracterizar los «nuevos autoritarismos» del Cono Sur no sólo atendiendo sus dimensiones singularmente represivas sino también el modo en que estas dictaduras habían iniciado un proceso de reconfiguración de la relación entre un estado de nuevo tipo y la sociedad, algo que lucía cada vez más más evidente en ese Chile con la aprobación del plebiscito que daría lugar a la Constitución pinochetista.<sup>247</sup>

Todavía más atención recibió en la revista la emergencia del eurocomunismo. Si bien es cierto que Portantiero, en un artículo contemporáneo al surgimiento de *Controversia*,<sup>248</sup> advertía que en términos de una coherente elaboración teórica y política el eurocomunismo «no existe» (Portantiero: 1979d, 111), de todos modos debía ser interpretado como «síntoma» de una transformación en marcha al interior del marxismo que giraba simultáneamente alrededor del común rechazo al «marxismo-leninismo» soviético y a la búsqueda de

---

<sup>247</sup> No será Brunner, quien en los años ochenta se acercará a la Concertación, sino Tomás Moulián (1997) (un intelectual que formaba parte de los mismos grupos de intelectuales interesados a fines de los setenta en idear una nueva izquierda intelectual) el que trazó una caracterización a fondo de la dictadura pinochetista en términos de «revolución capitalista» en *Chile. Anatomía de un mito*, donde también se encuentran referencias sobre estos grupos intelectuales en el país trasandino.

<sup>248</sup> Agradezco enormemente a Diego Giller haberme advertido de la existencia de este artículo e incluso facilitarme una copia digital.

alternativas políticas que supieran incorporar en los partidos de izquierda las nuevas demandas de surgidas en las revueltas juveniles y obreras de fines de los años sesenta en Europa.

En la superficie textual de *Controversia*, este cierto interés por el eurocomunismo se observaba de manera mediada a través de la publicación de dos entrevistas a intelectuales ligados con las problemáticas planteadas alrededor de esta estrategia política europea. En una de ellas, Portantiero entrevistaba a una de las teóricas que más activamente reflexionó sobre esta alternativa, Christine Buci Glucksmann, a quien presentaba como protagonista de una «nueva izquierda» intelectual que buscaba regenerar los debates y estrategias del comunismo francés tras la «miopía» demostrada por el Partido ante los sucesos del Mayo Francés, para de ese modo «incorporar esa herencia de 1968 a una nueva reflexión sobre la política, sobre la sociedad, sobre las formas de transición de masas al socialismo y hacia la democracia, que sepa combinar la lucha por la liberación, en el sentido marxista clásico, con un nuevo sentido por la lucha por la libertad» (Buci-Glucksmann: 1980, 22). Pero más allá de esta valoración «sintomática» de nuevas expresiones políticas e intelectuales en las izquierdas europeas, la entrevista avanzaba hacia la reconceptualización de las problemáticas que al interior del marxismo había desencadenado el surgimiento del «eurocomunismo», que Buci-Glucksmann definía como «el punto de convergencia entre algunos partidos que intentan desarrollar una vía democrática y plural hacia el socialismo en el cuadro de un estado parlamentario transformado con frentes democráticos amplios y con un proyecto de democracia económica desarrollada», en polémica así con «el marxismo de la III Internacional» ya que en la nueva hora se volvía necesario revisar «alguna[s] de las tesis fundamentales de Lenin sobre el estado y la revolución vista como sustitución de la dictadura burguesa por la dictadura del proletariado» para debatir de este modo «el lugar de la democracia dentro del estatuto de la teoría política marxista» (Buci-Glucksmann: 1980, 22). Como la entrevistada identificaba que el desencadenamiento de estos debates habían sido no sólo la invasión soviética a Checoslovaquia (1968) sino también con el golpe de Estado en Chile (1973) (en línea con el diagnóstico por el cual para Berlinguer se hacía necesario en Italia encarar el «compromiso histórico»),<sup>249</sup> invitaba hacia el final de la entrevista a los intelectuales latinoamericanos a

---

<sup>249</sup> Aludiremos con más detalle al «compromiso histórico» en el próximo capítulo. Es en otro artículo donde Buci-Glucksmann asocia los desafíos teóricos y políticos que enfrenta el eurocomunismo con el caso chileno: «¿Cómo puede la transición democrática desarrollar una verdadera dialéctica entre democracia representativa y las formas de democracia de base sin desembocar en un doble poder mortal para la democracia, como ha

sumarse a esta discusión, con lo cual *Controversia* quedaba así instituida como una mediadora entre los dos mundos en el marco de los debates sobre la «crisis del marxismo».

El otro intelectual publicado en *Controversia* que se había acercado al «eurocomunismo» era Nico Poulantzas. Así, en la revista puede leerse otra entrevista, esta vez originalmente publicada en *Rinascita* (un dato que mostraba el importante lugar que los intelectuales socialistas de la revista continuaban asignando al Partido Comunista Italiano como espacio de renovación de debates políticos e intelectuales) y una sentida y elogiosa reseña de su obra a cargo de Emilio de Ípola (1980), que completaba el homenaje que *Controversia* le brindó a Poulantzas tras su muerte repentina e inesperada. La entrevista y la reseña poseían muchos puntos en común, pues mientras De Ípola valoraba especialmente -no por su fundamentación sino por sus cualidades políticas y «heurísticas» al libro que acercaba a Poulantzas al eurocomunismo (*Estado, poder y socialismo*), la entrevista realzaba la veta anti leninista que asomaba con fuerza en los debates en torno a la «crisis del marxismo», a tal punto que, apelando a la cuestión de la democracia como eje de comparación, Poulantzas no dudaba en enfrentar a Marx con Lenin, pues «en Marx existen elementos totalmente contradictorios respecto de las teorías de Lenin: no obstante las críticas al carácter formal de las libertades, siempre hubo una preocupación hacia las instituciones de la democracia representativa que no es fácil encontrar en Lenin» (Diani: 1980, 23).

En suma, en una lectura global de ambas entrevistas, el lector podía detectar cómo Buci Gluckman y Poulantzas aspiraban a colocarse en el ala izquierda del «eurocomunismo», al plantear la necesidad de incorporar en la agenda del debate marxista la esfera de lo político como una dimensión ya no subsidiaria sino constitutiva de la producción social. A la vez, ambos destacaban la importancia de generar nuevas matrices teóricas para pensar el Estado, como así también la necesidad de al menos esbozar esquemas de gobernabilidad que combinen elementos de la democracia directa con la democracia representativa.<sup>250</sup>

---

demostrado la experiencia trágica de Chile?» (Buci-Glucksmann: 1978a, 73). Sobre «Las lecciones de Chile», esto es, el impacto de la «vía chilena al socialismo» en el comunismo europeo -especialmente el italiano- y el golpe de estado de 1973 en los debates «la crisis del marxismo» ver el trabajo (inédito) de Cortés (2021).

<sup>250</sup> Junto con Poulantzas y Buci Glucksmanann hay que agregar el nombre de Pietro Ingrao como una referencia del «eurocomunismo de izquierda» (es decir, del sector que intentaba no restringir la cuestión democrática exclusivamente a la participación electoral) para los intelectuales de *Controversia*. Si bien no hay artículos suyos en esta revista (sí publicará en *La Ciudad Futura*) para la franja socialista su nombre constituía una referencia en estas discusiones.

Ahora bien, la disposición a la escucha de estas voces intelectuales ligadas con el eurocomunismo constituían en *Controversia* el revés de la trama de una problemática que no era desconocida por la franja socialista: la recusación del «socialismo real». Si bien el arco de críticas era bien amplio, aquella que funcionaba como clave compartida dentro de *Controversia* era la denuncia de la sofocante y opresiva situación de las clases subalternas en la URSS y en otros países de Europa del Este. En este punto, *Controversia* se plegó a los múltiples cuestionamientos producidos a partir de la publicación de *Archipiélago Gulag*, en lo que sería la antesala del desplome de la URSS a finales de los años ochenta. En este sentido, en la revista hay notas críticas sobre la injerencia externa soviética, especialmente en aquellos países del este europeo que, como Polonia, constituía un caso donde la propia clase trabajadora comenzaba a organizarse para demandar una apertura democrática. Así, en el suplemento «La democracia como problema», el comité de redacción incluyó un análisis crítico de la coyuntura polaca a cargo de Adriano Guerra (1980), en la que su autor celebraba el surgimiento del movimiento social nucleado alrededor del sindicato *Solidaridad* en tanto experiencia protagonizada por los trabajadores que mostraba su potencia para desafiar la burocratización de un régimen basado en el esquema de sindicato y partido único. Guerra creía que este movimiento constituía un índice de la magnitud de crisis del comunismo soviético, pues demostraba que, más allá de los apoyos externos y de la incidencia de la iglesia católica en el movimiento social, eran los propios trabajadores -y no otros actores de poder- quienes se habían convertido en los verdaderos protagonistas de la protesta. Con todo, su expectativa no estaba aún depositada en el fin del comunismo en Polonia, sino más bien en un proceso de apertura del régimen político que fuera capaz de reconocer la legitimidad social y política de estos nuevos actores, sin lo cual no se podrían encontrar soluciones a problemas que, como el de la inflación, golpeaba especialmente a las clases populares. Guerra advertía entonces sobre la necesidad de que el régimen soviético tuviera una respuesta diferente ante fenómenos de esta índole que la que había mostrado en el pasado: en lugar de la represión, era incluso conveniente para la propia relegitimación del régimen sellar acuerdos políticos para dirimir una crisis social y política cuya envergadura resultaba ya indisimulable.

En la misma línea que acentuaba la idea de que en su política exterior la URSS reproducía los rasgos autoritarios que la caracterizaban fronteras adentro, en su número octavo *Controversia*

publicó una nota de Fernando Claudin (1980) cuyo título, «El expansionismo soviético», era elocuentemente indicativo de la escasa estima que el régimen soviético dedicaba al principio de libre determinación de los pueblos en el contexto de su invasión a Afganistán. De este modo, Claudin argumentaba que este episodio constituía el corolario necesario de una política internacional expansionista, de corte incluso imperialista, propia de un sistema opresivo basado en rasgos acentuadamente militaristas.<sup>251</sup>

La condena rotunda del «socialismo real» terminaba así por quebrar cualquier atisbo o residuo de una lectura del orden internacional centrada exclusivamente en la lógica binaria de la así llamada «Guerra Fría». O, cuanto menos, que pretendiera leer este conflicto desde el eje soviético. En este sentido, en la nota que abrió el primer número de la revista Schmucler desplazaba el eje comunismo / capitalismo para ubicar a la «actualidad de los derechos humanos» como criterio de medida para evaluar la hora actual del marxismo. El juicio de Schmucler era lapidario respecto a los países socialistas:

«¿Desde dónde pensar la realidad actual de los llamados países socialistas?, ¿Cómo entender que el ejército soviético avale al ejército represor de la Argentina, aunque lo haga en nombre del Partido Comunista, la clase obrera y la lucha contra el nazismo? ¿Qué tiene que ver con el socialismo la alianza de China Popular con Pinochet? ¿Cómo ubicar las reclusiones en campos psiquiátricos en la Unión Soviética? ¿Qué valor otorgarle a la paradoja de oficiales del Ejército Rojo condecorados por Videla mientras la OEA investiga las desapariciones de argentinos? El simple reconocimiento de nuevas tácticas del imperialismo norteamericano no es suficiente. Se impone pensar el porqué de un «socialismo» que gira alrededor de falacias y que repite modelos represivos que niega los derechos humanos reivindicados en sociedades capitalistas. Se trata de saber, crucialmente, si es posible otro socialismo donde los hombres reconozcan la posibilidad de ejercer el derecho a ser dueños de su destino» (Schmucler, 1979: 4).

Visto entonces a la luz de los derechos humanos, los alineamientos políticos de posguerra resultaban caducos y a la izquierda le tocaba ahora el difícil trance de explicar por qué en los

---

<sup>251</sup> «Las raíces del expansionismo soviético hay que buscarlas, por tanto, en la naturaleza misma del sistema, y dentro de él desempeña un papel especial y creciente -lo mismo que el imperialismo occidental- el desarrollo del militarismo, que siendo un producto de la política expansionista tiende a autonomizarse y a convertirse en motor de dicha política. La ultracentralización política y económica, el aplastamiento de toda contestación popular, han permitido al régimen concentrar en la esfera militar los principales recursos industriales, científicos y humanos. Si algo funciona bien en la Unión Soviética, en contraste con la ineficiencia de la industria y la agricultura, destinadas a las necesidades civiles, es la producción de armamento moderno» (Claudin, 1980: 25). No obstante el artículo de Claudin estaba en sintonía con las críticas al régimen soviético que el grupo de intelectuales socialistas de *Controversia* habían hecho suyas incluso antes de la experiencia del exilio, en el número siguiente aparecería una réplica por parte de José Eliashev (1981), quien le reprochaba a Claudin su escasa voluntad para condenar el imperialismo norteamericano por acciones análogas a las que la URSS estaba llevando adelante en Afganistán.

países socialistas no se respetaban los derechos humanos al menos declamados en los países capitalistas. Por lo demás, los interrogantes que ya en el número inicial planteaba Schmucler alrededor de la crisis del marxismo eran significativos por varios motivos. Por un lado, porque resultaban convergentes con intervenciones de otros miembros de la revista (como Terán, del Barco e incluso Aricó), quienes insistían en subrayar las contradicciones entre el socialismo (realmente existente) y el respeto a los derechos humanos. Por otro lado, porque al colocar como eje de su análisis el nexo entre democracia y derechos humanos, Schmucler conseguía enlazar la revisión del marxismo con la crítica a las organizaciones revolucionarias argentinas, conectando así estas dos coyunturas históricas heterogéneas bajo una misma problemática (anticipando el movimiento crítico que se produjo en la revista sobre estos asuntos). Por último, pero no menos importante, estas preguntas lanzadas por Schmucler dejaban abierta la posibilidad de pensar al socialismo más allá de cualquier definición «productivista»: si los «países capitalistas» podían reivindicar los derechos humanos mientras que por el contrario en los socialismos existentes éstos eran denegados, entonces debía concluirse, entre otras cosas, que la «socialización de los medios de producción» no resultaba suficiente para definir las condiciones de una sociedad emancipada. De este modo, también por la vía de los derechos humanos el debate en torno a la «crisis del marxismo» ponía de manifiesto una demanda específica: la necesidad de pensar el lugar de la política dentro de esta tradición.

### **¿Crisis política o crisis teórica del marxismo?**

Como vimos en el capítulo 1, los cuestionamientos al socialismo «realmente existente» no eran desconocidos para los intelectuales socialistas (tampoco para los peronistas) de la revista: tanto en la primera como en la segunda época de *Pasado y Presente* (Aricó, 1963b; Aricó, 1964; *Pasado y Presente*, 1973a) la experiencia soviética había sido sometida ya a un severo -para utilizar la expresión de Aricó- «examen de conciencia».

¿Qué había cambiado entonces entre *Pasado y Presente* y *Controversia*? Fundamentalmente, el ángulo de la indagación, lo que permitió que se puedan plantear preguntas que antes resultaban más difíciles de formular. Así, mientras en la etapa de *Pasado y Presente* se impugnaba la experiencia soviética con el argumento que sostenía que socialismo y autoritarismo eran «conceptual y políticamente» incompatibles, de modo tal que para esa «izquierda revolucionaria» al interior de la cual se inscribía *Pasado y Presente* el comunismo

soviético quedaba fuera de la propia y genuina tradición marxista, en el exilio, en cambio, y especialmente a partir de la pregunta por las razones de la derrota del proyecto revolucionario en Argentina, se generaron las condiciones para abandonar la idea de que el socialismo «realmente existente» consistía en una deformación o descaracterización del marxismo, para comenzar a pensar seriamente que el autoritarismo y burocratismo soviético representaban una deriva posible de la tradición marxista, una deriva que no sólo esta tradición no había conseguido prevenir, sino que incluso había nutrido a partir de elementos decisivos de su propia cosmovisión.

Este cambio de ángulo, ya observable como vimos en «Actualidad de los derechos humanos» de Schmucler, se reafirmaba en la nota de presentación a cargo de Aricó de una sección especial dedicada a la «crisis del marxismo», inaugurada con un artículo (antes publicado en la revista española *El viejo topo*) de Ludolfo Paramio y Jorge Reverte (dos intelectuales españoles con posturas afines con el Partido Comunista Español y al eurocomunismo). En esta presentación Aricó subrayaba el carácter históricamente novedoso que tenía este debate, pues mientras a fines del siglo XIX el «revisionismo» bersteniano había cuestionado la posibilidad misma de la realización del socialismo, lo que se discutía ahora en cambio era algo todavía más dramático: si en base a la realización misma del socialismo (tomando como parámetro los estados socialistas soviéticos y aquellos sobre los cuales tenía incidencia) era posible seguir asumiendo la identidad marxista, dado que «es difícil sostener que la fenomenología concreta de las sociedades posrevolucionarias, con sus acentuados rasgos autoritarios y burocráticos, no cuestiona directamente el pensamiento marxista» (Aricó, 1979a:13). No se trataba sin embargo para Aricó de abandonar al marxismo, sino de reflexionar en torno a una carencia teórica con graves consecuencias políticas: la ausencia de una teoría del estado, producto de una tradición que había luchado por su extinción.<sup>252</sup> Los debates en torno a la «crisis del marxismo», entonces, ofrecían la posibilidad de comenzar a revertir esa historia, incorporando a la reflexión marxista la cuestión de la mediación política,

---

<sup>252</sup> «La tradición marxista disolvió el arduo problema de las formas estatales en la utópica propuesta de su inexorable «extinción». [...] Sin instituciones democráticas el capitalismo de estado no era la antesala del socialismo sino de una inédita y monstruosa dictadura sobre las masas; sin un real proceso de socialización de la propiedad, el proyecto socialdemócrata facilitaba las respuestas fascistas o neocapitalistas» (Aricó: 1979a, 13).

lo que exigía no sólo pensar al Estado, sino también la democracia e incluso con más énfasis, la democracia formal.<sup>253</sup>

Ahora bien, la incorporación de la cuestión del estado y la democracia al interior del corpus marxista: ¿demandaba meramente un ajuste en las series teóricas del núcleo del programa político marxista o exigía también una revisión a fondo del estatuto mismo que la teoría había adquirido en esta tradición? Si el debate que mantuvieron Ludolfo Paramio y Jorge Reverte con Oscar del Barco a lo largo de distintos números de *Controversia* resultó el punto más representativo del modo en que la «crisis del marxismo» fue tematizada en esta revista, es porque en esta polémica puede apreciarse justamente el despliegue de dos perspectivas bien diversas respecto de la índole y la profundidad de la «crisis del marxismo».

En efecto, si atendemos al primer editorial de *Controversia*, podemos observar que, aun en el contexto de la manifiesta voluntad de revisión del pasado y de los supuestos que habían conducido a la «derrota», no aparecían cuestionamientos al papel de la teoría al interior de la tradición marxista, sino que lo que se cuestionaba eran la series teóricas subyacentes a las prácticas políticas que habían conducido a la «derrota». Así, dentro del tono crítico del primer editorial, que exigía una revisión profunda de la teoría y práctica marxistas (a la que se acusaba de «dogmáticas»), el lugar que implícitamente se asignaba a la teoría no desentonaba con formulaciones que podían encontrarse años atrás en la revista *Pasado y Presente*. Que estos supuestos seguían operantes, al menos en este tramo inicial de *Controversia*, es algo que puede observarse en el cierre del primer editorial, allí donde, entre otras razones, se justificaba la existencia de esta revista para iniciar la «recomposición de las fuerzas por ahora derrotadas», objetivo que resultaría imposible de conseguir si no se comprendía que «es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creíamos adquiridos de una vez y para siempre para una teoría y práctica realmente transformadora de nuestra sociedad» (S/A: 1979a, 2). Esta confianza, pues, en la importancia de la teoría como instancia de transformación social (y por ende, esta confianza en la praxis intelectual en tanto crítica de la realidad y sus articulaciones) parecía mantenerse intacta, de modo tal que así planteadas las cosas, el punto a dilucidar parecía no ser otro que el de hallar las series teóricas que

---

<sup>253</sup> Sólo a partir de ello resultaría viable, según Aricó, tener la expectativa de que «sobre los pilares de las ideas de «socialismo» y «democracia» (y de democracia *formal*, acentuaría) puede constituirse esa síntesis de la que requiere hoy el movimiento socialista para reconquistar la unidad entre teoría y práctica, ética y política, ser y deber ser que constituyó durante muchos años la razón de su capacidad expansiva y transformadora, el secreto de su fuerza mítica» (Aricó: 1979a, 13).

estuvieran en condiciones de relevar las ideas y presupuestos que habían estado en la base de la derrota revolucionaria en Argentina, o del devenir trágico del «socialismo real». Todavía aquí, entonces, no se cuestionaba qué concepciones en torno a la teoría -en tanto teoría- habían hecho posible creer que las mismas podían ser válidas «de una vez y para siempre», sino más bien la revisión parecía apuntar a la necesidad de esbozar otras series teóricas, éstas sí «realmente» transformadoras.

Que ésta era la tesitura inicial de la revista lo confirma también la publicación en el primer número de *Controversia* de «Razones para una contraofensiva», un artículo firmado por Ludolfo Paramio y Jorge Reverte respecto al cual Aricó manifestaba en su presentación «nuestro acuerdo básico con su contenido» (Aricó: 1979a, 13). El núcleo del artículo sostenía que la «crisis del marxismo», esa misma que había dado lugar a las condenables experiencias de los «socialismo real», poseía una dimensión eminentemente «teórica», ya que, en palabras de Paramio y Reverte, «lo que comúnmente entendemos por crisis del marxismo no es tan sólo el reflejo sobre éste de una crisis general de valores. Es también, más específicamente, una crisis teórica [...]; una crisis teórica, además, aplazada» (Paramio y Reverte: 1979, 3).

Según esta perspectiva, esta «crisis teórica» guardaba relación con la prolongada postergación de un debate crítico en torno al «marxismo-leninismo», que al entender de Paramio y Reverte había sido refutado a lo largo del siglo XX por no advertir que el capitalismo, lejos de dirigirse hacia una crisis terminal, había sorteado y sobrevivido a diversas crisis estructurales, especialmente la de los años treinta. De este modo, para los intelectuales españoles la estrategia leninista del «asalto al poder» estatal se mostraba deudora de un «catastrofismo» improbable en la historia, a lo que debía agregarse también la deuda que mantenía con otro presupuesto históricamente incumplido: que la revolución bolchevique se iba a expandir ineluctablemente por todo el mundo. Lejos de desencadenarse entonces los escenarios históricos previstos originalmente por la III Internacional, convenía entonces dentro del marxismo iniciar al fin una revisión a fondo de estos presupuestos, para dar paso a la construcción de un «nuevo paradigma» que sin embargo los autores entendían que podía filiarse con algunos contenidos ideológicos de la II Internacional, ya que el reformismo, «que también es una lectura de Marx [...] no está en crisis» (Paramio y Reverte: 1979, 13), como tampoco lo estaban ciertas líneas de investigación ligadas con el «marxismo anglosajón». En suma, según Paramio y Reverte, la crisis del marxismo era de índole

eminentemente teórica y localizada (ya que estaba circunscripta a una de sus vertientes: el «marxismo leninismo») y su resolución también quedaba fundamentalmente situada en el plano ideológico, en tanto podía dirimirse con el hallazgo de un nuevo paradigma que estuviera en condiciones de reemplazar las series teóricas perimidas con otras que, en la saga del marxismo reformista, estuvieran en condiciones de ofrecer nuevas claves para la transformación de la realidad social. Lo que quedaba claro, entonces, en este tipo de intervenciones, era el hecho de que la revisión del marxismo no incluía la revisión del estatuto jerarquizado que había asumido la teoría en tanto espacio ordenador y fundante de la política.<sup>254</sup>

La aceptación de este estatuto para la teoría suponía de algún modo asumir dos presupuestos: por un lado, la creencia de que existía un vínculo no sólo orgánico entre teoría y praxis, sino también jerarquizado, en virtud del cual la teoría, de manera directa o mediada, se transformaba en la verdad de la práctica. Por otro lado, la centralidad conferida inicialmente a la teoría implicaba también aceptar que ésta constituía un principio de síntesis desde el cual era posible no sólo pensar, sino también organizar la realidad social. Fueron éstos, justamente, los presupuestos asociados a la teoría (en cuanto teoría) fuertemente criticados al interior de *Controversia* por parte de Oscar del Barco, cuya intervención provocó un verdadero giro en el modo de abordar esta discusión.

Así, en «Observaciones sobre la crisis del marxismo» (Del Barco: 1979b), el autor de *El otro Marx* acusaba de «teoricistas» a las tesis de Reverte y Paramio y en general a todas aquellas posiciones que, dentro del debate abierto en torno al marxismo, tendían a relativizar la dimensión política de la crisis para resaltar su dimensión teórica.<sup>255</sup> De esta manera, luego de

---

<sup>254</sup> Paramio y Reverte hacían suyo el diagnóstico de Anderson (1980) sobre la vitalidad de la producción teórica marxista en el ámbito anglosajón, más allá de que a diferencia del historiador británico aceptaban la «crisis teórica» del marxismo. También compartían con Althusser la idea de que el «estado deliberativo» en que se encontraba el marxismo y las tensiones teóricas emergentes en el contexto de los debates sobre su «crisis» podían sin embargo resultar estimulantes para la producción teórica. Decía Althusser al respecto: «Nuestra tradición no es pura, sino conflictual; que contrariamente a la expresión apresurada de Lenin, el marxismo no es un «bloque de acero» sino que implica dificultades, contradicciones y lagunas que jugaron también ellas en su nivel, su papel en esta larga crisis, como habían tenido un papel en la II Internacional, y aún a comienzos de la III, aún vivo Lenin» en Cortés (2014b: 142).

<sup>255</sup> No resultó casual que del Barco asumiera la réplica a la intervención de Paramio y Reverte. Como hemos mencionado arriba, Del Barco formó parte del comité de redacción de la revista *Dialéctica*, una publicación que impulsó fuertemente estos debates. También dirigió la rica colección filosófica publicada por la propia Universidad Autónoma de Puebla, que incluyó entre sus títulos a *La crisis del marxismo* (Del Barco, 1979) para el cual escribió el prólogo. Varios de los autores publicados en esta editorial también lo fueron en *Controversia*, entre ellos, Biagio de Giovanni. Sobre la ubicación de Del Barco en esta trama, ver nuevamente Bayle (2021).

inscribir planteos como los de Paramio y Reverte en una saga inaugurada por Kautsky y Lenin (amalgamando de este modo a la socialdemocracia -reivindicada, como vimos, por Paramio y Reverte- y a la III Internacional como anverso y reverso de una misma matriz política que debía ser desmontada), definía al teoricismo como «un movimiento doble que escinde la teoría de la práctica y luego produce la conversión de la teoría en sujeto social (con todas las consecuencias políticas y organizativas que esto implica)» (Del Barco, 1979b:12). Separada de la práctica, la teoría se transformaba en una exterioridad sin embargo autorizada a regir al movimiento social, en la medida en que sólo a través suyo el opaco ser histórico y social se tornaba inteligible. No era otro según del Barco el mecanismo que había permitido que el Partido se instituyera como la conciencia del proletariado, y por ende como portavoz de la teoría revolucionaria, para de ese modo sustituir a la clase misma como sujeto político. Lejos de ofrecer así la llave de la transformación histórica, el «teoricismo» constituía para del Barco la intrusión del idealismo en el seno de la filosofía materialista (tal como pensaba Caletti (1979a y b) en su crítica al foquismo de las organizaciones revolucionarias), y provocaba al interior del movimiento social la reproducción de la lógica del capital (que sin embargo se pretendía combatir), en tanto expresaba «el dominio de la máquina-ciencia sobre el trabajo vivo» (en términos similares a la crítica de Schmucler (1980b) en torno a la primacía de la razón instrumental en las organizaciones revolucionarias).

Con estas ideas, del Barco adelantaba en este artículo el núcleo de lo que luego sería el argumento central de *Esbozo para una crítica de la teoría y práctica leninista* (1980a), al afirmar que «la fascinación ejercida por la conceptualización marxista [...] ubica en primer plano el problema epistemológico y produce, como efecto, la conversión del marxismo en Ciencia o Teoría, la que sólidamente instalada en un *orden* teórico tiene por función «controlar», «iluminar», «dirigir» el proceso de lucha de clases explotadas actuando como «mentora», «maestra», etc. (el “leninismo” en otras palabras)» (Del Barco, 1979b: 12). De modo que aunque Paramio y Reverte colocaran el foco de su crítica en el leninismo, sus premisas eran deudoras, según el argumento de Del Barco, del mismo esquema teórico y político: el «teoricista».<sup>256</sup>

---

<sup>256</sup> Si bien Lenin aparecía en la obra de Del Barco como el principal referente del «teoricismo», la crítica también alcanzaba de manera eminente, como demuestra Bayle (2021), a Althusser, tanto al Althusser que en los años sesenta había introducido la tajante distinción, sólo practicable en términos justamente «teoricistas», entre ciencia e ideología, como el Althusser (1975) que hacia mediados de los años setenta iniciaba, con *Elementos de autocrítica*, un proceso de revisión de su obra previa, que sin embargo no alcanzaba a poner en cuestión, según

Por estas razones del Barco podía concluir que la crisis del marxismo no era de índole «teórica» sino eminentemente política; y ello se manifestaba de modo patente en la emergencia de «nuevos sujetos revolucionarios, los que no pueden ser *dirigidos* por un partido ni pensados por *una* teoría», todo lo cual era indicativo de que «se ha quebrado la racionalidad que bajo el nombre del marxismo había devenido un instrumento de dominación y no de liberación humana» (Del Barco: 1979b, 13). Si esta conclusión cobraba relevancia, es porque ella le permitía a del Barco filiar la crisis del marxismo con la crisis de la racionalidad occidental, dentro de un argumento que estaba a tono con los planteos dominantes en la filosofía europea desde los años sesenta, especialmente aquellos ligados con la deconstrucción.<sup>257</sup>

La polémica entre Del Barco y Paramio/Reverte seguirá su curso en las páginas de *Controversia*, pero sin una modificación sustancial en los términos en que se planteó este primer cruce.<sup>258</sup> Sin embargo, mientras el argumento de Paramio y Reverte difícilmente permitía avanzar más allá de lo ya formulado -que era necesario abandonar el leninismo por un nuevo paradigma marxista en condiciones de dialogar con el legado de la socialdemocracia-, en cambio la perspectiva de Del Barco planteaba preguntas y desafíos que habilitaban un nuevo campo de reflexión sobre cómo sería posible pensar un marxismo más allá de la «racionalidad teoricista».

En efecto, este interrogante autorizaba a Del Barco a cuestionar el carácter excluyente que había asumido el proletariado en tanto representante del movimiento social, pues si el marxismo es «el conjunto de *formas* teóricas que van adquiriendo en su proceso las prácticas revolucionarias» (Del Barco, 1979b: 12), entonces la clave de su reformulación consistía en identificarse con la pluralidad de actores que se subjetivan de modo inmanente en dichas prácticas, como «el movimiento femenino y de jóvenes, los movimientos que se extienden

---

del Barco, al estatuto de la teoría en tanto teoría en el marxismo, pues aún en su autocrítica Althusser seguía identificando a la «crisis del marxismo» como una «crisis teórica». Para una mirada del giro althusseriano en las antípodas de Del Barco, ver de Ípola (2007).

<sup>257</sup> Del Barco conocía en profundidad la obra de Derrida antes del exilio, como lo prueba su traducción al español, junto con Conrado Ceretti, de *De la Gramatología*. La primera edición de esta traducción salió publicada por Siglo XXI editores en 1971,

<sup>258</sup> La polémica puede seguirse en Paramio/Reverte (1980) y Del Barco (1980b).

desde los manicomios y las cárceles hasta las escuelas y la familia, las luchas en defensa del medio ambiente, por la libertad sexual, etc.» (Del Barco: 1979b, 13).<sup>259</sup>

Esta línea argumentativa venía entonces a advertir que el marxismo ya no podía pensarse bajo la figura de lo *uno*, sino de lo múltiple;<sup>260</sup> que esa multiplicidad era correlativa con el devenir de las «prácticas revolucionarias», ya no únicamente expresadas por el proletariado; que su «identidad» no podía asociarse con la estabilidad que le aseguraba una conciencia externa idéntica a sí misma; y que su crisis, de raigambre política, era parte de una crisis más global de todo ordenamiento sustentado en una metafísica unicista caracterizada por organizar lo real a partir de un principio autocentrado (El Estado, la conciencia, el partido, el falocentrismo, etc.). El futuro del marxismo dependía, entonces, de un trabajo sobre sí que le permitiera constituirse en sentido para las múltiples prácticas que desafiaban la identidad de la identidad, en cuyo nombre se ejercía la dominación social, entre ellas, la del socialismo deudor de la matriz «teoricista». El lugar de la teoría, entonces, no consistía en totalizar esas prácticas, sino en acompañarlas y potenciarlas en su emergencia.

De este modo, a partir de esta intervención de del Barco en el debate en torno a la teoría marxista cobró un giro en la revista: ya no se trataba, al menos meramente, de esbozar un «nuevo paradigma» conceptualmente progresivo respecto a las series precedentes sino más bien de abrir una discusión sobre la deuda que la teoría marxista, en cuanto teoría, mantenía con matrices de reflexión en la revista tildadas de «autoritarias» en virtud de su filiación con el pensamiento sistémico. La práctica de la crítica, de este modo, quedó tensionada entre la reconstrucción de paradigmas, como proponían Paramio y Reverte, o la deconstrucción permanente de la racionalidad en la que el propio marxismo se hallaba inserto, para de ese modo reinscribirlo en las múltiples y nuevas «prácticas revolucionarias». En este sentido, el desafío que se desprendía de las intervenciones de Oscar del Barco en torno a la «crisis del marxismo» no era otro que el de cómo trabajar al interior de una tradición a la que se la

---

<sup>259</sup> Si bien en *Controversia* se celebran las demandas de los «nuevos movimientos sociales», no hay artículos escritos desde perspectivas cercanas al feminismo, el ecologismo o el movimiento de desmanicomialización. La única excepción es «Mujer y partido» (Calderi, Delgueil, Morales: 1980, 25-26), un artículo que evalúa críticamente el rol asignado a las mujeres en los partidos y organizaciones de izquierda.

<sup>260</sup> Dentro de esta franja intelectual, es *La rebelión del coro*, de José Nun (1989), el libro que plantea una suerte de nueva época para la cultura de izquierdas, signada por el desafío de pensar la agencia política a partir de la emergencia de nuevos actores sociales. El libro aquí citado recoge intervenciones que Nun venía planteando a inicios de los ochenta en revistas como *Nexos* y *Punto de Vista*.

quería pensar justamente ya no en base a su identidad (en crisis), sino en relación con la deconstrucción de sí misma, esto es, en torno a la diferencia de sí sobre sí.

¿Sería el cruce entre Marx y la deconstrucción (como práctica crítica de la razón sistémica) la deriva que permitiría habitar el exilio en el tiempo de la crisis del marxismo? Hacia estas orillas, veremos más abajo, se acercó el pensamiento de Oscar del Barco.

### **La teoría estallada: entre la «caja de herramientas» y los «puntos de fuga»**

Además de las intervenciones de Oscar del Barco, el cuestionamiento del estatuto que la teoría había asumido en el marxismo puede seguirse en las páginas de *Controversia* a través de las notas de Oscar Terán. En efecto, en «De socialismos, marxismos y naciones» (1980a), y tras señalar que la crisis del marxismo era tan honda como lo dejaba entrever el hecho de que ya no sólo estaba en problemas para explicar el funcionamiento del capitalismo, sino también las derivas del socialismo en su versión soviética e incluso china, Terán amalgamaba las posiciones de Paramio/Reverte y del Barco para subrayar que, a pesar de los esfuerzos críticos puestos en juego en el debate, ambas posiciones se movían en un mismo suelo común, en la medida en que conservaban un núcleo de sentido no problematizado en torno al marxismo puesto que «dentro del círculo de esta crisis, para algunos (Paramio-Reverte) [el marxismo] es una especie de paradigma kuhniano; para otros (Del Barco) un modo o «forma» de ser de la clase obrera. Para ambos, por ende, se trata de un dato *sustantivo*» (Terán: 1980a, 20).

De aquí que, avanzando en la estrategia «deconstructiva» Terán concluya, parafraseando a Lacan, que «como tal, *el marxismo no existe* si se lo toma como un sistema acabado contrapuesto al universo de discurso burgués» (Terán: 1980a, 20). Vaciado de cualquier sustantividad en que pudiera fijarse su identidad, Terán destacaba de todos modos la productividad de un pensamiento que «ha desnudado esa forma básica pero no exclusiva de la opresión -la explotación- y permitido la crítica más radical producida contra la cultura capitalista», para paso seguido sin embargo advertir su compromiso con esquemas teóricos afines a las fórmulas autoritarias, ya que se trata de

«[...] un pensamiento al fin cuyas variables sistémicas están fuertemente comprometidas por las ideas hegelianas de totalidad y de centralidad, así como por la secuencia evolucionista del progreso, dentro de la cual emerge también la enorme plasticidad teórica del viejo Marx, que le permite relativizar su visión historiográfica

unilineal -piénsese en sus últimos escritos sobre la comuna rusa-, para atender a la especificidad del desarrollo de áreas periféricas a la Europa occidental» (Terán: 1980a, 20).

De esta manera, antes que un «modo» o «forma» de la clase obrera o de los sujetos definidos por una «práctica revolucionaria», según la definición de del Barco, el marxismo aparecía aquí caracterizado como un «modo» de la modernidad, pero de una modernidad leída en clave de pensamiento sistémico, totalizador y evolucionista, y en tanto tal deudor de la figura del «progreso». Por esta razón, la «crisis del marxismo» resultaba dramática pero a la vez reveladora, ya que arrojaba una nueva verdad sobre esta tradición: que la teoría que había esbozado la crítica más radical al «discurso burgués» se hallaba sin embargo política y conceptualmente comprometida con una racionalidad hostil a la diferencia y, por ende, afín al autoritarismo. En estos términos, Terán se despedía no tanto del marxismo «ortodoxo», al cual nunca en realidad le había rendido culto,<sup>261</sup> pero sí de algunas de las versiones más sofisticadas que habían atraído a la «nueva izquierda» en los años sesenta, esas mismas que, al modo lukacsiano de *Historia y conciencia de clase*, consideraban al marxismo como un momento de alumbramiento de la autoconciencia de la humanidad en su dramático combate, en sede histórica, contra la alienación.

Descentrada así ya no sólo la teoría, como proponía del Barco, sino el marxismo mismo (en la unidad articulada de teoría y práctica) como «género» de la modernidad, Terán sin embargo no parecía estar dispuesto, al menos en este artículo, a que su planteo sea interpretado como el inicio de una estrategia de salida de la propia tradición, en la medida en que aún seguía teniendo sentido pensar un marxismo a partir de aquellos aspectos de la teoría que justamente impedían pensar un cierre «sistemático» de la significación histórica de la experiencia social. De aquí que el marxismo resultara aún estimulante como parte de una práctica crítica atenta a «sus *puntos de fuga*, sin alucinar el momento de la totalización», todo lo cual suponía «una elección de vastas consecuencias teóricas, que puede producir el estallido en series discursivas «horizontales» o en un «pueblo de modelos» de lo que se había imaginado como una compacta esfera parmenídea» (Terán: 1980a, 20).

Estas conclusiones profundizaban entonces las líneas deconstructivas esbozadas en los artículos de del Barco para la elaboración de la crisis del marxismo. En primer lugar, porque

---

<sup>261</sup> Sobre el vínculo entre Terán y el marxismo entre los años sesenta y ochenta argentinos, ver el riguroso y sugerente trabajo de Omar Acha (2017).

suponían la aceptación de un principio pluralista (resumido en la imagen braudeliana de «pueblos de modelo»), según el cual se volvía legítima la convivencia entre marxismos heterogéneos cuya coexistencia justamente tornarían imposible que la propia tradición se cerrara sobre sí de manera sistémica y totalizadora; en segundo lugar, porque dicha crisis debía tramitarse según Terán orientando la mirada a la parte antes que al todo, desplazando así la preocupación por la consistencia lógica y global de la teoría (tal como dejaba ver el rescate de la «plasticidad» del «viejo Marx» para comprender el desarrollo «desigual y combinado» de distintas sociedades) y a tono entonces con el giro althusseriano que por esos mismos años postulaba al marxismo como una «teoría finita»; todo lo cual, en tercer lugar, habilitaba en definitiva una relectura del propio Marx que lo colocaba más allá de las versiones canonizadas por la II y III Internacional, ya que si el «marxismo no existe», entonces su obra quedaba disponible para la construcción de nuevos sentidos en base, justamente, a los «puntos de fuga» o elementos que el marxismo entendido como género discursivo moderno no había podido integrar o asimilar en su corpus. Pero, en cuarto lugar, y tal vez lo más importante, Terán subrayaba que la «crisis del marxismo» era política de igual modo que lo era la colocación del intelectual ante ella: no se trataba solamente, entonces, de ponderar argumentos, sino de asumir un posicionamiento cuyas «vastas consecuencias teóricas» no resultaban más importantes que el rechazo ético de una matriz autoritaria de pensamiento.

Esta colocación política se advierte mejor aún en «Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes», publicada en el último número de *Controversia*, artículo en el que Terán intentó liquidar la clásica imagen o «metáfora arquitectónica» de la estructura y superestructura social.<sup>262</sup> Este cuestionamiento resultaba menos novedoso por el argumento desplegado para tales fines que por las vastas consecuencias que Terán estaba dispuesto a extraer de su planteo. Pues si la crítica a esta metáfora consistía en señalar la imposibilidad de distinguir, en el caso concreto, la dimensión económica y política del fenómeno de la explotación, y mucho menos de establecer, tras la imposible distinción de estas dimensiones, una prioridad

---

<sup>262</sup> Como veremos, la crítica a la «metáfora arquitectónica» de la estructura y la superestructura en Terán era de raigambre foucaultiana. Sin embargo, dialoga fluidamente con una constelación de intervenciones contemporáneas disponibles para esta franja intelectual. Como veremos en el próximo capítulo, la deconstrucción de esta metáfora es un hilo conductor de las clases que Aricó dictó en 1977 en el Colegio de México sobre el marxismo, reunidas póstumamente en *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. Además, *Marxismo y literatura* (Williams: [1977] 1988) puede leerse como una intervención en este sentido. Los análisis de Williams, por otra parte, habían sido presentados en los números iniciales de la revista *Punto de Vista* (Ver Sarlo: 1979 y Altamirano: 1981).

causal entre ellas -en la medida en que «cuerpo explotado y cuerpo disciplinado conforman los dos polos de un mismo circuito por donde fluyen las corrientes fusionadas de la economía y el poder» (Terán: 1981, 17)-, en cambio los corolarios que Terán infería a partir de ello resultaban quizás excesivamente contundentes, pues creía estar en condiciones de declarar la «inefabilidad» del categorial marxista clásico, dentro del cual se incluían, además de la «metáfora arquitectónica», la «explicación por la última instancia» y en general todos los esquemas dualistas de los que el marxismo, según Terán, era fuertemente tributario, como el de «forma/contenido» y «sociedad civil/estado».

El hecho mismo de que Terán transformara al marxismo en objeto (de crítica) ofrecía indicios de que estaba pensando sobre otros suelos teóricos que hacían posible esta operación. Que ese suelo teórico era bien heterogéneo lo revelaba el racimo de citas que funcionan como separadores internos de la nota, las que a diferencia de «De socialismo, marxismos y naciones» ya no evocaban a un Marx «otro», sino a Kafka, Wittgenstein y Cioran. Este archivo heterogéneo auspiciaba a su vez el reemplazo de la figura braudeliana de «pueblo de modelos» por la imagen wittgensteiniana de «caja de herramientas», de modo tal que Terán daba un paso más en la estrategia de deconstrucción de la teoría marxista: de la idea de que existían «marxismos» dado que *el* «marxismo no existe», se operaba el pasaje a la idea de que esos marxismos podían proveer atendibles pero a la vez bien limitadas herramientas dentro de un menú más amplio de teorías sociales disponibles para abordar la historia y la experiencia social. Que además esos «marxismos» no aparecían ya como la exclusiva referencia a tener en cuenta para pensar lo real quedaba claro en la inspiración foucaultiana que recorría este artículo, y que se tornaba explícita en el momento mismo en que Terán advertía que el poder constituía el asunto fundamental a pensar para la teoría social, incluso para entender mejor la problemática de la economía.

Cabe preguntarse entonces cómo podía resultar posible permanecer dentro de una tradición como la marxista una vez cuestionados el objeto, el vocabulario, sus metáforas predilectas y la pretensión de totalización. La idea misma de «caja de herramientas», conjugada con la impugnación de la «causalidad en última instancia», parecía delinear una estrategia donde el marxismo aparecía como una importante (pero no ya la única) opción metodológica a seguir para comprender lo social, antes que una identidad política a sostener aún en el invierno de su crisis. Esta situación se agudizaba allí cuando Terán explicitaba algunos motivos de fondo a

la luz de los cuales había analizado los déficits teóricos y los horrores políticos del marxismo en el contexto de su crisis: la necesidad de una «remoralización de la política», hecha en nombre ya no del categorial clásico marxista -estructura, superestructura, lucha de clases, formación económico-social, etc.- sino de la «vida misma». Esta apuesta por la «remoralización de la política» centrada en el realzamiento de la vida alcanzó su punto de condensación más alto en «Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes» cuando Terán dejaba entrever que su recolocación política e intelectual debía entenderse a partir de la experiencia límite de quiebre del lazo social producida por el terrorismo de estado en Argentina:

«[...] es preciso mirar a nuestra patria también desde los campos de tortura y exterminio, desde esos espacios sin gloria donde se lucha en los límites de la muerte, es decir, en la avidez por la vida. También hay que juzgar nuestra cultura desde el arrojó de la locura entonando en las horas blancas de los tormentos sin fin para reconocer que ésa es *nuestra* barbarie, una especie de contracara purulenta de todo lo que resiste. «Eso» que resiste es «lo popular», que junto con otras partes fascistas vive en cada uno de nosotros y en los pueblos. *Eso* -que tal vez sea del orden de lo no decible porque es una suerte de suelo desde el que actuamos (e incurro en la infabilidad que criticaba)-, eso es lo que permite resistir desde hace siglos a algunas comunidades indígenas americanas, a un disidente soviético, a un negro estadounidense, a un cubano frente al imperialismo norteamericano -pero también a un homosexual cubano ante el artículo 350 del Código de Defensa Social de su país-, y también -entre tantos otros- a los compatriotas que, en el instante mismo en que escribo, continúan siendo capaces de arrancarle a la dictadura esas esferas de dignidad sin las cuales resulta inimaginable un renacimiento de la democracia argentina» (Terán: 1981, 18).

Si de lo que se trataba entonces era de volver a pensar la historia desde el horror de los centros clandestinos de detención, entonces se tornaba necesario abandonar la razón sistemática y su correlato, la teoría totalizadora. ¿No implicaba ello, entonces, abandonar el marxismo en virtud de su vínculo, en tanto «género de la modernidad», como esta racionalidad? En *Controversia*, la despedida de Terán con formas ortodoxas y aún heterodoxas del marxismo (aquellas que buscaban sortear las explicaciones «mecanicistas» apelando a la economía sólo como «última instancia») ya contaba con una larga elaboración; sin embargo, es difícil pensar esta despedida como un corte,<sup>263</sup> pues en estos escritos el

---

<sup>263</sup> La ruptura de Terán con el marxismo se vuelve patente en la polémica con José Sazbón que tuvo lugar, pocos años después (1983-1984), en *Punto de Vista*. Ver Terán (1983b y 1984) y Sazbón (1984). La conexión entre esta polémica y las intervenciones de Terán en *Controversia* es notoria: el artículo de Terán que originó la réplica de Sazbón llevaba como título «Adiós a la última instancia», que sintetizaba así el cuestionamiento de Terán a las metáforas clásicas del marxismo en la misma línea del argumento central de «Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes», la nota publicada en *Controversia* que aquí hemos analizado.

marxismo continuaba proveyendo algunas de las preguntas -aunque con respuestas bien localizadas y aún así a indagar críticamente- consideradas legítimas para construir un pensamiento sobre la cultura, la política y la sociedad. Sin la idea de «totalidad» y sin la «razón sistemática», el marxismo quedaba asociado entonces con una «teoría local» de la cultura y la sociedad, una «caja de herramientas» cuyo «reaseguro» provenía de una «remoralización de la política» ya no inspirada necesariamente en esta tradición sino en un «humanismo bien ordenado», capaz de custodiar *eso* que, según vimos en la cita anterior, resistía: un detenido desaparecido en el campo de concentración argentino, un negro en Estados Unidos, un disidente en la Unión Soviética, un homosexual en Cuba.

Pero precisamente en el mismo momento en que Terán reconocía al marxismo como un campo de saberes comprometido con la modernidad sistémica que entonces sólo podía proveer claves locales -dentro de una estrategia de abordaje múltiple- de la realidad social, se encontró en condiciones de plantear una pregunta «global» que justamente descentraba al marxismo como un «género de la modernidad» (europea): la pregunta por el vínculo entre marxismo y nación en América Latina. Paradójicamente, justo cuando el corte con el marxismo estaba a un sólo paso de distancia, la búsqueda intelectual lo conduciría a plantear un interrogante fundamental para esta franja intelectual en el exilio: ¿era posible, a través (una vez más) del problema de la nación, imaginar un espacio para la reinención del marxismo en clave sudamericana?

### **América Latina: entre lo otro del marxismo (en crisis) y el espacio de su reinención**

La recuperación de algunas aristas del debate europeo en torno a la «crisis del marxismo» y la línea deconstructiva de la teoría en cuanto teoría hicieron posible la emergencia, en la superficie textual de la revista, de las operaciones críticas más interesantes que produjo esta franja intelectual en el exilio en torno a la historia latinoamericana del socialismo. Me refiero, particularmente, a aquellas operaciones críticas que tendían a mostrar que América Latina ofrecía un mirador privilegiado -desde el cual los intelectuales socialistas de la revista podían instituirse como intérpretes adecuados- de la crisis del «marxismo en crisis». De este modo, si se volvía necesario repensar al marxismo en el contexto del exilio, ello ocurría también como parte de una búsqueda intelectual que debía explicar las razones por las cuales, según el Aricó de «América Latina como unidad problemática», la historia de las clases populares y la

historia del marxismo estaban signadas, en Latinoamérica, por el desencuentro.<sup>264</sup> La explicación de este divorcio, específicamente latinoamericano, prometía inaugurar nuevos ángulos de análisis, situados en la región, para pensar la «crisis del marxismo».

En efecto, según argumentaba Aricó (1981) en ese texto, si el marxismo no había conseguido constituirse en la «forma teórica» del movimiento social latinoamericano (aún cuando su presencia en la historia social y política en la región resultaba innegable),<sup>265</sup> era en buena medida por las dificultades que había tenido para nombrar con justeza y aún con justicia a estas naciones, las cuales, aún con sus diferencias históricas, debían ser pensadas como itinerarios históricos que no eran ni los propios de las sociedades europeas ni los de las sociedades asiáticas, de modo tal que su ser social resultaba imposible de descifrar según los diccionarios de cualquiera de las variantes de las filosofías de la historia «marxistas» o del categorial de la II y III Internacional que a finales de los años setenta aparecían en crisis.

La necesidad de pensar esta especificidad organizó buena parte de las exploraciones políticas e intelectuales de esta franja intelectual en el exilio (y este tipo de exploraciones terminaron convirtiendo a *Controversia* en un original laboratorio de ideas). De hecho, este asunto constituyó el núcleo problemático de *Marx y América Latina*, quizás el libro más destacado que Aricó haya escrito (hoy devenido un clásico). En efecto, en este libro los equívocos que están en la base del desencuentro entre marxismo y América Latina son rastreados en la propia obra de Marx, en un movimiento reflexivo que además de audaz dejaba a la vista la interconexión de los distintos proyectos editoriales de Aricó en el exilio.

---

<sup>264</sup> De un modo un tanto hiperbólico, así resume Aricó la tesis del «divorcio» entre socialismo y movimiento obrero en América Latina: «Si socialismo y movimiento obrero son aún hoy en Europa dos aspectos de una misma realidad -por más contradictorias y nacionalmente diferenciadas que se evidencien sus relaciones-, en América Latina constituyen dos historias paralelas que en contadas ocasiones se identificaron y que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Ni la historia del socialismo latinoamericano resume la historia del movimiento obrero, ni la de éste encuentra plena expresión en aquélla». (Aricó: 1981, 20). Explicar este divorcio formaba parte, así lo anunciaba el propio Aricó en *Controversia* al final de esta nota, de una historia del marxismo latinoamericano que se encontraba escribiendo en aquellos días del exilio y que nunca llegó a terminar de escribir. Sobre la historia del «mamotreto» (así lo llamaba Aricó a este escrito inconcluso), ver las sugerentes ideas de Martín Cortes (2015). Vale destacar, por último, lo sorprendente que resulta la amalgama implícita entre Sudamérica y América Latina trazada por Aricó, es decir, la ausencia de alguna reflexión sobre si el divorcio entre marxismo y Sudamérica era de la misma índole que el divorcio entre marxismo y Centroamérica, teniendo en cuenta experiencias como la Revolución Cubana.

<sup>265</sup> «[...] Aun en sus momentos de mayor exterioridad el marxismo fue parte de nuestra realidad, aunque mostrara una evidente incapacidad para descifrarla en su conjunto y para convertirse -como postulaba Engels- en una expresión «originaria» de ella» (Aricó: 1981, 20).

De este manera, era la asunción de una perspectiva sudamericana (planteada inicialmente en *Controversia*) en condiciones de elaborar la «crisis del marxismo» la que le permitía a Aricó indagar a la obra de Marx con una pregunta más que sugerente: ¿por qué el autor de *El capital* no pudo pensar América Latina más allá de su compleja relación con la obra de Hegel, esto es, por qué para Marx América Latina oscilaba entre la figura hegeliana de un «pueblo sin nación» y la imagen de una estructura social cimentada exclusivamente de «arriba hacia abajo», que le impedía reconocer en Bolívar otros atributos que los de un «déspota bonapartista»?<sup>266</sup> Y más sugerente aún: ¿por qué Marx no había podido ver en América lo que sí pudo observar desde los años sesenta del siglo XIX en otros «capitalismos periféricos» (como en Irlanda y la comuna rusa, por citar solamente dos casos destacados), esto es, por qué no pudo apreciar cómo el capitalismo, en su desarrollo ya no homogéneo, sino «desigual y combinado», producía una «periferia» cuya comprensión obligaba a reevaluar cualquier filosofía de la historia pensada en clave de evolución, totalización y homogeneización de las relaciones sociales al interior y al exterior de los estados? Dicho de modo más concreto y punzante: ¿por qué Marx no pudo, contando con un categorial que le hubiera permitido ir mucho más lejos de su lectura de Bolívar, pensar la singularidad -pero al mismo tiempo, la dimensión universal- de la constitución de las naciones sudamericanas?

La respuesta a este enigma la hallaba Aricó, como sugerimos, en el complejo vínculo de Marx con Hegel, aunque por contraste: si Bolívar era un «déspota cesarista», lo era a los ojos de un Marx que no había del todo cortado lazos con un anti hegelianismo juvenil que negaba al estado toda universalidad y, por ello, todo derecho a construir, de «arriba hacia abajo», a la sociedad civil. De allí que resulte «natural que sociedades como las latinoamericanas, en las que el peso de la constitución «desde arriba» de la sociedad civil era tan notable, debía inaugurar una zona de penumbras dentro de la reflexión marxiana» (Aricó, 1982 [1980]: 133). En síntesis, según Aricó el desprecio de Marx a una figura como la de Bolívar reproducía su debate interminable con el hegelianismo, aceptando desde el punto de vista de la «filosofía de la historia» la categoría de «pueblo sin historia» pero rechazando la tesis de

---

<sup>266</sup> Así plantea Aricó esta pregunta en *Marx y América Latina*: «lo que nos preocupa es indagar las razones que pudieron conducir a Marx a no prestar atención o a mantener una cierta actitud de indiferencia frente a la naturaleza específica, propia, de las sociedades latinoamericanas *en el mismo momento* en que emprendía la compleja tarea de determinar la especificidad del mundo asiático, o más en general de las formaciones no capitalistas típicas» (Aricó: [1980] 1982, 40). La conexión entre esta pregunta y el problema del «desencuentro» en los términos planteados en «América Latina como unidad problemática» (Aricó: 1981) es notoria, con la diferencia de que en el libro ese desencuentro se condensa en el divorcio entre Marx y Bolívar.

que la sociedad civil es un momento -y no la verdad- de la Idea, cuya objetivación eminente en la historia, creía Hegel, es el Estado.

De este modo, en el origen del desencuentro entre Marx y América Latina, Aricó encontraba una clave para pensar, de manera situada, la «crisis del marxismo»: en esta lectura, es la «veta anti-estatalista», esa misma por la cual Marx se negaba a asignar racionalidad y autonomía a la esfera político-estatal, la que le había impedido captar el movimiento real en América.<sup>267</sup> De esta manera, la propia historia latinoamericana ofrecía un ángulo novedoso para indagar un problema que a finales de los años setenta parecía adquirir dimensiones «universales»: los límites de la concepción marxista del estado, problema en torno al cual debatían también por esos años los intelectuales marxistas europeos a propósito del socialismo «realmente existente» y del eurocomunismo.

Pero además de este movimiento crítico, *Marx y América Latina* esbozaba un ángulo de análisis que propiciaba al menos un cierto intento de reinención teórica y política del marxismo. De hecho, la lectura de Aricó señalaba «zonas de penumbras» de la obra de Marx, al tiempo que rehabilitaba otras (asociadas en esta operación crítica con el pensamiento marxiano en torno a las «periferias» del capitalismo del siglo XIX) que se volvían política y teóricamente significativas para desandar en tiempo presente el divorcio entre socialismo y movimiento social en América. Junto con *Marx y América Latina*, algunas piezas fundamentales de los *Cuadernos de Pasado y Presente* editadas en el exilio se inscribían así en esta relectura ligada a la reconstrucción de una «tradición selectiva», esto es, una serie de referencias disponibles para pensar una problemática cuyo hallazgo las tornaba significativas, reorganizando así el nexo entre pasado y presente e inaugurando con ello nuevos futuros posibles.<sup>268</sup>

---

<sup>267</sup> Así sintetiza Aricó su argumento en *Marx y América Latina*: «La condición ni periférica ni central de los estados-nación del continente; el hecho de haber sido producto de un proceso al que gramscianamente podríamos definir como de revolución «pasiva»; el carácter esencialmente *estatal* de sus formaciones nacionales; el temprano aislamiento o destrucción de aquellos proceso teñidos de una fuerte presencia de la movilización de masas, fueron todos elementos que contribuyeron a hacer de América Latina un continente ajeno a la clásica dicotomía entre Europa y Asia que atraviesa la conciencia intelectual europea desde la Ilustración hasta nuestros días» (Aricó: 1982 [1980],140).

<sup>268</sup> El propio Aricó explicitaba los términos de esta búsqueda en *Marx y América Latina* en términos de recuperar zonas no exploradas o jerarquizadas del pensamiento marxiano en el contexto de la crisis del marxismo: «La crisis de un saber que intentó ser a la vez completo y autosuficiente nos permite recuperar hoy las «sendas perdidas» del pensamiento de Marx» (Aricó: 1982 [1980]), 142). Podemos hipotetizar cuáles eran esas «sendas perdidas», tanto de Marx como del marxismo que le interesaba recuperar a Aricó: basta para ello con observar la «constelación» de *Cuadernos de Pasado y Presente* editados en el exilio que giraron sobre esta

De este modo, la producción de Aricó, en la línea que va de «América como unidad problemática» (el artículo publicado en *Controversia*) a *Marx y América Latina*, resultaba reveladora de dos efectos distintivos de la lectura «sudamericana» del debate sobre la «crisis del marxismo»: por un lado, la emergencia de un Marx «múltiple», que como tal lucía irreductible a la asimilación canonizada de su obra llevada a cabo por el «marxismo en crisis»; por el otro, el redescubrimiento de la problemática de la nación como «punto ciego» de ese mismo marxismo y, por ende, como asunto a pensar desde una perspectiva crítica dispuesta a desandar el divorcio entre socialismo y movimiento social en América. Estos dos efectos de lectura que surgían en base a esta problematización fueron indagados de un modo singular por otros dos miembros de la franja socialista de *Controversia*: si Oscar del Barco llevó a fondo en los años del exilio la hipótesis de un «Marx múltiple», Oscar Terán sería quien retome en esos años y bajo nuevas preguntas, el problemático vínculo entre marxismo y nación.

En efecto, es la crítica al «teoricismo» la que condujo a Del Barco a encontrar más allá de las páginas de *Controversia* a un Marx «otro». De este modo, si en Aricó Marx aparecía desdoblado entre su herencia hegeliana y sus escritos sobre la comuna rusa o el caso irlandés, en los que emergía un categorial al que se podía apelar para repensar América Latina, en del Barco el redescubrimiento del «otro Marx» surgía en cambio a partir de una operación crítica de delimitación y apertura sobre los bordes internos y externos del «marxismo», pues si por un lado ese «otro Marx» era justamente lo otro del «leninismo» (entendido como el momento histórico de introyección en la historia del movimiento social del principio idealista de la escisión entre teoría y praxis), a la vez ese «otro Marx» que creía encontrar Del Barco no podía sino ser Nietzsche,<sup>269</sup> entendiendo aquí a Marx como quien, en línea con el autor de *Así habló Zaratustra*, había efectuado una crítica radicalizada a la metafísica occidental y a su lógos sistemático y totalizador. Es por ello que puede decirse que *Esbozo para una crítica de la teoría y práctica leninista* (1980a) y *El otro Marx* (2008 [1983]) son uno y el mismo libro

---

problemática, entre ellos, los textos de Marx y Engels sobre la cuestión de la nación (Cuaderno 69 y 88), sobre Rusia (Cuadernos 87 y 90) y sobre el colonialismo (Cuaderno 72), y los escritos de diversos marxistas sobre el cruce entre ambos problemas, el de la nación y la colonia (Cuaderno 74), y los de Rosa Luxemburgo sobre la propia cuestión nacional (Cuaderno 81). A estos Cuadernos pueden sumarse aquellos que recuperaban el pensamiento de Mariátegui (Cuadernos 60 y 92) y los que aludían al vínculo entre marxismo y democracia (Cuadernos 84, 89).

<sup>269</sup> «Por supuesto que aquí el *otro* de Marx es esencialmente Nietzsche» afirma, al inicio de su libro, Oscar del Barco (2008 [1983]: 21).

desdoblado, ya que mientras en aquél Del Barco se empeñaba, a lo largo de cuantiosas páginas, en demostrar cómo el leninismo había subsumido el ser social a la conciencia, para de ese modo introducir al interior del movimiento social la misma lógica de dominación totalizadora del capital,<sup>270</sup> en *El otro Marx*, en cambio, era el propio Marx quien aparecía escindido entre la pretendida vocación de sistema de *El capital* y la imposibilidad de cierre de los *Grundrisse*. De esta manera, mientras Lenin estaba condenado a lo «Uno» (idénticamente teoricista), Marx, en cambio, lucía como la cifra misma de la no identidad de lo idéntico, en tanto su figura representaba un intento de llevar a fondo la razón teoricista y, al mismo tiempo, la constatación de la imposibilidad de ese proyecto.<sup>271</sup>

Ahora bien, esa imposibilidad que impedía el cierre alucinado de la teoría sobre sí misma era precisamente lo que a los ojos de Del Barco tornaba a Marx un pensador aún vigente, puesto que ese «otro Marx» no hacía sino revelar la dinámica misma del movimiento social (en tanto fuerza que resiste la homogeneización del capital) llevada al terreno del pensamiento. Más allá entonces del «marxismo teoricista», pero no más allá de un Marx «otro» (leído al interior de una nueva «tradición selectiva» en la que quedaba enlazado con Lautréamont y Nietzsche), era posible entonces repensar la política ya no como la realización de la idea sino como el movimiento inacabado de la historia, tal como del Barco sugiere en un bellísimo texto sobre la «hegemonía» escrito poco antes de la publicación de *Controversia*:

«No hay economía pura, ni teorías puras, ni nada puro, sino el movimiento del conjunto, los flujos sanguíneos de los cuerpos, los lenguajes, la guerra y las pasiones, todas ellas *formas* perecederas de lo que sólo es dejando de ser. Se pensó que se trataba de una revelación, que un golpe de dados podía cambiar la historia, y ahora sabemos que se trata de una tarea de la que ya somos parte y que no terminará nunca» (Del Barco: 2011, 277).

El otro efecto, según dijimos, reconocible en esta lectura «sudamericana» de la «crisis del marxismo», era el reencuentro con el problema de la nación: se trataba de una «mancha

---

<sup>270</sup> En este libro Del Barco enfrenta directamente a Lenin con Marx a partir de la relación entre clase y Partido, contrastando a *La ideología alemana* (Marx) con *¿Qué hacer?* (Lenin): «[...] para Marx «la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista», nace de la clase «expulsada de la sociedad», de la clase «condenada», de la clase a la que la sociedad no «reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases»; mientras que Lenin, en una célebre frase del *¿Qué hacer?* a la que se consideró la *verdad misma*, sostuvo todo lo contrario, a saber, que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario (Del Barco, 1980a: 149-150).

<sup>271</sup> En los años noventa, bajo nuevos contextos, el cruce entre marxismo y deconstrucción se daría bajo la figura de los «espectros de Marx». También allí Derrida (1998) trabajaría sobre la tensión entre un Marx ligado con el logos europeo y un Marx «múltiple» que ese mismo logos no había sabido «sepultar» -y entonces retornaba como «espectro» en la hora del triunfo neoliberal tras la Caída del Muro de Berlín.

temática» que recubrió la producción de estos intelectuales socialistas en el exilio, cuya reaparición se produjo bajo la hipótesis que aseguraba que existían evidentes insuficiencias dentro del categorial marxista para ofrecer una reflexión teórica y políticamente original de la cuestión nacional en el contexto suramericano -insuficiencias, entonces, que debían ser explicadas para comprender la historia de desencuentros entre el marxismo y América Latina.

Esta hipótesis, que como vimos más arriba constituía el núcleo argumentativo de Aricó (1981 y 1982 [1980]), es retomada por Oscar Terán en sus escritos sobre Aníbal Ponce en el exilio (tanto en el artículo publicado en el primer número de *Controversia* (Terán, 1979a), como en el Cuaderno de Pasado y Presente titulado *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?* (Terán, 1983a).<sup>272</sup> En ambas intervenciones, Terán interpretaba que sólo a partir de su exilio mexicano Ponce había conseguido mirar la historia de las clases populares argentinas desde una perspectiva alternativa a la formulada desde el Estado argentino por la «Generación del ochenta», en un argumento que intentaba mostrar cómo el refinado archivo teórico de Ponce no había logrado sin embargo sustraerse y por ende poner en entredicho el modo en que los intelectuales orgánicos de la burguesía argentina habían pensado la nación. De este modo, si a fines de los años veinte y aún en Argentina Ponce seguía considerando al gaucho como un atavismo que el desarrollo de las «fuerzas productivas» volvía cada vez más patente, recién al final de su vida en México, en cambio, estuvo en condiciones de identificarse en tanto expatriado con la figura de *Juan Moreira*, entendido como «símbolo del gaucho perseguido de una civilización que lo desplaza» (Terán: 1979a, 28). Dado que Terán no ocultaba el carácter autorreferencial de su escrito sobre Ponce publicado en *Controversia* [«es difícil para muchos de nosotros no reencontrarnos con su figura en el triple análogo entrecruzamiento del origen nacional, la inscripción ideológica y la residencia alternativa (Terán: 1979a, 28)], su inclusión en el primer número de la revista funcionaba como una escena alusiva de la situación de su propio grupo intelectual, que en estos términos quedaba inscripta en la larga historia de los marxistas latinoamericanos para quienes la derrota y el exilio los colocaba en la dramática situación de tener que ajustar cuentas con su propia tradición política e intelectual.<sup>273</sup> En suma, en el revés de la trama de un Aníbal Ponce aún capturado por una

---

<sup>272</sup> Con la antología de textos de Ponce precedida por la nota de Terán se cierra la serie de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, que alcanza de este modo los 98 números.

<sup>273</sup> La necesidad de este «ajuste de cuentas» en el contexto de la derrota y de la más global «crisis del marxismo» es nuevamente mentada de modo alusivo por Terán en la cita de Ponce que usa como epígrafe para su nota: «Es terriblemente difícil para un intelectual renunciar a sus tesoros imaginarios; mucho más fácil le

racionalidad sistemática, totalizadora y evolucionista surgía así, en la lectura de Terán, ya no un «otro Marx», sino un «otro» Aníbal Ponce, el exiliado, que desde México estaba en condiciones de comprender la «verdad» de una nación que, como la Argentina litoral, había optado por mirarse en el espejo «transatlántico» antes que en el sudamericano.

Sin embargo, quien para esta franja intelectual problematizó a fondo el vínculo entre marxismo y cuestión nacional en América Latina -el verdadero «otro» de ese marxismo que Ponce expresaba en su etapa previa al exilio- es José Carlos Mariátegui, cuya figura concitó en estos años un amplio interés por parte de intelectuales de izquierda sudamericanos, como lo demuestra la lista de ponentes del Congreso de Sinaloa (1980) convocado para discutir su obra.<sup>274</sup> Más precisamente al interior de *Controversia* el autor *7 ensayos de interpretación peruana* halló en Aricó y Terán a intérpretes dispuestos a reconocerlo como el primer gran marxista latinoamericano, en virtud de haber legado una original lectura de la realidad peruana que, a contrapelo de las ortodoxias consagradas por la III Internacional, proporcionaba una traducción inédita entre marxismo y movimiento social que se tornaba singularmente significativa en la nueva hora de la «crisis del marxismo».

Que Aricó consideraba a Mariátegui como precursor del marxismo latinoamericano es algo que se advierte con facilidad en el título con que designa el *Cuaderno de Pasado y Presente* dedicado a su producción intelectual e intervenciones políticas: *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*.<sup>275</sup> Si ello es así es porque con su obra «el pensamiento de Marx pudo ser utilizado como un instrumento en lugar de ser impuesto como sistema», pero también porque Mariátegui consiguió redefinir el vínculo entre América y Europa, ya que si bien «Europa no era nuestro destino [...] sus lecciones por contraste podían iluminar nuestra «realidad extraviada» (Aricó: 1985, 154). Es esta transformación en la forma de concebir la

---

sería sacrificar con la vida los muy pocos tesoros reales que posee. ¡Pero sus ideas! Le parecería que al perderlas perdería también sus razones de existir. En su terquedad al defenderlas, no comprende que lo que protege contra su pecho no son ideas, sino palabras sin sustancia, cáscaras vacías». (Terán: 1979a, 28).

<sup>274</sup> En rigor, el interés por Mariátegui excedía al grupo de intelectuales socialistas de *Controversia*, como lo muestra el amplio abanico de participantes del Congreso de Sinaloa (1980) para discutir la obra de Mariátegui. Entre lo ponentes figuran José Aricó, Robert Paris, Antonio Melis, Carlos Franco, Oscar Terán, Alberto Flores Galindo, José Sazbón, Gerardo Goloboff, entre otros. Sobre la relevancia que asumió la obra de Mariátegui en los intelectuales sudamericanos de izquierda en el exilio, ver Diego Giller (2018).

<sup>275</sup> Se trata del *Cuaderno de Pasado y Presente* nro. 60, editado en 1978. El volumen reunía escritos heterogéneos, desde estudios críticos como los de Robert Paris hasta comentarios de sus contemporáneos (como los de Varcárcel y Glusberg). Algunos de estos escritos habían sido previamente publicados por la revista *Crisis*. Tres años más tarde, publicaría también en el número 92 de *Cuadernos de Pasado* la tesis de Robert Paris: *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*.

mediación entre lo nacional y lo universal lo que posibilitó que el marxismo se convirtiera en una tradición viva para Perú, toda vez que a través de sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* se volvía legible el carácter revolucionario de un sujeto impensado como tal en sede europea: el indio. De este modo, Mariátegui reunía a Marx y Atahualpa en lo que sería catalogado como «socialismo indigenista», un proyecto político por el cual el indio «deja de ser un problema aislado, cultural, educativo, religioso o jurídico, como lo había sido hasta entonces, o el sujeto de un movimiento nacional étnico, como pretendía la Tercera Internacional, para ser considerado campesino andino, y en tanto que tal, la fuerza social decisiva en la consecución del proyecto de construcción de la nación». (Aricó: 1985a, 156).

Esta interpretación de Mariátegui como el intelectual que al articular de modo original socialismo e indigenismo transfiguró la significación histórica de los términos articulados (de modo tal que ahora de la redención del indio dependía la redención de la humanidad y, viceversa, sólo a través de la lucha de clases podía esperarse el retorno del inca) permitía entonces ubicar a Mariátegui como un punto de quiebre en la historia del marxismo latinoamericano, pues en su obra resultaba reconocible el intento de apropiarse de una problemática hegemonizada hasta allí por el pensamiento burgués en Latinoamérica: la cuestión de la nación, entendida no como el problema de la constitución de los estados nacionales, sino como la querrela en torno a la identidad nacional. En efecto, en ello residía según Terán el principal aporte de Mariátegui, puesto que hasta el autor de *La escena contemporánea* no había existido «dentro de la izquierda del subcontinente una reflexión acerca de la nación que pudiera ni de lejos acercarse a la asiduidad con que la abordó la intelectualidad orgánica de las clases dominantes. De este modo se autorrealizaba la profecía: la nación era un tema burgués» (Terán: 1980a: 21).

Si en cambio Mariátegui, a diferencia de Ponce en Argentina, pudo «decir la nación», era porque con su obra -éste es el argumento central de *Discutir Mariátegui* (Terán: 1985)- el marxismo había hallado un punto de «traductibilidad nacional» capaz de dotar a la teoría de un cierto anclaje histórico y social, ya que «una ideología sólo deviene orgánicamente operativa cuando concentra una oportunidad de traductibilidad nacional, para lo cual necesita apoyarse en una fuerza social estratégica desde el punto de vista de la economía y recuperar, además, «núcleos de buen sentido» en la tradición cultural nacional» (Terán: 1985, 87).

\*\*\*

En estos términos, entonces, los intelectuales socialistas de *Controversia* se reencontraron con la cuestión nacional en el contexto de la «crisis del marxismo». ¿Qué diferenciaba a este «reencuentro» con el modo en que esta misma franja intelectual había pensado la cuestión nacional entre los años sesenta y principios de los setenta? Mientras, según vimos en el primer capítulo, en *Pasado y Presente* la búsqueda de la «traductibilidad nacional» resultaba indisociable de la teoría de la revolución argentina, esto es, del despliegue de la pregunta por las vías nacionales de transición al socialismo, entre fines de los años setenta y principios de los años ochenta la pregunta por la cuestión de la nación constituyó el punto de llegada de una reflexión sobre el divorcio entre el movimiento social y el marxismo. No era la revolución, sino la derrota, lo que en el exilio impulsaba a pensar la nación y a reconocer, como en el caso de Terán, lo aventajado que estaba el pensamiento burgués en este terreno respecto de un marxismo para el que, aún con el sofisticado categorial de Aníbal Ponce, la nación se había vuelto opaca y hasta ininteligible.<sup>276</sup>

Esta reflexión, además, dejaba entrever, a fines de los años setenta, que una de las razones de esa opacidad tenía que ver también con ciertos rasgos constitutivos de la cultura argentina, asunto explicitado en la contraposición trazada por Terán entre Ponce y Mariátegui. Sobre ello reflexionaba, de hecho, Ángel Rama (1980), en un artículo (publicado en el octavo número de *Controversia*) a priori ajeno al debate en torno a la «crisis del marxismo», pero que sin embargo iluminaba de manera mediada aspectos fundamentales del mismo: «Argentina: crisis de una cultura sistemática».<sup>277</sup>

En esta nota, Rama caracterizaba a la cultura argentina como la resultante de una nítida y en Latinoamérica nunca llevada tan a fondo «voluntad» de «sistema», esto es, una voluntad de organizar lo real en base a paradigmas letrados de índole teóricos y normativos, producidos a partir de una readaptación y reelaboración de modelos europeos y de un inocultable desprecio de la cultura oral y popular de las masas rurales nativas.<sup>278</sup> Esta «voluntad sistemática»

---

<sup>276</sup> Buena parte de la búsqueda intelectual de Terán en los años ochenta se orientaría a corroborar esta idea, como puede verse en un libro como *En busca de la ideología argentina*, cuya preocupación central es develar la episteme que organizó los discursos burgueses -y algunos socialistas, como Ingenieros- sobre la nación.

<sup>277</sup> Este artículo de Ángel Rama también fue publicado en noveno número (julio-noviembre 1980) de *Punto de vista*, lo que resulta indicativo del interés que suscitó dentro de esta franja intelectual, a la vez que ofrece indicios de los vasos comunicantes entre *Controversia* y *Punto de Vista*.

<sup>278</sup> Esta idea será retomada tanto de *La ciudad letrada* (Rama: [1984] 1998) como de *Transculturación narrativa en América Latina* (Rama: [1982] 2007).

constituía para Rama un rasgo distintivo del proyecto cultural de las élites argentinas que el intelectual uruguayo detectaba ya en la generación romántica pero que se extendía, a pesar de las diversas crisis políticas y sociales argentinas, a lo largo del siglo XX, para alcanzar incluso, ya más cerca del tiempo presente, la obra del mismísimo Rodolfo Walsh.

De este modo, el artículo de Rama permitía sacar conclusiones significativas respecto del modo en que en *Controversia* se estaba elaborando en clave latinoamericana el debate en torno a la «crisis del marxismo». En efecto, su hipótesis no sólo volvía comprensible por qué el pensamiento de Aníbal Ponce no había conseguido escapar al «evolucionismo sistemático» de las elites intelectuales burguesas, sino también por qué para comprender el divorcio entre marxismo y movimiento social en América Latina se tornaba necesario descentrar una cultura que, como la argentina, había pensado a América desde esta predilección por la organización formal y sistemática de la realidad social. Dicho de otro modo, si el «marxismo en crisis» era el marxismo «sistémico, totalizador y evolucionista», su desconstrucción suponía necesariamente descentrar a una cultura que, en los términos de Rama, había hecho de esos atributos las coordenadas bajo las cuales debía organizarse la nación.

De aquí que podamos decir entonces que el cuestionamiento del estatuto de la teoría (marxista), corolario del específico modo de intervención de este grupo intelectual al interior del debate más global en torno a la «crisis del marxismo», suponía una apertura hacia América Latina (como espacio en que se verificaba los límites del marxismo en crisis pero también como locus de la posible reinención de la tradición) y, a la vez, cierto descentramiento de la cultura argentina como mediadora de lo universal y particular.

¿Hasta qué punto sin embargo una revista como *Controversia*, que se proponía según su subtítulo realizar un necesario «examen de la realidad argentina», estaba en condiciones de sustraerse de uno de los rasgos distintivos según Rama de esa cultura política que se pretendía examinar? En más de un sentido, *Controversia* se movió en esta zona de tensión definida entre la idea de que la teoría (y la crítica) es el objeto de la práctica intelectual y la constatación de que la producción teórica en clave «teoricista» estaba agotada, motivo por el cual resultaba necesario pensar nuevas modalidades de articulación entre movimiento social y concepto.

**De los setenta a los ochenta a través de la «crisis del marxismo»**

Como vimos en este capítulo, la cuestión democrática mediatizó los términos en que se elaboró en el exilio el debate en torno a la «crisis del marxismo». En efecto, el problema de la democracia tornaba necesario renovar los lenguajes de la izquierda intelectual (como pedía Brunner para el caso chileno); someter a crítica al socialismo «realmente existente»; atender el intento del «eurocomunismo» de reunir socialismo y democracia; y repensar el problema nacional a lo largo de la historia latinoamericana en la hora de la derrota del proyecto revolucionario.

Estas variadas intervenciones contaban con un presupuesto común: la crítica a las modalidades sistémicas, totalizadoras y evolucionistas de la teoría marxista, junto con el rechazo del «teoricismo» entendido como proceso por el cual la teoría se había autonomizado del movimiento social. Con todo, estas intervenciones se ubicaban en una zona liminar, donde a veces la crítica a la propia tradición parecía conducir a su abandono y otras, en cambio, parecían convocar a su reinención en clave sudamericana.

En esta zona liminar, empero, volvía a cobrar relevancia la cuestión nacional, ya no ligada, como en los sesenta y primeros setenta, con el hallazgo de un sujeto revolucionario sino como parte de la reconstrucción de la historia del desencuentro entre clases trabajadoras y marxismo. ¿Estaba la idea democrática entonces llamada a reunir lo hasta allí desencontrado? Si la idea no debía autonomizarse del movimiento social, la cuestión a debatir entonces no podía ser sino la «democracia popular». ¿Cómo hacerlo en el contexto represivo del Cono Sur? ¿Cómo encontrar, en el momento mismo de la «derrota», ese «punto de traductibilidad» entre teoría y movimiento social? ¿Qué pueblo o pueblos sería el sujeto de esa «democracia popular»? ¿Y en qué consistiría esa democracia? Si a inicios de los años setenta Montoneros ofició como la apuesta disponible para hallar un «punto de traductibilidad» entre la idea y el movimiento social: ¿cómo considerar al peronismo ahora que la pregunta ya no podía apuntar a su «potencialidad revolucionaria», sino a su vínculo con la democracia? Las polémicas que surgieron alrededor de estas preguntas en *Controversia* son las que tratamos en el siguiente capítulo de esta investigación.

## CAPÍTULO 8. ¿ES DEMOCRÁTICO EL PERONISMO? LAS POLÉMICAS EN TORNO A LA DEMOCRACIA POPULAR

En mayo de 1980, Sergio Caletti afirmaba en las páginas de *Controversia* que más allá de la derrota implacable que había sufrido el peronismo revolucionario, y de los intentos por borrar del mapa al peronismo -o de volverlo «racional» y, por esa vía, «domesticable»- por parte de la dictadura militar, este movimiento de masas seguía vigente, para la clase obrera argentina, como el terreno y el horizonte de cualquier transformación política popular en nuestro país. Probablemente la primera huelga contra la dictadura convocada por la Comisión de los 25 Gremios Peronistas en abril de 1979, o el duro documento impulsado por el sector de Deolindo Bittel en septiembre de ese mismo año contra el régimen militar, le permitían a Caletti creer que:

«[...] cualquier batalla actual o futura por la construcción de un auténtico poder político y económico de las mayorías en la Argentina [...] debe plantearse, desarrollarse y realizarse *desde* los espacios concretos en los que viven la experiencia, la cultura y la identidad políticas del movimiento popular, es decir, y hasta nuevo aviso, una identidad, una cultura y una experiencia centralmente peronistas» (Caletti: 1980a, 8. Subrayado en el original).

La contundencia con que estaba planteada esta idea podría hacerle creer al lector que nada había sustancialmente cambiado en el modo en que el grupo de intelectuales peronistas de la revista conceptualizaba la política argentina: a pesar de la crisis, la espiral de violencia y el final calamitoso de la última experiencia de peronismo en el gobierno (1973-1976), la identidad peronista de las masas se mantenía intacta y dispuesta a retomar una larga historia de luchas. Sin embargo, una lectura incluso superficial del artículo en que se encontraba inscripta esta afirmación, «Para entendernos mejor», mostraba otra cosa: allí Caletti enrostraba al «peronismo revolucionario» el error de haber inferido el carácter «objetivamente revolucionario» del movimiento nacional y popular a partir de algunas de sus manifestaciones «subjetiva o ideológicamente revolucionarias» (en espejo invertido a la izquierda clasista, que descreía del carácter «objetivamente revolucionario» del peronismo a partir de su ideología «burguesa» o «reformista»), reivindicaba a la dirigencia sindical pues aun con sus componentes burocráticos se hallaba mejor inscripta en esta experiencia obrera y, como veremos, recuperaba al movimientismo como forma de organización popular acorde con una política («actual o futura») de transformaciones en beneficio de las «mayorías». Ni la

crítica en estos términos del peronismo revolucionario, menos aún la reivindicación de la dirigencia sindical y tampoco la recuperación del «movimientismo» como *forma organizativa* -antes que como *sustancia misma del movimiento popular*- hubieran resultado obvias para aquellos que, como el propio Caletti, «en otras épocas militamos en agrupaciones del ala izquierda del peronismo» (Caletti: 1980a, 8).

Pero en *Controversia* no resultaba evidente la idea de que el peronismo constituía la experiencia de masas que definía el horizonte de cualquier política de transformaciones populares en Argentina. De hecho, esta idea ya no era aceptada por los intelectuales socialistas de *Controversia* que la habían hecho suya un lustro atrás, cuando en las páginas de *Pasado y Presente*, según vimos, concibieron la hipótesis de que ese movimiento nacional y popular «impuro» podía devenir revolucionario.

En este capítulo analizamos las polémicas planteadas alrededor del peronismo en *Controversia*, bajo la hipótesis de que dicho debate se organizó a partir de la pregunta por sus potencialidades o imposibilidades «democráticas». En este sentido, el peronismo introdujo en la superficie textual de la revista una fisura respecto al papel «aglutinante» que cumplía la idea democrática en el primer editorial de la revista, es decir, esa función que permitía delimitar un «nosotros» que pretendía diferenciarse de aquellos componentes «autoritarios» y «dogmáticos» del campo revolucionario de los años setenta. En efecto, ese «nosotros» se resquebrajó cuando el problema a pensar ya no era la agonía del proyecto revolucionario sino el futuro político en un eventual día después de la dictadura. Analizar esta fractura al momento de discutir qué podía significar una «democracia popular» es el asunto de este capítulo. En la hipótesis que desarrollamos aquí, el peronismo resultó el eje de esta polémica, pues lo que se debatió en *Controversia* era si el peronismo constituía la avenida que conducía a una democratización real y profunda de la sociedad argentina o si, por el contrario, era parte del problema de la consolidación democrática en Argentina.

Para dar cuenta de este debate, que supuso importantes transformaciones en el modo de pensar al peronismo, reconstruimos dos desplazamientos conceptuales que incidieron en la nueva categorización del problema: (a) la resignificación de la categoría gramsciana de «hegemonía», que mediatiza el pasaje de la «democracia obrera» pensada por el grupo *Pasado y Presente* al «socialismo democrático»; (b) los cambios en el modo de indagar al

fenómeno peronista, que ya no es interrogado por sus características «revolucionarias», como lo hacía *Pasado y Presente* a principios de los setenta, sino en base a sus «potencialidades (o imposibilidades) democráticas».

En la primera parte del capítulo analizamos cómo, a través de una reinterpretación de la categoría de «hegemonía», se operó durante el exilio el pasaje de la «democracia obrera» al «socialismo democrático» en la franja de intelectuales socialistas. Para ello indagamos cómo Aricó y Portantiero reelaboraron críticamente para el contexto sudamericano los debates europeos (sobre todo, aquellos que tuvieron lugar en Italia) sobre la obra de Gramsci. Esta genealogía nos permitirá ubicar las raíces políticas y conceptuales de la tesis de las «dos hegemonías», una «democrática» o genuinamente «nacional-popular» y otra «autoritaria» o «nacional estatal» que resultaría determinantemente operativa en la impugnación de los movimientos populistas en *Controversia*, especialmente de parte de Portantiero y De Ípola. En segundo lugar, analizamos la polémica en torno a la definición de una «democracia popular», que desemboca en el último número de *Controversia* -pero se inicia ya en el primero. Argumentamos que la retraducción en clave «societalista» del concepto de «hegemonía» (que se manifiesta nítidamente en *Controversia* pero está anticipada en *Los usos de Gramsci* (Portantiero: 1977)) y en *Nueve Lecciones sobre economía y política en el marxismo* (Aricó: 2011) sostiene conceptualmente la crítica al peronismo por sus componentes «autoritarios», idea que es confrontada por la franja peronista, que entendía que una vez constatado mediante el trabajo autocrítico el agotamiento histórico de la «izquierda revolucionaria», estaban dadas las condiciones para que el pueblo produzca en clave movimientista sus propias formas y contenidos políticos, para así desbordar, sin direcciones «alternativistas» o «vanguardistas», y desde el interior mismo de la democracia representativa, los contornos por ella delimitados para la democratización real de la sociedad. Hacia el final, evaluamos el impacto de esta polémica hacia atrás y hacia adelante, es decir, como eje de una reinterpretación de los años setenta argentinos y como huella significativa de la renovación de la cultura de izquierdas en Argentina en los años ochenta.

### **La hegemonía como constitución de una clase dirigente en la fábrica**

Hemos visto, en el capítulo 1, cómo la categoría gramsciana de «hegemonía» incidía en la definición de los componentes «democráticos» de la «larga marcha al socialismo en

Argentina». Esos componentes amortiguaron los efectos políticos de lo que sin embargo no se podía aún excluir «a priori»: la intervención en la historia de una vanguardia en sentido fuerte, dispuesta a efectuar el pasaje de la cantidad a la cualidad antes de que el sistema de dominación absorba o coarte por la fuerza los múltiples cuestionamientos producidos por el movimiento social. La categoría de «hegemonía» habilitaba al grupo *Pasado y Presente* a plantear una relación no mecanicista, sino mediada, entre el proceso revolucionario y la transición al socialismo, pero también entre la clase y el sujeto revolucionario.

Ello puede apreciarse también en el modo en que la categoría de «hegemonía» connotaba la idea misma de la «democracia obrera» en la segunda etapa de *Pasado y Presente*. Tal era el sentido de la recuperación del momento «consejista» del pensamiento gramsciano que efectuaba Aricó (1973) en «Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci», un artículo dedicado a presentar un conjunto de escritos del marxista italiano publicados en *L' Ordine Nuovo* durante el «bienio rojo» de 1919-1920 (excepto «Espontaneidad y dirección consciente», incluido en los *Cuadernos de la cárcel*). En la lectura de Aricó, Gramsci había oficiado de traductor europeo de la Revolución de Octubre, cuya teoría y práctica había sido a su vez esbozada por Lenin en base a las lecciones que Marx y Engels habían extraído de la Comuna de París:

«Antonio Gramsci es, sin duda, en el ámbito del movimiento obrero europeo, el «traductor» más original y profundo de la experiencia soviética [...]. Para Gramsci la importancia histórico universal de la Revolución de Octubre, y por lo tanto del leninismo, reside en haber recuperado y realizado prácticamente las conclusiones teóricas que Marx y Engels extrajeron de la Comuna de París y que el socialismo reformista había sepultado, o sea la tesis de que *la clase obrera no puede simplemente apoderarse de la máquina estatal y hacerla funcionar en su propio beneficio*. (Aricó: 1977, 99)

En esta larga saga de «traductores» (Gramsci, de la Revolución bolchevique en Occidente; Lenin, en las condiciones específicas de la Rusia zarista, de las tesis de Marx y Engels sobre la Comuna de París), a *Pasado y Presente* le tocaba específicamente traducir<sup>279</sup> cómo se constituye un sujeto revolucionario en un contexto de crisis hegemónica, como aquel que se postulaba que existía en la Argentina de 1973. En estos términos, la categoría de hegemonía permitía desplegar un hilo conductor -el socialismo- que enlazaba la Comuna de París con la Argentina camporista, bajo una problemática común que no se definía estrictamente

---

<sup>279</sup> Para pensar el modo en que Aricó, y en cierta manera también el grupo *Pasado y Presente*, comprendió la práctica intelectual en relación con la edición y la traducción, ver el notable trabajo de Cortés (2015).

alrededor del conflicto entre la propiedad de los medios de producción y la organización de las relaciones sociales, sino más bien en torno a las relaciones de fuerza sociales aglutinadas políticamente alrededor de ese conflicto.

Ahora bien, la organización de esa fuerza social con base obrera debía darse a contrapelo de la concepción «jacobina» de la toma del poder, si es que se deseaba eludir un devenir autoritario para el proceso revolucionario. En estos términos rescataba justamente Aricó el momento «consejista» del pensamiento gramsciano: como el momento en que Gramsci, con la teoría del «estado de los consejos», esbozaba los contornos de una institución autónomamente construida por los trabajadores en el terreno mismo donde se ejercía la dominación social burguesa (la fábrica), que si por un lado trascendía el parlamentarismo de la socialdemocracia (que sólo podía concebir la autonomía obrera radicalizando las instituciones de la democracia liberal burguesa), por otro evitaba el devenir trágico de la experiencia soviética, allí cuando, según Aricó, se quebró el «frágil equilibrio instituido en 1917 entre las organizaciones del partido y del estado y los soviets» en detrimento de estos últimos, iniciándose así un proceso por el cual «el sujeto del poder dejó de ser la clase obrera y su lugar fue ocupado por un nuevo estrato dirigente, detentador a la vez del control del aparato del partido y del estado» (Aricó: 1973, 97). Por estos motivos la relevancia del pensamiento gramsciano para una teoría de la revolución argentina era para Aricó indudable:

«Un elemento constante de su pensamiento, desde *L'Ordine Nuovo* a *Cuadernos de la Cárcel*, es su hipótesis (de aliento luxemburguiano) del carácter no jacobino sino de masas, no tanto político como «social», del proceso revolucionario, el cual nace en los lugares de trabajo y se nutre ininterrumpidamente de los fermentos espontáneos de lucha que las condiciones contradictorias en que se desenvuelve la producción del capital tienden ineludiblemente a suscitar. Es esta concepción la que impide compartir posiciones ideológicas que caracterizaron a los partidos comunistas desde la muerte de Lenin» (Aricó: 1973, 107).

De esta manera, lo que Aricó rescataba del pensamiento político de Gramsci era el carácter «social», «societalista» diremos aquí, del proceso revolucionario, una dimensión que también aparecía en la idea de la revolución como una «larga marcha». En 1973, «societalista» significaba la identificación de la autonomía de un sujeto, en este caso la clase, con los cuestionamientos desplegados *a distancia* de cualquier instancia que apareciera como exterior a la producción social -una vanguardia jacobina o el Partido devenido estado. Como la fábrica era considerada aquí como el lugar eminente de la producción social, entonces la

auténtica «democracia obrera» no podía ser otra que la forjada por los trabajadores a través no sólo del control de los medios de producción sino también de las instituciones políticas creadas en el terreno mismo en que el capitalismo consumaba el despojo de su condición de productores.<sup>280</sup> La hegemonía, entonces, expresaba ese proceso de constitución de una nueva clase dirigente surgida en el espacio de poder de la dominación capitalista, y el «estado de los consejos» la institución que constituía el punto de partida para la creación de una nueva sociedad.

Ahora bien, hacia finales de los años setenta se transformaron rotundamente las condiciones históricas de lectura del pensamiento político de Gramsci. En este nuevo contexto, signado por la derrota del proyecto revolucionario en el Cono Sur, los debates en torno a la «crisis del marxismo» y el surgimiento del «eurocomunismo», este grupo intelectual intentó ubicar la pregunta por la política más allá del binomio (existente en Europa desde al menos los años veinte) entre socialismo revolucionario y socialismo reformista, para indagar qué podía significar en el contexto del exilio la «reforma intelectual y moral» auspiciada por el marxista italiano. Gramsci se constituyó así en la referencia más importante -aunque desde luego no la única- para explicar en términos teóricos y políticos la derrota del proyecto guerrillero en la Argentina (como vimos en el capítulo 2) y el fracaso de los socialismos «realmente existentes», cuyas causas heterogéneas remitían, según este grupo intelectual, a una misma matriz deficitaria: la ausencia, dentro de la tradición marxista, de una teoría política en condiciones de dar cuenta del problema de la democracia (a secas, ya no de la «democracia obrera») y del problema del Estado. La obra de Gramsci, especialmente los cuadernos escritos en la cárcel fascista, fueron leídos como fragmentos que proporcionaban las premisas iniciales de una teoría política que era necesario elaborar dentro de la tradición marxista. Veamos, a continuación, de qué modo los debates italianos en torno a la obra de Gramsci impactaron en la relectura de su obra que esta franja socialista produjo en el exilio.

### **Los debates italianos: ¿Hegemonía pluralista o dictadura del proletariado en las condiciones de Occidente?**

---

<sup>280</sup> En 1973, este razonamiento estaba alentado por las expectativas que este grupo depositaba en torno a la experiencia de una nueva clase obrera fabril, expectativa que como vimos en el primer capítulo ya aparecía en la primera etapa de la revista y que se profundizó, en la saga del Cordobazo, en la segunda etapa de *Pasado y Presente* -más allá de las discusiones abiertas en la revista con el «sindicalismo clasista».

El diagnóstico que conectaba la «crisis del marxismo» con la ausencia de una teoría política dentro de esta tradición dialogaba con distintos escenarios de debates políticos e intelectuales, en varios de los cuales Gramsci cobró notable gravitación.<sup>281</sup> Pero entre esos escenarios el caso italiano constituyó la principal referencia de la franja de intelectuales socialistas que formaron parte de *Controversia*. En realidad, el interés de este grupo por las discusiones y los posicionamientos del Partido Comunista Italiano (PCI), como vimos en el capítulo 1, databa de la primera época de la revista *Pasado y Presente*. Pero en el exilio este interés se reactivó en tanto se percibía al PCI como el único Partido Comunista europeo que había profundizado una estrategia de diferenciación (iniciada bajo la dirección de Palmiro Togliatti a partir del XX Congreso de PCUS) respecto al Partido Comunista Unión Soviética (PCUS), lo que lo había conducido a explorar una vía específicamente nacional de transición al socialismo en Occidente que incorporaba la reivindicación de la democracia y la necesidad de repensar el tipo de vínculo que el PCI debía mantener con el sistema de partidos y el Estado. Hacia los años setenta, bajo la dirección de Berlinguer, esta línea se resignificó por medio de una estrategia que pretendía ampliar las bases sociales del Partido, y que se tradujo en una política de alianzas que en Italia dio lugar al «compromiso histórico» (un acuerdo entre el PCI y, fundamentalmente, la Democracia Cristiana)<sup>282</sup> y, en el plano europeo, intentó generar

---

<sup>281</sup> Durante los años setenta y principios de los ochenta creció el interés por la obra de Gramsci en Europa. Este interés permeó el ámbito académico de la nueva izquierda inglesa, a través de la reapropiación crítica de su obra en el incipiente campo de los estudios culturales (Hall: 2017 [1983]), en el rechazo teórico a variantes consideradas estructuralistas de estudios históricos (Thompson: 1981) o la justificación crítica de la sociología de la cultura (Williams: 1988 [1977]). En los debates políticos, su presencia es reconocible en los trabajos de Laclau (1977) y Laclau/Mouffe (2014 [1985]) sobre populismo o en la atención que le dedicaron críticos como Perry Anderson (1977), quien se encargó de escribir un largo ensayo destinado a descifrar las «antinomias» del pensamiento político de Gramsci. En el ámbito de la nueva izquierda francesa, Gramsci consiguió sortear algunos «obstáculos epistemológicos» que lo asociaban con concepciones historicistas en los años setenta, cuando se tradujeron en edición crítica los *Cuadernos de la cárcel*; así, Buci Glucksmann (1978a), una teórica destacada del eurocomunismo francés, le dedicó un libro en el que aparecía como el principal inspirador de una nueva estrategia comunista, que debía resultar receptivo de las demandas y sujetos políticos emergentes en el contexto del Mayo Francés.

<sup>282</sup> El «compromiso histórico» fue una propuesta de entendimiento y apoyos políticos mutuos lanzada por el PCI a la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Socialista Italiano (PSI). Fue anunciada por Enrico Berlinguer en las páginas de *Rinascita* hacia fines de 1973, en una serie de tres artículos englobados bajo el título de «Reflexiones sobre Italia después de los sucesos de Chile». El argumento utilizado por Berlinguer para justificar este llamado sostenía que el golpe de Estado en Chile arrojaba como lección histórica que no alcanzaba con un triunfo electoral para producir hegemonía, sino que era necesario ampliar sustancialmente las bases sociales de sustentación del comunismo en Italia. El entendimiento propuesto por Berlinguer tuvo mejor recepción en la DC que en la dirigencia del PSI, que recelaba de este acuerdo entre las «dos iglesias» italianas, según palabras del senador socialista Pietro Nenni. Así, entre 1973 y 1979 el PCI apoyó a los gobiernos de la DC, y obtuvo una notable performance en las elecciones legislativas de 1976 -consiguió constituirse como la segunda fuerza política. Con el asesinato de Aldo Moro en 1979, la consolidación de Andreotti en la dirección política de la DC, el ascenso de Bettino Craxi en el PSI y finalmente la muerte de Berlinguer en 1984, la crisis del PCI fue en aumento (más allá de su buena elección legislativa en 1984) hasta su disgregación en 1991. Respecto al

espacios de confluencia política entre el PCI, el Partido Comunista Francés y el Partido Comunista español, en lo que se conoció como el «eurocomunismo»<sup>283</sup>

Esta política de alianzas del PCI se legitimaba apelando a Gramsci, el fundador del Partido, cuya obra era interpretada como la de quien a partir de premisas «leninistas» había sin embargo desarrollado desde la cárcel fascista una reflexión sobre las modalidades específicas de la transición al socialismo en Occidente, donde la dominación política se ejercía mediante una compleja red de mediaciones superestructurales que configuraban sus bases consensuales. Sin embargo, esta relectura del legado de Gramsci que realizaban en los años sesenta y setenta los comunistas italianos era polémica, especialmente porque era utilizada como parte fundamental de una estrategia de diferenciación con el modelo soviético e incluso con el «marxismo leninismo», a partir de la idea de que la lucha por la «hegemonía» constituía una alternativa política destinada a reemplazar a la «dictadura del proletariado» como forma de transición al socialismo. Y también porque suponía el reconocimiento de que la democracia representativa constituía el terreno eminente (aunque no el único) de la disputa hegemónica, a la vez que ponía en suspenso a la extinción del estado como horizonte último de la política socialista, en tanto la «guerra de posiciones» suponía un proceso sino interminable, de larga duración. No resultó extraño, entonces, que en este contexto las preguntas sobre el legado de Gramsci se multiplicaran: ¿era posible filiar a Gramsci, fundador del PCI, con la estrategia del Partido en los años sesenta y setenta? ¿habilitaba su obra una transición al socialismo por la vía de la democracia representativa? ¿ofrecía la categoría de hegemonía (tal como aparecía en la obra gramsciana) pistas en este sentido o más bien indicios en contrario? ¿era compatible la idea de hegemonía con la pluralidad de

---

«compromiso histórico», ha sido leída como el modo en que el PCI intentó retomar la iniciativa política en un contexto en que se encontraba interpelado por izquierda por el movimiento de masas surgido en el «otoño caliente» de 1969, que halló entre otras referencias al grupo *Il Manifesto* (dirigido por Rossana Rossanda y Lucio Magri, quienes fueron expulsados del PCI); y por la radicalización de grupos de derechas fervientemente anticomunistas, que asumieron formas armadas (como también lo harían sectores de la izquierda con las Brigadas Rojas), dentro de un contexto internacional signado por la Guerra Fría y la incidencia decisiva de la OTAN en la política interna de los países europeos.

<sup>283</sup> De hecho, según Portantiero el «eurocomunismo» era para el PCI el resultado relativamente lógico de un largo proceso político, mientras que para el Partido Comunista Francés y Español eran o bien giros oportunistas o forzados por circunstancias políticas específicas: «Lo que en el PCI es el resultado de un largo proceso social y cultural -sobre el que han pesado la herencia teórica de Gramsci y la intuición de ese verdadero *animal político* que llegó a ser Togliatti-, en el Partido Comunista Francés de Marchais y Kanapa suena de manera distinta. Así, no resulta extraño (aunque sí paradójico) que la línea *democratizadora* se impulse ahí a golpes del más seco autoritarismo. Lo mismo podría decirse del caso español: los vertiginosos cambios propugnados por Carrillo, además de fundamentarse en fundamentaciones mucho más pragmáticas que teóricas, han provocado, y lo siguen haciendo, hondos sentimientos de desconfianza» (Portantiero: 1979d, 111).

partidos? Estas preguntas no sólo motivaron intervenciones de intelectuales ligados con el comunismo italiano u otros intelectuales europeos que querían inscribir al «eurocomunismo» en la línea histórica de su socio mayor, sino también las de los intelectuales cercanos al Partido Socialista Italiano (PSI), un partido que sólo en (ínfima) parte se había sumado al «compromiso histórico», y que, especialmente con la dirección de Bettino Craxi, encaró una disputa política e ideológica que pretendía erosionar la ascendencia del PCI en la cultura de izquierdas italianas, para reclamar como propia a toda la tradición socialista crítica de la tradición bolchevique, dentro de la cual incluían a Gramsci.

Es en este escenario donde cobró importancia una figura como la de Norberto Bobbio, ese «liberal de izquierda» (como solía definirse) con posiciones cercanas al Partido Socialista Italiano que sin embargo mantuvo canales de diálogo, aunque en términos siempre polémicos, con los intelectuales comunistas. En una serie de intervenciones que tuvieron lugar en el contexto del «compromiso histórico» y salieron publicadas en la editorial de *Mondoperario*,<sup>284</sup> Bobbio argumentó que no existía en la tradición marxista lo que los comunistas italianos aseguraban contar a partir de la obra de Gramsci: una teoría política a la altura de las máximas obras del pensamiento burgués, de Hobbes a Rousseau y de Constant a Tocqueville. En efecto, según Bobbio (1977a) el marxismo carecía de una reflexión profunda sobre el Estado y mucho menos sobre la democracia; si ello así ocurría, era principalmente por dos razones: porque el marxismo había privilegiado el problema de la conquista del poder, antes que el de la legitimidad del mismo, lo que explicaba que el Partido, y no el Estado, hubiera históricamente constituido su principal preocupación teórico-política; y porque el Estado, según el marxismo, era una institución que debía extinguirse, de modo tal que su ocupación no podía sino ser pensada como necesariamente transitoria, bajo la forma política clásica, según la teoría política, de la transición: la dictadura. Estas premisas sobre el Estado tornaban así, según Bobbio, completamente irrelevante cualquier intento de esbozar una teoría en torno a las «formas de gobierno» para una situación de «tránsito» y mucho menos una forma de gobierno democrática. Por estas razones, Bobbio concluía que:

«[...] los problemas fundamentales de toda teoría política han sido siempre dos: el problema que, para simplificar, llamaremos del «quien» gobierna (en base al cual ha permanecido a través de los siglos la tipología

---

<sup>284</sup> La primera de las intervenciones es de 1973 y se tituló «Democrazia socialista? (Bobbio:1973). En 1975, Bobbio intervino con dos artículos más: «¿Existe una doctrina marxista del Estado?» y «¿Qué socialismo? Ver (AA.VV: 1977, 27-47 y 247-267).

de las tres formas gobierno, de uno, de pocos, de muchos), y el problema del «cómo» (según el cual, a la clasificación meramente descriptiva de las formas de gobierno se ha superpuesto la prescripción de las buenas o malas). Y no hay duda sobre el hecho de que, de los dos problemas, el más importante ha sido siempre el segundo y no el primero. Ciertamente, Marx y Engels tenían sus razones para sostener lo contrario. Teniendo una concepción negativa de la política, opinaban que todas las formas de gobierno, en cuanto «políticas», [...] eran malas. Una vez definido el Estado como instrumento de dominación de la clase dominante, no hacían sino extraer la consecuencia lógica de sus premisas: en efecto, el criterio fundamental en base al cual la tradición precedente había distinguido las formas buenas de las malas era si los detentadores del poder gobernaban para el bien de todos o para el bien propio. Si todo gobierno está siempre orientado al interés de la clase dominante, en base al criterio tradicional de distinción, es siempre malo o, por lo menos, desaparece toda posibilidad de distinguir un gobierno bueno de uno que no lo es. Por esta razón, además, para Marx y Engels el problema del buen gobierno no se resolvía sustituyendo una forma «mala» por una forma «buena», sino con la eliminación de toda forma de gobierno 'político' (es decir, con la extinción del Estado y con el fin de la política)» (Bobbio: 1977a, 43-44).

El argumento de Bobbio suponía dos premisas polémicas: (a) que la cuestión del estado se circunscribía principalmente al problema de la forma de gobierno y (b) que la forma de gobierno (cómo se ejerce el poder) resultaba una cuestión políticamente fundante respecto al sujeto del poder (quienes mandan). El corolario que se desprendía de estas premisas era contundente: dado que no contaban con una teoría política (del Estado, de la democracia), los marxistas debían aceptar las reglas de juego de la tradición democrática-liberal, en cuyo marco según Bobbio sectores subalternos como la clase obrera habían podido luchar y conquistar el derecho a huelga o el voto. Por ello, si bien Bobbio no reprochaba la política del «compromiso histórico» del PCI en los años setenta, en la medida en que con ello se consolidaba su integración a un sistema político organizado en torno a la democracia representativa, rechazaba a la vez cualquier aval doctrinario a esa decisión, pues el marxismo carecía de una teoría de la democracia y del estado en condiciones de legitimar ese giro.

Sin embargo, estas conclusiones tan contundentes que Bobbio extraía respecto al marxismo no resultaban del todo armónicas (aunque tampoco contradictorias) con el estatuto que le había concedido a Gramsci en la historia del pensamiento político europeo, al ubicarlo como un original intérprete de Hegel, Marx y Lenin en un ensayo publicado en 1968 que llevaba por título «Gramsci y la concepción de la sociedad civil» -el ensayo cerraría luego su *Estudios de Historia de Filosofía. De Hobbes a Gramsci* (1985). La tesis que defendía Bobbio en este ensayo era sumamente polémica, más aún teniendo en cuenta que fue

presentada ante un auditorio comunista:<sup>285</sup> que el núcleo de la filosofía política de Gramsci residía en una original reinterpretación de la categoría de la «sociedad civil», concebida como el momento determinante de la política y la historia, pero no en el sentido marxista de una estructura económica (que configura las características superestructurales de la dominación), sino como el espacio en que se entabla la disputa por la hegemonía, entendida no sólo en «clave leninista» como dirección política de la alianza de clases subalternas, sino fundamentalmente como dirección cultural de la sociedad, esto es, como la arena en que ha de desplegarse la vasta tarea de la «reforma moral e intelectual», así identificada con la idea misma de transición al socialismo. De este modo, aunque dentro de un molde que seguía pensando la política más allá de Hegel (en tanto hacía suyo el desideratum marxista del fin del estado), la reconceptualización de la categoría de la sociedad civil, según Bobbio el verdadero núcleo del pensamiento gramsciano, era sin embargo de inspiración hegeliana. Para sustentar esta aseveración, Bobbio recordaba que en Hegel la sociedad civil no sólo incluía aquella dimensión retraducida como «estructura» por Marx (a saber, el «sistema de necesidades y la instancia de formación de las clases sociales»), sino también las formas «pre-políticas» (no estatales) de racionalización de los intereses «egoístas», esto es, la administración de la justicia, el poder de policía, el ordenamiento burocrático, la conformación de las organizaciones corporativas (entre otros), es decir, el espacio dinámico que Gramsci había traducido como las «trincheras» y «casamatas» que aseguran la reproducción de la dominación social con bases consensuales. De aquí que Bobbio distinguiera en Gramsci un esquema basado en una conceptualización «tripartita», donde la estructura social era asociada con el momento de la necesidad, el estado con el momento de la coacción y la sociedad civil con la mediación superestructural determinante en dirección a la economía y el estado, pues en ella se organizaban, en la propia disputa hegemónica, los equilibrios (pero también los desequilibrios) de un bloque histórico, esto es, las soldaduras contingentes entre estructura y superestructura social. En suma, según Bobbio:

---

<sup>285</sup> Se trata de un ensayo célebre publicado sobre la base de la conferencia dictada por el propio Bobbio en el *Instituto Gramsci* (ligado al PCI). Con él se inaugura en el campo intelectual lo que de algún modo Togliatti había anticipado en el campo político: Gramsci como teórico de la democracia, el consenso y la sociedad civil. Este ensayo es de suma importancia para comprender los «usos de Gramsci» que circularon entre los intelectuales socialistas de *Controversia*, quienes conocían este texto antes de la etapa del exilio, pues salió publicado en *Gramsci y las ciencias sociales* (1974), el decimonoveno volumen de *Cuadernos de Pasado y Presente*.

«La hegemonía es el momento en que se sueldan determinadas condiciones objetivas y el dominio de un determinado grupo dirigente: este momento de soldadura tiene lugar *en* la sociedad civil. Del mismo modo que sólo en Gramsci y no en Marx -como vimos anteriormente- se le reconoce a este momento de soldadura un espacio autónomo en el sistema, el de la sociedad civil precisamente, así también sólo en Gramsci y no en Lenin el momento de la hegemonía, gracias al hecho de que se ensancha hasta ocupar el espacio autónomo de la sociedad civil, adquiere una nueva dimensión y un más amplio contenido» (Bobbio: 1985, 361).

¿Resultaban entonces compatibles las conclusiones obtenidas por Bobbio en este ensayo sobre Gramsci publicado a fines de los años sesenta con la idea de que el marxismo carecía de una «teoría política» -tal como aseveraba en los setenta cada vez que discutía las bases doctrinarias de la estrategia política del PCI? Por un lado, en su lectura Gramsci aparecía como un teórico que había reinterpretado fragmentos decisivos de la política moderna dentro del horizonte marxista de la extinción del estado; por otro lado, esa retraducción tenía lugar en base a una interpretación no marxista, sino hegeliana, de la «sociedad civil». Como sea, el efecto de conjunto entre ambas intervenciones era indudablemente polémico: el marxismo no contaba con una teoría política de la democracia y el estado (comparable a las teorías políticas moderna) y la máxima referencia de los comunistas italianos para pensar estos problemas, Antonio Gramsci, no podía ser catalogado estrictamente como un marxista, pues (i) caracterizaba hegelianamente a la sociedad civil, a la que (ii) ubicaba en la esfera superestructural (iii) como un espacio autónomo donde se asume subjetiva e históricamente la objetividad del mundo social, cumpliendo así (iv) un papel determinante, en tanto arena de la producción de hegemonía, en la mediación entre estructura y superestructura.

No menos notorias eran las diferencias que Bobbio trazaba entre Gramsci y Lenin. En efecto, la ampliación del concepto de hegemonía, entendida como dirección cultural -y no sólo política- de la sociedad, le permitía a Gramsci concebir la transición al socialismo como una «reforma intelectual y moral» orientada a transformar enteramente las bases persuasivas de la dominación social. Ello implicaba según Bobbio una distinción al interior de la esfera superestructural, según la cual el momento del consenso quedaba positivamente valorado en contraste con el momento de la coacción, lo que explicaba a su juicio por qué las clases subalternas debían constituirse en «dirigentes» antes (pero a su vez deberían seguir siéndolo después) de la conquista del poder -a diferencia de Lenin, para quien las clases subalternas sólo podían hacerlo simultáneamente o incluso después del control del estado. De aquí que en Gramsci la vía al socialismo en Occidente no estuviera centrada en la «dictadura del

proletariado» o en la estrategia del «doble poder» sino más bien en la «reforma intelectual y moral», cuya profundización implicaba la extinción del estado no por la vía de su destrucción o «superación» sino a través de la «reabsorción» de la sociedad política en la sociedad civil.

De esta manera, estas ideas de Bobbio le imprimieron un tono polémico<sup>286</sup> y en buena medida ordenaron el debate intelectual italiano (además de que impactaron en España y en Francia) sobre el vínculo entre marxismo y teoría política, hegemonía y vía occidental al socialismo, socialismo y democracia y Gramsci y eurocomunismo. Es imposible aquí reconstruir exhaustivamente las réplicas a estas ideas,<sup>287</sup> pero sí mencionaremos algunas intervenciones que definieron distintas colocaciones políticas e intelectuales en este debate y cuyos aportes fueron recogidos por los intelectuales socialistas sudamericanos.

Por un lado, y con posiciones cercanas a las de PSI (de hecho fueron publicadas en *Mondoperaio*), Lucio Coletti y Massimo L. Salvadori impugnaron los «usos de Gramsci» del PCI bajo una hipótesis común: que el concepto de «hegemonía» constituía una «integración y un desarrollo» (Coletti: 1978) o un «enriquecimiento» (Salvadori: 1978) pero no un sustituto de la «dictadura del proletariado». En efecto, para ambos resultaba impensable la «hegemonía» sin «dictadura», aunque reconocían que el aporte de Gramsci había consistido en reconocer los momentos consensuales ínsitos en cualquier régimen de dominación. Ahora bien, en la medida en que la dictadura constituía la verdad última del concepto de hegemonía, se desprendía de ello que cualquier interpretación en clave «pluralista» de esta categoría resultaba forzada y obedecía más políticas coyunturales del PCI que a la letra y el sentido de la obra gramsciana.

---

<sup>286</sup> Desde un punto de hegeliano, el problema del argumento de Bobbio es que opera con la lógica del «entendimiento» y no de la «razón», esto es, traza distinciones -tripartitas, bipartitas- desestimando la unidad política de esas distinciones. Ni en Hegel, y probablemente tampoco en Gramsci, la realidad aparece asequible a las disecciones de este esquema conceptual, pues la identidad es la identidad de lo idéntico y lo no idéntico. Las diferenciaciones (sociedad civil, estado, etc.) son así momentos -conceptualmente distinguibles pero ontológicamente integrados- de una totalidad que se manifiesta en la historia.

<sup>287</sup> Fueron múltiples los artículos escritos alrededor de las intervenciones de Bobbio. Mencionamos algunas que se dieron en el ámbito italiano: Umberto Cerroni, «¿Existe una ciencia política marxista?», Roberto Guidicci, «La ciudad de los ciudadanos y la sociedad de los socialistas», Massimo Boffa, «Las duras réplicas de la historia», Valentino Garrataba, «Cuando la democracia es subversiva», Achille Occhetto, «Sobre el concepto de democracia mixta», Furio Díaz, «Teoría del Estado y voluntad política», Giuseppe Vacca, «Discurriendo sobre socialismo y democracia», Pietro Ingrao, «¿Democracia burguesa o estalinismo? No: Democracia de masas», Claudio Signorile, Giorgio Ruffolo, «La democracia que transforma el Estado», Giorgio Améndola, «La 'continuidad' del Estado y los límites históricos del antifascismo italiano». Ver AAVV (1977).

En cambio, según intelectuales y políticos comunistas como Pietro Ingrao, la tesis del PCI basada en la «hegemonía en el pluralismo» se inspiraba en una concepción que, como la de Gramsci, desbordaba la conceptualización leninista, en tanto había desarrollado una reflexión sobre las «nuevas formas institucionales de las que ha de saber dotarse el nuevo bloque histórico» (Ingrao: 1978, 145-146), las que permitirían dirimir la insoslayable conflictividad del proceso de transición al socialismo evitando el aplastamiento de las minorías sobre las mayorías, tal como el propio Gramsci expresaba en 1926 en carta a Togliatti al rechazar las sanciones a Trotsky y otros disidentes por parte del Comité Central del PCUS.<sup>288</sup> Para Umberto Cerroni (1977), la importancia de Gramsci consistía en cuestionar la división entre gobernantes y gobernados, para lo cual la teoría de la hegemonía ofrecía un punto de partida que permitía conceptualizar la transición al socialismo como una prolongada etapa de creciente socialización del poder, condición de posibilidad a su vez de la socialización de los medios de producción. Para Buci Glucksmann, teórica francesa que intervino activamente en estos debates, el concepto de hegemonía gramsciano de los *Cuadernos de la cárcel* sobrepasaba el horizonte leninista porque permitía delinear un nuevo tipo de estado, que la autora conceptualizaba como «estado ampliado», que «rearticula el centro (Estado) con las periferias (aparatos de hegemonía)» (1978a [1977], 101), para así ramificarse en las diversas instituciones asociativas y corporativas (como así también el régimen de acumulación del capital) que configura a la sociedad civil. Producto de la recomposición del orden burgués en el siglo XX, la existencia del «estado ampliado» obligaba a reemplazar a «dictadura del proletariado» como forma de transición al socialismo, para dar lugar a una «guerra de posiciones» que debía transformar «desde abajo hacia arriba» las relaciones de poder cristalizadas en esa particular forma de «revolución pasiva» que era el «estado ampliado», todo lo cual resultaba compatible según la autora con los postulados distintivos del «eurocomunismo», entre ellos, el relevo del modelo bolchevique de asalto al poder, el reconocimiento del estado como un territorio alcanzado por la conflictividad social (y, en consecuencia, como un espacio hacia y dentro del cual se extendía la guerra de posiciones) y

---

<sup>288</sup> En esa carta, si bien Gramsci señala a Trotsky, Zinóviev y Kámenev como los «máximos responsables» de la crisis política del Comité Central del Partido, le pide explícitamente a la mayoría del Comité que no busque «una victoria aplastante en esta lucha» y que demuestra que está dispuesta a «evitar las medidas excesivas» (Gramsci: [1926] 1977, 295). Togliatti reprocha a Gramsci justamente esta solicitud, que ponía en duda a su juicio la corrección de los puntos de vista del Comité Central. Los opositores fueron expulsados del Comité y Trotsky también lo fue del Partido en 1929.

la construcción de una voluntad nacional y popular a partir de la articulación entre formas directas y representativas de la democracia.

En suma, Gramsci fue ubicado en el vértice de las discusiones europeas que giraron sobre el vínculo entre el socialismo y la democracia. Y así fue leído como neohegeliano que había colocado a la sociedad civil como momento político determinante entre la estructura social y el estado (Bobbio); como quien había complejizado la categoría de la «dictadura del proletariado», especificando sus bases consensuales (Coletti, Salvadori); como teórico que se anticipó el concepto de «hegemonía en el pluralismo» en tanto ya en los años veinte se distanciaba del modelo soviético en el momento mismo en que éste se encaminaba hacia su destino trágico (Ingrao); como aquel que llevó a fondo la lógica de la democracia, al instalar como horizonte de la teoría política la supresión de la distinción entre gobernantes y gobernados antes que la conceptualización de modelos políticos según las reglas de transmisión de poder (Cerroni); o como teórico del «estado ampliado» y de las nuevas formas de disputas políticas surgidas de la reconfiguración de la relación entre estado y sociedad (Buci Glucksmann).

Los préstamos y las reformulaciones de las ideas que aparecieron en estos debates se produjeron en América Latina de manera contemporánea y fluida. Ello puede advertirse en la muy elaborada síntesis con que Aricó (1985) prologó el libro que reunía las intervenciones realizadas por distintos científicos sociales -mayoritariamente latinoamericanos- en el Seminario de Morelia (1980) organizado por la Universidad Autónoma de México. Como se aprecia en el título del Seminario («Hegemonía y alternativas políticas en América Latina»), el debate giró sobre la categoría gramsciana y, según reconocía el propio Aricó, las polémicas más acaloradas surgieron sobre el eje temático que también estaba en el centro de las discusiones europeas: si existía una continuidad o una ruptura entre el pensamiento gramsciano y la «matriz leninista». La respuesta de Aricó en este punto estaba muy a tono con las posturas del PCI:

«Sería absurdo no ver que detrás de Gramsci está Lenin, aunque no sólo él; en el mismo sentido, desconoceríamos la historia si tratáramos de comprenderlo sin apelar a las elaboraciones y a la experiencia de la Tercera Internacional. Pero cuando se insiste en tal irreductibilidad simplemente se quiere señalar que, aun siendo así, de todas maneras resultaría mutilador y falso encerrar a Gramsci en la matriz leninista. [...] Podría reflexionarse ampliamente sobre las consecuencias en la teoría y en la práctica social que esta forma sacra de

abordar los problemas acarrea. Nos gustaría insistir solamente sobre una en particular, por el peso asfixiante que aún tiene para abordar el problema de los procesos de transición. Si como hemos recordado, la reflexión gramsciana encierra metafóricamente un análisis de los mecanismos que condujeron al agotamiento de la capacidad hegemónica de las fuerzas rectoras del proceso soviético, estaríamos dispuestos a afirmar que de la lectura de los Cuadernos de la cárcel se deduce con mucha claridad que Gramsci evaluó en toda su importancia el error que significó considerar al proletariado y al campesinado rusos como sujetos preconstituidos de cuya alianza un partido que nunca cuestionó su condición de representante —ni siquiera cuando la fractura de su núcleo dirigente colocó al rojo vivo este tema— pretendió ser exclusivo y único garante. Y es ésta la razón por la que estamos firmemente convencidos de que frente a Gramsci es preciso realizar siempre una lectura que coloque en el lugar debido la relación insoslayable que sus reflexiones mantienen con la experiencia mutilada de implementación de un proyecto hegemónico revolucionario como fue el iniciado por la revolución de octubre. Es cierto que este principio hermenéutico vale para todo pensador y con más razón para un pensador político, pero en el caso de Gramsci es doblemente válido por las condiciones en que debió escribir, cercado como estaba por la prisión mussoliniana y la desconfianza e incompreensión de sus propios compañeros (Aricó: 1985b, 15).

En estos términos, Gramsci era pensado por Aricó como una prolongación del «Lenin político», pero una prolongación tan profunda que lo desbordaba, a tal punto que a través de su conceptualización de la hegemonía la tradición marxista pasaba a contar con un arsenal teórico en condiciones de evaluar críticamente la experiencia soviética (y al mismo tiempo explicar las bases consensuales de recomposición del orden burgués). Pero también (se puede inferir del pasaje que hemos citado), Gramsci habilitaba una reflexión sobre otras derrotas políticas, como las de las organizaciones políticas revolucionarias del Cono Sur en América Latina, a la vez que permitía esbozar una alternativa política «democrática» para las clases subalternas, en la medida en que la categoría de «hegemonía» invitaba a explorar nuevas formas de transición al socialismo.

Por estas razones conviene decir que las discusiones europeas fueron reelaboradas a partir de una nueva lectura de la situación política de la región. En *Controversia*, el ensayo de Corrado Vivanti (1980), «El camino histórico del concepto de hegemonía», ofrecía un buen indicio al respecto. En efecto, Vivanti señalaba que en la obra de Gramsci se verificaba un importante giro en la historia de este concepto, por el cual sus connotaciones leninistas -y también trotskistas-, condensada en la idea de «influencia» y «predominio» de una clase en relación con las otras subalternas -un predominio concomitante con el ejercicio de un poder dictatorial contra los vestigios de las clases dominantes- quedaban reabsorbidas y resignificadas dentro

de una teoría que globalmente venía a cuestionar la distinción entre gobernantes y gobernados que las teorías políticas precedentes legitimaban en base al uso represivo del aparato estatal:

«Tiene razón Zangheri al observar que el elemento en verdad nuevo del pensamiento de Gramsci está en la crítica a la política desnuda, en la «crítica del dominio sin hegemonía, del poder sin consenso, de la política como manipulación de las masas, como medio para mantener a las masas en una posición subalterna». Precisamente de la elephantiasis, de la omnipresencia de los aparatos estatales en la sociedad moderna debe nacer la crítica de la política: «la línea a seguir es la de la búsqueda de la libertad que no se reduzca a liberación social sino que derive de ella y sobre ella funde elementos seguros de autonomía y de autogobierno». En una visión dialéctica de la relación entre democracia y socialismo es posible afirmar que «en un estado que apele al consenso libremente obtenido está la condición para que mañana desaparezcan, en una sociedad socialmente renovada, las fuerzas y los instrumentos de la represión» (Vivanti: 1980, 24).

Este componente «consensual» y «anti estatalista» que permea la interpretación de Vivanti (que aunque resaltado desde las trincheras del comunismo italiano no resultaba del todo disonante con las críticas al estado de bienestar de fines de los setenta, sobre todo teniendo en cuenta el énfasis en la libertad y no sólo en la «liberación social» y en la identificación del Estado con un parásito), resultaba de interés para los intelectuales de la franja socialista de *Controversia*, quienes desplegaron en el exilio también una lectura anti autoritaria, con el eje en la categoría de hegemonía, de la historia sudamericana reciente pero también de más larga duración. De este modo, el debate italiano entre una «hegemonía pluralista» y compatible con la democracia, y una «hegemonía autoritaria» (que o bien «enriquecía» o complejizaba la «dictadura del proletariado» o bien, visto desde las clases dominantes, expresaba el núcleo de la «revolución pasiva») sería retraducida, en esta clave anti autoritaria de fines de los años setenta, a través de una nueva definición de los componentes del dilema: de un lado, la hegemonía «nacional y popular»; del otro, la hegemonía «nacional y estatal». Como veremos a continuación, esta retraducción ya estaba en marcha antes de que se publicara el primer número de *Controversia*.

### **Las dos hegemonías y el problema del «cesarismo»**

En términos afines a los intelectuales del PCI, Aricó y sobre todo Portantiero hicieron suya la idea de que la categoría de hegemonía constituía la pieza fundamental desde la cual resultaría posible esbozar una teoría política marxista de la democracia y el estado. Pero reconocieron,

en línea con los críticos de la interpretación «pluralista» de la «hegemonía», que existían construcciones «hegemónicas» compatibles con formas de dominación políticas entendidas como autoritarias. Teniendo en cuenta intervenciones previas a *Controversia*, estas ideas fueron tematizadas en *Los usos de Gramsci* (Portantiero: 1977) y en las *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo* (Aricó: 2011).<sup>289</sup>

En efecto, en el caso de Aricó la definición de la política como hegemonía constituía el prisma desde el cual se reinterpretaba la entera historia de la tradición marxista. En este sentido, el hilo conductor de *Nueve lecciones sobre economía y política* no es otro que el problema clásico del marxismo (no ortodoxo): cómo pensar la política y la sociedad desde un categorial atento a sus mediaciones antes que al trazado de una tajante distinción entre ambas «esferas». Desde la lectura de Marx centrada en la crítica de la economía política burguesa a la rehabilitación del concepto leninista (en polémica con el «dependentismo») de la «formación económico social», pasando por el análisis de la relación entre economía y política en el contexto de la II Internacional, la relevancia concedida a las objeciones planteadas por el «revisionismo» o las críticas al «catastrofismo» de los años veinte y treinta del siglo XX, las lecciones ofrecían variadas aristas para someter a crítica la «metáfora arquitectónica» de la estructura y la superestructura, que así era desechada como mediación conceptual adecuada para comprender los conflictivos puntos de juntura entre economía, política y sociedad.

Sin embargo, es con la aparición de Gramsci (hacia el final del libro) cuando Aricó parece estar en condiciones de presentar, justamente a través de la categoría de hegemonía, el aporte decisivo que provee la tradición marxista para pensar el nexo entre economía, sociedad y política; si ello es así, es porque esta categoría ofrecía una conceptualización política alternativa y superadora del modelo leninista, del socialdemócrata y también del foquista para desanudar un problema que, en el contexto de la «crisis del marxismo» y de la derrota del proyecto revolucionario en Argentina, se volvía acuciante pensar: cómo devolverle a las masas la posibilidad de ser protagonistas de un proyecto político transformador en condiciones de sortear la disociación -burguesa- entre política y sociedad.<sup>290</sup> En este punto, la

---

<sup>289</sup> El libro de Aricó no fue pensado como tal. Reúne en edición póstuma sus clases sobre marxismo dictadas en el Colegio de México en 1977.

<sup>290</sup> Aunque no se nombre a las guerrillas, resulta difícil disociar el énfasis que Aricó coloca en su análisis de Gramsci como el teórico que devuelve protagonismo político a las masas de las críticas que según vimos

hegemonía se poblaba de múltiples significados que Aricó entendía convergentes. En primer lugar, la hegemonía suponía el reconocimiento de la «autonomía de la política», entendida como instancia no derivada (cual epifenómeno) de otras series de lo real,<sup>291</sup> pero al mismo tiempo situada en una historia en tanto correlato del carácter conflictivo de la producción social del poder. En segundo lugar, la hegemonía recobraba sentido dentro de un giro estratégico en la política de masas -que se volvía relevante en el Cono Sur en el contexto de la derrota de las organizaciones revolucionarias- centrada en una prolongada «guerra de maniobras», esto es, una estrategia de disputa múltiple en la compleja trama de la sociedad civil organizada a través de las instituciones y la cultura con que el Estado había reconstruido en Occidente sus bases consensuales de dominación, relegando así (¿o relevando definitivamente?) al ataque frontal o la «guerra de maniobras» contra el Estado al terreno de la táctica y no de la estrategia política.<sup>292</sup> Por eso mismo la hegemonía era, en tercer lugar, la llave que abría las puertas a una conceptualización no instrumental del Estado, que ya no podía ser pensado como un mero aparato coercitivo sino como el vértice de un inestable «equilibrio entre instituciones coercitivas y consensuales» (al modo del «estado ampliado de Buci Glucksmann»).<sup>293</sup> Pero también por esta razón, en cuarto lugar, la hegemonía constituía una superación del «leninismo», en tanto su producción quedaba amalgamada con la forma misma de la transición al socialismo, y con el proceso por el cual las masas se transformarían en clases dirigentes antes de constituirse en clases dominantes, lo que implicaba sostener que la conquista del favor de las clases subalternas se volvía requisito de la conquista del estado.

<sup>294</sup> Por esta razón, en quinto lugar, la hegemonía también se identificaba con el contenido de

---

circularon en *Controversia* en torno a las organizaciones revolucionarias argentinas, especialmente aquella que hacía hincapié en la autonomización de las organizaciones respecto a sus bases sociales.

<sup>291</sup> «Al conferir a la política esta característica de autonomía Gramsci replantea la temática de la estructura y superestructura para dejarla a un lado, pues su concepción se aplica no sólo a la política referida a las luchas por la transición a sociedades socialistas, sino fundamentalmente a los procesos del socialismo y quizás más a este elemento que a ningún otro». (Aricó: 2011 [1977] , 261).

<sup>292</sup> «Con la distinción entre Oriente y Occidente, Gramsci comprendió que «en lugar de tomar el poder por asalto era necesario emprender una guerra de posiciones que permitiera ir tomando las trincheras con que el Estado y la sociedad burguesa se recubren para constituirse. Si hay una concepción más amplia del Estado, si no es ya el aparato del estado mayor de la burguesía, sino el conjunto de instituciones a través de las cuales se despliega la concepción del mundo que predomina y se convierte en hegemónica, era necesario batir este conjunto de instituciones que eran las casamatas a través de las cuales el Estado se defendía contra las irrupciones violentas» (Aricó: 2011 [1977] , 268).

<sup>293</sup> «Gramsci modificó el concepto del Estado al ofrecer una visión más amplia: para mí el Estado no es una máquina, un aparato, un instrumento, sino un sistema de dominación social que se ejerce a través del proceso de reproducción de la sociedad capitalista y del conjunto de instituciones a través de las cuales se generaliza la reproducción social (a nivel de lo económico, lo social, lo político y lo ideológico)» (Aricó: 2011 [1977] , 273).

<sup>294</sup> «Desde este punto de vista estratégico, el problema básico de la hegemonía no es entonces cómo llegan al poder los revolucionarios, aunque éste sea evidentemente un problema importante; se trata más bien, de cómo

la democracia obrera entendida como «autoorganización de las masas» (Aricó: 2011, 263), que incluía pero no se agotaba en la socialización o propiedad social de los medios de producción.<sup>295</sup> En síntesis, la importancia de la categoría de hegemonía para una teoría de la política marxista es subrayada por Aricó en el siguiente pasaje de las *Nueve lecciones...*, en el que salía al cruce de un eventual interlocutor polémico (¿la izquierda radicalizada italiana? ¿los grupos que en el exilio sospechaban de los énfasis politicistas, societalistas, reformistas o simplemente post leninistas de esta retraducción?) que pusiera en entredicho este descubrimiento:

*«El socialismo sólo puede lograrse con el consenso, con el autogobierno de las masas, con la hegemonía; es ésta la idea gramsciana considerada hoy por la izquierda radicalizada como una idea reformista, como una idea que no conduce a la transformación de la sociedad socialista o que al menos no conduce a la conquista del poder. Puede decirse, por el contrario, que es esta idea la que brinda el único criterio válido para cuestionar profunda y radicalmente a la sociedad socialista y para explicarnos el porqué de su forma actual»* (Aricó: 2011 [1977], 277. Subrayado en el original).

Como puede observarse, en esta reinterpretación de la categoría de hegemonía la política se equiparaba eminentemente con el consenso; y la democracia, con el «autogobierno de las masas», es decir, con una concepción de la transición al socialismo centrada en la guerra de posiciones, la reforma intelectual y moral del estado ampliado y la constitución de una clase dirigente dentro del proceso mismo en que se conquistaba el favor de las masas. La hegemonía así entendida reunía al socialismo con el consenso y la democracia, puesto que se trataba de un «socialismo» producido «desde abajo hacia arriba» y no a la inversa. Por esta razón, lo contrario de la democracia socialista no era ya la democracia burguesa, ni la dictadura, sino el concepto más global de «revolución pasiva»,<sup>296</sup> que podía tener versiones compatibles con la democracia representativa (el parlamentarismo)<sup>297</sup> o con el propio

---

son aceptados por el conjunto de las clases subalternas; y no, por supuesto, como un gobierno inevitable, sino como dirigentes de una nueva sociedad» (Aricó: 2011 [1977], 275).

<sup>295</sup> «La base del socialismo no es para él [por Gramsci] el proceso económico de socialización (la propiedad social, la planificación social); éste será el punto de partida, pero lo fundamental es la socialización en el sentido sociológico y político, es decir, el proceso de formación del conjunto de hábitos en el hombre colectivo que, dice Gramsci, ‘tornarán automático el comportamiento social de modo tal que se elimine la necesidad de un aparato exterior que imponga normas». (Aricó: 2011 [1977], 261).

<sup>296</sup> «Todo proceso de transición que no esté dirigido, conformado y regido por el ejercicio pleno de la democracia como elemento decisivo de la conformación de la hegemonía (democracia que significa el proceso de autogobierno de las masas) adquiere el carácter de una revolución pasiva, de un poder de transformación que se ejerce desde la cúspide contra la voluntad de las masas y que, en última instancia acaba siempre por cuestionar la posibilidad concreta de constitución del socialismo» (Aricó: [1977] 2011, 274).

<sup>297</sup> Ver Aricó (2011 [1977], 271).

«cesarismo»,<sup>298</sup> en sus versiones «progresivas» pero también en las más reaccionarias. A pesar de sus notables diferencias, lo que tenían en común estas cristalizaciones institucionales de lo político contrarias al socialismo era que, con mayores o menores dosis de bases consensuales, la sociedad y la política aparecían «soldadas» desde «arriba hacia abajo», dentro de un proceso político que, según el tipo de «revolución pasiva», apuntaba a fragmentar, absorber o incluso aniquilar la iniciativa popular. Aricó no mencionaba en sus clases al peronismo, pero bajo esta conceptualización dicho movimiento político no tenía muchas chances de evitar el casillero de la «revolución pasiva».<sup>299</sup>

En síntesis, en el Aricó de *Nueves lecciones sobre economía y política en el marxismo* la democracia socialista coincidía con la forma en que los trabajadores consiguen ganar consensualmente posiciones en la sociedad civil, redefiniendo su trama y sentido político en una reforma intelectual y moral que terminaría reabsorbiendo al estado en las nuevas concepciones del mundo así construidas. Si este proceso quedaba trunco, cabía esperar, con formas más o menos autoritarias, el triunfo de «revolución pasiva», un principio de transformaciones políticas y sociales en las que la iniciativa quedada del lado de las clases dominantes y sus formatos estatales. Este tajante contraste entre la «hegemonía socialista» y la «hegemonía burguesa» o la «revolución pasiva» reintroducía en la argumentación de Aricó los componentes «societalistas» de la democracia socialista ya reconocibles en las posiciones que defendía en 1973 (cuando definía al problema de la hegemonía como el de la institución de nuevas formas de lo político producidas en la fábrica), pero ahora mediados por los debates italianos sobre la obra de Gramsci, dado el énfasis en una democracia que no era sólo obrera, sino ampliada, social, plural y especialmente anti autoritaria -pero también como en 1973, anti estatalista.

En el caso de Portantiero este componente «societalista» era aún más notorio. En efecto, también en *Los usos de Gramsci* (Portantiero: 1977) «revolución pasiva» y «hegemonía» constituían el anverso y el reverso de un mismo problema: el de la construcción de una teoría política marxista en condiciones de conceptualizar la democracia y el estado. Así, en el

---

<sup>298</sup> En esos términos interpreta Aricó los casos del fascismo pero también del stalinismo. Ver Aricó (2011 [1977]: 271 y 273).

<sup>299</sup> De este modo, Aricó razonaba en las *Nueve Lecciones...* ante el «bonapartismo» en términos paradójicamente similares a los modos con que Marx -desafortunadamente para Aricó, según vimos en el capítulo anterior- pensaba a la figura de Bolívar.

capítulo que abría el libro, titulado «Estado y crisis en el debate de entreguerras», el énfasis estaba colocado en la categoría de «revolución pasiva», especialmente en aquella específica transformación del Estado burgués que había tenido lugar entre la crisis del orden liberal desencadenada por la Gran Guerra y su recomposición a través, en primer lugar, del surgimiento del fascismo y luego por medio de esa inédita forma de penetración y organización societal que es el «fordismo». A Portantiero le interesaba subrayar la originalidad con que Gramsci había desarrollado, sobre todo en los *Cuadernos de la Cárcel*, una concepción no instrumentalista del Estado (con varios puntos en común con la sociología weberiana) que le habían permitido esbozar una concepción no instrumentalista del Estado que resultaba superadora tanto de la socialdemocracia (que entendía al estado como una institución neutral), como de la III Internacional (que lo concebía como el comité de administración de los intereses de la burguesía).

Ahora bien, si en «Estado y crisis en el debate de entreguerras» el problema de la hegemonía era pensado desde la perspectiva de la «revolución pasiva» llevada adelante por las clases dominantes en el período de entreguerras, en «Los usos de Gramsci» (el capítulo que da nombre al libro) el acento en cambio estaba colocado en la «hegemonía» entendida como una indagación por las formas de organización que convenían a una política de masas que hiciera suyo el propósito, como se pretendía en 1973, de «socializar la política» y «politizar lo social», pero que ya no podía ser encarada por organizaciones revolucionarias como aquellas que en la segunda etapa de *Pasado y Presente* su comité de redacción estaba dispuesto a acompañar.<sup>300</sup> De este modo, pensar el socialismo suponía ya no concentrarse exclusivamente en la teoría de la organización revolucionaria sino en dotarse de una estrategia política que aunque retenía al pueblo como sujeto político y al proletariado como la parte determinante de un nuevo movimiento social (llamado por eso a ejercer la dirección del movimiento), debía ser la propia de un contexto donde la «guerra de maniobras» cedía su lugar a la «guerra de posiciones».

Pero lo que resultaba verdaderamente novedoso en «Los usos de Gramsci» era la hipótesis (planteada al final de este capítulo) por la cual Portantiero advertía que en sociedades como

---

<sup>300</sup> En efecto, si bien en *Los usos de Gramsci* Portantiero todavía sigue inscribiendo al socialismo dentro de un horizonte revolucionario, no hay lugar en el libro para concepciones «vanguardistas», que son asociadas con el bolcheviquismo, el iluminismo, el militarismo y el jacobinismo, es decir, con una práctica política elitista escasamente compatible, según las valoraciones que se desprenden del libro, con el igualitarismo socialista.

las sudamericanas la «guerra de posiciones» debía adquirir modalidades específicas, acordes con aquellas formaciones que Gramsci había conceptualizado como el «otro Occidente», es decir, sociedades en las que la articulación entre la política y la sociedad no coincidían con el carácter «orgánico» de las sociedades del «capitalismo avanzado» del Occidente clásico, pero tampoco con las formas de articulación entre Estado y sociedad en «Oriente» (donde el Estado, como creía el tercermundismo para los países sudamericanos, ejercía la dominación de su población como un ejército de ocupación). En este «otro» Occidente, en cambio, la articulación entre Estado y sociedad era «inorgánica», y el constatable desarrollo de la sociedad está sobredeterminado por la configuración estatal:

«Pero Gramsci permite pensar otro tipo de situación «occidental», aquella en la que, a diferencia de «Oriente», puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica de los intereses de clase que rodean, como un anillo institucional, al Estado, pero en la cual la sociedad así conformada, aunque compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que en el modelo clásico. Sociedades, en fin, en las que la política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua» (Portantiero: 1977, 144).

Esta distinción entre Occidente, Oriente y «otro Occidente» (en las que quedaban subsumidas las sociedades sudamericanas), se volvía relevante en la argumentación de Portantiero para formular una hipótesis sobre la democracia socialista en estas tierras. En efecto, como en esta región la relación entre Estado y sociedad civil había sido históricamente «desequilibrada» e «inorgánica», el perfil de estas sociedades había sido prácticamente un producto derivado de la fuerza «modeladora» o «configuradora» del Estado, por cuya iniciativa y dinamismo estas sociedades habían sido incorporadas a la economía mundial, de modo tal que el Estado había asumido tareas que las clases dominantes no habían podido encarar por sí solas. Pero, por otro lado, la autonomía relativa de este tipo estatalidad, que estaba en la base de los distintos «regímenes bonapartistas» sudamericanos, había estado condicionada por las limitaciones típicas de las formaciones sociales pertenecientes al «capitalismo periférico» o «dependiente», razón que explicaba por qué estos Estados no habían conseguido a lo largo de su historia los grados de autonomía distintivos de otros regímenes «bonapartistas» de «Occidente», como el bismarckismo. Ello a su vez permitió una temprana e intensa politización de las clases populares, cuya historia se moldeó a partir de un conjunto de luchas

por el reconocimiento de su ciudadanía política y social que pudieron emerger dentro de los intersticios abiertos por esta relación inorgánica entre estado y sociedad civil. De este modo, los momentos ascendentes de estas luchas coincidieron con períodos de «crisis hegemónica», como en el caso argentino lo demostraba el surgimiento del peronismo tras las huellas de la crisis de los años treinta del siglo XX. Los movimientos populistas, filiados aquí con modalidades «cesaristas», son todavía conceptualizados -a diferencia de lo que creían las lecturas «clasistas»- como instancias de una genuina y no «manipulada» incorporación de las masas a la vida política, que ganaron fuerza en aquellos momentos (propios del «otro Occidente») de marcado desequilibrio entre el Estado y la sociedad y que organizaron una conciencia política socialmente extendida que habilitó intensos niveles de movilización popular y una agudización de la lucha de clases.

Sin embargo, hacia fines de los años setenta (pero como ya se advertía en el contexto político argentino de 1973 según vimos en el capítulo 1), el modelo populista según Portantiero estaba en crisis. Por un lado, porque la movilización popular a la que convocó no hizo más que agudizar las contradicciones sociales, sin poder ofrecer canales de resolución de esa conflictividad a favor de las clases subalternas; por otro lado, porque ello permitió la recuperación de posiciones de las clases dominantes que signaba al presente argentino, que Portantiero definía como el «tercer momento» de la Revolución burguesa:

«Del mismo modo que la tercera etapa de la revolución burguesa latinoamericana tiene como punto de partida una reorganización del estado y de la política, para la que se sirve de las tendencias mesiánicas y «fundacionales» que subyacen en los ejércitos, y que pretende subsumir en la idea de estado a la idea de nación, la posibilidad que se abre a las clases populares para implementar una lucha contrahegemónica desde una situación de defensiva en que se encuentran no puede sino arrancar de una consecuente reorganización de sus alternativas políticas, en las que lo «popular» (entendido en los 60 como afirmación voluntarista de un socialismo verbal que pronto engendró su negación sangrienta) sea, a la vez, «lo nacional». Cuando las clases dominantes identifican nación con estado, las clases populares y los intelectuales que buscan articularse orgánicamente con ellas no pueden sino recobrar críticamente (y organizativamente también) su propio pasado, la memoria histórica de una identidad entre nación y pueblo» (Portantiero: 1977, 155).

Quedaba planteada así una estrategia posible para las clases subalternas en el contexto del tercer momento de la «Revolución burguesa» en Argentina: dejar de lado el «socialismo verbal» de las organizaciones revolucionarias de los años sesenta y setenta para encarar una iniciativa política que reuniera «lo nacional y lo popular» desde una concepción alternativa a

la constelación «populista», cuya crisis allanaba el camino de un «socialismo democrático» entendido como un prolongado litigio tendiente a ganar posiciones en la sociedad civil.

Ahora bien, la condición de posibilidad del trazado de esta estrategia política suponía una escisión al interior de la categoría de «hegemonía»: de un lado, la hegemonía «nacional-estatal», a través de la cual las clases dominantes, sirviéndose del «mesianismo militar» (en un escenario marcadamente represivo), encaraban el tercer momento de la Revolución burguesa; del otro lado, desde una posición defensiva, una vía posible de lucha en términos de una «hegemonía nacional-popular», que debía ser el producto de una «reorganización de sus alternativas políticas», lo cual significaba desde luego el abandono de la estrategia guerrillera basada en la «guerra de maniobras», pero también del «populismo» en crisis. Como veremos más abajo, esta distinción entre una hegemonía «nacional y popular» y otra «nacional y estatal», propia de *Los usos de Gramsci*, se desplazó e interiorizó, en las intervenciones de Portantiero en *Controversia*, hacia la idea misma de lo «nacional y popular». Pero para advertir este desplazamiento e interiorización, es necesario reconstruir cómo el peronismo se convirtió en el eje del debate sobre una eventual democracia popular para el día después de la dictadura.

### **¿Qué hacer con el peronismo? La forma y el contenido de la democracia popular**

La polémica sobre el peronismo se inició en el primer número de *Controversia*, con el artículo de Portantiero titulado «Proyecto democrático y movimiento popular», en el cual, en un mismo movimiento crítico, pretendía señalar los déficits del liberalismo y del peronismo como tradiciones ideológicas en condiciones de asegurar una mediación adecuada entre el sujeto popular y la democracia, en contrapartida con el modo en que el socialismo articulaba clases populares y democracia a partir de la reinterpretación de la categoría de «hegemonía»:

*«[...] la democracia es una producción de masas, como una etapa en el proceso de su constitución política, como un continuum nacional-popular que no se «realiza» en el socialismo como mera derivación de cambios en las relaciones de producción, sino que, como proceso hacia el autogobierno de la sociedad, realimenta esos cambios estructurales y los hace históricamente reales.*

Así planteado el problema, el significado de la democracia se articula indisolublemente con el de la hegemonía, [por lo que la democracia] recupera su dimensión popular [...]. La lucha política de clases no es otra cosa que una lucha entre proyectos hegemónicos de grupos capaces de definir el sentido de la acumulación (la dirección del progreso histórico) y que buscan apropiarse, como núcleo de su dominación, del consenso de la mayoría.

Ese consenso de la mayoría es, si se quiere llamar así, la democracia» (Portantiero:1979a, 6. Subrayado en original).

Este pasaje exhibía, de manera condensada, todo el trabajo sobre el sentido que en el exilio se había desplegado alrededor de la idea de «hegemonía». En efecto, la lucha por la «hegemonía» ahora se identificaba con la democracia, entendida como la «búsqueda del consenso de la mayoría», sin que ello requiera un espacio social privilegiado desde el cual concebir su emergencia -como la fábrica en 1973. Por el contrario, su producción ahora recorría a «toda la sociedad» (civil), en un «proceso» que si valía definir como «socialista», era porque contaba con el protagonismo de las masas y no porque satisfaga «criterios productivistas» que, como en el caso de los «socialismos realmente existentes», eran menos reveladores de la autonomía de las masas que de su heteronomía. La democracia socialista quedaba entonces emparentada con el «autogobierno» de las masas, en un proceso en que el fundamento y lo fundamentado, la forma y el contenido, el cómo del poder y el quién del ejercicio de la hegemonía, coincidían en la voluntad de las masas trabajadoras. En suma, la lucha hegemónica era la forma de la democracia socialista y la identificación entre gobernantes y gobernados, su sustancia.

En cambio, ni con el liberalismo (especialmente con aquel que proclamaba que el capitalismo constituía el reaseguro económico del pluralismo político) ni con el peronismo ocurría tal prodigio. En efecto, Portantiero argumentaba que la democracia moderna no era un fenómeno ni conceptual ni históricamente derivado del liberalismo político y/o económico: así como la democracia no surgía como el correlato natural de la socialización de los medios de producción, tampoco surgía como prolongación natural del régimen de producción capitalista, pues «la democracia no es un dato que necesariamente surge de la estructura sino que es una producción social» (Portantiero: 1979, 6). Desde un punto de vista histórico, las cosas eran aún más claras: el capitalismo había demostrado ser un modo de producción compatible con regímenes políticos de distinta índole, como lo probaba su matrimonio con el fascismo en la Europa de entreguerras; sólo en determinadas coyunturas se había articulado con un sistema político democrático y representativo. Por lo demás, los derechos civiles, políticos y sociales habían sido más bien -argumentaba Portantiero en sintonía con liberales de izquierda como Bobbio- conquistas de las masas antes que la realización histórica de los principios liberales.

Hasta aquí el artículo de Portantiero podía leerse como una respuesta a los dilemas lanzados por Bobbio en su polémica con los marxistas: el que advertía que la teoría de la democracia debía privilegiar la cuestión de la forma del gobierno antes que la del sujeto de la dominación; y el que concluía que si hay socialismo no hay democracia y si hay democracia, no hay socialismo. La reinterpretación de la categoría de hegemonía en clave societalista constituía el núcleo de esta respuesta, en conjunción con la impugnación de concepciones políticas que trazaran un vínculo armonioso entre liberalismo, capitalismo y democracia.

Pero la polémica que planteaba Portantiero incluía también, y de manera eminente, al peronismo, definido como un caso emblemático en la historia argentina de una inadecuada mediación entre las formas y el contenido democrático. Así, si el liberalismo aparecía como un ideario reñido con los «contenidos democráticos», el peronismo era señalado como un movimiento especialmente reñido con las «formas de la democracia», especialmente con las reglas de juego de la democracia formal.<sup>301</sup> Pero, sobre todo, era señalado como autoritario por las modalidades con que había moldeado su papel hegemónico en la sociedad argentina, pues a pesar de que había recuperado para las masas «contenidos democratizantes», se había igualmente mostrado (a diferencia de los movimientos nacionales y populares en Chile y Uruguay) «orgullosamente verticalista», propiciando así las condiciones para que la iniciativa popular resultara finalmente reabsorbida «desde arriba hacia abajo» en sede estatal. Por ende, a diferencia del «socialismo pluralista», «el peronismo original se resuelve como una transformación básicamente realizada (o por lo menos absorbida) desde lo alto, cargada de elementos estatistas y no societalistas, orgulloso de sus formas políticas autoritarias y verticales» (Portantiero: 1979a, 7). Ahora bien, esta «duplicidad» (contenidos democratizadores con formatos autoritarios) con la que el peronismo había hecho su ingreso en la historia argentina era la misma que estaba en la base según Portantiero de la crisis política de este movimiento, cuyo inicio se remontaba a 1973 y su término aún no se vislumbraba. Por lo demás, con el «lopezreguismo» primero,<sup>302</sup> y la dictadura militar de 1976 después, el reclamo por las libertades se tornaba condición de posibilidad de cualquier proyecto de democracia popular en Argentina. En la hipótesis de Portantiero, el «socialismo

---

<sup>301</sup> «Como propuesta ideológica, los populismos son antagónicos a la democracia formal, esto es, a la democracia entendida como conjunto de reglas» (Portantiero: 1979a, 6-7).

<sup>302</sup> «Desdeñoso de la democracia formal en favor de la democratización sustantiva, terminó [el peronismo] enredando su ideología y su práctica en el pantano del 'lopezreguismo'. (Portantiero: 1979a, 7).

democrático», antes que el liberalismo o el peronismo, estaba en mejores condiciones para interpretar esta demanda.

La franja de intelectuales peronistas de *Controversia*, especialmente Nicolás Casullo y Sergio Caletti, respondieron inicialmente de modo oblicuo a estos argumentos. Así, en «El peronismo y las democracias» y «El pueblo produce las formas y los contenidos políticos» Casullo (1980b y 1980c) ofrecía una lectura pronunciadamente distinta a la de Portantiero sobre la relación que el peronismo mantenía con la forma y los contenidos democráticos. Como anticipamos en el capítulo 6, el núcleo argumentativo de «El peronismo y las democracias» consistía en afirmar que lo que había singularizado al peronismo era el modo en que había rehusado coincidir con los casilleros para este movimiento asignados por el sistema político argentino. Ello le permitía recordar a Casullo que la democracia había funcionado en la historia argentina como pretexto o bien para excluir al peronismo del tablero político, o bien para domesticarlo, en un mecanismo que los movimientos en zigzag de la dictadura, que no terminaba de definir si incorporaría o no al peronismo al «diálogo político», volvía a actualizar, como podía apreciarse según Casullo en las opiniones vertidas por aquellos días por la prensa adicta al régimen militar, que apelaba a un vocabulario político enteramente connotado por preocupaciones «democráticas» y «republicanas» para racionalizar en estos términos la exclusión o la inclusión controlada del peronismo en un juego político que no terminaba de abrirse. De este modo, luego de una puntillosa reseña de discursos de Videla y Galtieri y de editoriales de *La Prensa* y *La Nación* (pero también *Cabildo*) sobre el papel que debía asumir el peronismo en la nueva hora histórica, Casullo concluía que:

«El sistema, piensa un peronismo «en democracia» y «para la democracia». Un peronismo «adecuado» al modelo. No verticalista ni aluvional en sus alineamientos interiores. Lo piensa a partir de un «orden partidario» que evite «el caos» y la «ambigüedad»; con corrientes habilitadas según lo que las voces imperantes llaman «diseño liberal». Lo piensa inigualable, aunque peligroso, actor central de la democracia burguesa. Lo concibe con una doctrina caduca frente a los nuevos tiempos inaugurados por la Junta y carente de una estrategia que surja de las coordenadas establecidas. Lo piensa desde el obrero «libre» para opinar y sin burocracias irrepresentativas. Muerto Perón, lo piensa sin «magias» indescifrables ni poderes vicarios» (Casullo: 1980b, 7).

En suma, lo que Casullo señalaba en estos términos era que la preocupación por el vínculo entre el peronismo y la democracia formaba parte del discurso del poder, en sintonía con lo

que pocos años después argumentará Rodolfo Fogwill.<sup>303</sup> De este modo, la democracia constituía el centro del discurso con el que la dictadura pretendía heredarse, lo que no sólo le permitía inscribirse en la larga saga histórica del liberalismo argentino, sino también definir cómo los «otros» debían heredarse bajo estos parámetros. Se trataba, pues, de un discurso que exhibía como gesto triunfal su voluntad de narrar al peronismo desde el poder del Estado, para demostrar así sus limitantes históricas y los moldes en que eventualmente sería admitido en la nueva etapa política que la Junta Militar pretendía instaurar. Por esta razón, razonaba Casullo, el primer paso que debía dar el peronismo para recomponerse como fuerza política consistía en rechazar ese espejo de sí propuesto por la alianza de militares y sectores dominantes, para tomar las riendas de una narración autofundada de la historia del movimiento. Ello sin embargo implicaba rechazar (Casullo lo hacía de modo implícito) planteos como los de Portantiero, cuyas críticas en torno al vínculo entre peronismo y forma democrática resultaban coincidentes con las lanzadas desde los espacios de poder.

Para rechazar a estas críticas, Casullo apelaba al procedimiento crítico de la «inversión»: en lugar de aceptar que la idea democrática representaba un criterio legítimo para evaluar los modos deficitarios con que el peronismo se vinculaba con las «reglas del juego» político, de lo que se trataba por el contrario era de mostrar cómo el peronismo, a partir de su irrupción en la política argentina (legitimado masivamente por medio del voto), había desnudado los límites del sistema político así reglado para encauzar y profundizar contenidos democratizadores. Si el peronismo, entonces, «debe situarse y profundizar plenamente el contexto de probabilidades que le plantea el modelo burgués de democracia», es porque «lo ha impuesto históricamente como ninguna otra fuerza política, en su verdad. Esto es: en su conflictiva realización y en las fronteras que muestra dicho modelo» (Casullo: 1980b, 8).

Con todo, Casullo reconocía que en tiempo presente los peronistas debían afrontar una gigantesca crisis a cuyo desenlace habían contribuido con el mismo afán distintos sectores que en la historia reciente habían tenido protagonismo en el movimiento: el «no calculado lopezreguismo», las recetas económicas de Celestino Rodrigo, la impotencia de la dirigencia sindical para constituirse en fuerza hegemónica y la «confundida exasperación de la

---

<sup>303</sup> Nos referimos al clásico artículo de Fogwill (1984) «La herencia cultural del proceso», publicado originalmente en *El porteño*. Allí Fogwill plantea la siguiente inquietante hipótesis: «como el empleo de la palabra «proceso», el actual uso de la expresión «democracia» es también una herencia del Proceso: herencia lingüística, cultural o política» (Fogwill [1984] 2010, 71).

izquierda».<sup>304</sup> El modo en que Casullo omitía asignar alguna responsabilidad -excepto la de morir- a Perón en el desencadenamiento de la crisis política del peronismo y la manera en que agrupaba sin mayores distinciones y en pie de igualdad a los variopintos actores que se habían esmerado en desencadenarla, ofrecía un indicio contundente de que el punto de partida de la elaboración de esta crisis estaba poblado de puntos ciegos de sentido. Aún así, el reconocimiento de esta crisis implicaba admitir que para salir de ella no alcanzaba con un gesto de reafirmación identitaria («somos peronistas»), sino que el peronismo debía abreviar en las propias fuentes de su autoconciencia como movimiento histórico para construir una narración que le permitiera reencontrarse con sus potencialidades democráticas, en una tarea que ciertamente legitimaba en términos políticos la voz del grupo de los «reflexivos» de la revista dentro del propio movimiento, y para la cual debía rehusarse a apelar -en lo que resultaba otra crítica oblicua a los intelectuales de la franja socialista- a formas de autocomprensión empeñadas en remitirse a lo «vietnamita», lo «argelino» o lo «italiano» (Casullo: 1980b, 8).

¿No se corría el riesgo con este diagnóstico de que el peronismo terminara replegado abrumadoramente sobre sí en una hora histórica que por el contrario le demandaba, luego de su honda crisis en el gobierno (1973-1976), «renovarse» como movimiento para así aspirar a representar a las mayorías? Casullo no dudaba de la urgencia de esta reformulación, pero entendía que su éxito dependía justamente de un «retorno» al mundo popular, en un sentido no muy lejano al de las críticas de Walsh a la organización Montoneros, pero con la sustancial diferencia de que ese retorno ya no podía realizarse sobre las bases ideológicas que habían sustentado al proyecto guerrillero. Esta era justamente la tesis principal de «El pueblo produce las formas y los contenidos democráticos», donde Casullo (1980c) señalaba que el mayor desafío de la nueva hora consistía en despejar los prejuicios que habían conducido a la dirigencia del «peronismo revolucionario» a cometer los errores políticos que condujeron a la

---

<sup>304</sup> «La muerte de Perón, la violencia de los antagonismos internos, el no calculado lopezreguismo, la confundida exasperación de la izquierda, la «potencia-impotencia» de la dirigencia sindical, las contrapuestas políticas económicas, las hegemónicas tendencias desmovilizadoras, la disgregación del gobierno y su anodino derrocamiento con el pueblo como simple espectador, fueron desde 1973 a 1976 algunos datos incuestionables de la crisis -por cierto más extensa- del peronismo (Casullo: 1980b, 7).

derrota, y que se mantenían intactos también en las vertientes disidentes del montoneroismo que habían surgido en el exilio tras la ruptura de Gelman y Galimberti.<sup>305</sup>

Este repliegue al mundo popular aspiraba a recuperar formas y contenidos eminentemente «democráticos» en las propias prácticas de lucha de las masas, a distancia entonces de las equivocadas racionalizaciones extraídas en base a esta experiencia por parte del «peronismo revolucionario», que en los primeros años setenta o bien se había abocado a celebrar la combatividad de las masas en clave «basista» (pero sin plantearse a fondo el problema de la articulación en el plano político de estas luchas sociales), o bien había decidido injertar, en clave «alternativista», una dirección revolucionaria tan insospechada de burocrática como lejana de la experiencia obrera a la que aseguraba representar. Así, o por demasiado «espontaneísta» («basismo»), o por su desmesurado énfasis en la «dirección consciente» («alternativismo»), las consecuencias de estas racionalizaciones habían hecho su aporte a la trágica disgregación del movimiento nacional y popular, escindiendo a las propias masas de su potencia política y de su propia experiencia de lucha. Para evitar estos errores, Casullo creía que si aún era posible reconstruir una izquierda peronista tras el fracaso del peronismo revolucionario, esa tarea debía comenzar por un reencuentro con John William Cooke, pero no en su faceta de creador, en los años sesenta, del Movimiento Revolucionario Peronista, sino como el organizador de la Resistencia y el mediador entre las masas y Perón en los difíciles días de la ofensiva burguesa tras el golpe de Estado de 1955. En efecto, en el Cooke de la correspondencia a Perón Casullo encontraba las formas y los contenidos democráticos del peronismo, presentados bajo una autocomprensión histórica de la Resistencia que entreveía la posibilidad de articular la experiencia de lucha popular con estructuras organizativas «movimientistas»:

«Para Cooke, la resistencia es la posibilidad de un peronismo democratizado desde la intervención de todos sus sectores. [...] No es una instancia «superior», el reino utópico de los «elegidos» ni la concreción exclusiva de

---

<sup>305</sup> Como vimos en esta investigación, *Controversia* intervino fuertemente en la polémica desatada tras la ruptura de Gelman y Galimberti con Montoneros. Las críticas al nuevo «montoneroismo auténtico» a partir de una interpretación diferenciada de los sentidos atribuidos por este sector de los Documentos internos elaborados por Walsh y su grupo entre 1976 y 1977 estuvo acompañada por lecturas también críticas del pensamiento político de Galimberti reseñadas por Bernetti (1980a), un colaborador de la revista que formaba parte de «los reflexivos». Finalmente, tres artículos de Caletti salieron al cruce del modo en que estas disidencias pretendían reformular el proyecto de Montoneros, en lo que se entendía como un esfuerzo de un «izquierdismo neoperonista» que no llevaba a fondo la autocritica que exigía la contundente derrota política del peronismo revolucionario: «Para entendernos mejor» (Caletti: 1980a); «Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista» (Caletti: 1980b) y «Una historia sin resolver» (Caletti: 1980c).

una clase. El plano de la resistencia es el punto donde el peronismo, desde un juego democrático puesto a prueba, debe verificar [...] la experiencia de lucha de las masas. Para el Cooke del 57 la resistencia debe pasar de ser grupos comandos, para transformarse en un factor de unidad del movimiento, en relación con la estructura que lo determina. No una organización, ni un proyecto autonomizándose, ni el «peronismo auténtico» ni una alternativa a las conducciones sindicales o políticas. [...] La resistencia, por el contrario, es todo el peronismo posible de acceder a un plano de lucha concreta y presencia, plano legitimado por las masas. Plano que *enlaza* al peronismo desde el momento en que está pensado como *acción articuladora constante*, no como organización paradigmática para las clases trabajadoras (Casullo: 1980c, 14. Subrayado en el original).

El «movimientismo», es decir, una forma de organización de una experiencia colectiva que trascendía al formato partido, expresiva de todos los sectores combativos del peronismo (identificado con la nación misma), cuya articulación y dirección política, que en la situación concreta remitía inexorablemente a liderazgo de Perón,<sup>306</sup> pero que para Cooke era justamente el problema a pensar en el contexto de la Resistencia, aparecía para Casullo como la forma singularmente producida -pero apenas esbozada y desplegada- por el peronismo de la Resistencia para expresar sus contenidos democráticos, reuniendo en una misma forma organizativa la combatividad de las bases obreras, un cierto horizontalismo pluralista y la búsqueda de articulación en el plano político de la lucha de masas. Ahora bien, estas formas y contenidos democráticos teorizados por Cooke durante los primeros años de la Resistencia (aunque también presentes a inicios de los setenta: «gobernar es movilizar» era la consigna de la revista *Envido*)<sup>307</sup> no estaban a juicio de Casullo agotados en el tiempo presente; por el contrario, quedaban disponibles para ser retomados en un eventual día después de la dictadura. En realidad, Casullo creía que la forma movimientista con predominio de las bases sindicales era el mejor esquema para lidiar con la crisis del peronismo y para afrontar en términos colectivos el relevo de Perón.<sup>308</sup>

---

<sup>306</sup> Sin embargo, se trataba de un «liderazgo a distancia» (por la condición de exiliado de Perón) que sugestivamente Casullo no lamenta, como si la cercanía de Perón, que en estos textos es escasamente aludido con su nombre propio, formara parte de una discusión aún difícil de tematizar.

<sup>307</sup> *Envido* fue dirigida por Arturo Armada, se editó entre 1970 y 1973 y llegó a publicar 10 números. Revista juvenil ligada con la izquierda peronista, escribieron en ella José Pablo Feinmann y Horacio González, entre otros. Para un análisis de esta revista, ver Faigón (2014).

<sup>308</sup> También Caletti recupera formas de organización «movimientistas», en términos similares a Casullo: «Por su dinamismo, por las posibilidades participativas que contiene, por su flexibilidad ante las circunstancias de la lucha, por su capacidad para combatir cualquier esclerosis partidaria, y por agilidad para generar respuestas de las bases ante las posiciones de los dirigentes, las formas movimientistas deberían ser, tal vez, materia de atención» (Caletti: 1980a, 10). E insospechadamente, pero haciendo alusión a toda la región, también el «movimientismo» es reivindicado por Laclau como forma adecuada de una lucha democrática en las condiciones de América: «la necesidad de constitución de símbolos nacionales que definan al campo popular, el carácter de masa que debe darse a la acción política y el amplio grado de autonomía local que requiere la

Que el pueblo había producido en términos «movimientistas» sus propias formas y contenidos democratizadores constituía ya una respuesta oblicua a la tesis de Portantiero que caracterizaba al peronismo a partir de sus «dos almas»: el alma con contenidos democratizadores y el alma divorciada de la democracia formal. En realidad, tanto por sus formas como por sus contenidos -esa era la respuesta oblicua de Casullo- el peronismo coincidía con la experiencia más intensamente democratizadora de la historia argentina. Pero la diferencia entre ambos también se ubicaba en el tipo de experiencia histórica a partir de la cual pensaban al peronismo: mientras Portantiero centraba su análisis en su instante de ascenso y control de los poderes del Estado, en Casullo el peronismo a recuperar en términos de una experiencia democrática era el de la Resistencia, cuyas luchas contra la dictadura y las proscripciones podía ser inscripto en la saga de los movimientos «anti autoritarios».

Fue sin embargo Alcira Argumedo, con el pseudónimo de «Elena Casariego», quien dejó de lado las argumentaciones oblicuas para cuestionar abiertamente las ideas de Portantiero en «Notas sobre el movimiento popular», un artículo que apareció encuadrado por la propia revista en la sección «polémicas». Luego de recordarle a Portantiero que el peronismo había triunfado en cuanta elección limpia había tenido lugar en Argentina desde su surgimiento, e incidido notablemente en aquellas elecciones en que estaba proscripto (lo que constituía a su entender una prueba rotunda de que no era el peronismo, sino sus enemigos políticos, quienes se hallaban reñidos con la forma democrática), la autora evocaba los desvaríos teóricos a los que recurrentemente conducía la «sociología estructuralista»,<sup>309</sup> ahora reactualizados en una argumentación que volvía a demostrar su incompreensión del movimiento nacional y popular al no advertir que el anti liberalismo al que el peronismo hacía culto desde su doctrina, lejos de desmentir su vocación democrática, la realzaba, en tanto por esa vía se había transformado en una auténtica expresión de las masas que se colocaba a distancia de la ideología de las clases dominantes locales. Del mismo modo, el señalamiento de que el «lopezreguismo» había sido el corolario de su «orgullos verticalismo» resultaba una conclusión sesgada, en la

---

heterogeneidad de los frentes de lucha, hacen suponer que algún tipo de forma política de carácter “movimientista” es el más apropiado para una estrategia como la que postulamos [para América Latina] (Laclau: 1985, 36). Sin embargo, cuando Laclau alude a «movimientismo» no se refiere en Argentina únicamente al peronismo sino también al radicalismo. Y entiende que ambas tradiciones políticas, en virtud de la represión sufrida por sus militantes en el contexto de la dictadura, estaban en una situación inédita para reapropiarse y articular, sobre ese trasfondo movimientista, reivindicaciones democráticas que antes habían sido hegemonizadas por el liberalismo.

<sup>309</sup> En este artículo Argumedo rememoraba con orgullo la experiencia de las «Cátedras Nacionales» de la que había sido partícipe, y cuyas críticas al marxismo le parecían anticipatorias de la actual «crisis del marxismo».

medida en que olvidaba aclarar que habían sido las propias clases trabajadoras peronistas las que habían conseguido expulsar a López Rega del gobierno de Isabel Perón. Por lo demás, confundir «autoritarismo» con «verticalismo» constituía un severo error interpretativo, pues mientras el «autoritarismo» se ejerce contra la voluntad de las masas, el «verticalismo» por el contrario constituye el reconocimiento siempre consensuado por ellas mismas a un liderazgo político que, como el de Perón, Argumedo creía excepcional tomando como parámetro no sólo a la historia argentina. Finalmente, si bien era cierto según Argumedo que no sería sencillo reemplazar los atributos de este excepcional liderazgo, al mismo tiempo auguraba que con la muerte de Perón se generarían dentro del peronismo nuevas formas de construcción políticas en las que el «verticalismo» sería relevado por modos más horizontales de organización colectiva.

Como puede apreciarse entonces, los contrapuntos en torno al peronismo ya estaban planteados al inicio de la revista, y se agudizaron con el correr de los números. Ahora bien, a pesar de las notables diferencias entre las y los polemistas, lo que tornaba posible este debate era una novedosa premisa compartida: que a diferencia de lo que ocurría a inicios de los setenta, ya no se indagaba al peronismo en virtud de sus potencialidades revolucionarias, sino por sus cualidades democráticas. En la transformación de este interrogante y, según veremos a continuación, en la imposibilidad de trazar alguna relación de continuidad entre socialismo y peronismo, quedaría operado el pasaje de los años setenta a los años ochenta argentinos.

### **Socialismo y peronismo: ¿un vínculo imposible?**

Si tomamos como hilo conductor el vínculo entre socialismo y peronismo, podemos decir que este pasaje aparece nítidamente explicitado en «Peronismo, socialismo, clase obrera», un artículo en el que Portantiero (1980b) retomó una pregunta que en los inicios de los años setenta era decisiva para esta franja intelectual: «el socialismo, dada la mayoritaria composición obrera del peronismo, ¿es la culminación natural de éste? ¿O esa finalidad -el socialismo- requiere una discontinuidad, una ruptura ideológica y organizativa?» (Portantiero: 1980b, 12). Pero mientras en la segunda etapa de *Pasado y Presente* su grupo editor, y especialmente Portantiero, apostaban a esa continuidad depositando, según vimos, las expectativas de transformación en el peronismo revolucionario, en el exilio, en cambio, esa apuesta se revelaba como el fruto de un verdadero dislate, por el cual

«Evita pasó a ser una versión -mejorada por criolla- de Rosa de Luxemburgo; Perón, un Mao de las pampas, y la clase obrera urbana, que simplemente había consolidado en el justicialismo una larga vocación por las reformas sociales que tenía al sindicalismo como expresión, devino en la fantasía el campesinado de Fanon. Pocas frases hubo entonces tan vacías como aquella (que algunos intentan reflotar ahora) que afirmaba que el 'peronismo será revolucionario o no será'» (Portantiero: 1980b, 12).

Así, lo que en 1973 había sido entrevisto como una hipótesis política con plena significación histórica -que Montoneros podía dirimir a favor de las clases subalternas la larga crisis hegemónica de la política argentina-, vista retrospectivamente, con las lentes crudas de la derrota («desde 1980 los ideales de 1973 han muerto» -afirmaba Portantiero en este artículo), no podía sino ser comprendida como una racionalización sin sustento en la propia realidad histórica. Además de inaugurar en estos términos una imagen con enorme poder persuasivo en las ciencias sociales de los años ochenta -la imagen de la revolución como una «escena alucinada» en la Argentina peronista<sup>310</sup>-, Portantiero adelantaba otra hipótesis luego retomada en la historiografía local: la idea de que la Argentina peronista, entendida como la articulación histórica entre una «coalición policlasista», una ideología «nacionalista», fuertes bases sindicales y un específico modelo de desarrollo, estaba concluida con el golpe militar de 1976 -aunque ya se había mostrado agotada en la coyuntura de 1973.<sup>311</sup> En una clave alusiva y polémica con los intelectuales peronistas, para Portantiero resultaba inútil, en base a este diagnóstico, cargar las tintas contra la dirigencia del peronismo revolucionario<sup>312</sup> o invocar esquemas ideológicos que, como los de Cooke, ni siquiera en su propio contexto de emergencia obtuvieron alguna gravitación.<sup>313</sup> En cambio, lo que convenía indagar era qué sería del peronismo una vez concluido el «peronismo histórico», ante lo cual Portantiero descartaba cualquier concepción que lo ubicara en el centro de un proyecto de transformación

---

<sup>310</sup> En esta línea, ver Sigal y Verón (1986), cuyos trabajos preliminares son mencionados en nota al pie por De Ípola y Portantiero (1981) en «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes». Con premisas completamente diferentes, Rozitchner (1981) llegaba a las mismas conclusiones que Portantiero en esos años..

<sup>311</sup> La idea de que la sociedad peronista -no así el peronismo como identidad política- había muerto es la tesis de Halperín Donghi (1994), con la diferencia que este historiador situaba a la crisis hiperinflacionaria de 1989 como el punto final de esta experiencia histórica.

<sup>312</sup> En una afirmación que directamente intervenía en la agenda de debates de «los reflexivos», Portantiero sostenía que «parece necesario recalcar que más interesante que discutir la crisis de los montoneros es discutir la crisis del peronismo entre 1973 y 1976, cuando a partir de dos plebiscitos ensayó todas sus fórmulas a mano para reconstruir el estado nacional y popular. Exorcizarlo mediante el trámite de atribuir su fracaso al ultraizquierdismo de la guerrilla significaría creer que bastaría con eliminar esa hipertrofia para que el «verdadero peronismo» recuperara la salud. Y eso además de demasiado simple es demasiado ingenuo» (Portantiero: 1980b, 13).

<sup>313</sup> «Vandor es un nombre emblemático de este período [en alusión al sindicalismo peronista entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta] y pocos textos políticos son tan patéticos como el diálogo de sordos entre Perón y Cooke a partir de 1960» (Portantiero: 1980b, 12).

democrática en Argentina; antes bien, era esperable una ruptura de la «coalición policlasista», por la cual los sectores «populistas», «nacionalistas» y «neoperonistas» del interior del país cederían la dirección del movimiento a sus bases sindicales, quienes quedarían a cargo, desde posiciones defensivas, de asegurar la supervivencia del movimiento histórico.<sup>314</sup> La realización del socialismo, sin embargo, poco tenía que ver con el destino de esa eventual reconfiguración laborista del peronismo.<sup>315</sup>

Ahora bien, el nuevo énfasis que colocaba Portantiero en la discontinuidad política y conceptual entre el peronismo y el socialismo no sólo constituía una rectificación de posiciones previas ni formaba exclusivamente parte de una polémica con la franja de intelectuales peronistas de *Controversia* (quienes, como hemos visto en el capítulo 2 a través de las críticas de Caletti a las organizaciones revolucionarias, tampoco se mostraban proclives a intentar alguna nueva síntesis política e histórica entre el peronismo y -según la expresión de Caletti- «los marxismos que supimos conseguir»). Existía en realidad otro interlocutor polémico de esta enfática distinción entre «populismo» y socialismo, y ese interlocutor era Ernesto Laclau, quien en 1977 había publicado *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, un libro que volvía a estas cuestiones en base a un notable esfuerzo teórico de síntesis entre matrices althusserianas (reconocibles en la caracterización de la ideología como una «forma de interpelación») y gramscianas (a partir de una novedosa reinterpretación, una vez más, de la categoría de «hegemonía»).<sup>316</sup>

---

<sup>314</sup> «En caso de darse esta ruptura del equilibrio interno del peronismo creo que no cabrían dudas que la fuerza social que más rápidamente se reconstituiría en el liderazgo político sería el sindicalismo. Este hecho colocaría todas las cosas en otra perspectiva: a partir de ahí los problemas que se le plantearían a la clase obrera y a las fuerzas socialistas (o simplemente a las que aspiran a la transición a hacia un democracia participativa sin llamarse socialistas), internas o externas al peronismo, habrían de ser más parecidos a los que provoca la presencia del Labour Party a la sociedad inglesa que a los que generaría una adaptación retórica de la alegoría tercermundista a la sociedad argentina» (Portantiero: 1980b, 13).

<sup>315</sup> Alcira Argumedo volvió a cuestionar estos nuevos planteos de Portantiero en el anteúltimo número de *Controversia*. Luego de retomar todas las objeciones al marxismo ya disponibles en la experiencia de las «Cátedras Nacionales», Argumedo cuestionaba la idea de que la fuerza política de la clase obrera argentina, tras la muerte de Perón y la crisis de la sociedad peronista, sólo podría expresarse en términos laboristas dentro de un modernizado sistema de partidos. Por el contrario, para Argumedo era de esperar que así como lo hizo en el pasado, la clase obrera lograría eludir formas corporativistas y partidarias para erigirse en el núcleo de agregación de la resistencia popular contra la dictadura. Una vez más, ello requería recomponer la forma del «movimiento»: «lo que determina la fuerza política de la propuesta popular del peronismo es su carácter de Movimiento. [...] En la constitución del Movimiento Peronista se encuentra la capacidad potenciada de cada uno de los sectores que en él se integran o donde el eje central, la columna vertebral, lo constituye la clase trabajadora organizada» (Argumedo: 1981, 13).

<sup>316</sup> Es imposible sintetizar aquí la índole de esta novedad, que merecería una investigación aparte. Simplemente señalaremos una premisa fundamental del razonamiento de Laclau, que singularizan su relectura de Gramsci: para que exista la «guerra de posición», es necesario admitir que las clases sociales no son un dato

En efecto, en este libro Laclau desechaba las hipótesis sobre el populismo esbozadas desde las retículas de la «sociología funcionalista» (especialmente en las versiones de Germani y Di Tella) que explicaban a este fenómeno político como el resultado de la superposición de esquemas culturales y normativos propios del mundo tradicional en contextos de modernización social. Lo que particularmente impugnaba Laclau era la explicación teleologista subyacente en estas teorías, que permitían definir al populismo como una expresión de componentes, conductas e ideas tradicionalistas (y en cierto sentido «atrasadas») en coyunturas históricas en las que habían fracasado los mecanismos de integración de masas por la vía de las instituciones modernas. Pero también Laclau cuestionaba en este libro los análisis «reduccionistas» que explicaban las ideologías en virtud de sus «contenidos de clase», sean éstos extrapolados a partir de su relación con una estructura social (al modo del marxismo ortodoxo), o por medio de su «localización» en alguna esfera superestructural o propia de alguna forma de conciencia social (al modo de Lukács o Korsch). El carácter de clase de las ideologías, en cambio, debía estudiarse según Laclau en base a su «forma» o a los «principios de articulación» con que se estructuran contenidos no necesariamente clasistas, y que por ende podían hallarse inscriptos en cadenas de significación propias de las clases dominantes o de las clases dominadas (entre esos contenidos, los más paradigmáticos son «nación» y «pueblo»). Así, la operación hegemónica paradigmática de las clases dominantes consistía en articular en su discurso de clase esos contenidos no clasistas, como pueblo o nación, pero sobre todo, en neutralizar como «diferencia» los antagonismos susceptibles de ser desplegados a partir de esos contenidos por las clases dominadas. La forma de una ideología, entonces, dependía de su principio de articulación (la que remite al conflicto de

---

preconstituido de la realidad social (el argumento se basa en una «reducción al absurdo: si las identidades están ya constituidas, no tiene sentido ninguna lucha, ninguna «batalla cultural», pues sería imposible imaginar un cambio en las «posicionalidades», en las formas en que los sujetos se constituyen por la vía de la interpelación). La hegemonía sería justamente el principio constitutivo -no sólo discursivo, pero sólo asequible en el discurso- donde las clases se constituyen como tales en una relación de antagonismo. Por consiguiente, bajo esta lectura Gramsci había oficiado el verdadero «giro copernicano» de la teoría política (y no sólo del marxismo), en tanto ésta aparece desustancializada -ya no hay identidades predefinidas- y al mismo tiempo abierta, dentro de las opciones diferenciales disponibles en una totalidad social, que para Laclau asume la forma de una formación discursiva. En su exposición en el Seminario de Morelia, Laclau resume el hallazgo de Gramsci, la superación del leninismo -aunque siguiendo su huella- y de toda forma de reduccionismo mediante una frase relativamente sencilla: «Hegemonía es la construcción de nuevos sujetos. no la simple alianza entre sujetos preconstituidos» (Laclau: 1985, 30). En *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Laclau: [1985] 2014) señalará también los límites de Gramsci respecto a las tesis «reduccionistas» de la política. Las críticas a la obra de Laclau, de Žižek a Butler (por citar sólo algunos ejemplos) en gran medida apuntan al modo en que lo que aparecía desustancializado vuelve a sustancializarse como efecto exitoso de la articulación hegemónica. Ver por ejemplo Butler, Laclau, Žižek (2004).

clases) y del modo específico en que son articulados sus contenidos no clasistas (lo que las dota de singularidad) pero igualmente constitutivos del discurso político, como el «pueblo».

Ahora bien, en el caso específico del «populismo», el «pueblo» se presenta como parte de una relación antagónica con su otro polo, el «bloque de poder» pues *«el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante»* (Laclau: [1977] 1986, 201, subrayado en el original). De este modo, allí donde las clases dominantes articulan a su discurso al pueblo y neutralizan, presentándolos como «diferencias», los antagonismos que de esos contenidos pueden ser desplegados (era la función, por ejemplo, que Laclau asignaba históricamente al radicalismo yrigoyenista en relación con el bloque de poder liberal), las clases dominadas, por el contrario, interpelan al sujeto popular como parte de un discurso impugnatorio de la totalidad del bloque de poder.

De este modo, el populismo podía ser objeto de distintos principios articulatorios (y ello explicaba la común referencia al «pueblo» en estos términos de experiencias políticas de lo más disímiles, como el agrarismo norteamericano, el populismo ruso o el peronismo). En tiempos de crisis hegemónica, la interpelación populista podía resultar compatible con el fascismo, entendido como intento de recomposición del poder de las clases dominantes por medio del aniquilamiento del enemigo; en tal caso el populismo se explicaba en virtud de la necesidad de exacerbar antagónicamente los atributos de un enemigo designado como anti popular e identificado como el causante de todo mal social. También, la interpelación populista podía resultar acorde con el «transformismo», como parte de una disputa intraelite por la cual una fracción de la misma se abroga la representatividad del pueblo para dirimir esa crisis interna. O con el «bonapartismo» -es el caso del peronismo según Laclau-, para avanzar en transformaciones sociales profundas sin cuestionar empero a fondo el poder de las clases dominantes. Pero también la interpelación populista podía articularse, según Laclau, con el socialismo. Aún más (y esta es sin dudas la conclusión que Portantiero -y también de Ípola, como veremos- no estaban dispuestos de ningún modo a extraer) para Laclau el socialismo *debía* articularse con el populismo si pretendía expresar el más «alto» y «radical» antagonismo con el bloque dominante. En palabras de Laclau:

*En el socialismo, por consiguiente, coinciden la forma más alta de «populismo» y la resolución del último y más radical de los conflictos de clase. La dialéctica entre el «pueblo» y las clases encuentra aquí el momento final de*

su unidad: no hay socialismo sin populismo, pero las formas más altas de populismo sólo pueden ser socialista». [...] El avance hacia el socialismo sólo puede consistir, en tal sentido, en una larga serie de luchas a través de las cuales el socialismo afirme su identidad popular y el «pueblo» sus objetivos socialistas. Nuevamente, en este caso, hegemonía socialista no significa destrucción lisa y llana de la antigua sociedad, sino absorción de sus elementos en una articulación nueva. Sólo cuando el socialismo ha desarrollado esta capacidad articuladora ha llegado a ser hegemónico» (Laclau: 1977, 231).

De este modo, entonces, quedaba planteada en la incipiente teoría del populismo de Laclau una relación de continuidad no necesaria, pero posible e incluso histórica y políticamente significativa entre socialismo y populismo. De la argumentación de Laclau, y parafraseando a Gramsci, se desprendía que las modalidades políticas por las cuales las clases dominadas podían convertirse en clase dirigente dependía en buena medida del éxito que consigan a través de formas de interpelación ideológicas que transformen la lucha de clases en una lucha del «pueblo» contra el «bloque de poder». En estos términos, el socialismo debía encontrarse con el populismo, pues aunque éste no puede existir más allá de las distinciones de clases (dado que toda interpelación ideológica se articula con referencia a las clases, no hay populismo sin socialismo), no menos cierto era que la radicalización de la lucha de clases demandaba, para las clases dominadas, que articulen en su discurso al pueblo en los términos del populismo -como un antagonismo entre el pueblo y el bloque de poder.

Que Laclau representaba entonces el otro interlocutor polémico de la tesis de la discontinuidad entre socialismo y peronismo defendida por Portantiero en *Controversia* lo confirma por contraste el modo en que esta distinción es elevada a niveles hiperbólicos (al punto de extenderla a la relación entre socialismo y toda clase de populismo) en «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes», un artículo firmado por Portantiero y de Ípola que salió publicado en el último número de *Controversia*.<sup>317</sup> En efecto, todo el artículo

---

<sup>317</sup> No sólo la argumentación por contraste confirmaba esta interlocución polémica. Antes de publicarse en el último número de *Controversia*, «Lo nacional popular y los populismos realmente existente» fue presentada como ponencia en el Seminario de Oaxaca (1981), que reunió a distintos científicos sociales mayoritariamente latinoamericanos, entre ellos Ernesto Laclau (pueden leerse las ponencias de este Seminario en Labastida: 1986). Un año antes se habían cruzado en el Seminario de Morelia, donde como señalamos más arriba Laclau presentó en forma de síntesis su relectura de la categoría gramsciana de «hegemonía», que fue acompañado en la publicación del Seminario por un anexo titulado «Ruptura populista y discurso» (Laclau: 1985). El carácter polémico del artículo se advierte también en el título, que parafraseaba una expresión («los populismos realmente existentes») utilizada por Laclau en *Hacia una teoría del populismo*. Además, esta expresión también implicaba una alusión crítica a la teoría de Laclau, puesto que Portantiero y De Ípola planteaban que una teoría del populismo no debía restringirse al plano discursivo, sino atenerse fundamentalmente a los movimientos históricos «verdaderamente existentes». Por lo demás, el libro de Laclau era explícitamente mencionado -con intención polémica- en el artículo de de Ípola y Portantiero (1981, 13). De Ípola continuó con la polémica en un

apuntaba a sustraer al «populismo» cualquier legitimidad (democrática) para constituirse en el mejor intérprete de «lo nacional y popular», dentro de una argumentación que en cambio pretendía demostrar por qué le correspondía al socialismo (aunque no al «realmente existente») cumplir satisfactoriamente con esta mediación política.

Para fundamentar esta idea, Portantiero y de Ípola operaban un ligero pero no menos fundamental desplazamiento en la cadena de retraducciones en torno al concepto de hegemonía que hemos analizado en este capítulo. Así, la distinción europea entre una «hegemonía pluralista», construida «desde abajo hacia arriba» (como subrayaba Buci Glucksmann), que debía desplegarse en el complejo entramado de la sociedad civil (elevado por eso mismo a momento determinante de la política, en sintonía con el modo en que Bobbio subrayaba la originalidad del concepto de hegemonía gramsciano en el pensamiento político moderno) y una «hegemonía autoritaria», construida «desde arriba hacia abajo» como producto de un enriquecimiento categorial de la «dictadura del proletariado» (según los críticos del PCI), o como efecto de la ampliación del estado (Buci Glucksmann), o como consecuencia de la autonomización del partido respecto a la clase (como podía leerse en las críticas a los socialismo reales en los debates en torno a la «crisis del marxismo») o simplemente como modalidad de recomposición del orden según el «bonapartismo», esa distinción, pues, entre esas dos hegemonías, se interiorizaba, en la nueva argumentación de Portantiero y De Ípola, como cualificaciones distintivas de «lo nacional y popular», para poder señalar entonces por qué el socialismo como autogobierno de las masas suponía una democrática producción de la hegemonía (por «pluralista») y por qué, en cambio, la producción de hegemonía típica de los populismos era autoritaria (por «organicista»). Así formulan Portantiero y De Ípola su tesis:

«[...] *ideológica y políticamente* no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. La hay en su estructura interrelativa; la hay en la aceptación explícita por parte del primero del fortalecimiento del estado y en el rechazo, no menos explícito, de ese mismo principio por la tradición teórica que da sentido al segundo. Y la hay en la concepción de la democracia y en la forma de planteamiento de los antagonismos dentro de lo «nacional y popular»: el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el estado y que niegan su despliegue pluralista, transformado [sic: debería decir transformando] en

---

interesante capítulo de *Ideología y discurso populista* (De Ípola: 1983). Vale agregar que también en 1981 el artículo de Portantiero y De Ípola fue publicado en el número 54 de la revista *Nueva Sociedad*.

oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular en base a la distinción entre «amigo» y «enemigo». (De Ípola y Portantiero: 1981, 11).

De Ípola y Portantiero no explicaban en este artículo por qué la «hegemonía socialista» era «pluralista», excepto por contraste: porque no era la hegemonía «organicista» del populismo, ni tampoco tampoco la de los socialismos «realmente existentes». En rigor, la hegemonía socialista así planteada no era otra cosa, según revelaban sus autores, que un proyecto político a futuro;<sup>318</sup> y a ese futuro se lo imaginaba democrático por el protagonismo que dentro de ese proyecto se le asignaba a la sociedad civil, que debía recuperar para sí lo que el Estado, en nombre de la Razón -sea en la versión del «dios mortal» (Hobbes), «juez imparcial» (Locke) o «yo común» (Rousseau)- le había sin embargo expropiado: el poder de definir autónomamente la voluntad «nacional y popular» (De Ípola y Portantiero: 1981, 11). Que el populismo empero se inscribía en la saga de la idolatría del estado era algo respecto de lo cual para los autores no cabía duda, pues su forma paradigmática de captura de lo nacional y popular había consistido en «desplazar los elementos antagónicos de la opresión en general» a una «expresión particularizada» de opresión, para así «interferir» las demandas de las masas con matrices conceptuales y políticas propias de la elite que dirige el movimiento social y finalmente recomponer «el principio general de dominación, fetichizando al estado (‘popular’, ahora)». (De Ípola y Portantiero: 1981, 12).

En este contundente razonamiento que en tres pasos quería poner al desnudo el proceder cuasi manipulador del «populismo» (y que por ello dejaba traslucir un tipo de enfoque instrumentalista de la política -el mismo tipo de enfoque que había sido criticado por los intelectuales socialistas en los debates en torno a la «crisis del marxismo»), evidentemente el peronismo no podía salir indemne. En este sentido, y apelando a la autoridad ya no de Gramsci, sino de Althusser, Portantiero y De Ípola aseveran que este movimiento nacional y popular (pero incurablemente estatalista) había expresado de manera eminente esta lógica, pues «constituyó a las masas populares en sujetos (el pueblo), en el mismo movimiento por el cual -en virtud de la estructura interpelatoria que le era inherente- sometía a ese mismo sujeto a un Sujeto Único, Absoluto y Central, a saber, el estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe ‘carismático’» (De Ípola y Portantiero: 1981, 12).

---

<sup>318</sup> Al inicio del artículo los autores así lo admiten: «Sabemos, por fin, que el socialismo al que aspiramos sólo existe como proyecto» (De Ípola y Portantiero: 1981, 11).

De este modo, el «insospechado lopezreguismo», según la expresión de Casullo, era el corolario extremo, pero lógico, de lo que ocurría cuando las masas se inscriben en un movimiento político heterónomo que aliena la voluntad «nacional y popular» a una referencia externa a su propia producción social. Desde luego que aquí podría surgir una objeción que apenas consideran De Ípola y Portantiero: que en lugar de «reducir» la verdad de este movimiento histórico al significado histórico de la persona de su líder, podría invertirse la relación causal para pensar a Perón como una creación genuina -una «producción social»- de estas masas; si los autores descartan esta relación causal es porque entendían que la función papal ejercida por Perón al interior del movimiento era irrefutable. Por lo demás, la propia lógica argumentativa los conducía a rechazar la idea de que Perón había sido una producción social de las masas, pues ello los hubiera obligado a reconsiderar la carga axiológica última que sustentaba la tesis defendida en este artículo: que la sociedad civil es bondadosa; y el Estado, siempre opresivo. Quedaba exhibida así una paradoja que recorría el pensamiento político de estos intelectuales socialistas en el exilio: la de reconocer que el marxismo carecía de una teoría política del Estado, lo cual significaba asignarle un rol relevante e incluso constituyente de lo político y al mismo tiempo ubicar recurrentemente al Estado como el polo amenazante de la política, esto es, como una dimensión cuya misión es expropiar cualquier producción de la voluntad nacional y popular.<sup>319</sup>

No escaseaban ciertamente razones, en el contexto sudamericano de principios de los años ochenta, para sustentar tal valoración negativa del Estado. Sin embargo, la radicalización de este anti estatalismo a través de la inscripción del peronismo, en términos tan contundentemente condenatorios, en la saga de los fenómenos políticos expresivos del carácter «modelador» del Estado en sociedades del «otro Occidente», revelaba por el revés de la trama que este proyecto político poseía rasgos «refundacionales»: construir una

---

<sup>319</sup> En un sentido distinto al que usamos aquí, Ricardo Martínez Mazzola ha caracterizado esta paradoja con una feliz expresión: «la política como promesa, el Estado como amenaza» (Martínez Mazzola: 2014). Se podría decir que para ningún marxista puede resultar paradójico considerar al Estado como amenaza, puesto que su reflexión se orienta justamente hacia su extinción. Pero si se acepta ello, entonces pierden sustento político las críticas que estos intelectuales realizaban a las concepciones «instrumentalistas» del Estado (dentro y fuera del marxismo): vaciado de racionalidad alguna, aún las teorías dispuestas a reconocer que no podía ser reducido a sus aparatos coercitivos tienen que ubicarlo como *instrumento* de un poder heterónomo a las masas. Como sea, lo que se revela aquí es que el interés por una teoría marxista del estado era entendida en términos más sociológicos que políticos, en el sentido de que lo que se reclamaba eran explicaciones que dieran cuenta de la capacidad del orden burgués para reconfigurar estatalmente sus matrices hegemónicas, antes que de reconocer al Estado como una producción social -y no cualquiera, sino con importante poder de configuración política- de las masas.

«hegemonía pluralista» suponía iniciar así un largo proceso de «desestatalización» de la sociedad, para el cual el «socialismo democrático» se ofrecía como la referencia ideológica dispuesta a relevar al peronismo, que no se encontraba en condiciones de dirigir al movimiento social por sus componentes «nacionales-estatales». En efecto, se deducía de la escisión y oposición entre las dos formas de entender lo «nacional y popular» (en clave socialista y en clave populista) que «desestatalizar» la sociedad significaba también «desperonizarla».

Igualmente polémico era el modo en que De Ípola y Portantiero entendían la relación ya no entre socialismo, peronismo y democracia, sino entre socialismo, peronismo y autoritarismo: mientras el peronismo era necesariamente autoritario, el vínculo entre socialismo y autoritarismo era «contingente». Nuevamente era la distinción entre una «hegemonía pluralista» y una «hegemonía organicista» (populismo) lo que permitía extraer esta conclusión:

«Esta confrontación entre una concepción organicista y otra pluralista de la hegemonía aparece como de importancia decisiva para poder pensar las relaciones entre democracia [...] y el socialismo y/o populismo como alternativas políticas de demandas y tradiciones.

Nuestra convicción es que la fuerte presencia de una concepción organicista de la hegemonía caracteriza a los populismos reales –como también, por cierto, en los socialismos *ad usum*, pero que en el caso de los populismos se trata de una relación congruente entre modelo ideológico y realidad que no puede ser, ni aun teóricamente, pensada como desviación. [...] Es esta concepción organicista [...] la que hace que los antagonismos populares contra la opresión en ella insertos se desvíen hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza frente a la diferencia, la unanimidad sobre el disenso» (De Ípola y Portantiero: 1981, 12. Subrayado en el original).

De este modo, contra la tesis de la (incluso deseable) continuidad pero no identificación entre socialismo y populismo que Laclau había defendido en *Hacia una teoría del populismo*, y contra el hilo conductor del razonamiento político de los intelectuales peronistas de *Controversia* -aquel que identificaba al «movimiento» como la fuente que, como en el pasado, proveería las formas y contenidos democráticos de una eventual democracia en Argentina-, De Ípola y Portantiero cerraban sus intervenciones en *Controversia* disociando tajantemente al populismo, y de ese modo al peronismo, de la democracia.

La polémica culminó con la respuesta -ya no oblicua- de Casullo y Caletti en «El socialismo que cayó del cielo», título elocuente para señalar que las posiciones de Portantiero y De Ípola actualizaban un ejercicio frecuente de los intelectuales socialistas en Argentina: el de pensar la nación y el pueblo con ideas *fuera de lugar*. La ausencia de autocrítica respecto a la actuación del socialismo en la historia argentina y en particular en relación con el peronismo, la fuga idealista que permitía valorar el carácter democrático del socialismo a partir de un pluralismo nunca verificado en los «socialismos realmente existentes», la doble vara con que se ponderaba al peronismo en virtud de sus fracasos reales y al socialismo, en cambio, en virtud de sus «promesas», el desprecio por las formas y contenidos democráticos producidos por el «pueblo peronista» para pensar desde ese suelo la complejidad de un eventual escenario democrático en Argentina (en contraposición con el interés que los intelectuales socialistas demostraban para incorporar en su agenda a problemáticas ligadas con el giro de las izquierdas tras las revueltas europeas de fines de los sesenta), conformaban las críticas que Casullo y Caletti desplegaron en «El socialismo que cayó del cielo».<sup>320</sup> Todas ellas desembocaban en una misma idea: que los intelectuales socialistas de *Controversia* fracasaban en su intento de traducir, con la lengua del socialismo, los dilemas actuales de la nación argentina. No sólo por ello no habrían aprendido la lección del exilio; también por reproducir una colocación intelectual o un «lugar de enunciación» cara a las vanguardias, cuya trágica derrota, y para ser pensada, había reunido a estos intelectuales en *Controversia*:

«Durante mucho tiempo la izquierda peronista y no peronista se preguntaron qué le faltaba o de qué carecía el pueblo, que no accedía al «momento» de nuestros planteos socialistas. Hoy sería cuestión de preguntarse -desde otra forma de optimismo y de confianza- qué pretenderá nuestro pueblo desde su conciencia y memoria, en esa lucha tan carcelaria y dramática que le tocó en suerte y lleva adelante» (Casullo y Caletti: 1981, 10).

Ponerse a la escucha de la voluntad popular constituía así el punto de partida crítico para los intelectuales peronistas, que de este modo acusaban a los socialistas de incurrir en nuevos

---

<sup>320</sup> De algún modo todas estas críticas aparecen condensadas en el siguiente pasaje, donde Caletti y Casullo de algún acusan a De Ípola y Portantiero de practicar un modernismo teórico impostado (e importado) donde sin embargo renuncian a pensar algunas de las derivas de las revueltas sociales y políticas de fines de los sesenta: «La amplitud que debe tener una concepción superadora del esquemático' partido del proletariado no reingresa como problema desde las referencias del complejo, contradictorio e incorporativo movimiento peronista sino por el 'descubrimiento' del feminismo, el ecologismo y ciertos extraparlamentarismos contestatarios del viejo continente con su copiosa bibliografía. [...] Como se ve, casi todo regresa desde lo que llamábamos *la historia reemplazante* del socialismo: [...] una suplantación de los datos precisos de nuestra historia, como si las abstracciones socialistas pudieran pasarla por alto y armar hoy los nuevos preciosismos de las crisis» (Casullo y Caletti: 1981, 8-9. Subrayado en el original).

modos de «teoricismo», en los términos en que analizamos esta cuestión en el capítulo anterior. El corolario político de este debate intelectual era claro para los intelectuales peronistas: el socialismo no ofrecía el código para traducir democracia y movimiento popular en una eventual Argentina posdictatorial. Sin embargo, con los resultados de las elecciones presidenciales de 1983, dejaría de resultar obvio que los intelectuales peronistas tuvieran en su poder ese código.

### **De la Revolución a la democracia**

En un artículo publicado en *Punto de Vista* ya en el contexto de la recuperación de la democracia en Argentina (el artículo se basaba sin embargo en una ponencia presentada en España en 1981), Portantiero volvía a subrayar sus sospechas sobre las connotaciones autoritarias de la categoría de hegemonía. Pero esta vez esas sospechas no apuntaban a un actor social -el peronismo, el estalinismo- del cual se pudiera predicar una concepción autoritaria de la hegemonía, sino al núcleo mismo de la obra Gramsci:

« 'Hegemonía' tiene tantas (o más) potencialidades totalitarias que "dictadura". Y habría que decir que esas potencialidades no son de ningún modo ajenas a algunas ambigüedades que aparecen en el propio Gramsci, quien a veces define al socialismo como sociedad autorregulada y otras parece exaltar la constitución de un bloque histórico en el que "estructuras" e "ideologías" se recompongan de manera orgánica "en un 100%". (Portantiero: 1984, 5).

De manera concomitante con el «descubrimiento» de los componentes «autoritarios» del pensamiento gramsciano, Portantiero se acercaría selectivamente a las tradiciones pactistas. Es célebre la frase del artículo de *Punto de Vista* (el mismo que citamos antes: «Democracia y socialismo: una relación difícil») que abrió el camino a ese acercamiento selectivo: «a la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes» (Portantiero: 1984, 5).

Sin embargo, en este capítulo analizamos los intentos de la franja de intelectuales socialistas por reunir socialismo y democracia en el contexto del exilio. Gramsci, y no Locke, aparecía como la referencia destinada a mediar ante el momento rousseauiano de una voluntad general desbordante de las garantías constitucionales, y ante un estatalismo que al modo hobbesiano reclamara para sí el exclusivo poder de instituir la realidad política. La idea de una «hegemonía pluralista» cumplía esa mediación: en tanto pluralista, resultaba compatible

con la democracia moderna; en tanto «societalista», ofrecía una alternativa a formas de socialismos -las realmente existentes- estatalizadas.

La discusión en torno al peronismo en *Controversia* puso en escena el carácter histórico y mediado de esta apuesta: la idea de una «hegemonía pluralista» no era sino un punto de llegada dentro de un recorrido signado por no pocas torsiones políticas y conceptuales. En este recorrido por los «usos de Gramsci» en el exilio, era posible apreciar cómo una categoría como la de hegemonía aparecía sobredeterminada por múltiples escenas y debates históricos: la derrota del proyecto revolucionario, la crisis del marxismo, el giro del PCI hacia el «compromiso histórico» y el eurocomunismo, la insidiosa persistencia del populismo como problema teórico y político.

Cuando la Revolución todavía era una apuesta a jugar en las lides históricas, la categoría de hegemonía orientaba la preocupación político-intelectual por instituir formas no mecánicas de mediación entre el sujeto revolucionario y las masas, entre la vieja institucionalidad y la nueva (que debía surgir en la fábrica), entre el capitalismo dependiente argentino y la nueva sociedad socialista. «Hegemonía» significaba así producir el socialismo, pero en una «larga marcha» que reuniría múltiples cuestionamientos sociales. Era el momento de la «dirección», dentro de una apuesta que no podía «excluir a priori» la coacción, el salto cualitativo o la dimensión dictatorial de la institución revolucionaria. El comité de redacción de *Pasado y Presente* esperaba que Montoneros, como frente de masas y ejército popular, sería capaz de interpretar su misión histórica entre estas coordenadas.

En el exilio, las condiciones históricas de interpretación de la categoría gramsciana de hegemonía cambiaron profundamente, aunque permaneció, ciertamente resignificado, ese molde «societalista» ya reconocible a inicios de los años setenta en la teoría de la revolución argentina. En este nuevo contexto, ese molde «societalista» fue retomado dentro de un razonamiento que se proponía legitimar el pasaje de una sociedad con las características del «otro Occidente» a una sociedad cuya democratización suponía su «desestatalización». De la discusión italiana y más en general europea sobre la teoría política del marxismo se podía extraer una conclusión: que en la categoría de hegemonía estaba la cifra de una nueva manera de pensar la transición al socialismo, una alternativa a seguir entre la «dictadura del proletariado» y la «revolución pasiva». El enfrentamiento entre el «pluralismo» y el

«autoritarismo» fue reconceptualizado en obras como *Los usos de Gramsci* (Portantiero: 1977) como el enfrentamiento entre una hegemonía tendiente a construir una voluntad «nacional y popular» y una hegemonía «nacional-estatal». Así, si el tercer momento de la «Revolución burguesa» -la dictadura argentina- era representativa de esta última, la democracia socialista se identificaba en cambio con la producción de una voluntad «nacional y popular» en condiciones de disputarle al «populismo» en crisis el monopolio de su legítima interpretación política.

En *Controversia* esa disputa ocupó el centro de los debates, al interiorizarse el dualismo al interior del propio espacio de lo «nacional y popular». En el contexto de esta discusión, el populismo expresaba para intelectuales como Portantiero y De Ípola una concepción «organicista» y por ende «estatalista» de la hegemonía que le impedía ejercer con derecho la dirección de un movimiento social orientado a encarar un proceso democratizador en Argentina. Ello le correspondía en cambio a un proyecto político a inventar: el socialismo entendido como construcción pluralista de la hegemonía, dentro de una sociedad cuya democratización coincidía con su «desestatalización» y por ende, con su «desperonización». Los rasgos «refundacionales» de este proyecto político apenas esbozados eran indisimulables.

Para los intelectuales peronistas, lo que demandaba la nueva hora no era una «refundación» sino la recuperación de aquello que, aunque se había manifestado en la historia, no había sin embargo podido desplegarse a fondo: las formas y contenidos democráticos del movimiento peronista. Ese «movimientismo» -evocado por Casullo, Caletti, Argumedo e incluso, de manera insospechada, por Laclau- implicaba admitir la derrota del proyecto revolucionario, tramitar democráticamente el relevo de Perón y colocarse a distancia de los nuevos «teoricismos» socialistas. Ahora bien, si las posturas estaban tan simétricamente enfrentadas, era porque en definitiva también lo estaban las conclusiones que cada sector creía necesario extraer sobre la derrota del proyecto revolucionario: para los intelectuales socialistas, de la derrota del proyecto revolucionario se desprendía la necesidad de construir una sociedad nueva -*La Ciudad Futura* será el nombre de la revista de los socialistas en los ochenta-,<sup>321</sup>

---

<sup>321</sup> El nombre de la revista suponía una nueva cita con Gramsci, pero esta vez a sus escritos previos a la experiencia «ordinovista» y a la fundación del Partido Comunista Italiano. Se trataba, así, del Gramsci que escribe en calidad de representante de la Federación Juvenil Socialista, impactado por Lenin pero no por el «marxismo leninismo», en fin, un Gramsci vinculado a «socialismos» no reductibles al «comunismo». Estas formas de socialismo «no comunistas» -o no identificadas plenamente con el comunismo- se volvieron relevantes para esta franja intelectual en los años ochenta, como se aprecia en la revisión de la historia del

hasta allí desconocida -por sus rasgos formal y sustancialmente democráticos- en la historia argentina. Para los intelectuales peronistas, el reconocimiento de la derrota invitaba por el contrario a redescubrir la historia popular, para desplegar una potencia -el poder de un pueblo que produce sus propias formas y contenidos democráticos, al decir de Casullo- coartada por los errores políticos de la izquierda peronista, la incompreensión de los intelectuales marxistas y la dura represión desatada por el «insospechado» lopezrreguismo primero y los militares después. En ambos casos, ese atisbo de encuentro entre socialismo y peronismo -bajo el signo de la Revolución- condensado en 1973 quedaba definido, en las páginas de la revista, como una escena del pasado. Una escena alucinada.

¿Existieron voces en *Controversia* que intentaron prolongar ese efímero encuentro, aunque en términos ya no revolucionarios sino democráticos, entre socialismo y peronismo? Como señala Martina Garategaray (2019) en un trabajo aún inédito, en medio de la discusión *in crescendo* entre socialistas y peronistas surgieron posiciones que, como la de Julio Godio (1980b), buscaron construir un espacio de mediación entre socialismo, peronismo y democracia desde el problema de la condición obrera en un tiempo donde la «guerra imaginaria» había terminado. Algunas intervenciones de Ernesto López (1981), sobre todas aquellas centradas en la necesidad de filiar la idea democrática con la idea nacional, también se orientaron en ese sentido. Sin embargo, ninguna de estas voces adquirió el peso suficiente como para que pudieran torcer el rumbo en que había sido planteada esta discusión.<sup>322</sup> Esa voz potente surgió en cambio en el perímetro externo de la revista: fue la de Ernesto Laclau, quien a partir de un descomunal categorial reunió en una trama discursiva común al socialismo con el populismo.

Como sea, con el divorcio entre socialismo y peronismo se cerró la experiencia de *Controversia*. Visto retrospectivamente, un «mismo» asunto, el peronismo, indagado desde problemáticas bien disímiles -de la pregunta por sus potencialidades revolucionarias en *Pasado y Presente* a la polémica, planteada en *Controversia*, sobre la relación entre

---

socialismo en Argentina y el rescate de una figura que en los sesenta y setenta causaba indiferencia o repudio: la de Juan B. Justo. Ver Aricó (1999 [1981]).

<sup>322</sup> En los años ochenta esta discusión se prolongó y se generaron nuevas instancias de debate. *Los días de la Comuna* (González: 1986) y la mesa (titulada «Democracia y Cambio Social») organizada en 1985 por la revista *Unidos*, en la que participaron, como socialistas y representantes de la revista *Punto de Vista* Aricó, Altamirano, Portantiero (mientras que en calidad de «intelectuales peronistas» participaron Argumedo, Casullo, González, Palermo, Bárbaro y «Chacho» Álvarez), dan cuenta de la continuidad de este debate. Sobre esta «mesa de discusión» y, en general, sobre la revista *Unidos*, ver Garategaray (2018).

peronismo y democracia- terminó delimitando un tiempo político de profundos cambios en las expectativas colectivas, que en este capítulo analizamos desde la perspectiva de una singular franja intelectual. Situada entre dos primaveras efímeras (la camporista y la alfonsinista) y una honda tragedia -la experiencia del terror-, *Controversia* exhibió los dilemas, las derrotas y las transfiguraciones de la cultura de izquierdas argentinas, a la que a su vez renovó con nuevas ideas. Dejó de este modo una huella a indagar, en un período que, no es exagerado decirlo, condensó el nudo y el desenlace de la historia argentina reciente.

## EPÍLOGO: DERIVAS DE *CONTROVERSIA*

Al inicio de esta investigación sostuvimos que *Controversia* fue una revista de «pasajes», en la que se podía leer las transformaciones que se produjeron en una franja intelectual representativa de la cultura de izquierdas argentinas entre inicios y fines de los años setenta. Aquello que la destacó en la historia cultural argentina reciente es el modo en que se elaboró en sus páginas la derrota del proyecto revolucionario, en medio de la crisis civilizatoria que supuso en Argentina el terrorismo de estado.

En esta investigación buscamos comprender la ruptura que produjo esta publicación matizando la idea de que instituyó un «comienzo nuevo» en el exilio (una imagen no pocas veces evocada por sus integrantes en sus miradas retrospectivas) para poner el énfasis en los desplazamientos conceptuales y políticos sobre cuyo trasfondo se tornan justamente reconocibles las notorias novedades que se desplegaron en sus páginas. De aquí el interés por reconstruir las mediaciones, las torsiones e incluso los modos en que insidiosamente reaparecían los fragmentos de ese pasado que se pretendía instituir como tal. También por reconocer los sentidos liberados en las operaciones críticas de clausura y reapertura de agendas problemáticas que tuvieron lugar en la revista. Bajo la perspectiva que ofrece esta historia de desplazamientos, *Controversia* fue a la vez la última revista de la «nueva izquierda intelectual» surgida a fines de los años cincuenta, y la primera revista de la «nueva izquierda democrática».

Aunque se autocomprendió como un nuevo comienzo (basta releer el editorial primero), *Controversia* fue una revista de desplazamientos, en sus múltiples sentidos: remover, moverse en el tiempo y espacio, transformar lo repudiado (lo que la derrota había colocado en ese lugar: el socialismo, el peronismo, la revolución) en configuraciones políticas más aceptables en tiempos donde la sociedad argentina -mejor dicho: las clases populares y una fracción importante de sus clases medias- conocieron formas de disciplinamiento extremas. También fue una revista de reagrupamientos, reafiliaciones, y reconstrucción de subjetividades dañadas por el terror. Y una despedida de la impronta juvenilista de los años sesenta.

La revista constituyó un espacio de circulación de la palabra polémica y sostuvo a la política como referencia central para pensar y resituarse en la historia: aquí estuvo cifrado su modo de resistir al terror. También fue un «laboratorio de ideas» cuya operación crítica principal, a nuestro entender, consistió nuevamente en «desplazar» una biblioteca política, clausurando algunas de las zonas del sentido a la que ella conducía y liberando otros años antes insospechados.

Este movimiento se aprecia bien con los usos de una de las categorías fundamentales con las que trabajó la revista: la categoría de «hegemonía». Es esta categoría la que mediatizó el pasaje de la revolución a la democracia, desde una acepción que la incluía como pieza central de la teoría de la «revolución argentina», elevando los componentes democráticos de una larga marcha en la que sin embargo no se podía «excluir a priori» la intervención de una vanguardia en «sentido fuerte» que dirimiera a favor de las clases populares la crisis justamente hegemónica argentina, hasta el «socialismo democrático», entendido como prolongada «guerra de posiciones» que venía ahora sí a relevar al momento «dictatorial» de la transición al socialismo por canales que aspiraban a construir formas políticas alternativas, pero no irrespetuosas (ese era el sentido de la «hegemonía pluralista»), de la «democracia formal». Con los intelectuales peronistas, la figura del «desplazamiento» se vuelve igualmente significativa para captar el movimiento de conjunto: los intelectuales peronistas que formaron parte de la revista estaban lejos de proponer un peronismo nuevo, pero sí buscaban a un peronismo otro, clausurado en el pasado reciente según entendían a causa de alternativismos, basismos, y del «insospechado lopezrreguismo» -un sintagma que aludía y pero también elidía evaluar qué papel había jugado Perón en la crisis política y espiral de violencia entre su regreso a la Argentina y su muerte. Se trataba, así, de un retorno a las fuentes no de febrero de 1946 sino de la Resistencia, que podía ser retraducido en la clave «movimientista» según la cual «el pueblo produce las formas y los contenidos democráticos».

La crítica a las organizaciones revolucionarias también se produjo dentro de una historia de desplazamientos. Buena parte de ellas ya habían sido adjudicadas al clasismo o a las guerrillas marxistas hacia 1973, y la derrota del proyecto revolucionario ya se percibía, incluso en cartas inconclusas en busca de destinatarios, antes del exilio. Pero en el exilio no sólo se generalizaron esas críticas -por su común «foquismo»- a todas las organizaciones (especialmente a la más importante, Montoneros) sino también resultó posible decir lo nuevo

con fragmentos decisivos (la categoría de hegemonía) de una lengua heredada que había sido, sin embargo, alcanzada por la derrota y los efectos del terror. La «nueva lengua en el exilio» resultó aquella que no estaba dispuesta a reconocerse en su precedente, a la que acusaba de «militarista», «vanguardista», «elitista» e, incluso, «terrorista». En una y otra estaba Gramsci, lo que ya no estaba, o mejor aún, se desplazaba hacia el pasado, era la Revolución.

Pero si era posible desplazar la Revolución hacia el pasado, era porque podía proyectarse hacia un futuro -políticamente pensable, pero aún históricamente incierto en el exilio- una nueva politicidad para las izquierdas. La aceptación del discurso de los derechos humanos (un lenguaje ciertamente novedoso para esta franja intelectual) habilitaba en un mismo movimiento, en la palabra de Schmucler, prefigurar una sociedad otra a partir de nuevas prácticas políticas y a la vez trazar un corte con las organizaciones revolucionarias, que debía ser tan profundo como el rechazo de las matrices sacrificiales que habían hecho posible la distribución, entre los militantes de estas organizaciones, de la píldora de cianuro. Pero aún en este momento donde la novedad era por todos los medios subrayada, reaparecía aquello que buscaba ser desplazado: voces de sobrevivientes que reivindicaban al proyecto revolucionario, nuevas convocatorias a la lucha de clases en lenguaje humanitario. También lo desplazado retornaba, pero en otro plano político, a través de las equiparaciones entre militares y revolucionarios que circularon en la revista, y que sin ser las mismas dialogaban con el repudio anti subversivo previo y ulterior al golpe militar de 1976, y más fluidamente aún con lo que en los años ochenta se conocería como la «teoría de los dos demonios». La discusión que se había iniciado así con el reconocimiento de la «actualidad de los derechos humanos», terminaría asumiendo en *Controversia* la forma de ácidas polémicas, lacerantes constataciones, y el llamado a distinguir, según planteaba Bufano con un lenguaje con resonancias combatientes, entre la necesaria autocrítica y la «capitulación».

El modo en que al interior de la revista se repensó la politización de la palabra intelectual exhibió de modo eminente este movimiento de desplazamiento. No constituía ninguna novedad asociar al intelectual de izquierda con la «crítica»; lo que en cambio resultaba una novedad era la desinscripción de la crítica del paradigma revolucionario para reinscribirla en horizontes «democráticos». Así, lo que había sido asumido como evidente en la nueva izquierda intelectual de los años sesenta, a saber, que la forma radical de la crítica era la Revolución, aparecía problematizado en aquellos debates que indagaron qué significaba el

«compromiso» en el exilio, cómo debía colocarse el intelectual respecto a las memorias de los desaparecidos, o cómo había que interpretar, en términos políticos, los últimos días de ese intelectual revolucionario que fue Rodolfo Walsh. Desplazar la crítica de sus imbricaciones revolucionarias para insertarla en el horizonte de transformaciones democráticas constituyó el corolario de un razonamiento que incluía entre sus premisas la constatación de que las objeciones de Walsh a Montoneros resultaban ilegibles para el campo revolucionario, lo cual a su vez corroboraba la imposibilidad de tramitar desde el reservorio crítico de Montoneros la crisis misma de esta organización. La recomposición de la función de la crítica mostraba así lo rotundo que aspiraba ser el corte en una revista como *Controversia*, cuya profundidad sólo se comprende, sin embargo, si se lo inscribe en la serie de desplazamientos en que tuvo lugar.

En la conceptualización de la dictadura surgió una de las hipótesis más notables que se formularon en la revista: que con el terror militar, y la política que ella implicaba, se terminaba el «empate hegemónico». Esta constatación, efecto crucial de la «derrota», no sólo anunciaba un cambio de rumbo en la dimensión de la economía (asunto al que sin embargo la revista, a través de Carlos Ábalo, le dedicó muchas páginas) sino sobre todo en la estructura social y en las relaciones entre Estado y sociedad. Una de las intuiciones más notables, pero también sombrías, que se transformó en idea en la revista, indicaba que esa reorganización del capitalismo argentino hegemónizada por la burguesía agraria y los capitales de las finanzas internacionales estaba generando al mismo tiempo la reunificación de las clases propietarias y la fragmentación de las subalternas en Argentina. Portantiero interpretó en las «Bases políticas» de la dictadura un intento afín al que estaban llevando adelante las distintas dictaduras del Cono Sur (a las que la revista pretendía indagar en diálogo con los estudios sobre los nuevos autoritarismos que desplazaban de la agendas de las ciencias sociales a las distintas versiones de la teoría de la dependencia): promover un nuevo «pacto estatal», institucionalizar lo que el terror había ya impuesto, y definir de modo tutelado las condiciones de la propia sucesión del régimen. ¿Había que aceptar ese pacto desde posiciones defensivas para aprovechar las condiciones que podría generar para el reagrupamiento de las clases populares o en cambio había que rechazarlo rotundamente? Las polémicas respuestas que se generaron alrededor de esta pregunta en la revista se fueron sin embargo apagando tan pronto se iba constatando en los análisis de coyuntura, pensados una vez más gramscianamente como análisis de «relaciones entre fuerzas sociales», que a diferencia de los

casos chilenos y brasileros, la dictadura argentina evidenciaba serias limitaciones políticas, entre las que se contaban sus propias fracturas internas, para transformar la dominación en un nuevo esquema institucional, y que su margen de maniobra comenzaba a acotarse al ritmo en que afloraba la crisis económica y social que ya 1981 era indisimulable en Argentina, sin que ello sin embargo permitiera asegurar que el «polo civil» estuviera en condiciones, si ello era lo que se proponía, de capitalizar para sí esa situación ya no de «empate», pero sí de «empantanamiento político».

Si esta nueva izquierda intelectual en el exilio reclamaba para sí el atributo de «democrática»: ¿cómo pensarla en el contexto de la recuperación de posiciones del liberalismo en un mundo que ya tomaba nota de la crisis del estado de bienestar? ¿qué hacer con ese lenguaje republicano al que apelaba la dictadura para presentarse como «democrática»? ¿cómo pensar una democracia popular alternativa a estas formas y al incipiente discurso neoliberal que la revista avistó? Y la pregunta más importante: si la nueva izquierda democrática consideraba a la democracia formal como un «fin en sí mismo»: ¿qué diferenciaba a la democracia popular del liberalismo? También en este punto la ruptura se percibe mejor a través de la reconstrucción de los desplazamientos: el discurso liberal se interiorizó en *Controversia* no a partir de una reconsideración de la tradición liberal argentina, sustancialmente repudiada en la revista en términos afines a los precedentes a la derrota del proyecto revolucionario, sino en virtud de la reconfiguración de las distinciones políticas últimas: del clivaje entre democracia formal y democracia sustantiva, al clivaje autoritarismo y democracia como organizador de las distinciones políticas últimas. Este acercamiento al liberalismo fue advertido en la propia revista (y más allá de sus páginas) y en este sentido podrían leerse los intentos por conjurarlo; de allí la recuperación de las voces más libertarias de la tradición socialista, como Rosa Luxemburgo, la referencia al Partido Comunista Italiano como experiencia política representativa de la «hegemonía pluralista», la edición por parte de Aricó de *El concepto de lo político* de Carl Schmitt a modo de sombra a evocar en su *pars destruens* de la tradición liberal y la inversión de Casullo del discurso de la dictadura, por el cual se afirmaba que el peronismo no era lo otro de la democracia liberal, sino el movimiento que la había llevado a sus momentos más transformadores.

Esta «incómoda» interlocución con el liberalismo se veía estimulada por la necesidad de trazar un nuevo corte que sin embargo se venía elaborando desde los años sesenta: el corte

con los «socialismos realmente existentes». *Controversia* proporcionó algunas de las pistas luego devenidas en libros notablemente sugerentes respecto al modo en que desde Sudamérica era posible pensar desde la «crisis del marxismo». Lo que inicialmente se planteó como una revisión crítica de la teoría se transformó en un cuestionamiento de su estatuto en la tradición marxista. Nuevas líneas de sentido se liberaron a partir del estallido de una concepción cerrada de la totalidad social, que permitían ubicar a América Latina como la historia desde la cual se podía observar de manera singular la crisis de la razón sistémica pero también imaginar nuevos futuros posibles para el socialismo, para desandar a finales del siglo XX el desencuentro que se había producido entre Marx y Bolívar en el siglo XIX. Ello suponía desde luego un nuevo desplazamiento: el encuentro entre marxismo y nación ya no aparecía mediado por una «teoría de la revolución» sino por la constatación de su fracaso.

Estas líneas de sentido que abrían un nuevo campo de exploraciones teóricas y políticas encontraron prontamente sus límites una vez que este problema (el vínculo entre marxismo y nación) se desplazaba desde América a la Argentina. Pues si respecto a América Latina había quedaba abierto como programa de investigación la indagación de la trama que había desunido al socialismo y la nación (pero bajo la expectativa de que una vez evidenciada las razones de ese desencuentro sería posible recomponerlo bajo nuevas formas mediadas por la democracia), respecto a Argentina, en cambio, la mirada de los intelectuales socialistas de la revista se invertía: el fugaz encuentro entre marxismo y peronismo en la coyuntura dramática argentina de 1973 quedaría catalogado como una escena alucinada, razón por la cual la reflexión desde el exilio debía abocarse a señalar la incompatibilidad política entre ambas tradiciones, en virtud de los residuos estatistas del movimiento nacional y popular que se tornaba necesario «purificar» bajo una nueva agenda democrática para esas sociedades sólo inorgánicamente articuladas del «otro Occidente», según la conceptualización de Portantiero en *Los usos de Gramsci*. Pero también en virtud, si analizamos el mismo asunto desde la perspectiva de los intelectuales peronistas, de las ideas «desarraigadas» de los marxistas argentinos. A su modo, socialistas y peronistas confrontaron sobre un suelo común: aquel que se apoyaba en el conjuro de la «equivoca escena» que había desembocado en 1973, esa misma que condensó con intensidades inéditas la idea de que aunque sea de modo polémico, marxismo y peronismo se requerían mutuamente para autocomprenderse y proyectarse en la

historia argentina. Eso había sido, en gran medida, la «nueva izquierda intelectual» que alcanzaba su ocaso en el exilio.

Desmontada esa escena, se abría la posibilidad de una alternativa «refundacional» para la nación, la del «socialismo democrático», entendido como «voluntad nacional y popular» en condiciones de relevar a la «voluntad nacional y estatal» en que no sólo, pero principalmente, había quedado capturado el populismo. La alternativa de los «reflexivos» era otra: recuperar las potencialidades anti autoritarias y sustantivamente democráticas de un peronismo movimientista. La última estación de este conjunto de desplazamientos dejaba así en evidencia la transfiguración del punto de partida: el peronismo, un lustro antes de *Controversia* indagado por sus potencialidades revolucionarias, era evocado en el exilio para pensar sus potencialidades o imposibilidades democráticas. Quedaba así consagrado, en esta nueva manera de indagar al movimiento nacional y popular, el pasaje de los años setenta a los ochenta en la cultura de izquierdas argentinas.

### **Entre Alfonsín y Kirchner**

Sería motivo de otra investigación indagar las huellas que dejó esta revista en el campo cultural argentino reconfigurado tras la recuperación de la democracia en 1983. Por esta razón, y dado que en los cierres de los capítulos en que se divide esta investigación hemos anticipado algunas líneas indicativas del modo en que las problemáticas abordadas se proyectaron hacia el futuro, a continuación simplemente señalamos de modo global cómo algunas de las ideas planteadas en *Controversia* permearon y quizás también contribuyeron a definir algunos de los rasgos del campo cultural argentino desde la recuperación de la democracia en Argentina.

Los intelectuales que formaron parte de *Controversia* fueron protagonistas de ese campo cultural renovado y reconfigurado a partir de 1983. Se integraron activamente como parte de una franja de intelectuales «crítica» por el modo en que pensó el tipo de politización admisible y deseable para un intelectual en democracia y «letrada» por la centralidad conferida a los libros y revistas como los soportes materiales casi exclusivos de las intervenciones intelectuales, pero sobre todo por la fuerte apuesta por construcción de la legitimidad de la palabra intelectual en el seno de las universidades, a partir de un proyecto de «modernización cultural» en el que la idea de «modernización académica» tuvo un peso no

menor. Ciertamente, y como también ocurrió en México, estos intelectuales se inscribieron en este campo en diferentes escenarios: no sólo en sede académica sino también en otros espacios de sociabilidad no específicamente universitarios como el Club de Cultura Socialista. En este nuevo contexto, revistas como *Punto de Vista* y *La Ciudad Futura* -y en mucha menor medida *Unidos*- oficiaron de instancias de mediatización de estos diversos pero concurrentes espacios sociales y se constituyeron (sobre todo *Punto de Vista*) en organizadoras de una cultura crítica y democrática de izquierdas.<sup>323</sup>

Si no una huella, un anticipo que proporcionó *Controversia* de uno de los rasgos destacados del proceso que se abrió en 1983 en Argentina fue la adhesión abrumadoramente mayoritaria de los intelectuales a la democracia. Que ello resultaba una novedad surgía del solo contraste entre esta actitud y el modo en que los intelectuales argentinos se vincularon con la democracia en otros momentos de la historia argentina del siglo XX.<sup>324</sup> Pero algo más anticipaba *Controversia* respecto al vínculo entre intelectuales y la idea democrática: que esta adhesión no se producía solamente por razones «reactivas», sino como parte de un nuevo ideario e incluso de una nueva identidad intelectual. Esa nueva identidad fue enfáticamente ratificada, sobre todo por parte de los intelectuales socialistas, cada vez que se percibió desafiada por episodios que de algún modo ofrecían reminiscencias de los años setenta, como puede apreciarse en la condena rotunda desarrollada en *La Ciudad Futura* del fallido intento de copamiento del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 (La Tablada) por parte de un

---

<sup>323</sup> *Punto de Vista* fue fundada por Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, que se constituyó en su Directora. Se publicó entre 1978 y 2008. Aricó formó parte del Consejo de Dirección de esta revista desde el número 20 hasta su muerte. Portantiero también se sumó al Consejo de Dirección en el número 20 y formó parte del mismo hasta el número 52. Oscar Terán se sumó al Consejo Asesor a partir del número 53. En todo este tiempo Aricó, Portantiero y con asiduidad Terán publicaron diversos artículos sobre cultura y política en la revista. *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista* fue dirigida por tres miembros de *Controversia*: Aricó, Portantiero y Tula. También participaron como miembros de su Comité Editorial Terán, Godio, Sarlo, Altamirano y Nun (entre otros). Entre 1986 y 1998 se publicaron 49 números. Luego se volvió a publicar entre 2001 y 2004. La revista *Unidos* reunió en cambio a intelectuales peronistas. Se editó entre 1983 y 1991 y fue dirigida por Chacho Álvarez. Alcira Argumedo, colaboradora de *Controversia*, intervino en esta revista. Sobre estas publicaciones y espacios sociales ver entre otros Patiño (1997), Ponza (2013) Martínez Mazzola (2014, 2015 y 2016), Garategaray (2018) y Mercader (2018).

<sup>324</sup> Como señaló ácidamente Tulio Halperín Donghi, hasta 1983 el vínculo entre intelectuales y profesionales con la democracia había sido extremadamente complejo en el siglo XX argentino: “Su perplejidad [la de los intelectuales y clases profesionales] ante las opciones planteadas por un orden político [la democracia] tan distinto del que se les había enseñado a esperar los llevaría en 1930, en 1945, en 1955, en 1973 a poner su peso, y el de un séquito que –aunque siempre minoritario- tendía a crecer en momentos de crisis, en favor de salidas disruptivas de signo muy variado, que iban a tener sin embargo en común acudir a instrumentos de cambio distintos al sufragio universal” (Halperín Donghi: 1994, 14-15). *Controversia* anticipó este giro a partir de los problemas que habilitó indagar en torno a la discusión de la derrota del proyecto revolucionario, los nuevos autoritarismos y la crisis del socialismo real.

sector del Movimiento Todos por la Patria en febrero de 1989.<sup>325</sup> Al mismo tiempo, ese nuevo compromiso con las nuevas reglas de la democracia estuvo acompañado por la delimitación de un campo de investigaciones que podía ser filiado con lo que el primer editorial de *Controversia* se anunciaba como proyecto: imaginar series teóricas que reemplacen a las «derrotadas» para dar lugar a una «práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad». Esas series debían girar, pues, en torno a la democracia.

De este modo, el encuentro de esta franja intelectual con la democracia iba de la mano de una nueva misión para los intelectuales «críticos» y «letrados»: la de reformular las bases políticas e intelectuales de la cultura de izquierda en el país. El punto más ambicioso y de mayor resonancia política de este programa aconteció en el momento en que el ex presidente Alfonsín convocó, durante su gobierno, a un sector de esta franja para construir un discurso que contribuya a refundar la cultura política argentina.<sup>326</sup> De esta manera, a través de la palabra presidencial, la transformación de la cultura política de izquierdas argentina, un propósito declarado como tal en *Controversia*, se volvió programa de regeneración de la entera cultura política nacional sobre bases democráticas. En el Discurso de Parque Norte (diciembre de 1985), y sobre la base de un guión escrito entre otros por dos intelectuales que intervinieron en *Controversia* (Portantiero y De Ípola),<sup>327</sup> Alfonsín amplificaba en estos términos los efectos de una reflexión que había comenzado en el exilio mexicano: «En diciembre de 1983 se inicia por primera vez un esfuerzo de democratización basado en la conciencia de que la clave de los pasados regímenes autoritarios residía menos en la fuerza intrínseca de los mismos que en las posibilidades que tenían de asentarse sobre una cultura política disponible para aceptarlos» (Alfonsín: 1985, 562). Hasta en el ritmo del fraseo de pasajes del discurso de Alfonsín como éste podían reconocerse los ecos de *Controversia*.

La idea de «autogobierno del pueblo» como cifra de la «democracia socialista», defendida en *Controversia* como una versión superadora de las definiciones de la «democracia obrera» basadas en criterios «productivistas», incluía un componente de «participación popular» a desplegar en la «lucha hegemónica» y un componente de «autolimitación del poder popular» basado en el debido respeto de las reglas de la democracia formal. Ambos aspectos (la democracia como participación y la democracia como autolimitación) sobrevivieron al precio

---

<sup>325</sup> Ver Martínez Mazzola (2015).

<sup>326</sup> Ver Ponza (2013).

<sup>327</sup> Sobre la participación de Portantiero y De Ipola en el Discurso de Parque Norte ver De Ipola (2004).

de una importante adecuación al lenguaje pactista en el «Discurso de Parque Norte». Así podía apreciarse tanto en el “pacto de garantías” que definía las cláusulas formales de inclusión y respeto del juego democrático como en el «pacto democrático» que debía darle sustancia a la forma democrática, y que se articulaba a través de tres vértices: la participación popular, la ética de la solidaridad y la modernización del Estado. Se trataba desde luego de un nuevo desplazamiento, en el que el Discurso de Parque Norte terminaba de consagrar para un sector de esta franja intelectual la sustitución de la «hegemonía pluralista» como eje del «socialismo democrático» por un nuevo molde contractualista que al fragor de la efímera «primavera democrática» retenía de aquellas reflexiones en el exilio la confianza en la sociedad civil como agente de transformaciones históricas de relieve. Con todo, este giro de algún modo estaba anticipado en un artículo de *Punto de Vista* («Crisis social y Pacto Democrático») publicado en el primer tramo de la democracia (pero concebido en el exilio), donde De Ípola y Portantiero (1984) advertían sobre los elementos residuales «organicistas», y por ende «autoritarios» de la categoría gramsciana de «hegemonía», dentro de una argumentación que comenzaba a pensar el pasaje de la crisis social a la sociedad democrática ya no por la vía de la «guerra de posiciones» sino a través de la categoría del pacto.

Este acercamiento al liberalismo (desde el socialismo democrático) es ratificado por Portantiero en *La producción de un orden* (1988), una singular selección de artículos que reconfiguraba el nexo entre los años setenta y ochenta desplazando del centro a la cuestión de la radicalización de la democracia en tanto experiencia social orientada a la construcción de una voluntad nacional y popular «socialista» y «pluralista» (tal era el núcleo argumentativo de *Los usos de Gramsci*) por la preocupación en torno a las reglas cuya interiorización en el cuerpo social debía asegurar la consolidación del estado de derecho en contextos transicionales. A su modo, este cambio de enfoque hacía justicia a la idea, ya formulada en el exilio, de que buena parte de los dilemas que había mantenido el socialismo con la democracia se fundaban en la predilección por el estatalismo hobbesiano y la maciza voluntad general democrática rousseauiana, antes que por la debida atención a las garantías constitucionales que habían vertebrado las reflexiones políticas de John Locke.

De esta manera, se configuraría en estos fragmentos de la historia reciente de la cultura política e intelectual argentina un abierto contraste, que adquiriría la forma de una tensión,

entre la legitimación de la democracia en nombre de la «autonomía de la política»<sup>328</sup> (lo cual suponía asignarle cierta primacía en tanto ordenadora de otras series de lo real), y el paulatino relegamiento de la identificación de lo político con la reconfiguración de las relaciones de poder, algo que en el exilio todavía era considerado como parte inherente a la reflexión política, como se podía apreciar los «análisis de coyuntura» entendidos como relaciones de fuerza sociales. La consagración, en este período, de libros (leídos y comentados en *Controversia*) como *El orden conservador* de Natalio Botana, que analizaba la política argentina entre 1880 y 1910 ya no teniendo en cuenta actores sociales, sino los rasgos específicos de un sistema y de una clase política, era un claro síntoma del nuevo clima cultural.

De este modo, la teoría política de la «transición democrática» (especialmente aquella producida por estos intelectuales socialistas) se mostró proclive a retraducir el principio de la «autonomía de la política» en términos de una preocupación por la neutralización de la irrupción de la conflictividad social en la arena política, racionalizada sin embargo con una red de conceptos que asociaban lo político con el respeto por las reglas, los pactos y la institucionalización del orden. Antes que para «patear el tablero», la ciencia política con antecedentes gramscianos terminó preocupada por las formas de ordenamiento de ese tablero, para conjurar así la irrupción del pasado autoritario a veces asociado con el sindicalismo, otras veces con el partido militar y en general conceptualizada como diversas formas del «corporativismo anárquico».

Este intento de conjuro del pasado autoritario también puede apreciarse en el modo en que la redefinición, con antecedentes en *Controversia*, de las distinciones políticas decisivas en base al clivaje autoritarismo/ democracia (redefinición que obviamente excedió la «cultura letrada» y que se sostenía sobre la idea, sino de una teleología histórica implícita, al menos sí de una autoconciencia de que el tiempo presente democrático representaba una suerte de tribunal último para evaluar el sentido de la historia nacional, como se observa en películas como *Camila*, documentales como *La República Perdida* o la consigna con la cual auto-comprendió gran parte de la sociedad el carácter histórico de esta época -«Nunca Más»-, cuyo «común denominador» residía en la pretensión de establecer un nítido corte histórico

---

<sup>328</sup> Se puede reconstruir la historia de este grupo intelectual a partir de las diversas retraducciones de la idea de la «autonomía de la política», desde la tesis del «empate hegemónico» al Discurso de Parque Norte. En el exilio, como vimos, Aricó subraya esta premisa como definitoria del aporte de Gramsci a la tradición marxista.

entre pasado y presente) impactó en algunas de las preguntas que planteó esta cultura crítica y letrada a la historia y cultura argentina. Sobre este humus cultural, revistas como *Punto de Vista* dedicarían en efecto buena parte de sus esfuerzos deconstructivos a la idea de nación. Así, además de auto consagrar a la postura crítica de la revista con la guerra de Malvinas como un antecedente que demostraba la autoridad de los intelectuales que la integraban para pensar la política y cultura locales,<sup>329</sup> los artículos de Beatriz Sarlo apuntarían a identificar los rasgos «unanimistas» y el culto a la «homogeneidad» con que había sido concebida la idea nacional en la cultura argentina, para de ese modo dejar en claro que la guerra de 1982 era la verdad última del discurso nacionalista.<sup>330</sup> Paralelamente, los artículos de Sarlo publicados en aquella revista y luego transformados en libros recuperarían a la cultura urbana de la década del veinte como expresión de una cultura popular vanguardista y moderna, capaz de competir con las formas en que el «populismo nacionalista» había concebido a la cultura popular.<sup>331</sup> En síntesis, en *Punto de Vista* democracia y nacionalismo parecían términos contradictorios y ya no había zonas de traductibilidad que ameritaban su búsqueda, como en cierto modo se desprendía del corte nítido entre socialismo y populismo anunciado por algunos de los intelectuales socialistas de *Controversia* -pero no así de los intentos de reafiliación entre socialismo y nación tematizados alrededor de la «crisis del marxismo».

Otra de las preguntas que hizo suya el campo cultural de los años ochenta, y que sólo cobraba sentido a partir de la redefinición de la arena política según el clivaje autoritarismo/democracia era el siguiente: si la distinción entre pasado y presente era tan tajante, ¿de qué modo una sociedad atravesada por el autoritarismo devendría en una sociedad democrática? De otro modo: ¿de dónde surgiría el nuevo sujeto democrático? Esta pregunta sostuvo varias de las búsquedas intelectuales de aquellos años, algunas de las cuales profundizaron aún más la «veta societalista» ya reconocible en *Controversia*, esa misma que confiaba en la acción virtuosa de la sociedad civil para constituirse en sujeto y darse una norma democrática; en clave historiográfica, los trabajos de Hilda Sabato y Luis Alberto Romero emprendieron bajo esta clave la búsqueda en el pasado argentino de los «nidos de la democracia» con los cuales pudiera filiarse históricamente el tiempo presente —y encontraban esos nidos allí donde no

---

<sup>329</sup> Ver Altamirano (1982).

<sup>330</sup> Ver Sarlo (1984)

<sup>331</sup> Ver Sarlo 1988.

aparecía el peronismo.<sup>332</sup> Otras interpretaciones en el campo intelectual arrojaban empero un diagnóstico sumamente sombrío a la hora de analizar los rasgos de la sociedad argentina: los evidentemente disímiles trabajos del Guillermo O' Donnell (1997) de *Contrapuntos* o las historias de las ideas de Oscar Terán (2006) detectaban en cambio otro rostro para una sociedad definida por el «corporativismo anárquico», los «bloques tradicionalistas» y los «delirios de grandeza»; si en O'Donnell de todos modos podía detectarse sino una esperanza, al menos una reflexión que apuntaba a la capacidad de las instituciones de moldear nuevas conductas, en Terán lo que predominaba era un marcado escepticismo trágico.<sup>333</sup>

Asimismo, el binomio autoritarismo / democracia también impactó en el régimen de lectura de autores o libros con gran difusión en la época. Así, la incorporación en las ediciones de *Operación Masacre* de la «Carta Abierta a la Junta Militar» sirvió de sostén para una singular recuperación de la figura de Walsh como un intelectual crítico, denunciante y comprometido con los derechos humanos, pero no como un intelectual orgánico de la organización Montoneros, una lectura a su modo adelantada en *Controversia*. Del mismo modo, un «best seller» de los años ochenta como *Recuerdos de la muerte*, de Miguel Bonasso (1984), debía su éxito al hecho de haber oficiado, para un gran número de lectores –incluso antes y también después del *Nunca Más* y de los Juicios a las Juntas- como la vía de entrada al tenebroso mundo de los centros clandestinos de detención; si también el libro retenía una clave que lo volvía más asimilable a la nueva época al inculpar a las cúpulas de Montoneros de incurrir en una despiadada política de castigos a los militantes no encuadrados dentro de las rígidas reglas de la organización –castigos que el autor conocía de primera mano puesto que había cumplido funciones dirigenciales en dicha organización hasta el año 1980-, no menos cierto es que también *Recuerdos de la muerte* se apoyaba en una idea muy discutida en *Controversia*: aquella que sostenía que la democracia debía ser una nueva etapa, bajo otro escenario histórico y por ende con otras tácticas y estrategias políticas, de revalidación del ideario revolucionario de los años setenta. La discusión en torno a este libro desplazó hacia el ciclo democrático algunos de los ejes que organizaron la polémica entre Schmucler y Bruschtein en *Controversia* sobre el nexo entre derechos humanos e izquierda revolucionaria, en una deriva que desembocó ya en el siglo XXI con la polémica iniciada por Oscar Del

---

<sup>332</sup> Ver Sábato, González, Gutiérrez, Korol y Romero (PEHESA) (1982).

<sup>333</sup> Sobre este punto, Farías (2008).

Barco en su carta dirigida a la revista *La intemperie* conocida como «No matarás» (AAVV: 2011).<sup>334</sup>

La categoría del «intelectual crítico» como el intelectual demandado por la democracia también se prolongó en la escena cultural de los años ochenta. Si bien el proceso de «modernización cultural» habilitaba al intelectual a intervenir en la cosa pública como un «especialista» de lo social, la franja crítica-letrada más bien rehusó reconocerse en la imagen del «experto», como lo había hecho también con la categoría del «intelectual orgánico», un tipo de intelectual identificado con la cultura política revolucionaria. Nuevamente sería Beatriz Sarlo quien consagraría al intelectual crítico como el intelectual democrático en un artículo publicado en *Punto de Vista* titulado elocuentemente «Intelectuales, ¿ mimesis o escisión?». Allí se sugería que el intelectual no debía renunciar a la especificidad de su discurso en nombre de demandas del poder, pero también señalaba el carácter problemático de acotar el horizonte de su intervención al espacio académico que consagraba al intelectual como un experto de lo social. La vigencia de esta categoría incluso trascendió los años ochenta; basta con leer cómo un intelectual tan distinto a Sarlo como Casullo definía prácticamente en estos términos qué significa ser un intelectual en *Las cuestiones* (2007).

Estas definiciones en torno a la categoría del intelectual y, más generalmente, a los nuevos modos de pensar la política, generaron conflictos y tensiones. Uno de ellos consistía en determinar en qué términos el «intelectual crítico» debía aceptar la interpelación del político para eventualmente sumarse a un proyecto con dimensión estatal. El diálogo entre Eduardo Mocca y Portantiero que se lee en *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político intelectual* (Mocca: 2012) da cuenta de estas tensiones en los años ochenta. Sin embargo, aun quienes aceptaron, en los años de la transición democrática, la convocatoria del poder político y se acercaron, como vimos, a Alfonsín, lo hicieron no como sujetos que buscaban inscribir su biografía en la trama de un colectivo político al cual debían ofrendar su discurso sino que, por el contrario, la convocatoria alfonsinista en buena medida invitaba al compromiso preservando cierta autonomía del discurso intelectual. En similares términos puede analizarse

---

<sup>334</sup> La revista que dio cuenta de estos debates ya en el siglo XXI fue *Lucha Armada*, cuya primera etapa contó con once números publicados entre 2004 y 2008 y su segunda etapa contó con cinco Anuarios lanzados entre 2010 y 2014. Sergio Bufano, colaborador de *Controversia*, fue su Director en ambas etapas (con Gabriel Rot en la primera y Cacho Lotersztain en la segunda. Varios miembros de *Controversia* colaboraron en esta revista: Terán, Caletti, Casullo.

el acercamiento, muchos años después, del grupo *Carta Abierta* (conformado entre otros por algunos de los intelectuales peronistas de *Controversia*) al kirchnerismo: si hay algo que se enfatizaba en cada Carta del grupo, era el hecho de que estaba escrita por intelectuales críticos, como si la adhesión al kirchnerismo no fuera sino el corolario, según estos intelectuales, del ejercicio mismo de la crítica. La categoría de la «crítica» retenía así un aspecto constitutivo de la tragedia argentina de los años setenta, interpretado según claves que podían reconocerse en *Controversia*: si la política podía ser asociada con la «promesa», el Estado, aún el democrático, no dejaba de verse como una amenaza, en este caso, una amenaza que podía desdibujar el perfil «crítico» del intelectual.

¿Eran realmente «críticos» los intelectuales que se definían como tales? Alrededor de esta pregunta se elaboraron distintas estrategias de impugnación a esta franja intelectual, que cobraban mayor énfasis a medida que este grupo «crítico y letrado» ganaba posiciones en el campo intelectual. Fue en estos términos, y por citar sólo tres ejemplos con estilos, procedencias y formaciones muy diversas, que David Viñas, León Rozitchner y Rodolfo Fogwill relativizaron el carácter “crítico” de los intelectuales “críticos”. Si pudieron hacerlo, es porque cuestionaron un supuesto central del nuevo consenso democrático, a saber, la idea de que 1983 establecía un parteaguas en la historia política argentina. En la mirada dispar de estos tres intelectuales, subyacía empero un mismo diagnóstico: que la democracia, lejos de revertir la derrota infringida al campo popular por la dictadura, la terminaba consolidando por otros medios, es decir, la institucionalizaba (de modo tal que, para estos intelectuales, el verdadero intelectual crítico era aquel que ponía en discusión este supuesto sobre el que se basaba el nuevo consenso democrático). Sin embargo, y como puede verse, mediante esta objeción no se ponía en cuestión a la categoría del «intelectual crítico», sino que lo que se discutía era cómo y quién tenía derecho a apropiársela.

Finalmente, los problemas teóricos y políticos que planteaba la «transición democrática» no afectaron del mismo modo a los intelectuales socialistas que a los peronistas que habían formado parte de *Controversia*. Mientras que para aquellos el problema a pensar era de qué modo la democracia que defendían se diferenciaba de una democracia liberal, para los intelectuales peronistas la democracia les planteaba un triple desafío: pensar el liderazgo político después de la muerte de Perón y el fracaso estrepitoso del trágico interregno de María Estela Martínez de Perón; elaborar una derrota electoral inesperada en 1983; y demostrar,

frente a los intelectuales afines al alfonsinismo, que el peronismo era el auténtico movimiento democrático y no el atávico resurgimiento del pasado autoritario.

En efecto, si para los intelectuales socialistas el triunfo de Alfonsín parecía corroborar la «crisis del populismo» anunciada por Porntatiero en *Los usos de Gramsci* y en «Peronismo, socialismo y clase obrera», para los intelectuales peronistas de *Controversia*, en cambio, el triunfo de Alfonsín tornaba todavía más compleja que en el exilio (pues al menos en el exilio se descontaba que el pueblo argentino mantenía intacta su lealtad al peronismo) la pregunta por el sujeto popular, sus formas de conciencia y sus memorias de lucha. La primera derrota del peronismo en elecciones presidenciales dio inicio así a una etapa de enorme perplejidad, tan bien reflejada en los primeros números de la revista *Unidos* en los que su comité de redacción exhibía en los diversos editoriales la desorientación provocada por lo insuficiente que resultaban las coordenadas teórico-políticas conocidas para localizar al pueblo peronista en el nuevo presente nacional.<sup>335</sup> Esa desorientación también se tramitaría como repudio a las expresiones partidarias del peronismo: hacia 1985, varios intelectuales abandonarían las filas del Justicialismo con una célebre carta («Por qué nos vamos») que contó entre sus firmantes a Nicolás Casullo y Alcira Argumedo, en la que reclamaban otros rumbos incluso respecto a los que ya anunciaba la «renovación peronista» para el movimiento nacional y popular.<sup>336</sup>

Los nuevos tiempos encontraron a los intelectuales peronistas de *Controversia* ocupando distintos espacios en el campo de la cultura: el armado de la Carrera de Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, los libros sobre la modernidad y la posmodernidad (Casullo: 1989) en sus vertientes políticas y estéticas (Casullo: 1991), las múltiples revistas,<sup>337</sup> el protagonismo en la opinión pública. Pero en términos políticos, para estos intelectuales las expectativas sobre el rumbo de la democracia argentina se reactivaron recién a inicios del siglo XXI, con la emergencia de un nuevo liderazgo en el peronismo: el de Néstor Kirchner. Ese giro en las expectativas podía

---

<sup>335</sup> Ver Garategaray (2018).

<sup>336</sup> Además firmaron el documento Alvaro Abós, Ana María Amado, Alcira Argumedo, Dora Barrancos, Jorge Luis Bernetti, Cristina Bertolucci, Jorge Carpio, Susana Checa, Bibiana Del Bruto, José Pablo Feinmann, Liliana Furlong, Mempo Giardinelli, Horacio González, Pedro Krotsch, Roberto Marafioti, Eduardo Moon, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Adriana Puiggros, Jorge Ramos, Patricia Terrero, Carlos Trillo, Aida Quintar, Héctor Verde y Mario Wainfeld.

<sup>337</sup> Sobre todo, la revista (con título elocuente en términos de asunción de los márgenes como espacio de producción de la crítica) *Pensamiento de los Confines*, lanzada en 1995 y en la que Casullo compartió el comité de redacción con Alejandro Kaufman, Matías Bruera, Ricardo Forster y Gregorio Kaminsky.

apreciarse en la semblanza que escribió Casullo sobre el hasta allí gobernador de Santa Cruz, quien meses después sería consagrado Presidente. En esta semblanza, Casullo auguraba el surgimiento de una figura política dispuesta a recoger un legado (el de una izquierda peronista que había asumido su derrota en los años setenta pero no el cierre de su ciclo histórico) ignorado a su entender desde la recuperación de la democracia en Argentina:

«Revolotean escuálidos los fantasmas de antiguas Evitas, CGT Framinista, caños de la resistencia, Ongaro, la gloriosa JP, la Tendencia, los comandos de la liberación, ahora sólo eso, voces en la casa vacía. Por eso un Néstor Kirchner patagónico, atildado en su impermeable, con algo de abogado bacán casado con la más linda del pueblo, debe lidiar con la peor (que no es ella, inteligente, dura, a veces simpática) sino recomponer, actualizar y modernizar el recuerdo de un protagonismo de la izquierda peronista que en los '70 se llenó de calles, revoluciones, fe en el General, pero también de violencia, sangre, pólvora, desatinos y muertes a raudales, y de la cual el propio justicialismo en todas sus instancias hegemónicas desde el '76 en adelante, renegó, olvidó y dijo no conocer en los careos historiográficos. De ahí que en las nuevas generaciones de jóvenes de los últimos 20 años, las crecidas entre Luder y Menem, aquel “peronismo de izquierda” no dejó datos ni rastros: las nuevas generaciones medias no alcanzan a descifrar ese rótulo como algo digno de ser pensado. Por eso, como espacio histórico dramático y fallido, lo de Kirchner tiene el signo de la nobleza, del respeto a una generación vilipendiada con el mote de puro guerrillerismo. Es fiel a una memoria fuerte del país que ningún peronista “referente” se animó a aludir en la nueva democracia, y también signo de aquellos fatalismos. (Casullo: 2002).

Casullo no podía prever meses antes de que Néstor Kirchner asumiera el cargo de Presidente el rumbo que asumiría su mandato, y tampoco advertía cuánto de esas memorias liberadas y reunidas en apretada síntesis en el pasaje citado podían ser nuevamente evocadas gracias a las movilizaciones que desembocaron en las revueltas populares de diciembre de 2001 en Argentina. Sin embargo, lo que tornaba significativo este semblante de Kirchner antes de Kirchner era el modo en que resultaba indiciario de una expectativa política por largos años conservada, y cuya elaboración inicial había sido esbozada en *Controversia*, que aspiraba a «recomponer», «actualizar» y «modernizar» el legado de una izquierda peronista a los fines de un proyecto de democratización política y social en Argentina.

Esta expectativa política, algo excesiva si se la contrastaba con esos restos («escuálidos los fantasmas de antiguas Evitas, CGT Framinista, caños de la resistencia, Ongaro, la gloriosa JP, la Tendencia, los comandos de la liberación») que todavía resultaban sólo «voces en la casa vacía», contaba sin embargo con la suficiente sobrevida como para auspiciar el inicio de un nuevo ciclo político, cuya apertura significaría también un cierre: el del tiempo del exilio

político de estos intelectuales peronistas. O, para decirlo de modo menos metafórico, el fin de la prolongada inactualidad de una izquierda peronista intelectual que en los setenta había quedado absorbida entre la lealtad a Perón y la fe en Montoneros, que en los años ochenta había quedado descolocada ante una «renovación» que no era la pretendida -por estos intelectuales- para el movimiento «nacional y popular»; y que en los años noventa había sido testigo nuevamente perplejo de la puesta al día del peronismo con la fase globalizada de la hegemonía neoliberal. Esas memorias políticas, que habían hallado en *Controversia* un espacio destacado para su incipiente elaboración, retornaron a inicios del siglo XXI argentino como todo lo que retorna: de manera desplazada, esto es, exhibiendo su *diferencia*. Pudieron ser evocadas así en la disputa por la dirección política del movimiento social (cuya identidad peronista había dejado hacía largo años de ser un dato evidente) y constituyeron una de las fuentes de legitimación de un proyecto político ya no centrado en la auto limitación del poder popular, sino en una de las formas en que puede ser pensada la democracia populista: como una «democracia intensa», cuya dirección se apoya en una tenaz jefatura política que a la vez mediatiza el vínculo entre la movilización popular y la referencia a un Estado impulsor de políticas reparadoras para el tejido social prolongadamente dañado. Insospechadamente, el cesarismo democrático y popular, ese mismo que en la lente de Portantiero y De Ípola debía ser conjurado a los fines de la reconstrucción democrática de la nación, reaparecía en el centro de la política argentina.

Pero mientras en otros países de la región, como Venezuela y Bolivia, emergieron nuevos intentos orientados a la reunión de lo largamente disociado en las historias sudamericanas (las tradiciones populistas y socialistas), en Argentina funcionó más como regla que como excepción aquella idea aceptada según vimos por los intelectuales socialistas y peronistas de *Controversia*: que los senderos del populismo y del socialismo (sea para preservar la forma democrática, sea para identificar los «auténticos» contenidos democratizadores del mundo popular) debían bifurcarse. No hubo en este punto retorno ni desplazamiento, sino repetición. Desde el campo de las izquierdas, el denominador común consistió en caracterizar cualquier tipo de alianza entre la iniciativa estatal y el movimiento social con una vocación hegemónica «organicista» o escasamente «pluralista»; desde el campo del peronismo, se volvió a creer que en el repliegue del movimiento sobre sí estaba la cifra de la historia. Las excepciones también existieron: allí estuvieron las intervenciones de Horacio González (sobre las huellas

de su dramático y en los años noventa solitario *Restos pampeanos* (1999)) y la teoría del populismo en sus nuevas versiones de Ernesto Laclau, que contaba con la consagración de los campos culturales de parte de Europa y Estados Unidos, y que sólo tardíamente sería elevado por el kirchnerismo al sitio de la teoría que explicaba el sentido del nuevo tiempo político. La idea de reunir a Bolívar y Marx quedó truncada en Argentina incluso en el momento de la «democracia intensa». La disociación entre estas dos grandes tradiciones políticas sudamericanas, la socialista y la populista, sigue siendo uno de los efectos más perdurables del terror, en sintonía con las transformaciones políticas mundiales que desde los años setenta han arrinconado, sin ultimarla, la legibilidad de la Revolución al tiempo pasado.

## **Bibliografía**

### **1. Revistas consultadas**

*Controversia* (1979-1981)

*Crítica y utopía* (1979-1989)

*Cuadernos de Marcha* (segunda etapa)

*Cuadernos Políticos* (1974-1990)

*Dialéctica* (nros. 1 a 18, 1975-1985)

*Envido* (1970-1973)

*Evita Montonera* (1974-1979)

*La Ciudad Futura* (1986-1991)

*Nuevo Hombre* (1971-1973)

*Pasado y Presente* (primera etapa: 1963-1965 y segunda etapa: 1973)

*Punto de Vista* (1978-2008)

*Unidos* (1983-1991)

### **2. Plataformas digitales consultadas**

América Lee. El portal de las revistas latinoamericanas del CEDINCI (Centro de Documentación de la cultura de izquierdas).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA)

Ruinas Digitales. El Portal de revistas digitalizadas y medios de comunicación peronistas de la década del setenta

El topo blindado. Centro de documentación de las organizaciones político-militares argentinas

### **3. Bibliografía**

AA.VV. (2011). *Sobre la responsabilidad: no matar*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba/Cíclope.

Acha, Omar. (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.

Acha, Omar. (2008). *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*. Buenos Aires: Herramienta ediciones.

Acha, Omar. (2017). *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*. Buenos Aires: Prometeo.

Agosti, Héctor. (1959). *El mito liberal*. Buenos Aires: Proecton.

Aguilar, Luis. (2016). «El último tramo» en *Nueva historia mínima de México*. México: El colegio de México.

Alfonsín, Raúl (1985). «Discurso de Parque Norte». *Revista Derechos en acción*. (9), 543-588.

- Altamirano, C. (2001a). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas editorial.
- Altamirano, Carlos. (2001b). *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Ariel.
- Anguita, E., Caparrós, M. (1998). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Aricó, José. (1991), *Entrevistas 1974-1991*. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba.
- Aricó, José. (1991b). Actualidad de un pensador. Antonio Gramsci (1891-1937). *La Ciudad Futura*, (28).
- Aricó, José. (2005) [1988]. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Aricó, José (2014). *Entrevistas* (compilación a cargo de Horacio Crespo). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Baschecchi, Roberto (comp.). (1996). *Documentos: De Cámpora a la ruptura 1973-1976. Vol. I*. La Plata: De la Campana.
- Bernetti, Jorge, Giardinelli, Mempo. (2003). *El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura (1976-1983)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, Victoria. (sin datos de año de edición). «La clase trabajadora durante la última dictadura militar argentina» en: *Memoria en las aulas* [Dossier 13]. La Plata: Comisión Provincial por la Memoria. Documento en línea: <http://www.relats.org/documentos/HIST.Basualdo.Clasetrabajadora.pdf> [consulta 9/9/2019].
- Bayle, Mariana (2021). “El otro Marx de Oscar del Barco. Permanecer en la inminencia de la crisis” (inédito).
- Bobbio, Norberto. (1993 [1985]). *Liberalismo y democracia*. México: Fondo Cultura Económica.
- Bonasso, Miguel. (1984). *Recuerdos de la muerte*. Buenos Aires: Bruguera.
- Brocato, Carlos (1985). *La Argentina que quisieron*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Butler, Judith, Laclau, Ernesto, Žižek, Slavoj (2004). *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Burgos, Raúl. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Camou Antonio. (2007). *Se hace camino al transitar. Notas en torno a la elaboración de un discurso académico sobre las transiciones democráticas en Argentina y América Latina*. En: Camou, Antonio. Tortti, María Cristina (comp.) *La Argentina democrática: los años y los libros* (pp. 9-48). Buenos Aires: Prometeo.
- Calveiro, Pilar (1998). *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue.
- Calveiro, Pilar (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Norma.
- Campos, Esteban. (2016). *Cristianismo y Revolución: el origen de Montoneros*. Edhasa: Buenos Aires.
- Canelo, Paula (2016). *La política secreta de la última dictadura militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Edhasa.

Cardoso, Fernando Henrique (1980). «Las sorpresas del desarrollo en América Latina». *Controversia*, (7), 18-19.

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo ([1967] 1969). *Desarrollo y dependencia en América Latina*. México: Siglo XXI editores.

Carnovale, Vera. (2011). *Los combatientes*. Historia del PRT-ERP. Siglo XX: Buenos Aires.

Casco, José María. (2008). “El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina (1974-1983)”. *Apuntes de Investigación*. (13). pp. 149-164.

Cosse, I., Felitti, K., Manzano, V. (2010). *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Celentano, Adrián. (2014). El maoísmo en las iniciativas político editoriales del grupo pasadopresentista (1963-1976). *Prismas. Revista de historia intelectual*. (18), 193-198.

Cortés, Martín. (2014a). Marx siempre contemporáneo. Las operaciones de lectura de Pasado y Presente. *Prismas. Revista de historia intelectual*. (18), 189-192.

Cortés, Martín (2014b). Contactos y diferencias: la «crisis del marxismo» en América Latina y en Europa. *Cuadernos Americanos*. (148). (2), pp 139-163.

Cortés, Martín (2015). *Un nuevo marxismo para América Latina*. José Aricó traductor, editor, intelectual. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Cortés, Martín (2021). «Las lecciones de Chile» (inédito).

Crenzel, Emilio. (2008). *La historia política del Nunca Más: la memoria de las desapariciones en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Cueto Rúa, Santiago (2016). «El surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S» en *Cuadernos de Aletheia*, (2), 8-13.

De Diego, José Luis. (2001). *Quién de nosotros escribirá el Facundo. Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Ediciones al margen.

De Ípola (2007). *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Del Barco, O. (2006). No matarás. En AA.VV, (2007) *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba, Ediciones La Intemperie - Ediciones del Cíclope - Editorial Universidad Nacional de Córdoba, 461 páginas.

Deleuze, Giles (1989). *El pliegue*. Buenos Aires: Paidós.

Derrida, Jacques (1994). *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.

Derrida, Jacques (1998). *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.

El Kadri, Envar y Rulli, Jorge (1984). *Diálogos en el exilio*. Buenos Aires: Foro Sur.

Escalante Gonzalbo, Pablo. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. México: Colegio de México: Turner.

Equipo Educación y Memoria. (2009). *Pensar la dictadura*. Ministerio de Educación de la Nación: Buenos Aires.

Espeche, Ximena. (2016). *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*. Bernal: Universidad de Quilmes.

Faigón, Miguel (2014). Antropología 3er Mundo y Envido. Las revistas del nacional-populismo universitario en los años setenta en Prislei, Leticia (directora) *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el siglo XX*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

- Farías, Matías. (2008). «Oscar Terán: un pensamiento en huida». *El río sin orillas* (2), pp.
- Farías, Matías. (2011). “Qué hacer con el peronismo. La democracia entre el socialismo y el populismo a través de Controversia (1979-1981)”. *Intersticios de la política y la cultura latinoamericana: los movimientos sociales*. (1). pp.207-212.
- Farías, Matías. (2013). Del intelectual revolucionario al intelectual crítico. La relectura de Walsh en Controversia. *Cuadernos de H ideas*. (7), (7). Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1941>.
- Farías, Matías (2014a). Algunos rasgos de la cultura «crítica y letrada» en el ciclo democrático. *Revista Forjando*. (6). pp. 64-75.
- Farías, Matías (2014b). Controversia como legado de Pasado y Presente. La resignificación de una biblioteca teórico-política. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. (18), 221-226.
- Farías, Matías. (2015). Un epílogo para los años setenta. *Controversia* y la crítica a las organizaciones revolucionarias. En: Leticia Prislei (dir). *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el Siglo XX* (pp. 355-398). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Farías, Matías. (2018). Discutir el exilio. La reconfiguración del vínculo entre intelectuales y política a través de la revista Controversia (1979-1981). *Pensamiento. Papeles de filosofía*, (4), pp. 33-61.
- Franco, Marina. (2008). *El exilio*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Franco, Marina. (2012). *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y subversión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, Marina (2018). *El final del silencio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1993 [1902]). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Ediciones Porteñas.
- Gago, Verónica. (2012). *Controversia: una lengua del exilio*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Garategaray, Martina. (2012). «Montoneros leales a Perón: notas sobre la Juventud Peronista Lealtad» en *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, (9).
- Garategaray, Martina (2015). La unidad del exilio: Las revistas Cuadernos de Marcha y Controversia en México. *ANPHLAC*, (19), 186-207.
- Garategaray, Martina (2018). *Unidos, la revista peronista de los ochenta*. Bernal: UNQ.
- Garategaray, Martina (2019). Convergencias en la Controversia. Notas sobre los encuentros y desencuentros entre peronistas y socialistas. Inédito.
- Gasparini, Juan (1988). *Montoneros: Final de cuentas*. Buenos Aires: Puntosur.
- Gauna, Juan Pablo. (2016). Debates sobre el exilio en la revista Controversia. *Question*. (49). (1). 82-99.
- Gauna, J. P. (2019). Entrevista a Sergio Caletti: ‘otra salida de la dictadura militar fue la intervención mediante la escritura. *Revista Educación y Vínculos*, (3), 70-77.
- Giller, Diego. (2016). La revista de la derrota. Exilio y democracia en Controversia. *Latinoamérica*. (63). 37-63.

- Giller, Diego. (2016 b). René Zavaleta Mercado. *Una revolución contra Bolívar*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Giller, Diego. (2017). Crítica de la razón marxista: «crisis del marxismo» en Controversia. *Revista Mexicana de Sociología*, (79), (3), 487-513.
- Giller, Diego (comp.). (2018). *7 ensayos sobre socialismo y nación*. Buenos Aires: Caterva.
- Giller, Diego. (2020). *Espectros dependentistas : variaciones sobre la teoría de la dependencia y los marxismos latinoamericanos*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón*, Buenos Aires: Grijalbo.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Giussani, Pablo (1984). *Montoneros: la soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González, Horacio (2014). Pasado y Presente: la tragedia de los gramscianos argentinos. En: *Pasado y Presente (versión facsimilar)* (pp. 7-23). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Halperín Donghi, Tulio. (1980). *Una nación para el desierto argentino*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- González Canosa, Mora. (2021). *Los futuros del pasado. Marxismo, peronismo y revolución: una historia de las FAR*. Prometeo: Buenos Aires.
- González Tizón, Rodrigo (2021). “Los desaparecidos empiezan a hablar”: una aproximación histórica a la producción testimonial de los sobrevivientes de la dictadura argentina desde el exilio (1976-1983). *páginas. Revista digital de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario*. (31).
- Halperín Donghi, Tulio. ([1967] 2010). *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza.
- Halperín Donghi, Tulio (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Hall, Stuart. (2017 [1983]). *Estudios culturales 1983. Una historia teórica*. Buenos Aires: Paidós.
- Huyssen, Andres. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: FCE.
- Jensen, Silvina. (2005). Vientos de polémica en Cataluña: los debates entre “los de adentro” y “los de afuera” de la Argentina de la última dictadura militar. *Revista HMiC*, (III), 189-209.
- Jensen, Silvina. (2007). *La provincia flotante. Historia de los exiliados argentinos de la última dictadura militar en Cataluña (1976-2006)*. Barcelona: Fundació Casa América Catalunya.
- Jensen, Silvina. (2010). *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jensen, Silvina (2019). Los exiliados argentinos y los sentidos de Núremberg: de recurso pedagógico a estrategia de persecución penal de los crímenes de la última dictadura militar (1976-1983). *Folia Histórica del Noroeste*, (34), 129-147.
- Jensen, Silvina / Yankelevich, Pablo. (2007). *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires: El Zorzal ediciones.

- Kohan, Martín (2007). *Ciencias Morales*. Buenos Aires: Anagrama.
- Kohan, Néstor. (1998). *Marx en su (Tercer) Mundo. Hacia un socialismo no colonizado*, Buenos Aires: Biblos.
- Koselleck, Reinhart. [1979] (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Larraquy, Marcelo (2006). *Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lechner, Norbert. (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Longoni, Ana (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.
- Longoni, Ana (2010) Arte y Política. Políticas visuales del movimiento de derechos humanos desde la última dictadura: fotos, siluetas y escraches. *Aletheia*, 1 (1).
- Marchesi, Aldo (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los 60 a la caída del Muro*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Martínez Mazzola (2014). La política como promesa, el Estado como amenaza. *Revista Prismas*. (18), 227-232.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2015). «Una revista para la izquierda democrática: *La Ciudad Futura* (1986-1989). En: Leticia Prislei (dir). *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el Siglo XX* (pp. 399-434). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2016). «Una ruptura en la tradición. *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática. *Izquierdas*, (28), 248-273.
- Massholder, Alexia. (2014), *El Partido Comunista y sus intelectuales*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Mercader, Sofía (2018). «Notas sobre la historia de la revista Punto de Vista (1978-2008) y su colocación en el campo intelectual argentino de fin de siglo». *Nuevos Mundos*. [En línea](#).
- Ministerio de Defensa (2014). *Actas de la dictadura. Documentos de la Junta Militar encontrados en el edificio Cóndor*, Tomo 4.
- Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Mocca, Edgardo (2012). *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Moulián, Tomás. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Nadra, Giselle y Nadra, Yamila (2011). *Montoneros. Ideología y política en El descamisado*. Buenos Aires: El corregidor.
- Nercesian, Inés. (2013). *La política en armas y las armas de la política. Brasil, Chile y Uruguay (1950-1970)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Novaro, Marcos. y Palermo, Vicente. (2003). *La dictadura militar argentina. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.

- Nun, José (1989). *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto. (2006). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Osuna, Florencia (2015). *De la Revolución socialista a la Revolución democrática : Las prácticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*. UNLP: La Plata.
- Otero, Rocío Soledad (2020). «Montoneros y el dilema de la patrulla perdida: la política y las armas (1974-1980)». *Izquierdas*. (49).
- Patiño Roxana (1997). "Intelectuales en transición. Las revistas culturales en Argentina (1981-1987)", en *Cuadernos de Recienvenido*, n° 4, São Paulo, Depto. de Letras Modernas/FFLCH/USP.
- Pastoriza, Lila (2006). La «traición» de Roberto Quieto: treinta años de silencio. *Lucha Armada* (6), 4-31.
- Petra, Adriana. (2014). Provincianos. *Revista Prismas* (Dossier "50 años de Pasado y Presente. Historia, perspectivas y legados"), (18), 179-184.
- Petra, Adriana. (2018). *Intelectuales y cultura comunista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pluet-Despatin, Jacqueline. (marzo 1992). Une contribution à l'histoire des intellectuels: les revues. *Les Cahiers de L' IHTP*, (20), 125-136.
- Ponza, Pablo (2010). La izquierda en su laberinto. Intelectuales argentinos, ideas, y publicaciones en el exilio. *Boletín americanista*. (60), 247-262.
- Ponza, Pablo (2013). El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática. *Nuevos Mundos*. [En línea](#)
- Prislei, Leticia. (2015). *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales del siglo XX*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Rama, Ángel ([1984] 1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: El Arca.
- Rama, Ángel ([1982] 2007). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego.
- Reano, Adriana. (2012). Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate. *Revista Mexicana de Sociología*. (74). (3). 487-511.
- Rojkind, Inés (2004). La revista Controversia: reflexión y polémica entre los argentinos exiliados en México. En: Yankelevich, Pablo (comp). *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino* (pp. 223-251). La Plata: Ediciones al Margen.
- Rot, Gabriel. (2000). *Los orígenes de la guerrilla en la Argentina, la historia de Jorge Ricardo Massetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Salcedo, Javier. (2012). «Montoneros, vanguardia armada de la revolución argentina» en *Naveg@américa. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, (9).
- Sarlo, Beatriz, (1992). «Intelectuales y revistas: razones de una práctica» en *Cahiers du Criccal*, (9-10), 9-16.
- Sarlo, Beatriz. (2001). *La batalla de las ideas (1943-1976)*. Buenos Aires: Ariel.

- Sarlo, Beatriz. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y primera persona*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Sartre, Jean Paul ([1948] 2008). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Saítta, Sylvia (2004). “La narrativa argentina entre la innovación y el mercado (1983-2003)”. *La historia reciente. Argentina en democracia* Marcos Novaro y Vicente Palermo (comp.). Buenos Aires: Edhasa.
- Schmitt, Carl (1991 [1932] ). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- Schmucler, H., Malecki, J. S., Gordillo, M. (2014). *El obrerismo de Pasado y Presente*. Villa María: Eduvim.
- Scipioni, Néstor (1983). *Las dos caras del terrorismo*. Barcelona: Círculo de Estudios Latinoamericanos.
- Seoane, María (2003). *El burgués maldito*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sigal, Silvia. (1991). *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Sigal, Silvia, Verón, Eliseo. (1986). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Sidicaro, Ricardo. (2002). *Los tres peronismos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sosnowski, Saúl. (comp.). (2014). *Represión y reconstrucción de una cultura: El caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Strasser, Carlos. (1959). *Las izquierdas en el proceso argentino*. Buenos Aires: Palestra.
- Seoane, María. (2003). *El burgués maldito*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Stulwart, Diego. (2014). Pasado y Presente: la (re) invención de Marx. En: *Pasado y Presente (versión facsimilar)* (pp. 25-42). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Tarcus, Horacio. (1996). *El marxismo olvidado. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Terán, Oscar. (1991). *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, Oscar. (2006). *De utopías, catástrofes y esperanza. Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Thompson, Edward (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- Trímboli, Javier (2017). *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*. Buenos Aires: Caterna.
- Tortti, María Cristina, Chama, Mauricio (2006). «Los «nudos» políticos-intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero» en *Cuestiones de Sociología*. (3), 232-254.
- Tortti, María Cristina. (2009). *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda: 1955-1965*. Buenos Aires: Prometeo.
- Tortti, María Cristina. (2018). Voces en Controversia: la revisión de la experiencia revolucionaria en la revista mexicana (1979-1981). *Revista Historia social y de las mentalidades*. (22), (2), pp. 169-198.
- Vezetti, Hugo. *Pasado y presente*. (2002). *Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Vezetti, Hugo. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

- Villarreal, Juan (1985). “Los hilos sociales del poder” en *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social (1976-1983)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Walsh, Rodolfo ([1957] 2003). *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Williams, Raymond (1988 [1977]). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Yankelevich, Pablo. (2009). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zarowsky, Mariano (2021). «Salvador Allende-Régis Debray: prensa y edición entre la diplomacia y el mercado» (inédito).
- Zucker, Cristina (2010). *El tren de la victoria*. Buenos Aires: Sudamericana.

### **Corpus analizado en la investigación**

- AA.VV (1963). A propósito del historicismo. Apuntes sobre una discusión entre filósofos marxistas. *Pasado y Presente*. (1) 57-95.
- AA.VV (1977). *El marxismo y el Estado*. Barcelona: Avance.
- AA. VV (1978). *Gramsci y el eurocomunismo*. Barcelona: Materiales.
- AA.VV (1979). Suplemento «Argentina, los años de la crisis, 1930-1945». *Controversia*, (2-3), I-XX.
- AA.VV (1980). Programa económico del gobierno peronista en 1973, bajo la dirección de José B. Gelbard. *Controversia*, (5), 9-19.
- AA.VV (1980b). Suplemento “La democracia como problema” en *Controversia* (9-10), 7-43.
- AA.VV. (2015). *Antología de Manifiestos políticos (1956-1976)*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura de la Nación.
- Ábalo, Carlos. (1979). La discusión sobre la política económica del gobierno militar. *Controversia*, (1), 25-27.
- Ábalo, Carlos. (1980a). La nueva onda larga depresiva del capitalismo. *Controversia*, (4), 23-25.
- Ábalo, Carlos. (1980b). Burguesía reformista y proyecto nacional. *Controversia*, (5), 10.
- Ábalo, Carlos. (1980c). Las restricciones del gran gulag. *Controversia*, (9-10), 21-22.
- Ábalo, Carlos. (1981). Cinco años y una nueva etapa, *Controversia*, (11-12), 6-7.
- Agosti, Héctor. (1959). *El mito liberal*. Buenos Aires: Proecton.
- Aguad, Susana. (1980). Ni olvido ni venganza, JUSTICIA. *Controversia*. (6), 5.
- Altamirano, Carlos (1981). Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura. *Punto de Vista*, (11), 20-23.
- Altamirano, Carlos (1982). “Lecciones de una guerra”. *Punto de Vista*, (15), 3-5.
- Althusser, Louis (1975). *Elementos de autocrítica*. Barcelona: editorial laia.
- Althusser, Louis (2008 [1977]). ¡Por fin la crisis del marxismo! En: Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo* (pp. 283-298). Barcelona: Akal.
- Amir, Samir. (febrero 1980). Lucha de liberación nacional y «crisis del nuevo orden» económico internacional. *Controversia*. (4), 26-29.
- Anderson, Perry (1977). «Las antinomias de Antonio Gramsci» en *Cuadernos Políticos*, (13), 4-57.

- Anderson, Perry (1980). ¿Existe una crisis del marxismo? *Dialéctica*. (9), 145-158.
- Anderson, Perry, Bobbio, Norberto y Cerroni, Umberto. (1983). *Liberalismo, socialismo, democracia*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Argumedo, Alcira [con pseudónimo: Elena Casariego] (1980). Notas sobre el movimiento popular. *Controversia*. (9-10), 29-30.
- Argumedo, Alcira [con pseudónimo: Elena Casariego]. Sobre «polisemias», pampas y confusiones (1981). *Controversia*. (11-12), 12-14.
- Aricó, José. (1963). Pasado y Presente. *Pasado y Presente* (primera época). (1), 1-17.
- Aricó, José. (1963b). «El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda». *Pasado y Presente* (primera época). (2/3), 195-204.
- Aricó, José. (1964). Examen de conciencia. *Pasado y Presente* (primera época), (4), 241-266.
- Aricó, José. (1965). Algunas condiciones preliminares sobre la conciencia obrera. *Pasado y Presente* (primera época), (9), 46-55.
- Aricó, José (1973). «Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci». *Pasado y Presente*, (1), 87-101.
- Aricó, José (prólogo y selección de textos) (1978). *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Cuadernos de Pasado y Presente (60).
- Aricó, José (1979a). Presentación de la sección «La crisis del marxismo». *Controversia*, (1), 13.
- Aricó, José. (1979b). Los comunistas en los años treinta. *Controversia*. (2-3), V.
- Aricó, José. (1980). Ni cinismo ni utopía. *Controversia*. (9-10), 15-16.
- Aricó, José. (1981). América Latina como unidad problemática. *Controversia*. (14), 19-20.
- Aricó, José (1982) [1980]. *Marx y América Latina*. México: Alianza.
- Aricó, José (1985a). Mariátegui, el descubrimiento de la realidad. En: Giller, Diego. (2018). *7 ensayos sobre socialismo y nación* (pp.147-156). Buenos Aires: Caterva.
- Aricó, José (1985b). «Prólogo» en Labastida, Julio (comp.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (pp, 19-43), México: Siglo XXI editores.
- Aricó, José (1999 [1981]). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Aricó, José (2011 [1977]). *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: El Colegio de México.
- Aricó, José. (2020) [1984]. Presentación en Carl Schmitt. En: *José Aricó: Dilemas del marxismo en América Latina (Antología esencial)* (pp. 688-704). Buenos Aires: CLACSO.
- Aznárez, Carlos (1980). Carta de lectores. *Controversia*. (5). 31.
- Bayer, Osvaldo (1980). Una propuesta para el regreso. *Controversia*, (7), 7.
- Bayer, Osvaldo (1981). El papel del intelectual. *Controversia*, (11-12), 23.
- Béjar, Héctor. (1980). La izquierda latinoamericana ayer y hoy. (mayo 1980). *Controversia*. (6), 20-22.
- Bernetti, Jorge (1980a). El pensamiento vivo de Rodolfo Galimberti. *Controversia*, (6), 11.
- Bernetti, Jorge (1980b). E pur si muove. *Controversia*. (7), 8-9.

- Bernetti, Jorge, Giardinelli, Mempo. (2003). *El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura (1976-1983)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bobbio, Norberto (1973). Democracia socialista? en AA. VV. *Omaggio a Nenni*, Roma: Quaderni di Mondo Operaio.
- Bobbio, Norberto (1977a). «¿Existe una doctrina marxista del estado? en: *El marxismo y el estado* (pp. 27-47). Barcelona: Avance.
- Bobbio, Norberto (1977b). «¿Qué alternativas a la democracia representativa? en: *El marxismo y el estado* (pp. 49-71). Barcelona: Avance.
- Bobbio, Norberto (1977c). «¿Qué socialismo? en: *El marxismo y el estado* (pp. 247-267). Barcelona: Avance.
- Bobbio, Norberto. (1986). *¿Qué socialismo?* Madrid: Planes y Janés.
- Bobbio, Norberto. (1985). *Estudios de Historia de Filosofía. De Hobbes a Gramsci*. Madrid: Debate.
- Botana, Natalio. (1977). *El orden conservador*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borón, A. (1977). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 39, (2), 481-528.
- Brunner, José (1980). La izquierda chilena: identidad en la encrucijada. *Controversia*. (9-10), 45-46.
- Bruschtein Bonaparte, Luis. (1979). Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias. *Controversia*, (2-3), 2-3.
- Bruschtein, Luis. (1980a). Derrota y pensamiento nacional. *Controversia*. (7), 10-11.
- Bruschtein, Luis. (1980b). Liberalismo y perspectiva nacional. *Controversia*, (9-10), 19-20.
- Buci- Glucksmann, Christine (1978a [1977]). «Eurocomunismo y problemas del estado. Gramsci en cuestión» en AA. VV, *Gramsci y el eurocomunismo* (pp 69-107). Barcelona: Materiales.
- Buci- Glucksmann, Christine (1978b [1975]). *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. México: Siglo XXI editores.
- Buci- Glucksmann, Christine (1980). La nueva izquierda eurocomunista. *Controversia*. (7), 22-24.
- Bufano, Sergio. (1979a). La violencia en Argentina: 1969-1976. *Controversia*, (1), 16-17
- Bufano, Sergio. (1979b). La violencia en Argentina: 1969-1976. *Controversia* (2-3), 10-11.
- Bufano, Sergio. (1980a). Izquierdistas, esos brujos. *Controversia*. (6), 4.
- Bufano, Sergio. (1980b). Centralismo democrático y profesionalismo político. *Controversia*. (9-10), 35-36.
- Bufano, Sergio. (1981). La política intemporal. *Controversia*, (14), 15-16.
- Calderi, María, Delgueil, Marie y Morales Miriam (1980). «Mujer y partido». *Controversia*, (7), 25.
- Caletti, Sergio. (1979a). Los marxismos que supimos conseguir. *Controversia*, (1), 18-20.
- Caletti, Sergio. (1979b). La revolución del voluntarismo. *Controversia*, (2-3), 7-9.
- Caletti, Sergio. (1980a). Para entendernos mejor. *Controversia*. (6), 8-10.
- Caletti, Sergio. (1980b). Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista. *Controversia*. (8), 7-8.

- Caletti, Sergio. (1980c). Una historia sin resolver. *Controversia*. (9-10), 27-28.
- Caletti, Sergio y Casullo, Nicolás (1981). El socialismo que cayó del cielo. *Controversia*. (14), 7-10.
- Callizo, Liliana; Meschiati, Teresa Celia y Di Monte, Piero. (agosto de 1981). Tres sobrevivientes responden. *Controversia*. (14), 29-31.
- CAS. (mayo 1980). Declaración de la Comisión Argentina de Solidaridad. *Controversia*, (6), 32.
- Cardoso, Fernando Henrique (1980). Las sorpresas del desarrollo en América Latina. *Controversia*. (7), 18-19.
- Carlo, Antonio. (1973). La concepción del partido revolucionario en Lenin. *Pasado y presente* (segunda etapa). (2/3), 303-347.
- Casullo, Nicolás. (1979a). Peronismo revolucionario y sindicalismo peronistas. *Controversia*. (1), 21-24.
- Casullo, Nicolás. (1979b). Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos. *Controversia*. (2-3), 20-23.
- Casullo, Nicolás. (1980a). Walsh y su pensamiento político de 1976. *Controversia*, (4), 19.
- Casullo, Nicolás. (1980b). El peronismo y las democracias. *Controversia*. (5), 6-8.
- Casullo, Nicolás. (1980c). El pueblo produce las formas y los contenidos políticos. *Controversia*. (7), 12-13.
- Casullo, Nicolás [con iniciales: N. C] (1980d). “La búsqueda de la unidad sindical” en *Controversia*, (8) 3.
- Casullo, Nicolás. (1980e). Movimiento peronista y concepciones de la política. *Controversia*. (8), 9-11.
- Casullo, Nicolás. (1980f). Desde el movimiento de masas o desde los mitos. *Controversia*. (9-10), 25-26.
- Casullo, Nicolás. (1981). “Democracia autoritaria y restringida” en *Controversia*. (11-12), 3.
- Casullo, Nicolás (1989). *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires: Puntosur.
- Casullo, Nicolás (comp). (1991). *La remoción de lo moderno. Viena del 900*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Casullo, Nicolás (2002). «El hombre que venía» en *Página 12*, 12 de mayo de 2002.
- Casullo, Nicolás (comp.). (2004). *Sobre la marcha. Cultura y política en Argentina 1984-2004*. Buenos Aires: Colihue.
- Casullo, Nicolás. (2007). *Las cuestiones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Casullo, Nicolás. (2008). Carta a Jarito Walker. En *Peronismo. Militancia y crítica*. Buenos Aires: Colihue.
- Cerroni, Umberto (1977). «¿Existe una ciencia política marxista? en: *El marxismo y el estado* (pp. 73-88). Barcelona: Avance.
- Claudin, Fernando. (1980). El expansionismo soviético. *Controversia*. (8), 23-25.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). (1984). Buenos Aires: Eudeba.
- Coletti, Lucio (1978). «Entrevista con Lucio Coletti» en AA. VV, *Gramsci y el eurocomunismo* (pp 59-67). Barcelona: Materiales.

- CONADEP (1984). *Nunca Más*, Buenos Aires: Eudeba.
- Cooke, John William. (1961). "Reportaje a J. W. Cooke". *Che*, (22).
- Cooke, John William. (1965). Bases para una política cultural revolucionaria. *La Rosa Blindada*. (6), 16-22.
- Cooke, John William. (1973 [1971]). Aportes a la crítica del reformismo en Argentina. *Pasado y Presente* (segunda época), (2/3), 373-401.
- Cortázar, Julio (1970). Revolución en la literatura y literatura en la revolución. *Marcha*, (1477), 30-31.
- Cortázar, Julio (2003 [1980]). «Graffiti» en *Obras Completas (tomo I)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 965-968.
- Cortázar, Julio (1981a). América Latina: exilio y literatura. *Controversia*, (11-12), 33-34.
- Cortázar, Julio (1981b). Carta a una escritora argentina. *Controversia*, (11-12), 37-38.
- Cortés, Martín (2014b). Contactos y diferencias: la «crisis del marxismo» en América Latina y en Europa. *Cuadernos Americanos*. (148). (2), pp 139-163.
- COSOFAM. (1980). Por una Argentina sin presos políticos. *Controversia* (5), 31.
- COSOFAM (1980b). «A los compañeros de CADHU» en *El topo blindado*, en línea: <https://eltopoblindado.com/exilio/cadhu/carta-de-cosofam-a-la-cadhu/>
- COSOFAM. (1981). Sólo la verdad hará posible la convivencia. *Controversia* (11-12), 47.
- Crespo, Horacio y Nudelman, Ricardo. (1980). «Aportes para la discusión de la situación actual». *Controversia*. (8), 5-6.
- CUTA (1979). "Documento de la CUTA" y "Luchas y aumentos salariales" en *Controversia*, (2/3), 27-28.
- Debray, Régis (1964/1965). El castrismo, la gran marcha de América Latina. *Pasado y Presente* (primera época), (7/8), 122-158.
- Debray, Régis (1967). «¿Revolución en la revolución?», *Cuadernos de Casa de las Américas*, (1), 11-110.
- De Giovanni, Biagio. (diciembre 1979). Marx y la teoría del estado. *Controversia*. (2-3), 13-14.
- De Ípola, Emilio. (1980a). La presencia de Poulantzas en América Latina. *Controversia*. (6), 24-26.
- De Ípola, Emilio. (1980b) El pensamiento de la derecha y la Junta Militar. *Controversia*, (9-10), 31-32.
- De Ípola, Emilio (1983). *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- De Ípola, Emilio (2004). "Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis Argentina) en Novaro, Marcos- Palermo Vicente, (comps.) *La Historia reciente* (pp.51-52). Buenos Aires: Edhasa.
- De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1981). Lo nacional popular y los populismos realmente existentes. *Controversia*, (14), 11-14.
- De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1984). Crisis social y Pacto Democrático. *Punto de Vista*, (21), 13-20.
- De Privitellio, Luciano, (agosto 1995). Los usos del liberalismo: historias y tradiciones en Argentina. *Punto de Vista*. (2), 17-24.

- De Riz, L. (1977). Algunos problemas teórico-metodológicos en el análisis sociológico de América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, (39), (1), 157-171.
- Del Barco, Oscar (1964/1965). El pensamiento salvaje. *Pasado y Presente*, (7/8), 219-231.
- Del Barco, Oscar. (1979a). "Presentación". En: O. del Barco (dir.), *La crisis del marxismo* (p. 9-18), México, Universidad Autónoma de Puebla: Puebla. 1979.
- Del Barco, Oscar. (1979b). Observaciones sobre la crisis del marxismo. *Controversia*. (2-3), 12.
- Del Barco, Oscar. (1980a). *Esbozo para una crítica de la teoría y la práctica leninista*. Puebla: Ed. Universidad Autónoma de Puebla.
- Del Barco, Oscar. (1980b). Respuesta a Paramio y Reverte. *Controversia*. (6), 27-28.
- Del Barco, Oscar. (1980c). Desde el fragor del mundo. *Controversia*. (9-10), 37.
- Del Barco, Oscar. (2008 [1983]). *El otro Marx*. Buenos Aires: milena caserola.
- Del Barco, Oscar. ([1978] 2011). «Tres notas sobre el problema de la hegemonía» en: *Escrituras. filosofía* (pp.271- 277), Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Diani, Marco. (1980). «La respuesta que es difícil encontrar» (entrevista a Nico Poulantzas). *Controversia*. (6), 23-24.
- Dos Santos, Theotonio, (1973). *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. Buenos Aires: Periferia.
- Dos Santos, Th. (1977). Socialismo o fascismo en América Latina hoy. *Revista Mexicana de Sociología*, (39), (1), 179-180.
- Dotti, Jorge. (1997). El gato Félix renace siempre de sus cenizas. *Liberalismo y populismo aquí y ahora*. Punto de Vista. (58), 29-34.
- Eliashev, José [con pseudónimo: Eliecer, Javier Roberto] (1980). Juicios y responsabilidades. «¿Pero quién nos quitó la democracia?» *Controversia*. (4), 20-22.
- Eliashev, José (1981). «La europaranoia de su majestad». *Controversia*. (11-12), 43-45.
- Fogwill, Rodolfo ([1984] 2010). La herencia cultural de la dictadura. *Los Libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva.
- Gabetta, Carlos (1983). *Todos somos subversivos*. Buenos Aires: Bruguera
- Galimberti, Rodolfo, Gelman, Juan, et al. (1979). «Una carta polémica», s/r, s/n. [Enlace](#)
- Godio, Julio. (1980a). Experiencia sandinista y revolución continental. *Controversia*, (5), 25-27.
- Godio, Julio. (1980b). La guerra imaginaria ha terminado. *Controversia*. (8), 14-15.
- Gramsci, Antonio. (1977). *Escritos políticos*. México: Siglo XXI editores.
- González, Horacio (comp.). (1986). *Los días de la Comuna*. Puerto General San Martín: Puntosur.
- González, Horacio (1999). *Restos pampeanos*. Buenos Aires: Colihue.
- Greco, Guillermo. (marzo 1980). Sobre el auge y decadencia de Montoneros. *Controversia*. (5), 4-5.
- Gregorich, Luis (1981). La literatura dividida. *Controversia*, (11/12), 39-40.
- Guerra, Adriano. (1980). Polonia: conquistas y peligros de la renovación socialista, *Controversia*, (9-10), 38-40.

- Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto (1995). *Sectores populares, política y cultura: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperín Donghi, Tulio (1980). *Una nación para el desierto argentino*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Heker, Liliana (1981). Exilio y literatura. *Controversia*, (11-12), 35-37.
- Hora, Roy y Trímboli, Javier. (1996). Dos tradiciones liberales: a propósito del liberalismo argentino. *Punto de Vista*, (54), 44-48.
- Ingrao, Pietro (1978). «El Partido Comunista italiano: estrategia política y dialéctica social» en AA. VV, *Gramsci y el eurocomunismo* (pp. 139-160). Barcelona: Materiales.
- Labastida, Julio (comp.) (1985). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México: Siglo XXI editores.
- Labastida, Julio (comp.) (1986). *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México: Siglo XXI editores.
- Laclau, Ernesto ([1977] 1986). *Hacia una teoría del populismo*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Laclau, Ernesto (1985). «Tesis acerca de la forma hegemónica de la política» en Labastida, Julio (comp.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (pp, 19-43), México: Siglo XXI editores.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal ([1985] (2014)). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- López, Ernesto (1980). Discutir la derrota. *Controversia*. (4), 13-14.
- López, Ernesto (1981). Peronismo, nación y democracia. *Controversia*. (14), 5-6.
- Marramao, Giacomo. (1980). El paradigma de la ingobernabilidad. *Controversia*. (9-10), 33-34.
- Masotta, Oscar (1965). Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía. *Pasado y Presente*. (9), 1-15.
- Mendizábal, H. (1978). “El objetivo del Ejército Montonero es: reorganizarse y alistarse para contraatacar”. *Estrella Federal*, (5).
- Mesa Peronista (1980). «Mesa Peronista» en: *Controversia*. (7). 31.
- Myers, Jorge. (1999). Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina. *Punto de Vista*. (63), 43-48.
- Nozick (1988 [1974]). *Anarquía, Estado y Utopía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- O'Donnell, Guillermo (1977). Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario. *Revista Mexicana de Sociología*, (39), (2), 9-59.
- O'Donnell, Guillermo (1997). *Contrapuntos*. Buenos Aires: Paidós.
- Olmos, Martín. (1979). Unidad sindical y proyecto de ley gremial. *Controversia*. (1), 5.
- Paramio, Ludolfo y Raverte, Jorge. (1979). Razones para una contraofensiva. *Controversia*. (1), 13-15.
- Paramio, Ludolfo y Raverte, Jorge. (1980). El marxismo y el minotauro: respuesta a Oscar del Barco. *Controversia*. (5), 20-21.
- París, Robert. (1981). *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. México: Cuadernos de Pasado y Presente (92).

- Pasado y Presente. (1973a). La «larga marcha» del socialismo en Argentina. *Pasado y Presente*. (1), 3-29.
- Pasado y Presente. (1973b). La crisis de julio y sus consecuencias políticas. (1973). *Pasado y Presente* (segunda etapa). (2/3), 179-215.
- Perón, Juan Domingo. (1973). Discurso en la CGT (30-071973). En *El camino de nuestra revolución*. Buenos Aires: Ateneo de adoctrinamiento Justicialista.
- Portantiero, Juan Carlos. (1963). Política y clases sociales en la Argentina actual. *Pasado y Presente*. (1), 18-23.
- Portantiero, Juan Carlos. (1973a). Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual. *Pasado y Presente* (segunda etapa), (1), 31-64.
- Portantiero, Juan Carlos. (1977a). Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973. *Revista Mexicana de Sociología*, (39), (2), 531-565.
- Portantiero, Juan Carlos. (1977b). *Los usos de Gramsci*. México: Ed. Pasado y Presente.
- Portantiero, Juan Carlos. (1979a). «Proyecto democrático y movimiento popular?». *Controversia*, (1), 6-7.
- Portantiero, Juan Carlos. (1979b). Introducción al Suplemento 1: Argentina: los años de la crisis, 1930-1945. *Controversia*. (2-3), 1.
- Portantiero, Juan Carlos. (1979c). Transformación social y crisis de la política. *Controversia*. (2/3), II-IV.
- Portantiero, Juan Carlos (1979d). «Eurocomunismo: un síntoma» en *Nueva Política*, (7), 110-118.
- Portantiero, Juan Carlos (1980a). Bases políticas, Ley sindical y plan del capital. *Controversia*, (4), 2-3.
- Portantiero, Juan Carlos (1980b). Peronismo, socialismo, clase obrera. *Controversia*. (8), 12-13.
- Portantiero, Juan Carlos. (1980c). Los dilemas del socialismo. *Controversia*. (9-10), 23-24.
- Portantiero, Juan Carlos [1979] (1981). De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués. *Tiempos modernos*, (420-421), 67-82.
- Portantiero, Juan Carlos ([1981] 1984). Democracia y socialismo: una relación difícil. *Punto de Vista*, (20), 1-5.
- Portantiero, Juan Carlos (1988). *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Puiggrós, Adriana. (1979a). La universidad argentina de 1973-1974 (primera parte). *Controversia*, (1), 11-12.
- Puiggrós, Adriana. (1979b). La universidad argentina de 1973-1974 (segunda parte). *Controversia*, (2-3), 16-19.
- Privitellio, Luciano (1995). Los usos del liberalismo: historias y tradiciones en Argentina. *Punto de Vista* (52), 17-24.
- Puiggrós, Adriana, (diciembre de 1979). La universidad argentina de 1973-1974 (segunda parte). *Controversia*, (2-3), 16-19.
- Rama, Ángel (1980). Argentina: crisis de una cultura sistemática. *Controversia* (8), pp. 17-19.

- Rawls, John, (1971). *Teoría de la justicia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rawls, John. ([1993] 1995). *Liberalismo político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rozitchner, León. (1966). La izquierda sin sujeto. *La Rosa Blindada*, (9), 30-44.
- Rozitchner, León. (1980). Psicoanálisis y política. La lección del exilio. *Controversia*. (4), 5-8.
- Rozitchner, León (1981). La vanguardia estratégica: ejemplo de un mal entendido en *Tiempos modernos*, (420-421), 301-304.
- Rozitchner, León (2005 [1985]). *Malvinas. De la guerra sucia a la guerra limpia*. Buenos Aires: Losada.
- S/A. (1979a). Discutir la derrota. *Controversia*. (1), 2.
- S/A. (1979b). Cámpora en México. *Controversia*, (2/3), 28.
- S/A (1979c). Un documento peronista. *Controversia* (1), 4.
- S/A (1979d). Editorial. *Evita Montonera* (25), 3-4.
- S/A (1980a). Aporte para la discusión del informe del consejo. *Controversia*, (4), 16.
- S/A (1980b). Reflexiones sobre la situación partidaria. *Controversia*, (4), 18.
- S/A (1980c). Los vericuetos del diálogo. *Controversia*. (6), 2-3.
- S/A (1980d). Crisis del diálogo y disputa por la herencia. *Controversia*. (7), 2-3.
- S/A (1980e). El príncipe heredero. *Controversia*. (8), 2.
- S/A (1980f). Grupo de Discusión Socialista. *Controversia*. (8), 31.
- S/A (1980g). Desde allá. *Controversia* (8), 26-29.
- S/A (1980h). «Rodolfo Puiggrós. *Controversia*. (9/10), 3.
- S/A (1980i). Reflexiones sobre la situación partidaria. *Controversia*, (4), 18.
- S/A (1980j). Aporte a la discusión del informe del Consejo. *Controversia* (4), 16.
- S/A (1981a). «Viola y las expectativas». *Controversia*. (9/10), 2-3.
- S/A. (1981b). «Entrevista a Vicente Leónidas Saadi». *Controversia*. (11-12), 8.
- S/A. (1981c). “Argentina desde adentro y desde afuera. Entre Cortázar, Heker, Viñas y Gregorich”. *Controversia*. (11-12), 33.
- S/A (1981d). Los 120 días de Viola y el desastre. *Controversia*. (14), 2-4.
- S/A (2014). Mensaje de la Junta (19 de diciembre de 1979) en *Actas de la dictadura. Documentos de la Junta Militar encontrados en el edificio Cóndor*, en Anexo 1 de Acta N° 124 (Tomo 4, 13-41). Buenos Aires, Ministerio de Defensa.
- Sábato, Hilda; González, Ricardo; Gutiérrez, Leandro; Korol, Juan Carlos y Romero, Luis Alberto (1982). «¿Dónde anida la democracia?» *Punto de Vista* (15), 6-10
- Saer, Juan José ([1985] 2003). *Glosa*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Saltalamacchia, Rodolfo. (1980). «Recordar, discutir, unificar». *Controversia*. (5), 3.
- Saltalamacchia, Rodolfo. (1980b). «Capas medias: ideología y política en la década del sesenta». *Controversia*. (9-10), 10-12.
- Salvadori, Massimo ([1976] 1978). «Dos concepciones de la hegemonía» en AA. VV, *Gramsci y el eurocomunismo* (pp. 9-43). Barcelona: Materiales.
- Sarlo, Beatriz (con pseudónimo: Silvia Niccolini) (1978). «La política del ochenta». *Punto de Vista*, (1), 25-26.

- Sarlo, Beatriz (1979). Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad. *Punto de Vista*, (6), 9-18.
- Sarlo, Beatriz (1984). “La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo”, *Punto de vista*, (20), 22-25.
- Sarlo, Beatriz (1985). «Intelectuales, ¿escisión o mimesis?. *Punto de Vista*, (15), 1-6.
- Sarlo, Beatriz (1988). *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920, 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sazbón, José. (1983). “Derecho de réplica. Una invitación al posmarxismo”, *Punto de Vista*, (19),. 36-38.
- Schmucler, Héctor. (1965). Rayuela: juicio a la literatura. *Pasado y Presente*. (9), 29-45.
- Schmucler, Héctor. (1979). Actualidad de los derechos humanos. *Controversia*, (1), 3.
- Schmucler, Héctor. (1980a). La Argentina de adentro y la Argentina de afuera. *Controversia*, (4), 4-5.
- Schmucler, Héctor. (1980b). Testimonio de los sobrevivientes. *Controversia*, (9-10), 5.
- Schmucler, Héctor. (abril 1981). Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre la política. *Controversia*. (11-12), 15.
- Solzhenitsyn, Aleksandr ([1973]1988 ). *Archipiélago Gulag*. Barcelona: Tusquets.
- Terán, Oscar. (1969). El robinsonismo de lo nacional. *Los libros*, (5), 3.
- Terán, Oscar. (1979a). El exilio mexicano de Aníbal Ponce. *Controversia*. (1), 28-29.
- Terán, Oscar. (1979b). El nacionalismo sin nación. *Controversia*. (2-3), XII-XII.
- Terán, Oscar. (1980a). De socialismos, marxismos y naciones. *Controversia*. (7), 20-21.
- Terán, Oscar. (1980b). La nación autoritaria. *Controversia*, (9-10), 8-9.
- Terán, Oscar. (1981). Algunos marxismos, ciertas morales, otras muertes. *Controversia*. (14), 17-18.
- Terán, Oscar. (1983a). *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?* México: Cuadernos de Pasado y Presente (98).
- Terán, Oscar. (1983b). “Adiós a la última instancia”. *Punto de Vista*, (17), 46-47.
- Terán, Oscar. (1984). “Una polémica postergada: la crisis del marxismo”. *Punto de Vista*, (20), 19-21.
- Terán, Oscar. (1985). *Discutir Mariátegui*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Terán, Oscar. (1986). *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, Oscar. (1994). La tradición liberal. *Punto de Vista*. (50), 28-31.
- Terán, Oscar. (2006). *De utopías, catástrofes y esperanza. Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Terragno, Rodolfo (1980a). El privilegio del exilio. *Controversia*, (4), 9.
- Terragno, Rodolfo (1980b). Privilegio que duele aprovechar. *Controversia*, (9-10), 6.
- Togliatti, Palmiro (2016 [1964]). Memoria sobre las cuestiones del movimiento obrero y su unidad. *Nuestra historia*. (2), 2, 145-154.
- JT [iniciales de Tula, Jorge]. (1980). Presentación de “Documentos”. *Controversia*, (4), 15.
- Tula, Jorge. (2009). “En el exilio mexicano”. *Controversia para el examen de la realidad argentina* (p. 5-6). Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores.

- Ulanovsky, Carlos (1980). Muchas actividades, nuevas inquietudes, mejores personas. *Controversia*, (4), 9.
- Viñas, David (1980). Unidos y preparándonos. *Controversia*, (6), 29-31.
- Viñas, David (1981). El silencio es la metáfora de la Argentina (entrevista de Norberto Colominas a David Viñas). *Controversia*, (11-12), 38.
- Vivanti, Conrado. (1980). El camino histórico de la hegemonía. *Controversia*. (5), 22-24.
- Walsh, Lilia. (1980). Rigor e inteligencia en la vida de Rodolfo Walsh. *Controversia*, (4), 15.

## **Agradecimientos**

Esta investigación recibió el apoyo del CONICET a través de las becas doctorales tipo I y II. Agradezco a esta institución y principalmente a Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, entre otras razones, por las políticas impulsadas durante sus gobiernos en ciencia, tecnología y educación.

Esta tesis está dedicada a mis padres, Mabel Ana Molinelli y Carlos Farías; a mi compañera, Soledad Guarnaccia y muy especialmente a mi hija, Cristina Farías. Siempre me acompañaron, los quiero mucho.

Debo agradecer a muchas personas que hicieron posible este trabajo. En primer lugar a Leticia Prislei, por su lectura detallada y sugerente de los borradores y de la versión final de la tesis y por haber armado una cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano (FFyL, UBA) en base a lazos solidarios, toda una lección de socialismo. También a Ricardo Martínez Mazzola, por el apoyo, la confianza y las ideas que siempre me brindó para hacer este trabajo.

A Oscar Terán y Javier Trímboli les agradezco sus clases y las conversaciones sobre el pensamiento argentino y latinoamericano. Son maestros.

A Diego Caramés, Gabriel D'Iorio, Julia Rosemberg, Violeta Rosemberg y Mariana Santángelo les agradezco la amistad de todos estos años y la larga conversación sobre muchos de los temas que son parte de esta investigación.

A Gabriela Salomone, un enorme agradecimiento por la escucha.

Agradezco a Ximena Espeche por su lectura tan sugerente y detallada del capítulo 7 de esta tesis y por esas clases de PAyL antes y durante la pandemia. A Mariana Casullo, por su generosidad para permitirme acceder a la biblioteca de su padre. A Diego Giller, por pasarme un artículo de Portantiero sobre eurocomunismo que ni me imaginaba que existía. A Alexia Massholder, por buscarme un dato importante sobre Bobbio y por su compañerismo en la cátedra de PAyL. A Daniel Sazbón, por pasarme un domingo a última hora un libro que necesitaba sí o sí para cerrar un capítulo. Agradezco la gentileza de Marina Franco por

proporcionarme un dato sobre *Resumen de Actualidad Argentina*. A Alejandra Birgin, por insistir para que encamine y cierre este trabajo con las palabras justas de una educadora.

Esta investigación está hecha por un docente. A Cecilia Flachsland y Mariana Cantarelli les agradezco profundamente todo lo que aprendí del oficio junto con ellas. También, al Equipo «Educación y Memoria» del Ministerio de Educación de la Nación, un espacio de producción de políticas públicas educativas donde aprendí buena parte de lo que sé sobre estos temas. A las y los miembros del PICT «Los marxismos, entre América Latina y Europa. Problemas, ideas y debates desde una perspectiva transnacional (1956-1989)» les agradezco sinceramente una experiencia llena de camaradería que me dio un empuje decisivo para terminar esta tesis. A las y los integrantes de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por todo el camino que hemos hecho juntos en este intento de fundar nuevas lógicas educativas -más horizontales, más solidarias- en el campo académico.

Agradezco enormemente a muchxs compañerxs de ruta el apoyo que me dieron en todos estos años de investigación y escritura de esta tesis: Karina Vasquez, Sebastián Russo, María Dulce Osinaldi, María Iribarren, María Celeste Adamoli, Irene Cosoy, María Teresa García Bravo, Mariano Dorr, Matías Luongo, Lucía Vrljicak, Luciano Barreras, Martina Garategaray, Emmanuel Kahan, Santiago Cueto Rúa, Jéssica Tritten, Miguel Faigón, Mauro Donnatuoni Moratto, Darío Capelli, Magalí Gómez, Pablo Guerra, Ignacio Amoroso, Andrea Graziano, Natalia Bustelo, Gustavo Míguez, José Hage, Rodrigo Páez Canosa, Pedro Rosemblat, Nicolás Bondarovsky, Pablo Luzuriaga. Y especialmente a Gustavo Álvarez.

A Elsa Gandulfo y Carlos Guarnaccia, finalmente, les agradezco el cariño y el tiempo que dedicaron al cuidado de Cristina. Sin su ayuda, no hubiera podido escribir los resultados de esta investigación.